

**ESCENARIOS DE LA CULTURA CIENTÍFICA:
LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE LA PLATA
HISTORIA DE UN EXPERIMENTO CONTROLADO
DE LA MODERNIDAD EN ARGENTINA**

DOCTORANDO: GUSTAVO VALLEJO

DIRECTOR: LIC. MIGUEL GUÉRIN

CO-DIRECTOR: DR. FERNANDO ALIATA

**FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
LA PLATA, 2005**

**Escenarios de la cultura científica:
la ciudad universitaria de La Plata
Historia de un experimento controlado
de la modernidad en Argentina**

Prefacio.....p.5

**Introducción:
La imagen del orden**

Capítulo 1. La representación del origen.....p.17
Capítulo 2. Ciudad moderna, ciencia y educación.....p.25

**Primera Parte:
La ciudad ideal como expresión de la ciencia**

Capítulo 1. La utopía de la ciencia.....p.34
Saber científico e innovaciones urbanas
Higienismo, circulación y metáforas orgánicas de la ciudad

Capítulo 2. La forma del orden.....p.52
Ideales de la ilustración en el trazado urbano
Imagen urbana y representación del poder

**Segunda Parte:
Genealogía de la ciudad universitaria**

Capítulo 1. Las máquinas de educar.....p.62
Educación y ciudadanía
Palacio de la educación
Colegio Provincial
Escuelas elementales y Graduadas
Colegio Nacional y Escuela Normal

Capítulo 2. Pilares de la ciencia positiva.....	p.87
<i>Observatorio</i>	
<i>Biblioteca y Museo</i>	
<i>Museo y evolución: la struggle for life representada</i>	
<i>Ciudad y evolución: la Exposición retrospectiva argentina</i>	
Capítulo 3. Redes culturales y dispositivos científicos en la agonía de la ciudad.....	p.109
<i>Escuela de Artes y Oficios y Facultad de Agronomía y Veterinaria</i>	
<i>Universidad provincial</i>	
<i>De la instrucción a la reclusión: Dactiloscopia y defensa social</i>	
<i>Del crimen a la locura: la colonia open-door</i>	

Tercera Parte:

La ciudad universitaria. De las ideas a las formas

Capítulo 1. Teorías educacionales anglosajonas y élites argentinas.....	p.142
<i>Entre la ciudad y el campo: reductos para la educación de las élites</i>	
<i>Internado laico y Escuela Nueva</i>	
<i>Internado laico e Higiene escolar</i>	
Capítulo 2. Universidad nueva y tutorial system.....	p.159
<i>La Oxford argentina</i>	
<i>El Internado del Colegio Nacional</i>	
<i>Foot-ball, excursiones y estética</i>	
Capítulo 3. Universidad nueva y sociedad.....	p.185
<i>Educación y eugenesia</i>	
<i>Extensión Universitaria y expansionismos científicos</i>	

Cuarta Parte:

La ciudad universitaria como espejo del orden

Capítulo 1. <i>Tutorial system</i> y tutela política de la sociedad: anticiparse a la democracia.....	p.201
<i>Universidad y organicismo socio-darwinista</i>	
<i>Espacios tutelares y plutocracia agrícola</i>	
<i>“Frenos” a la política de la democracia</i>	

Capítulo 2. Cultura general y control social: el reformismo encauzado.....	p.217
<i>La Reforma Universitaria en La Plata</i>	
<i>Las aventuras de Ariel</i>	
<i>La Residencia de Madrid en La Plata: la Casa del Estudiante</i>	
<i>Fulgores clasicistas</i>	
<i>Imágenes de España</i>	
<i>El gabinete del Dr. Calcagno: Laboratorios de Psicología Experimental</i>	
Capítulo 3. La ciudad universitaria y el orden sin democracia.....	p.248
<i>Por la razón o por la fuerza</i>	
<i>Imágenes del pasado francés</i>	
<i>Imágenes del presente italiano</i>	
<i>La selva marginal como escenario científico</i>	
Capítulo 4. Universidad y salida democrática.....	p.272
<i>De la Universidad a los suburbios: el Teatro del Pueblo</i>	
<i>La Universidad reformista como alternativa política</i>	
<i>La alternativa socavada: eugenesia y militarismo</i>	
<i>Defensa Nacional y conflictos universitarios</i>	

Quinta parte:

El orden en cuestión

Capítulo 1 La otredad entra en escena.....	p.294
<i>Escenarios antitéticos: la Universidad y el puerto</i>	
<i>El peronismo en la ciudad universitaria</i>	
Capítulo 2. Últimas utopías de la cultura científica	
<i>Escenarios desplazados</i>	
<i>Le Corbusier en la ciudad universitaria</i>	
<i>Cultura científica y ocupación de lo vacíos</i>	

Fuentes y Bibliografía.....	p.309
Apéndice Iconográfico.....	p.324

PREFACIO

I

Si en la ciudad es posible ver un espejo de la organización social de sus habitantes y del sistema de poder que la vertebra -aunque en la modernidad a menudo se presente de manera poco diáfana y a través de múltiples mediaciones-, la pretensión de concebirla *ex novo* y bajo el auspicio de formaciones de verdad científica, puede volver más explícitos los puntos de intersección entre formas físicas y los comportamientos deseados con esa intervención. Esta idea de partida que nos sitúa frente a la ciudad nueva, la ciencia, el poder, y el problema del origen como factor favorecedor de más estrechas interacciones entre todos los tópicos mencionados, ayuda a introducirnos en la indagación histórica de un particular producto de la cultura urbana argentina. Nos referimos a La Plata, la “nueva Capital” surgida en el contexto latinoamericano de fines del siglo XIX, al amparo de la legitimidad brindada por el conocimiento científico a un naciente Estado moderno argentino que situaba sus acciones políticas y urbanas en directa correspondencia con el impacto periférico positivismo finisecular.

Y junto a ese verdadero mandato de nacer y a la vez crear las condiciones para que pueda prosperar eficazmente la cultura científica, La Plata también recogió el de transmitir ejemplarizadamente las virtudes cívicas de poseer y custodiar el orden urbano. Durante más de medio siglo, en el que acompañó decisivamente el devenir del pensamiento liberal en Argentina, puede decirse que La Plata asumió estas funciones, aunque su incidencia con ellas en el contexto nacional experimentara fuertes declinaciones bajo diferentes circunstancias históricas. Sin embargo, en ese ciclo que se extiende hasta promediar el siglo XX, existieron rasgos comunes evidenciados en la perduración de expectativas que siguieron instándola a auto representarse como una metáfora del orden. Durante ese lapso la “nueva Capital” buscó construir su identidad sublimando las manifestaciones sociales a través de una directa relación de la ciencia con la cultura urbana, por un lado reactualizando permanentemente el papel de la ciencia en miradas que ven las formas físicas de la ciudad como una fiel traducción de sus ideales y por otro invocándola como una instancia impulsora de progreso tanto como de control social que aseguraba el mantenimiento del orden urbano.

De ese modo, cultura urbana y ciencia establecen un diálogo muy particular que confluye en la idea de ciudad universitaria y que a lo largo de esta Tesis será indagado a través de los instrumentos que nos provee la historia cultural urbana y la historia social de la ciencia. La ciudad universitaria de La Plata aparece allí como el punto de intersección de ambos enfoques, que a su vez suscitan variadas articulaciones merced a la fuerte densidad que ofrece nuestro objeto de estudio.

Al respecto, podemos pensar que si la función de la historia es la de dar sentido a un acontecimiento, constatando antes que ese acontecimiento realmente lo sea, vale la pena detenerse en cómo se relaciona con ello el objeto de estudio escogido. Giovanni Levi señala que el acontecimiento lo

es sólo en la medida en que suscite un interés general, algo que plantea ciertas paradojas como la de conciliar aquello que posee una singularidad que lo vuelve único e irrepetible, con la petición de generalizar que nos plantea la historia. Entre el riesgo de la irrelevancia del caso único y de la redundancia de la generalización, se sitúa una opción superadora: sin resignar la fascinación por lo distinto, buscar las generalizaciones no en las respuestas sino en lo que se pregunta, en lo que se puede preguntar de la misma manera en muchas situaciones diferentes. Ello aún cuando está claro que el propio caso es el que puede suscitar las preguntas generalizables.¹

Decimos esto porque no es La Plata nuestro problema, sino más bien La Plata va a aparecer aquí como un espacio interrogado con preguntas que buscan echar luz sobre un objeto de estudio, los escenarios de la cultura científica, que involucra la ciudad, efectivamente, aunque también pretende trascenderla. Cabe referirse así a una historia que conjuga distintas historias articuladas por la función didáctica de esa cultura científica.

La historia de los usos de la ciencia como vía de legitimación de praxis políticas, donde resonarán las advertencias foucaultianas respecto a los equívocos en los que se incurre al atribuirle siempre una valoración positiva a la ciencia, tanto como al dejar de ver que el poder no se halla escindido del saber sino que lo produce.² La historia de estrategias del liberalismo argentino desplegadas para prolongar un sistema de poder que no se concentra en un sitio ni tiene una función sólo represiva, sino que es aceptado socialmente a través de una cultura. La historia de los usos de la ciencia para alimentar esa cultura y por su intermedio construir consensos para legitimar el orden instituido. Y dentro de ella, la de las formas en que las élites gobernantes colonizaron el evolucionismo biológico para ponerlo al servicio de una causa que instaba a evitar acciones que no sean guiadas por la idea de avanzar a través de cambios graduales y muy lentos, operando al mismo tiempo como vía canalizadora de las expectativas de inclusión social. Y allí donde existe cierta vinculación con la idea de biopolítica de Foucault, también es posible trazar relaciones con las tesis con las que Benjamín en 1940 instaba a ver la “historia a contrapelo” para reconocer, entre otras cosas, que el evolucionismo no siempre se asocia al progreso social.³

También nuestro objeto de estudio se alimenta de reflexiones que devienen de un desarrollo de los espacios del saber, entre instancias de mayor o menor autonomía, donde a su vez puede articularse una historia de los sucesivos aportes al respecto formulados por el pensamiento de figuras como Domingo Sarmiento, Joaquín V. González, Alejandro Korn y Alfredo Palacios. Es la historia de la

1. Giovanni Levi; “Los historiadores, el psicoanálisis y la verdad”, en *Pasajes de pensamiento contemporáneo* N°10, València, 2003, pp.57-67.

2. Michel Foucault; *Microfísica del poder*, Ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992. Sobre la biopolítica, Michel Foucault; “Nacimiento de la biopolítica”, en *Archipiélago* N° 30, Barcelona, 1997, pp.119-124. Fragmento del Curso ofrecido en el *Collage de France*, 1978-1979. Para una relación entre Biopolítica y ciudad ver Joel Outtes; “Disciplining Society through the City. The Genesis of City Planning in Brazil and Argentina (1894-1945)”, *Bulletin of Latin American Research*, Vol.22, N°2, Oxford and Malden, 2003, pp.137-164.

3. Una reciente relectura de las tesis de Benjamín enfatiza la significación actual de pensar que la historia está abierta: el futuro no es el resultado inevitable de la evolución y el pasado puede reabrirse. Michael Löwy; *Aviso de incendio*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2005.

creación *ex novo* de un espacio urbano que da cabida a esas diversas articulaciones del poder con la ciencia y la historia de los intentos de sistematizar todos los saberes producidos por la fundación de la ciudad que atraen otros de enorme importancia, a través del surgimiento de la Universidad que puede situarse entre las primeras de Latinoamérica concebidas con un sentido científico.

Cuando hablamos de escenarios de la cultura científica, estamos asignando a las formas físicas una función similar a las metáforas, en tanto *tropo* que opera trasladando el sentido de un concepto a otro, en este caso asumiendo la representación de la ciencia. Y también su similitud cabe advertirla en la capacidad de suscitar múltiples lecturas. Por un lado las que se vinculan a su papel emblemático dentro de la ciudad que las contiene y a la que dotan de fuertes rasgos identitarios. Pero entendiendo con Palma que las metáforas también hablan por sí solas, no expresan sólo lo que se pretende al momento de lanzarlas, también tienen una función autónoma.⁴ Y en ese sentido, si en los escenarios podrán verse traducidos ideales de la cultura científica de la que hablamos, también cabe establecer las limitaciones que tiene esa función. No siempre resulta tan directa esa asimilación y del mismo modo que la metáfora, la arquitectura para esos escenarios, también posee su propio espacio discursivo. El trazado fundacional de La Plata atribuido a Benoit, las escuelas realizadas por Altgelt, el Museo de Ciencias Naturales de Aberg y Heynemann, el *campus* de la Universidad concebido por Massini y Olmos y fundamentalmente la casa Curutchet de Le Corbusier, dan debida cuenta de la profunda densidad de sentidos que posee la obra de arquitectura en sí misma, mas allá de sus condiciones de origen.

La cultura científica, por su parte, podrá asociarse en algún punto al sentido que le ha dado Terán,⁵ entendiéndolo a su vez que ese concepto condensa ideas afines a las de “campo científico” de Bourdieu, especialmente en lo que concierne a la definición de límites culturales y el establecimiento de mecanismos tácitos o explícitos de inclusión a él.⁶ Es un lugar en el que ciertos niveles de instrucción permiten admitir el reconocimiento como par, que es al mismo tiempo el reconocimiento a integrar una misma cultura científica.

Esta Tesis busca indagar el modo en que esa cultura científica tiende a confundirse con los escenarios que la contienen, especialmente con la ciudad toda, para que a través suyo sea reinvocada la necesidad de sostener una idea de orden. El devenir de la ciudad universitaria de La Plata, desde su fundación hasta el surgimiento del peronismo es el marco que envuelve estas problemáticas, asociadas al surgimiento de una idea de orden y a las sucesivas acciones formuladas para custodiarlo. Su trayecto nos introduce en el plan fundacional sustentado en la apelación a una necesaria relación entre forma urbana y comportamientos deseados, y nos coloca frente al papel de la ciencia como agente legitimador de la posición detentada por las élites y a la vez como instrumento para diseñar, ejecutar y

4. Héctor Palma; *Metáforas en la evolución de las ciencias*, Jorge Baudino, Buenos Aires, 2004.

5. Terán, Oscar; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

6. Pierre Bourdieu; *Los usos sociales de la ciencia*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.

mantener un orden urbano que depende de las paralelas obligaciones inculcadas al ciudadano que lo habita. Y también ese devenir nos permite dar con la aparición de una cultura y un arte urbano, asociados a la difusión del arielismo y su impacto en el reformismo universitario, que tienden a moderar la rigidez de ese orden para tender a incorporar a él nuevos sectores sociales. Sin embargo, este trayecto evidenciará, asimismo, sus aporías en el momento en el que la insuficiencia de esa moderación se revele en un visceral cuestionamiento a la legitimidad de la ciencia para sostener el orden urbano. Igualmente ese proceso denotará allí otro rasgo significativo: la cultura científica establecía un sistema de exclusión que era a la vez anhelado por los sectores excluidos. Bajo esta dialéctica, el peronismo se esforzará en hacer suya una ciudad en la que irrumpiría en 1945 para poner de manifiesto que ya no reconocía la autoridad provista por esa cultura científica pero sí el espacio que delimitaba sus alcances.

II

Hemos hablado de la confluencia de enfoques orientados por la historia cultural urbana y la historia social de la ciencia. El primero de ellos remite a la historia urbana y a la progresiva expansión de sus alcances, operada en la medida en que la profesionalización de los estudios referidos a la ciudad fueron asumiendo en los últimos años, aunque con logros dispares, la dinamicidad de la Historia requerida desde la “Nueva Historia”⁷ desde las múltiples interpretaciones transdisciplinarias provenientes de las preguntas que suscita el presente.

Sin embargo, una primera disyuntiva dentro de ese amplio campo puede advertirse en básicas formas de aproximarse al objeto central de estudio. Esto es, entendiendo la ciudad como una manifestación física que encierra relaciones humanas, o bien como relaciones humanas que crean manifestaciones físicas. Y si este juego de palabras no parece expresar diferencias semánticas de importancia, el significado profundo de las respectivas miradas sobre la ciudad que una u otra alternativa sintáctica originan, remite a universos de ideas tendientes entre sí mucho más a divergir que a converger. En efecto, esas dos grandes maneras de entender la ciudad fueron modeladas por el pensamiento clásico a través de términos que tuvieron derivaciones en distintas lenguas y perduraron para influir decisivamente en la percepción actual que tenemos de ella. Y si los griegos con la noción de *polis* situaron tempranamente la ciudad en correspondencia con la política, como lo ha hecho notar agudamente Hanna Arendt al analizar la forma en que de esa articulación deviene el fundamento físico y normativo de la convivencia civilizada -que otra derivación de la misma raíz, *policía*, sería la condición represiva de su mantenimiento-, los romanos al hablar de la ciudad fueron más explícitos al distinguir sus significados entre *civitas* y *urbs*, para aludir a la forma en que construían los vínculos de

7. Cuando hablamos de “Nueva Historia” nos basamos en el sentido que le da a ese concepto Peter Burke como un paradigma en permanente redefinición desde que la Escuela de los *Annales* pusiera en crisis la Historia tradicional que el positivismo construyó concentrándose en relatar acciones de gobierno y batallas. Peter Burke (ed.); *Formas de hacer historia*, Alianza, Madrid, 1994.

sociedad quienes eran sus ciudadanos, o bien a “la fábrica material de la ciudad”. Un término hacía referencia a sus habitantes y sus actividades y el otro “a sus piedras”.⁸

Ahora bien, mirar la ciudad poniendo en interacción los habitantes con las “piedras”, o lo que equivale decir cultura, ideología y política con expresiones materiales, representa una inquietud que deja entrever también el modo en que la “Nueva Historia” fue permeando el campo de los estudios culturales y urbanos. Es aquello que Richard Sennet al hablar de la ciudad en una historia de “larga duración” buscó sintetizar hablando de *Flesh and Stone* (Carne y piedra) (1994),⁹ para expresar elocuentemente una conjunción que, claro está, toma distancia de la mirada tradicional que tiene de la ciudad el arquitecto “hacedor” de hechos físicos y aquel que, desde esa misma perspectiva, ha construido sus interpretaciones. Consecuentemente, fue afirmándose la tendencia a diferenciar, dentro del amplio *corpus* de textos vinculados al estudio de la ciudad, la ya conocida “historia urbanística” de la nueva disciplina que se dio en llamar “historia cultural urbana”.¹⁰ Y en esa diferenciación quedó en claro que el espíritu que anima la “Nueva Historia”, con su dinamicidad y pretensión de abordar transdisciplinariamente objetos de estudio, desbordaba el molde de estrecho de aquello que se relaciona con la indagación de la ciudad como entidad física autónoma y de las intervenciones profesionales de arquitectos y urbanistas. La “Nueva Historia” fue entonces induciendo a ver aquella faceta de la ciudad vinculada a la labor profesional que la produjo materialmente, pero sólo como parte de una constelación de temas que involucran a diversos actores sociales que pensaron la ciudad como un problema cultural. En este sentido, Almandoz destaca el espacio de dispersión epistemológica en el que fueron quedando envueltos aquellos estudios urbanos que, en los últimos y guiados por renovadas inquietudes, fueron buscando apoyatura fuentes discursivas diversas. Una dispersión productiva, que logró capitalizar búsquedas de recrear manifestaciones culturales y sus formas de representación social para entender lo urbano.

En el caso latinoamericano, existe una rica tradición ensayística de indagaciones que sitúan la cultura urbana como motor del devenir histórico de la región. Ella dejó su impronta en los trabajos ya clásicos de Richard Morse; “Los intelectuales latinoamericanos y la ciudad” (1978) y *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo* (1982); de Ángel Rama; *La ciudad letrada* (1984) y de José Luis Romero; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* (1986).

Tras estos paradigmas de una historia cultural que buscó dar cuenta del protagonismo de lo urbano en la historia de Latinoamérica, se afianzó en el último decenio un homogéneo conjunto de

8. En el siglo VI San Isidro de Sevilla explicaba en sus *Etimologías* que “Civitas es una muchedumbre de personas unidas por vínculos de sociedad, y recibe ese nombre por sus ciudadanos (*cives*), es decir por los habitantes mismos de la urbe”. “Con el nombre de urbe (*urbs*) se designa la fábrica material de la ciudad, en tanto que *civitas* hace referencia, no a sus piedras, sino a sus habitantes”.

9. El título completo de la obra es *Flesh and Stone. The Body and the City and Western Civilization*. Existe una edición en español traducida como *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

10. Arturo Almandoz; “Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana”, en *Perspectivas urbanas* N°1, Barcelona, 2002, pp.29-39.

obras provenientes de la historia urbana y de la arquitectura en Argentina, que cabe situar como herederas también de corrientes anglo-americanas e italianas que remiten en parte a los aportes a la historia de la cultura urbana realizados por Lewis Mumford y principalmente a la gran renovación en la historia de la arquitectura producida por Manfredo Tafuri y la Escuela de Venecia. Me estoy refiriendo a los trabajos de Adrián Gorelik; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936* (1998); Jorge Liernur; *La Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad* (2001); Graciela Silvestri; *El color del río. Historia cultural del paisaje del riachuelo* (2003); y Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en la Argentina* (2004). Estos trabajos revelan importantes avances experimentados en nuestro país en los estudios referidos a la historia de la cultura material, la ciudad y el territorio, cuya impronta puede reconocerse en dos planos: por un lado en la afirmación de la historia de la arquitectura a partir de un trabajo minucioso que acentúa su especificidad disciplinar, y por otro lado, en nuevas perspectivas culturales proyectadas sobre importantes núcleos temáticos que habían sido visitados anteriormente por una historiografía preponderantemente apoyada en enfoques sociológicos, económicos y/o políticos. A partir de estas investigaciones, la metrópolis, la modernidad, el paisaje y el pensamiento ilustrado en la organización del territorio, pasaron a ser ineludibles aspectos a considerar dentro de la historia argentina de los siglos XIX y XX.

Asimismo, otra nueva mirada de la ciudad se afirmó en la última década a partir de la indagación de los discursos que construyen representaciones textuales o iconográficas de su realidad. Son los imaginarios urbanos, temática impulsada por los Congresos que desde 1994 organizan Rafael Iglesia y Miguel Guèrin en la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.¹¹ La indagación de los imaginarios urbanos, también dio origen a la iniciativa que motorizó Margarita Gutman y Thomas Reese a través del Coloquio “Buenos Aires 1910: el imaginario para una gran capital” (1995) seguida de una notable exposición (1999).¹²

La *Nueva Historia Argentina*, en tanto empresa editorial que pretendió dar cuenta del estado de desarrollo alcanzado por la “Nueva Historia” desde el advenimiento de la democracia,¹³ ha sido un espacio esencialmente renovador que integró distintos trabajos provenientes de la historia de la cultura material, la ciudad y el territorio. Otro tanto sucedió con la *Historia de la vida privada en la Argentina*, dirigida por Fernando Devoto (2000) que acompañó los propósitos de renovación historiográfica perseguidos por la *Nueva Historia Argentina*. También los Seminarios de Crítica del

11. Uno de los citados Congresos fue editado como: Lyliam Alburquerque y Rafael Iglesia (ed.); *Sobre imaginarios urbanos*, FADU UBA, Buenos Aires, 2001.

12. El Coloquio organizado en 1995 fue editado en Margarita Gutman y Thomas Reese (ed.); Buenos Aires 1910. *Imaginario para una gran capital*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.

13. Publicado por Sudamericana, el asesor general de la obra fue Enrique Tandeter y sus doce volúmenes organizados por períodos que abarcan desde los pueblos originarios hasta los años recientes (1976-2001), comenzaron a publicarse en 2000 y fueron dirigidos por Miriam Tarragó, Enrique Tandeter, Noemí Goldman, Marta Bonaudo, Mirta Zaida Lobato, Ricardo Falcón, Alejandro Cattaruzza, Juan Carlos Torre, Daniel James y Juan Suriano. A ellos se suma una historia del arte, dirigida por José Emilio Burucúa y un atlas histórico a cargo de Mirta Zaida Lobato y Juan Suriano.

Instituto de Arte Americano y sus *Anales*, como también la revista *Block*, en la última década afirmaron ese mismo proceso de especialización y a la vez de expansión de los tradicionales alcances de la historia de la arquitectura.

Por su parte, el otro enfoque troncal antes mencionado, la historia social de la ciencia, nos permite incursionar en interacciones entre ciencia, Universidad y sociedad, introduciéndonos en un problema histórico que ha motivado una importante cantidad de estudios durante la última década en Argentina, muchos de los cuales encontraron un adecuado canal de difusión en las revistas *Redes*, *Pensamiento Universitario* y *Saber y Tiempo*. Desde aquellos que reflexionan acerca de sus articulaciones con la cultura y la política, colocando su foco en la función del intelectual,¹⁴ a los que enfatizan la especificidad de un campo que provee de vasto material para las biografías científicas. Desde los que se detienen en episodios que desbordaron el funcionamiento autónomo de una institución del saber, por avasallamientos de fuera hacia adentro o expansiones de adentro hacia fuera,¹⁵ hasta los que se han concentrado en realizar historias institucionales. Desde las historias de campos disciplinares (de la educación, de la física, de la medicina, etc.),¹⁶ hasta la recepción académica y/o popular de teorías y del pensamiento de determinados científicos. Sin embargo, dentro de ese amplio *corpus* también existen llamativas dificultades para hallar cuestiones tales como la utilización de las formas físicas como recurso explicativo. Con esto quiero decir, la ciencia y la Universidad han sido explicadas hasta aquí a través de variados instrumentos (la historia política, intelectual, sociocultural, la sociología, etc.), de variados objetos (la historia de una institución o de un conjunto de ellas)¹⁷ y de variadas duraciones (ya sea que se analice un episodio singular porque marca un quiebre en el devenir histórico, o que se trate de exponer ese devenir histórico). Pero aún dentro de esa variedad de instrumentos, de objetos y de duraciones, no es tarea sencilla dar con el espacio, imaginado o construido para que cobije las necesidades de la ciencia y la Universidad.

14. Un reciente aporte al respecto puede hallarse en Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comp.); *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004. Por su parte, la historia intelectual tiene en las revistas *Punto de vista* y *Prismas*, importantes espacios académicos en Argentina.

15. La Reforma universitaria es el episodio más representativo de la expansión del espacio del saber desde dentro hacia fuera. Sobre ella existe una amplia casuística, pudiendo destacarse, en torno a las celebraciones del 80 aniversario del estallido estudiantil de Córdoba de 1918, las obras de María Caldelari y Patricia Funes; *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria, 1918-1930*, Eudeba, Buenos Aires, 1998; y de Hugo Biagini; *La reforma universitaria. Antecedentes y consecuentes*, Leviatán, Buenos Aires, 2000. También la revista *Espacios* dedicó su N°24 de 1999 íntegramente al tema.

16. Por ejemplo, la arquitectura, la ingeniería y el urbanismo, como campos, disciplinares buscaron ser abordados a través de voces contenidas en la citada compilación de Jorge Liernur y Fernando Aliata; *Diccionario de la Arquitectura en Argentina* (2004). La historia de la medicina ha motivado en la región el notable abordaje de Barrán, José Pedro; *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. Tomo 1: *El poder de curar*, 1994; Tomo 2: *La ortopedia de los pobres*, 1995; Tomo 3: *La invención del cuerpo*, 1995. La historia de la educación, por su parte, originó las profundas investigaciones de Adriana Puigros; *Historia de la educación en Argentina*, en 8 tomos que abarcan desde 1885 a 1983, Editorial Galerna, Buenos Aires, 2001.

17. Un trabajo ya clásico referido a una institución es el de Halperín Donghi, Tulio; *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1962. Un abordaje de varias instituciones en su conjunto es el de Pablo Buchbinder; *Historia de las universidades argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

Y aquí aparece, creo, una cuestión importante que tiene que ver con el modo de considerar la relación del espacio con la historia: ¿las formas físicas aportan un dato sólo complementario o sugieren preguntas de las que pueden derivar nuevas formas de entender la historia? Nuestra absoluta confianza en la segunda opción justifica el esfuerzo depositado en esta Tesis. Ahora bien, existen trabajos que han demostrado que vale la pena realizar la apuesta. Una lúcida aproximación a articulaciones entre modelos universitarios y espacios físicos urbanos fue realizada por Roberto Fernández en “Metáforas del Universo. Modelos de Universidad: institución y espacio” en *Astrágalo* N°1 (1994). En el caso español también han existido intentos dirigidos en ese sentido por Antonio Bonet Correa; *Arquitectura y Universidad. Del palacio de las musas a la Ciudad del saber* (2002), y por aportes de reuniones científicas. Una de ellas es la que fue organizada por Horacio Capel Sáez, José M^a López Piñero y José Pardo Tomás; *Ciencia e Ideología en la Ciudad* (1991), y otra la que recibió el impulso del Ayuntamiento de Alcalá de Henares para reforzar su candidatura a Ciudad Patrimonio de la Humanidad: *La ciudad del saber. Ciudad, Universidad y Utopía, 1293-1993* (1995). Y si bien en Argentina el cruce de la historia social de la ciencia con la historia cultural urbana aún no ha sido ampliamente tematizado, existen trabajos recientes que, desde la historia de la arquitectura, dan cuenta de las potencialidades que encierra. Cabe referirse aquí a los aportes de Gustavo Brandáriz; *La arquitectura escolar de inspiración sarmientina* (1998) y “Escenario y representación: la arquitectura para la ciencia en la Argentina entre 1915 y 1945”, en *Saber y Tiempo* N°15 (2003); y de Claudia Schmidt; “De la ‘escuela-palacio’ al ‘templo del saber’. Edificios para la educación moderna en Buenos Aires, 1884-1902”, en *Entrepasados* N°18/19 (2000), y “El efecto de la arquitectura. Carácter público y estilo nacional en el Museo de Historia Natural de La Plata. 1884-1888”, en *IV Jornadas de Estudios e Investigaciones* (2001). También merece citarse el proyecto que Fernando Gandolfi dirigió en La Plata en el IDEHAB, desde 1992, y del cual derivaron aportes que se integraron a la obra compilada por Hugo Biagini; *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil* (1999).

En el campo específico de los estudios urbanos, ya mencionamos los importantes avances producidos por la perspectiva orientada por una “Nueva Historia”, donde los trabajos citados de Gorelik, Silvestri, Liernur y Aliata, sumado a importantes aportes de Ballent, transformaron radicalmente el estado de la cuestión en esa área del conocimiento que asimiló también el desarrollo de imaginarios como problema.

Sin embargo, vale la pena detenerse en un dato particular, cuando pensamos desde esas coordenadas la ciudad de La Plata. Existen numerosos estudios locales que abordan La Plata, aunque en la mayor parte sus perspectivas e instrumentos de análisis aún no han sido alcanzados por la renovación historiográfica de los últimos años. Y existe, a nuestro juicio, una llamativa minimización de la importancia de problemas relacionados con La Plata, como objeto de consideración histórica, en los excelentes trabajos que emblemizan esa renovación historiográfica. En consecuencia, puede decirse que tenemos muchos trabajos sobre La Plata, en su mayor parte aún desligados de la “Nueva Historia”, y una “Nueva Historia” que todavía no se ocupó de La Plata en su real dimensión.

De todos modos, vale la pena mencionar importantes aportaciones que ejercen un papel destacado entre quienes pretenden hoy incursionar en estudios urbanísticos de La Plata, avanzando en estudios históricos, o bien en el preservacionismo y el planeamiento. En primer lugar nos referiremos a la obra compilada por Julio Morosi y Fernando De Terán; *La Plata. Ciudad nueva, ciudad antigua* (1983), importante, debido fundamentalmente al rol referencial ejercido en distintos campos disciplinares derivados de la arquitectura. La obra se inscribe en un clima general marcado por las celebraciones por el centenario de la ciudad, donde la mirada hacia el pasado buscaba denotar un balance. El resultado arrojaba luces y sombras que podían reconocerse dentro de una marcada polarización diacrónica: mientras la “ciudad nueva” encarna los disvalores de una forma urbana degradada, esto es producto de la “caída”, la “ciudad antigua” es el repositorio del “alto origen”, donde residen todos los valores con los que la sociedad debe reencontrarse para detener tanta degradación. La confrontación entre tradición y modernidad es clara, como también lo es la ubicación cronológica de ambos términos en 1882 y 1982. De esa confrontación teórica se desprende una voluntad deontológica según la cual toda posible mejora en la calidad de vida de La Plata reside en estrategias proyectuales que reinstalen la supremacía de la tradición sobre la modernidad. Si en esto último cabe encontrar un verdadero manifiesto epocal del preservacionismo, que tuvo así, una clara señal conducente a afianzar ese nuevo campo en nuestro país, con figuras como Gazzaneo y Scarone; la proyección del pasado al presente también se integró a una fenomenología de los espacios afianzada con la recepción de textos de Kevin Lynch y de Colin Rowe, suscitando agudas reinterpretaciones críticas de Jorge Mele; mientras que nuevas líneas de planeamiento urbano que animaron los objetivos con los que Morosi y Vitalone montaron el LINTA en la CIC. El texto de Morosi-De Terán buscó ser reactualizado por otras obras,¹⁸ mientras que, de aquella tendencia a integrar ideas preservacionistas al planeamiento urbano, surgieron en La Plata, en una clave ambientalista, trabajos de la Fundación CEPA que derivaron en importantes gestiones dirigidas a obtener la declaración de La Plata como “Patrimonio de la Humanidad”, cuya fundamentación fue volcada a la reciente contribución de Rubén Pesci; *La Plata. Ciudad Patrimonio* (2003).

La Plata y especialmente su plan fundacional, también suscitó otra matriz historiográfica, basada en constructos desligados de pretensiones subsidiarias de intervenciones urbanas, y fundada en la exhumación de la impresionante cantidad de documentos que gestados en la etapa fundacional. Desde el texto de Antonino Salvadores; *Fundación de La Plata (documentos éditos e inéditos)* (1932), y pasando por distintas indagaciones relacionadas con actividades del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, llegamos por a la importante aportación de Alberto De Paula con su significativa obra, *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura* (1987).¹⁹ Asimismo, nuevas

18. Entre otras se halla la obra del suizo Alain Garnier; *El cuadrado roto* (1994), donde nuevamente el título aparece como elocuente indicación de un contenido signado por la inocultable fascinación por el plano fundacional, que se combina con el lamento por la pérdida de su perfección original. Una nueva obra colectiva, *La Plata. Sueños y realidades* (1996), y luego otro trabajo del propio Julio Morosi; *Ciudad de La Plata. Tres décadas de reflexión acerca de un singular espacio urbano* (1999) vinieron a ratificar la búsqueda de prolongar estos lineamientos.

19. Entre la obra de Salvadores y la de De Paula cabe ubicar los textos de José María Rey; *La nueva Capital*

interpretaciones pueden deducirse de la voz “La Plata” incluida en la obra de Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en Argentina* (2004).²⁰

III

El modo en que la investigación conducente a la realización de esta Tesis fue vinculándose con los distintos tópicos que fueron hasta aquí señalados, nos lleva a mirar en perspectiva histórica el desarrollo de un ciclo de ocho años, marcado por los diferentes tipos de estímulos recibidos. Ellos se extienden hasta hoy desde el momento en el que comencé a trabajar en esta Tesis en 1997, cuando completaba mis estudios en el posgrado en Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires y culminaba una Beca de Iniciación otorgada por la Universidad de La Plata con sede en el IDEHAB.

En primer lugar quiero hacer notar la invaluable colaboración recibida de la Fundación Antorchas, que me concedió en 2000 el Subsidio para la finalización de la Tesis Doctoral. Su aporte fue decisivo para afianzar la continuidad de mi carrera, sirviendo de eficaz puente que esta institución proporcionó entre dos instancias del principal organismo público de promoción de la ciencia en Argentina. Me estoy refiriendo al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET), que me dio el sustento y la libertad necesaria para investigar a través de la Beca Doctoral otorgada por el período de 1998 a 2000 y al incorporarme a fines de 2002 como Investigador. Un lugar destacado lo ocupa, a su vez, el Sabático para Investigadores extranjeros que me concedió el Ministerio de Cultura y Deporte de España y cumplí durante el 2003 en el Departamento de Historia de la Ciencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid. Junto a esos estímulos institucionales que fueron determinantes para la prolongación de mi desempeño en la investigación científica, se hallan también aquellos que provinieron los Concursos nacionales anuales y bienales que desde 1996 organiza el Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires, donde recibí un reconocimiento que se prolongó en las sucesivas ediciones hasta comprender ocho premios. Más allá del reconocimiento en sí, también debo decir que a través de ese espacio pude ir organizando en torno a la historia urbana y de la cultura científica en La Plata, un *puzzle* que en mi última participación de 2003 incorporó con el trabajo “La ciudad universitaria” piezas centrales para su completamiento en esta Tesis.

Si hasta aquí mencioné colaboraciones y reconocimientos institucionales externos, quiero agradecer también a quienes acompañaron mi desempeño en el Doctorado. A Miguel Guèrin, Director de esta Tesis y de mis Becas anteriores, importante fundamentalmente en el inicio de mis

(1932) y *Tiempos y fama de La Plata* (1957), diversos aportes del Centro de Estudios Históricos del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires dirigido por Barba, y el trabajo de Jorge Tartarini; *La acción profesional en la fundación de La Plata* (1982).

20. Dividida en tres bloques delimitados por cortes cronológicos y temáticos, tuvo el abordaje del proyecto fundacional realizado por Alberto De Paula, y del lapso que transcurre desde 1932 hasta la actualidad por Fernando Gandolfi y Eduardo Gentile. En medio se sitúan nuestras indagaciones referidas al paso de la “ciudad ideal a la ciudad real” que se prolonga desde 1884 a 1932.

investigaciones y de los estudios doctorales de La Plata que comencé siguiendo su muy atinada sugerencia. De estos estudios fue Co-director Fernando Aliata, también Director en CONICET, quien me invitó a colaborar en la redacción de voces para el *Diccionario de la Arquitectura en Argentina*, que él dirigió con Jorge Liernur. Y claro está, quiero destacar al cuerpo de Profesores que conocí en Seminarios enriquecedores para mis trabajos que iban surgiendo como avances parciales de la Tesis: Luis Alberto Romero, Donna Guy, Silvia Sigal, José Escudero, Sonia Mendonça, Virginia Fontes, Gerardo Caetano, Dora Barrancos, Carlos Astarita, Waldo Ansaldi y Patricia Funes. Algunos de esos avances adquirieron la forma de artículos publicados en *Anuario de Historia Argentina*, *Asclepio*, *Block*, *Casabella*, *Espacios*, *Premio bienal de Arquitectura*, *Revista de Indias*, *Sociohistórica* y *Taller*.

Otras colaboraciones recibidas en distintos momentos provinieron de Hugo Biagini, con quien trabajé en la citada obra *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil* (1999). Allí podía yo ir vislumbrando con más claridad el problema del arielismo en la ciudad universitaria -presente en la Cuarta Parte de la Tesis-, después de haberlo abordado inicialmente en “La belleza en la universidad”, *Block* N°1 (1997), y de comenzar a confrontar sus alcances con el higienismo y la cultura urbana, merced a una oportuna sugerencia de Silvia Sigal. Un Concurso organizado por CEPA y la Municipalidad de La Plata, que gané en 1998, me había estimulado a precisar algunas ideas vinculadas a la forma urbana de La Plata para articularla con la recepción del positivismo finisecular. El Taller de Historia Urbana organizado ese año en Rosario por Ana María Rigotti y Fernando Aliata entre otros, fue una buena ocasión para afirmar ese *corpus* que orientó la Primera Parte de esta Tesis. El higienismo que Miguel Guèrin me ayudó a interpretar, condensaba un núcleo de pensamiento que iba más allá de las evidentes sugerencias dirigidas hacia la forma urbana, para involucrarse dentro de toda una ideología. Interrogar esa ideología significó discurrir a través de aquella inicial articulación que empecé a buscar en el paso del positivismo al idealismo, como marco explicativo del devenir de una “ciudad letrada”. Allí estaban embrionariamente, casi en el comienzo de mis estudios doctorales, las principales ideas que terminaron organizando esta Tesis. Y sobre todo cuando a partir de esa dialéctica básica, fue alimentándose otro eje paralelo con el que pude iluminar más problemas, nuevos y complementarios a la vez: se trata de aquel que comprende el paso del higienismo a la eugenesia. Las inquietudes que Donna Guy trajo a su Seminario dejaron latentes, en mí, preguntas importantes al respecto.

Mientras tanto, en la Facultad de Humanidades de La Plata, desde 1999 pasé a compartir la dirección de un proyecto con Sara Alí Jafella, quien me hizo ver la importancia que tenía la “Escuela Nueva” en la idea de ciudad universitaria. Relevo a ella de cualquier inexactitud que puedan contener mis interpretaciones. Las exploraciones iniciadas dentro de ese cuerpo de pensamiento pude afirmarlas a través de trabajos realizados para el Congreso de AHILA en Oporto en 1999 y para los tres Anuarios que desde el 2001 publicó el Instituto de Historia Argentina que dirige Fernando Barba. Ahora podía constatar cómo darwinismo, higienismo y eugenesia eran aspectos que fluían también a través de una teoría pedagógica de difusión universal que fue invocada a la hora de pugnar por convertir a La Plata

en la ciudad universitaria del país. La educación de las élites era un problema urbano y también de una cultura científica de la que Dora Barrancos con su Seminario de 2002 facilitó su aprehensión.

Darwinismo y eugenesia pasaron a ser así objeto de una particularizada indagación, azuzada por textos como *La escena iluminada* (1997), de Dora Barrancos y *En busca de la raza perfecta* (1999) de Raquel Álvarez Peláez y Armando García González. Lo mismo le sucedió simultáneamente a una incansable investigadora que comenzó a compartir conmigo ese núcleo de preocupaciones: me refiero a mi compañera de esa y muchas otras experiencias, Marisa Miranda. Allí fue cobrando forma el proyecto que me permitió trabajar en el CSIC de Madrid con Raquel Álvarez Peláez, quien me hizo sentir siempre que en aquella sede temporal de trabajo -y junto a Marisa y Joaquín- estaba en mi casa. Allí además disfruté de la compañía invaluable de José Luis Peset, Andrés Galera, Rafael Huertas, Miguel Angel Puig Samper, Consuelo Naranjo Orovio, Armando García González, Marcelo Frías y Ricardo Campos. En buena medida, el ambiente general de exigencia y cordialidad permanentes que en torno a ellos encontré durante esa estancia española me permitió organizar muchas de las ideas aquí contenidas. Darwinismo y eugenesia eran tópicos que podía comprender mejor dentro de una perspectiva situada en una historia social de la ciencia, donde advertía que había mucho que hurgar en lo que de ella -como de las formas de ejercicio del poder- decían los espacios físicos.

A mi regreso, tuve con los “intelectuales latinoamericanos” analizados en el Seminario de Patricia Funes, un cierre óptimo para el plan iniciado siete años antes con “la política de la democracia” de Luis Alberto Romero. Entre medio quedaron otros notables Seminarios que pude disfrutar en el Doctorado de la Facultad de Humanidades de La Plata, montado gracias al celo de quienes se sobrepusieron a las habituales dificultades económicas que existen en nuestro país para poner en marcha este tipo de empresa y darle continuidad en el tiempo con la misma seriedad con la que fue creada. Especialmente quiero recordar en esto a José Panettieri, Noemí Girbal y Patricia Flier, quienes además de aceptar y seguir con interés mis temáticas propuestas, bajo distintas circunstancias me hicieron sentir siempre su respaldo para seguir desarrollándolas.

Al regresar encontré en el INTECH y en la Universidad Nacional de General San Martín condiciones por demás propicias para culminar esta Tesis, prolongar las investigaciones iniciadas en España y proyectar nuevas líneas de trabajo. También tuve en Miguel Guérin y Fernando Aliata a directores que aportaron importantes sugerencias para la redacción final de esta Tesis, mientras contaba a su vez con las generosas colaboraciones de Omar Loyola para poder plasmar reconstrucciones gráficas que acompañan el texto.

Reservo para el final mi más profundo agradecimiento hacia Marisa Miranda, la infatigable compañera en audaces emprendimientos académicos y en la aventura mayor de crear una familia.

Introducción: la imagen del orden

Capítulo 1. La representación del origen

El 19 de noviembre de 1882 tuvo lugar en las “Lomas de Ensenada”, el acto fundacional de la ciudad de La Plata, Capital de la Provincia de Buenos Aires creada *ex novo* para interrumpir una situación de acefalía en el principal Estado argentino provocada por la federalización de la ciudad de Buenos Aires. El episodio podría reducirse a una decisión administrativa y situarse dentro de una interminable serie de creaciones urbanas que se sucedieron en el continente americano durante más de tres siglos de colonización española y más de siete décadas en las que repúblicas independientes tendieron a prolongar aquella estrategia de control político y económico de los territorios para afianzar las nuevas formas de ejercicio del poder.

Sin embargo, la ciudad naciente, 60 kilómetros al sur del objeto de reemplazo, tenía ya desde el acto que ritualizó el origen, características muy particularidades que signarían su devenir posterior. La Plata surgía para sellar los acuerdos alcanzados entre la Nación y la Provincia de Buenos Aires tras violentos enfrentamientos ocurridos en 1880, que fueron el corolario de una vieja disputa por el control del puerto de Buenos Aires. Y también aparecía para señalar el rumbo a seguir en la ocupación de territorios recientemente librados de la presencia indígena. Esos eran los significados que su creador, el Gobernador Dardo Rocha, trató de sobreimprimir a través de una notable voluntad de representación tendiente a convertir un hecho puntual en una acción ejemplarizadora.²¹ Una acción que tanto urbana como gubernamentalmente habría de desplegarse sobre un universo acotado, el de un espacio delimitado en el que todas las variables pudieran ser manipuladas, atento a las taxonomías de las ciencias biológicas que, especialmente después de Darwin, dejaban de ser ajenas para las ciencias humanas y los mecanismos de control social. La Plata sería entendida por su mentor como el punto de partida de muy profundos cambios políticos y culturales que podrían expresarse simbólicamente en un espacio reducido, al que la representación vendría a darle un papel multiplicador de los objetivos perseguidos.

Sería la expresión de un “capítulo glorioso” con el que se iniciaba el proceso de organización nacional conducido por la llamada “Generación del `80”, clausurando los viejos enfrentamientos entre

21. En 1880, la sucesión presidencial provocó graves enfrentamientos cuando Buenos Aires rechazó un acuerdo de otras provincias y las fuerzas leales al Gobernador Carlos Tejedor chocaron con las del General Julio A. Roca entre el 17 y el 21 de junio. Tres sangrientos encuentros dejaron el saldo de tres mil hombres muertos de los veinte mil que combatieron, y la victoria de Roca, que derivó en su vertiginoso ascenso político. Como consecuencia de estos episodios comenzó una etapa de “organización nacional” sustentada en la federalización de Buenos Aires, la prohibición de las provincias a formar cuerpos militares y el acuerdo de Roca con Dardo Rocha, quienes habían compartido acciones en la Conquista del Desierto. Ese acuerdo permitiría a Rocha colocarse al frente de la provincia y reestructurarla a partir de la creación de una “nueva Capital”. Sobre el contexto político de 1880, son obras fundamentales las de Tulio Halperín Donghi; *Una nación para el desierto argentino*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1995; y Natalio Botana y Ezequiel Gallo; *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997. Para una biografía de Rocha véase Félix Luna; *Dardo Rocha*, Planeta, Buenos Aires, 1999. Sobre la discusión por la “cuestión capital” nacional y provincial, Fernando Barba; *La Plata. Orígenes y fundación. La cuestión capital de la República y la fundación de la Capital de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1995.

Buenos Aires y el interior del país, sellando “la definitiva paz nacional”, y garantizando “la consolidación política y jurídica del sistema federal”. La Provincia se desprendía de su principal ciudad para que la Nación reciba “una de las más grandes y ricas capitales del mundo”, mientras concentraba sus energías para darse una “nueva Capital”. La misma que motivaba estas apreciaciones encomiásticas vertidas por otro Gobernador, en este caso Federico Martínez de Hoz, en el marco de la conmemoración oficial del cincuentenario del nacimiento de La Plata.

Martínez de Hoz cerró su discurso dirigiéndose a dos protagonistas del acto fundacional de 1882, que volvían a hacerse presentes, en el mismo sitio, durante la ceremonia de 1932. Ellos eran el ahora Vicepresidente de la Nación, Julio Roca y el señor Carlos Rocha. “Erais niños los dos cuando vuestros ilustres padres os encargaron sostener la cinta con los colores de la bandera con que se ató la piedra fundamental de esta ciudad. A la vuelta de cincuenta años la veis en la plenitud de su desarrollo en la hora en que las pasiones están serenadas y dan paso al fallo de la historia que enaltece a Roca, el ilustre Presidente y a Rocha, el eminente Gobernador. Así cumplen el designio histórico y la ley inmutable que hace que los hijos cosechen el aplauso que la posteridad rinde a los padres”.²²

La escena tan apasionadamente aludida por Martínez de Hoz, puede ser apreciada a través de una muy colorida litografía que vale la pena observar detenidamente. Ella refleja con un sorprendente realismo el momento culminante del acto en el que Julio Roca y Carlos Rocha, acompañan a sus respectivos padres, los entonces Presidente de la nación y Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, que se ubican sobre un pupitre en condición de oradores. Flanqueándolos, Monseñor Federico Aneiros y otras autoridades eclesiásticas preparan su bendición, mientras en forma equidistante se despliegan dos grandes pancartas: una con la inscripción “Società Stella Italiana” y la otra con la de “Centro Gallego”. Por detrás, un palco principal y otro menor a su lado congregan a funcionarios que festejan alborozados entre numerosos símbolos patrios que se reparten por distintos escaparates. Mientras enseñas nacionales parecen agitarse al son “heroico” de la Marsellesa, un halo de romanticismo ilumina la indumentaria, el peinado, los uniformes de los asistentes, que se expresan con la obsesiva precisión de un Manet. Agudizando la percepción es posible detectar en torno a la caja de piedra que está siendo depositada, a los principales referentes del campo político nacional: Julio A. Roca, Domingo Sarmiento, Nicolás Avellaneda, Bernardo de Irigoyen y Eduardo Madero, entre otros. Sus rostros singularizan aún más una muy cuidada obra artística, acrecentando el valor documental que posee, en tanto registro de una sorprendente conjunción de figuras consulares del proceso de organización nacional. Esa presencia parece no dejar resquicios en un espacio ceremonial que se ve colmado, además, por personajes representativos de otros sectores sociales que interactúan amenamente dentro de un llamativo orden general.

22. “Discurso del Excelentísimo señor Gobernador de la Provincia Don Federico Martínez de Hoz en la conmemoración oficial del cincuentenario”, en *La Plata a través de cincuenta años, 1882-1932*, La Plata, 1932, p.14.

El hiper realismo de la escena, insta a ver naturalmente situado al autor de la obra como testigo presencial del acontecimiento, al que la representación pictórica ha convertido en un incuestionable discurso histórico de ese “capítulo glorioso” de la nación.

Sin embargo, hay algunas salvedades que hacer. La escena no fue compuesta por un artista comprometido con el acto, y son menos conocidos los registros que aportaron los datos para una consumación llevada a cabo en 1885 por el italiano Quincio Cenni, famoso pintor de gestas garibaldinas, bajo circunstancias muy particulares. El verdadero testigo presencial fue Thomas Bradley, fotógrafo norteamericano que Dardo Rocha conoció en la Guerra del Paraguay y convocó para que registre desde el inicio las principales instancias del desarrollo material de la “nueva Capital”. Rocha también le encargó a Bradley la inmortalización del acto fundacional de su ciudad a través de una imagen que debía expresar el brillo de la ceremonia.

La foto tomada por Bradley pone en evidencia de manera elocuente el marco general en el que se sucedieron los hechos. Estandartes patrios que se agitan sobre mástiles improvisados con troncos de eucaliptus que aún conservaban algunas de sus ramas -en un estado bien diferenciado de la ordenada forma que le dio Cenni-, enmarcan el fasto. Mientras espectadores permanecen en la tribuna oficial y las dos laterales, en un preciso lugar destacado con una bandera de mayores dimensiones que las restantes, una limitada cantidad de personas, que debería incluir al Gobernador y sus allegados, se aproxima al sitio en el que quedaría depositada la piedra fundacional. Es el espacio de la ceremonia en sí, que queda custodiado por una fila de soldados del Batallón de la Guardia Provincial, tras la cual, cuatro personajes que bien podrían representar al mundo del trabajo encuentran una forma de inclusión al evento mirando hacia donde está quien lo retrata.

La foto sugiere dos ideas básicas: por un lado, el orden de la fuerza pública que determina el final de la escena en el sector opuesto a las tribunas oficiales y por otro lado, la exagerada amplitud de un escenario en el que el vacío prevalece por sobre los protagonistas. Es la imagen de la desolación y los intentos de sobreponerse a ella a través del poder militar y de un nuevo civismo expresado en la liturgia patria que se exhibe en los escaparates de arquitectura efímera. Es la expresión de grandes vacíos, como aquellos que tanto aterraban a una cultura letrada argentina que, desde *Facundo* (1845), no deja de asociar la extensión con las mayores amenazas al orden y la civilización. Es un vacío demostrativo de la peligrosa primacía de la naturaleza sobre la cultura, de la materia sobre la razón. Y también lo es de los desacuerdos que perduran en la élite, dejando latente inquietantes posibilidades de ocupaciones “incivilizadas” sobre las dolorosas ausencias de las más destacadas figuras del campo político nacional. Allí no está “Julito” Roca ni su padre, como tampoco, Avellaneda, Sarmiento, Bernardo de Irigoyen y Madero.

La foto de Bradley ofrece así la contracara del mensaje de unidad que Rocha buscó transmitir en el acto de fundación de su “nueva Capital” y que cincuenta años más tarde recreaba Martínez de Hoz, en connivencia con los hijos de Rocha y Roca, al plantear su falaz alusión a un origen inmortalizado en la litografía del acto fundacional. La foto es en definitiva el negativo de la imagen

que Rocha pronto quiso borrar de su memoria y también de la de generaciones venideras. Ante su deseo de que el origen de La Plata fuese recordado con un brillo que no tuvo, Rocha volvió a requerir los servicios del eficiente fotógrafo para que la imagen obtenida se adapte a la deseada.

El pedido debió sonar bastante curioso a los oídos de Bradley que sólo sabía de la exactitud de lo captado por su cámara, del compromiso con el registro de la cosa en sí. Igualmente su perplejidad pronto dejó paso a la elaboración de una ingeniosa solución ideada para complacer al Gobernador, cuando el distanciamiento del objeto registrado permitió concebir otro tipo de alternativa. Se trataba de la realización de un fotomontaje que permitía intercalar los rostros de los ausentes dentro de una cuidada composición preparada como paso previo a la obra definitiva que el mismo Bradley derivaría a un artista plástico.

Bradley inició su trabajo en mayo de 1883, solicitando pasar por su estudio fotográfico a todos los invitados a la ceremonia, presentes y ausentes, para que fuesen retratados. La condición de hombres públicos de quienes eran objeto de su trabajo, permitió continuar su tarea reemplazando a quienes no concurrieron con otras fotografías obtenidas de la prensa. En agosto de ese año, cuando su montaje ya iba teniendo la fisonomía definitiva, entró en contacto con el representante de una casa de oleografías de Milán, el establecimiento M. Meneghini y cía., y a comienzos de 1885 las ausencias y la falta de brillo quedaban definitivamente subsanadas. En ese momento arribaban a La Plata las 600 copias litografiadas de 105 por 75 centímetros de la obra que realizó en acuarela y *gouache* Quincio Cenni en Milán, en base al fotomontaje que Bradley preparó a la medida de los deseos de Rocha.

Sólo un detalle escapó al estricto control de la representación del origen: la libre interpretación de Cenni sobre la foto de Bradley, permitió al italiano incluirse dentro de ese evento, para enfatizar con su rostro el eje de composición que desde el borde inferior se prolonga por las sogas que bajan la caja con el acta fundacional. Así se ganó el encono de las autoridades bonarenses que de mala gana dejaron pasar el nuevo problema con el que se encontraron, el de tener que sacar al “intruso”, a aquel que había sido agregado a la estampa sin la debida autorización, ocupando el mismo sitio que los cuatro representantes del mundo del trabajo en la foto de Bradley.

El episodio que protagonizaron Rocha, Bradley y Cenni, los coloca frente a claros intentos de prolongar prácticas absolutistas basadas en el rígido control ejercido por un poder central, aún sobre las representaciones que activarían la memoria de la sociedad. Pero lo más curioso es que esa actitud esté connotando la inauguración de un nuevo Estado moderno, que invocaba normas racionales de convivencia fundadas en el respeto a la libertad y en una obsesiva búsqueda de legitimidad que proveía la ciencia. Continuidades e innovaciones en la manipulación de las formas de representar la realidad, son el signo de las nuevas tácticas de ejercicio del poder, donde, a la vista de una incipiente opinión pública, deberán ir agudizándose las técnicas de formación de verdad: el artista de la corte era ahora el fotógrafo del republicano. La representación ejemplar del origen de La Plata da cuenta de una secuencia en la que la intervención del quien desde el arte interpreta subjetivamente los hechos es requerida para que recree la precisión fotográfica de una verdad construida “científicamente”.

En los albores de la organización nacional, este maridaje entre ciencia, arte y poder signaba el surgimiento de una ciudad entendida como un experimento controlado, un banco de pruebas de las transformaciones de mucho más vastos alcances que distintas figuras del campo intelectual imaginaban para el nuevo Estado-nación. Donde la experimentación de las técnicas de representación y la manipulación de ellas, eran también una metáfora del modo en que el liberalismo argentino comenzaba a entender el ejercicio del poder en el tránsito hacia futuras aperturas democráticas.²³ La ilusoria imagen de Bradley y Cenni era también la representación de otras falacias como las que encerraban muchas de las frases que proliferaron durante el acto: “Paz y Libertad”, “Vías de comunicación y vida municipal”, “Amor por la libertad y respeto por las instituciones”, “Educación común y sufragio libre”, “El ejercicio de los derechos políticos es necesario para el gobierno libre”, “La educación universal acompaña la universalidad del sufragio”, “La educación común es la base del gobierno propio”, “No basta odiar la tiranía. Es necesario amar la libertad”.

La Plata será para sus fundadores la metáfora del orden propugnado y, como tal, objeto de una constante búsqueda de hacer coincidir metafóricamente representaciones del orden con diferentes maneras de representar la ciudad. Después del acto fundacional, la intensa aplicación de esta lógica originó en menos de dos lustros una producción cartográfica que excede la necesidad concreta de dar forma material a la ciudad, para orientarse a una representación *per se*, con trabajos en cantidad y calidad difícilmente hallable en otras ciudades durante el mismo período. Allí se expresa la insistente búsqueda de hacer conjugar ciencia y arte, a través de la voluntad de describir al mismo tiempo una situación real y los deseos de encauzarla dentro de una proyección futura dirigida a consumir el orden propugnado. Y también se evidencian profundas divergencias acerca de lo representado, esto es en la forma en que la ciudad va corporizándose, mientras nunca va a dejar de remitirse a una idea de orden situada en el origen. Esto es en el “alto” origen, aquel del que habla Foucault como una tranquilizadora explicación del comienzo armonioso de todas las cosas.²⁴ Donde queda condensado el

23. Al usar el concepto de metáfora nos valemos de Héctor Palma; *Metáforas en la evolución de las ciencias*, Jorge Baudino, Buenos Aires, 2004.

24. La descripción del “alto origen”, ilumina abordajes del plan fundacional como el que se halla en la rica compilación dirigida por Julio Morosi y Fernando De Terán (comp.); *La Plata. Ciudad nueva, ciudad antigua*, UNLP-IEAL, Madrid, 1983. Bajo un clima general signado por las celebraciones por el centenario de la ciudad, la mirada hacia el pasado contiene un balance. El resultado arrojaba luces y sombras que podían reconocerse dentro de una marcada polarización diacrónica: mientras la “ciudad nueva” encarna los disvalores de una forma urbana degradada, esto es producto de la “caída”, la “ciudad antigua” es el repositorio del “alto origen”, donde residen todos los valores con los que la sociedad debe reencontrarse para detener tanta degradación. La confrontación entre tradición y modernidad es clara, como también lo es la ubicación cronológica de ambos términos en 1882 y 1982. De esa confrontación teórica se desprende una voluntad deontológica según la cual toda posible mejora en la calidad de vida de La Plata reside en estrategias proyectuales que reinstalen la supremacía de la tradición sobre la modernidad. Similares objetivos a los expuestos por Morosi-De Terán, animaron la obra del suizo Alain Garnier; *El cuadrado roto*, CIC, La Plata, 1994, donde nuevamente el título aparece como elocuente indicación de un contenido signado por la inocultable fascinación hacia el plano fundacional, que se combina con el lamento por la pérdida de su perfección original. Una nueva obra colectiva, *La Plata. Sueños y realidades*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1996, y luego otro trabajo del propio Julio Morosi; *Ciudad de La Plata. Tres décadas de reflexión acerca de un singular espacio urbano*, LINTA CIC, La Plata, 1999 vinieron a ratificar la continuidad de estos lineamientos. A ello se agregan las importantes gestiones de la Fundación CEPA dirigidas a obtener la declaración de La Plata como “Patrimonio de la Humanidad”, cuya fundamentación fue volcada a la reciente

estado de perfección y de orden que contiene la luz sin sombra del primer amanecer, o lo que equivale a decir, el acto fundacional del cuadro de Cenni. Un origen que como Foucault nos alerta, siempre precede a la caída.

Sin embargo, cambiando el foco de la lente, dudando de construcciones “científicas” de la verdad, también es posible ver lo que ocultan las evidencias, esto es, aquello que se revela en la interacción entre la percepción sensitiva y las motivaciones ideológicas. Si el episodio ilumina el modo en que las certezas aparecen para clausurar innumerables preguntas que arrojarían otras respuestas, por qué no preguntarse ¿Y si ese origen no fuera tal? Quiero decir ¿qué pasaría si no fuera un único origen el que produjo La Plata, sino distintos intentos de afirmar en Argentina una idea de orden recreando aquel origen que después de todo no fue tan “alto”? ¿O no es acaso una forma “baja” de ver la ciudad la que surge de una recreación de Bradley y Cenni, cuando una crisis indujo a Vucetich a volcar el afán de representación instalado en La Plata hacia una conjunción de ciencia y arte para identificar y estigmatizar el universo de lo “anormal”?

El episodio de Bradley y Cenni permite introducirnos en una historia signada por la voluntad de trascender el compromiso con la realidad de la que se sitúa a una distancia suficientemente amplia como para poder ejercer sobre ella su manipulación. Es la distancia de la “Generación del ‘80” que ve en la parcial ocupación del territorio un desierto que sólo dejará de ser tal cuando prosperen las ideas ilustradas, la inmigración europea y el capital británico. Aunque el compromiso y el distanciamiento, en tanto oscilaciones que rigen toda aproximación a la naturaleza, son conceptos limítrofes pero no autónomos entre sí, vale decir, que no existe uno sobre la negación absoluta del otro,²⁵ aquel episodio fundante ilumina la clara primacía de un término sobre el otro. Ilustra la exagerada preponderancia del distanciamiento sobre el compromiso en las relaciones entre Estado y sociedad, que serán el signo de las luces y las sombras que desde ese origen acompañarán por años el devenir de la creación de Rocha. Por un lado, naturalizando formas oligárquicas de ejercicio del poder como única manera “civilizada” de gobernar, pero también, alimentando, desde ese distanciamiento de la naturaleza y la sociedad, una tendencia a recepcionar importantes formulaciones utópicas y proveer permanentes estímulos al

contribución de Rubén Pesci; *La Plata. Ciudad Patrimonio*, CEPA, La Plata, 2003. El origen, suscitó en otra matriz historiográfica la exhumación de una impresionante cantidad de documentos. Desde el texto basal de Antonino Salvadores; *Fundación de La Plata (documentos éditos e inéditos)*, AHPBA, La Plata, 1932, pasando por los de José María Rey; *La nueva Capital*, 1932 y *Tiempos y fama de La Plata*, UNLP, La Plata, 1957, se llega a la importante aportación de Alberto De Paula; “El plan La Plata (1881-1884) y su planificación”, en *Summa* N°181, Buenos Aires, 1982, pp.22-28.; que el mismo autor profundizó con la significativa obra, *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura*, Edición del Banco de la provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1987. Nuevas interpretaciones pueden deducirse de la voz “La Plata” incluida en el importante trabajo de Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en Argentina, Tomo I-N*, Clarín, 2004. Dividida en tres bloques delimitados por cortes cronológicos y temáticos, tuvo el abordaje del proyecto fundacional realizado por Alberto De Paula, del paso de la “ciudad ideal a la ciudad real” que se prolonga desde 1884 a 1932, por Gustavo Vallejo, quedando a cargo de Fernando Gandolfi y Eduardo Gentile, el paso de la “euforia al desencanto” en el lapso que transcurre desde 1932 en adelante.

25. Norbert Elías; *Compromiso y distanciamiento* (1983), Península, Barcelona, 2002. Véase especialmente el capítulo 1 que da el título al libro, pp.17-96.

desarrollo científico. Después de todo, la adecuada distancia de la realidad es también el prerrequisito de la utopía y establece condiciones de posibilidad para el éxito de la experimentación científica.

La distancia de la realidad será así el primer rasgo identificador de una creación *ex novo* sobre la cual las nociones de utopía y ciencia tendrán un particular peso en su configuración, prestándose a su vez a permanentes resemantizaciones. La ciudad nacida de un plan urbano elaborado prescindiendo del conocimiento de su localización, como verdadero *u topos* -no lugar-, será también la de la puesta en marcha de un conjunto de instituciones científicas que, de manera inédita, quedarían integradas a ese plan urbano. Entre los rasgos utópicos y los espacios creados para el desarrollo de la ciencia, se tramarán verdaderas novedades que se integran al profundo ensimismamiento de una élite que se autorizaba a sí misma a organizar una nueva Nación desde una radical distancia de la realidad. Bradley y Cenni, también nos ayudan a tener presente que esa tarea contó con muchos contratiempos, por desavenencias personales y partidarias, propias de un momento que era fundacional también de hegemonías dentro del nuevo campo político. Desde allí podemos ver organizadas dos tendencias que pendularmente sobrevuelan en el origen y devenir de La Plata. Por un lado, aquella que a raíz de los desencuentros, insta a ver en la ciudad la impronta de una superposición de proyectos con resultados parciales, aplicados y acumulados históricamente a la manera de un palimpsesto, de aquel manuscrito antiguo que conserva huellas de una escritura anterior borrada para escribir de nuevo. Y junto a esta tendencia convive aquella otra que instala una inmanencia de propósitos, que trasciende períodos de gobiernos y se engloba en toda una cultura científica que fluye por cada nuevo gesto moderno, que a su vez tiende a condensar míticas recreaciones de los orígenes de un ideario civilizatorio.²⁶ Desde esta perspectiva que se mantendrá incommovible hasta década de 1940, existía un destino teleológico, el ejemplar trayecto de una evolución ordenada en la civilización que situaba a La Plata y a sus aportaciones científicas, en la culminación de un proceso iniciado por las inquietudes iluministas de Bernardino Rivadavia que prosiguió Domingo Sarmiento.

La Plata será así el resultado de una superposición de proyectos parciales y también de la inmanente voluntad de situarse en una directa continuidad con la historia “civilizatoria” del país, a su vez deudora del empeño de liberales argentinos en ubicar al evolucionismo darwiniano como clave de legitimación científica de un gradualismo político de cambios muy lentos. En consecuencia, a menudo podrá advertirse cómo la recurrente exaltación de la condición *ex novo* se combina con la autorización buscada en el pasado, donde el orgullo por inaugurar algo “por primera vez en Argentina” se acompaña del afán por demostrar que esa misma creación consistía en la materialización de las ideas situadas ejemplarmente en una tradición rivadaviana y sarmientina.

La historia que comienza con la litografía del acto fundacional y prosigue con la obsesiva búsqueda de formación de verdad, será seguida aquí a través de las interacciones permanentes que

26. Utilizamos la noción de cultura científica con un sentido más abarcativo que el deducible de las tradicionales categorías de positivismo, modernismo cultural, etc., como queda planteado en Oscar Terán; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.

mantiene una historia social de la ciencia con la historia cultural urbana,²⁷ en la convicción de que interrogando lo que nos dicen los espacios, las distancias, emergen señales suficientemente elocuentes de una idea de ciudadanía, que no es sino el modo en que el liberalismo argentino dejó las huellas de sus prejuicios y sus miedos sobre la ciudad ideal. Bourdieu ha señalado que en la historia se ponen en presencia dos estados de lo social, el “estado objetivado”, es decir la historia acumulada a lo largo del tiempo en las cosas, los edificios, los monumentos, y el “estado incorporado” que es la historia transformada en *habitus*. Podemos pensar que eso que, así dicho, parece quedar delimitado entre las formas físicas y las ideas internalizadas, también encierra un trayecto trazado por el poder para incidir con un estado sobre el otro a efectos de ampliar la eficacia del weberiano “orden legítimo” que instituye. Es un trayecto que crea una suerte de retroalimentación indefinida entre poder político y cultura cotidiana, operada para reproducir valores burgueses a partir del decisivo factor contenido en la afirmación de la autoridad normativa de una cultura “letrada”.²⁸ Desde ese trayecto también es posible interrogar el significado de escenarios con los que esa cultura connotó a la ciencia, para ver en aquellas aportaciones a la creación del conocimiento, que *a priori* quedan asociadas a una incuestionable valoración positiva, epifenómenos de construcciones socioculturales más complejas por las que discurre la idea de ciudadanía, las formas de discernir la inclusión y la exclusión.

La tesis se plantea iluminar aspectos de la cultura política argentina, a partir de los datos que proporciona la indagación de una experiencia urbana, concebida con un sentido ejemplarizador del orden instaurado por el liberalismo argentino en el inicio de la “organización nacional”. La ciudad ideal imaginada y creada por la “Generación del ‘80” es así mucho más que el contenedor de determinadas instituciones. Es una metáfora del orden social perseguido, que parece retroalimentar las expectativas depositadas en su función modélica con cada nueva instancia de la cultura científica inaugurada. Las formas y las ideas, los espacios y el ejercicio del poder simbólico y efectivo, entran en una constante interrelación que aquí será explorada indagando los rasgos heterónomos de la ciencia, aquellos puntos de articulación que el saber mantiene con el poder cuando participa de estrategias dirigidas a reproducir un orden establecido. La ciudad higiénica, como producto de la ciencia finisecular, será así luego el *locus* para que ésta se despliegue con una notable fruición, acrecentada en la medida en que más intensa resulte su capacidad de responder a necesidades del naciente Estado

27. Ese cruce aún carece de abordajes de largo aliento en Argentina. Un primer avance puede hallarse en Gustavo Brandáriz; “Escenario y representación: la arquitectura para la ciencia en la Argentina entre 1915 y 1945”, en *Saber y Tiempo* N°15, Buenos Aires, 2003. Igualmente existen importantes contribuciones desde la historia cultural y la historia cultural urbana que ayudan a avanzar hacia ese punto de intersección. En latinoamérica, a los trabajos ya clásicos de Richard Morse; *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, Siglo XXI, México, 1982; de José Luis Romero; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1986; y de Ángel Rama; *La ciudad letrada* (1984), Arca, Montevideo, 1998; pueden agregarse recientes producciones de gran valor provenientes de la historia urbana: Adrián Gorelik; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, UNQ, Buenos Aires, 1998; Jorge Liernur; *La Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2001; Graciela Silvestri; *El color del río. Historia cultural del paisaje del riachuelo*, UNQ, Buenos Aires, 2003; y voces contenidas en Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en la Argentina*, *op. cit.*

28. Ángel Rama; *La ciudad letrada*, *op. cit.*

moderno. Las interacciones entre saber y poder también definirán los límites de un espacio simbólico, el de esa cultura científica, que es a la vez el de una “ciudad letrada”, sostenida por estrategias de inclusión y exclusión que pivotean siempre sobre el binomio orden / desorden. Y reforzando estos imaginarios podrán seguirse las estrategias dirigidas a preservar el orden instalado “desde arriba”, a custodiar la cultura científica de esa “ciudad letrada”, apelando incluso a artificios o “máscaras”, mientras que, antitéticamente, se afirmarán tendencias que no se dirigen a crear otro orden -subcultura o contracultura-, sino que pugnan por favorecer el ingreso a un espacio -físico y sociocultural- de quienes quedaban excluidos por él.

Se trata así de situarse en el cruce de una constelación de temas que la historia cultural urbana permite integrar, articulando el espacio con las ideas, para indagar qué tienen en común el principal ejercicio de creación de una ciudad planificada a fines del siglo XIX en Latinoamérica, la presentación internacional de esa creación urbana como un ejemplo de “ciudad higiénica”, el desarrollo de la educación pública en una ciudad moderna que fascina a Sarmiento, la tendencia incremental que pugna por llegar a la educación superior, el surgimiento de la dactiloscopia, el museo de historia natural ubicado a poco de nacer entre los más importantes del mundo, la transformación de aquella “ciudad higiénica” en la más novedosa ciudad universitaria del contexto sudamericano, la introducción del arte y la educación física a la enseñanza universitaria argentina, los tempranos fermentos de la eugenesia, los programas de extensión cultural del socialismo y la “invasión” del peronismo. La amalgama ensayada por esta tesis a ese vasto conjunto de problemas socio-culturales, pasa por interrogar la cultura científica argentina a través de los distintos escenarios montados en La Plata, buscando con ellos reconstruir el devenir de una idea de orden, desde su instauración operada a través de la presentación y representación de la ciudad ideal, hasta llegar a los replanteos motivados por el proceso de masificación que adquirirá la forma de una literal “invasión” de los suburbios al centro.

Capítulo 2: Ciudad moderna, ciencia y educación

El estallido de una crisis estableció en 1890 los límites al sueño de Rocha, a la vez que suscitó intensas reflexiones dirigidas a determinar dónde estaba la fisura del orden conservador por la que irrumpía la naturaleza no domesticada que amenazaba la continuidad del programa civilizatorio emblemático a través de la ciudad moderna.

La pregunta subyacente parecía ser cómo lograr que ese orden prosiguiese sin que expresiones ajenas a él provocasen nuevas conmociones. Y la respuesta, coincidente en la apreciación de distintos intelectuales, fue hallada en la educación, con diversas articulaciones políticas y sociales que comprendieron la emergencia de la “ciudad universitaria” como figura cultural.

Y La Plata, que en la crisis perdió buena parte de las amplias facultades imaginadas por su fundador, también encontró, allí mismo, un nuevo rol que la revitalizaba sirviendo a la vez a las necesidades de sanear la cabeza del sistema. La Plata pasaría a ser, entonces, “la ciudad universitaria” del país por antonomasia.

La corporización de ese designio fue obra de Joaquín V. González,²⁹ quien en 1905 protagonizó aquello que fue visto como “la segunda fundación de la ciudad”. González en realidad llevó a cabo acciones que se valían y a la vez reforzaban el carácter de “ciudad letrada” que, como una materialización del modelo descrito por Rama, parecía conllevar desde su origen la “nueva Capital”. De ese modo, sus ideales preformativos interactúan con la prolongación de la preceptiva sarmientina que, desde mediados del siglo XIX, identificó en la ciudad moderna y la educación, los instrumentos reformistas para arribar a otra sociedad, una sociedad nueva que provendría de una ciudad nueva.³⁰

Para los fundadores de La Plata, la “nueva Capital” era el medio para arribar a esa sociedad nueva condensando una amalgama productora de ciudadanos conscientes, en tanto el propio desarrollo inscripto en una forma urbana que debía incidir en el orden social esperado, tuviera suficiente intensidad como para convertirla en una gran ciudad cuyo espejo y, a la vez, principal factor de competencia, debía ser Buenos Aires. De esta conjunción entre ciudad moderna y educación orientada por las ideas omnipresentes de Sarmiento, derivó un proceso evolutivo de sumatoria de espacios educacionales, iniciado con el plan fundacional de La Plata y por el que se tendió a estimular demandas sociales de mayores niveles de instrucción. Si a fines del siglo XIX La Plata poseía los niveles más elevados de educación del país, que sus habitantes adquirirían en el muy alto número de escuelas existentes, ello podía obedecer a diversas razones, aunque nunca desentendidas de un principio básico según el cual la misma noción de ciudad ideal conllevaba una voluntad de saber que fluía de su carácter “letrado”. Voluntad que habría de devenir en cada vez más perfeccionadas configuraciones institucionales y espaciales para la cultura científica, bajo la autorización constantemente buscada en anteriores iniciativas rivadavianas y sarmientinas que retroalimentaban la ilusión iluminista de inspirar con ellas necesidades sociales y, a la vez, satisfacerlas a través de arquitecturas que reforzaban con su aura el programa de modernización urbana impulsado. Pero es que ese proceso además se veía estimulado por la creación de saberes que produjo el propio plan fundacional de La Plata, con territorios disciplinares claramente delimitados y capaces de pugnar, dentro de esta “ciudad letrada”, por instituciones educativas que contuviesen las distintas corporaciones profesionales y les asegurasen su propia reproducción. Desde esta perspectiva, los ribetes absolutamente novedosos para la realidad nacional que presentaba el origen de La Plata, además de quedar condensados en la expresión material de la obra pública, debían ser aprovechados para afianzar el desarrollo profesional de los saberes involucrados y volverlos permanentemente reutilizables para la nueva administración pública, como lo hacía en Francia la universidad concebida bajo el modelo napoleónico.

29. Entre la abundante cantidad de trabajos que han abordado desde una perspectiva histórica la figura de Joaquín V. González, merece destacarse una muy lúcida interpretación de su pensamiento realizada por Darío Roldán; *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, CEAL, Buenos Aires, 1993.

30. Adrián Gorelik; *La grilla y el parque...*, *op. cit.* p.79.

Pero el modelo de “ciudad universitaria” se ancló en referencias anglosajonas pretendiendo aunar razón y naturaleza a través de un emprendimiento educacional con fuertes particularidades acentuadas por el marco escogido para su implementación. El soporte físico sería el bosque, ahora objeto de una acción que afirmaba la centralidad que ya poseía en la ciudad, apelando con él a una figura cultural resultante del control de los impulsos físicos de la naturaleza que resultó clave dentro de la tradición iluminista, especialmente desde que primero el abad Laugier y después Francesco Milizia le atribuyeran una capacidad preformativa sobre la ciudad ideal. Si para Laugier la arquitectura había nacido de una cabaña rústica que inspiró la creación de los órdenes clásicos, la ciudad ideal era la consumación de una tarea de diseño inspirada en la forma del bosque.³¹ Precisamente La Plata por haber nacido de un bosque preexistente, como se encargaría de exaltar Arrieta,³² parecía expresar en ese tránsito de la naturaleza a la razón, ideales de la preceptiva ilustrada que ahora se desplazaban hacia una redefinición de aquella secuencia lógica: del “bosque como ciudad” de Laugier y Milizia se llegaba a la ciudad universitaria como bosque que imaginó González anclando en esa figura el *locus* identitario de su emprendimiento educacional.

Sobre estas formulaciones espaciales que acompañaron el afianzamiento político de un sistema de dominación oligárquico, se matiza el paso de una instancia educacional de neto corte sarmientino que posibilitaba cierta autonomización de los saberes que la ciudad ideal había generado, a otra que restringiría esa tendencia. En medio quedaba la crisis que agudizó la voluntad de control y orientó la razón hacia la vigilancia panorámica de la ciudad, sirviendo también de cauce para un naturalismo pedagógico invocado como instrumento complementario de recomposición del orden perdido. De aquellos avatares que acentuaron las interacciones de la cultura científica con el poder, surgió el afán por extender la mirada patológica del mundo urbano, y como signo de los cambios sobrevenidos, se hizo necesario revisar aquel programa basado en la confianza que inspiraba la conjunción de la gran ciudad moderna y la educación. Y al hacerlo emergió la solución consistente en producir una cisura sobre esa confluencia, una desintegración de aquella amalgama física para plantear entre ambos dispositivos otro tipo de interacción, mediatizada por un naturalismo pedagógico que posibilitaba revitalizar el “reformismo conservador”, aunque eso no hiciera más que prolongar en el tiempo sus propias contradicciones.

La gran ciudad moderna y la educación debían ahora separarse a través de la autonomización física del saber para reformar, desde ese gesto, la esfera del poder que estaba fuertemente desprestigiada. La recreación orgánica de la cabeza del sistema, requería sustraer a los jóvenes más capaces de la “mediocridad” de la vida metropolitana. Eso era lo que pensaba Joaquín V. González, en su apuesta a una reforma integral “desde arriba”, que incluía la creación de un reducto virtuoso de

31. Sobre las consideraciones de la “ciudad como bosque” de Laugier y Milizia y la presencia en ellas de la estética de lo pintoresco, puede verse a Manfredo Tafuri, Massimo Cacciari y Francesco Dal Co; *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1972. Especialmente el capítulo 1, “Las desventuras de la razón: naturalismo y ciudad en el Siglo de las Luces”, pp.17-30.

32. Rafael Arrieta; *La ciudad del bosque*, UNLP, La Plata, 1935.

claras resonancias nietzchianas, para preparar fuera de Buenos Aires las futuras élites que debían inmunizar al “orden conservador” de las inevitables aperturas políticas que habrían de producirse. La pluralidad era incompatible con la excelencia y la Universidad, en tanto espacio aglutinante del saber, debía redefinir la concepción de ciudad como entidad “conformada por individuos diferentes”, a la que se refiere Aristóteles en *La Política*, para garantizar la homogénea concentración de “iguales”. O más bien de quienes se aunaban en pos de iguales intereses dirigidos hacia una instancia diferenciada de las exigencias inmediatas que establece la praxis política y económica corriente, y particularmente de aquellos que, en la primera década del siglo XX, integraban una élite intelectual con un estilo compartido marcado por la exaltación del culto a la especulación desinteresada. Era una reinterpretación, en clave modernista, de la clásica voluntad de escindir radicalmente las esferas del poder y del saber, para que esta última no viese contaminado sus propósitos por los de aquella. En eso había consistido la utopía platónica de perseguir la razón fuera de los espacios de construcción del poder, del ágora y del mercado, avanzando más allá del sitio para establecer acuerdos políticos y del ámbito para buscar ventajas económicas, hasta dar con el Jardín de *Akademos*, mítico centro de instrucción de los arrabales de Atenas que emblemiza la emergencia de la esfera del saber en la Grecia clásica. Si sus directas derivaciones, primero la Academia y luego el Museo y la Biblioteca, tuvieron su origen en ese platónico apartamento de la *polis*,³³ la *Universitas* va a surgir en la edad media para introducirse en la ciudad por medio de una comunidad de maestros y discípulos que encontraron en la forma corporativa una mutua protección para contrarrestar la falta de derechos de quienes, por vincular sus ansias de conocimiento universal con la experiencia del desplazamiento físico permanente, carecían del status de ciudadanos.³⁴

En ambos casos el afianzamiento del espacio del saber se retroalimentó con la autonomía proporcionada por el corporativismo para que, dentro de la ciudad, obtengan mayores niveles de independencia una comunidad integrada en el espacio normatizado de un microcosmos provisto de sus propias leyes. La impronta de los orígenes de la Universidad con sus raíces tomistas, trascendió a las transformaciones secularizadoras de la modernidad, y la autonomía y el corporativismo perduraron

33. El mítico Jardín de *Akademos* propició las reuniones de Platón con sus discípulos, especialmente después de institucionalizarse bajo el nombre de Academia en el año 387 a.c. El conjunto educacional dedicado a Atenea se completó el *mouseion*, o bien templo de las musas, que al quedar consagrado a la erudición, a las ciencias y a las artes, devino en museo, como el creado en el siglo siguiente en Alejandría que comprendía la famosa biblioteca. Así el mito griego ilumina el origen de instituciones centrales de la cultura científica en occidente.

34. La ciudad medieval es una isla de inmunidad legal donde la coerción física de las murallas predetermina las divisiones entre el adentro protegido y el afuera amenazante que el derecho, a través del *jus soli*, trasladará directamente al reconocimiento del status de ciudadano otorgado a quien por permanecer dentro no representa una amenaza. Richard Morse ha analizado cómo el medieval redefinió el sentido del concepto romano de *civitas* (ciudad física) derivado de *civis* (civil), cuando en las lenguas modernas la denominación de ciudadano, *bourgeois*, *burger*, *citizen*, *cittadino*, inversamente derive de la de ciudad en términos físicos, *bourg*, *burg*, *city* y *cittá*. El latín medieval agudiza y cierra más este círculo haciendo derivar *civitatensis* de *civitas*. El corporativismo fue entonces el modo en que el universitario dejaba de ser un extranjero hostil para encontrar admitida su participación en la vida urbana. Véase Richard Morse; “Introducción a la historia urbana de hispanoamérica” (pp.9-53), en Francisco Solano (coord.); *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, CSIC, Madrid, 1983, p.26.

desde el siglo XVI, aunque con diversas modulaciones, hasta conducir a precisos modelos que resultaron claves en torno a la creación de los Estados nacionales modernos: el de formación de nuevas aristocracias del Estado en *campus* extraurbanos que el mundo inglés mantuvo desde sus orígenes monásticos en el siglo XVII con pocas modificaciones, el de la Francia napoleónica, concebido para cubrir las nacientes burocracias del Estado con saberes normativos y con conocimientos específicos provenientes de una formación politécnica que luego constituiría en un modelo en sí mismo para articularse con las demandas de la revolución industrial y el de Universidad humboldtiana que encontró la forma de acrecentar los logros científicos desligando su funcionamiento de las exigencias inmediatas del poder.³⁵

En la reconversión de La Plata en la ciudad universitaria país, la autonomía del espacio del saber no fue un factor propiciador de intelectuales independientes sino precisamente un medio para controlar desde el Estado su emergencia. La autonomía entendida en estos términos quedó asociada a un eclecticismo que comprende el protagonismo estatal en una acción que propendía gestar una moderna recreación de matrices clásicas a partir de la adaptación de aspectos del modelo universitario napoleónico y el humboldtiano a un programa permeado a su vez por la fascinación despertada en las élites locales por los objetivos y los escenarios de la educación superior inglesa. El resultado de estas hibridaciones pondrá de manifiesto la ambigua coexistencia de aquella voluntad de autonomía, de tan larga duración, con la integración a una idea orgánica de Nación que impregna las representaciones construidas en torno al rol heterónimo que la Universidad nueva debía cumplir y las funciones atribuidas a la educación de proveer la parte que incumbe en cada estrato del trabajo social.³⁶ Habían sido las propias fuentes doctrinarias del positivismo finisecular, en las que abrevó el pensamiento de González, como también la inquietud por separarse de las multitudes que generalizó en el Río de la Plata el modernismo del '900, las que difundieron el organicismo social bajo el barniz científicista de las teorías biológicas modernas. Ellas reactualizaban el afán aristotélico-tomista por asimilar la sociedad a un organismo vivo cuyo funcionamiento es el resultado de la acción armónica de componentes superiores e inferiores, donde la cabeza que manda y los brazos que obedecen identifican análogamente el lugar que cada uno debe ocupar en la sociedad por determinación de su propia naturaleza. Pero cuando la modernidad desbordó ese fatalismo aristotélico que había perdurado en la estática social que el Antiguo Régimen garantizaba, la consecuente angustia ocasionada derivó en claros intentos de condicionar la nueva dinámica por medio de la reinstalación, desde dentro mismo de

35. Una aproximación a posibles articulaciones entre modelos universitarios y espacios físicos puede hallarse en Roberto Fernández; "Metáforas del Universo. Modelos de Universidad: institución y espacio" (pp.XXXIX-LIII), en *Astrágalo* Nº1, Madrid, 1994, P.XLVII y en Antonio Bonet Correa; *Arquitectura y Universidad. Del palacio de las musas a la Ciudad del saber*, Instituto de España, Madrid, 2002. También pueden destacarse aportes de reuniones científicas como Horacio Capel Sáez, José M^a López Piñero y José Pardo Tomás (Coords.); *Ciencia e Ideología en la Ciudad*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1991, 2 tomos. y AAVV; *La ciudad del saber. Ciudad, Universidad y Utopía, 1293-1993*, COAM, Madrid, 1995.

36. El organicismo en la universidad gonzaliana ha sido remarcado en María Caldelari y Patricia Funes; *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria, 1918-1930*, Eudeba, Buenos Aires, 1998, especialmente en el capítulo "La Reforma Universitaria en la Universidad Nacional de La Plata", pp.56-73.

las ideologías que conducían el proceso de secularización de las instituciones, de formas relacionales fundadas en el reestablecimiento de jerarquías sociales o vínculos no racionales. August Comte emprendió la reconstrucción del “lazo o solución de continuidad entre los fenómenos naturales y los morales” cortados abruptamente por la modernidad, tratando de sobreponer al contractualismo la idea de conformar un organismo, un cuerpo social inspirado en el papel unificador de la Iglesia por medio de una Religión Positiva y los positivistas de la Inglaterra victoriana nucleados en torno a Herbert Spencer y Charles Darwin hicieron lo propio al abrazar la Eugenesia como una disciplina científica y religión del futuro a la vez. Si el darwinismo había sido funcional a la idea burguesa de reemplazar un orden político que interfería la dinámica del mercado, donde el éxito en la economía capitalista era equiparado a la aptitud para sobrevivir en la naturaleza, luego también lo será de la tarea emprendida por quienes desde sus encumbradas posiciones alcanzadas llegarían a un orden orgánico por la eliminación del componente azaroso de la *struggle for life*.

Sobre la “Universidad nueva” se tramaron con particular énfasis estas inquietudes positivistas y sociodarwinianas dirigidas a controlar la emergencia del intelectual independiente y la progresión del igualitarismo democrático, donde la autonomía necesaria para alcanzar la tranquilidad en el funcionamiento convivía con el organicismo propugnado para consolidar jerarquías en la sociedad fundamentadas en formación meritocrática. La escisión física entre saber y poder, dejaba entonces latente una interacción entre autonomía y organicismo que serán en adelante los contrapesos de las oscilaciones en las que la nueva ciudad universitaria inscribía su búsqueda de la razón, sirviendo a su vez para habilitar una tradición fundante de inmanentes formas de convivencia social basadas en la pragmática interlocución de lo académico con lo político-partidario.

La Plata seguía siendo una “ciudad letrada” aunque los cambios de roles la colocaron en la necesidad de afrontar el tránsito de la gran ciudad prefigurada por Rocha, al remanso apacible de la vida tranquila que terminó siendo, para dejar matrizada una doble aporía: la del proyecto trunco de la “nueva Capital” que nunca llegaría a la dimensión imaginada por su fundador, y a su lado la de la gran ciudad metropolitana que, para muchos intelectuales del cambio de siglo, había alcanzado esa condición renunciando a sostener las virtudes educadoras de su cultura urbana. Aporías que exacerbaban a su vez una mirada crítica desplazada de la ciudad hacia la clase dirigente –productora y a su vez producida por ella- que González pretendía reformar. La Plata pasó de encarnar aquella apuesta al progreso indefinido de la Generación del '80, a ser el instrumento extraurbano concebido para custodiar futuras élites de la masividad metropolitana. Pasó de pretender irradiar luz propia, a asumir la más modesta condición de espacio albergante de una isla universitaria, un reducto antiurbano separado del clamor de las multitudes, una jaula de oro para que un esclarecido sustituto generacional del régimen oligárquico encuentre en la naturaleza condensada toda la virtud en estado puro. Pero el énfasis naturalista que distingue a este programa del fundacional no conduce a profundas alternativas opositoras como las que Choay estableció en el pensamiento del “preurbanismo

moderno” entre las vertientes progresista y culturalista.³⁷ Las invocaciones pintoresquistas para resemantizar un nuevo artificio urbano, acompañaban una revitalización del iluminismo a expensas de volverlo objeto de tensiones que serán desnudadas por una nueva crisis, en este caso aquella que en precisos sectores provocaría la efectiva democratización de la sociedad, especialmente cuando sean impulsados cambios que analógicamente remitan al resurgimiento de la verdadera naturaleza sojuzgada por un programa *contra natura*.

Es que esa naturaleza apropiada por el pensamiento ilustrado sustentaba una doble metáfora sobre la que reposa el uso del organicismo social, entendido como vía de reconstrucción de la idea de orden. Esto es, ubicando al espacio del saber como máxima expresión de la razón que ilumina el camino para reencontrarse con un orden natural, y asociando la explicación de este trayecto teleológico a la idea de evolución biológica. Especialmente sobre esta última operación va a asentarse la insistente búsqueda de continuidad del “reformismo conservador” que atraviesa las intervenciones urbanas de Rocha y González para ubicarse a su vez dentro de una creciente colonización social del darwinismo, en la que la élite dirigente creyó encontrar una vía de autolegitimación instando a asimilar el evolucionismo a un gradualismo político de cambios muy lentos. Desde que el propio González publicara en 1885 su *Estudio sobre la revolución*, donde reflexiona sobre los medios civilizados que deben utilizarse para evitar saltos imprevistos en la evolución, existe una línea de pensamiento particularmente interesada en asociar metafóricamente la revolución a una patológica alteración del estado de normalidad, de la cual debía inmunizarse a generaciones futuras a través de la educación. Carlos O. Bunge -luego Profesor en la universidad gonzaliana de la que sería un ferviente publicista- lo sintetizaría en 1903 reclamando enfáticamente para nuestras sociedades americanas “¡la Evolución y no la Revolución!”.³⁸

El nacimiento de la “ciudad universitaria” en Argentina no se reduce entonces a una acción de Joaquín V. González que fue mucho más organizativa que creativa, como iremos viendo al hurgar su plan en aspectos de la cultura científica del cambio de siglo. Se asienta sobre el desarrollo de ideas que confluyen en sucesivos programas educacionales y urbanos animados por la común adscripción al evolucionismo gradualista de un “reformismo conservador” que extiende sus ideales en La Plata en un ciclo que va desde su origen hasta la década de 1940. Que comprende distintas coyunturas sobre las que se impone el carácter “letrado” de la ciudad ideal para catalizar la inalterable voluntad de una élite liberal de tutelar ejemplarizadamente a la sociedad, a través de cada vez más perfeccionados

37. Françoise Choay; *El urbanismo. Utopías y realidades*, Lumen, Barcelona, 1970.

38. Zea ha destacado como un tema referencial del pensamiento positivista latinoamericano a la apropiación política del transformismo realizada por élites de gobierno que lo ubicaron como fuente de legitimación de un orden que sólo admitía cambios muy lentos. El ejemplo que encuentra en México con Justo Sierra, admite su proyección a otras realidades latinoamericanas. Véase Leopoldo Zea; *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Biblioteca Ayacucho Caracas, 1980. Especialmente en el Tomo 1, “Evolución frente a la Revolución”, pp.xxxiv-xxxvii. Un abordaje inicial de los usos de teorías biológicas para legitimar praxis socio-políticas en Argentina, lo realizamos con Marisa Miranda en “Evolución y revolución: explicaciones biológicas de utopías sociales” (pp.403-417), en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.); *El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea*, Tomo 1. *Identidad, utopía e integración*, Biblos, Buenos Aires, 2004, pp.403-417.

dispositivos educacionales, en el más estricto sentido que le dio Foucault a esa figura desde la interacción constante entre arquitectura y poder. Que abarca el inicial afán por instruir a través de “máquinas de educar” y faros de la ilustración tendientes a afirmar la idea de nación, y se prolonga con la salida “ordenada” a la convulsión social de 1890 que interrumpió su desarrollo instando a regenerar el “orden conservador” por medio de la formación de saberes científicos para la expansión de la economía y para acentuar el control social. Que extiende los objetivos de la Universidad como aparato reproductor del orden conservador para alimentar la idea de que a través suyo La Plata también podía convertirse en centro de referencia internacional, en el momento en el que mas estrechas fueron las diferencias en materia científica entre los países desarrollados y la Argentina. Se trata de un ciclo en el que asimismo es posible advertir cómo educación y ciencia buscan dar formas a sus nuevas funciones, a través de una expresión de elocuencia retórica del poder que la arquitectura provee para adaptar a diferentes propósitos cada una de las tipologías básicas de la preceptiva clásica: Palacio, Templo, Casa, van a aparecer entonces connotando con sus valores tradicionales a los espacios del saber que emergían en la “ciudad universitaria” con Escuelas graduadas, Museo e Internado. Y al hacerlo van a dejar en la ciudad la impronta física de lo que fueron firmes intentos de mantener una directa articulación entre la novedad científica y un orden tradicional, que discurre también en el plano socio-político por las inestables formas de convivencia que un pensamiento ilustrado, cooptado por élites que a través suyo buscan asegurar su propia reproducción, deberá entablar con el proceso de democratización de la sociedad. A la crisis que al interior de la “universidad nueva” produjo la Reforma del `18, en tanto movimiento que ilumina la emergencia de la figura del intelectual independiente en la región, le sucederán otras crisis, pero en este caso externas y protagonizadas cuando otros sectores sociales pusieron en cuestión la autoridad normativa de la universidad en la sociedad.

Ezequiel Martínez Estrada describió en los años `30 el final de un ciclo signado por el ejemplo de aquello que representaba La Plata, cuya identificación más que en la “Oxford argentina” había que buscarla después de la Reforma en otra referencia anglosajona: en realidad en “Hollywood”, una ciudad de decorados a la que bastaban restarle algunos de los artificios iluministas del “reformismo conservador”, para que se desmorone y como una venganza de la naturaleza americana, ésta la invadiese y “el campo entrase otra vez por sus calles”.³⁹ La Plata era escenario de “superestructuras” *contra natura* que la misma naturaleza americana se encargaría de desmontar. Aquel aserto pareció resonar con particular intensidad al desvanecerse la posibilidad de seguir recreando permanentes “máscaras liberales” para el sostenimiento del orden urbano,⁴⁰ en sintonía con las que el socialista

39. Ezequiel Martínez Estrada; *Radiografía de la pampa*, Colección Archivos, México, 1993, p.224. Oscar Terán se ha detenido en esta representación de Martínez Estrada sobre La Plata, identificando con ella a la crisis en la que entró el liberalismo argentino con el advenimiento de la democracia. Oscar Terán; “La tradición liberal”, en *Punto de Vista* N° 50, Buenos Aires, 1994, pp.28-31.

40. Usamos el concepto sobre la base de ideas expresadas por Ángel Rama en *La ciudad letrada*, *op. cit.* y en *Las máscaras democráticas del modernismo*, Arca, Montevideo, 1985.

Guillermo Korn (hijo del filósofo Alejandro Korn) dejó al descubierto en 1943 al exponer el “truco” de Bradley y Cenni.⁴¹ Una curiosa coincidencia asociará el momento en el que caían las certezas de la representación de la gesta fundacional de La Plata con el fin de una etapa de orden. Korn vivía su primer exilio y poco después, la ciudad ideal, ejemplo de la consumación del ideario científico de los padres de la nacionalidad argentina, fue invadida por una manifestación de obreros que hacían notar el exagerado distanciamiento de una “cultura letrada” que los excluía. De esos episodios nacía una nueva etapa en la historia argentina signada por la agudización de aquellos desencuentros entre la cultura letrada y el universo de la otredad, situado más allá de las propias delimitaciones instituidas, para emblematicarse en un grito lanzado en la propia “ciudad universitaria”: “¡alpargatas sí, libros, no!”.

41. Las dos imágenes de la fundación habían sido reunidas antes en *La Plata a su fundador*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1939. Sin embargo allí Korn, al dirigir esa publicación conjuntamente con el Intendente conservador, Luis María Berro, para homenajear a Dardo Rocha en el centenario de su natalicio, omitió realizar comentarios sobre la foto y la litografía. Ellos recién aparecerán para detenerse con particular minuciosidad en 1943 en el número inaugural de la revista de Korn, apoyadas a su vez en la colaboración de dos especialistas: José Fontana, gran conocedor de las técnicas de las artes gráficas y Grete Stern -esposa de Horacio Coppola a quien éste conoció durante su formación en la Bauhaus alemana-, que fue la responsable de realizar copias fotográficas ampliadas para precisar en detalle cada aspecto de la obra. Véase en *Libertad Creadora* N°1, La Plata, 1943, Guillermo Korn; “Un lavoro imponente”, pp.93-96 y José Fontana; “A treinta años de Caseros”, pp.97-99. Guillermo Korn poseía una muy rica sensibilidad artística diversificada entre el teatro, la arquitectura y las técnicas gráficas de representación. Su interés por la litografía lo llevó a promover la donación a repositorios públicos de los pocos originales que quedaban y recuperar una tradición que había consistido en la colocación de de una réplica en las vidrieras de los comercios del centro al celebrarse cada aniversario de la ciudad.

Primera Parte: La ciudad ideal como expresión de la ciencia

Capítulo 1. La utopía de la ciencia

Saber científico e innovaciones urbanas

En 1887 el higienista argentino Emilio Coni presentó ante colegas de todo el mundo un extenso trabajo que exponía los “progresos” sanitarios de la Argentina, deteniéndose en señalar a La Plata como un ejemplo de “ciudad higiénica”. El Congreso Internacional de Higiene y Demografía celebrado ese año en Viena, fue entonces la ocasión para exhibir aquel auténtico producto de los paralelos avances que tenía un nuevo saber urbano y el higienismo. La Plata podía así ser entendida como el punto de confluencia de aquellas instancias que una cultura científica articulaba a través del programa de creación de una ciudad ideal.⁴²

Los deseos de Coni de ejemplificar los avances de la higiene en Argentina a través de un hecho que ilustraba el eficaz maridaje entre medicina y urbanismo moderno, que incluyen sus celebraciones tecnológicas por las obras de provisión del agua y los novedosos ensayos del alumbrado eléctrico,⁴³ conllevaban a su vez una alusión a los logros de una preocupación central por encauzar las formas de convivencia dentro de un sistema institucional moderno.

La Plata efectivamente había ofrecido en su origen la oportunidad de dar cuenta del grado de desarrollo alcanzado por la higiene urbana y a la vez de exponer en forma elocuente la redefinición operada en la medicina para avanzar más allá de los cuerpos y proyectar sobre el territorio preformulaciones del pensamiento ilustrado devenidas en una nueva instancia científica. A un higienismo territorial de inspiración francesa que hacia el Ochocientos pugnó por soluciones estrictamente asociadas al ordenamiento de los espacios, separando drásticamente lo que causaba pestilencias, olores nauseabundos, en definitiva todo aquello que no podían convivir con la habitación urbana por relacionarse con la muerte,⁴⁴ le sucedía otro que ampliaba el campo de intervención para avanzar mucho más allá de estas disecciones básicas dirigidas a apartar lo “anormal” de la ciudad.

El higienismo de la última parte del siglo XIX no se desentendió por completo de los antecedentes franceses, aunque ahora buscaba entablar otras articulaciones entre el ordenamiento del espacio y las respuestas a conflictos sociales que llevaban el sello de su contexto de emergencia. Era la Inglaterra de la revolución industrial y de la revolución científica generada por Darwin, donde prevalecía necesidad de diseñar estrategias de intervención desde el poder público para contrarrestar las consecuencias sociales ocasionadas por un capitalismo librado a su propia suerte. La higiene ahora pasaba a ser el conjuro de un universo mucho más amplio que el de la epidemia, constituyéndose en la

42. Emilio Coni; *Progrès de la Higiene dans la République Argentine*, Librairie J. B. Baillièrre et fils, Paris, 1887. Véase especialmente “Une ville hygiénique. La Plata, Capitale de la province de Buènos-Ayres”, pp.160-164.

43. La descripción del trazado de la ciudad, la provisión de agua y el alumbrado eléctrico, son los aspectos sobre los que se concentra principalmente el capítulo que Coni dedica a La Plata. *Ibidem*.

44. Graciela Silvestri; *El color del río...*, *op. cit.*, p.162.

respuesta “científica” ante una nueva experiencia urbana: la industrialización había creado suficientes motivos para que proliferara un verdadero miedo a la ciudad, que lo era de manera inasible a todo aquello que se escondía en sus espacios. Era un miedo imposible de precisar, y al que sólo atenuaban las medidas tendientes a evitar las confusiones, las mezclas, los contactos, pero además aquellas que venían de la mano de una promesa de bienestar futuro atravesando múltiples planos, desde una neta posición holística. Siendo la ciudad considerada orgánicamente como un todo, el conjuro al mal que la aquejaba podía situarse en la implementación de una nueva infraestructura urbana capaz de resolver por sí misma problemas de coexistencia (separando aguas bebibles y servidas, por ejemplo), pero también podía proyectarse a un plano moral en el que emergía la metáfora siniestra de la degeneración, “negativo exacto de los valores deseados”, para anudar la enfermedad con las figuras del vicio o la inmoralidad que eran tanto o más peligrosas que un peste “para el destino de la civilización”.⁴⁵

Un momento clave para el desarrollo del higienismo en Argentina lo representó la epidemia de fiebre amarilla que, en 1871, suscitó en Buenos Aires un desesperado clamor, del que derivaron las crecientes facultades conferidas al poder médico para que su intervención en las más diversas esferas de actuación permita evitar la aparición de similares episodios trágicos. Por entonces, ya sea a raíz de los imperativos de la razón ilustrada que guiaron medidas adoptadas por Rivadavia o por los dispositivos sanitarios afirmados después de Caseros, la higiene poseía una tradición científica dentro del país.⁴⁶ La epidemia entonces fue la ocasión para producir una puesta a punto de aquellos saberes, a los que se sobreimprimían recientes avances sanitarios acicateados por la experiencia inglesa. La solución inmediatamente adoptada para afrontar la epidemia, sin embargo, se enlazó con las más tradicionales concepciones higiénicas: la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires decidió erradicar los saladeros del sur de Buenos Aires, trasladándolos a 60 kilómetros de esa ciudad donde se hallaba el puerto natural de la Ensenada de Barragán. Y esa decisión que reactualizaba la idea secular de garantizar la salud urbana a través del ordenamiento del espacio, anticipó el destino que en ese mismo sitio le depararía en la década siguiente a la “nueva Capital” de la Provincia de Buenos Aires.

La epidemia le había permitido a la higiene encontrar muy significativos refuerzos a su capacidad de incidir en las decisiones del Estado, proveyéndole un *corpus* normativo de orden prescriptivo y proscriptivo. Ello aún cuando ese *corpus* a menudo careciera de acuerdos absolutos entre los propios higienistas respecto a su composición: por encima estaba la autoridad de la higiene, el mandato de una especie de religión laica en la que el Estado moderno encontraba una importante fuente de legitimidad.

La higiene se ensambló así dentro de un proceso institucional al que connotó con una verdadera obsesión preventiva que tuvo ilimitados alcances. La prevención no era sólo la anticipación

45. Hugo Vezzetti; *La locura en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1985, p.42.

46. Silvestri ha señalado los equívocos en los que se incurre al ver la epidemia de 1871 como fundante del pensamiento higiénico en Argentina, destacando cómo, a través del problema identificado en los saladeros del Riachuelo, es posible también dar con un *corpus* que se remonta a tiempos rivadavianos.

de las enfermedades que debían evitarse, sino también la condición misma de un sueño de salvación, capaz de desplazarse por las diferentes esferas que habían sido alcanzadas por el estigma del mal.⁴⁷

La obsesión preventiva de la higiene, ilusionaba, como señala Vezzetti, con la exaltación del rol social del médico volcado a políticas del Estado que llevarían, paradójicamente, a la desaparición del clínico, sustituido por el higienista. Pero también avanzaba mucho más allá de la esfera médica en sí para expandirse a través de la metáfora del cuerpo social e ilusionar con garantizar la salubridad de la nación. La higiene impregnaba fuertes deseos de control de un nuevo Estado-nación, aportando un sustento científico a su afán de anticiparse a cualquier alteración patológica en la salud en ese cuerpo social. En torno a este núcleo de ideas podrá seguirse la frecuente la operación de idear formas de contención a fenómenos sociales que trascendía a aquellos que trajo aparejado la epidemia, para involucrar a una constelación de temas que sólo existían en sociedades europeas. A este afán anticipatorio que las élites argentinas trasladaban a la cultura política, el higienismo le proveía argumentos, de impronta espacial, en pos de una realidad urbana futura que fue así situándose cada vez más cerca del universo de la utopía.

Si el examen de las ciudades europeas daba cuenta del establecimiento de formas control ante problemas sociales que sobrevinieron a la expansión del capitalismo, para élites argentinas el orden de esa lógica debía invertirse a través de una solución que fue toda una definición para una extendida idea política: sólo un fuerte control social que se anticipe a las motivaciones del mismo, podía servir de garantía del orden y así resultar atractivo para que se produzca también una expansión capitalista en estas tierras.

Anticiparse y prevenir, como recomendaba la higiene, implicaba custodiar valores liberales y un sistema basado en derechos colectivos y responsabilidades individuales, donde las desigualdades, eran aceptadas y más aún, representaban situaciones que a partir de su vinculación con el trabajo se volvían éticamente ejemplarizadoras: para quien había trabajado poco no podía considerar injusto que quien lo hizo con intensidad, se vuelva más rico que él. Pero ese orden se había conmovido en Europa por los efectos inmediatos de la revolución industrial, donde el surgimiento del proletariado urbano como producto de la división social del trabajo era la palpable demostración de un nuevo y decisivo elemento de consideración. Ya no era la contracción al trabajo lo que determinaba las desigualdades, puesto que no sólo los “vagos” y los laboralmente “inválidos” y los desocupados, sino también y principalmente una mayoritaria parte de los “válidos” estaban sumidos en la más extrema pobreza y veían gravemente amenazada su subsistencia en ciudades frecuentemente devastadas por el azote de epidemias.⁴⁸ Eran estas las contradicciones que Kart Marx y Frederich Engels denunciaron al interior de la idea liberal, con trabajos que tuvieron un fuerte anclaje urbano como *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845). Y era también el sustrato sobre el que la burguesía naturalizó

47. Hugo Vezzetti; *op. cit.*

48. Pierre Rosanvallon; *La nueva cuestión social. Repensar el estado de providencia*, Manantial, Buenos Aires, 1995.

“científicamente” las desigualdades merced a la apropiación política que, vía Spencer, el liberalismo victoriano hizo de Malthus y Darwin. La “lucha por la vida” que tenía lugar en el reino animal, era ya un elemento constitutivo del modo en que se explicaba el funcionamiento de las sociedades industriales, como también lo era la asimilación de la sociedad como un cuerpo unificado. El “Orden y progreso” del sistema positivista, tenían así su anclaje en las oscilantes metáforas biológicas que aludían a momentos de movimiento y de estática. A través de la legitimación de la “lucha” que permitía a la burguesía avanzar hasta ocupar el lugar de la aristocracia y de la organización con la que esa misma burguesía en el poder tendía a cristalizar las relaciones sociales asimilándolas a los elementos inmodificables de los que se componía un ser vivo.

Las epidemias ponían en interacción ambas variables, que se desplazaban a su vez hacia una permanente interrogación de la condición misma del hiperindividualismo que se debía custodiar. Los problemas sanitarios eran de índole colectivo, al constatarse que, en la misma medida en que avanzaba el ultraliberalismo, lo hacía la socialización de los riesgos de contraer enfermedades.

La llamada “cuestión social” comenzó entonces a tener un *status* reconocible desde una necesidad de subsistencia de las mismas élites, que se orientó hacia la constitución de aquello que pasó a ser la salud pública por antonomasia. De ahí la aparente paradoja que contiene el hecho de que a mayores libertades individuales propendidas por el capitalismo, le haya correspondido una inédita socialización de la medicina conducida por el higienismo. Sólo desde ese espacio de saber / poder, podían concebirse intervenciones en la realidad urbana bajo criterios totalizadores que preanuncian la emergencia del urbanismo moderno.

En este contexto, la medicina alimentó una acción que comprendió el surgimiento de utopías optimistas para llegar rápidamente a la Argentina y entroncarse con los anhelos íntimos de un higienismo en pleno ascenso. Allí quedaba comprendido el decisivo estímulo a los más importantes avances sanitarios que conocieron muchas ciudades en el siglo XIX, y también la gran paradoja que contenía la idea de anticiparse a las consecuencias sociales del capitalismo en la convicción de que sólo así él podría prosperar en la Argentina. Por encima de las situaciones diferenciales de sociedades capitalistas y las que pugnaban por serlo, se imponía una ideología común que, como señala Armus, priorizó la idea de que el estado de salud y felicidad ya no estaba en el reino de la vida extraurbana sino dentro mismo de la ciudad industrial de la que habrá que corregir sus formas. Darwin reemplazaba a Rousseau en la misma medida en que las nostálgicas miradas al pasado empezaban a desvanecerse.⁴⁹ La ciudad era motivo de denuncia por sus condiciones insalubres, pero a la vez la garantía de salud identificada en el poder médico y en su capacidad de intervenir a través de la higiene con reformas públicas preventivas y planes a futuro. Merced a ellas el liberalismo podía colocar sobre su renuncia a regularse a sí mismo, la ilusión futurista que introducía la regulación proveniente de un incuestionable e inasible a la vez, saber científico que suscitaba los anhelos de conducir de una manera

49. Diego Armus; “La ciudad higiénica, entre Europa y latinoamérica” (pp.587-596), en Antonio Lafuente, A. Elena y M. L. Ortega; *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Doce Calles, Madrid, 1993, p.589.

equilibrada la era de progreso ilimitado en la que muchos creían estar inmersos. Allí resonaba la perspectiva tecnocrática que había llevado a Saint Simón a sostener que “no debía abolirse el capitalismo, sino, al contrario, promover y dirigir su desarrollo para crear una abundancia de riquezas que aprovechen todos”,⁵⁰ lo que comprendía también la creación de iguales espacios directivos dentro del Estado para banqueros y científicos. Era la utopía de la armonización de los intereses económicos de la burguesía con la esfera del saber.

Quizás sea la figura del Doctor Sarrasin la que representa el más acabado ejemplo de los intentos por articular saber científico con poder económico y político a través de una acción filantrópica puesta al servicio de la creación de una ciudad ideal. Para éste médico francés, “entre las causas de enfermedad, miseria y muerte que nos rodean”, existía una a la cual consideraba “racional” conceder gran importancia y era la de “las condiciones higiénicas deplorables en que se encuentra la mayoría de los hombres”.⁵¹ Tras esta aseveración, Sarrasin comenzaba a fundamentar, en el Congreso Internacional de Higiene de Brighton, su propuesta de destinar una enorme fortuna heredada a la construcción de *France Ville* “la ciudad del bienestar y la salud”. La solución a los graves problemas padecidos por las grandes aglomeraciones urbanas, se hallaba por consiguiente en “el mas poderoso método de persuasión”, como lo era “el ejemplo”. Y continuaba preguntando ante sus pares, los más notables científicos del mundo: “por qué no reunir todas las fuerzas de nuestra imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo, apoyándonos en datos rigurosamente científicos?”.⁵² Esta “ciudad modelo” que, recreando la convicción sainsimoniana también en la identificación del “nuevo mundo” como el sitio de las utopías, habría de ser levantada en el territorio americano (en el Estado de Oregón, a orillas del Pacífico), sobre una extensa llanura despoblada, poseería una “traza regular” con calles designadas por número de orden, cruzadas en ángulo recto y de las cuales se diferenciarían cada medio kilómetro arterias un tercio más anchas con el nombre de paseo o avenida, arboladas y con jardines públicos en sus intersecciones.

El relato nos resitúa en el inicio de este capítulo, al presentarnos notables paralelismos entre un médico que concibe una ciudad ideal y la figura de Coni con su intervención en un Congreso Internacional exhibiendo un modelo de “ciudad higiénica”. Después de todo, el propio Coni sintetizó su trayectoria como higienista señalando que “en vez de médico de enfermos, lo he sido de ciudades y de pueblos”.⁵³

Aunque hay que decir que Sarrasin no fue un colega de Coni, sino un producto de la imaginación de Julio Verne, volcado en la trama de una novela: *Los quinientos millones de la Begún* (1879). Y como en muchas otras oportunidades, el relato verniano contenía ribetes altamente anticipatorios.

50. Cfr. Raymond Trousson; *Historia de la literatura utópica Viaje a países inexistentes* (1979), Península, 1995, p.244-245.

51. Julio Verne; *Los quinientos millones de la Begún* (1879), Cfr. Françoise Choay; *op .cit.*, “Franceville” (pp.179-183), p.179.

52. *Ibidem*.

53. Emilio Coni; *Memorias de un médico higienista*, Talleres gráficos Flaiban, Buenos Aires, 1918, p.68.

Recurriendo a características formales que evidenciaron muchas afinidades con aquellas de las que se había valido ese imaginario personaje verniano para idear ejemplarizadamente una ciudad como gran obra filantrópica, La Plata surgió con el fin de “Dardo Rocha de realizar la utopía científica de Julio Verne”.⁵⁴

“La ciudad de Julio Verne” se convirtió así en una temprana imagen prescriptiva de lo que debía ser La Plata, pero más aún, fue un estigma que acompañó el carácter fáustico que tuvo la gestación de la “nueva Capital”, abriendo ilimitadas expectativas en relación a un destino que, como la carrera política de su fundador, llegó a creerse que sólo circunstancialmente se limitaba a la égida provincial. También a ese estigma recurrieron periódicos de Buenos Aires para elogiar tanto como para desautorizar la empresa de Rocha, y luego el incipiente espacio socio-cultural local a menudo lo utilizó para autorreferenciarse, encontrando allí un elemento identitario que daba cuenta de la singularidad de esta creación *ex novo*. En una llamativa y expectante posición, ajena a toda exaltación utópica, se encontraban los primeros comentarios de Sarmiento, quien sostenía que no debía esperarse una gran porvenir para La Plata sino un destino asociado a “una de tantas villas y ciudades que crecerán en torno a la Capital”.⁵⁵ Tres años más tarde esa cautela dejaría lugar a la euforia, al ver plasmada una idea de futuro que asociaba a otra utopía: la de la “ciudad yankee”.⁵⁶

El conocimiento de las ideas higienistas expresadas en aquella novela verniana por la élite dirigente que creó La Plata fue casi inmediato, contribuyendo a ese fin la publicación, también en 1879, de *Buenos Aires en el 2080*, un texto de anticipación que expresa haber sido escrito “a la manera de Julio Verne”.⁵⁷ Su autor era Aquiles Sioen,⁵⁸ un periodista francés que arribó a Buenos Aires ese mismo año y dedicó la obra a Antonino Cambaceres,⁵⁹ por entonces Presidente del Ferrocarril Oeste y luego legislador nacional e integrante del círculo de políticos que más activamente participaron en la fundación de la “nueva Capital”.⁶⁰

54. *El Nacional*, Buenos Aires, 18 de abril de 1884.

55. Domingo Sarmiento; “Fundación de La Plata” (1882) en *Obras Completas*, Tomo XLII, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001, pp.75-76.

56. Sobre la figura de la “ciudad yankee” como representación cultural de La Plata que Sarmiento y otros viajeros cimentaron al promediar la década de 1880, nos referimos en: Gustavo Vallejo; Una ciudad yankee en la llanura pampeana. La Plata y la construcción de su primera imagen urbana”, en *Premio Anual de Arquitectura 1996*, CAPBA, La Plata, 1997, pp.51-54.

57. Aquiles Sioen; *Buenos Aires en el 2080. Historia verosímil*, Igon Editores, Buenos Aires, 1879, p.7.

58. La difusión del libro de Sioen fue alentada por el autor de su Prólogo, el periodista Héctor F. Varela, un francófilo que entre 1870 y 1875 dirigió la revista *El Americano en París*, encargada de transmitir en Buenos Aires aspectos del mundo literario y cultural parisino. Lo unía a Rocha una amistad que favoreció el inmediato acceso de éste a obra prologada de Sioen por Varela. Estas relaciones han sido señaladas en Julio Morosi y Fernando De Terán (comp.); *La Plata. Ciudad nueva, ciudad antigua*, UNLP-IEAL, Madrid, 1983. Véase “Primera parte. Génesis”, p.60.

59. “El hijo del francés más querido y respetado que habitó éstos países (Argentina y Francia)”, Aquiles Sioen; *op. cit.*, p.8.

60. Antonino Cambaceres continuando la actividad iniciada por su padre, estuvo al frente de grandes saladeros de la Boca. Cuando luego de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, una disposición estatal obligó a trasladar ese tipo de establecimientos, Cambaceres padre se instaló en Ensenada, hasta donde llegó una línea del

Tematizando situaciones irreales pero no por eso inimaginables, y planteando de ese modo lo deseable dentro de aquello que efectivamente era imaginable, estas utopías tuvieron un pretendido carácter predictivo acerca de la capacidad de gestión que tendría la ciencia cuando fuera depositaria de una gran concentración de poder. Y precisamente fue en la fundación de la “nueva Capital” de la Provincia de Buenos Aires, donde en su extremado distanciamiento de la realidad, de la atención a las condiciones inmediatas a factores naturales y sociales, se creyó hallarse la situación óptima para materializar una iniciativa científica contenida en una literatura de anticipación. Allí quedaban articulados intereses político-administrativo con otros que trascendiendo al plano simbólico se dirigían a dar muestra de los progresos alcanzados por el pueblo argentino a partir de la asimilación de la cultura europea, y que se veían solventados por una fabulosa suma con la que abruptamente -del mismo modo que el personaje de la utopía verniana- se encontraba la Provincia en carácter de resarcimiento por la cesión de la ciudad de Buenos Aires que le otorgó la Nación.⁶¹

No eran pocos los elementos que permitían establecer una directa asociación entre una ciudad planificada y la imaginaria *France Ville*. De hecho La Plata fue vista como una utopía por quienes consideraban que esta era una operación desmesurada, surgida de injustificados deseos de materializar una ciudad extraída de una novela de Julio Verne, como estrategia publicitaria de la candidatura presidencial de su fundador. Sin embargo, contraponiéndose a esa despectiva caracterización dada a un emprendimiento considerado irrealizable, poco después del simbólico acto fundacional del 19 de noviembre de 1882, comenzó a utilizarse con otro sentido la confrontación entre el discurso ficcional y la realidad, ahora emergente. Esto es, para hacer verosímil aquel aserto de Lamartine que indicaba que las utopías no son sino “verdades prematuras”. Es que si la utopía reproduce la actitud del científico que sigue las etapas de observación, hipótesis y experimentación, aunque deteniéndose en la segunda,⁶² el programa desplegado en La Plata para dar materialidad a esa suerte de “ciudad de Julio Verne” iluminada por los influjos civilizadores de Buenos Aires, intentaba demostrar que con esa conjunción podía también llegarse a la última etapa. Esta convicción pareció reinar en forma latente dentro de un campo sociocultural que siguió insistiendo en asignarle el carácter de “utopía científica” a la creación urbana de Rocha.⁶³

Ferrocarril que partía del puerto de Buenos Aires. Antonino Cambaceres era en mayo de 1881 diputado nacional, cuando por decreto de Rocha, pasó a integrar la Comisión encargada de determinar el sitio más adecuado para la localización de la “nueva Capital”.

61. En junio de 1882, una ley autorizó a la Provincia a invertir la suma de 9.057.637 pesos fuertes que adeudaba el gobierno nacional por el traspaso de la ciudad de Buenos Aires y todos sus bienes. A ello se agregaron 2.000.000 pesos fuertes por la venta de tierras de la “nueva Capital”, 2.000.000 pesos fuertes como resarcimiento por las inversiones hechas por la Provincia en la canalización del Riachuelo y otros 2.000.000 de pesos fuertes provenientes de otros recursos. En total la Provincia disponía de 17.057.637 pesos fuertes. Véase Fernando Barba; “El momento histórico de la fundación de La Plata” (pp.17-26), en Julio Morosi y Fernando de Terán (comp.); *op. cit.*.

62. Raymond Trousson; *op. cit.* p.42

63. A esta interpretación de la utopía, acudía pocos días antes de la colocación de la piedra fundamental de La Plata, un editorial de *El Diario* titulado “Obras son amores”: “Los literatos de primera camada, aquellos que se nutren de la lectura fácil de las novelas modernas y saben su historia y su ciencia tal como la explican los

Años más tarde, el Presidente de la delegación argentina en la Exposición Internacional de París de 1889, Santiago Alcorta,⁶⁴ hacía saber en su Informe, las repercusiones que había tenido La Plata, cuando, al ser presentada en ese evento a través de un plano catastral, veinticinco fotos de sus principales edificios públicos y un texto de Emilio Coni (*Reseña estadística y descriptiva de La Plata*), asumió honrosa el calificativo de “la ciudad de Julio Verne” para sorpresa de los asistentes, entre los que se contaba el propio Verne en su faceta “urbanista”. Vale recordar que desde 1888 Verne era Consejero Municipal de Amiens y promovía reformas urbanas que estaban en sintonía con planteos formulados en su *France Ville*, pero que también buscaron alinearse con los moderados en su lucha contra el socialismo y el radicalismo, desligándose rápidamente de la lista “ultra roja” que integró para acceder a ese cargo, sobreponiendo a las pasiones políticas una “científica” y por eso incuestionable imagen de urbanista.⁶⁵

Pero más allá de los notables paralelismos con el universo verniano de la fantasía, La Plata en sí era una utopía en el más estricto sentido etimológico del término que creó Tomás Moro en 1516, a partir de la conjunción de los vocablos griegos *u* (no) *topos* (lugar). En efecto, La Plata nació como un “no lugar”, constituido por ideas y abstractas formas geométricas volcadas al papel por proyectistas que desconocían la localización geográfica que finalmente habría de tener aquello que sería la “nueva Capital”. Esta situación se evidenció ya en las primeras acciones con las que, al asumir sus funciones como Gobernador de la Provincia el 1º de mayo de 1881, Dardo Rocha puso vertiginosamente en marcha la “cuestión Capital” a través de tres decretos firmados en forma casi simultánea. Por el del 4 de mayo fue creada una Comisión abocada al estudio de los posibles emplazamientos, que además de contar con miembros del Congreso y del Ejecutivo Nacional; estaba integrada por destacados representantes del saber médico: Eduardo Wilde, Manuel Porcel de Peralta y José María Ramos Mejía. El 6 de mayo se conformó otra Comisión, a la que se le encomendó la organización de un Concurso Internacional para la realización de los principales edificios públicos, y que también contó con un médico entre sus integrantes -José María Bosch-, y el 7 de mayo se le encargó al Departamento de Ingenieros, dependiente del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, el trazado urbano, los planos y el presupuesto de las obras de salubridad, como así también el proyecto de los edificios públicos no comprendidos en el citado Concurso.

El desconocimiento, tanto de las características físicas que tendría la “Nueva Capital”, como del lugar en el que se emplazaría, no hacía posible que las bases preparadas por la Comisión encargada de la realización del Concurso internacional -elevadas el 1 de junio de 1881 y aprobadas con gran

romances populares, encontrarán ocasión propicia para decir que La Plata es una ciudad fantástica una ciudad a lo Julio Verne”. *El Diario*, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1882.

64. Antonio Cambaceres, fue designado Presidente de la Delegación Argentina en la Exposición Universal de París en 1889, aunque al fallecer, pocos días antes de producirse la inauguración del evento, su lugar lo ocupó Santiago Alcorta. Sobre las referencias a la relación de La Plata con la ciudad de Julio Verne, véase *La República Argentina en la Exposición Universal de París de 1889. Colección e informes reunidos por el Delegado del Gobierno don Santiago Alcorta*, Buenos Aires, 189, p.15.

65. Véase Miguel Salabert; *Julio Verne. Ese desconocido*, Alianza Editorial, Madrid, 1985

celeridad por las autoridades dos días después-, fueran mucho más allá de las someras referencias e indicaciones que podían darse en ausencia del *topos*: cada edificio se levantaría en una manzana cuadrada de unos cien metros de lado, rodeada por calles de veinte metros, y todos ellos, con excepción del templo, deberían tener grandes patios interiores, vestíbulos y dependencias comunicadas por galerías.⁶⁶

La misma incertidumbre que reflejaban las bases del Concurso internacional, se manifestaba también en el encargo del trazado urbano y de los restantes edificios públicos, donde se solicitaba que fueran incorporadas las más recientes recomendaciones de la higiene y del saber médico. En él los proyectistas del Departamento de Ingenieros trabajaban sin conocer más indicaciones que las emanadas del citado decreto del 7 de mayo de 1881, que exigía realizar planos “conformes a los trazados de las ciudades más modernas en cuanto sea compatible con nuestro clima” y consultar “al mismo tiempo que la comodidad de los habitantes, la posibilidad de mantener la higiene, en cuanto lo permitan los últimos adelantos científicos y la belleza de sus calles y plazas”.⁶⁷

De manera que, más allá de los intentos por articular las diferentes tareas a través de las funciones de ciertas figuras polifacéticas -como las de Pedro Benoit,⁶⁸ verdadero “arquitecto del príncipe”⁶⁹ que intervino en todas las instancias de diseño y Francisco Lavalle,⁷⁰ ingeniero responsable de la mayor parte de las resoluciones técnicas adoptadas- no pudo evitarse que aún después de seleccionados y premiados los principales edificios públicos en dicho Concurso, se desconociera la ubicación que ellos -como otros edificios ya proyectados- tendrían dentro de un trazado urbano que

66. “1 de junio de 1881. Bases para el concurso de planos para los edificios públicos. Decreto aprobatorio”, en Antonino Salvadores; *op. cit.*, pp.104-117.

67. Otro inciso, algo más explícito, aludía a cuestiones de higiene urbana que debían ser tenidas en cuenta, recomendando que sean proyectadas “las obras necesarias para la limpieza diaria y la extracción de todos los residuos que puedan perjudicar la salud pública, trazándolos de tal manera que puedan irse aumentando a medida que vaya extendiéndose la ciudad, como igualmente las obras de provisión de agua”. Por este Decreto fueron encargados los siguientes edificios: Museo, Biblioteca y Archivo de la Policía, Consejo de Higiene y Vacuna, Departamento de Ingenieros, Ministerio de Gobierno, Ministerio de Hacienda, Observatorio Astronómico, Monte de Piedad, Caja de Ahorros, Hospital, Cementerio, Asilo de Huérfanos y Casa de niños Expósitos, Mercado de consumo, Tablada y Mataderos. *Ibidem*; pp.100-102.

68. Pedro Benoit intervino protagónicamente en el diseño del trazado urbano y en las tareas de su delineación. Fue jurado en el Concurso Internacional, autor de edificios públicos no comprendidos en él y luego, en 1894, Intendente Municipal de La Plata.

69. El concepto remite a un tema clásico retomado por *Block* N°5, Buenos Aires, 2000, con trabajos editados por Adrián Gorelik y Anahí Ballent. Tras el “arquitecto del príncipe” se esconde la voluntad de actualizar la renacentista institución del mecenazgo y un problema situado en los orígenes mismos de la arquitectura como es el del arquitecto que busca ganarse los favores del poder para desarrollar su voluntad fáustica. La notable actividad de Benoit en La Plata, en su desmesura, invita a ver una clara recreación moderna de esa figura.

70. Francisco Lavalle fue Presidente del Departamento de Ingenieros e integrante de las dos Comisiones formadas, siendo además Presidente del Jurado creado para entender en el Concurso Internacional convocado para la realización de los principales edificios públicos. De esos tres cargos que ocupó, Lavalle renunció al que lo ligaba a la Comisión que entendía en el Concurso Internacional, siendo sucedido por el Ingeniero Coquet. Luego de esas tareas Lavalle presidió desde octubre de 1882 una Comisión creada para impulsar los edificios no comprendidos en el Concurso Internacional. A esto le siguió la dirección de las obras de aprovisionamiento de agua para los edificios en construcción y luego, en sociedad con Medici, la totalidad de las obras de salubridad y aguas corrientes de La Plata. También con Medici tuvieron a su cargo buena parte de las obras del puerto de La Plata proyectadas por Waldorp y dirigidas por Dirks.

aún no estaba definido y que los técnicos del Departamento de Ingenieros que trabajaban bajo las órdenes de Pedro Benoit en el diseño definitivo de ese trazado, ignoraran también el punto geográfico en el que se levantaría la ciudad que proyectaban.

La “nueva Capital” tuvo, por lo tanto, las primeras prefiguraciones de la arquitectura monumental del poder público, luego su nombre -surgido del lema de uno de los trabajos premiados-,⁷¹ más tarde los esbozos iniciales de lo que sería su trazado urbano, antes de que finalmente quedara definido su *topos*, en las Lomas de la Ensenada de Barragán, el mismo sitio que diez años antes eligieron los higienistas para que sirva de repositorio de los establecimientos insalubres de Buenos Aires. Vale decir, aquello que había servido para recepcionar lo “anormal”, era ahora el *locus* de lo “normal”, de lo ejemplar, en un desplazamiento que contenía también toda una reflexión científica. Bajo determinadas condiciones ambientales benéficas lo “pestilente” podía volverse “salubre”, lo “degenerado” podía “regenerarse”, la separación de los espacios iba siendo menos determinante que el examen atento del estado de los fluidos (el aire y el agua).

Si bien es cierto que en la localización geográfica de La Plata tuvieron una clara incidencia ideas políticas e intereses económicos preestablecidos,⁷² lo que vale la pena destacar aquí es todo un gesto típico de la época, consistente en poner en funcionamiento a una Comisión integrada por prestigiosos higienistas para la realización de un informe “científico” que autorizara la decisión. En ese gesto parecía resonar el criterio expresado por Verne al imaginar la forma en que un médico a través de una herencia podía salir del ostracismo del laboratorio para volcar sus conocimientos en beneficio de toda la sociedad. Allí también se recreaba la platónica figura del filósofo-rey bajo la articulación de las nociones de higiene y saber científico con la idea de poder, dentro de un discurso que no era completamente ficcional: con Sarrasin, Verne aludía explícitamente al médico y estudioso de los problemas urbanos, Benjamin Ward Richardson, creador de *Hygeia*, propuesta de ciudad ideal basada en un programa higienista que fue presentado al Congreso de 1875 de la *Social Science Association* cuya sección de Salud presidía. Al año siguiente el trabajo fue publicado como *Hygeia, a City of Health* y casi inmediatamente traducido al español por la *Revista Médico Quirúrgica* de Buenos

71. “La Plata” era el lema del trabajo de Huberto Stier de Hannover, que se impuso en el concurso de edificios para la realización de la Municipalidad. El 25 de marzo de 1882 se dio a publicidad el informe de la respectiva Sub-comisión del Jurado, integrada por Buschiazzo, Viglione y Arditti, aconsejando su adopción. Después de que el proyecto de Ley para la creación de la “nueva Capital” en las Lomas de Ensenada, enviado por Rocha a la Legislatura provincial fuera evaluado por una Comisión del Senado integrada por Belisario Hueyo –miembro también del Jurado del concurso para la realización de los principales edificios públicos-, el 20 de abril de ese año el Senador José Hernández propuso por primera vez el nombre de “La Plata” para la futura ciudad, que fue votado mayoritariamente.

72. En la década de 1820 Rivadavia impulsó la creación el principal puerto de la ciudad de Buenos Aires en Ensenada, atendiendo a la propuesta realizada por el ingeniero inglés Santiago Bevens que implicaba extender hasta allí la jurisdicción del municipio. El puerto de Ensenada volvió a ser tematizado por Juan Bautista Alberdi, mientras un amigo suyo, el norteamericano William Wheelwright, extendía una línea ferroviaria que lo unió a Buenos Aires en 1862. El traslado de los saladeros en 1871 también puede situarse entonces dentro de la estrategia de aprovechamiento de aquel puerto natural que ya estaba siendo promovido por empresarios norteamericanos.

Aires que dirigía Emilio Coni, por entonces joven discípulo del ya prestigioso higienista Eduardo Wilde.

Rocha entonces no haría más que colocar, años más tarde, a su ciudad dentro de esta problemática atravesada por la inserción del utopismo higienista en el campo médico argentino. Ya señalamos que Wilde fue uno de los miembros de su Comisión y Coni pasará a ser el responsable de montar en 1883 la Oficina de Estadísticas de la “nueva Capital” con la que afirmará su trayectoria de “médico de pueblos y ciudades”.

En el texto traducido por Coni, Richardson describía las características de la ciudad -muchas de las cuales fueron recogidas por Verne en su novela-, signadas por el uso de formas rigurosas y simples que parecían destilar la imagen de armonía y disciplina de una sociedad ideal. Continuando con una línea de pensamiento representada en Inglaterra por Edwin Chadwick con su *Report on the Sanitary Condition of labouring Population of Great Britain* y el grupo *Philosophical Radicals* encabezado por Jeremy Bentham, Richardson expresaba su objetivo de crear una ciudad “dirigida por el conocimiento científico” que habría de aproximarse al ideal de los resultados sanitarios, “si no se logran plenamente, en una coexistencia del índice más bajo posible de mortalidad general con la máxima longevidad individual factible”.⁷³ La forma física de la ciudad nueva y las obras de infraestructura que acompañaban su configuración eran claves para llegar al bienestar general, como lo sostendría por años Emilio Coni invocando este mismo cuerpo de ideas.

Se trataba efectivamente de una utopía que participaba de los cambios que el siglo XIX había introducido sobre anteriores producciones de ese género, especialmente en lo concerniente a las limitaciones a un crecimiento material que cuando excedía a las necesidades humanas era entendido como “artificial y corruptor”.⁷⁴ Las utopías que hasta aquí eran seculares y racionales entran de lleno en la modernidad cuando a esos rasgos se suman los que provienen del reemplazo del mundo de la escasez por el de la abundancia y el crecimiento, merced a su articulación con una cultura de la innovación que llevaba la impronta del impacto de la ciencia en las sociedades modernas. Nacían ahora las utopías científicas y con ellas la voluntad de valerse de la ciencia para conformar relatos que tomaban partido por formas de intervención sobre las mismas ciudades que eran denunciadas. Promediando la segunda mitad del siglo XIX, la higiene y la utopía ya habían proyectado sus alcances al plano urbanístico para impulsar acciones que aún no tenían una sistematización disciplinar. Aún no existía la figura del urbanista, sino la de arquitectos que prolongaban una tradición secular que los instaba a ocuparse de la forma de la ciudad principalmente por razones de estética urbana, de ingenieros que lo hacían para introducir cambios en la infraestructura de la ciudad, y de médicos que podían valerse de cierto utopismo científico en boga para extender los alcances de sus intervenciones individualizadas. Sobre la confluencia de estas acciones podrían sentarse las bases de un nuevo modo de operar sobre la realidad urbana, en un estadio previo al urbanismo moderno. La

73. Benjamin Ward Richardson *cfr.* Paolo Sica, *Historia del Urbanismo*, T.2, IAEL, Madrid, 1981, p.1110.

74. Diego Armus; “La ciudad higiénica, entre Europa y Latinoamérica”, *op. cit.*, p.588.

argamasa del variado campo de soluciones de este pre-urbanismo,⁷⁵ puede decirse que lo constituye aquella proyección futura de la utopía de anticipación, y sus respuestas concretas originadas van a venir a formalizar sugerencias provenientes muchas veces de una literatura con pretensiones políticas y científicas.

Ese pre-urbanismo encontró un campo particularmente fértil en las expectativas fundacionales de la etapa de construcción del Estado moderno en países latinoamericanos. Allí entraba en una nueva fase la idea de ciudad nueva, que Domingo Sarmiento alimentó proponiendo el abandono de la gran ciudad para crear una capital insular con *Argirópolis* (1850), y luego su regeneración a través de la propia reforma que provendría de la figura del Parque de Palermo.⁷⁶ Se trataba ahora de una utopía nacida al calor de sus fuertes interacciones mantenidas con la realidad urbana existente y también de aquella obsesión preventiva y anticipatoria de las élites. Su aplicación a una necesidad de construcción, de invención de un nuevo orden, se inscribió en el inicio de un proceso institucional que ubicó el programa de creación de la ciudad nueva en el eje de una dialéctica iluminista que atribuía a las formas ordenadas un rol determinante en el surgimiento de comportamientos civilizados. La reforma sarmientina de la gran ciudad que se regeneraba a través de una acción llevada a cabo en un afuera cercano, marcaba el camino hacia lo que efectivamente era la utopía connotada de fuertes rasgos modeladores de la ciudadanía deseada. Sobre ella recaía la convicción de que solo si a través de la construcción de nuevas formas físicas y de un sistema legal se normalizaba previamente a la naciente sociedad, podrían echar raíces la cultura y las instituciones liberales. Y del mismo modo que Palermo, La Plata nacía para ofrecerle a la gran ciudad una contracara ejemplar en la que su carácter utópico declinaba excesivos rasgos de aislamiento a favor de un reforzamiento de la condición urbana. El desplazamiento físico de las tradicionales utopías quedaba ahora limitado a la expresión de un espacio propio, y para exaltar que el gesto no negaba la condición urbana sino que vendría a reforzarla estaba el énfasis puesto en que funcione como aquel afuera cercano que Sarmiento concibió con Palermo.

El surgimiento de la “ciudad higiénica” de La Plata, era entonces la culminación de un proceso iniciado con el impacto de la epidemia y prolongado en un imaginario al que las utopías científicas y la higiene urbana proveyeron de precisas normas que derivaban en el diseño de la ciudad ideal. Estado y sociedad, forma urbana y comportamientos, entendidos como pares dialécticos condicionantes de las relaciones de poder, encontraban una desmedida distancia entre los primeros y los segundos términos de esa polaridad, a la que el género utópico siempre colocó como condición previa para la implementación de un programa ideal. La utopía en La Plata adquiriría la forma de la

75. La noción de pre-urbanismo ha sido utilizada por Fraçoise Choay para analizar por primeros fermentos surgidos en el siglo XIX, en lo que ya distingue las dos vertientes básicas en las que divide al urbanismo moderno: la progresista y la culturalista. Dentro del pre-urbanismo, los socialistas utópicos, Ward Richardson y Verne integrarán la vertiente progresista. Véase Fraçoise Choay; *op. cit.*

76. Véase Adrián Gorelik; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936, Buenos Aires*, UNQ, 1999. Véase especialmente el Capítulo 1: “Ciudad nueva. La utopía del pensamiento argentino”, pp.57-84.

regularidad geométrica inclusiva de ciertas resonancias de un reformismo filantrópico. Por sobre ellas emergía a representación central de las instituciones reafirmadoras del igualitarismo en lo civil y en lo político -aunque éste último quede desvirtuado en los hechos por décadas de prácticas fraudulentas- albergadas en suntuosos palacios que tardarían en tener su correlato en Argentina y en los que quedaban escrupulosamente separados los tres poderes: el Ejecutivo -con sus dependencias ministeriales y represivas-, el Legislativo -con su novedosa disposición bicameral- y el Judicial -que incorporaba su Cárcel de detenidos-. Pero a su vez, al temido traslado de ese igualitarismo al plano social, desbordando los límites del liberalismo, era contrapuesta una ilimitada fe en la ciencia, emblemática por el maridaje entre urbanismo e higiene catalizado por una omnipresente vía estatalista.⁷⁷ La higiene en una ciudad portuaria como sería La Plata, traería garantías al liberalismo controlando sanitariamente los ingresos, para lograr con ello “disminuir las trabas al comercio sin disminuir las seguridades a la salud pública”, como sostendría Ramos Mejía.⁷⁸ Se trataba así de preservar a través de la ciudad el estado de salud, tanto de la población como de un sistema económico, sirviendo de eficaz medio para evitar que las grandes desigualdades sociales asuman una igualitaria forma de propagación a través de las epidemias urbanas.

La Plata era la demostración palpable de ese avance de la higiene, cuyos mandatos podían verse sintentizados en aquel programa de Ward Richardson que, bajo la denominación de *Hygeia*, consistía en la utopía de la salud instalada en el campo científico. De hecho las dimensiones de la ciudad ideal propuesta por Richardson (4.000 acres), como la cantidad de habitantes (100.000) y de casas (20.000) previstas, estarán bastante emparentadas con las que debía tener La Plata de acuerdo a su plan fundacional.

Antes de Ward Richardson, la utopía de la higiene había llegado a América con la propuesta para “ciudad rural” sobre la orilla del río Ohio en Kentucky de Papworth. El ejemplo ilustra la temprana asociación entre medicina y una tendencia a la formalización urbana de sus prescripciones, y también releva la atracción santsimoniana para llevar a cabo estas inquietudes en el continente americano. Sobre la inmanencia de estas representaciones surgirá la voluntad de hacer de la ciudad un cuerpo urbano coherente y homogéneo, regido por un poder único y bien reglamentado que sea capaz de concentrar la información y dividir las entidades que eran sometidas a control permanente.

Higienismo, circulación y metáforas orgánicas de la ciudad

La última parte del siglo XIX asistió al avance de aquel proceso de “medicalización indefinida” señalado por Foucault, que tenía en la higiene a la emblemática expresión del funcionamiento de la medicina fuera de su campo tradicional, es decir fuera de la demanda específica del enfermo. Ella

77. El género utópico siempre se dirige a la gestación de una organización física y política ideal aún cuando surja desde una iniciativa individual, siempre trasunta la vía estatalista: toda utopía contiene el germen de un modelo de Estado -nacional, municipal, etc.- que define formas y normas ejemplares para ser acatadas por todos los miembros de su comunidad.

78. Cfr. Jorge Salessi; *Médicos, maleantes y maricas*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1995, *op. cit.*, p.93.

ahora pasaba a circunscribirse al territorio más vasto de objetos denominados enfermedades, donde la intervención se dirigía ilimitadamente a todo lo que podía garantizar la salud del individuo desplegando sus funciones normalizadoras sobre los espacios comunes y los ámbitos de interacción. Si a comienzos del ochocientos estaba claramente establecido que la medicina debía ser social, en el cambio de siglo se consolidó la higiene como un saber urbano por antonomasia. El término higiene, que con sus equivalencias tenía una larga existencia aunque sólo en algunas lenguas -la Real Academia Española recién lo incorporó en 1843-, de adjetivo que calificaba la salud -en griego *hygeinos* significa lo que es sano-, pasó a ocuparse de un conjunto de dispositivos y conocimientos ocupados en favorecer su mantenimiento dentro del mundo urbano. Los nuevos Estados nacionales encontraron en este saber científico un medio para construir nuevos consensos sociales, renovando la promesa de reducir la mortalidad y extender la vida del hombre, como lo propugnaba Ward Richardson, Con la proliferación de estudios sobre las condiciones sanitarias de las poblaciones urbanas -como dice Barrán acerca del proceso de medicalización de la sociedad uruguaya del '900-, el saber científico parecía reclamar “todo el poder para la higiene”,⁷⁹ coincidiendo con el utopismo verniano en la idea de crear un Estado gobernado por “sabios en pro de la salud”. Los crecientes reclamos en este sentido, volvieron al Estado cada vez más permeable al avance de la higiene, ya constituida en una fuente de legitimación de todas sus acciones: incluso para el propio Rocha, frente a las duras críticas que generó la decisión de crear una ciudad *ex novo* rechazando la idea de instalar la “nueva Capital” provincial en una localidad ya existente, como podía serlo Chivilcoy para Sarmiento, hacerlo bajo los designios de la higiene volvía mucho más “razonable” a su emprendimiento, invistiéndolo la utopía de una indiscutible legitimidad científica.

Si la interrelación entre utopía e higiene, podía connotar físicamente los rasgos insulares que acentuaban la excepcionalidad de su orden propugnado por el contraste con el entorno inmediato, la *Hygeia* de Ward Richardson (1875) y la *France Ville* de Verne (1879) son por caso paradigmáticos ejemplos de ello, su articulación con la expansión de la economía capitalista aportará factores confluyentes en precisas configuraciones formales para conducir el proceso de integración económica supralocal y a la vez representar espacialmente sus ideales.

Así como la estática del orden se combinaba con la dinámica del progreso en la conjunción positivista, la utopía higienista debía admitir crecientes adaptaciones del *corpus* evolucionista para inscribir su desarrollo dentro de los mandatos de una cultura científica y un sistema económico que no admitían límites a su desarrollo. El pensamiento de la ilustración había zanjado el campo de las intensas interacciones mantenidas entre las ciencias de la naturaleza y las disciplinas encargadas de ordenar el espacio, y a partir de allí habían surgido expresiones urbanas del barroco tardío europeo que convirtieron a la circulación como un nuevo tema de reflexión. La masificación de las grandes

79. José Pedro Barrán; *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. Tomo 1: *El poder de curar*, 1994; Tomo 2: *La ortopedia de los pobres*, 1995; Tomo 3: *La invención del cuerpo*, 1995.

ciudades configuró a partir de ese tema una figura cultural que para Gorelik representa “la más plena metáfora biológica de la ciudad: un organismo cuya salud determina la de la sociedad que la habita”.⁸⁰

La figura de la circulación condensa la construcción analógica de la ciudad industrial como traducción física de las necesidades y los ideales del capitalismo. Ella será la culminación de un proceso iniciado en el siglo de las luces a partir del interés por aplicar en la ciudad las ideas que transformaron la consideración del cuerpo humano tras el descubrimiento de la circulación de la sangre realizado por William Harvey en 1628.⁸¹ La nueva teoría circulatoria, opuesta a la antigua de Galeno, pronto se convirtió en el espejo ideal que los utopistas van a ofrecerle a la sociedad. El desarrollo de la Medicina, coincidente con el surgimiento del capitalismo moderno, permitió establecer una directa asociación analógica del movimiento en la ciudad, ya sea de personas o bienes, como lo establecía el sistema económico, con el modo en que circula la sangre en el cuerpo a través de venas y arterias. Un paso más adelante lo dio Ernst Platner vinculando la circulación con la experiencia ambiental, al considerar que la sangre era al cuerpo lo mismo que el aire a la ciudad, requiriendo ambos organismos la circulación de los respectivos fluidos para mantener la vida.⁸²

El organicismo social construido a partir de las analogías suscitadas por la teoría circulatoria, podía reconocerse en el pensamiento de Saint Simón y su búsqueda de conformar “el gran cuerpo político europeo”, donde los beneficios de las vías de comunicación se equiparaban a los que presta la circulación monetaria a la banca y al circuito del crédito, que es “al cuerpo político lo que la sangre al cuerpo humano”, ambos arterias del cuerpo social. Este organicismo capitalista se vio reforzado en el transcurso del siglo XIX por la aparición de una sociología que Herbert Spencer inauguró a partir del uso de fundamentos evolucionistas para explicar el comportamiento de las sociedades modernas. La versión inglesa del positivismo, como sistematización científica del catastrofismo malthusiano y la vulgata darwinista, resituó en el centro de la escena a la teoría circulatoria para acentuar con ella las ideas políticas que pretendía afirmar. Para Spencer, como la sociedad se desarrollaba según las leyes naturales y no era el producto de voluntades artificiales, podía legítimamente establecerse una analogía entre la organización social y la biológica de los seres vivos. Y, desde esta perspectiva, quedaba palmariamente demostrado que no podía cuestionarse la natural supremacía que poseían en el sistema económico los “mas fuertes”, los vencedores en la lucha por la vida. La economía y la política se integraban entonces a una gran metáfora social donde el capital era a la sociedad lo que los glóbulos rojos al cuerpo, dado que los flujos de la sangre se asemejan a los del capital: el cerebro de la sociedad es el parlamento, que debe equilibrar las tendencias contradictorias de los distintos tejidos. Y esa metáfora se traducía espacialmente a través de nuevas analogías. La formación en el embrión de la

80. Adrián Gorelik; “Ciudad” (pp.12-21), en Carlos Altamirano (director); *Términos críticos de Sociología de la Cultura*, Paidós, Buenos Aires, 2002, p.13.

81. Richard Sennett; *Carne y piedra*, Alianza, Madrid, 1997. En particular, “Cuerpos en movimiento”, pp.273-301.

82. Alain Corbain; *El perfume o el miasma. El olfato y el imaginario social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.

endodermis, que da nacimiento al sistema nutritivo y de la ectodermis, en donde se desarrollan los órganos del movimiento, tenían su equivalencia social en la división histórica entre gobernantes y gobernados que producen el sustento, como también la tenía la capa que en el embrión generará el sistema vascular y el Estado en un territorio llano, propicio para el establecimiento de una sociedad para el intercambio y la circulación de mercaderías.⁸³

Las ideas de Spencer podían ser interpretadas desde una clave vitalista y neohipocrática, que Silvestri sitúa en el origen de un higienismo finisecular cada vez más cercano al holismo ambiental.⁸⁴ Allí también cabe hallar el refuerzo de un determinismo geográfico que ponderaba las valencias culturales de la llanura, en cuya escasa resistencia natural al sometimiento a la voluntad del hombre residía un decisivo factor de estímulo a las circulaciones. Dentro de la Generación del '80 se insistirá en proyectar este esquema interpretativo, que le permitía a Dardo Rocha exaltar las ventajas de buena parte de la Provincia de Buenos Aires para llevar a cabo una empresa civilizatoria como La Plata, puesto que no existían las montañas, “baluartes” naturales que al obstaculizar la circulación de individuos y fundamentalmente de ideas y mercancías, establecía la existencia de espacios incomunicados en los que resultaba mucho más difícil terminar con las prácticas señoriales de caudillos preservadores de la tradición.

La impronta del determinismo geográfico impregnó la mirada positivista del paisaje argentino, instando a considerar que si la configuración del suelo influye sobre las conductas de los hombres, las características del territorio tenían valencias morales que debían ser tenidas en cuenta para que el rol civilizador de la ciudad moderna pueda cumplirse sin limitaciones. Desde hacía algún tiempo se debatía en países europeos los alcances de una “geografía criminal” trazada para prevenir a los gobiernos de factores ambientales, como podían serlo las zonas montañosas que predisponían al delito. En contraposición, las regiones llanas y abiertas con la fecundidad de sus campos, eran poco propicias al crimen e incluso proclive a neutralizar la actividad criminal.⁸⁵ Dentro de esta misma sintonía, un importante higienista argentino de la época podía ver que “las grandes montañas, limitando nuestra visual, estrechan los fines de los pueblos, así como empequeñecen el horizonte de las ideas”, mientras que, en cambio, la llanura favorecía el establecimiento de pautas sociales fundadas en el uso de la razón. Desde su óptica un paisaje determinaba la emergencia de caudillos, mientras que sólo el otro posibilitaba el surgimiento de una democracia moderna.⁸⁶

La proyección espacial de metáforas orgánicas que condensaban precisos mandatos de un orden político y económico, podía detectarse ya en la forma en que a mediados del siglo XIX Sarmiento imaginó el país como un cuerpo, construyendo figuraciones constitutivas de la cultura

83. L. Kolakowski; *La filosofía positivista*, Cátedra, Madrid, 1988.

84. Graciela Silvestri; *El color del río...*, op. cit., p.163.

85. Véase Rafael Huertas García-Alejo; *El delincuente y su patología. Medicina, crimen y sociedad en el positivismo argentino*, CSIC, Madrid, 1991. Especialmente el capítulo “Geografía criminal”, pp.95-98.

86. Pedro Arata; *El puente del Inca y sus termas*, Lajouane Editor, Buenos Aires, 1897, p. 5.

política y urbana argentinas. A la consabida oposición entre “civilización y barbarie”, que era a su vez la establecida entre gobiernos locales autónomos y un ejercicio centralizado del poder preocupado por la integración de la Argentina al concierto internacional, con las consecuentes representaciones espaciales del estanciero que controla a su arbitrio el campo y el republicano ilustrado que gobierna la ciudad, Sarmiento agregó un claro programa destinado a expandir los ideales civilizadores de esta última entidad sobre la primera. Ese programa partía de identificar la patología orgánica que debía combatirse. “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas”.⁸⁷ El campo era el desierto, es decir un vacío carente de atributos, pero un vacío hostil, una entidad que llegaba a las “entrañas” mismas de su contracara civilizada portando una amenaza constante de exteriorizar el mal que constitutivamente poseía. Como en Saint Simón, la circulación era para Sarmiento el medio más eficaz de “oxigenación” de tejidos inertes que componían el gran cuerpo político y espacial aquejado por el mal de la “extensión”. La circulación sería de bienes, de ideas y de nuevas “razas”, transportadas por un sistema circulatorio representado por vías navegables que como el flujo sanguíneo, tendría su “aorta en el Plata”.⁸⁸ El organicismo sarmientino de *Facundo* se prolongará en muchos principios sostenidos por los higienistas argentinos de fines del siglo XIX y comienzos del XX,⁸⁹ originando representaciones de lo físico y lo social en las que a su vez resonaba la metafórica apropiación de la teoría circulatoria de Harvey, para invocar la necesidad de favorecer el desarrollo de los movimientos ininterrumpidos.

La teoría circulatoria ya había sido traducida espacialmente en el diseño de ciudades, cuando el urbanismo barroco gestó la Avenida, en tanto figura nacida en el ochocientos a partir de diversos antecedentes vinculados al uso de calles anchas como elementos geométricos que podían facilitar desplazamientos militares.⁹⁰ En el siglo XIX la circulación pasó a condensar el fundamento de la salud de la ciudad en términos metafóricos, traduciéndose en las respuestas concretas impulsadas para favorecer el desarrollo tanto de un sistema económico como de un estado sanitario. La vieja creencia hipocrática, según la cual se atribuía la transmisión de enfermedades a la formación de “miasmas” que se propagaban por el aire hasta introducirse en los cuerpos a través de la respiración y de la permeabilidad de los poros, instaba a realizar acciones como abrir grandes avenidas en el espacio urbano para mantener el buen estado de salud de la población, aunaron a médicos y químicos en una cruzada higienista por mejorar los métodos de ventilación de las ciudades.

Ya en la *Enciclopedia* (1765), la voz “Higiene” advirtió que “ningún elemento condiciona nuestro cuerpo más que el aire, pudiendo dañar a todos, por su propia impuridad y otras calidades

87. Domingo F. Sarmiento; “Juan Facundo Quiroga” (1845), en *Obras Completas*, Tomo VII, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001, pp. 11-207, p.27.

88. *Ibidem*.

89. Jorge Salessi; *op. cit.*

90. Alicia Novick y Raúl Piccioni; “Avenida” (pp.98-102), en Jorge Liernur y Fernando Aliata; *Diccionario de la Arquitectura en la Argentina*, Tomo A-B, Clarín, Buenos Aires, p.100.

defectuosas”.⁹¹ La creencia de que ningún elemento condicionaba ni podía dañar a los cuerpos más que el aire “malsano”, ya habían motivado la aparición del ventilador: su invención data de 1741 cuando Stephen Hales se propuso renovar en gran cantidad el aire de los mineros, de los prisioneros, de los hospitales, de los baños penales y de los navíos.⁹² Asimismo en 1759, Duhamel du Menceau, en *Medios para mantener la salud de la tripulación de las naves*, reunía diferentes experimentos sobre sistemas de circulación de aire, como los que buscaron ser trasladados directamente a la ciudad adoptando en París la forma de proyectos de máquinas de ventilación con la forma de inmensas aspas de molinos para ser ubicadas en los cruces de las calles principales.⁹³ En el siglo siguiente el higienismo se valió de la teoría circulatoria para combatir los aires “malsanos” que provocaban las epidemias de las ciudades, y aún después de quedar demostrada la inconsistencia científica de esos procedimientos, los presupuestos vitalistas siguieron instando a favorecer la aireación de los espacios. Dentro de esas coordenadas ubicó Guillermo Rawson su explicación científica al origen de la epidemia de fiebre amarilla de 1871, producida por el envenenamiento del aire a través de depósitos de residuos ubicados en el Sudeste de la ciudad, desde donde salieron los “gases nocivos” que el viento “Pampero” se encargó de arrastrar hacia la población.

Similares fundamentos indujeron en Europa a eliminar las fortificaciones de viejos centros urbanos, como también en la utópica “Ciudad Linda” de *Buenos Aires en el 2080*, que “en vez de hallarse rodeada de baluartes como las ciudades antiguas”, poseía “en toda su circunferencia, una ancha galería elevada en la que circula aire fresco”.⁹⁴ La transformación de baluarte en avenida, fue la que dio origen al boulevard, cuya denominación deriva del alemán *Bollwerk*, que precisamente significa baluarte y alude a los paseos arbolados que inicialmente se implantaron sobre las antiguas murallas de las ciudades medievales europeas para devenir en espacio de recreación y esparcimiento.⁹⁵ La evolución de aquellos espacios realizados con fines militares hasta verse convertidos en paseos, entendidos en gran medida como instrumentos de defensa higiénica, se asentaba también en una reconsideración del sitio en el que se hallaban los mayores peligros para la sociedad. El enemigo común era ahora el producto de un imaginario de la enfermedad epidémica, que instaba a las sociedades modernas a pretejerse de esa amenaza antes que de ejércitos invasores, como sostenía Sioen al avisorar en el siglo XX una sociedad en la que los “héroes modernos” dejaban de ser militares para que su lugar lo ocupen los que eran capaces de librar a los pueblos de epidemias, en homenaje a quienes se levantarían los arcos de triunfo de la modernidad. Estas reflexiones volvían sobre el discurso verniano, que proponía, en lugar de gastar millones en “mantener locas guerras”, destinar ese

91. Cfr. Georges Teyssot; “Per une genealogia dei tipi: la casa per tutti” (pp.IX-CIII), en Roger Guerrand, *Le origini della questioni delle abitazioni in Francia Officina Edizioni*, Roma, 1981, p.XI.

92. *Ibidem*.

93. Georges Vigarello; *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1991, p.187.

94. Aquiles Sioen; *op. cit.*, p.21.

95. Alicia Novick y Raúl Piccioni; *op. cit*, p.99-100

dinero en levantar ciudades que fueran modelos de higiene.⁹⁶ La guerra no era exterior sino interna, como había advertido Sarmiento con *Facundo* y el peligro de la “civilización” estaba en la “barbarie” que la acechaba a las puertas de la ciudad, con los aires malsanos que Rawson podía detectar en focos pestilentes llevados a la población urbana por el “Pampero”. El conjuro higienista para ese mal radicaba en la ciudad moderna que, a diferencia del “molde colonial estrecho”, condensaba las preocupaciones circulatorias dirigidas a la vez al movimiento de personas, de capital y de aire, pero también las recomendaciones de un determinismo geográfico que la instaba a situarse en un espacio carente de obstáculos naturales. Sobre ella podía concebirse el modelo ideal, que la cultura científica argentina emblemizó a fines del siglo XIX con La Plata y su marcado carácter circulatorio sobre la vasta llanura pampeana. Aunque Joseph Lister y Louis Pasteur descubrieran que el verdadero factor patógeno estaba en los microbios no en aires “malsanos”, el higienismo no dejó de situar sus prescripciones urbanas dentro de la figura de la circulación.

Los beneficios que reportaba la aplicación de estas ideas en La Plata eran sintetizados por uno de los primeros médicos instalados en esta ciudad, el Doctor Casal, discípulo de Wilde para quien la nueva ciudad “por sus hermosísimas calles y anchas avenidas que la cruzan en todas direcciones, está por ese sólo hecho, en mejores condiciones que cualquiera otra ciudad de Sud-América, respecto a ese grande e indispensable requisito para la higiene pública”. “De esa manera las corrientes impulsivas de las grandes masas de aire, facilitadas por grandes aberturas a todos rumbos, la recorrerán en todas direcciones”.⁹⁷

Capítulo 2. La forma del orden

Ideales de la ilustración en el trazado urbano

Dentro del plan fundacional de La Plata, la forma de su trazado urbano fue investida de una particular significación, en tanto matriz espacial del orden político y social de una etapa de organización institucional que iniciaba el país. La importancia asignada se refleja en una abrumadora cantidad de piezas cartográficas originadas en un breve lapso,⁹⁸ para dar cuenta de un proceso de diseño que, por contraste a tanta certeza, también dio lugar a diversas interpretaciones respecto a su autor.⁹⁹

96. Dentro de un par dialéctico y antitético definido por las nociones de salubridad y militarismo, *France Ville* ofrecía el paradigma de limpieza moderna confrontada con Sthaldstadt, una ciudad militar gobernada por un alemán obstinado en destruir el proyecto filantrópico de Sarrasin. Julio Verne; *op. cit.*, p.31.

97. *La Plata*; La Plata, 9 de marzo de 1885.

98. Antonino Salvadores; *op. cit.*, sobre Burgos se refiere especialmente en “Contribución particular al trazado de la ciudad”, pp.LXV a LVIII. José María Rey; *Tiempo y fama de La Plata*, UNLP, La Plata, 1958. Alberto De Paula; *op. cit.*, describe con abundantes pruebas documentales la etapa de proyectación en “El plano definitivo de la ciudad”, pp.101-108. Julio Morosi y Fernando De Terán; *op. cit.*

99. El primer plano firmado de La Plata aparece recién en 1888, seis años después de su fundación. Se trata de un plano catastral que al año siguiente fue exhibido en la Exposición Internacional de París. En la parte inferior del mismo se halla la siguiente referencia “Construido por el Departamento de Ingenieros. La Plata 1888”, y más abajo la de “Proyecto del Ingeniero Sr. Pedro Benoit”, que puede entenderse como alusiva a la ciudad o bien la confección del propio plano. Ante la ausencia de una prueba concluyente, autores como Antonino Salvadores y José María Rey no dudaron de una tradición oral que casi unívocamente atribuyó la paternidad del proyecto

El trazado es el resultado de una ecléctica combinación de verdaderos mandatos de la cultura científica finisecular con otro tipo de antecedentes que ofrecía la urbanística local. La cuadrícula básica sugiere obvias alusiones a una tradición de ciudades nacidas durante la colonización española en América, atendiendo a las Leyes de Indias. Y especialmente a la prolongación de esa tradición, a partir del puente establecido por las reformas borbónicas, en el afán normalizador proveniente de una matriz francesa volcada al ordenamiento del espacio que se proyectó, a través del Departamento Topográfico y más tarde del Departamento de Ingenieros, hacia la creación de una inconfundible marca “civilizatoria” que acompañó la expansión de la frontera de la Provincia de Buenos Aires.

Ciudades fundadas a partir de un esquema básico cuadrangular, en el que su centralidad era enfatizada por la disposición de la plaza principal, ofrecían el soporte sobre el cual una simple redefinición de las exiguas dimensiones comúnmente utilizadas en el trazado de calles posibilitaba satisfacer las nuevas exigencias circulatorias de una ciudad moderna. Cuando a ello buscó sumarse la racionalidad de una disposición que podía compensar el asoleamiento, derivó la utilización de orientación general a medio rumbo como un habitual *modus operandi* de numerosas creaciones urbanas de la etapa post-revolucionaria que dejó, por su progresión, una impronta a escala territorial en la traza girada 45° respecto a paralelos y meridianos, que divide a la mayoría de los partidos que conforman la Provincia de Buenos Aires.¹⁰⁰

Sin embargo, la primera particularidad que ofrece La Plata respecto a aquella matriz “indiana”, está dada por la diferenciación entre vías de comunicación primarias y secundarias, que tenía, dentro de esa tradición, elementales antecedentes en la jerarquización de dos ejes perpendiculares intersecados en la plaza principal, presentes en el esquema teórico contenido en las indicaciones urbanísticas de la Ley nacional de Inmigración y Colonización sancionada en 1876.¹⁰¹ La progresión de esa diferenciación, a través de un sistema de alternancia de vías, introduce, mediatizado por el ejemplo de *France Ville* (1879), la concepción organicista del urbanismo de la Ilustración que terminó por convertir calles y avenidas en venas y arterias, tal la denominación dada por Christian Patte, dispuestas de manera acorde a la circulación de aire y de individuos que debían canalizar.

Hacia esa dirección apuntaron las indagaciones del prestigioso arquitecto argentino, Juan Martín Burgos, formado en la Academia San Lucas de Roma, quien a modo de espontánea contribución personal elevó al Gobernador Dardo Rocha un anteproyecto para el trazado para la “nueva Capital de la Provincia de Buenos Aires”, acompañado de una detallada fundamentación

urbano de La Plata a Pedro Benoit, quien además en 1885 hizo la primera descripción del plan urbano de La Plata. Julio Morosi tampoco puso en duda algo que parecían entonces no hacer falta aclarar. Sin embargo, el propio Salvador dejó entrever la existencia de opiniones encontradas al aclarar con un exagerado énfasis que no fue Burgos el creador del trazado de La Plata. Y luego De Paula vendría a desestimar que esa responsabilidad hubiera recaído centralmente en Benoit, planteando en cambio una suerte de final abierto, donde incluso deja entrever la preponderante participación que pudo haber tenido el agrimensor alemán Carlos Glade.

100. Vitalone, Cristina; “Cuadrículas bonaerenses”, *Anales LINTA '93*, CIC, La Plata, 1994, pp.39-45.

101. Julio Morosi y Cristina Vitalone; “Perduración de las normas indianas en el urbanismo argentino”, en *Anales LINTA '93*, CIC, La Plata, pp.9-24.

teórica.¹⁰² El prestigio de Burgos lo habilitaba a proponer sus servicios en abril de 1882 para la tarea que desde hacía más de once meses y por encargo de Rocha venía desarrollando el Departamento de Ingenieros. Pero además, es muy probable que su intervención haya estado acicateada por la puesta en circulación de otro proyecto, el que realizó el ingeniero militar valenciano José Rodrigo Botet, que incluía la propuesta de denominar “Atlántida” a la “nueva Capital”.¹⁰³

El anteproyecto de Burgos se componía de un cuadrado con calles separadas a igual distancia y dos avenidas centrales que dividían la ciudad en cuatro sectores. Como lo hacía el trabajo de Rodrigo Botet, Burgos agregó al esquema de la Ley de colonización de 1876 el rasgo de particularidad reflejado en dos diagonales principales que unían sus vértices y otras cuatro secundarias que formaban un rombo en su interior. Las diagonales tenían antecedentes internacionales bastante conocidos que iban desde las distintas reelaboraciones de Versalles a su aplicación en una “nueva Capital” como era Washington y más cerca en el tiempo la ciudad ideal de Victoria, en Inglaterra y el ensanche de Barcelona proyectado por Idelfonso Cerdá. Dentro de ese vasto muestrario, condensador de indudables referencias culturales de la que era imposible sustraerse, cabría agregar el “proyecto para una nueva Capital”, realizado en 1863 por Tettamanzi en el marco del proceso de unificación de Italia. Además de poseer como rasgos salientes una cuadrícula contenida dentro de un cuadrado, al que además atraviesan diagonales principales, la estancia formativa de Burgos en Roma podemos verla como un dato clave para que termine de completarse el cuadro de coincidencias con el anteproyecto de la ciudad impulsada por Rocha.

Las referencias locales en las que pudo abreviar Burgos, se hallan en el proyecto de Santiago Bevans de 1826 para una colonia, y en el plan para Buenos Aires que José Marcelino Lagos ideó en 1867 en base a una cuadrícula inscrita en un bulevard circular, con cuatro plazas equidistantes y dos diagonales.¹⁰⁴ El propio Burgos explicó que su adopción del “sistema de calles rectas y perpendiculares unas a otras”, condensaba distintas tradiciones: la traza de las ciudades fundadas por los españoles en América y los recientes ensanches de Roma, Barcelona, Génova y Nápoles. La grilla circulatoria delimitaba manzanas cuadradas, porque consideraba que era menos costosa la edificación al requerir el frente a una sola calle y permitir disponer de un gran espacio libre para jardines interiores. Pero como estos principios no comprendían la alteración de esa matriz cuadrangular por el paso de las avenidas, originando manzanas triangulares, también previó para cada una de ellas la instalación de un edificio público, que podría ser preferentemente una escuela. Las manzanas

102. El texto de la propuesta ofrecida espontáneamente por Burgos a las autoridades fue publicado con el sugerente título de “Publicación Pedida. La Nueva Capital de la Provincia”, en el rochista diario *El Nacional* de Buenos Aires, durante los días 27 a 29 de abril de 1882. La propuesta completa con el texto y el trazado fue publicada en el folleto: Juan Martín Burgos; *La Nueva Capital de la Provincia*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1882.

103. Aunque el proyecto de Rodrigo Botet no esté fechado, la propuesta de denominar “Atlántida” a la “nueva Capital” lo sitúa cronológicamente. El debate por el nombre quedó resuelto en los días que siguieron al 20 de abril de 1882, cuando José Hernández propuso llamar “La Plata” a la ciudad naciente y la Legislatura provincial aprobó la moción por abrumadora mayoría. De ahí que pueda saberse que antecede al proyecto de Burgos.

104. Adrián Gorelik; *op. cit.*, p.95.

cuadradas, aglutinantes de la arquitectura doméstica, contendrían también la respuesta técnica a la evacuación de residuos a través de pasajes interiores que cumplirían esa función, como lo había visto en Chicago, Filadelfia y Pittsburg. Y si en esta idea podrían reconocerse además de las connotaciones higiénicas, una colateral preocupación estética que inducía a crear calles de servicios para canalizar aquello que no debía quedar expuesto al espacio público, lo cierto es que la planta ofrece una solución extremadamente pragmática en la que resulta difícil advertir inquietudes que excedan las del incipiente campo de la ingeniería urbana. El plus artístico que signaba la personalidad de Burgos, se deslizó entonces hacia precisas sugerencias dirigidas a cualificar el espacio público con precisas ideas para la configuración del paisaje urbano, proponiendo la edificación de la arquitectura doméstica sobre pórticos.

Vale decir que existía aquí un claro intento de conciliar tradiciones urbanas internacionales bien diferenciadas, como eran las que provenían, por un lado, del pragmatismo norteamericano con su solución modélica representada por el trazado de Filadelfia de 1863, y por el otro, de los ensanches en cuadrícula llevados a cabo en las ciudades del norte de Italia, como Torino, Bologna y Genova,¹⁰⁵ signados por la presencia de recobas con varios kilómetros de extensión que acentúan la linealidad de calles rectas y la unidad general de la morfología urbana. A su vez Chicago y sus medios de comunicación fluvial, aportaban el ejemplo de la necesaria conexión con el río, de la que Burgos también imaginaba su prolongación a través de canales navegables que debían llegar al corazón mismo de la “nueva Capital”. Sin embargo, Burgos también, al reelaborar el plano de Rodrigo Botet, incorporaba referencias hacia la realidad española que provenían del universo conocido por el ingeniero militar valenciano. Valencia había realizado recientemente su ensanche en cuadrícula y en tanto ciudad intermedia por una ubicación que favoreció el mantenimiento de interacciones culturales con las dos grandes ciudades españolas, Barcelona y Madrid, recogía aportaciones del Plan de Cerdá y el ensanche madrileño que originó el barrio de Salamanca.

La aparición de los proyectos de Rodrigo Botet y Burgos en medio de una tarea de diseño que venía desarrollando el Departamento de Ingenieros, contribuyó a producir importantes modificaciones sobre los primeros resultados arrojados por el proceso de diseño. Ellos quedan condensados en dos propuestas del Departamento de Ingenieros que contienen una fuerte tendencia hacia la recreación de modelos ideales renacentistas y barrocos, donde, como señala De Paula,¹⁰⁶ sobrevuela claramente la tratadística clásica a través esquemas realizados por Jorge Vasari y Vicente Scamozzi, y también cierto influjo de la ciudad alemana de Karlsruhe (1715), capital de Baden.¹⁰⁷ La atracción por la

105. Juan Martín Burgos; *op. cit.*

106. Alberto De Paula; *op. cit.* Véase especialmente “El proyecto urbano y su trazado”, pp.77-90.

107. Las dos piezas cartográficas, carentes de firma, se componen de un trazado con perímetro rectangular compuesto por 23 manzanas en un sentido, difiriendo la extensión del otro sentido que en un caso es de 36 y 34 manzanas. Ambos anteproyectos comparten un esquema estelar, con vías circulatorias radiales y anulares, que exaltan la importancia de plaza principal. Ésta se presenta como una suerte de foco central de la composición, desfasado hacia el bulevar de circunvalación que contiene el puerto, y con una preeminencia reforzada por la disposición satelital de tres grandes parques y varias plazas menores equidistantes. La diferencia principal que

regularidad de aquellos esquemas ideales, sólo había originado en el contexto latinoamericano el proyecto de ciudad radial para Riobamba, Ecuador, cuyas formas absolutamente apartadas de las Leyes de Indias determinaron que la Inquisición persiguiera a su autor, Bernardo Darquea, porque su osado diseño se lo atribuyó a la lectura de las obras de Voltaire.¹⁰⁸ Durante el siglo XX, posteriores inflexiones organicistas del planeamiento urbano introducirán en Argentina diversas variaciones sobre el tema de la ciudad radial a través del proyecto para una ciudad portuaria en Samborombón, el Plan regulador de Mendoza o el plano de Ostende.

Durante la etapa fundacional de La Plata, quedaba en claro que las búsquedas del Departamento de Ingenieros integraban un campo de indagaciones signado por el fuerte tenor esteticista volcado a respuestas ancladas en la tradicional idea de embellecimiento. Allí podía apreciarse la impronta del arquitecto tradicional que creaba espacios urbanos, mientras que con la propuesta de Burgos aparecía en cambio el carácter programático de quien exaltaba en las formas la simplicidad general por encima de la voluntad de representación. La tensión es notoria y revela una profunda revisión de los postulados disciplinares iniciada a fines del siglo XIX, participando así de un proceso de conducir a la emergencia del urbanismo moderno a comienzos del siglo XX. Mientras los proyectistas del Departamento de Ingenieros parecían buscar reactualizar la vigencia de la tratadística clásica y barroca en el diseño de ciudades, Burgos exponía los cambios operados en las principales ciudades del mundo europeo y norteamericano a partir de su necesidad de modernizarse.

Teniendo la palabra de Burgos una particular autorización, su intervención en modo alguno podía pasar desapercibida. Su recomendación de desestimar cualquier traza que no sea cuadrangular, porque además de ofrecer serias dificultades a la subdivisión del terreno y al tránsito, “no permitiría la fácil ventilación que es el fundamento de la salubridad de las ciudades”,¹⁰⁹ podía leerse como un requerimiento a la directa interrupción de los trabajos hasta aquí realizados. Cosa que efectivamente sucedió para que a fines de abril de 1882, el proceso de diseño de la “nueva Capital” entre en una nueva fase.

Las reelaboraciones posteriores acentuaron la racionalidad proyectual, a partir de una matriz básica que parecía remitir a la casi indiferenciada cuadrícula del trabajo de Burgos. El tránsito hacia el proyecto definitivo, comprendió la complejización de esa matriz con un sistema de avenidas sucedidas cada 6 manzanas de 120 metros de lado, repetidas otras 6 veces en ambos sentidos, que tendió luego a optimizar la circulación de aire al decidirse por “conveniencia higiénica aumentar el número de calles en la parte central donde la mayor densidad de población lo hace necesario”. Este requerimiento quedó incorporado al proyecto enviado el 19 de mayo de 1882 y aprobado por el Gobierno de la Provincia el

presentan la primera y la segunda solución, de acuerdo al orden de aparición deducido por De Paula, consiste en la homogeneidad asignada a la matriz cuadrangular que recibe la superposición de la matriz radiocéntrica. En el primer caso ambas matrices llegan a confundirse en ciertos sectores de la plantas, mientras que en el segundo quedan claramente delimitadas.

108. Alfonso Ortiz Crespo; “El plano radial de Riobamba” (pp.25-30), en *Anales del Instituto de Arte Americano* N°27/28, Buenos Aires, 1991.

109. Juan Martín Burgos; *op. cit.*

5 de junio de ese año, que sólo se diferenció de la solución adoptada en forma definitiva por la incorporación del Bosque preexistente en el sitio que Rocha escogió sin el conocimiento de los proyectistas de la traza. Como consecuencia de esta preocupación “higiénica”, el eje principal, que corre de sudoeste a noreste para prolongarse luego hasta el Puerto de Ensenada, quedó conformado a partir de la inversión en la relación de vacíos y llenos, esto es del reemplazo de la avenida que existiría de mantenerse la secuencia del resto de la composición -avenida 52-, por la introducción de una fila de manzanas entre las que se hallarían las destinadas a los principales palacios del poder público. Para posibilitar esta operación, el diseño comprendió la progresiva reducción en esa sección central de la separación de las calles -decreciente de 120 a 60 metros- desde las Avenidas 44 y 60 hasta las Avenidas 51 y 53 que conforman el eje cívico, introduciendo de ese modo más calles para favorecer la circulación de individuos y de flujos en el sitio de la ciudad en el que concentraría la mayor densidad habitacional.

El proyecto definitivo quedó comprendido en un cuadrado con dimensiones que se corresponden con la ciudad ideal de Ward Richardson, pero también con la Buenos Aires rivadaviana. En efecto, La Plata será la ciudad ideal que -como ha señalado Liernur- repetía el mismo tamaño con el que las élites porteñas habían configurado un recinto áulico entre el puerto y plaza Miserere, la Avenida Santa Fe y Caseros. La Plata poseía en su cuadrado una matriz básica reticular, a la cual se superpuso otra constituida por un sistema de diagonales que conformaban una red de arterias articuladas con las Avenidas y con un sistema de plazas y parques dispuestos a modo de pulmones de la ciudad. En la concepción organicista del urbanismo decimonónico, preocupado por crear un sistema circulatorio través de venas, arterias y también pulmones, el movimiento de aire, de personas y con ellas el de capital, se convirtió en un fin en si mismo. Si como dice Sennett, estas ideas podían verse reflejadas ya en Karlsruhe -aunque en sus arterias anulares los higienistas locales veían serios obstáculos para las corrientes de aire- y luego en la propuesta originaria para Washington de Pierre l'Enfant y en los primeros bulevares parisinos; ellas también originaron en Buenos Aires hacia 1820 el primer bulevar de circunvalación (avenidas Callao-Entre Ríos) y un sistema de amplias arterias (las avenidas San Juan, Independencia, Rivadavia, Corrientes, Córdoba y Santa Fe).¹¹⁰ Benoit dirá en la primera descripción del proyecto fundacional que en La Plata “se tomó en consideración el ancho de los bulevares de Buenos Aires decretados por el gobierno de Rivadavia en el año 1827, que determinaba el establecimiento de aquellos con 30 varas de ancho, cada cuatro cuadras, partiendo de las calles de Callao y Entre Ríos hacia el Oeste”.¹¹¹ Sólo se cambiaron las dimensiones cuando, luego de aceptarse en Argentina el sistema métrico decimal, se creyó mas conveniente darle a ese ancho 30 metros de muro a muro, 4 metros de vereda y 22 metros para rodados dejando una franja central para

110. Fernando Aliata; “Cultura urbana y organización del territorio”, en Noemí Goldman (comp.); *Nueva Historia Argentina, Tomo 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998, pp.199-254.

111. Pedro Benoit; “Descripción general. Edificación. Arquitectura” (pp.55-68), en Emilio Coni; *Reseña estadística y descriptiva de La Plata, Capital de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1885, p.56.

el plantío de árboles, adecuándose más a las dimensiones adoptadas en recientes reformas de ciudades europeas. Y ampliando también las dimensiones de *Franceville*, las Avenidas no eran un tercio sino dos tercios más anchas que las calles comunes.

Otra medida ejemplarizadora que Buenos Aires adoptó dentro de la lógica circulatoria, fue el establecimiento de la altura de los edificios en relación al ancho de las calles. Para evitar perjuicios a la higiene en 1882 quedó instituido que en calles de 8,66 metros la altura de edificación no podía exceder los 12 metros. El plan fundacional de La Plata también previó esta relación a través de normativas que exigían la ocupación de todo el frente de terrenos muy amplios e instaban a desestimar en ellos la edificación de más de dos niveles.

La preocupación por la circulación y aireación de los espacios, podía reconocerse en la particular relación de llenos y vacíos del proyecto de ciudad ideal de Bevens (1826) -donde calles y plazas duplican la superficie que habitualmente poseían en ciudades de la época-. Pero luego, la exaltación del afán higienista de alentar la circulación misma por sobre el interés estético de conectar episodios urbanos singulares, podrá advertirse especialmente en el esquema formal sobre el que se basó *France Ville*, “la ciudad de la salud y el bienestar”, donde las plazas ya no son el punto de llegada sino en todo caso una pausa, salubre y agradable a ser bordeada o atravesada en un recorrido que debía continuar sin interferencia alguna. Ese fue el sentido que adquirió en La Plata, una matriz compuesta de 23 parques y plazas interconectados por bulevares arbolados presente ya en el proyecto preliminar del Departamento de Ingenieros.

La circulación era un fin en sí mismo para este urbanismo en el que el orden lo impone el continente, esto es el espacio de la delimitación. Fondo y figura se invierten para que prevalezcan en la consideración los espacios conectores por sobre las funciones urbanas y para que los vacíos construyan sentidos por sí mismos y no para exaltar perspectivas. Vale decir que si en el París de Haussmann la herencia del urbanismo barroco inducía a seguir pensando en la circulación como el avance hacia un destino monumental, poniendo en valor instituciones representativas de los ideales de la razón, en el caso de La Plata, los ideales de la Ilustración se conjugan con la exacerbación de los propósitos higiénicos de favorecer una circulación -de aire y de la economía capitalista- ininterrumpida para evitar crisis análogas a las que se producen cuando la mecánica sanguínea se obstruye en una arteria, se hallan en el mismo sistema circulatorio. La impronta de la Ilustración no debe buscarse entonces en perspectivas resaltadoras de las instituciones republicanas instaladas en La Plata, sino en la estética resultante de la circulación, cuya densidad de elementos compositivos la hace partícipe de un sistema de signos traducibles a simbologías con claras alusiones a ese pensamiento: no es aventurado asociar a una escuadra intersecada por un compás, la figura que conforman las diagonales 73, 79, 74 y 80, y 77 y 78 respectivamente, si tenemos en cuenta el papel preponderante que en la generación del '80 ejerció la Masonería, institución emergente en gran medida del pensamiento de la Ilustración, que impulsó los ideales de la razón y adoptó como símbolo principal a esos instrumentos de diseño, gestores de las formas básicas del trazado de La Plata (el cuadrado, la

cuadrícula, las diagonales y las media y cuarta circunferencias). Mientras la escuadra simboliza la acción del hombre sobre la materia y la organización del caos, el compás es el símbolo de lo relativo, al medir el mayor dominio que puede alcanzar el genio humano, representado por dos ramas que surgen de un único punto. Ambos instrumentos, en los que las grandes nociones gestadas en torno a la revolución francesa encuentran un medio para ser trasladadas a la construcción de una *polis* ideal, generan a través del trazado de formas estrictamente igualitarias, una geometría controladora de la naturaleza que es “el lenguaje de la razón en el universo de los signos”.¹¹²

El trazado de La Plata conjuga los símbolos de la razón con el carácter de una ciudad circulatoria, producto de una tarea proyectual que en 18 meses integró distintos aportes. Tempranas indagaciones sobre formas estelares, la racionalidad geométrica de los trabajos de Rodrigo Botet y fundamentalmente de Burgos, y las reelaboraciones operadas desde el Departamento de Ingenieros para dotarla de cualidades estéticas valiéndose de importantes recursos de orden simbólico. Esa tarea también estará connotada por el protagonismo asumido por Pedro Benoit en la etapa decisiva del proceso de diseño de La Plata, por las modificaciones introducidas por Rocha y por la adaptación de esas modificaciones a la realidad debida en gran parte a la pericia de Carlos Glade.

Imagen urbana y representación del poder

En el proyecto fundacional de La Plata, quedó expresamente en claro el propósito de trascender la mera prefiguración geométrica de una bidimensional forma urbana. Desde la perspectiva de técnicos y autoridades embarcados en la “Cuestión Capital”, construir una ciudad moderna, implicaba delinear sobre un papel un organismo compuesto por higiénicas arterias, pero además y fundamentalmente definir, dentro de un mismo sistema de proyectación las interacciones que mantendría esa traza con los edificios públicos a los cuales su particular significación convertía en monumento. Así como en la urbanística barroca esos dos elementos -traza y monumento- constituían un par indisoluble en la operación proyectual, donde la localización del segundo condicionaba la forma del primero, en esta ciudad circulatoria que es La Plata, compuesta por una retícula de arterias de una casi indefinida progresión, esa relación ocupa un papel central, aunque invirtiéndose el orden de aquellos condicionantes para que la predominante cuadrícula regular de la traza, a ser posteriormente “llenada”, sólo manifieste como “concesión” a los edificios más significativos, una alteración de su homogénea progresión producida por un eje central que atraviesa la ciudad de noreste a sudoeste (Avenidas 51 y 53), compuesto por manzanas diferenciadas que prefiguran un destino “monumental”. Esa relación resulta esencial dentro de un proyecto fundacional, que intentaba a su vez “normalizar” el tejido compuesto por la arquitectura doméstica, para que entre la matriz fundamental del trazado y los

112. Eduardo Gruner, “La rama dorada y la hermandad de las hormigas” (pp.1-4), *Punto de Vista* N°42, Buenos Aires, 1992, p.3.

episodios singulares de los monumentos, constituya un homogéneo “telón de fondo” que en modo alguno distraiga la atención de los más importantes elementos que compondrían el paisaje urbano.

En este sentido, además de la traza, La Plata tenía a fines de 1882 definida una imagen urbana prescripta por distintas normativas que integraban los ideales de la higiene a una precisa prefiguración de la forma urbana. El paisaje urbano quedaría constituido a partir de un diálogo por contrastes entre la arquitectura doméstica y la del poder público, cuyas distinciones debían ser fácilmente percibidas por el ciudadano común. Era una cierta reactualización de las renacentistas ideas de Alberti, que instaban a pensar la forma de la ciudad desde la transmisión de las diferencias jerárquicas establecidas por las instituciones que la componían. A cada uno de los posibles destinos públicos o privados debía corresponder un género de edificio, de modo que se hiciese legible a los ciudadanos la estructura de la ciudad que es la estructura de la sociedad misma. Y el palacio se integraba al tejido urbano para marcar el momento culminante del relato de la ciudad.

La reinterpretación de las ideas de Alberti podía seguirse en los contrastes que el plan fundacional de La Plata estableció entre el palacio como representación del poder público y la casa. Entre una arquitectura monumental exenta y connotada del respeto que impone su alejamiento, y la manzana de ocupación perimetral, poca altura y patio central, prevista para que la arquitectura particular obedezca al uso renacentista del concepto de *mediocritas* y evite aspiraciones de grandeza que provoquen disonancias en el paisaje urbano. La Plata tendría así una arquitectura doméstica de no más de dos niveles, compuesta por edificaciones en mampostería sucedidas sin interrupciones sobre la línea municipal, que debía dejar ver por sobre ella los monumentos del poder público, con su mayor altura, ornamentación y retiro del frente dejando lugar a *parterres* perimetrales.¹¹³

Si en algunos aspectos la normativa parecía inclinarse por una *haussmaniana* estética resaltadora de continuidades de fachada y episodios focales alteradores de la traza, la igualitaria retícula platense trasunta en una lógica “parlante” que dentro de una casi homogénea matriz, debía diferenciar volumétricamente, ornamentalmente y por su ritmada localización a los monumentos, de un tejido compuesto por reducidas unidades de ocupación carentes de importantes pretensiones simbólicas.

El plano fundacional de La Plata contenía en sus referencias dieciocho programas arquitectónicos prefiguradores de otros tantos tipos de monumentos. Y de ellos, los más importantes, sólo los primeros nueve de esa lista, fueron efectivamente levantados tal como había sido previsto dentro de un sector comprendido entre la Avenida 1 y calle 15, y las calles 45 y 59. Ellos eran:

113. Distintas normativas enfatizaron la distinción que debía existir entre la arquitectura para el sector público y el privado, jerarquizando la primera por su disposición en el centro de las manzanas y por su altura de fachada. Con el Decreto del 24 de noviembre de 1882, se buscaba evitar que se edifique “sin licencia del P.E. una casa en el centro de un terreno en la traza de la ciudad” (art.10), y controlar además que al pedir la delineación se exprese la altura de la obra para que las autoridades “cuiden que los edificios se armonicen unos con los otros, teniendo cada piso la misma altura en cada cuadra y las cornisas en un mismo nivel” (art.11), acordándose permisos para exceptuar del cumplimiento de estas reglas, sólo “cuando se trate de grandes construcciones que embellezcan la ciudad o de edificios destinados al uso público” (art.15), Antonino Salvadores; *op. cit.*, pp.478-479.

Templo, Casa de Gobierno, Ministerios de Hacienda y Gobierno, Legislatura, Casa de Justicia, Municipalidad, Policía y Consejo de Educación. La religión, los tres poderes provinciales -incluida la burocracia del ejecutivo que alcanzaba las áreas de seguridad y educación-, y el poder público municipal, componen las instituciones tradicionales y republicanas que priorizó el núcleo fundacional. Esto último también se reflejó en una armoniosa distribución basada en leyes de simetría y euritmia que enfatizó el eje principal conformado por las Avenidas 51 y 53, que con algunas modificaciones tendrá su continuidad en la forma del puerto artificial de Ensenada. Los principales monumentos, insertos en ese eje, quedaron enmarcados por la ritmada sucesión de una tríada de espacios verdes, donde el inicio de esta suerte de *promenade* fue el Paseo del Bosque y plaza ubicada frente al edificio destinado a la Policía, siguiéndole la plaza articuladora de los poderes ejecutivo y legislativo provincial, hasta culminar en una suerte de “plaza mayor” que por vincular la Municipalidad y la Catedral, remite a la tradición indiana. En tanto que en las restantes localizaciones, se disponían en forma espejada a uno y otro lado del citado eje los Ministerios de Hacienda (Avenida 7 entre 45 y 46) y de Gobierno (Avenida 7 entre 58 y 59), por un lado y el Consejo de Educación (Avenida 13 entre 56 y 57) y la Casa de Justicia (Avenida 13 entre 47 y 48), por otro.¹¹⁴

El orden general de la ciudad, fundado en una matriz concebida como directa expresión de la ciencia finisecular y la distribución de palacios del poder público que desde una verdadera pedagogía de las formas buscaba contribuir a la formación del ciudadano, tendrá un refuerzo central en instituciones educativas y científicas surgidas en un breve lapso. Estos últimos, al constituirse en verdaderos emblemas de la educación y de la ciencia, que extendían el espacio de ocupación a nuevos sectores del casco urbano, incluido el bosque, vendrían a afirmar la inmanente noción de orden que fluiría a través de la progresiva construcción identitaria de La Plata como la ciudad universitaria.

114. Las otras nueve funciones eran: Higiene, Biblioteca, Observatorio Astronómico, Bancos, Hospital, Asilo de Huérfanos, Teatro y Mercado.

Segunda Parte: Genealogía de la ciudad universitaria

Capítulo 1. Las máquinas de educar¹¹⁵

Educación y ciudadanía

Después de celebrado el Congreso Pedagógico Sudamericano y mientras se debatía en el orden nacional el proyecto de Ley de enseñanza “obligatoria, gratuita, gradual y dada conforme a los preceptos de la higiene” (sancionada como Ley 1420),¹¹⁶ Dardo Rocha puso en marcha una intensa política educativa para la “nueva Capital”, iniciada con la temprana decisión de asignar media manzana de cada una de las secciones en que estaba dividido su casco urbano para la construcción de establecimientos escolares del nivel inicial y dos escuelas normales. Antes de producirse la ceremonia fundacional de la ciudad, fue encomendado al Arquitecto del Consejo General de Educación, Carlos Altgelt, su traslado a La Plata para que indicar las localizaciones más convenientes para llevar a cabo el plan previsto. El 24 de noviembre de 1882 quedó preparado el respectivo listado con las treinta y una media manzanas elegidas y el mismo fue elevado al Gobernador por Nicolás Achával, Director del Consejo General de Educación y Máximo Paz, Secretario de ese organismo.

El plan fundacional de la ciudad de Rocha agregaba a un cúmulo de singularidades contenidas en un muy particular trazado urbano y en notables Palacios del poder, la homogénea distribución de escuelas a partir de una inquietud que recogía la insistente prédica sarmientina para darle su concreción material en aquello que debía emblematizar los ideales de la ciudad moderna. El programa educacional de Sarmiento se asentaba en un cuerpo de ideas que venía expresando recurrentemente desde hacía cuatro décadas, y tenía como eje la visceral oposición a toda manifestación cultural que recreara la impronta de la colonia. Desde allí podía sentar las bases de un sistema ideal que tenía como contracara a los pueblos fundados por los españoles en América a partir de un procedimiento común que comenzaba al demarcarse la plaza de armas “con las calles que da la prolongación de los costados de un cuadrado. El Cabildo y la cárcel ocupaban con la casa del Corregidor un lado, en otro se reservaba local para la Iglesia Matriz, y una cuadra precisa en diversas direcciones, una manzana entera para los conventos de dominicos, franciscanos, agustinos y aún mercedarios. Este era el ajuar de una población nueva”.¹¹⁷ Frente a la ciudad colonial, la ciudad moderna oponía la instalación de edificios de escuelas en todos los barrios, “para llenar una función social colectiva de hoy, de mañana y de siempre”, demostrando que la escuela es “mas indispensable que la caserna y la cárcel”.¹¹⁸ Trazar una nueva ciudad y dotarla de funciones que estimulen el surgimiento *in nuce* de una nueva sociedad,

115. Un avance de este capítulo fue volcado en Gustavo Vallejo; “Máquinas de educar para la nueva Capital (1882-1890)”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina N°4*, UNLP, La Plata, 2004, pp.273-304

116. Los debates y conclusiones pueden hallarse en *Primer Congreso Pedagógico en Buenos Aires (abril de 1882)*, Imprenta de J.A. Alsina, Buenos Aires, 1882.

117. Domingo F. Sarmiento; “Edificios de escuelas” (1878), en *Obras Completas*, Tomo XLIV, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001, pp.166-169, p.166.

118. *Ibidem*.

más allá del “molde colonial” asentado en la clausura y el control militar, eran acciones complementarias del programa expuesto en el Informe sobre el estado de la educación en la Provincia de Buenos Aires en 1878. Cuatro años más tarde, estas ideas tuvieron especial resonancia en dos episodios que marcaban, por un lado, una acción desplegada en la “nueva Capital” Federal que se empalmaría con la más vasta tarea en edificación escolar iniciada por el Consejo Nacional de Educación en 1884 y por otro, el inicio de un programa que en forma paralela comenzaba a desarrollar la “nueva Capital” de la Provincia de Buenos Aires, articulando la novedad urbana con la larga trayectoria que poseía la Dirección General de escuelas creada por el propio Sarmiento.¹¹⁹ En 1882 entonces quedaban inauguradas 44 escuelas en Buenos Aires y nacía La Plata con un preciso plan de edificación escolar para iluminar la consumación de un programa que conjugaba la idea de ciudad moderna y de educación. Sarmiento podía advertir entonces cómo en Argentina “el edificio de escuela entra en el plan” de las nuevas fundaciones y las plausibles “reservas para escuelas de La Plata, muestran que ya ha tomado su creación el tipo de orgánica en reemplazo del convento que ayudaba al establecimiento de la colonia cristiana”.¹²⁰

El plan delineado por Rocha, tuvo un marco acorde a las expectativas despertadas en el acto de colocación de la piedra fundamental del edificio de la Dirección General de Escuelas y Consejo General de Educación, llevado a cabo el 30 de noviembre de 1883. Con la presencia de las máximas autoridades educativas nacionales -Benjamín Zorrilla, Presidente del recientemente creado Consejo Nacional de Educación y Eduardo Wilde, Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública-, el acto se vio enmarcado por consignas que volvían sobre la que enmarcaron la ceremonia fundacional de la ciudad para exponer la significación ideológica atribuida a la educación en la construcción de la ciudadanía moderna. Fundar la “nueva Capital” y colocar la piedra fundamental del emblema de la educación concitaban las mismas alusiones ideológicas. “Amor por la libertad y respeto por las instituciones”, “Educación común y sufragio libre”, “La educación es la base de un gobierno propio”,¹²¹ eran algunas de las inscripciones contenidas en banderas y estandartes que prolongaban el espíritu de los fastos del 19 de noviembre de 1882. Y si en ellas salta a la vista la voluntad de transmitir por la vía “letrada” una directa vinculación entre instrucción y gobierno, la polaridad de términos y el orden de construcción de las frases daba cuenta también de una secuencia lógica que legitimaba la distancia entre dirigentes y dirigidos.

Siendo entendida la educación como el fundamento de una distinción básica entre quienes podían o no discernir racionalmente, lo que equivalía a distinguir entre quienes podían ocuparse o no de la esfera pública, quedaba naturalmente instituido el rol directivo autoimpuesto por una elite

119. El Consejo Nacional de Educación tenía competencia en la Capital Federal y los Territorios Nacionales. Pese a ese recortado ámbito de ingerencia, tuvo un rol central en la afirmación del ideario pedagógico argentino a partir de sus acciones implementadas en la Capital Federal. Por su parte, la Provincia de Buenos Aires pudo mantener cierta autonomía, a través de la prolongación de la actividad de importantes organismos educativos.

120. Domingo F. Sarmiento; “Fiesta de inauguración de 44 edificios nuevos de escuelas en la ciudad de Buenos Aires” (1882), *Obras Completas*, Tomo XLVII, *op. cit.*, pp.279-282, p.280.

121. “Un día en La Plata” (623-626); *Revista de Educación* N°XXV, San José de Flores, 1883, p.625.

ilustrada para la cual era inevitable instaurar una “república aristocrática” que prepare el tránsito ordenado hacia la emergencia de la “república real”, en un recorrido que Alberdi señalaba como el paso de la “república posible a la república verdadera”. Ahora bien, esta convicción compartida por todo el campo político -aún por quienes como Rocha, con su aspiraciones presidenciales, representarían una voz disidente en el inicio de la larga *pax* roquiana- que podía derivar en la autocomplacencia de sentirse los indiscutidos tutores de la nación o en la ingente necesidad de elevar al resto de la sociedad para acelerar la llegada de la “república real”, conducía siempre a la educación como factor justificador de las enormes diferencias sociales existentes. Las fuertes resistencias a llevar a cabo una apertura política que trascienda las ya habituales prácticas fraudulentas para instaurar verdaderos derechos de ciudadanía, se amparaban entonces en el recurrente latiguillo según el cual “un pueblo inculto votará siempre a Rosas”. De ahí que para Rocha, La Plata debía ser “un nuevo centro de progreso, de ilustración y de poder”. Donde la fundación de escuelas y la realización de importantes obras modernizadoras, emblematicen el necesario avance de las luces de la ciudad sobre el desierto, con un consecuente disciplinamiento de la pampa bonaerense que logre transformar un “modo de ser pastoril en agrícola” para destruir los “votos insensatos”.

La educación estaba imbricada en los fundamentos de un programa civilizador, como el que daría comienzo con la fundación de la “nueva Capital” que por su influjo debía transformar inaceptables condiciones sociales, étnicas y políticas reinantes en la Provincia. El Censo de 1881 había permitido advertir las características que poseería la Provincia cuando se exceptuara de ella a la ciudad de Buenos Aires. Alarmante índice de “barbarie”, dominaban la estadística que reflejaba el atraso de la campaña atribuido a una desconexión con las luces de la gran ciudad que hacía perdurar la denostada herencia hispánica y los hábitos de falta de trabajo en los pobladores nativos. La educación aparecía aquí inmerso en un vasto programa moralizador, junto a la ciudad moderna, para redimir a la Provincia de sus vicios y defectos que Rocha advertía especialmente en dos indicadores del Censo: el índice de analfabetismo y la abundancia de hijos ilegítimos.

Para Rocha, como también para otras figuras que compondrán la llamada “Generación del ’80”, recién cuando se evidenciaran los resultados de una intensiva escolarización de la sociedad, acompañando el acelerado proceso de modernización cultural irradiado por las ciudades, podría efectivizarse el contrato social consagrado por la Constitución de 1853. Sólo entonces podría evitarse el uso de principios limitativos al Estado de Derecho que, para los cultores del “orden conservador”, garantizaban la preeminencia de las instituciones modernas. Las acciones “responsables” que esa élite gobernante llevaba a cabo, estaban por encima del cumplimiento de la Constitución Nacional y la perduración de las instituciones dependía, para ellos, de la continuidad de un orden que impedía que lo “inculto” invadiera el campo político.

En ese marco de ideas la solución final al problema indígena había significaba la condición de posibilidad para el inicio de la tarea escolarizadora, constituyendo el reaseguro de la homogeneidad necesaria para avanzar por la educación hacia la “república verdadera”. Si pensamos que el poder

político hace cesar la guerra, pero sólo para inscribirla de manera más silenciosa en las instituciones, la escuela en la ciudad moderna era la continuación de la guerra por otros medios. Ese trayecto era sintetizado en el Congreso Pedagógico de 1882 por José María Torres quien después de que la Argentina repeliera “la barbarie del desierto” y consiguiera “mediante el inteligente y denodado esfuerzo de su ejército de línea, reducirla a comarcas relativamente estrechas”, requería “urgentemente reducir también a los límites estrechos los elementos bárbaros e la sociedad (...) mediante el inteligente y perseverante esfuerzo de un ejército de maestros que sepan enseñar, educando la naturaleza moral de los niños”.¹²² La acción gubernamental de Rocha podía entenderse como una respuesta a estos requerimientos, a la que el propio gobernador actualizaba permanentemente remarcando que en la lucha contra la barbarie “era tan digno del agradecimiento de la patria el soldado que combatía en su favor en los campos de batalla como el maestro de escuela que se sacrificaba por la educación”.

En el paso del exterminio provocado a través de la “Conquista del Desierto” conducida por Roca y secundado también por Rocha, al afán escolarizador, se sobreimprimen entonces las formas de penetración de la presencia estatal en la sociedad civil que darían legitimidad a un sistema de dominación oligárquica desde las modalidades represiva, ideológica y material. Primero a través de la organización de una fuerza militar unificada y distribuida territorialmente para imponer un orden y prevenir y sofocar todo intento de alteración a ese orden, y luego por medio del ambicioso propósito de crear valores, conocimientos y símbolos reforzadores de sentimientos de nacionalidad, a los que la cultura material aportaría su fijación, dentro de las estrategias de legitimación de un sistema de dominación establecido.¹²³

En este proceso, Rocha desplegó la modalidad ideológica en las características de la forma urbana valiéndose del iluminista esquema sarmientino fundado en la sobrevaloración de las aportaciones de la ciudad moderna y la educación para la construcción de una sociedad nueva, dentro de un generalizado énfasis puesto en la capacidad del Estado de crear por sí solo civilización y progreso. Ello se expresaba en la figura de la “ciudad nueva” que Sarmiento vio ejemplificado en La Plata, donde el “molde colonial” había sido dejado para “inventar habitantes” deseados a partir de sus “moradas modernas”,¹²⁴ en una operación cultural que desde las formas iba a los comportamientos, complementándose con el papel que le asignaba a la implementación de un sistema escolar que desde las instituciones habría de generar los sujetos sociales modernos.¹²⁵

122. Cfr. Adriana Puigróss; *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1990, p.106.

123. Véase “Ámbitos de actuación y formas de penetración del Estado”, en Oscar Oszlak; *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Planeta, 1999, pp.97-157

124. Domingo F. Sarmiento; “La Plata” (1886), en *Obras Completas*, Tomo XLII, *op. cit.*, pp.163-169, p.169. El programa sarmientino dirigido a cambiar la ciudad para que de esos cambios surja la sociedad moderna deseada, es tratado por Adrián Gorelik; *op. cit.* Véase especialmente el Capítulo 1 “Ciudad nueva: la utopía del pensamiento argentino” y el Capítulo 2 “Ciudad concentrada: la forma del orden”, pp.51-124.

125. Puigróss ha señalado que mientras en Europa y Estados Unidos sujetos sociales modernos concibieron el

Palacio de la educación

La exaltación de la educación en la sociedad nueva imaginada, se revelaría en las representaciones atribuidas a la lógica parlante de artefactos que habrían de irradiar un respeto que operaba de sujeción tácita al orden establecido. Comenzando por la misma disposición de su principal expresión material en La Plata, localizada en armónica relación espacial con la de las restantes instituciones del poder público dentro del trazado fundacional de la “nueva Capital”. El verdadero edificio insignia de la educación contó entonces con una manzana situada sobre el eje perpendicular de la Avenida 13, en una simetría especular con la Casa de Justicia que acrecienta la relación de su equiparable retiro del frente (Avenida 13 entre 56 y 57 y Avenida 13 entre 47 y 48). Educación y Justicia, instituciones albergadas en Palacios equidistantes del centro geométrico de la ciudad que condensa la presencia del poder político y espiritual, encarnaban la síntesis de los modernos valores ciudadanos inculcados “desde arriba” sobre una sociedad que debía ser tutelada, hasta tanto su instrucción garantizara la preservación de las instituciones republicanas. Y aunque las obras del Palacio de la educación en La Plata no quedaran incluidas en el sistema de concursos instituido para que importantes profesionales del exterior del país construyeran la imagen del poder público de la “nueva Capital”, su respuesta material en modo alguno ofreció discordancias con el aura que rodeaba a aquellas obras “internacionales”. Su autor fue Carlos Altgelt, el responsable de elegir los predios para la localización de todas las Escuelas comprendidas en el plan fundacional de La Plata. Altgelt era un arquitecto argentino que prosiguió sus estudios en Alemania, primero en el Real Museo de Artes e Industrias de Krefeld (1872-1874) y luego en Berlín, donde se graduó en la Real Academia de Bellas Artes y en la Real Academia de Berlín de Arquitectura (1874-1877). A su regreso al país, se insertó en los nacientes organismos de educación desde donde se convertiría en uno de los máximos referentes en arquitectura escolar de nuestro país. Paralelamente a este desempeño profesional, fue consolidando una sostenida intervención en las funciones directivas dentro de una nueva burocracia educacional de la provincia de Buenos Aires. Cuando en 1883 le fue encargado el Palacio de la educación de La Plata, Altgelt era Arquitecto Jefe de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, también uno de los ocho Consejeros Generales de Educación elegidos por el Gobernador que tenía la provincia bajo la égida del Director General de Escuelas¹²⁶ y Presidente del Consejo Escolar de Belgrano.

La intervención de Altgelt permitió ubicar al Palacio para la Dirección General de Escuelas y el Consejo General de la Educación -organismos que aún funcionaban integrados-, entre los principales monumentos de un Estado hegemónico que buscaba con ellos afirmar y ejercer su poder simbólico y efectivo sobre la población. Allí, muy vastos propósitos políticos fueron canalizados a

sujeto pedagógico moderno y a partir de ahí fundaron el sistema escolar, para Sarmiento el sujeto pedagógico y el sistema escolar debían generar aquellos sujetos sociales modernos. Adriana Puigross; *op. cit.*, p.88.

126. En 1883 era Presidente del Consejo General de Educación y Director General de Escuelas, el Dr. Nicolás Achával y Vicepresidente Ortiz de Rosas. Los 8 Consejeros eran: Angel Estrada, Diego Arana, Diego de la Fuente, Bernabé Demaría, Alberto Ugalde, Juan Gil, Benjamín Canard y Carlos Altgelt.

través de una armoniosa composición arquitectónica que Sarmiento en 1885 vio como “el mejor monumento levantado en América en honor de la educación”.¹²⁷

La obra debía estimular en toda la Provincia de Buenos Aires una acción educativa cuyos fines, sintetizados por Altgelt, eran los de “instruir sistemáticamente a los niños y jóvenes, para que comprendan y puedan cumplir los *altos deberes* que en el progreso de la vida les esperan, y gozar de la suma de beneficios y de *derechos* que las generaciones pasadas y presentes han ido acumulando poco a poco, y les dejan como herencia”. De ahí que para Altgelt, “la conciencia y el cumplimiento del *deber* tiene prelación sobre la conciencia y el goce del *derecho*”.¹²⁸ Coincidiendo con Rocha en la particular interpretación del contrato social emanado de la Constitución Nacional -o más bien en la necesidad de demorar su cumplimiento-, primero estaba el deber y sólo avanzando en la educación podían satisfacerse los derechos.

A diferencia de los restantes palacios del poder público de La Plata, connotados de valores depositados en la propia irrepeticidad de cada obra, el edificio de Altgelt participaba de las mismas exigencias artísticas aunque avanzando más allá de ellas para exponer un principio organizativo vinculado al desarrollo de una precisa tipología arquitectónica en materia escolar. Ella fue en sí la contraparte más radical que asumiera en La Plata la arquitectura monumental exenta y connotada del respeto que impone su distanciamiento de la vida común, la cual se desarrollaba en manzanas de ocupación perimetral, poca altura y patio central, previstas para que la arquitectura particular obedezca al albertiano uso renacentista del concepto de *mediocritas* y evite aspiraciones de grandeza que provoquen disonancias en el paisaje urbano.

Si bien Altgelt exaltaba con su obra una clara voluntad de representación a partir de licencias artísticas como las que la dotaron de fuerte singularidad, especialmente por la particular relación de llenos y vacíos establecida entre la *loggia* del acceso al cuerpo central en planta baja y las que lo separan de los cuerpos laterales en planta alta; no interfería una profunda indagación tipológica de la que también esa obra era deudora. Con ella abriría un inédito campo de exploración arquitectónica para volcar a las formas los importantes cambios que venían operándose en el sistema escolar de la Provincia de Buenos Aires.

Aún perduraba en distintos puntos de la provincia el sistema lancasteriano de enseñanza mutua,¹²⁹ introducido en nuestro país por Rivadavia y desarrollado en establecimientos escolares que se configuraban con un único salón albergante de alumnos de diferentes edades y capacidades, donde

127. Domingo Sarmiento *cf.* Carlos Heras; *Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1939, p.17.

128. Carlos Altgelt, “Discurso pronunciado por el Presidente de la Comisión Escolar de Belgrano, Carlos Altgelt, al inaugurar la Escuela graduada mixta Casto Munita” (pp. 448-450), *Revista de Educación* N° XXIII, San José de Flores, mayo de 1883, p.448. La cursiva es de Altgelt.

129. El sistema de enseñanza mutua que en un mismo ámbito albergaba a alumnos más avanzados que colaboraban en la formación de los menos avanzados, fue creado por los ingleses Lancaster y Bell sobre la base del utilitarismo de Mill y el reformismo de Bentham. En la etapa post-independentista de los países latinoamericanos, cuando sus escasos recursos les impedían disponer de edificios escolares y un número importante de maestros, ese sistema fue un eficaz medio de extensión de la educación a los sectores populares.

unos se ocupaban de enseñar y otros de aprender. Cuando las condiciones políticas y económicas lo permitieron, las autoridades provinciales en materia escolar reemplazaron a aquel sistema por otro que traía aparejado un proceso de expansión edilicia y del plantel de maestros. Una nueva reglamentación vino a establecer un orden disciplinario que tuvo directas consecuencias físicas, al incidir en la conformación de un ámbito serial que contenía precisas formas organizativas en tiempo y espacio. El gradualismo, acorde a la evolución experimentada por los alumnos, requería una previa tarea de clasificación, para separar espacialmente los grupos que recibirían una instrucción diferenciada por el grado de instrucción que poseían y por el género al que pertenecían.

Los principios de gradualismo y separación, que impregnaron los contenidos del positivismo pedagógico, quedaron expresados ya en la primera “Escuela tipo” proyectada por Algelt y habilitada en 1882 en Rauch, bajo la premisa de favorecer “el aire, la luz, la higiene, la disciplina, el aseo, la solidez” obedeciendo los nuevos reglamentos escolares que la Provincia puso en vigencia a partir de 1879.¹³⁰ Dentro de una respuesta celular quedaba planteada la clara especialización en las distribuciones exigidas por el nuevo sistema disciplinario. El gran salón que el sistema lancasteriano prescribía para concentrar 150 alumnos, quedaba dividido en tres salas de 50 metros cuadrados con capacidad para 50 alumnos cada una y la enseñanza mutua era reemplazada por la excluyente figura del maestro de clase que enseñaba y del alumno que aprendía. En tanto que espacio disciplinario, el nuevo modelo de Escuela traducía en su distribución los principios que instaban a descomponer las implantaciones colectivas, estableciendo las presencias y las ausencias para saber -como señala Foucault- “dónde y cómo encontrar a los individuos, instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no lo son, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades o los méritos”.¹³¹ Y al hacerlo, promovía el uso eficiente del tiempo escolar, estableciendo horarios de clase y de recreos. El plan que comenzaba a delinear Algelt matrizaba esta nueva orientación educacional para matricular en las formas el inicio del programa disciplinario que el positivismo terminaría instituyendo bajo la convicción de que una Escuela sin elementos panópticos, tabiques, pasillos y patio de recreo no era visualizada como tal.¹³² Allí quedaba comprendida la pretensión de lograr la separación de los cuerpos y la fijación en el espacio, donde la vigilancia individualizada que el maestro debía hacer de los alumnos fuera facilitada también por el mobiliario: años más tarde esa necesidad de fijación será trasladada a la idea de unir los bancos al suelo con tornillos.

En el plan de Algelt quedaba claramente establecida una básica distinción entre el adentro formativo de la clase y el afuera recreativo del patio, suscitando la conexión de las salas de clase por medio de un único pasillo de reducidas proporciones para evitar que desde esta estricta lógica

130. Nicolás Achával; *Memoria del estado de la Educación Común durante el año de 1882 en la Provincia de Buenos Aires*, Imprenta La República, Buenos Aires, 1883, p.48.

131. Michel Foucault; *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión* (1975), Siglo XXI, Buenos Aires, 1989. Véase especialmente “El arte de las distribuciones” (pp.145-153), p.147.

132. Adriana Puiggrós; *op. cit.*, p.312.

clasificadora, el niño se detenga allí ocupando un indefinido e indeciso lugar intermedio. La disciplina creaba una técnica para la individualización de los alumnos, distribuyéndolos y haciéndolos circular en un sistema de relaciones, que tenía su fundamento en el lugar que cada uno debía ocupar dentro de un “rango clasificatorio”.¹³³ Algelt también ponía particularmente de manifiesto la importancia que tenía la cuestión del género, derivando a partir del temor a las coexistencias, la tajante división del establecimiento tipo en dos Escuelas de 150 alumnos, una para varones y otra para mujeres, compuestas cada una de ellas de una sucesión de salas con sus respectivos pasillos internos que las conectaban al acceso principal y en el final del recorrido, a las letrinas. Las salas de clase recibían la luz por el lado mas largo que se extendía a la izquierda de los alumnos enfilados, para que no se proyectaran sombras por la posición al escribir o al dibujar de quienes sólo podían utilizar su mano derecha en esas tareas.¹³⁴

En el breve lapso que separa a la creación de la modesta Escuela rural de Rauch, como germen de una tipología arquitectónica y disciplinaria, y el proyecto de la Dirección General de Escuelas y Consejo General de la Educación, en tanto monumento de la “nueva Capital”, queda trazado el paso que va de la definición de la Escuela-tipo a la consumación de la idea de Escuela-Palacio.¹³⁵ Ese trayecto funde a su vez indagaciones que originarán el más audaz programa tipológico que conociera nuestro país en materia de arquitectura escolar, antes de que en 1899 Carlos Morra provea al Consejo Nacional de Educación de un prototipo de escuelas municipales para Buenos Aires. Las innovadoras soluciones seriales promovidas por Algelt, aportaban así un argumento clave a la hora de decidir avanzar en el plan escolarizador enunciado por Rocha.

Con la formulación de una tipología arquitectónica para la creación de Escuelas-Palacios que prolongaran los valores emanados de la primera de ellas, quedaba latente el problema que encerraba la repetitividad de una obra con su plusvalor artístico. Desde allí se va tramando una pregunta por las características que debían adoptarse en los nuevos establecimientos a ser construidos, desplazada a su vez hacia otras que planteaban las dudas acerca de si no era ya suficiente con monumentalizar una Escuela por la propia unicidad que reforzaba su aura, o si debían crearse otros palacios siguiendo un “tipo”, para asegurar la homogénea irradiación de los mismos valores representacionales atribuidos a la educación en los distintos sectores de la ciudad, aunque en esa operación se resintieran en algo aquel aura. ¿Cumpliría adecuadamente su función civilizadora un único palacio de la educación y numerosas escuelas levantadas provisoriamente, como las ya inauguradas en casillas de madera

133. Michel Foucault; *Vigilar y Castigar...*, *op cit.*, p.149.

134. Nicolás Achával; *op. cit.*, p.50.

135. La idea de Escuela-Palacio vinculada a las obras producidas en las últimas dos décadas del siglo XIX, es recogida por Gustavo Brandáriz; *La arquitectura escolar de inspiración sarmientina*, EUDEBA; Buenos Aires, 1998 y por Claudia Schmidt; “De la ‘escuela-palacio’ al ‘templo del saber’. Edificios para la educación moderna en Buenos Aires, 1884-1902” (pp.65-88), en *Entrepasados* N°18/19, Buenos Aires, 2000.

estadounidenses o convenía repetir múltiples palacios cuando fuera necesario ir reemplazando a éstas últimas?¹³⁶

Frente a la postura del Senador Belisario Hueyo¹³⁷ de hacer para las Escuelas “una obra ligera, improvisada, que llene las necesidades de la población y que no sea tan perjudicial para el Estado”,¹³⁸ el vicepresidente del Consejo General de Educación y Senador provincial, Juan Ortiz de Rozas,¹³⁹ en nombre de la Comisión de Hacienda de este último cuerpo, argumentó el pedido de ampliación de fondos para la construcción de Escuelas, haciendo un elogio de las virtudes que en materia de repetitividad y representación exhibía la tipología creada por Algelt. “Responde sin exceso a las necesidades (...): no hay nada de más, no hay tampoco lujo. Hay sí un edificio de elegante arquitectura, bien distribuida, con cierta grandiosidad, que deben tener los edificios públicos, porque no puede llenarse este servicio en un caso particular, mucho menos al lado de otros edificios de notable arquitectura que se construyen en La Plata. Sería hasta impropio que se hiciese un edificio insignificante destinado a uno de los ramos que más atención y más interés deben inspirar a cualquier gobierno.¹⁴⁰ Para Ortiz de Rozas era impostergable reemplazar con edificios de estas características las 6 casillas de madera en las que se levantaron las primeras escuelas de La Plata y así asegurar óptimas condiciones “para 300 o 400 niños, y una distribución conveniente para que pueda establecerse en ellos la escuela graduada, es decir, los 6 grados en que se dividen”.¹⁴¹

La postura de Ortiz de Rozas fue compartida por las máximas autoridades provinciales que en 1885 asignaron un nuevo subsidio para que las Escuelas graduadas se integren a la lista de monumentos de la “nueva Capital”, por sus “altas” funciones y por su duración esperada. Si el monumento es la señal de un pasado que se reactualiza por medio de la representación de su manifestación escrita, y el positivismo preconizó la objetividad del documento sobre la intencionalidad del monumento, estas nuevas expresiones materiales del positivismo pedagógico argentino condensaban el propósito de testimoniar los valores de un momento fundacional que debía preservarse del paso tiempo a través de la creación de monumentos que habrían de devenir en

136. Con relación a las casillas de madera de procedencia mayoritariamente norteamericana que sirvieron para el alojamiento de las primeras Escuelas y también para otras funciones en la etapa fundacional de La Plata, puede verse Gustavo Vallejo; “Una ciudad yankee...”, *op. cit.*

137. Belisario Hueyo había sido miembro del jurado que entendió en el concurso celebrado para la realización de los principales edificios públicos de La Plata, y como Senador integró la Comisión creada para ratificar el nombre de la “nueva Capital” provincial.

138. Discurso del Senador Hueyo; en *Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1883, p.235.

139. Juan Ortiz de Rozas, nieto del “Restaurador de las Leyes”, alcanzó notoriedad por expresar en la Legislatura provincial la principal disidencia al proyecto de creación de la “nueva Capital” en las Lomas de Ensenada, objetando la excesiva cercanía a Buenos Aires del sitio escogido. Después de fundada La Plata, intervino en la administración de la construcción del edificio de la Legislatura, al tiempo que mantuvo por años una estrecha relación con las principales instituciones escolares de la Provincia de Buenos Aires.

140. Discurso del Senador Ortiz de Rozas, en *Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires*, *op. cit.*, p.116.

141. *Ibidem.*

documentos infalibles. Una básica distinción entre lo efímero y lo durable atravesaba sucesivas dicotomías que involucraban en última instancia una oposición entre lo “alto” y lo “bajo” que conducía a diferenciar lo que se renueva de aquello que estaba llamado a trascenderlo en altura y duración por asumir la necesidad del poder de perpetuarse en la memoria de las generaciones futuras. Podían ser de madera las viviendas individuales y aún edificios públicos como el Hospital de Melchor Romero, cuyas características fueron al mismo tiempo que las Escuelas objeto de un profundo debate que el propio Ortiz de Rozas cerró prescribiendo para ese caso el uso de materiales provisorios. Pero de ningún modo podían ser de madera las Escuelas.

Es que además de situarse en el plano de las representaciones colectivas, o más bien porque se derivaran de él, las diferencias entre el Hospital y las Escuelas se extendían a aquellas cuestiones que más inquietaban a los higienistas y hombres de gobierno en su positivista afán clasificador, como era la ubicación del problema de las coexistencias en torno a los riesgos de la integración social. Como el hospital absorbía siempre la misma franja social y con ella las “emanaciones miasmáticas” que se les atribuía –el tratamiento y la muerte de sectores distinguidos seguía aconteciendo en la casa-, convenía que fuera extraurbano y se conformara con salas de madera, por ser éste un material poroso, de escasa resistencia a la “impregnación” de “aires malsanos” y de fácil destrucción para su renovación periódica. En cambio las escuelas, por su misma naturaleza propagadora de valores ciudadanos, debían tender a una condición policlasista y urbana que obligaba a entablar muy riesgosas coexistencias. Julio A. Roca, al inaugurar en 1886 nuevas Escuelas-Palacios en Buenos Aires, sostenía que “todo niño por humilde que sea, al pisar (los) umbrales de estos soberbios monumentos y entrar en estos recintos, se sentirá por este sólo hecho, dignificado e igual a sus tiernos compañeros aún cuando desciendan ellos de la más elevada y pudiente alcurnia”.¹⁴² En forma sucedánea, el miedo a las interacciones sociales era expresado con crudeza por *La Prensa* ante posibles emergencias de brotes epidémicos: “no llamamos en nuestro auxilio los sentimientos de humanidad y de patriotismo, no, invocamos los sentimientos egoístas de la propia conservación de cada uno. Los conventillos envían a la escuela primaria miles de niños, que bajo el techo de espléndidos edificios escolares se confunden con los hijos de las familias más pudientes de la capital. ¿Se imaginan cuántas enfermedades llevan aquellos infelices a la escuela y las inoculan en sus inocentes compañeros? Si la difteria y la viruela causan la mayor parte de sus estragos en los abandonados y asquerosos conventillos, ¿no es cierto que ellos son una amenaza terrible para toda la población escolar?”¹⁴³

Precisamente esa tensión en las Escuelas entre la integración social o la segregación higiénica, parecía saldarse confiriéndoles a aquéllas un carácter monumental, una valencia singular que contenía formas de prevención higiénica situadas en un plano moral. Esto es, en el plano de las coacciones sobre los comportamientos individuales operados por la lógica parlante de los valores emanados por el monumento. Y consecuente con esta línea de pensamiento, devino la estigmatización como

142. Cfr. Claudia Schmidt; *op. cit.*, p.65.

143. *La Prensa*, Buenos Aires, 10 de setiembre de 1887, p.4.

“higiénicos” a los palacios para la educación y “antihigiénicas” a las modestas escuelas como las que funcionaban en casillas de madera, amenazando con su acumulación de “miasmas” la salud de quienes vivían en el centro de la ciudad de La Plata.

Esa estricta disección “higiénica”, que en última instancia remitía a la identificación de las figuras de lo “normal” y lo “anormal”, integraba un campo de experimentaciones que al promediar la década de 1880 ya estaba bastante organizado, y gozaba de un amplio reconocimiento social. Luego de que Emilio Coni implementara en 1881 las primeras inspecciones higiénicas a las Escuelas de Buenos Aires –basadas en las realizadas por Eugenio Janssens en Bruselas-, la extensión de estas acciones a instancias del Ministro Eduardo Wilde, podía ser entendida por el propio Coni como el reconocimiento de una acción que sirvió de punto de partida para que en 1886 “el nuevo Consejo de Educación iniciara la construcción de los magníficos monumentos que ostenta hoy la metrópolis argentina”.¹⁴⁴

Al mismo tiempo que se producía el lanzamiento de esas Escuelas-Palacio en Buenos Aires que Roca inauguró en 1886, el Gobernador Carlos D’amico –sucesor de Rocha en 1884-, asignó un segundo subsidio para vigorizar el plan de construcción de las Escuelas de Altgelt en La Plata. El temprano programa iniciado con la rápida construcción de casillas norteamericanas y el Palacio para la educación, pronto dio paso entonces a la ejecución de otros diez establecimientos que se distribuyeron en distintos sectores del casco urbano para consumir el sueño sarmientino. La Plata era la expresión de un pensamiento argentino que lograba sobreponerse a los moldes coloniales, con escuelas “destacadas como centinelas avanzadas para dar el ¡quién vive! a la barbarie”.¹⁴⁵

Colegio Provincial

El afán escolarizador de Rocha y D’amico también conllevó una lógica incremental con la que fue tendiéndose a avanzar hacia estadios superiores. Después de garantizada la primera instancia educativa con las casillas importadas de los Estados Unidos y el plan trazado por Altgelt, la necesidad se desplazó hacia la creación de un Colegio Nacional. El tema cobró particular protagonismo cuando, el traslado definitivo de las autoridades provinciales a la ciudad de La Plata celebrado el 15 de abril de 1884 fue acompañado por la puesta en vigencia de una “Ley de Residencia” que obligaba a funcionarios y empleados a residir en la “nueva Capital”. La norma inmediatamente trajo aparejada la necesidad de dotar a La Plata de una instancia educacional para los hijos de los funcionarios que abandonaban Buenos Aires. Bajo esta línea argumental surgió un reclamo que derivó en dos soluciones ideadas simultáneamente. La primera de ellas, consistió en requerir la llegada a La Plata del modelo establecido por el Colegio Nacional que se irradiaba de Buenos Aires a las capitales de provincia. Para eso Manuel Láinez, diputado nacional por la Provincia, presentó un proyecto que tuvo un rápido tratamiento hasta llegar a la promulgación presidencial en julio de 1884.

144. Emilio Coni; *Memorias de un médico...*, *op. cit.*, p.243.

145. Domingo F. Sarmiento; “La Plata”, *op. cit.*, p.167.

La segunda solución estuvo a cargo del Gobernador Rocha y su Ministro, D'Amico, quienes buscaron una alternativa en la corriente epocal, de supuesta inspiración alberdiana, que instaba a desarrollar al país por la virtud profunda de la enseñanza práctica industrial, cuestionando el establecimiento de puentes entre la escuela primaria y la universidad por ser entendida como simple "fábrica de médicos y abogados". El propio Rocha ya había dado muestras de su interés por establecer en La Plata un "Colegio Modelo de *educación práctica*", al encargar el estudio de establecimientos europeos que resulten más convenientes a ese fin a Paul Groussac, anterior Director del Colegio Nacional de Tucumán, Inspector de escuelas y relevante figura de las letras argentinas.¹⁴⁶ El Colegio Modelo de Rocha fue elevado a consideración de la Legislatura provincial a través de un proyecto preparado por D'Amico, en el que adoptaba el programa de los colegios nacionales, aunque agregaba un régimen distinto. Sería un Internado costado con el producto de la matrícula y las pensiones abonadas por los alumnos.¹⁴⁷

El proyecto de D'Amico sucumbió en la Legislatura al conocerse la rápida aprobación que había tenido en el Congreso la Ley de creación del Colegio Nacional de La Plata y al suponerse que con esa iniciativa quedarían sintentizadas ambas propuestas. Sin embargo, la creación del Colegio Nacional de La Plata fue precedida de una nueva instancia evaluativa, cuando el Ministro Eduardo Wilde encomendó el correspondiente informe a Paul Groussac, el mismo Inspector que nunca respondió al pedido de Rocha. Groussac ahora sí se expidió, en este caso desestimando explícitamente la creación del Colegio, aduciendo que el número de alumnos en estado de continuar estudios secundarios en La Plata era aún insuficiente.

Con esta respuesta rápidamente se desató una importante corriente de opinión local que convirtió la búsqueda de una salida para el tema en prioridad. Si insistentemente se remarcaba que La Plata había nacido de la nada y habían sido las expectativas, la idea de futuro que empezaba a plasmarse en la magnificencia de la arquitectura, aquello que operaba como principal factor movilizador del proceso poblacional ¿por qué habría de aceptarse que la falta de población fuera un argumento válido para impedir la realización de nuevas obras públicas? Ortiz de Rosas, ahora Director General de Escuelas, tras recordar que "sobre un campo desierto nos pusimos a levantar apresuradamente casillas que se llenaron de niños antes de concluidas; hoy llegan a doce las escuelas y hay educandos para llenar veinte más", predecía que "otro tanto va a suceder con el Colegio Nacional: instálese y se verá inmediatamente cien niños en sus aulas".¹⁴⁸ Volviendo sobre el razonamiento que sustentó el mismo origen de la ciudad, primero estaban las formas físicas y después la ciudadanía modelada a través de ellas, Ortiz de Rosas atribuía a la falta de colegio secundario el mayor impedimento para que se establezcan definitivamente familias que tienen a sus niños en los Colegios

146. El tema es analizado por Manuel Láinez en *El Diario*, Buenos Aires, 24 de marzo de 1885.

147. Marcos Blanco; "Historia del Colegio Nacional de La Plata" (pp.110-127), en AAVV; *Labor del Centro de Estudios Históricos*, UNLP, La Plata, 1942, p.117.

148. Juan Ortiz de Rosas; "Educación secundaria en La Plata" (pp.271-274), en *Revista de Educación* N° XL y XLI, San José de Flores, 1884, p.272.

Nacional, del Salvador y San José de Buenos Aires. Incluso Sarmiento advirtió que La Plata, efectivamente, ya poseía una considerable población (27.000 habitantes en 1885), suficiente para rebatir los fundamentos de Groussac.¹⁴⁹ De ahí que intimara al gobierno nacional a deponer el “espíritu hostil” que le impedía a la “nueva Capital” provincial complementar su tarea civilizadora con un Colegio Nacional como el que poseía Buenos Aires y otras once ciudades del interior del país que en la mayoría de los casos no superaban la población que poseía La Plata.¹⁵⁰

La “hostilidad” denunciada por Sarmiento contenía muy variados ribetes que eran de índole político, cultural y educacional. Por un lado se vinculaba a los problemas que podía generar una ciudad como La Plata, que crecía vertiginosamente a expensas de un Estado que aún no podía plasmar en la Capital Federal las principales expresiones materiales de los poderes públicos de la Nación. Vale la pena tener presente que promediando la década de 1880, La Plata había alcanzado un rápido desarrollo que la colocó en el punto más cercano de toda su historia a Buenos Aires y no era desmedido permitirse imaginar que la progresión de ese proceso continuaría equiparando más aún ambas ciudades, en lo social, cultural y fundamente en lo político. Al producirse la efectiva radicación de autoridades en La Plata, Rocha remarcaba las posibilidades que se abrían para su ciudad que superaba los 40.000 habitantes que Buenos Aires poseía cuando ella gestó la gran epopeya independentista. Hacia 1886 la distancia que mediaba entre los 60.000 habitantes de la Capital provincial y los casi 400.000 de la Capital Federal -en medio quedaban los 85.000 habitantes de la pujante Rosario-, era reducida aún más por la significación de palacios del poder público que no tenían aún correlato en el orden nacional. Esta cuestión puede explicar ciertos obstáculos interpuestos a la creación del Colegio de La Plata por una intransigencia que el gobierno nacional sólo depuso al frustrarse la candidatura presidencial de Rocha en 1886. Pero si hasta aquí el tema tenía un claro matiz político, habrá que advertir también otro, no menos desdeñable, que era de estricta índole cultural y que nos ilustra acerca del peso de las disidencias estéticas al interior de las élites. Sarmiento compartía con figuras de la “generación del `80” como Groussac y Cané, inquietudes que asociaban el programa de construcción de la nacionalidad en curso al éxito de los valores de una cultura urbana a la que se apelara.¹⁵¹ Pero a diferencia de la cultura urbana que el último Sarmiento afirmaba como ideal a seguir, mirando la vertiginosa transformación que día a día experimentaba La Plata, verdadero emblema de la modernidad “yankee” que lo deslumbraba, Groussac y Cané ubicaban sus ideas en otras coordenadas estéticas. Fundamentalmente en la búsqueda de lo sustancial que sólo podía atesorar

149. Esta intervención de Sarmiento hizo visible un particular interés por La Plata que cultivó hasta su muerte en 1888. Aunque muy intensas, las relaciones entre Sarmiento y La Plata fueron poco exploradas. Un aporte aislado es el de Carlos Heras; *op. cit.*

150. Desde que el gobierno de Bartolomé Mitre lanzó en 1863 el plan de creación de Colegios Nacionales, al de Buenos Aires le sucedieron en 1865 los de Tucumán, Mendoza, San Juan, Catamarca y Salta. En 1869 fueron inaugurados los de Jujuy, Santiago del Estero, Corrientes y San Luis, en 1871 el de La Rioja y en 1874 el de Rosario.

151. Oscar Terán; “El lamento de Cané” (pp.13-82), en *Vida intelectual...*, *op. cit.*, pp.24-25.

una ciudad con la densidad histórica de Buenos Aires, frente a la cual, La Plata era su contracara “abominable”, una ciudad “que cuando deje de ser campo será el triunfo de la banalidad”.¹⁵²

Pero a su vez ribetes educacionales también interfirieron el plan de Sarmiento y Rocha en La Plata, inscribiéndose en el problema del control de los mecanismos de conformación de la elite dirigente a través de la educación. Siendo el Colegio Nacional precisamente la institución que de Mitre en adelante emblematicó la principal vía de ascenso a las funciones directivas *nacionales*, su número se situaba en directa correspondencia con las necesidades de un régimen de dominación oligárquica. Si la tarea de crear un Estado-nación requirió de numerosos cuadros que completaran la nueva burocracia, de lo que da cuenta por ejemplo el impulso que se le dio a la creación de Colegios Nacionales después de Caseros, para la década de 1880 existía una clara conciencia de que la elite ya estaba formada y consecuentemente que eran demasiados los Colegios Nacionales existentes en el país. El establecimiento de Rosario, inaugurado en 1874, fue el último de una saga que no pudo completar La Plata con su reclamo en 1885. Para conspicuos miembros de la llamada “Generación del ’80”, surgida mayoritariamente de los primeros Colegios Nacionales, ellos condensaban lo que podemos entender como los “circuitos reservados del saber”,¹⁵³ aquellos espacios que debían controlarse bajo una explícita voluntad de autopreservación del “orden conservador” al que pertenecían.

Luego de que la solicitud de Sarmiento tampoco prosperara, en La Plata se retomó el proyecto presentado por D’Amico a la Legislatura, para crear con él una solución basada en la hibridación de las dos alternativas: se seguiría en todo al modelo del Colegio Nacional de Buenos Aires, con la sólo diferencia que le daba su pertenencia “provincial”. Con esa solución desaparecería -al decir de Ortiz de Rozas- “uno de los mayores obstáculos con que hoy tropieza la parte más ilustrada de nuestra ciudad para radicarse aquí. Los niños no faltarán, por ahora lo único que falta es un edificio con la necesaria capacidad para admitir todos los alumnos que han de asistir”.¹⁵⁴ Existiendo el edificio podría ponerse en cumplimiento la Ley de residencia, que colocaba a los funcionarios públicos “en la dura alternativa de desobedecerla o interrumpir la educación de sus hijos”.¹⁵⁵

El mismo halo general de grandeza que impregnó de una desmedida confianza a las autoridades bonaerenses durante la “gesta fundacional”, reaparecía en esta operación sustitutiva que por primera vez hacía un estado provincial de las funciones del ejecutivo nacional. Después que la Provincia cediera a la Nación media manzana ubicada en Avenida 13 entre 49 y 50 para realizar el Colegio Nacional, el cambio de planes también significó un cambio de escenario. El terreno

152. Miguel Cané *cf.* *Ibidem*, p.32.

153. Esta cuestión puede inscribirse en las agudas reflexiones de Foucault en relación con el saber, que funciona “según todo un juego de represión y de exclusión”. “Exclusión de aquellos que no tienen derecho al saber, o que no tienen derecho más que a un determinado tipo de saber; imposición de una cierta norma, de un cierto filtro de saber que se oculta bajo el aspecto desinteresado, universal y objetivo del conocimiento”. Michel Foucault; *Microfísica del poder*, Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1992, p.34.

154. Juan Ortiz de Rozas; “Educación secundaria en La Plata”, *op. cit.*, p.273.

155. *Ibidem*.

inicialmente previsto quedó en manos del fundador, Dardo Rocha, quien encargó en ese sitio la construcción de su vivienda al ingeniero Pedro Benoit. Al Colegio, finalmente Provincial que primero abrió sus puertas en calle 9 y 47, se destinaron por decreto del 21 de febrero de 1885 las instalaciones que el propio Benoit proyectó para el Monte de Piedad, uno de los edificios públicos emergentes del plan fundacional de La Plata dentro de su jerarquizado eje cívico definido por las Avenidas 51 y 53, aunque a la periférica altura de la calle 17.¹⁵⁶

La creación del Colegio Provincial de La Plata por un impulso de Ortiz de Rozas que acompañó en la Legislatura José Hernández, quedó refrendada por el Gobierno Nacional el 10 de abril de 1885, al acordar que el nuevo establecimiento quede comprendido en la Ley regulatoria de los institutos de enseñanza secundaria de 1878. Tampoco el higienista Eduardo Wilde, en su carácter de Ministro de Educación, puso reparos en que se implementara el Plan de Estudios creado por él mismo en 1884 para los Colegios Nacionales, y en el que atendiendo las explícitas sugerencias utilitaristas del positivismo spenceriano, fue otorgado un “intencional predominio” a los estudios científicos sobre los humanísticos para responder con ello a las “conveniencias del país”.¹⁵⁷ Precisamente esa orientación general había incidido en el cierre de la Facultad de Humanidades que, a modo de ensayo, habilitó la Universidad de Buenos Aires bajo la dirección de Matías Calandrelli -profesor italiano autor de un Diccionario filológico de la lengua española- el mismo que inmediatamente después del episodio aceptó el ofrecimiento del Gobernador D’amico para hacerse cargo del nuevo Colegio de La Plata.

La nueva institución secundaria se instaló entonces en una de las numerosas obras realizadas en La Plata por Benoit, aunque de menor importancia, por resignar el cumplimiento total de la lógica fundacional para conformar una híbrida composición, que podía aproximarse a los Palacios del poder público por sus dimensiones y ornamentación, y que compartía con la arquitectura doméstica la renuncia a generar las mediaciones espaciales representadas por el retiro de frente y los *parterres* perimetrales. Ocupando la esquina de Avenida 51 y calle 17 con una cinta perimetral que delimitaba el patio interior, el edificio pudo adaptarse a sus nuevas funciones a partir de una reforma que solo consistió en reducir dicho patio por el agregado de un Gimnasio, atento a las influyentes recomendaciones higienistas, que transformó en una “C” la originaria tipología en “L”. Y si para su Rector, Matías Calandrelli, “el edificio era condición *sine qua non* de la buena disciplina”,¹⁵⁸ las características materiales del nuevo Colegio no podían sino ser consideradas con un dejo de insatisfacción al tratarse de “una casa de familia con la sola ventaja de tener un patio mas extenso que

156. El Monte de Piedad era un establecimiento de beneficencia, de raíz hispana, constituido por un banco protegido por el Estado que tenía el fin “piadoso” de socorrer a sectores populares mediante prestamos de pequeña cuantía contra la garantía de efectos de carácter durable. Pero en La Plata esa institución no llegó a entrar en funciones, debido a la inmediata transferencia a la Municipalidad de Buenos Aires -que posteriormente lo convirtió en el Banco Municipal de esa ciudad-Alberto De Paula; *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura*, Banco de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1987, p.164.

157. Herbert Spencer volcó sus ideas a la pedagogía en *La educación* (1860), D. Appleton y cía., Nueva York, 1889.

158. Matías Calandrelli; *Memoria del Rectorado del Colegio Provincial de La Plata correspondiente al año escolar de 1885*, Imprenta Biedma, Buenos Aires, 1886, p.17.

los comunes”.¹⁵⁹ Igualmente la nueva institución secundaria, al convertirse rápidamente en una de las tres principales del país, podía suscitar fundadas expectativas en que “los hacendados” de la Provincia hallen en la “nueva Capital el medio de proporcionar a sus hijos de sólidos y bien cimentados conocimientos”.¹⁶⁰

Escuelas elementales y Graduadas

La inauguración del Colegio Provincial también fue un acicate para la construcción de las Escuelas elementales y Graduadas de Altgelt. Su materialización coincidiría con los catorce establecimientos impulsados simultáneamente por Roca en Capital Federal, que motivaron en Juan Martín Burgos - autor de un anteproyecto preliminar para el trazado de La Plata- una fuerte crítica al conjunto de edificios escolares emprendidos. En 1886, año en el que participó junto a Altgelt en la fundación de la Sociedad Central de Arquitectos de Buenos Aires, Burgos lanzó sus principales cuestionamientos desde el profundo conocimiento de los avances que tenía la higiene escolar en Europa, evaluando a partir de allí el cumplimiento de pautas tendientes hacia la prescripción de una precisa normativa acerca de cuestiones tales como: la relación de cada niño con la superficie de espacios abiertos, la cantidad de niños por sala, la iluminación necesaria, eliminación de molduras interiores, la disposición de letrinas y la distribución interna para que esta no quede subordinada a las exigencias de monumentalidad externa. La conclusión era lapidaria, al atribuirle a los nuevos edificios defectos que los hacían totalmente inadecuados para su función debido a que sus autores no tuvieron “la curiosidad de ponerse al corriente del progreso que la higiene ha introducido en las Escuelas en estos últimos años. Si los franceses han tenido que recurrir a los alemanes para formar su legislación higiénico-escolar, nosotros debemos imitarlos”,¹⁶¹ sostenía Burgos en coincidencia con otras prestigiosas figuras que tenía el campo arquitectónico argentino finisecular.¹⁶² La higiene era un mandato ineludible para “formular como se ha hecho en Francia un reglamento estableciendo las bases a que deben responder los planos que en adelante se hagan para las escuelas”.¹⁶³ Mientras Altgelt se había convertido en el principal especialista en arquitectura escolar en nuestro país apuntando su mirada hacia Alemania, Burgos pretendía abrirse paso exaltando su identificación con los avances experimentados en Francia a partir de la reforma educacional gestada cuando, finalizada la guerra franco-prusiana, renacían los vínculos culturales con el Estado germano. No podían, en cambio, considerarse válidas las respuestas

159. *Ibidem*, p.4.

160. *Ibidem*, p.17.

161. Juan Martín Burgos; “Higiene escolar” (pp.7-32), en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.XXI, Buenos Aires, 1886, p.20. Cabe señalar que ya había sido publicado en nuestro país un tratado de higiene escolar. Nos referimos a la obra que tuvo en ese año su segunda edición: Francisco Berra; *La salud y la Escuela*, Jacobo Peuser, Buenos Aires y La Plata, 1886.

162. No sólo Burgos estaba al tanto de la vasta tarea de recopilación de ejemplos de Escuelas públicas en diversos países de Europa que realizó Félix Narjoux por encargo del Estado francés. El resultado de ese trabajo, condensado en la colección titulada *Les Nouvelles Écoles*, fue traída al país por el prestigioso arquitecto Juan Buschiazzi y posteriormente donada a la Sociedad Central de Arquitectos.

163. Juan Martín Burgos; *op. cit.*, p.31.

en materia educacional generadas por los “yankees” para sus grandes ciudades. Ellas no servían “como modelo en las cuestiones de aplicación de la higiene, porque las tratan bajo el punto de vista puramente comercial. En los Estados Unidos se hacen hospitales de 7 pisos, casas de 9, etc., etc”. A sus ojos, la edificación en altura que sobrevenía al estadio signado por el uso del *ballom frame*, no era adecuada debido a que reflejaba el “proverbial el desprecio que allí se tiene por la vida propia, y mucho mayor por la ajena”.¹⁶⁴

Del análisis de Burgos aplicado a la edificación escolar argentina, surgió inmediatamente una propuesta de normativa de higiene escolar, la primera en nuestro país, que la Sociedad Científica elevó a las autoridades para que ésta fuera atendida en posteriores edificaciones escolares. Entre ellas las escuelas de Altgelt, que podían inscribirse dentro de los cánones derivados de la radicalidad higiénica propugnada por Burgos desde la Sociedad Científica, aunque la subyacente idea de Escuela-Palacio tensara la simplicidad general requerida. Este tema cobró intensidad luego de que en 1886 precisamente se instalara en La Plata una Sección de la Sociedad Científica que enfatizaba en esta ciudad los propósitos de la institución madre, dirigida por el ingeniero Luis Viglione e integrada por el propio Burgos. Por entonces, ya era notorio que el segundo subsidio otorgado en 1885 para la construcción de Escuelas Graduadas en La Plata no podría comprender los diez establecimientos, a los que había quedado reducido el plan al que inicialmente se destinaron treinta y una medias manzanas de la ciudad.

Correspondió a la nueva gestión iniciada en 1887 con el Gobernador Máximo Paz y el Director General de Escuelas Emilio Carranza, idear una particular solución para superar los contratiempos financieros y concluir –aunque limitadamente- el ambicioso plan de construcción de Escuelas Graduadas lanzado por Rocha, cuando el propio Paz era Secretario del Consejo General de Educación de la Provincia. Ella consistió en hipotecar el edificio de la Dirección General de Escuelas y Consejo General de Educación de La Plata y así obtener los recursos necesarios para financiar la terminación de las restantes escuelas, al constatarse que el pago de la deuda hipotecaria era bastante inferior al desembolso en carácter de alquiler de las viviendas en las que provisoriamente aún seguían funcionando establecimientos educacionales. Simultáneamente, fue acordado un nuevo subsidio por la legislatura bonaerense para complementar las anteriores partidas asignadas por Rocha y D’amico.

La necesidad de avanzar rápidamente en el reemplazo de las originarias casillas en las que continuaban funcionando establecimientos escolares de la Capital bonaerense, fue requerida asimismo por una insistente crítica higienista fundada en reiteradas inspecciones realizadas siguiendo el modelo instaurado por Emilio Coni. Las críticas de Burgos dirigidas desde el campo disciplinar hacia a una “mala arquitectura” concebida para las nuevas escuelas, habilitaba una mucho mayor reacción aún hacia aquello que ni siquiera era considerado arquitectura. Ello se desprendía por ejemplo de los resultados arrojados en 1887 por la primera visita de “carácter médico” a las escuelas de La Plata que realizó el Doctor Arce Peñalva, por un expreso pedido del Director General de Escuelas, Carranza: no

164. *Ibidem*.

había edificios escolar apropiados, eran “todas eran casillas de madera, con techo de zinc, bajas y de ventanas chicas, aptas para entrar sano y salir enfermo”. Arce Peñalva concluyó en que se trataba de construcciones “indecentes” que debía ser urgentemente remplazadas por “edificios adecuados”.¹⁶⁵ El diagnóstico se prolongó cuando la otra institución educacional, el Consejo Escolar de La Plata, a cargo de Manuel Langenheim, clausuró escuelas que habían sido “invadidas” por las enfermedades infecto-contagiosas reinantes, dentro de acciones asistenciales que comprendieron también por impulso de Langenheim la creación de la Sociedad de Beneficencia de La Plata (Avenida 66 entre 8 y 9) en base a la institución que Rivadavia fundó en Buenos Aires en 1823.

Con los nuevos fondos asignados y los reclamos de inmediatas respuestas, fue revitalizado el plan de escuelas proyectadas por Altgelt para La Plata. El avance de las obras permitió que ellas pudieran ser integradas a las 25 fotografías de la arquitectura del poder público que acompañaron al plano catastral de la ciudad de La Plata en la muestra montada por el Pabellón Argentino de la Exposición Internacional de París de 1889, para sorpresa de quienes, como el cubano José Martí, vieron allí a una “ciudad modelo”, “que apareció de pronto en el llano silvestre, con ferrocarriles, puerto, cuarenta mil habitantes y escuelas como palacios”.¹⁶⁶ Pocos meses después ya estaría funcionando un amplio conjunto de edificios que oscilaban entre los 3.500 y 6.000 metros cuadrados de superficie.

El avance de las obras fue seguido también por Jorge Susini, maestro normalista que dirigió la primera escuela de La Plata, un colegio nocturno para obreros que despertó la atención de Sarmiento y luego un Liceo privado con comodidades similares a las descritas por Calandrelli (una casa con patio extenso) ubicado a pocos metros del Palacio de la Dirección General de Escuelas y Consejo General de Educación de La Plata. Desde su perspectiva, todo aquel que en La Plata extasiaba “su imaginación haciéndole creer tal vez maravillas más grandes que las mismas que se le han noticiado” llegaba al punto en el que “analizando los diversos edificios públicos, se preguntaba: y de estos cuáles son los destinados para escuelas, cuáles son los destinados para servir de templos a la educación común, base y sostén de toda civilización, de toda cultura?”.¹⁶⁷ Los nuevos edificios escolares entonces venían a responder a esa pregunta demostrando que la educación tiene “su parte principal en este banquete de civilización”. También “la educación ocupa, pues, en La Plata, el mismo rango que las demás obras que tanto llenan de asombro al mundo entero por la rapidez vertiginosa con que se levantan”.¹⁶⁸

La inauguración de siete nuevos establecimientos escolares realizados por Altgelt, fue una buena ocasión para expresar el desenfrenado optimismo con el que las elites avizoraban un futuro

165. Carlos Grau; *La sanidad en las ciudades y pueblos de la Provincia de Buenos Aires*, Dirección de Impresiones Oficiales de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1954, p.86.

166. Cfr. Julio Morosi; “Repercusiones, resonancias y resplandores de La Plata” (pp.11-26), en *Anales LINTA '99*, La Plata, 2000, p.11.

167. Jorge Susini; “Edificación escolar en La Plata” (8-14), en *Revista de Educación*, Tomo XVI, La Plata, enero y febrero de 1889, p.9.

168. *Ibidem*.

signado por la idea de progreso indefinido. El 27 de abril de 1890, se celebró el correspondiente acto que contó con la presencia de las máximas autoridades nacionales y provinciales, como había sucedido en 1883 cuando fue colocada la piedra fundamental del primer Palacio de la Educación. Y también como en aquella ocasión su principal orador, ahora el Ministro Carranza, se encargó de acentuar el papel de la educación en el afianzamiento de un contrato social fundado en la naturalización de los amplios deberes que debían asumirse para alcanzar los derechos. Para Carranza la escuela formaba la base “del ciudadano de un país libre” porque era allí “donde aprende el cumplimiento estricto del deber por el deber, donde conoce sus derechos y el respeto a los derechos de sus pequeños conciudadanos” y donde recibía “las primeras nociones del rol que desempeñan los poderes públicos”.¹⁶⁹ El acontecimiento educacional servía a su vez para articular la idea de ciudadanía con una sobrevaloración de La Plata que “con sus anchos bulevares, sus soberbios edificios, y su magnífico paseo, desafía a los que piensan que la raza latina es incapaz de las grandes iniciativas con las que los Estados Unidos han sorprendido al mundo”.¹⁷⁰

La esperada incorporación de las Escuelas a la larga lista de Palacios que ostentaba La Plata para las mas diversas ramas de la administración, era celebrada por Langenheim, quien desde el Consejo General de Educación venía reclamando que estos establecimientos dejaran de funcionar en “inhospitalarias casillas de madera o casas inadecuadas para el objeto”.¹⁷¹ Las nuevas Escuelas permitían elaborar análisis comparativos con las “escuelas de ayer”, para abonar la autocomplaciente certeza, también compartida por el pedagogo normalista Celso Latorre de estar ante un “vuelco completo” producido en el desenvolvimiento educacional que permitía “afirmar sin vanagloria, que evolucionamos a la par de las naciones mas adelantadas del mundo”.¹⁷² Y ello debido a que “hemos sustituido al *rancho* o la *casilla miserable* por el palacio espléndido con espacio, aire y luz suficiente, se ha sustituido el aspecto ruín y mezquino por la fachada imponente y digna, por sí misma educadora, que levanta en el alma del niño sentimientos de admiración y de respeto”.¹⁷³ En las nuevas Escuelas con sus “perfiles majestuosos en las espaciosas calles de La Plata”, podía ser identificado el modelo a ser seguido por todas las demás ciudades del interior.

El conjunto de siete edificios se completó con otros tres durante el transcurso de 1890,¹⁷⁴ siendo de todos ellos, el establecimiento albergante de las Escuelas N°1 y N°2, ubicado en calle 8 entre 57 y 58, el que adquirió mayor significación. No sólo por poseer las mayores dimensiones sino

169 “Inauguración de las Escuelas de La Plata” (pp.396-405), en *Revista de Educación* N°105, Tomo XVIII, La Plata, Abril de 1890, p.402.

170. *Ibidem*, p.401.

171. *El Día*, La Plata, 29 de abril de 1890.

172. Celso Latorre; “La familia y la escuela” (143-148), en *Revista de Educación* N°109, La Plata, 1890, p.145.

173. *Ibidem*. La cursiva es de Latorre

174. Finalizado 1890, quedaron habilitados los establecimientos situados en: calle 8 entre 57 y 58; calle 4 entre 62 y 63; Avenida 60 entre 12 y 13; Diagonal 74 entre 2 y 38; calle 9 entre 47 y 48; Diagonal 74 entre 16 y 17; Diagonal 78 entre 4 y 5; calle 12 entre 67 y 68; Diagonal 73 entre 47 y 48; calle 62 entre 137 y 138.

también por incorporar la sede del Consejo General de Educación, organismo que se separaba de la Dirección General de Escuelas para reorientarse y canalizar a través suyo una representación local encargada de administrar los recursos económicos que modificaba la estructura centralizada del modelo educativo instituido antes por Sarmiento. Con un esquema básico conformado por un cuerpo central y alas laterales, el establecimiento de calle 8 entre 57 y 58 pudo acentuar esas diferencias formales con una precisa distinción funcional. El cuerpo central contenía al Consejo General de Educación que ahora se autonomizaba y exaltaba el porte monumental del edificio con una cubierta con pizarras que acentuaba el protagonismo conferido por el ya tradicional retiro de frente que lo “hermoseaba”, a la vez que impedía que fuera alcanzado por las perturbaciones de la calle. En tanto que a ambos lados se sucedían los salones de clase alimentados por un corredor interno. Las funciones burocráticas también permitieron reemplazar el tabique transversal utilizado desde la primera Escuela-tipo de Altgelt hasta las restantes Escuelas Graduadas de La Plata para evitar las coexistencias de género. Una escalera central separaba a las Escuelas para cada sexo, conduciendo directamente y con exagerada amplitud al Consejo General de Educación que tenía su sala principal en la planta alta, sobre el gran vestíbulo de la entrada principal. Mientras sendas entradas, sobre calle 57 y 58 respectivamente, operaron de acceso para el funcionamiento independiente de cada una de las Escuelas Graduadas, un local para el Museo Escolar fue adicionado posteriormente para afirmar la unidad de los valores inculcados por el mismo establecimiento. Dentro del disciplinamiento ejemplarizador que emanaba de estas máquinas de educar, la sexista división del espacio se complementaba con las tareas asignadas de acuerdo al rango que unos y otras ocupaban en el sistema clasificatorio establecido: a un lado se agregaron salones para la enseñanza del arte –música, dibujo y pintura- a la que solo los niños tenían acceso, mientras que, al otro lado fueron destinados aquellos dedicados a las labores prácticas de las niñas.

La ubicación de este establecimiento, sin relación eurítmica con ningún otro monumento del poder público, pareció obedecer a un leve desplazamiento atribuible a un afán laicista por contrarrestar el avance de la Iglesia en la educación con escuelas como la que precisamente en 1886 instaló junto a la Capilla de los Corazones Unidos en la media manzana comprendida por las calles 9 entre 57 y 58. El gran monumento a la educación pública que condensaba la presencia del Consejo General de Educación, ocupó entonces la media manzana lindante con el establecimiento católico, para volcar al espacio una evidente disputa por el poder que desde el Congreso Pedagógico era canalizada a través del control de la educación.

Con la cercana manzana de calle 9 entre 56 y 57, se completaban las correspondencias mantenidas entre las de calle 9 entre 47 y 48, calle 16 entre 46 y 47, y calle 16 entre 56 y 57, donde se hallan otras tres Escuelas-Palacios, para conformar un cuadrado delimitado por vías circulatorias dispuestas a 400 metros de la plaza principal. En estas distribuciones quedaba afirmada la idea de “ciudad concentrada” sobreimpresa a la de “ciudad nueva” para articular dos tópicos de la cultura urbana argentina finisecular que Gorelik analizó en profundidad. En esta suerte de *zoning avant la*

lettre, otros establecimientos escolares también fueron levantados obedeciendo a estrictos patrones normativos de localización dentro de la traza, aunque no venían a afirmar su centralidad geométrica sino a acompañar el temprano desplazamiento poblacional hacia las inmediaciones del Bosque. Entre ellos los que ocuparon manzanas “irregulares” obedeciendo las sugerencias de Burgos, quien en su anteproyecto de trazado urbano de la “nueva Capital” encontraba en esas funciones la mejor manera de evitar las dificultades para el parcelamiento que ocasionaba el paso de diagonales sobre un trazado regular.¹⁷⁵ A través de tales localizaciones tendía a afirmarse el propósito de diseminar escuelas en el casco urbano sin que esa operación altere la idea de “ciudad concentrada”, que se trasuntaba en el equilibrio eurítmico buscado en su distribución, donde el centro de referencia era la plaza principal (calles 12, 14, 50 y 54) pero también la plaza de la Legislatura (calles 6, 7, 50 y 54).

Colegio Nacional y Escuela Normal

Luego de que Dardo Rocha dirimiera su candidatura presidencial con el Miguel Juárez Celman por todos los medios -incluso militares, como da cuenta el levantamiento finalmente abortado en 1886-¹⁷⁶ su fracaso significó el inicio de una nueva etapa. Roca afirmaba su poder con el sucesor elegido, pero también a raíz de las muy distintas relaciones entre el poder público nacional y provincial que comenzaron a entablarse cuando, en 1887, el acceso a la gobernación de Paz vino a revertir la tendencia antagónica al roquismo que encarnaran Rocha y D’Amico. Esta situación se reflejó también en el incremento de iniciativas educacionales en La Plata que trascendían el primer propósito escolarizador. Bien puede considerarse que éstas fueron una de las ínfimas contraprestaciones a la generosa concesión de 14.000 hectáreas de tierras a la Nación hecha por Paz para que terminara de consumarse la federalización de Buenos Aires en 1887, sepultando las tenaces resistencias ofrecidas por sus dos antecesores en la Gobernación a esta medida, que había sido requerida por Roca desde el inicio de su primera presidencia. Más allá de lo estrictamente territorial, la ampliación de Buenos Aires a expensas de la Provincia representaba una trascendental decisión que establecía la definitiva conciliación entre la gran ciudad y el poder político del país, sellada con el inicio de las más

175. Escuelas en manzanas triangulares ubicadas en una simetría especular con respecto al eje monumental, eran las de Diagonal 78 entre calles 5 y 57 y Diagonal 77 entre calles 5 y 47 -cedida al gobierno nacional para erigir una Escuela Normal-, y las de Diagonal 73 entre calles 47 y 17 y Diagonal 74 entre 57 y 17. En tanto que los establecimientos ubicados en Diagonal 74 entre 3 y 38 y en calle 4 entre 62 y 63 carecieron de sus correlaciones, aunque ellas fueran inicialmente previstas en Diagonal 73 entre 1 y 2 y en calle 4 entre 41 y 42, respectivamente. En el caso de las Escuelas que debieron levantarse en la media manzana situada en la calle 4 entre 41 y 42, la operación no pudo llevarse a cabo debido a la temprana apropiación del terreno efectuada por la primera empresa de Tranvías a caballo de Manuel Giménez. Aunque el pedido de desalojo fue llevado a la Justicia en 1887 por Ortiz de Rozas cuando era Director General de Escuelas, este no prosperó y allí se levantó la primera Estación de tranvías a caballo sobre la que luego se levantaría la Terminal de Ómnibus que aún posee La Plata.

176. Carlos D’Amico describió detalladamente la revolución preparada en 1886 por las fuerzas rochistas para destituir militarmente a Roca, atribuyéndole el fracaso de la conspiración a la traición de Máximo Paz. Carlos D’Amico; *Buenos Aires, sus hombres, su política (1860-1890)*, CEAL, Buenos Aires, 1977, pp. 124-130.

importantes transformaciones edilicias que conflúan en la creación de lo que Liernur llamó “el país urbano”.¹⁷⁷

En la nueva coyuntura, el Colegio al que se le había negado antes el *status* de “Nacional” y que en forma desafiante la Provincia subsanó financiando su instalación, fue efectivamente nacionalizado en 1889 y nuevamente reformado por el Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Si el edificio realizado originariamente por Benoit poseía una escala un tanto menor dentro del contexto de las obras públicas de La Plata y su adaptación a las funciones educacionales no logró satisfacer las expectativas del primer Rector, Matías Calandrelli, una segunda reforma encarada desde la órbita nacional tendió a darle materialmente la importancia institucional que ya poseía. Para eso se recurrió a la más importante figura del campo arquitectónico nacional, como lo era en 1889 Francisco Tamburini, profesional vinculado al proyecto y realización de los palacios albergantes de los tres poderes públicos de la Nación por directa contratación de Roca. El emprendimiento de la “nueva Capital” a la que antes Tamburini había aportado su desempeño en la Comisión que tuvo a su cargo la organización del concurso internacional para la construcción de los principales palacios del Estado provincial, se integraba a otras escuelas que el prestigioso arquitecto italiano preparaba para distintas localidades del interior del país en sociedad con Enrique Aberg, autor del Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

Por la reforma de Tamburini, la tipología en “L” devenida en “C”, terminaba de cerrarse en un claustro que amplió el patio interior hasta configurar un cuadrado gracias al corrimiento de los límites originarios producido hacia la Avenida 53. La intervención que incorporó un *petit hotel* exento para alojar al Director en la esquina de Avenida 51 y 18, regularizó notablemente la planta general del Colegio, que pasaba a disponer de diez aulas con gabinetes y laboratorios. Y también exaltó la presencia del gimnasio, ahora en el centro de la composición y flanqueado por dos patios cubiertos dándole un protagonismo que obedecía a la tendencia a trasladar a la escuela preocupaciones de índole militar, resumidas en una nueva noción de educación física que el Estado impulsó recepcionando inquietudes de figuras pertenecientes al ejército y a asociaciones deportivas.¹⁷⁸ De hecho, desde su origen, el Colegio contó con la Cátedra de Instrucción Militar a cargo de Ramón L. Falcón, Comisario Inspector de La Plata desde 1883 y organizador en 1891 de los Batallones Escolares de ese establecimiento educativo, siguiendo una corriente difundida al agudizarse la tensión por la irresuelta frontera con Chile. La posibilidad concreta de un conflicto armado ya había derivado en un programa

177. D’amico descalificó a su sucesor en la Gobernación, entre otras cosas, debido a que cedió mucho más de lo solicitado inicialmente por Roca. Con Juárez Celman en la presidencia, la Provincia de Buenos Aires se desprendía de íntegramente de los municipios de Flores y Belgrano y D’amico sentenciaba irónicamente: “la disminución territorial de la provincia es una de las glorias del gobierno de Paz”. *Ibidem*, p. 145.

178. El auge de las prácticas militares en la escuela en sintonía con el proceso de construcción de la nacionalidad, fue analizado por Lilia Ana Bertoni; “Soldados, gimnastas y escolares. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* N°13, Buenos Aires, 1996, pp.35-57; y también en *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.

preparatorio del ciudadano que condensó en la militarización de las escuelas, beneficios atribuidos para la defensa nacional, la higiene del cuerpo y la disciplina del espíritu. Eran beneficios que podían trascender la coyuntura geopolítica epocal, así lo creía Bartolomé Mitre al propugnar en 1892 que los Batallones Escolares creados sean convertidos en una institución pública permanente. La militarización del Colegio platense, también se afirmó a partir de la incorporación a su *staff* de profesores del médico alienista Alejandro Korn, quien junto a Falcón integró además el grupo fundador del aristocrático Club de Gimnasia y Esgrima, nacido en La Plata en 1887 precisamente para cultivar la tendencia germánica en la educación física.¹⁷⁹

Prácticamente en forma simultánea al Colegio Nacional, las autoridades nacionales inauguraron la Escuela Normal de La Plata en una manzana triangular, atendiendo la recomendación de Burgos contenida en su propuesta preliminar del trazado urbano de La Plata. En este caso era la Diagonal 77 entre calles 5 y 47, cedida para tal fin durante la gestión de D'Amico, aunque su realización ya estaba contemplada en el primer listado de edificios escolares preparado en 1882. Ambas instituciones, quedaron a cargo de figuras fuertemente consustanciadas con el ideario pedagógico sarmientino que fueron buscadas directamente en San Juan por el Ministro de Educación del gobierno de Juárez Celman, José Filemón Posse. En el primer caso la dirección recayó en el abogado sanjuanino Jacob Larraín -en reemplazo de Calandrelli-, y en el segundo en Mary Olstine Graham, maestra norteamericana contratada por el gobierno argentino a instancias de Sarmiento, para desempeñarse en la recientemente creada Escuela Normal de San Juan tras arribar al país en 1879. Precisamente Mary O. Graham fue la figura más emblemática de una singular propuesta ideada por Sarmiento y la esposa de Horace Mann, dirigida a poblar el sistema educativo argentino con maestras provenientes del país del norte. Acompañada más tarde por otras seis jóvenes norteamericanas y poco después por otras cincuenta y ocho, Mary O. Graham llegó con una misión que no terminaba con la puesta en marcha de la Escuela Normal de San Juan, sino que, como se lo transmitiera Sarmiento a Mrs. Mann en 1882, consistía, además, en formar un grupo de jóvenes con las que más tarde pudiera poner en funcionamiento un establecimiento similar en la Provincia de Buenos Aires.¹⁸⁰ La inauguración de la Escuela Normal de La Plata, bajo la dirección de Mary O. Graham y sus discípulas, completaba así un ciclo iniciado una década atrás con la puesta en marcha del plan de Sarmiento y Mrs. Mann.

Graham como las demás maestras contratadas por Sarmiento, poseían una concepción educativa asentada en el pragmatismo, con fuertes ribetes modernizadores y democráticos que volcaban a una intensa tarea desplegada en los parajes mas lejanos del país del norte. La misma que

179. En la articulación de fines militares y deportivos que podían identificarse en las muy significativas figuras de Falcón y Korn, y en la interacción entre el ejército y el Club de Gimnasia y Esgrima La Plata, de la que eran portadores, puede verse un directo correlato local del surgimiento en 1887 de los batallones escolares en Buenos Aires, por un impulso que Estado recepcionó de oficiales del ejército y del Club de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires. Lilia Ana Bertoni; “Soldados, gimnastas y escolares...”, *op. cit.*, p.39.

180. Domingo Sarmiento; “Una carta a Mrs. Mann” (1882), en *Obras Completas*, Tomo XXXVII, *op. cit.*, pp.225-228.

Sarmiento pretendía recrear en Argentina, aunque por medios que precisamente terminarían socavando esos objetivos, en el intento de reunir la novedad educativa norteamericana con el normalismo pedagógico orientado por una excluyente voluntad de imponer el orden.

La Escuela Normal anclaba su denominación en una tradición iluminista francesa que connotó a establecimientos educacionales modernos con un concepto proveniente del diccionario de la geometría. Lo “normal” como cualidad de la razón, cultivada por el uso de la regla, la escuadra y el nivel, podía emerger tanto en la regularidad de la forma urbana de La Plata como en su principal establecimiento educacional y desplazarse metonímicamente para involucrar la figura del ciudadano deseable. El normalismo educacional, que se había iniciado en nuestro país en 1852 retomando anteriores iniciativas rivadavianas y tuvo como principales emblemas de esa corriente a las Escuelas de Paraná y de Mercedes creadas por Sarmiento, también canalizó las exigencias de reproducción que el sistema escolar planteaba, acentuándose especialmente cuando la inauguración de las nuevas Escuelas-Palacios requirió formular un paralelo desarrollo de los mecanismos de formación de aquellos maestros que serían los responsables de dirigir las clases de las Escuelas Graduadas.

Para la década de 1880 el normalismo ya era un gran dispositivo disciplinador del cuerpo de maestros establecido por el sistema educativo argentino. Siendo así, la integración a él de las maestras norteamericanas, traía aparejado importantes recortes a su capacidad de innovar en un medio que distaba mucho de ser aquel país de los *farmers* que tanto deslumbró a Sarmiento. Mientras en Estados Unidos las maestras acompañaban un proceso democratizador retroalimentado por la accesibilidad a la propiedad de la tierra de sectores populares, nativos e inmigrantes, en Argentina las reglas del latifundio impedían producir similares movimientos, al tiempo que la necesidad de control de las grandes ciudades afirmaba los ribetes más coercitivos que animaban a la pedagogía normalizadora.¹⁸¹

La realización de la Escuela Normal de La Plata estuvo a cargo del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, quedando armónicamente integrada al plan de Escuelas Graduadas de esta ciudad por la impronta que le dio su responsable. Se trataba nuevamente de Carlos Altgelt, quien se desempeñaba ahora como Director General de Arquitectura del Consejo Nacional de Educación. En la Escuela Normal, Altgelt acentuó las particularidades del prevaleciente clasicismo nórdico de sus obras, y excedió en monumentalidad a sus anteriores realizaciones para dotarla de proporciones que tensaron la posibilidad de llevarla a cabo manteniendo anteriores esquemas lineales. Su tarea continuaba experimentaciones inscriptas en la escrupulosidad positivista por reglamentar los comportamientos a través de los espacios creando registros: del número de alumnos por clase, de la superficie y cubaje de los salones –para cada alumno 1,5 m² de y 6,75 m³–, del número de ventanas y puertas, de la calefacción y ventilación, de las dimensiones de los patios, del número de urinarios y excusados, etc. En este contexto, Altgelt desplegó una sintaxis resultante de intensas exploraciones proyectuales que incluían la relación que debían mantener los excusados con el sistema circulatorio. Como aún no estaba difundido el uso del sifón, algo que preocupaba especialmente a Altgelt, quien lo

181. Véase Adriana Puigross; *op. cit.*, especialmente “la implantación pedagógica”, pp.80-84.

promovió desde los *Anales de la Sociedad Científica*,¹⁸² los excusados debían ser objeto de una clara separación formal (como sucedía en las escuelas de 8 entre 57 y 58, Diagonal 73 entre 15 y 16), o de una prolongación de circulaciones que diluía la compacidad del conjunto (visible en las escuelas de Avenida 60 entre 12 y 13 y calle 4 entre 62 y 63), y para situarlos dentro del edificio manteniendo un mismo sistema organizativo recurrió a dos grandes patios interiores. Esto último sucedió en la Escuela Normal, en la en una muy elaborada composición que supuso resignar parte de las óptimas condiciones de iluminación y ventilación que caracterizaron a sus prototipos de escuelas. La doble circulación en un bloque compacto que poseía la Dirección General de Escuelas y Consejo General de Educación de La Plata era adaptada a esta nueva experimentación proyectual que supuso su desdoblamiento para dar lugar a dichos patios. También aquí se mantenía la división interna con escaleras independizadas para cada sector del edificio, mientras compartían los usos el vestíbulo de acceso central, el gimnasio y en la planta alta la sala de exámenes y la biblioteca.

Y si en la Escuela Normal podía verse consumadas indagaciones tipológicas de Altgelt que tradujeron arquitectónicamente los ideales del positivismo pedagógico, la puesta en marcha del establecimiento por parte de la norteamericana Mary O. Graham conllevó una impensada orientación cuestionadora de los objetivos previstos en una Escuela que, de este modo, nunca llegó a funcionar como se la proyectó. Inmediatas reformas edilicias buscaron poner el edificio a tono con un innovador programa pedagógico que, ya en 1891, motivó denuncias al Ministerio de Instrucción Pública que sólo se desestimarían tras el Informe complaciente del Inspector Juan Agustín García.

Como antes a Calandrelli -aunque por otras razones-, el edificio asignado no complacía las expectativas de Graham en su apertura hacia corrientes pedagógicas superadoras de las limitaciones normativas del positivismo finisecular. Su condición urbana restringía un directo contacto con la naturaleza, que Graham buscó subsanar fuera del edificio y de los patios internos que contenían disciplinadamente el lapso recreativo, para realizar con sus alumnos permanentes excursiones al Bosque y al Río Santiago que llegaron a escandalizar al sorprendido medio local. Y si la introducción de la coeducación de los sexos -novedosa para nuestro país y difundida entonces en los Estados Unidos-,¹⁸³ obligó transformar el sistema de dos Escuelas independizadas dentro de un establecimiento, el mismo que siguieron todas las creaciones educacionales de Altgelt en La Plata; un Salón dedicado a la “ciencia positiva” fue convertido en un Jardín de Infantes netamente froebeliano que dirigió Marta Graham, hermana de la polémica Directora.

De todas maneras, para 1890 las Escuelas Graduadas contaban con el eficaz complemento del Colegio Nacional y la Escuela Normal que eran las principales referencias educacionales que tenía La Plata por presencia física y legitimidad institucional otorgada desde la órbita del Estado nacional.

182. Véase Carlos Altgelt; “Cloacas domiciliarias”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.XXVIII, segundo semestre de 1889, pp.241-255.

183. En su viaje de 1865 a los Estados Unidos, Sarmiento encontró en Concord la coeducación de los sexos y transmitió la pregunta formulada a un bostoniano: “¿por qué tienen ustedes los sexos confundidos en las escuelas? ¡Qué no temen!”. Domingo Sarmiento, *Obras Completas*, T. XXIX, *op. cit.*, p.60.

Aunque en número menor al inicialmente previsto, todas estas máquinas de educar distribuidas en distintos sectores de una ciudad moderna parecían ser la más palpable expresión del programa sarmientino. Ellas condensaban la oposición a la ciudad colonial buscada en la alquimia civilizatoria de la conjunción entre ciudad moderna y educación, de donde emergía aquello que permitía exaltar la preponderancia absoluta de la escuela sobre la cárcel.

Capítulo 2. Pilares de la ciencia positiva

Observatorio

Promediando la década de 1880, la “nueva Capital” provincial acentuó la voluntad de anticiparse a Buenos Aires en un impulso modernizador que comprendió fundamentalmente la puesta en funcionamiento de las principales instituciones de la ciencia positiva. Emilio Coni, al habilitar su Oficina de Estadística provincial en la “nueva Capital” indicaba en 1885 que “una ciudad nueva como La Plata, puede muy fácilmente apropiarse de todos los progresos que generalmente exigen bastante tiempo para implantarse en ciudades mas antiguas”.¹⁸⁴

Con ello se refería especialmente al hecho de que el Observatorio Astronómico, la Biblioteca Pública y el Museo de Historia Natural, los tres pilares del pensamiento ilustrado decimonónico, aquellos que en 1868 Sarmiento había encontrado dentro de la estructura de las más modernas universidades norteamericanas y luego fueron incorporados al proyecto fundacional de su “nueva Capital”, ya tenían por entonces efectivos visos de concreción en La Plata.

Los tres programas de la ciencia positiva fueron dotados de una extraordinaria prioridad por Rocha, quien los integró al primer paquete de encargos realizados al Departamento de Ingenieros el día 7 de mayo de 1881, cuando antes de transcurrir su primera semana de gobierno terminaba de completar el dictado de las principales medidas tendientes a la puesta en marcha de la “Cuestión Capital”.

Para el Observatorio fue prevista una localización urbana dentro del jerarquizado eje monumental de las Avenidas 51 y 53, aunque en el extremo opuesto al Paseo del Bosque, hacia donde aumentaba la densidad de palacios del poder público. Levantándose a la altura de las calles 22 y 23, es decir cinco manzanas después del Monte de Piedad –luego Colegio Nacional- y frente al Parque San Martín, el Observatorio se constituiría, según el plan fundacional, en el último episodio significativo de la *enfilade* monumental que comenzaba en calle 2 con el Palacio de la Policía, ofreciéndole a ese eje un ejemplar colofón científico. Inicio y fin de las principales expresiones del poder de una ciudad ideal, parecían llevar el sello de la búsqueda de formación de verdades que el positivismo finisecular perseguía en la detección del crimen y en el espacio del saber. En ese final de la *enfilade*, que lo sería de la ciudad real por muchos años, el Observatorio a su vez se aseguraría la tranquilidad necesaria para

184. Emilio Coni; *Reseña estadística y descriptiva de La Plata*, Establecimiento Tipográfico de la República, Buenos Aires, 1885, p.95.

el desarrollo de sus estudios sin renunciar a participar de una secuencia exaltadora de hitos monumentales en la experiencia urbana.

El Observatorio, como institución científica del mundo occidental, acompañó decisivamente el devenir de la modernidad. Su impulso provino de la necesidad de conocer integralmente el espacio, estableciendo la latitud de los puntos geográficos que iban siendo descubiertos por las potencias colonizadoras y luego el pensamiento de la ilustración le confirió una gran significación simbólica dentro de su afán por acceder al conocimiento universal. Era la culminación de un largo devenir de estudios astronómicos que se integraron plenamente a la modernidad con la invención del telescopio hacia 1590 por Zacharie Cansen y las mejoras introducidas por Galileo. Precisamente en el “siglo de las luces” el telescopio vino a reemplazar a los “anacrónicos” instrumentos de la guerra, por ser para Louis Sebastien Mercier “el cañón moral que ha derruido todas las supersticiones, todos los fantasmas que atormentan la raza humana. Parece como si nuestra razón hubiera aumentado en proporción al espacio inconmensurable que nuestros ojos han descubierto y recorrido”. Ya la observación astronómica poseía una gran precisión y era capaz de suscitar vastas representaciones acerca del incremento de la razón por la ampliación de la mirada, estableciendo un correlato directo con las luces del progreso. Siendo la ciencia el reaseguro para alcanzar una era en la que el genio humano no encontrara limitados sus alcances por las tinieblas de la superstición y la violencia, sus instrumentos ópticos encarnaban la metáfora de la igualdad que instaba a lograr que todo quedara a la vista de todos. Estas ideas alcanzarán en el siglo XIX un creciente protagonismo, al proveer de precisas formas de medición del tiempo, que contribuyeron a organizar un sistema basado en la división del trabajo que seguía el ritmo del frenético desarrollo del ferrocarril. Afianzado entonces como un ámbito del saber que proporcionaba instrumentos para aprehender el tiempo y el espacio, el Observatorio se constituyó en un ineludible refuerzo científico al desarrollo de la sociedad capitalista que requirió avanzar en la normalización de las medidas para sostener y acrecentar la libertad de comercio. Su relación con la navegación, que había colocado a España en un sitial protagónico de esta ciencia en el siglo XVIII cuando se crearon los Observatorios de Cádiz y Madrid, se expandía entonces en el siglo siguiente hacia muchas otras esferas a la vez que se entroncaba directamente con supremacía mundial del Reino Unido. Ese desplazamiento sería paralelo al operado con relación a la ubicación del “meridiano cero”: la inicial ubicación en Toledo fue reemplazada por la de Greenwich.

La Argentina no estuvo ajena a estas enormes implicancias atribuidas, en las que podían advertirse contribuciones significativas para la tarea ingente de organizar un Estado moderno. La idea llegó en 1828 de la mano de Carlos Enrique Pellegrini, ingeniero francés contratado por Juan Larrea en París a instancias de Rivadavia para hacerse cargo de las importantes obras públicas que impulsaba la Provincia de Buenos Aires en su etapa post-revolucionaria. Verdadero referente en la arquitectura y el arte decimonónico en nuestro país, Pellegrini había recibido una formación en la Academia de Ciencias Físicas y Matemáticas de París, que también estimuló en él una particular afición por la astronomía. De ahí que arribara al país con la propuesta elevada a Rivadavia de crear un Observatorio,

contando ya con el consentimiento de Nicollet –Secretario de la Oficina de longitudes de Francia y miembro del establecimiento de ese tipo creado por Luis XIV- para ocuparse de la dirección del mismo.¹⁸⁵ La caída de Rivadavia impidió llevar a cabo ese propósito, y un nuevo proyecto surgió después de producirse el derrocamiento de Rosas, cuando en 1852 el gobierno de la Provincia de Buenos Aires lo encargó a otra destacada figura del incipiente campo arquitectónico nacional. Se trataba de Felipe Senillosa, Jefe Honorario de Ingenieros de Buenos Aires, que realizó un nuevo proyecto de Observatorio cuyo objetivo principal era “el arreglo de los relojes de la ciudad y de los cronómetros de los navegantes que llegan a este puerto”. Asimismo cumpliría las funciones de “fijar un meridiano para que sirva de rectificación de los trabajos de los agrimensores” midiendo y estableciendo “una base en las inmediaciones de la ciudad para fundar un sistema de triangulación”.¹⁸⁶

Tampoco el proyecto de Senillosa pudo prosperar, pero sí en cambio la iniciativa que Domingo Sarmiento, tras llegar a la presidencia de la nación, pudo plasmar en 1871, creando el primer Observatorio Astronómico de nuestro país en Córdoba. La propuesta surgió de la necesidad de extender al hemisferio sur los trabajos de exploración y determinación de posiciones estelares que en el norte hicieron célebre el nombre del astrónomo Argelander. Necesidad que el norteamericano Benjamin Gould le hizo notar a Sarmiento en Boston, en 1865, junto a su predisposición para establecer en el sur del ecuador un observatorio astronómico. Con el Observatorio de Córdoba, Sarmiento lograba impulsar estudios que permitían ampliar el conocimiento de estrellas australes y también de meteorología en el país, dentro de un establecimiento que tuvo a Gould como su fundador y primer Director.

Recién en la década siguiente la Provincia de Buenos Aires lograría efectivamente concretar la instalación de un Observatorio, por el que venía pugnando desde tiempos rivadavianos. Ello sucedió cuando Dardo Rocha, prolongando las inquietudes de Sarmiento incluyó esa institución científica en el plan de obras públicas inmersas en la “cuestión Capital”. El Observatorio ya había sido ubicado dentro de los objetivos perseguidos desde 1880 por el proceso de organización nacional y por la consecuente reestructuración de la Provincia de Buenos Aires, al advertirse contribuciones científicas de directa incidencia en los planos político y económico: tanto a partir de trabajos geodésicos y astronómicos que posibilitarían la realización de la cartografía militar y civil de la nación y de la provincia, necesaria para resolver cuestiones de límites, como a partir de estudios climáticos que permitirían establecer cuáles eran las áreas mas apropiadas para realizar cultivos y desarrollar intensivamente la ganadería.

Inesperadamente, una muy particular coyuntura que tuvo lugar en 1882 favoreció los planes de Rocha. Ese año se producía el paso del planeta Venus sobre el disco solar por segunda y última vez en el siglo XIX. La observación de este fenómeno desde lugares muy apartados, tenía gran significación debido a que permitía determinar la distancia entre el sol y la tierra proporcionando un patrón lineal

185. Alfredo González Garaño; *Pellegrini, su obra, su vida, su tiempo*, Amigos del Arte, Buenos Aires, 1946, p.14.

186. Simón Gershanik, “El Observatorio Astronómico, su fundación y desarrollo”, en *Revista de la Universidad* N°27 (pp.279-297), La Plata, 1980, p.279.

para medir el tamaño del universo. Ese pasaje de Venus sólo se repite 2 veces en 124 años y cuando había ocurrido anteriormente, en 1874, los estudios científicos que pudieron realizarse no fueron considerados suficientemente confiables. Por eso el nuevo evento, coincidente con la fundación de la “nueva Capital”, revistió el carácter de un acontecimiento astronómico de interés mundial. En este marco y en búsqueda de sitios propicios en el hemisferio sur para estudiar el fenómeno, el Observatorio de París, solicitó la cooperación del gobierno de Buenos Aires. A la inmediata respuesta de Drado Rocha conformando una Comisión científica,¹⁸⁷ le sucedió el envío que el gobierno francés hizo del instrumental necesario para realizar la observación en localidad bonaerense de Bragado y la llegada del astrónomo Perrin.

Dentro de la Comisión creada por Rocha, asumió particular protagonismo Francisco Beuf, un oficial de la marina francesa que participó en la expedición de Maximiliano a México y luego de su retiro dirigió el Observatorio Naval de Toulón. Había llegado a Buenos Aires en 1881 para quedar al frente de la Escuela Naval para la que creó una Oficina de Hidrografía y un pequeño Observatorio. Al año siguiente Beuf protagonizó con Rocha este episodio que tuvo un desenlace inesperado: factores climáticos adversos impidieron seguir el acontecimiento e hicieron fracasar los estudios previstos. Solo los anhelos de Rocha de crear un Observatorio en La Plata –refrendados por un decreto del 15 de octubre de 1882- permitieron subsansar la frustración cuando el instrumental científico utilizado en Bragado fue aprovechado, efectivamente, para destinarlo a una institución que agregaba su halo de prestigio a las importantes obras de la “nueva Capital”.

Rocha ubicó el Observatorio en el eje de los objetivos iluministas de su ciudad, atribuyéndole la capacidad de fomentar “el gusto por el estudio de las ciencias en todas sus manifestaciones”, como forma de acrecentar en La Plata “las calidades morales e intelectuales de sus habitantes”.¹⁸⁸ Aquellas aspiraciones se vincularon a su vez a la realización de trabajos estrictamente astronómicos y otros de inmediata utilidad pública.

El 20 de noviembre de 1883 estos afanes quedaron plasmados en el decreto por el que fue encargada la construcción del respectivo conjunto edilicio al Departamento de Ingenieros, recayendo la responsabilidad del proyecto en Pedro Benoit y la de su ejecución en Jorge Coquet, Francisco Lavalle y el propio Beuf, a la postre primer Director del Observatorio. La localización inicialmente prevista en la manzana delimitada por las Avenidas 51 y 53 y las calles 22 y 23 –frente a lo que sería luego el Parque San Martín-, fue modificada a pedido de la Comisión administradora de la obra y después de evaluar su construcción en una manzana periférica del casco urbano,¹⁸⁹ el Observatorio finalmente fue

187. Integraron la “Comisión para concurrir a las observaciones del Pasaje de Venus” el ingeniero Francisco Lavalle, Presidente del Departamento de Ingenieros; el ingeniero Carlos Encina, por la Sección de Geodesia del mismo Departamento; y Francisco Beuf, Director de la Escuela Naval.

188. *Cfr.* Simón Gershanik, *op. cit.*, p.280.

189. La manzana destinada al Observatorio estaba delimitada por las calles 68, 69, 16 y 17.

destinado al punto geográfico opuesto al inicialmente previsto dentro del eje monumental, esto es al Paseo del Bosque, donde sus obras comenzaron en 1883¹⁹⁰ y quedaron finalizadas en 1888.

Su definitiva ubicación encontraba cierta sintonía con los paradigmáticos Observatorios de Greenwich, que el Rey Carlos II de Estuardo encargó Christopher Wren en 1675 en el Parque Real del mismo nombre, a orillas del Támesis y el de Madrid mandado construir por el Rey Carlos III de Borbón en 1790 y diseñado por Juan Villanueva, cuando en el Parque del Retiro se proyectó una suerte de acrópolis científica que se dio en llamar “la Colina de la ciencia”. Ambos Observatorios europeos eran partícipes de una búsqueda de formas en el repertorio artístico clásico para atender a este programa esencialmente moderno, que originaba la adición de curiosos envoltorios a la gran cúpula central que condensaba la función básica de observar, para disimularla dentro de una tipología palaciega en el caso inglés o dentro de una suerte de “templete” en el caso español.

Pero a diferencia de aquellos antecedentes reales, las características físicas del Observatorio platense obedecieron a una clara voluntad de librar de adiciones a los espacios para observar, y conformar con esas áreas complementarias un conjunto edilicio autónomo. De ahí que no fuera ni Palacio ni Templo y las casi ascéticas cúpulas plateadas que contienen los telescopios reflector y refractor, se diseminaran entre las instalaciones de un amplio complejo que ofrecía, dentro del Bosque, un escaso impacto visual. El edificio principal con una clásica planta claustral de clara predominancia del neorrenacimiento italiano en sus signos exteriores, albergó las funciones administrativas y las salas de investigación, mientras que otras instalaciones independizadas comprendieron la vivienda para el director. Tales comodidades fueron suficientes para reemplazar con holgura a las dos casillas de madera equipadas con el instrumental proveniente de Francia, las mismas que después de haber constituido la estación observadora del paso de Venus en Bragado en diciembre de 1882 fueron rearmadas en el Paseo del Bosque. Con estas instalaciones podía dar comienzo en La Plata una labor que agregó a la observación para el estudio de la constitución física de los astros, la determinación de la posición geográfica exacta de los puntos principales de la Provincia y la puesta en funcionamiento de la Oficina Meteorológica que prolongaba los estudios en la materia iniciados en Córdoba por Gould en 1872. Los vínculos científicos con Francia que dieron origen al instrumental del naciente Observatorio argentino, prosiguieron y en el *Bulletin Astronomique*, la principal revista astronómica francesa, pronto aparecieron referencias al nuevo establecimiento platense, como también al principal propósito que perseguía Dardo Rocha con este emprendimiento científico. El mismo consistía en realizar la medición de un arco meridiano argentino para precisar la forma de la Tierra y realizar la carta del territorio de la Provincia de Buenos Aires. El tema llevó a Rocha a prolongar las vinculaciones científicas francesas y buscar en Italia la colaboración del eminente astrónomo Schiaparelli, Director del Observatorio de Breva, prestigiosa institución fundada en Milán en 1726.

190. Ese mismo año fue adoptado con acuerdo internacional el meridiano del Observatorio de Greenweech como meridiano cero, estableciéndose a partir de ese punto el sistema de husos horarios internacionales.

Asimismo el Observatorio de La Plata también fue pensado para distribuir el tiempo en la ciudad, a través de hilos telegráficos que habrían de unificar la hora para que la Municipalidad y la Casa de Gobierno usaran su principal emblema, la torre principal y la transmitieran a través del reloj que contenían.

Biblioteca y Museo

Los restantes pilares de la ciencia positiva que incorporó el plan fundacional de La Plata, vinieron a afianzar un carácter moderno que parecía anticipar el advenimiento de una sociedad ideocrática. Si Sarmiento se regocijó al ver cómo esa ciudad se corporizaba rápidamente merced al “golpe del martillo, el silbato del vapor y la respiración agitada de esos motores que dominan lo que hay que destruir para la gran obra”, haciéndole sentir que estaba “en Norte América”; un nuevo viaje terminó de convencerlo de que allí estaba condensado aquello que pretendía para el futuro de la Nación. La modernización técnica era paralela a la modernidad cultural, el movimiento intenso no se escindía de la creación de espacios para el cultivo de las ideas, y las escuelas en construcción pronto se vieron superadas en importancia por una obra que concitó su presencia para la inauguración parcial en 1885. Esta suerte de “ciudad letrada”, que parecía reunir materialmente la figura metafórica con la que Rama describió el rol central que le cupo al mundo urbano en la historia latinoamericana, afianzaba su afán ideocrático con la apertura del mayor Museo del país “en lo que fue hasta ayer la Pampa, lisa como en el mapa, esperando la simiente de los bosques que habrán de cubrirle”.¹⁹¹

El episodio servía de marco ejemplar para dar toda una definición de la modernidad propugnada bajo precisas pautas evolucionistas. El paso gradual de las formas simples a las complejas, del mundo natural al de las ideas, en tanto precisas mediaciones que podía contener el binomio inmovible del campo inculto y la ciudad letrada o mejor aún de la barbarie y la civilización, quedaba matizado en un elocuente relato que trazaba ese trayecto, partiendo de la actividad pastoril para culminar en el Museo. Imaginándose que “uno de los antiguos campesinos nacidos y criados en estos alrededores donde pacían no ha mucho sus rebaños secuestrados en su estancia (...) fuese invitado a una fiesta por sus hijos a quienes cuidó de desmontarlos del caballo y darles colegio aún siendo grandecitos. ¡Qué sorpresa si le mostrasen complacidos, el primer objeto de ostentación, una ciudad por ellos creada de todas piezas, mientras crecían los terneros de sus vacas” y un Museo como el que inauguramos hoy!”.

En un lapso temporal de dos generaciones quedaban comprendidas las instancias que se suceden en el paso de la vida pastoril a la escuela y más aún a la ciudad moderna, hasta llegar al Museo que aparecía para exaltar esas distancias y cristalizar en el muestrario fosilizado que contenía los estadios previos de la historia natural y política del país, aquellos que ya habían sido separados de su historia para situarse en la prehistoria. La evolución que conducía al futuro necesario de la Nación

191. Domingo Sarmiento; “El Museo de La Plata” (1885), en *Obras Completas*, Tomo XXII, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001, pp.239-241, p.239.

podía ser encontrada ahora más que nunca en el devenir de La Plata, cuyo carácter era el resultado del “espíritu argentino que ha venido desde la Independencia atesorando nociones sobre edilidad, higiene, ornato y arquitectura civil, sin poder en sus antiguas ciudades hacerlas prácticas por falta de espacio”.¹⁹² Aquello que a la vista de un *nation builder* era la demostración de que las ideas modernas no faltaban, sólo debían encontrar el sitio donde poder prosperar sin las ataduras que imponían los rastros aún vigente de la tradición hispana, permeaba la percepción de un “intelectual específico”¹⁹³ que era un modélico ejemplo de la habitual inespecificidad del intelectual devenido en político, y precisamente *factotum* del Museo: Francisco Pascasio Moreno.

Los antecedentes del Museo de La Plata se remontan al Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, conformado en 1877 con el fondo de las colecciones particulares de Moreno que se componían de 15.000 piezas óseas. Ellas habían nacido de las exploraciones que le permitieron a Moreno dar con los restos del “patagón antiguo” y exponerlos en 1874 ante la *Société d’Anthropologie* de París dirigida por Paul Broca, para fundamentar la teoría que proponía a la Patagonia como cuna de la humanidad.¹⁹⁴ La colección contenía 400 cráneos de antiguas razas extinguidas y 100 de “indígenas actuales”, según señalaba Moreno al momento de constituirse el originario Museo nacido por impulso de Vicente Quesada y habilitado en el cuarto piso del antiguo Teatro Colón de Buenos Aires. Él se sumó a otros dos Museos existentes en las mismas condiciones de precariedad, como eran el de la Sociedad Científica inaugurado en 1875 y con el que aquel compartía su localización, y el Museo Público que desde hacía una década funcionaba en la Manzana de las Luces bajo la dirección del naturalista alemán Germán Burmeister.

La nueva situación de estabilidad política vislumbrada a partir de la federalización de Buenos Aires, indujo a Moreno a redoblar una apuesta hacia la obtención de crecientes reconocimientos para su institución: tras pasar de ser colección particular a Museo provincial, el íter se completaría alcanzando el status de Museo Nacional. Eso fue lo que gestionó cuando Julio A. Roca asumió la presidencia, sometiendo a su consideración un proyecto que el Poder Ejecutivo dejó a consideración del Senado de la Nación. Sería un Museo Nacional que, a escala de los “descubrimientos realizados en Europa, Egipto, Asia y especialmente en los Estados Unidos, México y el Perú”, debería estimular “el estudio y conocimiento perfecto de su historia antigua y moderna en toda la extensión reclamada por las

192. *Ibidem*.

193. Michel Foucault habla del “intelectual específico” como aquel que “deriva, no del jurista notable, sino del sabio experto. (...) Es sin dudas con Darwin o quizás con los evolucionistas post-darwinianos cuando comienza a aparecer claramente”. Su actuación signa “las relaciones tormentosas entre evolucionismo y los socialistas, los efectos muy ambiguos del evolucionismo (por ejemplo sobre la sociología, la criminología, la psiquiatría, el eugenismo). Señalan el momento en el que en nombre de una verdad científica local se da la intervención del sabio en las luchas políticas que le son contemporáneas”. Michel Foucault; *Microfísica del poder*, *op. cit*, p.196.

194. Mónica Quijada; “Imaginando la homogeneidad: la alquimia de la tierra” (pp.179-218), en Mónica Quijada, Carmen Bernard y Arnd Schneider; *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, CSIC, Madrid, p.180.

ciencias”.¹⁹⁵ Al mismo tiempo estaba en tratamiento en la Cámara de Diputados un proyecto para la instalación de un Museo Industrial, impulsado por el Centro Industrial Argentino.¹⁹⁶

Ante estos dos modelos de Museo que simultáneamente se disputaban la asignación de recursos del Estado Nacional para su habilitación, como señala Schmidt, Roca tomó partido por una solución muy cercana a la que componía la segunda opción, como era la propuesta de crear un Museo de Productos Argentinos que ubicó en el lanzamiento de su “primer paquete de obras públicas”.¹⁹⁷ La representación del pasado era el objetivo central del Museo de Moreno. El de Roca era un Museo orientado hacia el futuro, donde quedarían expuestos objetos que estaban por hacerse. En la búsqueda de apuntalar la idea de Nación, uno recurría a materiales que harían posible construir su historia, mientras que el otro se dirigía hacia la difusión de productos de mercado.¹⁹⁸

El Museo de Roca nunca se concretó, y cuando parecía que habría de consumarse la más académica propuesta de Moreno la cuestión quedó a expensas de la promulgación del correspondiente Decreto presidencial que nunca llegó. Las desavenencias de Moreno con el poder público nacional significaron mucho menos una frustración que una oportunidad para lanzar su propuesta en la “nueva Capital” provincial.

Precisamente en una “ciudad letrada” que parecía trascender a Buenos Aires en modernidad, Moreno encontró el contrapunto ideal de la reconstrucción del pasado perseguida a través de un Museo que reemplazaba la condición negada por un estadio superador autoimpuesto dentro del íter evolutivo: en la ciudad nueva conjugaría pasado y futuro a través de un Museo que por sus alcances ya no sería Nacional sino “el gran monumento elevado a la historia del hombre en América”.¹⁹⁹

El iluminismo que irradiaba del orden planimétrico de La Plata signó entonces la armoniosa incorporación de la institución de Moreno a la ciudad de Dardo Rocha. De hecho, la “nueva Capital” tuvo entre las obras previstas dentro de su plan fundacional a un edificio para la Biblioteca, Museo y Archivo General dentro del eje monumental definido por las Avenidas 51 y 53, a la altura de las calles 9 y 10. Y precisamente para su materialización, el decreto del ejecutivo provincial del 31 de octubre de 1882 dispuso la creación de una Comisión Administradora compuesta por Aristóbulo del Valle, Manuel Frelles y el propio Francisco Moreno. Incluso esta filiación entre la naciente ciudad ideal y el gran Museo, fue remarcada por el naturalista brasileño Ladislau Netto, Director del Museo Nacional de Río de Janeiro, cuando después de los fastos por la fundación de la ciudad le transmitió al Gobernador

195. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores*, Buenos Aires, 13 de setiembre de 1881, p.713.

196. Proyecto suscripto por Enrique Besio Moreno, Nicolás Calvo y Carlos Bouquet. *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 6 de julio de 1881, p.279.

197. El proyecto fue elaborado por el arquitecto Francisco Tamburini por encargo directo de Roca. Su ubicación prevista era la manzana donde finalmente fue construida la Escuela Roca proyectada por el arquitecto Morra. Claudia Schmidt; “El efecto de la arquitectura. Carácter público y estilo nacional en el Museo de Historia Natural de La Plata. 1884-1888”, en *IV Jornadas de Estudios e Investigaciones. Imágenes, palabras, sonidos, prácticas y reflexiones*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001, pp.27-43.

198. *Ibidem*.

199. “El Museo de La Plata”, en *Revista de La Plata*, La Plata, 22 de abril de 1887, p.378.

de la Provincia de Buenos Aires su gratitud por las medallas conmemorativas de aquel acto recibidas y el espacio que las primeras páginas de la prensa de su país dedicaron a ese acontecimiento al que apreciaba “tanto como la planta de la nueva Capital”. Las acciones protagonizadas por Rocha en el plano político y urbanístico, lo investían de suficiente autoridad científica como para que Netto le anticipase su proyecto de Exposición Antropológica Americana Continental y Congreso de Americanistas que presidiría el Emperador del Brasil y para el cual contaba con la colaboración de Francisco Moreno que, por su parte, le había adelantado dos meses antes que preparaba una Exposición Antropológica Argentina.²⁰⁰ La epístola del brasileño al exaltar la importancia internacional de la planta de la ciudad de Rocha y la Exposición de Moreno que éste ubicaba en directa correspondencia con su proyecto de Museo, daba por descontada la simbiótica confluencia entre ambas figuras y la materialización conjunta de sus propósitos.

Tal simbiosis quedó plasmada, aunque no bajo la administración de Rocha sino de su sucesor, Carlos D’Amico, quien el 19 de setiembre de 1884, dispuso la creación del nuevo Museo. Sería a la vez Museo Público y el Museo Antropológico y Arqueológico nacido en la órbita provincial que, luego de producida la federalización de Buenos Aires, se reabría en la “nueva Capital” para agregar un nuevo prodigio a la ciudad en formación. La Capital Federal, por su parte, se reservaba para sí el Museo Público que dirigía Germán Burmeister, luego de ser elevado al rango de “Nacional”.

El decreto de D’Amico también estableció una conjunción de actividades entre el Museo y la Biblioteca que expresaban intereses académicos comunes pero también situaciones fácticas, como la imposibilidad de disponer para la Biblioteca de la manzana inicialmente prevista en el eje cívico, la cual había sido vendida por el Estado a una sociedad privada encargada de levantar lo que sería el Teatro Argentino. A pesar de la planificación general a la que eran sometidos los espacios públicos de la “nueva Capital”, para el surgimiento de estos ámbitos de la cultura científica costaba apartarse de un habitual modo de operar por el que esas actividades se veían obligadas a convivir forzosamente en edificios que atendían otras funciones. Las condiciones de precariedad de los Museos de Buenos Aires en el antiguo Teatro Colón y en la Manzana de las Luces, se prolongaron en La Plata cuando, merced a una solución provisoria, su Museo -que unificó las incumbencias dentro de las prioritarias Ciencias Naturales- y la Biblioteca de La Plata iniciaron sus labor bajo la dirección de Moreno en los “altos” del palacio del Banco Hipotecario Provincial (Avenida 7 entre 46 y 47).

Mientras esto sucedía ya le había sido asignado un lugar del sector oeste del Paseo del Bosque de La Plata, para que sea instalado definitivamente y se convierta por años en el único Museo de la Argentina que tuvo un edificio diseñado especialmente para que sea dedicado a esa función acompañada de otra definitiva aunque sólo para atender los requerimientos de la primera institución. El Museo fue implantado en el centro del sector oeste del Paseo del Bosque,²⁰¹ mientras la Biblioteca

200. “Carta de Ladislau Netto a Dardo Rocha”, Río de Janeiro, 20 de febrero de 1883, Documento N°514, Museo y Archivo Dardo Rocha.

201. Dentro del sector delimitado por las Avenidas 1, 52, 122 y 60, su precisa localización coincidió con la

Pública efectivamente se localizaba en el eje fundacional, aunque no en un edificio propio. Lo hacía en 1887 en uno de los dos torreones esquineros que poseía el gran Palacio de la Legislatura habilitado ese año, el que se halla en Avenida 51 y 8, cuando era Director de la Biblioteca Augusto Belin Sarmiento, sobrino del *nation builder*.

Museo y evolución: la struggle for life representada

A cargo del proyecto y la ejecución del Museo estuvo el sueco Enrique Aberg, compañero de Moreno en la Sociedad Científica Argentina y como aquel, distanciado circunstancialmente del poder nacional donde hasta 1884 se había desempeñado por una década como Arquitecto e Inspector en Jefe del Departamento de Ingeniería Civil del Ministerio del Interior. Precisamente mientras ocupaba esa función, Aberg había realizado en 1876 el edificio para la Academia de Ciencias Exactas de Córdoba y proyectado en 1882 una sede para la Universidad de Buenos Aires frente a Plaza San Martín, en lo que eran precisos antecedentes programáticos que avalaban su contratación directa para llevar a cabo el Museo de La Plata. Lo acompañó en la realización del proyecto el alemán Carlos Heynemann, con quien ya había realizado anteriores trabajos, en tanto que fue el propio Aberg quien se encargó de la ejecución de la obra con el permanente seguimiento de Moreno, verdadero *factotum* desde el mismo momento fundacional de La Plata, cuando en 1882 integró la Comisión Administradora del Museo creada por Rocha.

El Museo de La Plata tuvo su sede en un edificio de notables proporciones que conjugó eficazmente los ambiciosos objetivos de Moreno con la autorización normativa del clasicismo helénico que animaba las principales preocupaciones estéticas de Aberg,²⁰² quedando destiladas por una firme idea de dar por medio de esa fusión con el “carácter nacional”.²⁰³ Y en esa operación combinó la búsqueda de los orígenes, con la proyección americana de una institución llamada a complementar los alcances de la estadounidense *Smithsonian Institution* (1846), que en 1879 dio origen al Museo de Historia Natural de Washington.

Era, por sobre todas las cosas, un templo griego que reforzaba su singularidad en el bucólico paisaje de un bosque de eucaliptos y robles, donde quedaba acentuada la compacidad de un recinto que parecía exaltar la platónica distancia del mundo real establecida para delimitar y custodiar el universo de la ideas. La elocuencia de una arquitectura que buscaba traducir el poder del discurso

intersección de las imaginarias prolongaciones de una línea media entre las calles 56 y 57 y de otra entre las calles 117 y 118.

202. Esas preocupaciones pueden advertirse en su intervención en la Sociedad científica. “Para encontrar los verdaderos elementos que sean dignos de formar la base del templo libre (...) será preciso volver atrás, hasta los tiempos clásicos de los griegos. Solamente entre los compatriotas de Homero y Phidias se hallaban establecidos los verdaderos principios de lo bello y con sus obras que las han transmitido hasta nosotros. El siglo presente ha comprendido la necesidad de familiarizarse con las artes griegas”. Enrique Aberg; “La Casa particular en Pompeya y la de Buenos Aires”, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Coni, Buenos Aires, 1878, p.116.

203. La idea de “carácter”, como un refuerzo de la nacionalidad expresado en el Museo de La Plata, es abordada por Claudia Schmidt; *op. cit.*

científico a las formas físicas para revelar sus más profundas verdades y educar con su sola presencia, lo convertía en el más adecuado cobijo de una institución que a poco de inaugurada el naturalista norteamericano, Henry Ward, vio en 1887 entre las diez mejores de su tipo en el mundo. Ward repartió sus elogios entre los espacios y las piezas representadas, entre el ambiente general de una ciudad “única en su género” que “en ciertos aspectos no existe probablemente su igual en el mundo entero”,²⁰⁴ y las colecciones del Museo de La Plata que no se hallaban en “ninguno de los museos públicos o privados de los Estados Unidos hoy, ni en museo alguno de las capitales de Europa”.²⁰⁵ En esa ciudad “levantada por encanto en el desierto”, con “suntuosas avenidas y bulevares” y edificios públicos concebidos como “verdaderos palacios por sus grandes dimensiones y pomposa arquitectura”, capaz de sorprender y deleitar a cualquiera que “venga de Londres, París o Nueva York”,²⁰⁶ se hallaba el Museo, “sencillo y de elegante ornamentación”, con precisas señales “para quien busca en el estilo arquitectónico alguna indicación del objeto y de los propósitos de un edificio”.²⁰⁷

Ward remarcaba algo que precisamente signó al origen del edificio de Aberg y Heynemann, como era la necesidad de hacerse cargo, desde las formas, de un problema consistente en transmitir la historia de la evolución al más amplio espectro social. Aún en la severidad del tratamiento exterior, hubo un importante lugar para que motivos estéticos irradiaran esta idea. De este modo, doce hornacinas dispuestas a ambos lados de la portada, entre pilastras dóricas, pasaron a albergar los bustos de Bouchet de Perthes, Lamarck, Winckelmann, Blumengach, Linneo y Cuvier, a un lado y de Humboldt, Azara Darwin, D’Orbigny, Broca y Bravard, al otro. A ellos también se pensó sumar los bustos de otros naturalistas hasta completar los sesenta y dos espacios entre pilastras que se hallan en el resto del edificio.²⁰⁸ Al mismo tiempo, pinturas y bajorrelieves con motivos prehispánicos -esgrafías de Guillermo Zitzow- aparecían por primera vez en un edificio público de argentino al relato las civilizaciones aztecas y mayas,²⁰⁹ dando cuenta de una voluntad expositiva que desbordaba las representaciones contenidas en el interior y los límites que la alta cultura imponía para admitir motivos ornamentales de procedencia prehispánica. El “carácter nacional” buscado en el “estilo” del edificio, llevaba el sello de esta integración entre dos orígenes: los de la cultura, situados en la Grecia clásica y los de la naturaleza, situados en el “hombre arcaico de América”.

204. Henry Ward; “Los Museos argentinos” (pp.146-151), en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I, La Plata, 1891, p.146.

205. *Ibidem*, p.149.

206. *Ibidem*, p. 146.

207. *Ibidem*.

208. Mario Teruggi; *Museo de La Plata. 1888-1988. Una centuria de honra*, Fundación Museo de La Plata, La Plata, 1998, p.36.

209. Alberto De Paula; *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura*, Banco de la Provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1987, p.179.

La misma escalinata de acceso participa de esta expansión retórica, que fluye por las esculturas de conminadores tigres con dientes de sable o esmildontes que la flanquean -realizadas por el veneciano Víctor del Pol-, para exaltar la importancia de nuestro país, revelada en muestras de una singular fauna representativa de tiempos remotos. Era el anticipo acorde a la imponente del gran pórtico hexástilo de capiteles corintios, con su frontis decorado por una alegoría de la ciencia -también a cargo de del Pol-, que interrumpe la compacidad del recinto longitudinal de 135 metros, para marcar el eje transversal de 70 metros que destaca con especial énfasis el momento del acceso. El pórtico con su frontis establecían una directa asimilación semántica con la idea de Museo que sólo era un anticipo de la voluntad de transmitir desde las formas muy densos significados. Ellos provienen especialmente de la muy difundida noción lamarkiana, con la que a menudo se leyó al segundo Darwin,²¹⁰ y fluyen en la manera de traducirla arquitectónicamente haciendo que la forma siga la función. Como corolario de este afán surgió la metafórica forma elíptica de la planta general que opera de representación arquitectónica del darwiniano “anillo biológico que principia en el misterio y termina con el hombre”.²¹¹ La respuesta que Aberg y Heynemann dieron a una búsqueda de llevar la evolución a las formas, traducía a las formas el pensamiento de Moreno, influenciado por el paleontólogo Albert Gaudry.²¹² Sin embargo a las ideas del francés que pudieron volcarse en 1885 al Museo de París, Moreno trataría de sobrepasar a través de un establecimiento que a diferencia de aquel “sería general, no paleontológico solamente”. A partir de allí la idea de evolución podría corporizarse en forma plena, a través del movimiento de los visitantes desde el mundo inanimado del mineral y la piedra al desarrollo de la vida en el planeta, hasta culminar en el ser humano.²¹³

Una rotonda contigua al pórtico de acceso, marca a través de un fuerte gesto simbólico la epifanía de la exhibición, el punto hacia el que confluyen las galerías de la exposición interior para iniciar el relato iconográfico y cerrarlo en el mismo sitio. Es decir para destacar con un rasgo de alteridad formal comienzo y culminación de la muestra, que era también la evolucionista secuencia que comprendía el principio y el devenir de la vida. La rotonda ofrecía al visitante una síntesis de la muestra general revelada en los frescos ubicados sobre los dinteles de las ocho aberturas que delimitan su circunferencia, donde interpretaciones científicas de la época se suceden para reforzar la noción de

210. Como ha sido estudiado por Dora Barrancos, aquello que sería interpretado como “el darwin-lamarckismo” de la segunda etapa (el de *The Descent of man, and selection in relation to sex*, 1871) fue introducido en el campo social vía Haeckel, y tuvo un fuerte impulso en sectores que confiaban en la movilidad social proveniente de la superación de los individuos por la influencia del ambiente. Véase Dora Barrancos; *La escena iluminada. Ciencias para los trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1996, p. 61-97.

211. Francisco Moreno; “El Museo de La Plata. Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo” (pp.27-55), en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I, La Plata, 1891, p.39.

212. Moreno transcribe una frase de Gaudry que ilumina las ideas invocadas en la creación del Museo de La Plata. Al referirse a la realización de un gran Museo de Paleontología para el “Jardín de las Plantas” Gaudry señalaba: “Como pienso que la vida sea continuada a través de todas las edades formando encadenamientos desde sus primeras manifestaciones hasta su desarrollo de los tiempos actuales, quisiera que el Museo de paleontología tuviera la forma de una larga galería donde se seguiría sin interrupción la serie de los seres fósiles”. *Ibidem*.

213. *Ibidem*, p.39.

recorrido con fragmentos de lo que el visitante iba a encontrar o ya había encontrado, situándolos en escenas de la vida cotidiana del hombre primitivo o en el paisaje de otro momento geológico.²¹⁴ Allí quedaba sintetizado el plan descifrado por el científico tras el aparente desorden de la naturaleza, donde, bajo el misterio que ella encierra, descubre también el plan que contiene a futuro.²¹⁵ El pórtico de acceso y la rotonda, se integraban para condensar un fuerte simbolismo que daba una reinterpretación moderna a la función que cumplían ambos elementos en el Panteón romano: el Templo de los dioses ahora devenía en el recinto para la sacralización de la ciencia. El antecedente directo lo constituían las reelaboraciones clásicas del prusiano Karl Friedrich Schinkel, ineludible referente teórico del mundo nordeuropeo donde se hallaba la Real Academia de Bellas Artes de Estocolmo en la que Aberg se formó entre 1863 y 1869. El Altes Museum de Berlín que Schinkel realizó en 1830 sistematizó distintos antecedentes para inaugurar una tipología de Museo, signada por la preeminencia de superficies murarias cerradas al exterior y el uso de iluminación natural de carácter cenital, y fundamentalmente, por la introducción en ese recinto expositivo de una rotonda precedida por un pórtico clásico. Antes que Schinkel, el Conde Algarotti había aludido en el siglo XVIII al uso de esos mismos elementos en la arquitectura de los museos, como forma de proyectar los significados clásicos del panteón al iluminista templo de la ciencia.²¹⁶ En la misma sintonía se encuentra el proyecto realizado por Étienne Louis Boullée para levantar un Museo que por su rotonda sea “un templo de la fama destinado a albergar las estatuas de los grandes hombres”.²¹⁷ Y avanzando más allá de estos antecedentes formulados en el plano teórico, fue Juan de Villanueva, con el Museo del Prado en las proximidades del Observatorio y la “colina de la ciencia” de Madrid, quien hacia 1800 dio materialidad a esas ideas. Su obra atendió a tres funciones simultáneas, Academia de Ciencias, Salón para las Juntas Académicas y Museo de Historia Natural, dentro de un único edificio albergante. Y precisamente la rotonda identificó plenamente el acceso al Museo de Historia Natural, cuya inauguración se vio interrumpida por los acontecimientos suscitados con la invasión de Napoleón y recién se produjo en 1819, aunque reconvertido en Museo de Arte para exhibir los cuadros de los conventos suprimidos y de los palacios reales, en un tardío correlato español de la apertura de las galerías del Louvre al pueblo producida después de la Revolución francesa.²¹⁸

Además de la articulación schinkeliana de la rotonda y la extroversión del pórtico, serán los hemicírculos situados en los extremos del eje longitudinal, los elementos que distinguen y singularizan universalmente al Museo de La Plata. La rotonda no configuraba el espacio central de la exposición sino, como se dijo, el simbólico inicio y final de un recorrido al que precisamente orientaban los

214. Irina Podgorny; “De razón a Facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918” (pp.89-104), en *RUNA* Volumen XXII, Buenos Aires, 1995, p.92.

215. *Ibidem*.

216. Nikolaus Pevsner; *Historia de las tipologías arquitectónicas*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979, p.135.

217. *Ibidem*, p.141.

218. Pedro Moleon; “Arquitectos para un Museo” (pp.12-21), en *AyV. Monografías de Arquitectura y vivienda* N°62, Madrid, 1996, p.12

hemiciclos que configuraban la forma elíptica, completando las peculiaridades de un repertorio de elementos ingeniosamente combinados para adecuarse lamarkianamente a las exigencias del plan de Moreno.

Los hemiciclos que tipológicamente remiten a una modélica respuesta de la tradición clásica para la realización de teatros, eran utilizados con absoluta libertad proyectual en una importante reinterpretación de ese sentido. Se trataba ahora de espacios que revertían aquel uso convencional, negando el punto focal de visión en el que debía hallarse la escena -y que era ahora un espacio inaccesible al público-, para desplazarlo al perímetro donde en verdad se encontraba el espectáculo, diseminado en varios episodios protagonizados por manifestaciones sociales y culturales del hombre americano en sus diferentes estadios evolutivos. Los cambios trastocaban la usual relación mantenida entre múltiples espectadores que observan un único punto de vista confluyente en “el” espectáculo, para generar múltiples espectáculos que tenían lugar en torno a una única mirada del espectador. Foucault se ha detenido en analogías buscadas entre el teatro como síntesis arquitectónica de una civilización del espectáculo que proporcionaba a todos un único acontecimiento, y la prisión como forma privilegiada de las civilizaciones de la vigilancia, de donde deviene el origen del panoptismo. Precisamente la distribución del Museo se hacía cargo del paso de una a otra instancia sometiendo la idea de espectáculo a aquella lección del control visual de los espacios, proporcionada por el Panóptico de Bentham,²¹⁹ que era novedosamente adaptada a las necesidades de un museo moderno.²²⁰

El Museo era un teatro de la ciencia que invertía la idea de la naturaleza para poder verla aprisionada y clasificada, después de vencida, y era un dispositivo que representaba eficazmente las distancias entre el punto jerárquico del observador y los puntos sometidos a esa observación que, en el caso del hombre americano, expresaban las mismas distancias que separaban la vida de la muerte.

En la teatralización del espacio y los protagonistas de la evolución reclusos en el Museo platense, se modulaban los valores nacionales que querían transmitirse, por medio de una historia natural que buscaba especialmente comprender la historia física y moral del hombre en un territorio

219. Bentham ideó el panóptico para cumplir cualquier función basada en la concentración y control de un grupo de individuos (ya sea que se aplique en cárceles, hospitales, manicomios, fábricas y escuelas), componiéndose de un edificio circular con celdas situadas en la periferia y una torre de vigilancia en el centro. Cada celda tenía dos ventanas, una hacia el exterior y otra hacia la torre de control, permitiendo que la luz la atravesara y al hacerlo proyecte la silueta del individuo (loco, enfermo, obrero, escolar) que se halla en su interior para que sea perfectamente controlado por una mirada centralizada. Foucault, Michel; “El ojo del poder” en Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Ediciones de la Piqueta, 1979, pp.9-28.

El esquema circular con una mirada dirigida hacia múltiples elementos dispuestos en el perímetro, permite también organizar la secuencia expositiva del Museo de La Plata (donde las piezas paleontológicas se agregan a las figuras previstas por Bentham para someterse a una mirada), y allí la idea de evolución queda matizada en las dos principales derivas del darwinismo: la relación del visitante con las vitrinas conjuga la estática del organicismo, signada por el punto fijo desde donde pueden verse múltiples episodios y la dinámica del movimiento ininterrumpido de una circulación denotativa del tránsito de lo simple a lo complejo.

220. Por ejemplo, una solución similar al Museo de La Plata en la forma exterior y a la vez radicalmente inversa en el funcionamiento interior, podrá verse en el Capitolio de La Habana, creado en 1925. Allí los remates absidiales son los teatros del poder legislativo.

que servía de amalgama para unir pasado y futuro.²²¹ Espacio y tiempo, que el cercano Observatorio medía físicamente en esa suerte de recreación de la madrileña “colina e la ciencia” que tenía lugar en el Bosque platense, expresaban también las dimensiones simbólicas que el Museo abordaba para acompañar al proceso de construcción del nuevo Estado nación que buscaba ensanchar sus límites geográficos y su densidad histórica. En tanto “categorías fundamentales de la experiencia humana”, nunca inmutables sino “sujetas en gran medida al cambio histórico”,²²² espacio y tiempo eran objeto de exploraciones dirigidas a establecer con sus definiciones las de la misma idea de Nación.

El Museo fue entonces un cualificado ámbito de legitimación científica para estrategias dirigidas a extender la idea de Nación, dando a la historia una “continuidad secular, objetivándola a través de las manifestaciones de la naturaleza -botánicas, zoológicas y antropológicas- en su marcha evolutiva sobre el territorio compartido”. Y al hacerlo actuaba como centro “rector y conductor de la ciencia y de la evolución del país”,²²³ “como una máquina aceleradora del tránsito de la barbarie a la civilización”.²²⁴ En el Museo quedaron enmarcadas institucionalmente las preocupaciones que signaron la personalidad de Moreno, por un lado realizando exploraciones que prolongaron las de quien comúnmente fue llamado “Perito”, asimilando su nombre a una función que resultó decisiva en el establecimiento de límites con Chile, para que surjan los mapas que establecían el perímetro de la Nación.²²⁵ Y por otro lado, desarrollando investigaciones que avanzaron sobre la tesis fundada en las piezas craneanas halladas por Moreno que proponían a la Patagonia como cuna de la humanidad y a la que Florentino Ameghino -primer subdirector del Museo- contribuyó a dar una notable difusión internacional.²²⁶

La advocación del evolucionismo permitía encauzar eficazmente las necesidades del creciente fervor nacionalista a través de un dispositivo pedagógico que reforzaba la presencia estatal en la sociedad civil. Por el Museo fluían las spencerianas interpretaciones sociales del darwinismo que

221. La territorialidad que impregna las estrategias presentes en la conformación del Estado-Nación argentino, son ampliamente desarrolladas por Mónica Quijada; *op. cit.*

222. Andreas Huyssen; *En busca del futuro perdido*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002, p.33.

223. Mónica Quijada; *op. cit.*, p.208.

224. Irina Podgorny, “De razón a Facultad...”, *op. cit.*, p. 94.

225. El desarrollo de la Cartografía impulsado por el Museo sirvió para diversas esferas del Estado. La Dirección de Ferrocarriles del Ministerio de Obras Públicas, la Sección Botánica y la Dirección de Minas, Geología e Hidrología del Ministerio de Agricultura de la Nación y la Dirección e Desagües de la Provincia de Buenos Aires figuran entre los organismos que requirieron de mapas realizados por el Museo. Irina Podgorny; “El acervo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación” (pp.157-168), en *Entre pasados* N°3, Buenos Aires, 1992, p.161.

226. Recientes aportes han profundizado el estudio de las condiciones que favorecieron desde el campo científico internacional la formulación de la teoría que señalaba a la Patagonia como cuna de la humanidad. Entre estos trabajos pueden citarse a Mónica Quijada; “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* Volumen 9 N° 2, Tel Aviv, 1998, pp.21-46; y Pedro Navarro Floria, Leonardo Salgado y Pablo Azar; “La invención de los ancestros: el ‘Patagón antiguo’ y la construcción discursiva de un pasado remoto para la Argentina (1870-1915)”, en *Revista de Indias* Vol.LXIV N°231, Madrid, 2004, pp.405-424.

favorecían el paso de la modalidad represiva a la ideológica, atendiendo al esquema de Ozlak,²²⁷ al ser ubicadas como fatalista refuerzo para describir y al mismo tiempo naturalizar la inferioridad de los “vencidos” en la “lucha por la vida”.

Quijada ha señalado la difusión que por esos años tuvo la obra del inglés John Lubbock sobre *Los orígenes de la civilización* (1870), en la que el interés por la detección de las “razas inferiores” y la creencia evolucionista de que estaban condenadas a desaparecer por el contacto con un medio más avanzado se conjugaba con las exigencias propias de una política imperial. La tesis central que inspiraba a aquella obra podía proyectarse a motivaciones científicas de Moreno que admiten la comparación cambiando el adjetivo “imperial” por el de “nacional”.²²⁸

Pocas veces ese paso de lo represivo a lo ideológico resultó tan visible como en este Museo, al que la “conquista del desierto” aportó valiosas colecciones de estadios evolutivos “anteriores” del hombre argentino. Los restos compuestos de “700 cráneos humanos y cerca de 100 esqueletos de razas que vivieron y viven en la Argentina sin contacto con los Europeos”, según lo describiera Coni en 1885,²²⁹ se complementaron con sobrevivientes de las expediciones militares, “indios traídos del desierto” en los que Sarmiento vio ese mismo año “muestras vivas del hombre prehistórico”, del mismo ejemplar que todavía ocupaba “mas o menos amansado por la civilización europea la mayor parte de América”.²³⁰ Era ese “ejemplar” que medio siglo antes Darwin encontró en los habitantes de Tierra del Fuego a los que calificó de “fósiles vivientes” y al que Sarmiento se refirió en *Conflictos y armonías de las razas en América* (1883) como una fatal perduración sin modificaciones desde que lo hallara Colón, y que ahora cobraba particular interés porque de él se ocupaba la ciencia en Europa, donde ya se había extinguido mientras estaba “aquí presente y vivo”.

La colección antropológica conformada se incrementó en 1889 con la importante donación de Estanislao Zeballos de cráneos de caciques indígenas,²³¹ que obtuvo, como cuenta en *Viaje al país de los araucanos* (1881), saqueando tumbas de Guaminí, Quethré Huinthrú y la sierra Lihue Calel durante la “conquista del desierto”. El Museo de La Plata capitalizó así el afán coleccionista que Zeballos desplegó en paralelo con el exterminio, en lo que fue la mas palpable demostración del modo en que lo indígena se integró a la cultura nacional: “los vencidos se transformaron en parte del territorio y en parte de los resultados científicos de la expedición militar. Los sobrevivientes se constituyeron en objeto de observación, al mismo tiempo que su cultura material y sus cuerpos pasaban a formar parte de aquello sobre lo que ahora tenía soberanía la nación y la ciencia”.²³²

227. Véase “Ámbitos de actuación y formas de penetración del Estado”, en Oscar Ozlak; *op. cit.*, pp.97-157.

228. Mónica Quijada; “Ancestros, ciudadanos...”, *op. cit.*

229. Emilio Coni; *Reseña estadística...*, *op. cit.*, p.92.

230. Domingo Sarmiento; “El Museo de La Plata” (pp.239-241), en *Obras Completas*, T.XXII, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001, p.241.

231. Irina Podgorny; *El argentino despertar de las faunas y las gentes prehistóricas*, EUDEBA, Buenos Aires, 1998, p.36.

232. Irina Podgorny; “La Patagonia...”, *op. cit.*, p.167.

Moreno podía así presentar orgulloso un gran salón de 400 metros cuadrados situado a la izquierda de la rotonda central, con cerca de mil cráneos que iban desde “el hombre testigo de la época glacial, hasta el indio últimamente vencido”,²³³ para alimentar su idea de que la Argentina era “una vasta necrópolis de razas perdidas”.²³⁴ Quijada se ha detenido para remarcar que este motivo de orgullo de Moreno contenía circunstancias más dramáticas aún de lo que parece a simple vista. En 1885 llegaron al Museo de La Plata tres caciques indígenas que fueron rescatados por Moreno de la Isla Marín García en las que estaban reclusos. Eran Inacayal, Sahyhueque y Foyel, que fueron convertidos en piezas vivientes para la exhibición y el estudio del Museo, verdaderos “arquetipos” de la raza en extinción, sobre los que la ciencia dejó pasar a la formulación de dos formas culturales de integración a la cultura civilizada. Sahyhueque y Foyel, que admitieron ser argentinos, recobraron -aunque precariamente- parte de las tierras que ocuparon, mientras que Inacayal que nunca asumió esa condición terminó sus días en 1888,²³⁵ pasando a acrecentar las colecciones de aquel gran salón de 400 metros cuadrados junto a los restos del “patagón antiguo” con el que Moreno inició sus investigaciones tendientes a demostrar el origen de la humanidad en la Patagonia.

El destino de los caciques Inacayal, Sahyhueque y Foyel fue una ejemplarizadora demostración de los vínculos íntimos que la idea de ciudadanía mantenía con la cultura científica finisecular. En un caso se desplegó la muerte física, como respuesta a la estigmatización de la otredad, y en el otro fue la muerte cultural, la renuncia a seguir admitiendo su identidad.²³⁶ Era toda una ejemplarizadora definición de la idea de ciudadanía que podía reconocerse en una institución creada en La Plata para el mantenimiento del orden, la Policía bonaerense, que sostenía que tras la campaña del desierto “el indio tuvo que hacerse ciudadano o perecer”.²³⁷

Años más tarde las colecciones reunidas en el Museo de La Plata le causarían una enorme sorpresa al español Federico Rahola y Tremols. “Allí están perfectamente clasificados y medidos; hablándonos de la capacidad intelectual y de las condiciones étnicas de los hombres que hasta ayer defendieron su suelo nativo del invasor, reducidos a mera curiosidad arqueológica. Los despojos de los indios que murieron en las luchas libradas para la conquista del desierto por los generales Roca y Villegas, los cementerios que conservaban los restos de sus antepasados en la proximidad de sus tolderías, están agrupados y clasificados en vitrinas, dándose el caso insólito de un pueblo sacrificado en aras de la civilización, desposeído de su suelo, cuyos restos han servido luego para formar las

233. Francisco Moreno; “El Museo de La Plata...”, p.46.

234. *Ibidem*, p.50.

235. Mónica Quijada; “Ancestros, ciudadanos...”, *op. cit.*

236. *Ibidem*.

237. Alberto Cortina y Juan Vucetich; *La Policía en Sud-América. Primer estudio general realizado por iniciativa del señor Luis Doyhenard*, Talleres Gráficos “La Popular”, La Plata, 1905, p.47.

colecciones de un museo zoológico (...). Los sabios estudian ya fríamente aquellos cráneos cual si fueren de una raza prehistórica”.²³⁸

Del suplicio provocado en la confrontación a la teatralizada presencia en las vitrinas de quienes lo padecieron, la civilización se explicaba en los restos de la darwiniana “lucha por la vida” llevada a cabo por el hombre americano que el Museo exponía. Aquel aserto adorniano que indica que el parecido entre museo y mausoleo no es solo fonético, parecía cumplirse taxativamente en una institución demostrativa de la funcionalidad que la historia natural podía tener en la construcción de un Estado nación moderno, donde la exposición de razas “pretéritas” se confundía con la de una suerte de museo de cera de la otredad que cumplía la función señalada por Huysen de “reforzar en unas personas el sentimiento de pertenencia y en otras el sentimiento de exclusión.”²³⁹

Esa era precisamente la idea de exposición que Moreno tenía en mente desde 1882 -cuando Netto preparaba la suya en Brasil-, alimentada por el inocultable afán de instruir que lo llevó a abrir las puertas de su establecimiento bastante antes de finalizadas las obras. La inauguración parcial de 1885, desafió miradas como la del viajero inglés llamado Hammerton, que lamentó el aspecto general del edificio “bastante ruin con el cemento descascarado, que no condice con su severo diseño griego”, para lograr con ese empeño que en poco tiempo el hombre común convirtiera al Museo “en un sitio de amena reunión”, donde “respetuoso, observa lo que contiene, se extasía ante una gallina con polluelos, un gato salvaje que sorprende a una perdiz, etc., y olvida la taberna que quizá lo lleva al crimen”.²⁴⁰ Es decir, donde las colecciones antropológicas y paleontológicas podían hacerse un lugar entre episodios cotidianos a través de una representación de la vida misma que, como tal, era pretendidamente realista aunque con el carácter ilusorio y declaradamente fingido de lo teatral.²⁴¹ Sólo así creía Moreno que podía el “pueblo inculto” acceder a un Museo que, siguiendo las recomendaciones de Ruskin, no debía ser un sitio de recreo sino de instrucción.²⁴² Esta forma de entender la difusión de la cultura científica también dejaba entrever ideas afines a las que llevaron a Le Bon a preocuparse por la imaginación popular regida, antes que por los hechos en sí, por la manera en que son representados.²⁴³ El Museo consecuentemente definía su rol central en una instrucción mediada por teatralizaciones del pasado que deparó a Moreno muchas gratitudes de funcionarios públicos encargados de sostener económicamente a la nueva institución, a la vez que acentuó las irreconciliables disidencias con

238. Federico Rahola y Tremols; “La Plata, villa de estufa”, *Sangre nueva. Impresiones de un viaje a la América del Sud* (1912), *cfr.* Pedro Barcia (pp.229-231); *La Plata vista por los viajeros. 1882-1912*, La Plata, Ediciones Juvenilia y Librería La Campana, 1982.

239. Andreas Huysen; *op. cit.*, p.43.

240. Francisco Moreno; “El Museo de La Plata...”, *op. cit.*, p.33.

241. Existe una ambivalencia entre lo ficticio y lo ilusorio dentro de la representación teatralizada de la realidad sobre la que reposa el sentido mismo del museo. Véase Juan Pimentel; *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons, Madrid, 2003. Especialmente, “La naturaleza representada: el gabinete de maravillas de Franco Dávila”, pp.149-178.

242. Francisco Moreno; “El Museo de La Plata...”, *op. cit.*, p.32.

243. Oscar Terán; *Positivismo y nación en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987, p.19.

Florentino Ameghino -quien hasta 1887 lo acompañó como Subdirector-, dado que éste demandaba colecciones para científicos y no armadas para el “vulgo”.²⁴⁴

La celeridad en la apertura al público del Museo, también obedeció a razones fácticas que apuntaban a consolidar su existencia, cerrando el proceso de gestación con la misma figura con la que se había iniciado. Como en 1887 expiraba el mandato de D’amico, Moreno requirió al Gobernador saliente que fije la fecha oficial de inauguración del, evento que finalmente tuvo lugar el 22 de abril de ese año -grabado en las escalinatas de acceso-, aunque las obras no culminarían sino más tarde cuando el Gobernador era Máximo Paz y ya comenzaba a desconfiarse de la utilidad pública de una obra de impresionantes dimensiones que no terminaba de insumir recursos del Estado.²⁴⁵

Ciudad y evolución: “Exposición retrospectiva argentina”

La inauguración definitiva del Museo podía ser entendida como el corolario de la confluencia del plan fundacional de La Plata con el de Moreno. Sin embargo su idea de Exposición en tanto *leiv motiv* que - como indicaba Netto- ideó en 1882 en coincidencia con el origen de la “nueva Capital”, los instaba ahora a buscar una respuesta que trascienda los objetivos ya alcanzados. De la mítica presencia en el Bosque de un Museo que describe la historia de la evolución, se pasaría a la Exposición, donde no sería ni el Bosque ni el Museo sino la “ciudad del futuro”, en la que ellos se hallaban, la que se exhibiría para dar cuenta a través suyo del avanzado estadio evolutivo de la Nación argentina. La ocasión para llevar a cabo esa Exposición sería las celebraciones del año 1892, cuando habría de cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento de América y el décimo aniversario de la fundación

244. Irina Podgorny; *El argentino despertar...*, op. cit., p.34.

245. En carta dirigida a Gonnet y D’amico el 18 de abril de 1887, Moreno fundamentaba su solicitud expresando que: “El número cada día mayor de personas que solicitan permiso para visitar este Museo, muestra la conveniencia que habria en ponerlo desde ya al servicio publico, pues si bien el edificio no esta terminado completamente, lo mismo que las colecciones y el libre transito por los salones que las guardan no perjudicará en nada los trabajos de construcción y organización. Lo hecho en los dos años y medio de existencia de este establecimiento, puede llenar en parte el objeto que se tuvo en vista al fundarlo y que fue el de propender al mayor progreso intelectual de la Pcia. El momento elegido para su creación, una vez cedido el Museo de Buenos Aires a la Nación, ha permitido adoptar un plan nuevo hasta ahora en los establecimientos de esta clase, en el que a los anchos horizontes para las investigaciones sobre el pasado y el presente de nuestro suelo, contribuyendo asi al mejor conocimiento de las leyes naturales que rigen el globo, agregando todo aquello que pueda ayudar al adelanto social y económico de nuestra patria. Al estudio de la evolución geológica y biológica de la tierra, le sigue el de la sociológica de sus habitantes, que comprende en sus variadas ramas humanas, principalmente el comercio y la industria, ramas que encontraran en el Museo, materiales provechosos, en la sección de materias primas y en las colecciones de publicaciones, fotografías y cartográficas destinadas a ese objeto y al adoptar este plan (cuyo entero mecanismo no es este el momento de exponer) para llevar a buen fin los trabajos.... he tenido en cuenta lo mucho que a los Museos debe el actual desarrollo de la cultura humana. ¡Cuántas relaciones internacionales, cuanto aumento de la riqueza pública, y por consiguiente de bienestar se debe a investigaciones hechas por sus laboratorios o ayudados por éstos! ¡Cuántas ciudades se han levantado en puntos desiertos donde los exploradores recogieron muestras, que depositadas en los museos, revelaron con sus etiquetas, al comerciante y al industrial la riqueza ignorada!, y todo esto sin mengua de los altos estudios abstractos que la naturaleza alimenta y que son los que indican al hombre en grandes líneas el camino del verdadero progreso. Una vez conocidas las colecciones que ya contiene el Museo de La Plata y los beneficios resaltados que producirá su examen, no dudo de que el publico secunde el pensamiento del Exmo Gobierno que lo fundó y que con la ayuda de ambos, pueda ser un dia poderoso factor para el adelanto de la República”. AHPBA, MOP, Letra M, Exp.78, Año 1887, Arch.2824.

de La Plata. En el propósito de densificar la idea de Nación a través de la historia, Moreno buscaba llegar con la Exposición hasta donde lo hacía la tesis del “patagón antiguo” y las formulaciones posteriores de Ameghino -de quien, por otra parte, ya se había distanciado definitivamente-. Esto es hasta los orígenes, que eran mucho más el producto de una invención que el resultado de descubrimientos científicos.²⁴⁶ Y al hacerlo, entraba en competencia directa con la Feria que la institución científica y museística Smithsonianiana comenzó a proyectar en 1889 para finalmente llevar a cabo en Chicago en 1893.

Justamente, también en 1889 comenzaron los preparativos de Moreno para realizar lo que denominaría “Exposición Retrospectiva Argentina”, donde pasado y futuro se conjugarían a través de sus expresiones urbanas: “la ciudad mas antigua (recuerdo la Buenos Aires de Pedro de Mendoza) y la mas moderna de la República, conmemorando hechos extremos de la historia humana sudamericana de cuatro siglos”. La Plata y Buenos Aires reflejarían dos momentos de la historia de la Nación que la Exposición buscaba construir: “la primera, el presente y grandioso porvenir, y la segunda el lento y prodigioso pasado; una los elementos con que contamos para seguir adelante, y otra los que han desaparecido después de actuar en larga lucha por la existencia desde lo ignorado hasta el día, para hacer que seamos lo que somos”.²⁴⁷ A través de La Plata podía situarse una mirada a futuro en contraste con las ruinas prehistóricas invocadas. El relato de la larguísima historia de la Nación que sería también la de la humanidad toda, condensada en una Exposición que involucraba el origen del hombre y la ciudad del futuro, haría hincapié así en los impulsos prospectivos de un pasado que por su magnitud permitía entablar cualquier tipo de competencia internacional. A quienes se preparaban para ver en Chicago “una enciclopedia ilustrada de la humanidad”²⁴⁸ Moreno les ofrecía “conocer nuestra ciudad (La Plata) que contará entonces con cien mil habitantes y cuya creación y desarrollo será la prueba mas elocuente de que las razas llamadas latinas tienen las mismas facultades de desenvolvimiento que las anglosajonas, en este suelo americano en donde el levantar ciudades en un día ya no es exclusivo de las últimas”.²⁴⁹

Desde los invertebrados a la fundación de La Plata, Moreno buscaba construir una historia capaz de unir naturaleza y cultura, la tierra y los indios, Colón y las luchas por la independencia, para tener como culminación un final feliz: el surgimiento de la Nación.²⁵⁰ Un final que volvía sobre el

246. Véase Pedro Navarro Floria, Leonardo Salgado y Pablo Azar; “La invención de los ancestros...”, *op. cit.*

247. Francisco Moreno; “Proyecto de una Exposición retrospectiva Argentina con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América” (152-159), en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo 1, La Plata, 1891, p.153.

248. Lema de la Exposición de Chicago creado por George Browne Goode *cfr.* Laura Vugman; “Conmemorando: del pasado del territorio a la historia de la nación argentina en las Ferias y Exposiciones internacionales del Cuarto Centenario” (pp.69-83), en *RUNA* Volumen XXII, Buenos Aires, 1995, p.76.

249. Francisco Moreno; “Proyecto de una Exposición retrospectiva...”, *op. cit.*, p.155.

250. “Que lapso de tiempo enorme podrá recorrer la imaginación, si es que realizamos tal Exposición retrospectiva!... La noción de años, siglos, miles de estos, sería vaga, pequeña, ante la magnitud del pasado”. Veremos “cómo se ha desarrollado, a través de las edades el territorio argentino de hoy. (...) Asistiremos a la aparición y desaparición de los menos favorecidos en la lucha desigual que se llama progreso, y así de etapa en etapa biológica, nos encontraremos frente a nuestro semejante”. (...) “Asistiremos a la lucha por la libertad y

“lazo biológico” que, como señala Quijada, el pensamiento nacionalista finisecular ideó en Argentina para establecer los vínculos orgánicos que aunaban el pasado y el futuro, dentro de la amalgama territorial que operaba de soporte simbólico.²⁵¹ Allí quedaban condensados los muy ambiciosos objetivos que surgían de una particular relectura del Libro de la Naturaleza que hacía Moreno para volcarla en una Exposición que habría de reforzar los sentimientos de nacionalidad a través de los aportes de la historia natural. En el trayecto que unía al “Patagón antiguo” a La Plata, quedaba delineada una noción teleológica que ponía en directa interacción al origen con el presente, a través de un movimiento ascendente que describía el desarrollo de los gérmenes iniciales en la prosperidad futura.²⁵²

El Bosque de La Plata enmarcaría el desarrollo de un evento en un entorno signado por la presencia de instituciones científicas: la Escuela de Artes y Oficios y la Facultad de Agronomía y Veterinaria -a las que nos referiremos más adelante- y especialmente el Observatorio Astronómico en el que Moreno veía a “uno de los dotados de mejores instrumentos del mundo”. Esa conjunción recibiría “aplauzo merecido por haber reunido en el parque de su Capital toda la historia de la labor humana para enseñanza de sus hijos, al lado de todo lo que la ha precedido en esta escena, desde las primeras formas vitales tangentes que el hombre ha descubierto entre las viejas rocas al querer trazar su árbol genealógico”.²⁵³ Otro atributo sería el Jardín botánico y zoológico, que, emulando al del Parque de Palermo integrado por Henry Ward a su elogiosa descripción de la cultura científica argentina, en 1890 fue instalado en las adyacencias del Museo con el estímulo de Moreno. Podía entenderse que este era ahora el complemento de las muestras vivientes que el Museo dispuso con los indios traídos del desierto a los que transformó en piezas de museo o ciudadanos.

Pero los sueños de Moreno como muchos emprendimientos alimentados por una era del progreso indefinido, se desvanecieron con la crisis de 1890. Está claro que La Plata no sería Chicago ni la disputa internacional con Estados Unidos por protagonizar las celebraciones de la llegada de los españoles a América tendrían asidero.²⁵⁴ Pero cabe situar esa desmesura en las mismas coordenadas del desenfrenado nacionalismo que le hizo pensar a Ameghino que “Darwin podía considerarse uno de nuestros sabios porque fue aquí donde recogió los materiales de su teoría”,²⁵⁵ algo que por otra parte también creía el propio Sarmiento, y sostener la insistente búsqueda de un pasado remoto que alimentaba la construcción discursiva del origen de la humanidad en Argentina.

festejaremos su triunfo, pero lamentaremos los tiempos difíciles porque atraviesan esos pueblos, que caen y se levantan hasta que se declara la ciudad de Buenos Aires cabeza de la nación y se funda La Plata, estableciéndose así, sobre bases sólidas, la nacionalidad argentina”. Francisco Moreno; *Ibidem*, p.153-154.

251. Mónica Quijada; “Imaginando la homogeneidad...”, *op. cit.* p.182.

252. Mónica Quijada; “Ancestros, ciudadanos...”, *op. cit.*

253. Francisco Moreno; “Museo de La Plata. Pápida ojeada...”, *op. cit.* , p.35.

254. Una primera aproximación a las proporciones de la “ciudad blanca”, ideada por Daniel Burnham y Frederick Law Olmsted para la Feria Colombina de Chicago, lo da el hecho de haber recibido a veintiocho millones de visitantes durante los cinco meses de 1893 que estuvo abierta al público.

255. *Cfr.* Oscar Terán; *op. cit.*, pp.14-15.

Y en este sentido, el plan de Moreno dirigido a extender el tiempo histórico, encontraría un éxito mucho mayor abordando el pasado antes que el futuro, donde su Museo trascendería las amplias expectativas que él mismo depositara en la “ciudad nueva” que lo contenía y que después de la llamada “crisis del progreso” nunca recobraría el ímpetu de la etapa fundacional

También encontró más rédito abordando el pasado remoto José Rodrigo Botet, ingeniero militar valenciano que tras actuar en el plan fundacional de La Plata, alcanzó un inimaginable prestigio al retornar a España e inscribir su nombre en la historia de su ciudad natal, pero no por haber participado en la creación de una “nueva Capital” dentro del continente americano. Lo hizo en cambio por trasladar en 1889 a Valencia restos de un gran megaterio junto a una vasta colección paleontológica, mientras Ameghino se lamentaba al advertir cómo la recolección de huesos fósiles se había convertido en una industria lucrativa, “cuanto menos para aquellos que la hacen desde un punto de vista mercantil”.²⁵⁶

Rodrigo Botet estaba en la Argentina desde 1875, cuando llegó huyendo del Estado español contra el que se alzó desde las filas del monárquico movimiento carlista,²⁵⁷ y en 1880 se integró a las tropas del Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Carlos Tejedor, que enfrentaron a las fuerzas nacionales. Luego de la derrota que precipitó la federalización de la ciudad de Buenos Aires se alistó con Dardo Rocha en las tareas fundacionales de la “nueva Capital” provincial, reorientando su profesión para desempeñarse como ingeniero civil. Simultáneamente fue conformando su propia colección paleontológica con obsequios recibidos y adquisiciones realizadas, mientras crecía su prestigio social hasta el punto de obtener la cooperación del Estado argentino en esa tarea a través de Enrique Carlés, Colector del Museo Nacional. Después de realizar un anteproyecto preliminar del trazado urbano de la “nueva Capital” provincial para la que propuso además la denominación de “Atlántida” alusiva a un mítico principio que parecía dirigirse a acentuar sus vínculos con el pasado prehistórico y tras dirigir las obras del Departamento de Policía, Cárcel y Bomberos, Rodrigo Botet partió en 1889 a Valencia, acompañado del propio Carlés, cumpliendo el propósito de donar a esa ciudad una colección que daría origen al segundo Museo de Historia Natural de España.²⁵⁸ El episodio que invistió de heroísmo a Rodrigo Botet, tenía como protagonista a una colección bastante completa de piezas óseas de un megaterio que llegaba a España procedente de Buenos Aires, del mismo modo que había sucedido 100 años antes cuando un ejemplar similar fue enviado al Gabinete de Historia Natural de Madrid, en lo que ha sido considerado el punto inicial de los estudios paleontológicos en el

256. *Cfr.* Irina Podgorny; *El argentino despertar...*, *op. cit.*, p.35.

257. Legajo R 1543, Archivo General Militar de Segovia.

258. “Era el indiano triunfador que venía a su tierra con las manos llenas, dispuestas a vaciarlas por causas nobles”. José Moreno Royo; *José Rodrigo Botet*, Manises, Ajuntament de Manises, 1994. p.18. El viaje comprendió una travesía en barco a Barcelona y en tren a Valencia, que se completó el 11 de agosto de 1889. *Ibidem.*

Río de la Plata, motivo de afirmación de la tesis del gran Georges Cuvier,²⁵⁹ y factor identificador de la región como lo pondría de manifiesto Sarmiento llamando “compatriota mío” a una réplica que en 1865 halló en el Museo Agassiz de Boston.²⁶⁰

La construcción discursiva del pasado remoto argentino, demostraba ser mucho más eficaz despertando la fascinación europea por esta suerte de recreación del mito de “El Dorado” en tierras pampeanas, atractivas ahora por sus fabulosas riquezas paleontológicas, que en la afirmación política de una Nación sin convulsiones para la que también estuvo destinada.

Capítulo 3. Redes culturales y dispositivos científicos en la agonía de la ciudad

Escuela de Artes y Oficios y Facultad de Agronomía y Veterinaria

La crisis económica desatada en 1889 hasta culminar en el *crac* del año siguiente, además de frustrar la Exposición de Moreno, coincidió con la formulación de otras de iniciativas para el desarrollo de saberes técnicos y científicos. La tendencia evolutiva parecía indicar que luego de la habilitación de numerosas escuelas graduadas, de quedar afianzada la enseñanza secundaria a través del Colegio Nacional y la Escuela Normal, y de ponerse en funcionamiento los pilares de la ciencia positiva (Observatorio, Museo y Biblioteca), el cuadro de instituciones educativas de La Plata requería sólo de dos iniciativas para completar todos los niveles: la enseñanza terciaria para una educación técnica y los estudios superiores. Pero en torno a la crisis, la llegada a esas y otras instancias de la cultura científica podrá producirse sólo cuando esa tendencia resigne ciertos márgenes de autonomía. En este sentido, nuevos espacios del saber van a aparecer ante la coyuntura dialogando con el poder de tres maneras bien diferenciadas, por sus intentos de proyectar las aspiraciones de distintos sectores de la élite a una preponderante vinculación con lo económico, con lo político y con lo social. Esto es, presentándose como un mecanismo válido para el crecimiento económico, buscando una vía de legitimación para sustituir una élite política, y ofreciendo técnicas de control social asentadas en un estadio de vigilancia generalizada de la sociedad.

De los intentos de vincular más estrechamente la esfera del saber a lo económico, emergió de un programa politécnico que en 1889 lanzó el Gobernador Máximo Paz, cuando éste se propuso trasladar a La Plata dos establecimientos que antes Dardo Rocha había incorporado a la órbita del Estado provincial. Ellos eran el Instituto de Agronomía y Veterinaria de Santa Catalina en Lomas de Zamora y la Escuela de Artes y Oficios de San Martín. El primero había sido reinaugurado por Rocha el 6 de agosto de 1883, persiguiendo el objetivo de estudiar las formas de mejoramiento en la

259. La descripción que hizo Cuvier del megaterio constituyó un episodio destacado en la historia de la anatomía comparada y la paleontología de vertebrados. Entre los trabajos que abordan el tema puede verse a José López Piñero y Thomas Glick; *El megaterio Bru y el Presidente Jefferson. Una relación insospechada en los albores de la Paleontología*, Universitat de València-CSIC, Valencia, 1993; Francisco Pelayo; *Del diluvio al megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España*, CSIC, Madrid, 1996 y Fernando Ramírez e Irina Podgorny; “La metamorfosis del megaterio” en *Ciencia Hoy* N°61 Volumen 11, Buenos Aires, 2001, pp.12-19.

260. Además del que fue llamado *Magatherium americanum* Cuvier, completaron la colección del Museo de Valencia ejemplares cuya denominación denota su origen rioplatense. Entre otros el *Glyptodon Muñizii* Ameghino, el *Estatus Punctatus* Ameghino y el *Smilodon Ensenadensis* Owen.

producción agrícola y ganadera de la Provincia aplicando avances biológicos vinculados a una muy favorable recepción de la teoría de Darwin, de donde por ejemplo derivaron tempranas experimentaciones de cruces de razas vacunas realizadas con ejemplares adquiridos directamente de Inglaterra.²⁶¹ Rocha volcó aquí, en un establecimiento existente, una preocupación por la educación práctica que pretendió sin éxito trasladar a la creación de un Colegio Modelo en La Plata. La Escuela de Agricultura de Santa Catalina, objeto de la reestructuración decidida por Rocha, llevaba una década de incierta existencia y sus antecedentes se remontaban a la Escuela Práctica de Agricultura y Jardín de aclimatación que Rivadavia fundó en 1823 en la Quinta de la Recoleta, donde actualmente se halla el Cementerio, según el plan general trazado por Domingo Olivera. El primer ensayo rivadaviano iluminó posteriores soluciones buscadas para favorecer la enseñanza de la agricultura en la Provincia de Buenos Aires, hasta cobrar forma cuando Eduardo Olivera (hijo de Domingo), siendo diputado provincial, realizó en 1867 un proyecto preliminar inspirado en el Instituto Grignon de Francia en el que había estudiado Agronomía diez años antes. El proyecto comprendía la propuesta de disponer su sede en Chivilcoy donde había “un espíritu público a favor de la educación como no se ha visto en pueblo ninguno de campo”. Al año siguiente la Legislatura Provincial aprobó la creación de este establecimiento que habría de dedicarse al estudio de la agricultura práctica y el de las artes y ciencias relacionadas con ella, aunque sin precisar la localización. Ella quedó definida en 1869 a instancias de lo propuesto por una Comisión integrada por miembros de la Sociedad Rural Argentina -de la que Eduardo Olivera fue Secretario y luego Presidente-, que realizó un plan general y para su implementación recomendó al gobierno adquirir la finca Santa Catalina con 800 hectáreas de superficie lindantes con el río Matanza, tierras óptimas para cultivos, un gran bosque y edificios de valor. En 1870 el gobierno adquirió la finca con instalaciones que al año siguiente fueron utilizadas como asilo y refugio ante la epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires, y luego de ese interregno el establecimiento comenzó a funcionar con tres áreas bien delimitadas de acuerdo a los sectores sociales a los que cada una de ellas estaba destinada: mientras la Academia formaría profesores y difundiría una científica enseñanza agrícola entre las clases acomodadas, de la Escuela Práctica saldrían buenos capataces y peones de campo educados en el conocimiento elemental de las mismas ciencias, y finalmente la Escuela de Jardinería, denominada luego de Horticultura, prepararía a jóvenes de familias “poco acomodadas” en el ejercicio de ese “útil arte”.²⁶² El plan comprendió un ambicioso proyecto edilicio a cargo del arquitecto Ernesto Bunge, que no fue realizado, utilizándose los edificios existentes para el inicio de las actividades. Una nueva etapa en el establecimiento de Santa Catalina se inició cuando Rocha, al comenzar su mandato en 1881, encargó un segundo

261. Esas acciones devinieron en gran medida de las recomendaciones formuladas por Ricardo Newton y Juan Llerena, quienes en 1882 fueron comisionados por Rocha para registrar los avances de la agricultura y la ganadería en el Reino Unido, los Estados Unidos y Australia. Véase Ricardo Newton y Juan Llerena; *Viajes y estudios de la Comisión Argentina sobre Agricultura, Ganadería, organización y economía rural en Inglaterra, Estados Unidos y Australia*, 10 tomos, Imprenta La República, Buenos Aires, 1882.

262. Jorge Tartarini; “Santa Catalina. Dos soluciones de arquitectura académica en un medio rural” (pp.49-58), en *DANA* N°12, Resistencia, 1980, p.49.

proyecto en el que intervino el arquitecto Juan Martín Burgos, contrató en Bélgica seis profesores para el dictado de las materias y lo convirtió en Instituto Agronómico Veterinario.²⁶³ Al frente quedó Mariano Demaría, para quien la institución que pasó a dirigir sería un emblema de la educación práctica requerida por Rocha, un espacio que desahogaba aquella vía de ascenso social perseguida tras el título de “doctor” que ya era vista con sobrada desconfianza por conspicuos miembros de la “Generación del ’80” y un medio capaz de revertir la decadencia de la ciudad por el afeminamiento de las costumbres.²⁶⁴

En tanto que el segundo establecimiento relanzado por Rocha, era la Escuela de Artes y Oficios que los padres escolapios crearon en San Martín, a partir de una preocupación de grupos católicos compartida con el Ministro de Instrucción Pública de Roca, Manuel Pizarro, por contribuir desde una enseñanza profesional a la formación industrial. Después de ordenar la construcción de una nueva Escuela de Artes y Oficios en Santa Catalina, Rocha evaluó la mayor conveniencia económica de adquirir el establecimiento católico de San Martín a través del Banco Hipotecario provincial, hecho que se produjo en setiembre de 1881 para que al año siguiente abriera sus puertas bajo la dirección del destacado normalista comteano, Alfredo Ferreira.

El insatisfactorio funcionamiento de ambas instituciones de formación técnica, llevó a que en 1887 Paz, del mismo modo que lo hiciera Rocha al iniciar su gobierno, invocara nuevamente la necesidad de su reestructuración, aunque ahora bajo un programa que contenía algunas particularidades de importancia. La Plata sería la sede de mismo y sus objetivos condensaban nuevas necesidades sociales al buscar articular las demandas de los productores con la idea de contener amplios sectores por medio de una enseñanza práctica que, para tranquilidad de las élites, no fomentaba aspiraciones desmedidas a acceder a las ya cubiertas esferas decisionales. En la implementación de este programa, primó una directa ecuación regida por el aprovechamiento parcial de la enorme renta económica que habría de dejar la venta de los dos establecimientos educacionales, especialmente el de Santa Catalina, y de la renta política de habilitarlos en el casco urbano de la “nueva Capital” provincial. Para ello se previó una precisa localización destinada a concentrar las nuevas instituciones encargadas de abordar las dos corrientes básicas de la enseñanza práctica, la agrícola y la industrial, en el área oeste del Paseo del Bosque de La Plata, que permanecía como zona de reserva perteneciente al Estado provincial. No porque con esta localización se pretendiera seguir un modelo educativo que espacialmente cuestionara las virtudes de las escuelas de Altgelt diseminadas en el casco urbano, ni porque se buscara establecer interacciones científicas con el Observatorio y el

263. En 1886 funcionaba el edificio principal, un conjunto conformado por el haras, dos cuerpos destinados a clínica de animales, otro edificio de conservatorio de vacuna animal, una chacra modelo, establos vacuno y caballar, y dependencias administrativas. *Ibidem*, p.54.

264. Santa Catalina venía a abrir “nuevos horizontes a la juventud” y marcarle “rumbos por donde pueda llegar más rápida y seguramente a asegurar su bienestar futuro, desviándola de la mala senda que ha seguido hasta hace poco y que no la conducía sino a dos o tres profesiones liberales en las que una excesiva competencia hace dura y difícil la vida, o a los empleos públicos en que se esterilizan los mejores años y se pierde el amor a los trabajos varoniles con perjuicio propio y en daño de la sociedad”. Mariano Demaría *cfr.* Marcos Blanco; *op. cit.*, p.125.

Museo que funcionaban dentro del Bosque. Sino debido a las ventajas que ofrecía el uso de tierras fiscales cercanas al centro de la ciudad y al hecho de que la propia envergadura del proyecto desbordaba las limitaciones que imponía la matriz cuadrangular del resto del casco urbano. El propósito entonces fue muy claro: prolongar la urbanización del casco de la ciudad con las dimensiones necesarias para el inicio del programa politécnico a expensas la reducción del aún bastante indefinido Bosque, que a pesar de su denominación no terminaba de convertirse en Paseo. De manera que, la continuación de la Avenida 60 más allá de la trama urbana hasta intersectarse con una diagonal interna del Bosque (actualmente Iraola), permitía engarzar a uno y otro lado la Escuela de Artes y Oficios que reemplazaría a la institución de San Martín y la Facultad de Agronomía y Veterinaria que haría lo propio con el establecimiento de Santa Catalina

En relación a la Escuela de Artes y Oficios de La Plata, ella prolongaba directamente las ideas de educación práctica formuladas por Rocha. Su creación había sido propuesta por el positivista Alfredo Ferreira -director de la institución de San Martín- en la Exposición Industrial y Agrícola organizada en 1885 en esta ciudad. Al año siguiente, el tema llegó a la Legislatura provincial, siendo acompañado por editoriales del diario *El Fiscal*, afín a los intereses políticos de Paz. La corriente favorable se extendió cuando también en 1886 la Sociedad Científica Argentina, presidida por Luis Angel Viglione y ya consolidada como “el principal factor en el desarrollo de las ciencias físico-matemáticas y físico-naturales” y de formación de ingenieros argentinos,²⁶⁵ inauguró la Sección de La Plata por ser ésta la “ciudad de los ingenieros argentinos” que debía ser objeto de una mayor difusión para ejemplificar con ella los resultados concretos de la ciencia aplicada en nuestro país.²⁶⁶ Por influencia de esta ramificación de la Sociedad Científica que integraron mayoritariamente profesionales activos en las obras de la fundación de La Plata,²⁶⁷ se consolidó en esta ciudad un espacio impulsor del desarrollo de la enseñanza práctica orientada a la formación de cuadros intermedios en la tarea industrial. No es un dato menor que integrara este grupo Otto Krause, sobre quien puede trazarse un paralelismo entre el nuevo experimento politécnico promovido en La Plata y sus preocupaciones personales que confluían en un vasto plan nacional de creación de Colegios

265. Discurso de Sebastián Berreta, “Sesión de instalación de la Sección de la Sociedad Científica Argentina en la Ciudad de La Plata” (pp. 193-201). *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.21, Buenos Aires, 1886, p.200.

266. La tarea de la Sección La Plata debía seguir “los mismos procedimientos puestos en ejecución por la Sociedad madre, de practicar excursiones a las obras de importancia en construcción, promover concursos y certámenes, y en primer lugar empeñándose como primera tarea en hacer conocer esta ciudad de La Plata, fundada de acuerdo con los últimos adelantos de la higiene, como también sus notables monumentos públicos”. Discurso de Luis Viglione, *ibidem*, p.199.

267. La Sección La Plata de la Sociedad Científica Argentina se conformó con Vicente Isnardi como Presidente, Sebastián Berretta como vicepresidente, Adriano Díaz como Secretario, Carlos Glade como Tesorero y los Vocales, Máximo Battilana, Alejandro Dillón y Otto Krause. El resto de los miembros fundacionales fueron: Laurentino Sienna Carranza, Juan Rivera, José Gianelli, Emilio Landois, Cilley, Ernesto Díaz, Jáuregui, Eusebio Chacon, Carlos Spegazzini, Tapia Pastor, Domingo Krause, Luis Monteverde, Juan José Lanusse, Perez Mendoza y Pedro Molinari. De ellos, Isnardi, Díaz, Glade, Dillón, Sienna Carranza, Rivera, Landois, Chacon, actuaron en el plan fundacional de La Plata dentro del Departamento de Ingenieros.

Industriales.²⁶⁸ El ejemplo europeo seguido por Krause, comprendía numerosas creaciones que iban desde las Escuelas de Artes y Oficios de Berlín y Karlsruhe en los albores del siglo XIX, donde su origen generalmente obedeció a exigencias de los sectores productivos que en los originarios Estados industriales tenían importantes niveles de representación a través de cámaras o asociaciones de promoción en la estructura del Estado.²⁶⁹ Esta forma de entender la Escuela de Artes y Oficios desde la directa interacción entre el Estado y una naciente burguesía industrial, prevalecía claramente por sobre cualquier tendencia a realizar experimentaciones artísticas como las dirigidas por Morris, Ashbee, Voysey desde el movimiento de *Arts and Crafts* inglés para afrontar el problema de mantener el aura de los objetos en la era de la reproducción técnica. Sus resonancias –aún lejanas- recién podrán apreciarse en La Plata a partir de iniciativas personales desplegadas por Atilio Boveri ya entrado el siglo XX, que comprendieron el proyecto de creación del Instituto de Artes Aplicadas a la Industria en 1921.

A fines del siglo XIX también existió en Argentina otra vertiente que tuvo tantos adeptos entre la élite como aquella estrictamente científica representada por Krause. Consistía en la articulación de la enseñanza de oficios manuales con objetivos caritativos que provenían de la acción desplegada por instituciones católicas, a través del montaje de establecimientos de ese tipo para educar niños abandonados. Ese era el modelo que implementaron tempranamente en La Plata los padres salesianos, con una modesta Escuela de Artes y Oficios que en 1886 se levantó junto a la Capilla de los Corazones Unidos en calle 9 y 57, basada en el Colegio San Carlos de Almagro.

Las Escuelas de Artes y Oficios inmersas en una corriente de opinión que las vinculaba a la necesidad de asistir a menores sumidos en la marginalidad urbana, eran para Sarmiento, antes que una cuestión de educación, el resultado de una malentendida forma de hacer filantropía “incompatible con las leyes de la economía política y el orden social”.²⁷⁰ Según Sarmiento no se contribuía con ellas a desarrollar hábitos industriales sino a hacer “simplemente ¡socialismo!”, “socialismo infantil”, sin que lo supieran los grupos católicos y las damas caritativas de la alta sociedad que las promovían. Si esas escuelas eran pensadas como un medio de disciplinamiento del “vago” que el Estado llevaba a cabo sosteniendo su educación para insertarlo finalmente al sistema productivo, el principio liberal no podía admitirlas sin conflictos, puesto que “nuestros niños menesterosos tienen el mismo derecho a ser educados artesanos, como los artesanos ya educados tienen derecho al trabajo”.²⁷¹ Haciendo gala de su habitual vehemencia, Sarmiento en cambio prefería “prestar auxilio a la niñez menesterosa, y

268. Después de graduarse como Ingeniero civil en 1878 y de participar junto a Adolfo Alsina en la expedición al desierto, Krause se integró a las tareas emprendidas en la expansión de la red ferroviaria sobre los territorios “liberados” de la presencia indígena. En 1882 fue designado ingeniero sub-jefe de los Talleres del Ferrocarril Oeste y desde 1884 su nombre comienza vincularse con La Plata tras proyectar las instalaciones de Tolosa.

269. Roberto Fernández; “Metáforas del Universo. Modelos de Universidad: institución y espacio” (pp.XXXIX-LIII), en *Astrágalo* N°1, Madrid, 1994, P.XLVII.

270. Domingo Sarmiento; “Aptitudes industriales” (1885), *Obras Completas* Tomo XXII, *op.cit.*, pp.225-238, p.238.

271. *Ibidem*, pp.232-233.

encaminarla a adquirir medios que la habiliten para la darwiniana lucha por la existencia, sin crear *colegios de mendigos*, ni hacer pupilos de la nación a los mal nacidos, de preferencia a los pobres honrados”.²⁷² El modelo que oponía era el de una educación pública en la campaña que permitiera transformar la Pampa en elemento de producción a través de su proyecto de Quinta Central de aclimatación de plantas con casa de reforma para niños abandonados formulado en 1856 y el plan de Chivilcoy.

A pesar de las críticas de Sarmiento las Escuelas de Artes y Oficios lograron hacerse un lugar en nuestro país entre la enseñanza técnica y la caridad cristiana, bajo oscilaciones que, sin embargo, no les impidieron arribar a ciertas hibridaciones. Remitiendo a un universo tan amplio como el representado por el progreso de la burguesía industrial y la función social de la Iglesia, la tendencia práctica se abrió paso en sucesivos programas educativos nacionales. Ella se hallaba en la reforma promovida por José B. Zubiaur para favorecer la creación de instituciones con un carácter más utilitario que el de las escuelas y colegios existentes y así desarrollar con ellas “la habilidad técnica, o en otros términos, la posesión de un arte o de un oficio manual o siquiera de los medios para poseerlo”.²⁷³ Y a las preocupaciones que en similares términos expresaba Juan Agustín García al requerir diversificar los estudios hacia orientaciones productivas: “una nación como la nuestra que se inicia en una carrera industrial y comercial debe dedicar sus mayores cuidados a otra clase de enseñanza, menos brillante si se quiere, pero más en armonía con sus necesidades actuales”. “Si en lugar de esos Colegios que anualmente diploman media docena de bachilleres, fundáramos escuelas prácticas, con un plan de estudios arreglado a las necesidades locales, la concurrencia se doblaría y los resultados serían más provechosos”.²⁷⁴

Paz se valió de esta corriente de opinión instalada, atendiendo especialmente al reclamo de quienes pugnaban por acentuar los vínculos de la educación con la economía a través de la enseñanza práctica, cuando por entonces existía en La Plata una Sociedad privada que tenía bastante avanzada su propuesta de crear una Escuela de ese tipo. El emprendimiento quedó a cargo de Andrés Ferreyra y fue dotado por Paz de una notable prioridad hasta delinear con él un colosal establecimiento educacional llamado a ser de los más importantes de Argentina. Coincidente con el traspaso al sector privado del Ferrocarril Oeste, que poseía los principales talleres ferroviarios del país en Tolosa, la formación de cuadros intermedios para desempeñarse en la tarea industrial, apareció entonces como una contribución extra que hacía el Estado provincial a los beneficiarios de la concesión recientemente efectuada.

El enorme predio destinado a ese fin fue obtenido cuando la extensión de lo urbano sobre el Bosque motivó el virtual corrimiento de su borde principal. Vale decir, el límite definido por la

272. *Ibidem*, p.236. La cursiva es de Sarmiento.

273. *Cfr.* Juan Carlos Tedesco; *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Solar, Buenos Aires, 1986, p.52.

274. *Cfr.* Juan Carlos Tedesco; *ibidem*, p.53.

Avenida 1 se desplazó desde la calle 54 hasta la Avenida 60 a la altura de 115 a través de una línea oblicua que coincidía con el Camino Real, trazado en el período post-revolucionario para unir a Buenos Aires con el pueblo de Magdalena. Sobre el resultante polígono casi triángular de unas 5 hectáreas de superficie, elaboró un nuevo proyecto educacional Carlos Altgelt –ahora con su hermano Hans- por un encargo directo formulado por el gobierno provincial. Si bien la expansión de lo urbano sobre el Paseo del Bosque se había iniciado con la misma fundación de la ciudad, como lo demuestra la rápida localización del Hipódromo en su interior, ella nunca había alcanzado la magnitud que ahora adquiriría con esta gran obra pública. El emprendimiento de Paz estigmatizó entonces un pragmático modo de operar constrictivo de un espacio público que en adelante sería continuado por numerosas iniciativas privadas y principalmente por el propio Estado.

En relación a la respuesta material de la gran Escuela de Artes y Oficios, la cuestión no parecía de fácil resolución, aunque su responsable ofreciera las mayores garantías de eficiencia. Es que más allá de la experiencia anterior de Altgelt en la construcción de las Escuelas Graduadas y la Escuela Normal, cabía preguntarse ¿de qué modo sus indagaciones acerca de la arquitectura escolar, tan eficaces para desarrollarse en predios que no superaban una manzana, podían serlo en un programa que requería la ocupación intensiva de un predio 5 veces mayor? Siendo la planta lineal la tendencia prevaleciente en sus trabajos anteriores, la redefinición a través de un ensanchamiento inclusivo de patios interiores con los que abordó la escala de la Escuela Normal no era suficiente ahora. Las colosales exigencias programáticas hacían que sólo pudiera mantenerse aquella lógica proyectual sobre la base de una intensiva repetitividad serial que resentía sus propias virtudes. Fue así que una casi interminable sucesión de bloques longitudinales separados por patios intermedios de insuficientes dimensiones quedaron atravesados por un eje circulatorio transversal, para terminar de conformar una solución en la que el carácter educacional de la obra quedaba relegado ante un propósito de obtener el máximo aprovechamiento del espacio manteniendo mínimos estándares higiénicos.

Y si el emprendimiento parecía de por sí ser bastante ambicioso, más aún lo fue después de desatada la crisis, cuando los elevados costos obligaron a separar a los hermanos Altgelt de sus funciones, a redefinir las dimensiones previstas, reduciéndose a las comprendidas entre Avenida 60 y calle 57 y destinar el terreno sobrante, comprendido entre las calles 57 y 53, a entidades de bien público en carácter provisorio.²⁷⁵ La Escuela pensada desde una directa contribución a la economía a través de la enseñanza práctica de oficios para la industria quedaba sumida en un clamoroso fracaso financiero.

Por su parte, el Instituto de Santa Catalina, con sus amplias instalaciones edilicias constituía el más valioso recurso que el programa de Paz ponía en juego dentro de la estrategia económica de enajenar propiedades del Estado para financiar el vasto plan politécnico sobre tierras fiscales de La

275. El 16 de octubre de 1890 el informe de una Comisión conformada para evaluar la evolución de la obra, señalaba que el presupuesto original debía ser notablemente incrementado debido a que “los arquitectos han procedido sin autorización a formular presupuestos exagerados, comprometiendo indebidamente los recursos de la Provincia”. AHPBA, MOP, Letra C N°383 Arch.4069, Año 1890.

Plata. Y aunque la venta no pudo llevarse a cabo en medio de la crisis económica, la ejecución de las obras de la Facultad de Agronomía y Veterinaria comenzó con las mismas dificultades que en la Escuela de Artes y Oficios, sobre 22 hectáreas de superficie del Bosque dispuestas al otro lado de Avenida 60. Precisamente esa arteria urbana que invadía el Bosque para engarzar las instituciones del plan politécnico de Paz levantadas en su interior, se convirtió en un verdadero eje de desarrollo del emprendimiento educacional al prolongarse como una vía de comunicación con el Puerto, en cuyas adyacencias la Facultad de Agronomía y Veterinaria dispuso para sus experimentaciones de un predio de 67 hectáreas ubicado entre los primeros loteos de Berisso lindantes con el casco de La Plata y el Canal Este.²⁷⁶ Los deseos evidentes de conciliar investigación y transferencia con el anclaje físico que la nueva Facultad tendría en su salida directa al Río, confluyeron en la formalización de la Avenida 60 como la principal conexión que en adelante tendría ya no una Facultad sino la ciudad toda con la zona portuaria, desplazándose así la precisa estrategia compositiva con la que Waldorp concibió la forma del Puerto en directa continuidad con el eje monumental de las Avenidas 51 y 53.²⁷⁷

La nueva Facultad de Agronomía y Veterinaria y Santa Catalina, lograron sobrevivir a la crisis y al proyecto de Paz, y más aún, fueron una adecuada respuesta a la crisis económica, a la que contribuyeron a superar desde sus propios aportes basados en la complementariedad de funciones entre los que serían por casi 30 años los únicos espacios para la investigación agronómica y veterinaria en el país.²⁷⁸ Su actividad tuvo una directa vinculación con la recuperación económica del país merced a la reinscripción en la economía mundo, proveyendo materia prima cada vez más valorizadas por la transferencia de tecnologías y conocimientos agronómicos-veterinarios que se hacía desde ambos centros de investigación a los grandes productores de la Provincia de Buenos Aires. Esta situación también confirió un creciente protagonismo a élites nucleadas en la Sociedad Rural Argentina, que desde su creación en 1866 pugnaban por afianzar la economía agroexportadora del país y requerían para ello volcar a la producción los avances generados en las instituciones científicas.²⁷⁹ Como contracara de las aporías sufridas por la Escuela de Artes y Oficios subsidiaria de una adocenada burguesía industrial, los centros de investigación agraria entablaron una fructífera vinculación con el poder económico. En la salida de la crisis, entonces, los saberes agronómicos también venían a reforzar el protagonismo en la economía de un sector extraurbano, el de los *gentleman farmers*,

276. Actualmente esas tierras pertenecen al Tiro Federal, y lindan con las que ocupa la Universidad Tecnológica Nacional.

277. En 1885 se había buscado afirmar el diseño de Waldorp, designando “Puerto” a la calle 52 que atraviesa el bosque por su eje y llega hasta el Dique de reunión de los canales Este y Oeste, para enfatizar así, con esa vía, el punto de conexión central de la ciudad con la zona portuaria.

278. La siguiente iniciativa académica recién surgió entre 1904 y 1909 en Buenos Aires, con el decreto de fundación del Instituto de Agronomía y Veterinaria y su reorganización como Facultad dependiente de la Universidad de Buenos Aires a la que se destinó un predio de 93 hectáreas en el Parque del Oeste. Véase Osvaldo Graciano; “Estado, universidad y economía agroexportadora en Argentina”, en Sonia Mendonca y Marta Valencia (org.); *Brasil e Argentina. Estado, Agricultura e Empresarios*, Vício de Leitura y UNLP, Rio de Janeiro y La Plata, 2001, pp.233-265.

279. *Ibidem*.

denominación con la que D'Amico identificó con desdén a los grandes estancieros que a fines del siglo XIX tenía la Provincia de Buenos Aires.²⁸⁰

Universidad provincial

La crisis suscitó en el orden nacional otra forma de diálogo de los espacios académicos y científicos con el poder planteada en términos políticos. Acompañando la explicación del *crac* del '90 buscada recurrentemente en una crisis de moralidad que había afectado a la élite dirigente, el Ministro de Instrucción Pública, Juan Carballido, reconoció inmediatamente el origen del mal en la relajada disciplina de los ámbitos en los que esa élite se había educado. Especialmente en el Colegio Nacional, donde Carballido advirtió que los cambios producidos con la eliminación del sistema de Internado trajeron aparejado la formación de dirigentes políticos preocupados por cuestiones solamente materiales y con hábitos faltos de moralidad. La crisis era ahora una oportunidad para reposicionar la educación ante la política, desplegando un plan moralizador sobre los Colegios Nacionales que aparecían como el “espacio de renovación para formar hombres y argentinos dignos de ser mañana la cabeza y el alma dirigente del país”.²⁸¹ Pero si en las autoridades educativas del orden nacional, la crisis representaba una oportunidad, para La Plata constituyó una frustrante interrupción en el desarrollo de sus instancias educacionales que se prolongó hasta volverse partícipe en 1905 de una elaborada recreación de aquel cuerpo de ideas. Antes de que eso ocurra, las relaciones dialógicas con el poder fueron pensadas desde La Plata como vía de reinserción de cuadros esencialmente urbanos ligados a los saberes que había generado la “Cuestión Capital”, a través de un proyecto universitario identificado con la defensa de los intereses políticos locales. El mismo fue impulsado en 1889 por el Senador Rafael Hernández en la legislatura bonaerense, atendiendo a las prescripciones de la norma universitaria nacional, sancionada en 1885 y conocida vulgarmente como “Ley Avellaneda”.

La idea de fundar una nueva institución que repare la pérdida sufrida por la provincia al cederle a la Nación su antigua capital con la Universidad, creada por Martín Rodríguez a instancias de Rivadavia en 1821, databa del origen mismo de La Plata, si nos atenemos al anteproyecto preliminar del trazado urbano que más se aproxima al que sería luego el proyecto definitivo, donde ya estaba indicada la Universidad entre sus referencias. El tema fue explícitamente instalado en 1885, cuando el médico francés, Juan Larsen, poseedor de un todavía infrecuente perfil humanista -fue Profesor de griego e Historia antigua en la Universidad de Buenos Aires durante más de tres décadas y tradujo obras de Horacio, Virgilio y Píndaro-, al inaugurar la *Revista de La Plata*, presagió que la nueva ciudad “no tardará en plantear su *alma mater studiorum* o, por otro nombre su Universidad, con todas

280. Carlos D'Amico; *Buenos Aires, sus hombres y su política (1860-1890)*, CEAL, Buenos Aires, 1977.

281. Juan Carballido; *cfr. Antecedentes sobre enseñanza secundaria y moral en la República Argentina*, Buenos Aires, 1903, p.387.

sus Facultades”. Sentencia que redundó en la propuesta transmitida en medios periodísticos locales de destinar a su sede sectores del amplio edificio de la Estación del ferrocarril (calle 50 entre 6 y 7).²⁸²

Además de estos antecedentes, el proyecto de Hernández se vio favorecido por la paralela emergencia en 1889 de la Universidad provincial de Santa Fe. Los reclamos para que el reconocimiento a la autonomía de la región santafecina se traslade a un proyecto para la educación superior, parecieron ofrecer un reflejo de lo que La Plata pugnaba por lograr haciendo valer su condición capitalina del primer Estado provincial argentino. Hernández entonces elevó el proyecto a los poderes públicos expresando enfáticamente su necesidad ante una Provincia de Buenos Aires que “a trueque de realizar negocios y progresos en lo material, se olvida de lo intelectual. Un país materializado al exceso es nación que se arruina. Nada amengua más que la avaricia”. Para Hernández todos los elementos estaban al alcance de la mano como también los motivos impulsores de su realización. De manera que sin “detenerse en demasiados estudios al respecto”, “y una vez más justificando el epíteto de yankees-sudamericanos” podía ser presentado al mundo este nuevo progreso de una ciudad “en un instante concebida y en tan breve tiempo realizada”.²⁸³ El proyecto de Hernández, avalado por manifestaciones de estudiantes del Colegio Nacional y diversas figuras del ámbito local se fundamentó en el hecho de que la Provincia de Buenos Aires que “había estado siempre al frente de la civilización” quedó “rezagada después de la entrega del Municipio para Capital Federal” y por ende “debía ahora crearse lo que entonces se entregó a la Nación: la Universidad”.²⁸⁴ Tras la aprobación parlamentaria, Paz acordó el otorgamiento a la Universidad de tierras urbanas y suburbanas, como las que destinó a la Facultad de Agronomía y Veterinaria junto al Puerto, y facilidades para que continúen sus estudios los alumnos del Colegio Nacional, fomentando así la desconcentración de salidas profesionales habituales para acceder a las élites de gobierno.

La nueva Universidad vino a reavivar los intereses autonomistas de La Plata que Paz se había encargado de aplacar, aglutinando a protagonistas de la “gesta” fundacional que de golpe se encontraban nuevamente con la figura patriarcal de su creador. Precisamente en diciembre de 1889 regresaba Rocha tras su periplo mundial de dos años, ante significativas demostraciones de bienvenida desplegadas por un desembarco en el Puerto de La Plata, que pretendía serlo también en la política argentina. Paralelamente a su llegada se produjo un reagrupamiento de cuadros políticos y técnicos que lo acompañaron en su gestión y la de D’amico, a quienes congregaban ahora el nuevo proyecto universitario. El propio Rocha se había encargado de estimular estas interacciones entre saber y poder, que podían verse reflejadas en los resultados concretos que arrojaba su periplo: a las importantes vinculaciones con figuras centrales de la política europea, se agregaron dos momias del Museo de Boulaq, que el Ministro francés en Egipto le obsequió para que sean destinadas al Museo de Ciencias

282. Alberto De Paula; *op. cit.*, p.259.

283. *La Ilustración Nacional*, La Plata, 15 de junio de 1889.

284. *El Día*; La Plata, 13 de julio de 1889.

Naturales de La Plata a fin de estimular estudios de contactos culturales entre las antiguas civilizaciones americanas y orientales.²⁸⁵

Pero no era ese el momento más oportuno para inaugurar instituciones, debido a las convulsiones políticas y los impedimentos financieros de crear espacios físicos y destinar una partida presupuestaria para facilitar su puesta en funcionamiento. Azzarini remarcó el valor testimonial de ese momento que tiene una caricatura inserta por Roberto J. Payró en su revista *Arlequín*. En ella puede contemplarse un largo tren de carga, con los grandes edificios de La Plata sobre vagones enfilados hacia la Capital Federal, y el lapidario epígrafe que reza: “La única solución”.²⁸⁶

La crisis del plan fundacional de La Plata coincidió con el surgimiento de nuevas fuerzas en la escena nacional que desplazaban definitivamente a Rocha, quien ni aún asumiendo como Senador Nacional el rol de principal mediador entre las “fuerzas del orden” y los “revolucionarios del Parque” logró reposicionarse como figura de peso en el campo político. Dentro de este sector tampoco D’amico pudo sacar partido de una situación que determinó la caída de Paz, su “Máximo” adversario. Si su suntuoso palacio neorrenacentista frente a la plaza principal (ubicado en calle 14 entre 53 y 54 y proyectado por Leopoldo Rocchi), el más importante que conoció La Plata entre las residencias privadas de la etapa fundacional, fue concebido como una manifestación de su status y el del grupo que representaba dentro del entramado de relaciones sociales de la nueva ciudad, el abandono de D’amico de la “nueva Capital” pronto se vio acompañado de una reasignación de funciones que buscaron poner explícitamente de manifiesto un reposicionamiento de fuerzas dentro del campo del poder local: después de ser alquilado durante un breve lapso a un instituto educativo, el Palacio quedó en manos del Obispado que a instancias de Juárez Celman se había instalado en La Plata a fines de 1887.

Igualmente en 1891 sectores rochistas volvieron a plantear la necesidad de implementar la ley que prescribía la creación de la Universidad, sugiriendo nuevamente que podía ocuparse un sector de la Estación del Ferrocarril para iniciar sus actividades, aunque solo fuera con los cursos de la Facultad de Derecho. Más tarde, y en medio de una situación general desfavorable de la que emergía la revolución radical que en 1893 prolongó las convulsiones del levantamiento del Parque, continuaban formulándose las mismas peticiones, acompañadas por el aval de distinguidas personalidades de la

285. Instado por miembros de la élite como Lucio Mansilla y Pastor Obligado, el viaje de Rocha redundó en el inicio de una rica tradición en Egiptología afirmada en La Plata desde la década de 1920 con los estudios de Abraham Rosenvasser sobre Egipto y Oriente, y contribuyó a propagar el interés por el universo cultural de lo exótico, de aquello que traspasaba los límites de lo conocido dentro de la cultura occidental. El viaje de Rocha también despertó el interés de su amigo, el ingeniero Luis Viglione, quien al año siguiente siguió la misma ruta, de la que regresó convertido en una figura de consulta en cuestiones de egiptología y con valiosos calcos de yeso finalmente donados al Museo Nacional de Bellas Artes. Véase Elisa Radovanovic; “Luis Ángel Viglione. Un aficionado a la egiptología”, en *Todo es Historia* N°298, Buenos Aires, 1992, pp.46-49.

286. Emilio Azzarini; “En torno a la ciudad universitaria. La Universidad provincial (1897-1904)” (pp.434-450), en *Revista de la Universidad* N°20-21, La Plata, pp.437-438. Otros aportes relacionados con la historia institucional de la Universidad de La Plata en su etapa provincial pueden hallarse en Fernando Barba; “Nota sobre los orígenes de la Universidad de La Plata”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°21, La Plata, 1972, pp.11-27; y en Fernando Barba (comp.); *La Universidad de La Plata en el aniversario de su nacionalización, 1905-2005*, UNLP, La Plata, 2005.

sociedad platense. El tema entró en un *impasse* vinculado a las dificultades del Estado para proporcionar una respuesta edilicia, que no logró destrabar la propuesta de utilizar instalaciones comprendidas en la vieja Estación del ferrocarril (calle 50 entre 6 y 7), reiterada en 1894, ni la de ocupar un espacio de la Escuela Normal.²⁸⁷

Sólo ante una mayor estabilidad política y económica comenzó a vislumbrarse una efectiva salida a ese problema, cuando tras la letanía experimentada por la ciudad sobrevenían los intentos de recuperar su desarrollo trunco a través de iniciativas educacionales. El fermento de estas ideas se originó en el seno de marcos asociativos de corte científico que, durante los largos años que duró la depresión socio-económica, se constituyeron el principal espacio de cohesión para aquellos que en la crisis habían visto diluir la materialización de la Universidad y el capital político de los principales referentes de La Plata.

En tanto “ciudad letrada” que nació traduciendo a la forma urbana el lenguaje de los signos de la ilustración, La Plata canalizaba después del *crac* las demandas de espacios para aglutinar en asociaciones masónicas inquietudes intelectuales desligadas del ejercicio del poder. La nueva Universidad condensaría entonces el desarrollo en sordina de ámbitos culturales para el librepensamiento y la masonería, inspirados en aquellas asociaciones que en la Francia revolucionaria tuvieron un papel decisivo en el surgimiento de la esfera pública burguesa.²⁸⁸ La difusión de la masonería en el siglo XIX, tuvo que ver con dos contradictorias tendencias, una romántica y otra cosmopolita,²⁸⁹ desatadas especialmente en países de inmigración aluvial como la Argentina. Por un lado proporcionaba una ligazón entre los miembros de una incipiente burguesía que se veía acosada por el fenómeno migratorio y por otro lado y por la organización celular de sus logias, también servía para canalizar las necesidades de esos mismos recién llegados de dar con un medio de prolongación cultural de un universo conocido.

El gran desarrollo de la masonería en La Plata podía verse revelado en la presencia de Carlos D’amico, quien sucediendo al protagonismo de Sarmiento en la Gran Logia Argentina se convertiría en uno de los máximos referentes en la historia de esa organización. Y también de Manuel Langenheim, Ministro de la Suprema Corte de Justicia provincial (1881-1887) y fundador el 5 de mayo de 1885, de la Logia La Plata N° 80, quien precedió a Sarmiento en el cargo de Gran Maestre.

287. Fernando Barba; “Nota sobre los orígenes de la Universidad de La Plata” (pp.11-27), en *Trabajos y Comunicaciones* N°21, La Plata, 1972, p.15

288. Habermas destacó la importancia que tuvieron en la emergencia de la esfera pública burguesa, las asociaciones masónicas “integradas por miembros voluntarios que practicaron internamente formas de sociabilidad igualitarias, la libertad de discusión, las decisiones por mayoría, etc”. Por medio de ellas “pudieron ensayarse las normas de igualdad política de una sociedad futura”. Jürgen Habermas; *Historia y crítica de la opinión pública* (1962), Gustavo Gili, Barcelona, 1994, p.4.

289. La masonería encarnaba un ideal plagado de contradicciones. Era romántica en su ceremonial que sumergía a los participantes en la Edad Media y a la vez era expresión del cosmopolitismo de la Edad de las Luces. Empleaba métodos secretos y promovía aspiraciones públicas; apelaba a la tradición sentimental y al pasado y expandía ideas progresistas y la fe ciega en el bienestar futuro.

Integraron la masonería profesionales activos dentro del Departamento de Ingenieros provincial durante todo el proceso de gestación de la “nueva Capital”: Carlos Glade, autor de planos preliminares del trazado de La Plata y responsable de la demarcación de la traza; y Rafael Hernández, de larga trayectoria en la creación de ciudades en la Provincia de Buenos Aires. También lo hizo el propio Presidente del Departamento de Ingenieros, el ingeniero Francisco Lavalle y figuras como José Marcelino Lagos, creador de una de las primeras Logias argentinas -Unión del Plata N° 1 en 1855- y autor en 1869 de un proyecto de ensanche para Buenos Aires que ya anticipaba algunas características del trazado de La Plata. El muy influyente arquitecto Juan Martín Burgos, acreditó igualmente una filiación masónica que compartió con otro de los fundadores de La Plata N° 80, el ingeniero Pedro Benoit, protagonista central de todo el proceso fundacional.

En los espacios de sociabilidad masónicos, fue sostenida la continuidad de los ideales que animaron la “gesta” de Rocha y el proceso de organización nacional, a través de prácticas internas reproducidas exteriormente por la actividad pública de sus miembros, donde la educación fue el eje de una preocupación orientada hacia el definitivo reemplazo de la verdad revelada por un mundo ideocrático regido por la razón y la ciencia experimental. El ámbito para el desarrollo de estas prácticas era la Logia, que al provenir del inglés *lodge*, da cuenta de la importancia que el espacio físico tenía en la determinación de su actividad: aquel concepto, que significa cabaña, hogar rústico - nociones con las que Laugier explicó míticamente el origen de la arquitectura- alude a auténticos hogares donde “hermanos” desarrollaban reuniones y una convivencia dentro de una suerte de refugio inviolable.²⁹⁰ En La Plata esa función la cumplió inicialmente la Residencia del Gobernador situada en el bosque, a partir de las periódicas reuniones organizadas por D’amico, que precedieron a la intensa actividad desplegada luego por La Plata 80 y Luz Verdad.

Las convicciones de masones y librepensadores argentinos se integraron a los fundamentos del positivismo finisecular en la región, especialmente en lo concerniente al impulso a la educación de carácter laico. Cuando los logros alcanzados con la sanción de la Ley 1420 comenzaron a verse socavado por el reposicionamiento de sectores católicos, masones y librepensadores incrementaron su papel misional de difusores del laicismo y del cientificismo, a través de acciones que permitieron contrarrestar la ausencia de la figura referencial de D’amico.²⁹¹ A la revitalización de la Logia masónica La Plata N°80, con su Templo ubicado en la muy visible esquina de Avenida 7 y 47, le siguió la creación de la agrupación anticlerical que bajo el nombre de Liga Liberal conformó en 1896 un conglomerado de sedes en distintos puntos del Provincia de Buenos Aires, entre las cuales tuvo una

290. Sobre la formalización del simbolismo de la masonería, puede verse Anthony Vidler; *El espacio de la ilustración*, Alianza Forma, Madrid, 1997. Especialmente el capítulo “La arquitectura de las logias. Ritos y símbolos de la masonería”, pp.127-156.

291. D’amico fue un referente central de la Masonería en la región. Tras perder su palacio de La Plata en la crisis económica, viajó a México donde Porfirio Díaz le ofreció la ciudadanía de ese país, que rechazó aún cuando se esperaba que ese paso lo habilitara para convertirse en Ministro de Relaciones Exteriores y posible sucesor en la Presidencia de la Nación. A su regreso a la Argentina, D’amico fue electo en 1904 Gran Maestro del Gran Oriente del Rito Argentino, cargo máximo de la Masonería argentina que hasta entonces detentaba Carlos Pellegrini.

particular importancia la de La Plata. En estas entidades las nuevas formas de sociabilidad burguesas eran traducidas a la escala de un ámbito de publicidad restringida, donde partido político, club social y actividad intelectual se confundían en un microcosmos de la sociedad democrática futura. Allí confluyeron masones heterodoxos del “reformismo conservador” que después de pasar por la Unión Cívica y participar de los episodios de 1893 en la Capital provincial, quedaron decepcionados por la política abstencionista radical.²⁹²

La Liga Liberal, encaró una “lucha sin tregua ni descanso por la completa separación de la Iglesia y del Estado”, y entre los propósitos contenidos en su Estatuto se hallaba el de “difundir los principios que forman el credo liberal en materia de ciencia y conciencia, trabajando para que sean un hecho en la enseñanza y la educación común y en los estudios secundarios y superiores”.²⁹³ Desde este encuadre ideológico se organizaron conferencias que enfatizaban la oposición ideológica entre “ciencia y religión” y se creó un cuerpo de inspectores-ciudadanos, encargados de verificar el respeto a los principios laicos en el seno de los establecimientos educativos y tareas formativas conjuntas con obreros del puerto. La integraban miembros de La Plata N°80, como el propio Rafael Hernández y Carlos Glade, Florentino Ameghino y era su Presidente el librepensador español Luis Fors, quien llegó en 1896 a La Plata, tras haber tenido que abandonar su país debido a las ideas republicanas que profesaba. El domicilio particular de Fors sirvió de sede a la Liga Liberal de La Plata, que además contó con el higienista Víctor Gallastegui, especialista en obras de salubridad que continuó los trabajos que en esa materia iniciaron Médici y Francisco Lavalle en La Plata. Todos ellos confluyeron en el proyecto universitario de Rocha, como también Manuel Langenheim y dos figuras centrales en la puesta en marcha de las obras de la “cuestión Capital”: Jorge Coquet, Presidente del Departamento de Ingenieros en 1881, y el polifacético Pedro Benoit, verdadero “arquitecto del príncipe” -en este caso del Gobernador Rocha- integrante de La Plata N°80 e Intendente Municipal en 1896.

Con una mayor base de sustentación alcanzada por cuadros intelectuales locales compuestos preponderantemente por abogados, médicos e ingenieros, aglutinados en ámbitos masónicos y librepensadores de La Plata, la apertura de la Universidad pudo comenzar a vislumbrarse en 1896 cuando además la tendencia recesiva en la economía nacional se había revertido claramente. Otro factor de peso lo constituyó ese año la llegada a nuestro país del Conde Ángel De Gubernatis, destacada figura de la cultura italiana, que contribuyó a instalar el tema públicamente al denotar un muy llamativo interés por el nuevo emprendimiento educativo de La Plata.

Amigo del rey Umberto I, De Gubernatis era un especialista en lenguas muertas que introdujo e institucionalizó los estudios orientales en Italia, desde su cátedra en la Universidad de Florencia y el Museo de Arte Oriental que él mismo creó en esa ciudad. A esas inquietudes, agregó además una malthusiana preocupación por el notable desnivel entre los recursos de su país y su población,

292. Daniel De Lucía; “La tradición laica en la ‘ciudad universitaria’. El movimiento librepensador en La Plata (1896-1919)” (pp.13-26), en Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata y el Movimiento Estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, UNLP, La Plata, 1999, p.15.

293. *La Liga Liberal*, La Plata, 4 de febrero de 1897, p.1 c.4.

convirtiéndose en un decidido partidario de la emigración a los países de América Latina. La llegada a la Argentina obedeció entonces a una precisa estrategia delineada para estimular el flujo migratorio, primero interiorizándose por las condiciones en las que se hallaba aquí la colonia italiana, luego profundizando su conocimiento de la realidad socio-cultural de nuestro país para volcarla al Museo Argentino que impulsaba en Roma y finalmente ofreciendo los servicios oficiosos del rey Umberto I para interceder en el diferendo limítrofe entre Chile y Argentina antes de que éste sea saldado a expensas de una guerra que afectaría la llegada de más italianos a la región.²⁹⁴ La presencia en el país de De Gubernatis, también puede computarse dentro del saldo que arrojó el periplo mundial de Rocha, a quien el rey Umberto I recibió durante su estadía en Italia.

El viaje duró tres meses, uno en Chile, quince días en Montevideo y el resto en Buenos Aires, Mendoza y en La Plata,²⁹⁵ donde quedó en claro que era Rocha su principal interlocutor argentino. El Conde De Gubernatis arribó a la “nueva Capital” provincial el 26 agosto de 1896, y al día siguiente fue invitado a ofrecer una conferencia pública en el Teatro Argentino por Rocha y también por el Centro Agrario Industrial, entidad organizadora en 1885 de la más importante exposición de la etapa fundacional de La Plata y ahora activa impulsora del nuevo proyecto universitario. Precisamente esta última cuestión fue abordada por el italiano en su disertación imbuida de un clasicismo sobrecargado de metáforas. Con ellas afirmaba que “cuando la Argentina se convierta en el paraíso americano de toda la gente latina, (...) convendrá venir a buscar el templo de Minerva a La Plata, que ya está bien preparada para recibirlo”.²⁹⁶ Y lo estaba precisamente por el refinamiento de sus expresiones materiales diseminadas en la ciudad, por “la generosidad” y “la nobleza” que poseían “el edificio público y el escolar, como especie”.²⁹⁷ Los fundamentos clásicos del “templo de Minerva”, también dejaban lugar a la sorprendente proyección modernista que poseía el modelo universitario propuesto por De Gubernatis para La Plata. Según el italiano, las instituciones existentes convendría complementarlas con diez o doce nuevos laboratorios científicos que pudieran generar en torno suyo “una especie de colegio o internado universitario, con el sistema de Oxford y Cambridge, donde los *fellows* o canónigos, serán casi como guardias de honor y centinelas y vigilantes para que se mantenga el decoro de la ciencia. El *fellow* de La Plata debería ser el director de cada nuevo laboratorio” como ya lo eran Moreno, Beuf y Spegazzini en el Museo, el Observatorio y la Facultad de Agronomía y Veterinaria.²⁹⁸ Con el novedoso modelo educativo propuesto, que admitía el designio de “yankees sudamericanos” dado por Hernández al crear la ley fundacional de 1889, el Conde italiano buscaba

294. José Luis Moreno; “El viaje del Conde De Gubernatis: una perspectiva italiana” (pp.157-169), en Margarita Gutman y Thomas Reese (comp.); *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran Capital*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, p.158.

295. *Ibidem*.

296. Angelo De Gubernatis; *L'Argentina, ricordi e lettere*, Firenze, Bernardo Seeber, 1898, p.112. La traducción es nuestra.

297. *Ibidem*, p.109.

298. *Ibidem*, p.114.

alimentar en La Plata una alternativa a Buenos Aires, cuya Universidad era, entre todas las instituciones educativas, la única que no merecía ningún calificativo positivo. Sus condiciones poco beneficiosas para la labor especulativa, era la consecuencia de la impaciencia que reina en esa ciudad por llegar a la fortuna y al poder sin mostrar, con la contracción al trabajo y al estudio, la plena dignidad.²⁹⁹ Si ante el desprestigio del sistema político atribuido a la “mediocridad metropolitana”, Carballido expresó su confianza en la fuerza regeneradora de los Colegios Nacionales, De Gubernatis ahora exaltaba los beneficios que reportaría al país La Plata cuando se afianzara como “una nueva Boston, una nueva Oxford argentina, la Atenas del Plata”. A eso llegaría con “una Universidad ideal, conforme a los nuevos tiempos, posible de ejecutarse sólo en un país que no se halla ligado a las tradiciones medievales”,³⁰⁰ que por su influjo convierta a la ciudad en un centro receptor de inmigrantes italianos calificados.

La presencia de De Gubernatis en La Plata alimentó un clima particularmente propicio para la creación de la Universidad provincial, efectivamente inaugurada en 1897 aunque no bajo los lineamientos expresados. Mientras los oficios de Umberto I para entender en los diferendos con Chile eran desestimados por la intervención arbitral buscada en el Reino Unido, al tiempo que continuaba la formación de batallones escolares, los deseos de De Gubernatis de propiciar la conformación en La Plata de una Universidad concebida sobre innovadores criterios organizativos tampoco corrieron mejor suerte. En tanto que la interacción entre estas dos cuestiones, la formación de conocimiento y su utilización para imponer racionalmente criterios en la definición de límites geográficos, confluían en el protagonismo adquirido por Francisco Moreno y el Museo, la nueva casa de altos estudios apareció en La Plata bastante relegada en importancia y con un plan que obvió por razones de urgencia la elaboración de una estructura diferenciada de las que poseían sus antecesoras en el país.

La Universidad de La Plata quedó constituida merced a un decreto del Gobernador Udaondo del 8 de febrero de 1897, iniciando sus cursos en abril de ese año para convertirse en la cuarta institución para la formación superior de Argentina, sucediendo a la fundada en 1613 en Córdoba bajo la dominación hispana, en 1821 en la Buenos Aires rivadaniense y en 1889 en Santa Fe. Y como esta última asumía un carácter provincial, del mismo modo que antes lo había hecho en La Plata el principal Colegio y las instituciones científicas centrales de su etapa fundacional. Le dieron vida cuatro Facultades: Derecho y Ciencias Sociales, Ciencias Físico-matemáticas, Química y Farmacia y Ciencias Médicas. Ellas aglutinaban las principales áreas necesarias para que, a partir de la reproducción de saberes prácticos, pudiera garantizarse la implementación de la positivista noción de orden, ya sea legal, sanitario y territorial en el seno de la Provincia de Buenos Aires. Y aunque para Comte orden y progreso no podían escindirse, de hecho el progreso era entendido como el desarrollo del orden, la nueva Universidad nació modestamente con el andamiaje dirigido a la primera consigna inscripta en la orientación profesionalista y “doctoral” que tenía la de Buenos Aires. La segunda

299. *Ibidem*, pp.319-320.

300. *Ibidem*, p.64.

consigna comitiana parecía recaer en todas aquellas instituciones ilustradas y científicas que quedaban fuera de la Universidad y continuaban con su funcionamiento autónomo: el Museo, la Biblioteca Pública, el Observatorio Astronómico y la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

La Universidad platense fue el resultado de una directa articulación que figuras protagónicas en la “cuestión Capital” buscaron entablar entre poder y saber. Ya sea para revitalizar la cabeza política de la Provincia de Buenos Aires, valiéndose de los importantes objetos de conocimiento originados a partir de las obras fundacionales de La Plata y a su vez para reinsertar a Rocha en la puja política nacional. En este doble juego quedaba en claro el propósito de aprovechar el saber creado por el poder, cuando Rocha gobernaba, para construir a partir de ese saber una vía de reconstrucción de su carrera política. No constituía impedimento alguno para avanzar en esta operación la ausencia de un preciso modelo espacial que sostuviera el programa. Más bien su estructura de funcionamiento estuvo dada por la lógica incremental de instituciones educativas diseminadas en el seno de la ciudad que desde la fundación pugnaban por extenderse hasta llegar a niveles superiores. Sería la continuidad de un proceso gradual de ampliación de ámbitos educacionales y científicos por agregación, algo que no era ajeno al modo en que el modelo napoleónico concebía la universidad en relación con la ciudad, en tanto institución diseminada en distintos espacios que se veían fuertemente imbricados con las virtudes civilizadoras atribuidas al contexto urbano. Y era precisamente la ciudad, aquello que a falta de un único espacio físico englobante, unía a todos estos ámbitos académicos y científicos, en tanto proyecto cultural que mantenía la vigencia del programa fundacional a través de quienes podían sentirse sus principales portadores.

El propio Dardo Rocha fue ungido Rector de la nueva Universidad y tuvo su despacho en la residencia que Pedro Benoit le construyera en calle 50 entre 13 y 14. Ella seguía el tradicional esquema de casa de patio lateral, aunque rotado para que la *enfilade* de habitaciones se suceda sobre el amplísimo frente que da a la plaza principal, en una distribución que admitía sin demasiados inconvenientes las nuevas exigencias funcionales. A su vez, las Facultades se concentraron en el edificio que perteneció al Banco Hipotecario Provincial hasta ser liquidado, donde el espacio científico ya se había hecho un lugar anteriormente cuando, durante la gobernación de D’Amico, sus “altos” sirvieron como primera sede temporaria para al Museo y la Biblioteca Pública. Ubicado sobre la Avenida 7, en plena área bursátil que núcleo la incipiente burguesía comercial, el edificio de la nueva Universidad tenía frente suyo al Templo de la logia La Plata N°80, que congregó a buena parte del plantel de profesores.

A propuesta de Rocha, la Universidad tuvo su emblema basado en una alegoría bastante elocuente del imaginario que impregnaba la nueva iniciativa, denotando también la voluntad de prolongar con ella la representación del escudo de armas de la Municipalidad de La Plata realizada por Benoit en 1891, el cual quedó contenido en su interior. El parto de la inteligencia que dio origen a la “nueva Capital” era simbolizado en la figura de Palas Atenea que levantaba “la luz de la ciencia, bajo la constelación de la Cruz del Sud” y a la que enmarcaba la leyenda: “Por la ciencia y por la

patria”³⁰¹. Esta leyenda se inspiraba en la de *Litteris et Patriae* que en 1884 identificó a la Universidad de Estrasburgo, el ejemplo más completo de implantación de una universidad nueva en la trama urbana de una ciudad, realizada cuando Alemania ocupó Alsacia tras finalizar la guerra franco-prusiana. Pero la Universidad de La Plata, con su instalación en el edificio del rematado Banco Hipotecario, no lograba expresar sus ideales con la claridad con la que lo hacía el neorrenacentista Palacio Universitario de Estrasburgo realizado por Otto Warth. Las letras iniciales B y H seguirán destacándose por años en los portones de hierro fundido de las rejas que precedían a la fachada principal, mientras el elaborado emblema de la Universidad de Rocha debía conformarse con quedar reducido a un vistoso Sello Mayor.

Aunque ese emblema expresara el intento de reforzar simbólicamente una continuidad armónica con el plan fundacional de La Plata, Rocha proclamaría explícitamente la subsidiariedad de propósitos con el antecedente universitario porteño: así “como La Plata es hija de Buenos Aires porque de ella procedieron sus primeros habitantes, ésta Universidad lo es de aquella, no solo porque de ella recibimos nuestros títulos los que la formamos, sino porque hemos adoptado su constitución y plan de estudios”³⁰².

La Universidad de Rocha nacía sin lograr aprovechar muchos de los ricos materiales de conocimiento provistos por la creación de La Plata y desechaba las búsquedas de modelos alternativos como el que proponía De Gubernatis. El objeto claramente era el de transplantar un modelo tradicional que en su contexto había demostrado ser eficaz y obtener un reconocimiento del Estado a través de su subvención. Sin embargo, esta decisión pronto dejó entrever sus primeras fisuras. Las subvenciones eran muy limitadas y llegaban sólo de la provincia, mientras que la universidad creada a imagen y semejanza de la de Buenos Aires, poseía una diferencia sustancial: los títulos expedidos en Buenos Aires tenían validez nacional, no así los de La Plata. La muy limitada actividad de la Facultad de Ciencias Médicas era un síntoma de esa competencia desigual que comenzaba a entablarse entre Universidades iguales y distanciadas a poco más de una hora de tren. Componían esa Facultad las Escuelas de Medicina, Odontología y Obstetricia, y por falta de inscriptos sólo se constituyó en 1901 con el Curso de Obstetricia implementado por Alejandro Korn. En la Universidad de Rocha, las otras tres grandes áreas del conocimiento lograron implementar regularmente sus cursos, aunque pasados unos años sólo pudieron seguir funcionando Derecho y Química y Farmacia.

Desvirtuadas en los hechos las propicias razones fácticas por las que Rocha situó su universidad a la zaga de Buenos Aires, y más aún, convertidas esas mismas razones en el principal

301. En 1882 Rocha decidió que en el emblema de la “nueva Capital” estuviesen representados el sol naciente, el gran río, los buques a vapor, el puerto ideado por Rivadavia, la pampa sobre la que se levantaría la ciudad y la riqueza del suelo. Después de un trabajo realizado en 1883 por Ernesto Meyer, objetado por Francisco Moreno, Benoit realizó ajustes que concluyeron en la composición heráldica aprobada por la Municipalidad en 1891. Este emblema fue incorporado en 1897 al sello mayor de la Universidad provincial. Véase Raúl Bongiorno; “Acerca del escudo y sello mayor de la Universidad Nacional de La Plata” (pp.161-166), en *Revista de la Universidad* N°9, UNLP, La Plata, 1959.

302. Dardo Rocha; “Discurso pronunciado por el rector Dr. Dardo Rocha, al inaugurar la Universidad” (pp.38-50), en Julio Castiñeiras; *Historia de la Universidad de La Plata*, T.1, Editorial UNLP, La Plata, 1985, p.38.

limitante de su desarrollo, se acentuaron los intentos por integrar las numerosas iniciativas científicas que había estimulado el plan fundacional de la “nueva Capital”. Pero sin ofrecer ventajas concretas a su funcionamiento autónomo, las instituciones científicas de La Plata, como también aquellas otras dedicadas a la educación pública y la formación superior, sólo pudieron ser unidas a la Universidad de Rocha por medio de la red laicista. Mientras la Facultad de Agronomía y Veterinaria afirmaba su existencia autónoma bajo el rol preeminente de figuras consustanciadas con la nueva Universidad, es el caso de Rafael Hernández, que fue su Decano, de Florentino Ameghino, Vicedecano, y también de Langenheim -Director del Consejo Escolar de La Plata- que fue Profesor; la Biblioteca Pública continuó funcionando en un torreón del Palacio de la Legislatura, siendo precisamente en 1897 objeto de una reestructuración por la que se encomendó su dirección al catalán Fors de Casamayor, fundador de la “Liga Liberal” en La Plata.

Fors era un hombre de letras, doctor en jurisprudencia y un militante de ideas republicanas, por las que debió abandonar su país y dirigirse a distintos países americanos donde difundió su credo político antes de recalar en La Plata. Su actuación en la Biblioteca Pública de la “nueva Capital”, tendrá una notable relevancia, convirtiendo a esa institución en un verdadero escenario del desarrollo cultural de La Plata. Además de la novedad que significó implementar el funcionamiento nocturno de esa institución para que acudan “las personas que necesitan de las horas del día por sus tareas y sólo disponen de la noche para sus lecturas” y celebrar el tercer centenario del *Quijote* con la primera edición impresa en Sudamérica, Fors creó “lecturas dominicales”, un notable programa de extensión cultural para la instrucción del pueblo que concibió en directa competencia con la misa. Acompañado entre otros por Enrique Rivarola y Jacob Larraín, Fors en 1900 puso en marcha con las “lecturas dominicales” lo que sería la principal caja de resonancia del pensamiento intelectual de La Plata, al que proporcionaron sus contenidos figuras como el propio Ameghino, encendido difusor del librepensamiento y ya convertido en el principal referente científico que tenía la Universidad provincial. Las “lecturas dominicales” de la Biblioteca Pública, acompañaron la actividad de la Universidad provincial, proveyendo a sus profesores y otras importantes figuras del campo intelectual nacional de una inusual tribuna abierta a la ciudadanía platense.³⁰³

Todas estas articulaciones mantenidas entre distintos ámbitos educacionales y científicos de la ciudad, podía plantearse desde la red establecida por la común filiación librepensadora de sus principales figuras. A consecuencia de ello se afirmará la preeminencia de una orientación ideológica que distinguía a La Plata de los propósitos menos rígidos del campo del poder nacional, que, tras los enfrentamientos suscitados por la Ley 1420, recomponía gradualmente sus relaciones con el clero en busca de un mayor consenso social.

303. Además de Enrique Rivarola, Larraín y Ameghino, entre los primeros conferencistas convocados por Fors figuraban: José Nicolás Matienzo, Edelmiro Calvo, Nazario Roberts, Julián Romero, Dardo Rocha, Francisco Barroetaveña, Luis Reyna Almandos, Joaquín Castellanos, Rodolfo Rivarola, Emilio Gouchón, Alberto Palomeque, Carlos Spegazzini, Estanislao Zeballos, Ángel Arce Peñalva y Ernestina López.

También la Escuela de Artes y Oficios trató de ser integrada a través de acercamientos programáticos de Rocha a la enseñanza técnica, que finalmente concluyeron en la creación de la Escuela de Electricistas de La Plata que, en 1898, funcionó en un establecimiento rural situado en terrenos de Los Hornos. Paz lo había cedido a la Escuela de Artes y Oficios, sucedáneamente a la adjudicación de la sede experimental para los estudios agronómicos y veterinarios junto al puerto, en el punto opuesto de la ciudad.

Dificultada entonces la integración efectiva de las instituciones científicas a la Universidad, Rocha reorientaba su estrategia para impulsar la enseñanza técnica, en momentos en los que una nueva política educativa nacional aparecía como la oportunidad para obtener del Estado ciertos beneficios. Aquellos de los que la institución de Rocha careció cultivando una estructura tradicional que repetía la de la Universidad de Buenos Aires.

Durante el segundo gobierno del General Roca, el Ministro Magnasco impulsó una orientación educativa que privilegiaba la enseñanza práctica, mientras propendía a desmontar parte de la educación normalista y la que se impartía en Colegios nacionales. Estos lineamientos parecían entrar en abierta contradicción con las ideas expresadas por Carballido en 1890, aunque no se desentendían de inquietudes anteriores vinculadas a enfatizar el carácter de espacios reservados del saber que debían poseer muy pocos Colegios Nacionales, a las que complementaba acentuando un claro principio demarcatorio para distinguir la educación de las élites de la que debían recibir quienes no podían aspirar a ser más que ser obreros calificados. De este modo, con su Ministro de Instrucción Pública Nacional, Osvaldo Magnasco, y el asesoramiento de Carlos Octavio Bunge, comisionado en 1899 a Europa para estudiar los sistemas educativos modernos, el gobierno nacional impulsó escuelas de artes y oficios y otros centros de enseñanza técnica que debían absorber a los hijos de inmigrantes, cuya integración cultural partía de la premisa de inculcarles una ética laboral impregnada de los propósitos de concientización del rol subalterno que debían ocupar en la sociedad, desestimando aspiraciones desmedidas que pusieran en crisis la organización social existente.³⁰⁴

La Universidad de La Plata trató de adecuarse a esta nueva orientación nacional, tendiendo a atemperar la prevaleciente formación de “doctores” en Derecho, con la articulación de otros emprendimientos de enseñanza científica y técnica que poseía la ciudad. Pero a pesar de la constante invocación a una tradición laicista para amalgamar instituciones de funcionamiento autónomo, el programa politécnico de Paz y la Universidad de Rocha siguieron por caminos paralelos. La imposibilidad de integración entre ambos emprendimientos se trasladaría a la localización de los núcleos de estudiantes bien disímiles que poseía cada uno de ellos: los “del Asfalto”, que cursaban sus

304. Dentro de esta orientación general, Otto Krause encontró propicias condiciones para llevar a cabo su plan de crear escuelas industriales. En 1898 pasó a dirigir el primer Instituto Industrial en la Escuela Nacional de Comercio de Buenos Aires y al año siguiente quedó a cargo de la primera Escuela Industrial de la Nación inaugurada por Magnasco en la convicción de que si era fácil a las fábricas formar sus obreros no sucedía lo mismo con sus directores, capataces y maestros de talleres. Para esta institución modélica de la posterior Escuela Nacional de Educación Técnica (ENET), Krause realizó los planes de estudios y el proyecto del edificio que pasó a ocupar desde 1907 en Avenida Paseo Colón de Buenos Aires.

estudios universitarios en el edificio del ex Banco Hipotecario Provincial, y los “del Bosque”, alumnos de “extramuros” que concurrían a las instalaciones sobre la Avenida 60.³⁰⁵ Las diferencias sociales de los integrantes de unos y otros grupos de estudiantes se prolongaban a sus modos de habitar. En el primer caso signado por la asimilación a la vida de funcionarios y empleados públicos del centro de la ciudad, y en el segundo por la vida suburbana en el “Barrio de las colonias”, una zona conformada con residencias que sus propietarios abandonaron en la crisis y los estudiantes ocuparon, y con alledañas casas de renta de muy bajo costo que complementaron aquella inicial oferta inmobiliaria.³⁰⁶

Rocha se esforzó en exhibir ante las autoridades nacionales las similitudes perseguidas desde su Universidad con el plan de Magnasco, para que su institución obtenga un reconocimiento que nunca había conseguido del Estado. La validez nacional de los títulos, había sido un tema central de reclamo desde el origen mismo de la Universidad, motivando incluso la elaboración de un proyecto que el Senador Nacional, Carlos Pellegrini presentó en 1897, al que sucedió un decreto nacional que dio respuesta a ese reclamo, siempre que los títulos se correspondieran con carreras cursadas con los mismos planes de estudios que tenía la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo la propuesta parlamentaria no tuvo su aprobación ni el decreto presidencial su aplicación efectiva.

La nueva situación parecía parecer una reconsideración en las anteriores relaciones, algo que por otra parte sería determinante en el futuro de la Universidad de Rocha. El reclamo por la validación de los títulos expedidos en La Plata llegó al Presidente de la nación y se dirimió con la cáustica frase lanzada a los estudiantes platenses que llevaron el tema por un Roca descreído de la reorientación técnica planteada sobre una institución netamente profesionalista y “doctoral”: “al gobierno no les interesa los abogados. Les aconsejo vayan a trabajar al campo”.³⁰⁷

Nacida a la zaga de la Universidad de Buenos Aires, sobre la que recaían los intentos de las autoridades de delimitar los “circuitos reservados del saber” para que no proliferen los “doctores”, la Universidad provincial carecía de una identidad propia, que no se la daría un circunstancial emprendimiento técnico. Tampoco las preexistentes instituciones científicas de La Plata que no querían resignar el protagonismo que poseían asumiendo un rol subalterno dentro de una Universidad de un incierto futuro. En esta disyuntiva se traducían las inciertas aspiraciones de reactivar los intereses autónomos de la “nueva Capital” a través de una institución que ni aún en el Estado provincial encontró un sólido respaldo.

Si tras inaugurarse con la Universidad de La Plata un nuevo espacio de acumulación de capital simbólico para la legitimación política, Profesores de la nueva Casa de altos estudios y miembros de La Plata N°80 como Pedro Benoit o Adolfo Lascano podían convertirse en Intendentes municipales,

305. Emilio Azzarini; *op. cit.*, p.439.

306. Las diferencias en la indumentaria marcaban la pertenencia a cada uno de los grupos “en el fondo, el sombrero aludo constituye un tácito desafío, como el birrete de los estudiantes de Cambridge y Oxford: los restantes componentes de las colonias de Agronomía y Veterinaria calan la clásica galerita hongo. Su empleo persiste mucho tiempo. En 1918 todavía puede descubrirse uno que otro estudiante del Bosque luciendo imperturbable el tradicional adminículo”. Emilio Azzarini; *Ibidem*.

307. *Cfr.* Emilio Azzarini; *op. cit.*, p.447.

las mucho mayores expectativas gestadas en torno a los “doctores” pronto se vieron contrapuestas a una realidad poco alentadora: la iniciativa de Rocha no interrumpió la mayoritaria preferencia por viajar 60 kilómetros para cursar en la Universidad de Buenos Aires donde eran otorgados títulos de validez nacional y no provincial, ni animó a los Gobernadores Udaondo e Irigoyen a sostener con ahinco la nueva institución, a la que en 1903 se le suprimió toda subvención. “Sin locales propios en la ciudad de los palacios públicos; acosada, maltrecha y aun sepultada por la misma Legislatura que la creara, pues considerándola “extinguida” llegó a suprimirle la exigua subvención, la Universidad provincial conoció en 9 años, todas las penurias y vivió muriendo”.³⁰⁸

De la instrucción a la reclusión: Dactiloscopia y defensa social

La agonía de la Universidad de Rocha coincidió con la transferencia gratuita que por convenio del 15 de noviembre de 1902 la Provincia hizo a la Nación del Observatorio, Santa Catalina y la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Sólo conservó para sí la Escuela de Artes y Oficios, que había podido sortear azarosamente a una propuesta de privatización desechada por la intervención de Rocha.³⁰⁹ Los cambios jurisdiccionales fueron sólo parte de una problemática mayor que tendrá en el impacto de la crisis sobre las instituciones educacionales muchas otras aristas de importancia, entre ellas las que signarán el destino de la Escuela de Artes y Oficios. Es que en torno a ese establecimiento, recaía la pregunta acerca de qué hacer con los sectores más bajos de la población que admitía el sistema educativo. Sobre sus funciones, entonces, se tramaba también un tipo de vínculo que las élites buscaban entablar con los sectores populares.

Inmediatamente después de que el estallido de la revolución del parque fuera sofocado, aunque con grandes costos -en la economía y la política nacional-, fue fundada primero en La Plata y después en Buenos Aires la “Sociedad Patriótica”, una institución creada como directa respuesta a esos episodios desde una enfática postura apartidaria “ajena a todo lo que pueda llamarse política militante de actualidad”.³¹⁰ La nómina de Socios fundadores en La Plata incluyen a su Presidente Rodolfo Rivarola, al Secretario, Augusto Belin Sarmiento -Director de la Biblioteca Pública- y otras notables figuras del campo intelectual local y nacional: el Director del Museo, Francisco Moreno, el Director del Colegio Nacional, Jacob Larraín, el Director General de Escuelas, Emilio Carranza, el higienista Ángel Arce Peñalva, el pedagogo Jorge Susini, y el ingeniero José Hall, entre otros. En la perspectiva de esta Sociedad, la reconstrucción de vínculos societales después de la revolución no se

308. Rafael Arrieta, *La ciudad del bosque*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La Plata, 1935, p.63.

309. En 1901 la Asociación de Ex-alumnos de la Escuela de Artes y Oficios ponía en conocimiento de Rocha “Una propuesta presentada al Poder Legislativo solicitando la explotación privada de la Escuela de Artes y Oficios”, desnaturalizando los fines originarios de la institución para destinarla a la “explotación codiciosa de particulares cuyo norte será el lucro”. “En la actualidad presta su acción eficiente a la juventud con óptimos frutos, que pudieran ser superados, si el presupuesto no restringiera su desenvolvimiento. Esta sociedad cuenta con el decidido apoyo de usted para contrarrestar los perniciosos resultados que aportaría la aceptación de tal propuesta”. Carta dirigida a Dardo Rocha el 3 de octubre de 1901, MADR, sin catalogar.

310. *Sociedad Patriótica*, La Plata, 1890. La cursiva es del texto original.

produciría por acuerdos entre partidos políticos en pugna, sino relanzando el programa iluminista que sostuvo el inicio de la organización nacional. Desde su perspectiva lo que demostraban los hechos era que no habían sido suficientes los medios utilizados desde la educación para instruir a la sociedad, y frente a esa situación el objetivo central de la “Sociedad Patriótica” era incidir en la esfera pública complementando aquello que el Estado no había sabido hacer plenamente. Esto es, llevando a cabo una “activa propaganda de los derechos y deberes cívicos”, sirviéndose para ello del prestigio social de sus integrantes que los habilitaba a dar aleccionadoras instrucciones de ciudadanía desde la prensa, la cátedra, la elevación de proyectos de ley, o las conferencias públicas, como la de Rivarola del 12 de setiembre de 1890 en la Sede del Club de Gimnasia y Esgrima que puso en funciones a la “Sociedad Patriótica” de La Plata.

Frente a esta respuesta de la cultura “letrada” para sostener la continuidad del evolucionismo gradualista profundizando la convicción sarmientina llegar a una ciudadanía virtuosa por efecto de la educación popular, fue ganando espacio otra línea de pensamiento dirigida sostener esa continuidad aunque deteniendo la progresión de las instancias educativas. La Escuela de Artes y Oficios, la única institución de educación especial de la Provincia que sobreviviría a la crisis sin cambiar su jurisdicción -aunque como veremos sí y profundamente sus funciones-, pronto se convirtió en escenario central una polémica que dejaba traslucir divergentes formas de pensar los caminos para restituir el orden público.

Las disidencias fueron hechas notar en 1892 por un grupo de vecinos integrado por miembros fundadores de la “Sociedad Patriótica” de La Plata, al denunciar ante el Presidente de la República que en la Escuela de Artes y Oficios habían sido instituidas prácticas que habían hecho de ese establecimiento “un cuartel” y de sus alumnos “un batallón de línea, disciplinados y con aptitudes de manejar un fusil”. Frente a los conocidos Batallones escolares del Colegio Nacional, la Escuela de Artes y Oficios ofrecía un panorama inaceptable. Si aquellos obedecían a un designio entendido como patriótico, asuzando el peligro exterior, éstos ocultaban su condición para fines menos dignos que, en el mejor de los casos, podían consistir en intervenir en los actos electorales “impidiendo la libre emisión del sufragio popular”.

Aunque una Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires se expidió desestimando todas las denuncias,³¹¹ la Escuela de Artes y Oficios era partícipe de cambios que sobreimprimían en su destino el declive de la tendencia sarmientina instalada en La Plata con la propia fundación de la ciudad. Como pasó a ser particularmente notorio después de 1890, las funciones educativas de aquel establecimiento quedaban cada vez más relegadas, a expensas también del avance que experimentaban las respuestas represivas. Tras un efímero interregno asistencial, el establecimiento destinó su gran pileta y duchas al “baño de los pobres” y al Instituto Provincial de Sordomudos, en 1903 la Escuela de Artes y oficios fue drásticamente transformada. Ese año el

311. La Comisión fue integrada por Liborio Muzlera, Benjamín González, Julio Llanos, N.B. Carbonell, Benito Lynch y Manuel Gazcón. *Informe de la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados sobre la existencia de cuerpos con organización militar en La Plata*, El Día, La Plata, 1892.

ingeniero Domingo Selva realizó la reforma que permitió habilitar allí la principal Cárcel de Detenidos de la ciudad -donde la Dictadura militar montaría siete décadas después un centro clandestino de detención-. La Escuela de Altgelt en la que se reflejaba claramente la preocupación clasificatoria del positivismo pedagógico, se adecuaba ahora a una respuesta para el problema de las coexistencias de géneros, que ya no era el de separar dos escuelas dentro de un mismo establecimiento educacional sino las celdas para hombres y mujeres que compartían un mismo pabellón de reclusos. El similar destino de la Escuela de Electricistas, devenida en cárcel de mujeres,³¹² termina de conformar el cuadro de las languidecientes instituciones educacionales platenses a comienzos de 1900. A ello se agrega el compromiso asumido por la Nación, al recibir los establecimientos científicos provinciales, de destinar Santa Catalina a Colonia correccional de menores proveyendo de una ejemplarizadora enseñanza práctica de agricultura y ganadería para sus penados.

De este modo, tras verse agostadas las inflexiones asistenciales de la Escuela de Artes y Oficios, que Sarmiento denunció por “socialistas”, no se arribaba al ideal civilizatorio de la conjunción entre ciudad moderna y educación sino a su solución opuesta que tenía nuevamente a la cárcel en el centro de la ciudad. Vale decir que aquella figura que había sido vinculada a intereses de la colonización española contrapuestos a la civilización moderna, reasumía su protagonismo dentro del liberalismo finisecular. Con la instalación de cárceles urbanas a expensas del cierre de Escuelas, se trastocaba su lógica en pos de una solución al espacio singularizado que desde los episodios revolucionarios del '90 venía siendo buscado en La Plata para liberar de las funciones contenidas en sus anexos al Palacio de Justicia y especialmente al Departamento de Policía, cuya miniaturizada penitenciaría en el patio central ya no podía contener las nuevas necesidades suscitadas. Y lo hacía precisamente enfatizando el propósito de moralizar a quienes se apartaban del orden por medio de la “regeneración” llevada a cabo con el trabajo y la educación en la escuela-taller, en tanto renovado espacio de clausura que devino en el Taller de Impresiones Oficiales montado en Avenida 1 y 60.³¹³ Si en 1890 el Director General de Escuelas de la Provincia, Emilio Carranza, podía prolongar la preceptiva sarmientina al inaugurar las principales escuelas elementales y graduadas de La Plata, sosteniendo que con ellas disminuirían “los crímenes y los vicios produciendo el inmenso beneficio de

312. En las 4 hectáreas del predio, se desarrollaban entre huertas los talleres de la Escuela de Electricistas de la que provino el nombre de “La Mecánica” que llevó el establecimiento carcelario instalado en el mismo edificio. Paunero Usher; “La Mecánica. La cárcel de mujeres y menores de La Plata”, en *Caras y Caretas* N°747, Buenos Aires, 25 de enero de 1913.

313. La cárcel y el taller, tal como fueron montados en la Escuela de Artes y Oficios, tenían en La Plata precisos antecedentes. En 1892 se aprobó una Ley para crear la cárcel en Tolosa, aunque recién en 1897 la cuestión tomó estado público. En ese momento el Departamento de Policía albergaba “400 a 450 presos colocados en pabellones sin divisiones ni compartimientos”. Al mismo tiempo, la cárcel de detenidos en el Palacio de Justicia tenía “180 presos encerrados en sus cuadras o pabellones”. “Ya puede imaginarse el peligro permanente que amenaza a la población con ese hacinamiento de individuos, cualquiera sea la estación del año”. “Aunque la Constitución Nacional dice que las cárceles son para corrección y no para tormento, en La Plata las cosas pasan de otro modo”. Allí los detenidos “están sometidos en condiciones imposibles para la vida material”. En Tolosa, La Loma o dentro del ejido debía construirse un nuevo establecimiento que no sea “sólo para guardar presos, sino también es menester dotarlo de talleres apropiados para hacer trabajar a los detenidos buscando corregirlos, moralizarlos por ese medio”. “Cárcel para La Plata”, en *El Mercurio*, La Plata, 27 de mayo de 1897.

rebajar la cifra de habitantes de sus cárceles”,³¹⁴ el razonamiento se revertía en el mismo momento en el que la idea de ciudadanía acentuaba sus restricciones. Las nuevas máquinas de educar del liberalismo argentino ya no serían un antídoto a la cárcel sino que sus espacios, como verdaderas “máquinas imperfectas”,³¹⁵ se adecuaban muy bien a la necesidad de recomponer represivamente el orden perdido en los episodios revolucionarios, aunque fuera a través de una drástica refuncionalización, validando aquella conclusión foucaultiana que insta a no extrañarse de las semejanzas que podían hallarse entre ambos dispositivos modernos.³¹⁶

Aquel evolucionismo que identificó a las escuelas urbanas con la expresión de un estadio superador al retardatario colonialismo español que creaba cárceles en la plaza mayor, ya había entrado en una nueva fase de su devenir. El paso de la modalidad represiva a la ideológica que después de las escuelas urbanas, el Museo representó ejemplarmente, se invertía sin conmovir la hegemonía ejercida por los fundamentos socio-darwinianos. Después de los tiempos en que Sarmiento atribuyó los brotes revolucionarios a “razas prehistóricas” y a la ignorancia, el exterminio indígena y la intensiva escolarización llevada a cabo hacía pensar que la persistencia de aquel mal era ahora, en cambio, producto de una incontrolada expansión de la educación que había llegado a quienes demostraban no tener reparos en valerse de ella para poner en peligro el cauce de la evolución. La revolución había dejado de ser patrimonio del campo para situarse en la ciudad y sus instigadores no eran producto de la barbarie sino del mundo “letrado”. La impronta de este razonamiento con el que Agustín Álvarez malthusianamente requirió restricciones la educación pública para que no alcance a quienes terminarían en la cárcel,³¹⁷ ilumina las respuestas represivas desplegadas por el gobierno provincial sobre la misma franja social invitada a recibir una formación técnica. Complementariamente fue cobrando fuerza un marco explicativo de la crisis y las represalias desatadas, que volvió recurrente la utilización metonímica del resurgimiento “bárbaro” de la naturaleza que, a modo de venganza, intentaba sobreponerse a las obras civilizatorias levantadas fáusticamente sobre ella en La Plata.

Precisamente sobre esta suerte de “estado de naturaleza” que suscitó una reacción contraria, acentuadora de incipientes rasgos identitarios que ya poseía La Plata, se despliega otra respuesta a la crisis formulada desde un diálogo del saber científico con el poder catalizado a través de particulares formas de abordar la cuestión social. A aquellos rebrotes de “barbarie” se les opondría el ejercicio de

314. “Inauguración de las Escuelas de La Plata”, *op. cit.*, p.402.

315. El concepto remite a la obra ya clásica dirigida por Morachiello y George Teysott; *Le macchine imperfette*, Officina Edizioni, Roma, 1980.

316. Michel Foucault; *Vigilar y castigar. En nacimiento de la prisión*; *op. cit.*, p.230. El problema de la creación de cárceles modernas en centros urbanos es abordado para el caso español por Pedro Fraile; *Un espacio para castigar. La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII-XIX)*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1987. Un notable registro del desarrollo arquitectónico de los espacios carcelarios en el Reino Unido se halla en Robin Evans; *The fabrication of virtue. English prison architecture.1750-1840*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982. Interesantes aproximaciones a las teorías y las tecnologías aplicadas en la creación del sistema carcelario argentino puede hallarse en Jorge Salessi; *op. cit.*, especialmente en “Maleantes”, pp.127-178.

317. Estas ideas están contenidas en Agustín Álvarez; “Educación Moral” (1901), en *La cultura argentina*, Talleres Gráficos L. J. Rosso y cía, Buenos Aires, 1917

la vigilancia generalizada de la sociedad, surgida de una cuidada estrategia conformada al calor de la fuerte matriz positivista que el plan fundacional había gestado. Los afanes clasificatorios de los que el Museo se valió para hacer que los restos “prehistóricos” de quienes sólo quedando fuera de la historia y merced a la ciencia se incorporaran junto a sus territorios al patrimonio nacional, iluminaban ahora los deseos de que se proyecten sobre el universo hasta entonces incólume de lo normal. Esto es, el de quienes componían las poblaciones urbanas, se educaban en sus escuelas y llevaban una vida “civilizada” a la que comenzaba a amenazar el aluvión inmigratorio y los exagerados impulsos ciudadanos provocados por un “exceso de instrucción”.

Los saberes clasificatorios llevados por Emilio Coni más allá del Higienismo que le sirvió de punto de partida para proyectarse desde su Oficina de Estadística provincial, nacida en 1883, a trabajos que afirman el surgimiento de la Demografía moderna en Argentina, eran el sustento para avanzar en La Plata hacia nuevas técnicas capaces de perfeccionar las formas de concentrar datos sociales en un archivo unificado. Hacia esa dirección había apuntado otra medida que vino a afianzar el poder de la ciencia en la sociedad, como lo era el establecimiento en 1889 del Registro Civil en la Provincia de Buenos Aires para reunir toda la información referida a natalidad, mortalidad y nupcialidad, que hasta entonces concentraba la Iglesia a través de sus parroquias.

Equiparando la crisis a una epidemia que padecía la ciudad, la mirada científica instaba articular los ya tradicionales métodos de reclusión con otro tipo de acción consistente en la creación de un registro de lo patológico constante y centralizado, donde esa misma especie de enfermedad social generalizada era el sustrato básico para imponer un “estado de excepción” que facilitaba el desarrollo de tácticas de disciplinamiento para perfeccionar el ejercicio del poder. Si tras la “conquista del desierto” el Museo era la demostración fosilizada de que el mal extraurbano que podía infiltrarse en la ciudad había sido conjurado y la Exposición de Moreno la epifanía de la “ciudad del futuro”, la crisis que se desplegaba sobre ella reavivaba una amenaza revolucionaria por obra de grupos ya insertos en la ciudad que motivaban la institucionalización de un orden represivo sobre nuevas bases científicas, capaz de actualizarse permanentemente. La respuesta de la “ciudad letrada” invocando a través de una “Sociedad Patriótica” la necesidad de profundizar la instrucción, era sobrepasada por otros productos de esa misma “ciudad letrada” dispuestos para ejercer el control social. A ese fin resultó particularmente útil el desarrollo del Higienismo, que junto a la Estadística y la Demografía, allanarán el camino hacia la creación de la Dactiloscopia, en coincidencia con la modernización de los mecanismos de represión del crimen operada a raíz de la “crisis del progreso”. Sobre esta creación va a asentarse la jactancia de La Plata de “ser principal residencia, centro, corazón *de la primera policia del mundo*”: la policía bonaerense.³¹⁸ La crisis, el miedo a la revolución y a los rebotes de “barbarie” en la ciudad “civilizada”, eran el sustrato para admitir, hacer tolerable y más aún legitimar el control científico y policial generalizado. La Dactiloscopia surgía así en el marco de ese experimento controlado de la cultura urbana argentina que era La Plata, donde quedaba reflejada la propia

318. F. Resasco; “La Plata, nueva Tebas”, 1891, *cfr.* Pedro Luis Barcia; *op. cit.*, p.187. El subrayado es del autor.

incapacidad para garantizar por sí sola y desde una pedagogía de las formas expresadas en la regularidad de su matriz, el bienestar general y el acatamiento al orden público. No eran suficientes las tácticas derivadas de la búsqueda de total visibilidad a través de un urbanismo exaltador de la retícula higiénica de calles amplias e ininterrumpidas, ni aún el complemento buscado en el primer alumbrado eléctrico que conoció nuestro país.³¹⁹ Al orden de los espacios visibles se agregaba ahora la emergencia de un saber condensador de una nueva tecnología del poder, que expandía los alcances del panoptismo a través de una retícula interminable. La “ciencia de la identificación” creada en 1891 por Juan Vucetich y refrendada por Francis Galton,³²⁰ hizo de un indicial mecanismo de detección de criminales a través de las huellas dejadas en el cuerpo del delito, un fenomenal dispositivo de vigilancia pre-delictual desplegado sobre todos aquellos que podían “degenerar” y ser arrastrados hacia el crimen. Se trataba de la emergencia de un verdadero observatorio de la multiplicidad humana que se expandía de los espacios de clausura hasta comprender a toda la ciudad patologizada produciendo una profunda reversión de las tradicionales miradas del poder.³²¹ La arquitectura concebida para ser vista y conminar por su propia presencia, como lo pensó Rocha en 1881 al encargar al Departamento de Ingenieros la realización de un Palacio autónomo para el Archivo General de la Policía de la “nueva Capital”, dejaba lugar a una forma de visibilidad panóptica que partía de invertir aquel supuesto con un arte oscuro que no colocaba la luz sobre quien ejercía el poder sino sobre quienes eran sometidos a él. Sustituía “un poder que se manifiesta por el esplendor de los que lo ejercen, por un poder que objetiva insidiosamente aquellos a quienes se aplica”,³²² y que tiene en minúsculas invenciones técnicas la clave de ese desplazamiento hacia la iluminación de los examinados que podía llevarse a cabo desde un espacio insignificante y muy poco visible: el del pequeño gabinete del que dispuso el nuevo sabio, Juan Vucetich, en un edificio que reflejaba las transformaciones operadas a través de su propio funcionamiento. Era el Palacio de la Policía cuya

319. Después de los primeros ensayos que conoció nuestro país se instituyó masivamente en 1890 con la habilitación de la usina ubicada en la manzana delimitada por las calles 3, 4, 44 y 45 para lograr un control discreto y continuo.

320. El inglés Francis Galton, primo de Darwin, creó en 1883 la eugenesia como disciplina científica dedicada al cultivo de la raza y aplicable “al hombre, a las bestias y a las plantas” a partir del “estudio de los agentes bajo control social que pueden mejorar o empobrecer las cualidades raciales de las futuras generaciones”. La nueva disciplina apuntaba a clasificar toda la población, asimilando raza a clase social y propugnando el otorgamiento del lugar que le correspondía ocupar a cada individuo en la sociedad por estrictas razones biológicas aducidas. Para alcanzar ese propósito el primer paso era la identificación, tema que motivó un artículo de Varigny publicado en la *Revue Scientifique* de París del 2 de mayo de 1891, en el cual sintetizaba los estudios galtonianos sobre las impresiones digitales. La posterior vinculación epistolar acompañó las acciones conducentes a la creación de la Dactiloscopia, por la que Vucetich recibió abundantes elogios de Galton. Sobre Galton véase las obras de Raquel Álvarez Peláez; *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, CSIC, Madrid, 1985 y *Francis Galton. Herencia y Eugenesia*, Alianza Universidad, Madrid, 1988. Sobre la recepción de la teoría de Galton en Argentina véase Marisa Miranda y Gustavo Vallejo; “Las huellas de Galton: eugenesia y control social en la Argentina del siglo XX”, *Taller* N° 21, Buenos Aires, 2004, pp.142-178. Sobre la eugenesia en Argentina véase Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

321. Michel Foucault; *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión.*, op. cit. Véase especialmente “La vigilancia jerárquica” (pp.175-182) y “El examen” (pp.189-198).

322. *Ibidem*, p.223.

función ejemplarizadora dejaba de contener la vigilancia concentrada en la miniaturizada penitenciaría de su interior -merced a la transformación operada en la Escuela de Artes y Oficios-, y en cambio ahora se articulaba con nuevos saberes “científicos” que instaban a expandir decisivamente esa tarea al exterior del edificio. La Oficina de Identificación Antropométrica de Vucetich resemantizaba al Palacio de la Policía para que las vigilancias al interior del edificio den lugar a un vasto dispositivo dirigido a “observar” desde allí a toda la población merced a la nueva tecnología del poder que inventó. Con ella podía Vucetich elevar a la organización policial un nuevo principio fundado en una clara premisa: “el poder de la policía *no debe verse*, no debe relucir para nada, sino *cuando hay forzosa necesidad de emplearlo*”.³²³

El archivo individualizado y secreto de Vucetich, asentado también sobre el notable desarrollo que Thomas Bradley le dio a la técnica fotográfica en La Plata, era la culminación de una óptica del poder concebida para mirar sin ser visto, para proveer de información a instrumentos sancionadores que actuaban silenciosamente para detectar el crimen situado dentro de la ciudad, mientras otros dispositivos como los que inventaba Ricaldoni buscaban impedir su ingreso.³²⁴ Hacia aquella dirección había apuntado Rocha inaugurando la aplicación de la fotografía en las cárceles, que reemplazó procedimientos menos discretos como la exposición teatralizada del suplicio que hacía el cepo, utilizado en la Provincia hasta 1881.

La oficina de Vucetich en el Palacio de Policía, pronto se convirtió en una natural prolongación de las prácticas científicas del Bosque hacia sus adyacencias, una expansión de los estudios antropométricos a sobrevivientes indígenas que realizaba el Museo de Ciencias Naturales en su interior y a animales en el Jardín Zoológico que, frente suyo, se levantó complaciendo los deseos de Moreno. Después de 1890, la Dactiloscopia aparecía para demostrar su utilidad mediante la nueva tecnología del poder que incorporaba la “Policía bonaerense” para constituirse en el complemento científico de la antropología fósil que investigaba el Museo. Eso fue lo que destacaron los españoles Boscá Casanovés y Boscá y Seytre, llegados en 1910 para relacionar los principales centros de estudio argentinos con la colección donada por Rodrigo Botet al Museo de Valencia que estaba bajo su

323. Alberto Cortina y Juan Vucetich; *op. cit.*, p.118.

324. Si la Dactiloscopia y la modernización de la policía bonaerense vinieron a garantizar el orden interno escrutando el mal que ya estaba dentro de la sociedad, el peligro cierto de llegar a una guerra con Chile motivó desde 1891 una tarea que fue más allá de los Batallones Escolares de Falcón en el Colegio Nacional, para derivar en un desplazamiento del control panorámico de la sociedad hacia el del estuario rioplatense a través de acciones para su custodia implementadas en el Puerto de La Plata. Primero surgió la Base Naval de Río Santiago, y paralelamente el uruguayo Tebaldo Ricaldoni inventó el primer Submarino sudamericano -cuya fabricación a punto estuvo de ser financiada por las autoridades nacionales argentinas, luego de que el Congreso Nacional tratara el tema en forma secreta en 1892-, y precisamente era en La Plata, “la ciudad de Julio Verne”, donde se gestaba la idea de materializar la fantasía contenida en las *Veinte mil leguas de viaje submarino* con el objeto de repeler posibles ataques de armadas extranjeras y garantizar lo que para Rocha sería “nuestra supremacía en los mares”. La defensa del estuario, también llevó a Ricaldoni a inventar una máquina para desviar torpedos, sin abandonar nunca su proyecto de submarino que le dio una notoriedad remarcada por Roberto Arlt en *El juguete rabioso*. La actividad de Tebaldo Ricaldoni viene siendo estudiada en el Museo de Física de la Universidad Nacional de La Plata por la Doctora Cecilia Von Reichenbach y Leandro Andrini, a quienes debo el acceso esta información.

cuidado. El viaje tuvo entre los episodios más destacados la visita en La Plata al Museo y a la “meca del Vucetichismo”, cuna de “una de las maravillas de los modernos descubrimientos humanos”,³²⁵ para plasmar un vínculo que no parecía ajeno al propio Rodrigo Botet, precisamente responsable de la construcción del Palacio de la Policía y retomaba la idea con la que Dardo Rocha encargó en mayo de 1881 al Departamento de Ingenieros la realización de lo que originariamente imaginó como Museo y Archivo General de La Plata.

El italiano Enrico Ferri, con su visita al país, contribuyó a reforzar el interés internacional por estas aportaciones a la Criminología. Ferri en La Plata dividió su tiempo entre el Observatorio y la Policía, donde observó detenidamente los trabajos del señor Vucetich que lo llenaron de asombro por la simplicidad con la que podían contenerse las fichas de identificación de miles de sujetos.³²⁶

Del crimen a la locura: la Colonia Open-Door

Las repercusiones que tuvo la crisis en la ciudad, iluminando la creación de dispositivos para el ejercicio de una vigilancia generalizada, se prolongaron con la búsqueda de garantizar el estado de normalidad a través de otro espacio del saber asentado en el aislamiento extraurbano. Se trataba del Hospital que los fundadores de La Plata concibieron para funciones generales diez kilómetros al sudoeste del casco urbano de La Plata, en medio de una zona de quintas y chacras que operaba como barrera higiénica entre la “concentración pútrida” de miasmas atribuida a ese tipo de establecimiento y la ciudad. La única vinculación quedaba establecida a través del ferrocarril, y precisamente la estación de Melchor Romero situada frente suyo le dio el nombre al Hospital, el mismo que en 1897 será objeto de una profunda transformación tras designarse como su nuevo Director al médico alienista, Alejandro Korn.

Era el principal centro sanitario para “pobres de solemnidad, sean hombres, mujeres o niños atacados de enfermedades comunes o demencia”, tal como lo concibió Dardo Rocha dentro del plan fundacional de La Plata. En su concreción habían sido seguidos estrictos mandatos de la higiene finisecular que lo convirtieron, en términos representacionales, en la más absoluta contrapartida de las Escuelas-Palacio. No sólo por su localización extraurbana, sino también por características físicas en las que debía prevalecer lo efímero sobre lo duradero. Era el reverso de aquel debate que en el Senado provincial culminó con la aprobación de la postura de Ortiz de Rozas que promovía la creación de grandes y duraderos edificios para alojar a las escuelas graduadas en el centro de La Plata. Con el Hospital en cambio, antes que “hacer un edificio monumental, que dure 200 años” se optó por hacer

325. Eduardo Boscá y Casanóv y Antimo Boscá y Seytre; *Los Museos Nacionales de Buenos Aires y La Plata*, Anales de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Tomo VIII, Memoria 1º, Madrid, 1911.

326. Al despedirse Ferri dejó escrito: “*Lieto di trovarmi, transitoriamente, in un luogo che segna la realizzazione d’un procedimento geniale ed anche piú lieto di trovare, in questo luogo, l’iniziatore di una parte tanto caratteristica di tale procedimento: l’amico Vucetich*”. Cfr. “Ferri y Vucetich”, en *Archivos de pedagogía*, T.4, La Plata, 1908, p.486.

“una barraca, que dure 10 años al cabo de los cuales se pueda prender fuego”.³²⁷ Esta fundamentación de Achával fue reforzada por Ortiz de Rozas para quien convenía crear hospitales “de una manera ligera y económica para poderlos renovar periódicamente”, evitando así la acumulación de enfermedades.³²⁸ Ambos se apoyaban en recomendaciones de higienistas que alertaban acerca de la acumulación “pútrida” de “miasmas” en el interior de los edificios. Pero aún siendo la madera un material de escasa resistencia a la “impregnación” de esos “aires malsanos”, ofrecía la facilidad de realizar hospitales que tuvieran duración temporaria y pudieran renovarse. El modelo había sido utilizado en la guerra de secesión norteamericana y luego Rodolf Virchow lo difundió para que fuera aplicado durante la guerra franco-prusiana. Siguiendo ese criterio, la utopía de Benjamin Ward Richardson contenía establecimientos sanitarios caracterizados por su alejamiento del centro urbano y su reproducción a partir de un tipo básico transportable que reemplazaba a la “vieja idea del hospital” construido “para siempre, a la manera de un castillo normando”.³²⁹ Algo similar sucedía con los hospitales de *France Ville*, “la ciudad de la salud y el bienestar” de Julio Verne, donde los enfermos eran alojados en “barracas ligeras de madera de abeto que se queman por lo regular todos los años para renovarlas”.³³⁰ La Plata tuvo así su primer Hospital organizado en 1884 en dos “pabellones barracas” - uno para alienados y otro para enfermedades generales- de 29 por 7 metros que realizaron Pedro Benoit y Laurentino Sierra Carranza, en un predio de 80 hectáreas.³³¹

Pero hacia 1890 el sistema sanitario de La Plata debió redefinir la primacía asignada a un Hospital muy distanciado de la principal aglomeración urbana, sobre todo cuando la difusión de la teoría microbiana permitía constatar que no residía en los “aires malsanos” la vía de propagación de las enfermedades infectocontagiosas, y por ende los motivos que fundamentaban el aislamiento habían perdido su razón de ser. En un momento de crecientes padecimientos sociales que repercutían en la necesidad de concentrar en la ciudad las respuestas sanitarias, el Hospital de Melchor Romero fue cediendo atribuciones a manos de nuevos establecimientos levantados en el casco urbano que fueron puestos bajo la égida de una Sociedad de Beneficencia dirigida en La Plata por las esposas de figuras centrales del campo político y sanitario y distintas congregaciones del clero local. Eran ellos el Hospital de Misericordia, el Hospital San Juan de Dios y el Hospital de Niños.

El aislamiento del Hospital de Melchor Romero sólo tenía ahora sentido desde la necesidad de complementar la detección del crimen perseguida en el centro de la ciudad por Vucetich, Falcón y sus epígonos en la policía bonaerense, con la reclusión de aquella otra figura de la “anormalidad” identificada en la locura. Conjugados en el marco explicativo de los desbordes sociales padecidos por

327. Discurso del Senador Nicolás Achával; en *Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1883, p.237.

328. Discurso del Senador Juan Ortiz de Rozas, *Ibidem*, p.325.

329. Benjamín Ward Richardson; “Hygeia” (pp.172-177), *cf.* Françoise Choay; *op. cit.*, p.177.

330. *Cfr.* Françoise Choay; *op. cit.*, p.109.

331. El Hospital ocupaba en 1884 las chacras número 52, 53, 54 y parte de la 55 del plano general de La Plata.

la ciudad, locura y crimen, figuras reunidas en la tesis doctoral de Alejandro Korn,³³² generaban en torno a la crisis directas interlocuciones del poder con espacios del saber en las que éstos últimos también podían llegar a resignar buena parte de esa condición. El Hospital bajo esta coyuntura pasó a servir para el confinamiento de un muy impreciso sector sobre el que tampoco quedaba en claro el tratamiento que debía recibir. Era un “manicomio pampa” que funcionó bajo vagos lineamientos que prosiguieron hasta que el higienista Ángel Arce Peñalva elaboró un informe científico lapidario. En él sostenía que “aquello no es un hospital, hospicio, manicomio ni colonia, es sencillamente un depósito de locos donde no se lleva tratamiento alguno, no puede seguirse una medicación apropiada. Allí no hay clasificaciones patológicas, no existen separados sino sexos. La manía parcial, el delirio bajo todas sus formas, la melancolía, los impulsos, la imbecilidad, todo se confunde y se junta en un solo patio, dormitorio o comedor, haciendo imposible todo tratamiento y toda esperanza de mejoría. Es tan malo y tan rudimentario aquello, que puede decirse estamos retardados más de un siglo, dando a los locos el abrigo, la vida material pero no el tratamiento, que ni se ha ensayado. Aquí se recogen los locos, pero no se curan”.³³³

El informe de Arce Peñalva coincidió con las gestiones que en 1895 inició Domingo Cabred, Director del Hospicio de las Mercedes, para que el Estado Nacional adquiriera el Hospital de Melchor Romero y lo convirtiera en una colonia de alienados. La provincia rechazó esa propuesta, reservando para sí el establecimiento sobre el que inició profundos cambios dirigidos a acentuar precisamente su especialidad ligada a la atención de alienados. El viejo Hospital general de La Plata, devenido en “manicomio pampa” pasaba a ser objeto de una nueva experiencia científica iniciada con la designación de Alejandro Korn como Director.

Korn llegaba a Melchor Romero en 1897 tras haber iniciado sus actividades en La Plata como médico de Policía en 1888, y militar en las filas del radicalismo revolucionario durante los episodios de 1890 y especialmente en los de 1893, donde fue el Intendente frustrado de un levantamiento cívico carente de éxito. Entre 1894 y 1897 fue legislador provincial por el radicalismo, mientras mantenía a la vez una fuerte presencia en el aristocrático Club de Gimnasia y Esgrima y en los principales ámbitos educacionales de la ciudad, que comprendió su desempeño como Profesor del Colegio Nacional y de la Universidad de La Plata.³³⁴ Y si en esta última institución su labor científica quedó relegada por las diversas dificultades que sufrió la Escuela de Medicina y por la Universidad en general, en Melchor Romero, en cambio, encontró la posibilidad de implementar una experiencia

332. Alejandro Korn se doctoró con la tesis “Locura y crimen” presentada en la Universidad de Buenos Aires en 1883. Ella era bien representativa de su formación en torno a la Cátedra de Medicina Legal de Eduardo Wilde y Manuel Blancas, quien fue su padrino de tesis. Sobre la faceta médica de Alejandro Korn véase Juan Carlos Torchia Estrada; “Alejandro Korn: la primera profesión”, en *Revista de la Universidad* N°26, La Plata, 1980, pp.73-94.

333. Cfr. Carlos Grau; *La Sanidad en las ciudades y pueblos de la Provincia de Buenos Aires*, Dirección de Impresiones Oficiales, Eva Perón, 1954, pp.58-59.

334. Sobre la participación de Alejandro Korn en el campo cultural y político platense, puede verse de Carlos Rocca; *Alejandro Korn y su entorno*, UPAK, La Plata, 2001 y *La actividad política de Alejandro Korn*, UPAK, La Plata, 2003.

inédita: el sistema de *Open-Door* que venía siendo propugnado por Meléndez y Cabred, tendrá una temprana aplicación a través de lo que sería una suerte de utopía del orden sanitario dirigida por Korn. Era todo un avanzado programa científico que, como el propio Korn destacaría irónicamente, “descubrió por casualidad” en su progresivo desplazamiento de la psiquiatría lombrosiana y la medicina forense hacia la *Crítica de la razón* pura de Kant. Aunque a decir verdad remitía a experiencias inglesas y constituía en Argentina el resultado de una senda abierta desde el mismo momento en el que, como señala Vezzetti, Pinel iluminó los primeros cambios en el tratamiento de la locura impulsados a comienzos del siglo XIX por Diego Alcorta,³³⁵ que en el final de ese siglo se profundizaban adquiriendo con Korn y Cabred una nueva respuesta física. Se trataba de “un conjunto de disposiciones de orden material y de régimen interno que tienden, todas, a dar al establecimiento el aspecto de un pueblo, a proporcionar a sus moradores la mayor suma de libertad, compatible con su estado de locura, y a hacer del trabajo uno de los elementos más importantes del tratamiento moral”.³³⁶ Era un sistema sin “muros de circunvalación que oculten el horizonte, ni nada que despierte la idea del encierro, y así la ilusión de libertad será completa”.³³⁷ Korn en Melchor Romero llevó a cabo la primera aplicación de estas ideas, que comenzaron a plasmarse a partir de la destrucción y reemplazo de los efímeros barracones diseñados por Benoit por los pabellones “Lombroso”, “Ball”, “Meléndez”, “Charcot” y la “sala Aguilar”. Ellos quedaron unidos a la panadería y el lavadero a vapor por una amplia red de caminos internos que integraban las funciones cada vez más complejizadas en esta verdadera ciudad de la higiene mental. Pero la gran novedad comenzó a plasmarse cuando al ampliarse el predio hasta comprender una superficie de 183 hectáreas,³³⁸ pudieron organizarse las primeras seis colonias agrícolas sobre las que reposó el fundamento de las nuevas teorías aplicadas. Nuevas colonias agrícolas, un espacioso granero para el depósito de las cosechas, un criadero de aves y el servicio de la lechería, fueron completando las tareas agrícolas a partir de una creciente diversificación. Cerca de la Colonia, se hallaban los mataderos de Abasto levantados a prudente distancia del centro de La Plata para aprovisionarlo de carne sin olores pestilentes, a través de una línea del Ferrocarril que también hacía escala en Melchor Romero para atender diariamente sus necesidades y constituirse en el único vínculo con la realidad urbana. El tradicional espacio “manicomial” de reclusión de alienados, era ahora una residencia de “puertas abiertas” en pleno campo, donde los propios residentes formaban parte del centro de producción que les daba su sustento, reforzando a través de esa terapia ocupacional y por medios menos visibles que los tradicionales, su independencia y a la vez su aislamiento del mundo exterior. El campo y la naturaleza contenían un valor terapéutico *per se*, eran la representación antitética de los desórdenes de la ciudad, a la que la crisis social había convertido en escenario de la

335. Hugo Vezzetti; *op. cit.*, 1985, pp.52-53.

336. Domingo Cabred; *Discurso sobre asilos y hospitales regionales en la República Argentina (Ley 4953)*, Cfr. Hugo Vezzetti; *op. cit.*, p.79.

337. *Ibidem*.

338. Durante la dirección de Alejandro Korn se incorporaron al establecimiento las chacras número 31, 35, 42 y 43 del plano general de La Plata.

locura. Los cambios que introdujo Korn en Melchor Romero, quedarán integrados a un sistema de Colonias *Open-Door* que comprendería al Hospicio de las Mercedes creado por Lucio Meléndez, a quien sucedió Cabred, al Asilo-Colonia de Luján que el propio Cabred inauguró para descongestionar a aquel y al Asilo-Colonia de Lomas de Zamora.

Hacia 1900, en la agonía de la ciudad, la Dactiloscopía, en tanto nuevo saber moderno, y la Colonia *Open-Door*, lograban trascender los alcances científicos de los programas concebidos en La Plata por los gobernadores Paz y Rocha. En adelante todo poder necesitará recurrir a la “ciencia de la identificación”, alimentando una relación de dependencia que favoreció la universal propagación que adquirió en pocos años. En tanto que Melchor Romero, con su singular sistema, podrá ser exhibido por la ciencia argentina como una novedad sudamericana.³³⁹ La presentación pública que Vucetich hizo de su gran descubrimiento, pronto universalizado, en el marco de las “lecturas dominicales” de la Biblioteca Pública dirigida por Fors, y la proyección que el Estado nacional le daría al sistema aplicado por Korn, serán las emblemáticas contracaras de la inevitable frustración provocada por el simultáneo destino de otros espacios del saber: la Escuela de Artes y Oficios de Paz convertida en cárcel y fundamentalmente la Universidad de Rocha que nunca pudo poner en marcha la Escuela de Medicina y que hacia 1902 ya había cerrado sus puertas.

339. Cuando en *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, Franco da Rocha en un artículo hizo mención a un asilo-colonia brasileño al que calificó como “el primero fundado en Sudamérica”, José Ingenieros lo refutó señalándole que “en el Hospital de Melchor Romero (Prov. De Buenos Aires) practicase desde hace varios años el sistema open-door, en vasta escala y con brillantes resultados bajo la dirección del Dr. Alejandro Korn”. *Cfr.* Juan Carlos Torchia Estrada; *op. cit.*, p.94.

Tercera Parte: La ciudad universitaria. De las ideas a las formas

Capítulo 1. Teorías educacionales anglosajonas y élites argentinas³⁴⁰

Entre la ciudad y el campo: reductos para la educación de las élites

Después de la iluminista concepción de la ciudad como factor propagador de las virtudes del espíritu ilustrado, el aislamiento del saber como respuesta de la crítica moralista e higienista al caos metropolitano fue afirmándose en un imaginario que intelectuales y reformadores sociales del '900 trasladaron al plano urbanístico. A través de él fueron siendo crecientemente exaltados los beneficios de la concentración de funciones en comunidades educativas autónomas, donde el romanticismo inglés y las teorías educacionales que recreaban sus ideales, representaron una alternativa moderna dentro del conjunto de tradiciones disponibles para dar forma al espacio para la conformación del hombre nuevo que residía en la Escuela nueva y su prolongación más excelsa: la Universidad nueva. Allí confluiría a su vez el propósito de recentrar la importancia de ámbitos de formación de élites para superar la crisis de legitimidad en la que había entrado el “orden conservador” después del *crac*.

Las instituciones educativas y científicas que el plan fundacional de La Plata se empeñó en inaugurar con notable celeridad constituían importantes antecedentes que parecían preanunciar la necesaria creación de un organismo destinado a aglutinar la educación superior. Pero tras el fallido intento protagonizado en 1897 por Rocha, la operación sólo pudo plasmarse más tarde, aunque no desde una directa continuidad de propósitos que ratificaran aquella íntima asociación entre los valores de la ciudad moderna y la educación. Se trataba en cambio de un programa concebido desde una distancia política y fundamentalmente cultural de La Plata, por actores sociales ajenos a ella e interesados en adoptar instrumentos normativos que venían impulsándose en países europeos para atender la “cuestión social”. Luego de los devaneos universitarios de Rocha, que no fueron sino tibios intentos por detener la inevitable crisis en la que había entrado el plan fundacional de La Plata, la Universidad nueva provendría de otras coordenadas. Sería el punto de llegada de una preocupación originada con la crisis de 1890, cuando el Ministro Carballido impulsó la creación de un Colegio Nacional fuera de Buenos Aires con un sistema vigilante y tutelar de “Internado sobre bases higiénicas”,³⁴¹ que se plasmaba en momentos en que la ya afirmada pax roquiana lograba extender más allá de la gran ciudad-nación su concepción orgánica de la política y las instituciones modernas.

En efecto, del proyecto preparado para La Plata entre 1902 y 1905 por el Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, Joaquín V. González, se trasunta en una valoración distinta de la que hacía Rocha y la Generación del '80 de la gran ciudad emblemática por Buenos Aires. Ella era ahora la entidad generadora de un torbellino metropolitano del que debían protegerse los espacios del saber. Las amplias expectativas en relación a la capacidad de reformar la gran ciudad sobre sí misma para que a

340. Un avance preliminar se encuentra en Gustavo Vallejo; “Teorías educacionales anglosajonas y élites argentinas”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina* N°3, UNLP, La Plata, 2003, pp.253-278.

341. Juan Carballido; *op.cit.*, p.389.

partir de allí pudiera reformarse la sociedad en su conjunto, iban desvaneciéndose en la misma medida en que una nueva generación de intelectuales aparecía en la escena pública para llevar a cabo otro tipo de reformas. Ya no era suficiente la reforma pública que desde la idea de ciudad moderna plasmada en La Plata, en sus formas y en sus instituciones, impulsó la élite liberal a fines del siglo XIX para conducir la modernización urbana denotando en ello la radical ambigüedad de un “reformismo conservador”.³⁴² Los afiebrados episodios en la Bolsa, sucedidos por el levantamiento revolucionario del “Parque”, repercutían intensamente en la “nueva Capital” provincial que ofrecía la más palpable manifestación de las fisuras de un modo de operar acicateado por la certeza de que formas ordenadas determinarían el surgimiento de comportamientos civilizados. Las nuevas reformas apuntaron a instalar concretos instrumentos normativos de la sociedad para evitar con ello que se interrumpiera el “natural” devenir del proceso de organización de las instituciones modernas que Argentina había iniciado hacia 1880. En todo caso trataron de oxigenar ese proceso con medidas que no se desentenderían de una voluntad de articular presente y futuro, de entablar continuidades ideológicas con un proyecto *ex novo*. Reformar la sociedad era una tarea que exigía antes mejorar la cabeza del sistema y para ello debían capacitarse a los más capaces sustrayéndolos de la mediocridad de la vida metropolitana. Eso era lo que pensaba González en su apuesta a una reforma desde adentro del “orden conservador” que sea capaz de inmunizarlo a las futuras aperturas políticas que inevitablemente habrían de llevarse a cabo.

Para dar con el cuerpo de ideas que animaron esta singular propuesta educacional, vale la pena detenerse en la influencia ejercida por programas educacionales que, en la última parte del siglo XIX, devinieron en dispositivos disciplinadores de las futuras élites meritocráticas. Ellos se desplegaron en el contexto de las profundas transformaciones operadas en las ciudades industriales del Reino Unido, que fueron acentuando los propósitos de proteger la “alta cultura” de la avasallante propagación de la conflictividad social y sus manifestaciones básicas que un discurso del poder situó individualmente en la enfermedad y el delito, y colectivamente en las epidemias y la revolución.

En la escrupulosa detección del mal, una mirada científica prolongó el espíritu de las advertencias malthusianas a través de clasificaciones que ponían en evidencia sobre quienes debía recaer el peso de las “higiénicas” soluciones aislacionistas y excluyentes que comenzaron a ser requeridas. Las adaptaciones sociales del evolucionismo darwiniano, proporcionaron al pensamiento ultraliberal inglés argumentos pasibles de ser instrumentalmente utilizados para custodiar a la alta

342. Al hablar de las reformas impulsadas por las élites liberales argentinas, estamos valiéndonos del concepto de “reformismo conservador”, con el que Gorelik describió el “doble juego” en el que ellas participan al buscar repeler con la “ciudad moderna” el desorden profundo que introduce la modernización urbana librada a sus propios impulsos. Controlar el *laissez faire* que las mismas élites liberales ubican en el eje de su corpus doctrinario revela ese “doble juego” que trasunta los modos de intervenir en la ciudad. Se trata de una noción que creemos mucho mejor ajustada al pensamiento de las élites liberales en la Argentina del cambio del siglo que crearon los nuevos escenarios de la Nación moderna a través de sus intervenciones urbanas, que la idea de “liberalismo reformista” que creyó hallar en ellas la supuesta vocación por seguir una vía media entre libertad e igualdad. Eduardo Zimmermann; *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

burguesía como sector naturalmente detentador de la cultura y el poder de la sociedad. Mientras el *laissez faire* era entendido en directa correspondencia con la selección natural que daba predominancia a los que mejor se adaptaban al sistema, tácticas de disciplinamiento social que siguiendo una economía del poder -estudiada por Foucault- encontraron más eficaz y rentable vigilar que castigar, internalizar el autocontrol por sobre la directa represión, se constituyeron en medidas adicionales adoptadas para preservar la biológica salud del cuerpo social en la idea de que a través de ellas se colaboraba con la selección que hacía la naturaleza.

La legitimación de la exclusión social, por vía natural o artificial y nunca desentendida de los fines hegemónicos de la burguesía triunfante, también se trasladó a las formas de concebir los mecanismos de reproducción cultural a través de la educación moderna. En este sentido, preocupaciones que contenían el germen de la “teorías de las élites”,³⁴³ derivaron en programas educacionales destinados a organizar las minorías dirigentes formando el *gentleman*, individuo de “noble” procedencia llamado a desempeñar un papel protagónico en la conducción de la sociedad. Francis Galton, interlocutor directo de Vucetich, identificaba en el *gentleman* a aquel refinado producto de la cultura que accedía a ese privilegiado sitio por incuestionables razones biológicas: del mismo modo que de “un cocodrilo nunca podía esperarse llegara a ser gacela”, de “un negro o un obrero” jamás podría surgir un *gentleman*. Individualismo y solidaridad de clase se conjugaron entonces para que la darwiniana “adaptación” dejara lugar también a fuertes inquietudes por custodiar los valores que encarnaba el *gentleman*. Precisamente para explicar la “adaptación” a la sociedad, Galton creó los conceptos de *fit* y *unfit* (el bien o mal adaptado), identificando con el primer término a quienes con el preponderante influjo de la herencia alcanzaban las posiciones más encumbradas de la sociedad, como lo eran los estudiantes que conoció en su paso por Cambridge.³⁴⁴ La noción de adaptación utilizada por Darwin para advertir la capacidad de reproducción de una especie ya había sido reinterpretada en clave bio-política para legitimar la supremacía de los mejor posicionados en la escala social. De ahí que un nuevo campo vinculado al experimentalismo pedagógico fuera conformándose para aislar los espacios dedicados a educar a esos individuos, en establecimientos que privilegiaron la importancia del entorno físico y particularmente del campo como entidad “incontaminada” de los “vicios” engendrados por la ciudad moderna.

A través de la oposición entre campo y ciudad, vista desde un prisma disciplinador que contenía también la crítica moral con la que el romanticismo inglés denunció los males de la sociedad

343. La teoría de las élites entiende que en toda sociedad una minoría es siempre la que debe detentar el poder político, o sea el poder de tomar e imponer, decisiones valederas para todos los miembros del grupo, aún recurriendo en última instancia a la fuerza. El problema clave que permite garantizar esa supremacía es la organización, entendida como un conjunto de relaciones interesadas que inducen a los miembros de la clase política a unirse entre sí y a constituirse contra la clase dirigida, más numerosa, desarticulada, dispersa, desunida, que lo es porque no posee organización. La organización es entendida también como el aparato o la máquina estatal de que se sirve la clase dirigente para realizar sus propios fines. La teoría de las élites es llamada también la de la minoría organizada. Véase voz de Norberto Bobbio; “Teoría de las élites”, en Norberto Bobbio, N. Mateucci y Gianfranco Pasquino; *Diccionario de Política*, Siglo XXI, México, 1994, pp. 519-527.

344. Álvarez Peláez; *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, op. cit., p. 97-98.

industrial, se tramaron un conjunto de ideas que remiten a la raíz clásica de un par dialéctico, etimológicamente predeterminante de funciones antitéticas en localizaciones que también lo son. Nos referimos a la básica oposición entre ocio y negocio establecida desde el papel que los griegos atribuían a la educación: ocio en griego es *scholé*, que significa instrucción -o en inglés *school*- y su opuesto *a-scholé* designa al trabajo, estado de servidumbre; en tanto que en latín *otium* se opone a *negotium*. El mismo par dialéctico es el que trasunta la voluntad helénica de evitar confundir en un mismo espacio la plaza del mercado destinada a comprar y vender y el ágora a reflexionar desinteresadamente.

Devenida la ciudad industrial en una incontrolable metrópolis cuyos espacios públicos no eran ágoras sino mercados, el campo asumió nuevas valoraciones desde el imaginario de un preciso grupo social que le atribuyó la función de concentrar el sitio del ocio, *scholé* o *school*, como forma de educar a aquellos individuos que más interesaba alejar de las patologías engendradas por los “negocios” de la ciudad. En tales representaciones conducentes a precisas formalizaciones materiales extraurbanas, resonaba a su vez cierto fervor neoplatónico con el que en el siglo XVI los florentinos concibieron la articulación teórica entre el *otium* del campo y el *neg otium* de la ciudad, entre agro y capital, a través de la solución proporcionada por Marsilio Ficino al situar su Academia en una villa. Nació así en la campiña toscana el ideal del *otium cum dignitate*, como una reinterpretación del mítico “Jardín de Akademos”, que instituía el aprendizaje de la naturaleza bajo una convicción que llegará hasta el programa del “arte nuevo” proclamado en el Renacimiento por León Batista Alberti.

Dentro del esquema trazado por Carl Schorske,³⁴⁵ podríamos pensar que en la búsqueda de formar el *gentelman* se sedimentaron estrategias educacionales permeadas por fuertes tradiciones culturales naturalistas, que se hicieron cargo del paso de las consideraciones de la ciudad europea vista como virtud por la filosofía de la Ilustración a la antitética mirada del Romanticismo surgida tras la segunda revolución industrial. El crecimiento desbordante del mundo urbano provocando hacinamiento, aumento de la conflictividad social, epidemias, etc., alimentaba la consideración de la ciudad como vicio. Y si ese trayecto tuvo en Adam Smith y Voltaire a los principales representantes de la primera postura, y a William Morris y John Ruskin como sus protagonistas claves de la reacción decimonónica desatada en Inglaterra frente a los males de la ciudad industrial, también pueden buscarse sus resonancias regionales en el paso del afán urbanizador rivadaviano y sarmientino, a la oposición suscitada cuando el *crac* de 1890 y la percepción del advenimiento de un siglo signado por la masificación de las ciudades, alcance al aristocraticismo con el que José Rodó y especialmente Miguel Cané (los principales encargados en el Río de la Plata de operativizar el uso ideológico de las figuras anglosajonas de Ariel y Calibán, el buen y el mal esclavo de *La Tempestad* de Shakespeare), buscaron “cerrar el círculo” para recuperar la virtud perdida en la ciudad moderna. Las consecuencias inarmónicas del fenómeno urbano, instaban a perfeccionar las anteriores restricciones a los Colegios Nacionales a través de nuevos dispositivos buscados para contrarrestar la “metrópolis fenicia” a la que

345. Carl E. Schorske; “La idea de ciudad en el pensamiento europeo: de Voltaire a Spengler”, en *Punto de Vista* N° 30, Buenos Aires, 1987, Separata, pp. i-xx.

se referiría Rodó, cuya manifestación palpable era para Cané una Buenos Aires que ya había dejado de ser la “Atenas del Plata” para convertirse en la “Cartago de Sudamérica”.

Al malestar metropolitano, se contrapuso entonces la idea de concebir refugios para la especulación desinteresada, donde el ocio noble que los griegos cultivaban en la distancia para dar con el *logos* apolíneo de la razón³⁴⁶ fuera preservado de la avasallante actividad económica. Las nociones de “compromiso y distanciamiento” con las que Elías analizó agudamente las formas de construcción de la sociabilidad y las subjetividades dentro del “proceso de la civilización”, confluían en una burguesía que se comprometía con el capitalismo, tomando una apolínea distancia a su vez del paralizante torbellino de las metrópolis que había originado.³⁴⁷

El distanciamiento de la ciudad moderna propugnado, a menudo lo fue también de la igualdad democrática y de la “mercantilización” de la vida urbana que socavaban toda idea de virtud. En esos términos sustentó Friedrich Nietzsche su anhelo por dar con una “arquitectura para los que buscan el conocimiento”,³⁴⁸ que debía proporcionar cobijo a quienes lograran sustraerse del igualitarismo de la civilización industrial, de la plaza del mercado donde la plebe descrea de los superhombres.³⁴⁹ Allí comenzaría la formación de la “raza superior”, recuperando el valor de la “nobleza hereditaria” y con él volviendo vano “el socialismo de las masas” puesto que ellas “están dispuestas a admitir la *esclavitud* bajo todas sus formas con tal de que quien esté encima de ellas muestren continuamente su superioridad y la legitimen por el derecho de haber nacido para mandar, revelado en la nobleza de sus modales”.³⁵⁰ La arquitectura para la gestación del “superhombre” debía componerse de “lo que les falta a nuestras grandes ciudades: lugares silenciosos, vastos, espaciosos, para la meditación: lugares con elevadas y largas galerías para los días de lluvia y de sol, a los cuales no lleguen los ruidos de los coches ni los pregones de los vendedores ambulantes”.³⁵¹ Lugares para la meditación que la nueva aristocracia del espíritu debía cooptar de aquellas instituciones que permanecieron indemnes a la metropolización, quitando a la Iglesia el monopolio de la reflexión.

En el Río de la Plata, la colonización de valores aristocráticos se fue instalando en un horizonte de ideas del que no fue ajeno la Facultad de Filosofía y Letras que Cané impulsó en Buenos

346. “El *logos* es medida de cálculo, tiene necesidad de distancia. Los sabios aborrecen el gran número, el ruido confuso, la laliá de la multitud. (...) Apolo nos conduce lejos, del mismo modo en que su arco alcanza los blancos mas alejados. Es el dios de la distancia”. Massimo Cacciari; *El dios que baila*, Paidós, Buenos Aires, 2000, p.35.

347. Elías ha señalado cómo la interacción de las nociones de compromiso y distanciamiento rigen las formas de construcción de la sociabilidad moderna. El distanciamiento favorece la reflexión, y por eso mismo permite una acción más adaptada, mientras que un alto grado de emoción provocada por el excesivo compromiso produce un efecto de parálisis de las capacidades de discernimiento intelectual y reacción práctica. Véase Norbert Elías; *Compromiso y distanciamiento: ensayos de sociología del conocimiento*, Barcelona, Ediciones Península, 1990.

348. Friedrich Nietzsche; *La Gaya Ciencia* (1882), Sarpe, Madrid, 1984, p.135.

349. Friedrich Nietzsche; *Así habló Zaratustra* (1883-91), Planeta-Agostini, Barcelona, 1992. Véase especialmente “Del hombre superior”, pp.314-326.

350. Friedrich Nietzsche; *La Gaya Ciencia*, p.58. El término destacado corresponde a Nietzsche.

351. *Ibidem*, p.135.

Aires (1897), como tampoco la irreconciliable distinción que Rodó en *Ariel* (1900) estableció entre la “alta cultura” y la masividad de la ciudad moderna que sólo rendía culto al “Evangelio del interés de los fenicios”. Volviendo sobre tópicos nietzschianos podía advertir “el ruido ininteligible del tumulto” que se extendía desde el “clamor confuso de la calle propagándose en sorda vibración” al predominio del utilitarismo inculto de sociedades en las que “la multitud indiferente gravita a toda hora”.³⁵² En definitiva, “ciudades regias, soberbias aglomeraciones de casas” podían ser “para el pensamiento, un cauce más inadecuado que la absoluta soledad del desierto”.³⁵³ Y aunque *Ariel* naciera como una emblemática reacción hispanoamericanista frente al imperialismo anglosajón que irrumpió militarmente en 1898 en Cuba, Rodó apreciaba la capacidad que tenía el pueblo inglés de conservar la institución de su aristocracia, que, aunque anacrónica e injusta, constituía un “inexpugnable baluarte para oponer al mercantilismo ambiente”.³⁵⁴

Internado laico y Escuela Nueva

Como derivaciones directas de las inquietudes por custodiar la tranquilidad que grupos autoconvencidos de su superioridad intelectual buscaban en el apolíneo distanciamiento del medio social, aquel simbólico baluarte que la cultura inglesa recreaba permanentemente a través del culto a su aristocracia, fue adquiriendo una corporización física a través de precisos programas educacionales que originaron la institución del Internado moderno.

El Internado y los nuevos métodos pedagógicos que acompañaban su institucionalización, también se conformaron desde la recepción de aportaciones provenientes de las Ciencias Naturales, y de una tradición utópica que, en el siglo XIX, gestó artefactos materiales exaltadores de los beneficios atribuidos al aislamiento de la sociedad y a la relación directa con la naturaleza. El temprano experimento de Robert Owen, que en 1816 articuló educación e industria, ocio y negocio en New Lanark (Escocia), además de ejercer una fuerte influencia en las posteriores indagaciones acerca del hábitat colectivo, lo hizo en la pedagogía moderna a la que proveyó del primer *Infant school*, establecimiento inmediatamente imitado en Londres, París y Turingia (Alemania), donde, sobre esa base, Friedrich Fröebel inauguró en 1837 el primer Jardín de Infantes con métodos “activos”. En adelante, el naturalismo pedagógico que exhibían estas iniciativas, iría extendiendo sus propósitos de recrear fuera de la ciudad, las condiciones ideales para llevar a cabo una suerte de “experimento controlado” con individuos pertenecientes a un mismo grupos etarios, hasta proporcionar un adecuado marco para los objetivos políticos perseguidos por la burguesía inglesa. Así, utopía, naturalismo y métodos “activos” en la formación de alumnos secundarios, se conjugaron para que el Reino Unido conjugara, a través de sus Internados, las más significativas reformas pedagógicas del siglo XIX.

352. José E. Rodó; “Ariel” (1-91), en José E. Rodó, *Ariel, Liberalismo y Jacobinismo*, Colección de Clásicos Uruguayos, V. 44, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1964, p. 81.

353. *Ibidem*.

354. *Ibidem*, p.66.

La existencia de Internados tenía una larga data, aunque fue a mediados del siglo XIX, cuando los ideales desurbanizadores acrecentaron su influencia en la educación y las denominadas *public schools*, comenzaron a redefinir primero en su funcionamiento global y sólo después en sus formas, el carácter de “cuarteles” que antes poseían. La asimilación entre escuela y cuartel no era sólo semántica, puesto que para muchos higienistas el espacio albergante de un ejército no ofrecía problemas diferenciales con relación a aquellos que habrían de preparar a los jóvenes para afrontar luego la darwiniana “*struggle for life*” en la gran ciudad alienada por los “negocios”. La aglomeración de individuos hacía ver que existía para ambos casos un problema higiénico común, aunque a decir verdad el calificativo de “cuartel”, asociado formalmente a un espacio “claustral”, que delimita e incomunica un espacio interior del exterior, fue adquiriendo una carga peyorativa de la que una nueva corriente de la propia arquitectura militar trató de apartar a sus realizaciones, sirviendo de modelo para la arquitectura escolar y en particular para los Internados.³⁵⁵

Con las *public schools*, los propósitos educativos de enfatizar una toma de distancia del mundo físico y social convergían en Internados que proveían al joven de la inclinación a la actividad por nada, en tanto dimensión fundamental del *ethos* que las elites burguesas construían a partir de la absorción de una sociabilidad aristocrática que las inducía a presumir en todo momento de su “distancia electiva –afirmada en el arte y el deporte- de los intereses materiales”.³⁵⁶ En ese “distanciamiento”, en el más estricto sentido tematizado por Norbert Elías,³⁵⁷ residió también la originaria noción de *fair play* que planteaba un alejamiento de los afectos cuando se entraba en una competencia deportiva simuladora de la *struggle for life*, donde a los integrantes del mismo equipo sólo los unía un racional objetivo común y una división de las tareas para alcanzar la victoria.³⁵⁸ Precisamente fue en *public school* como Eton y Rugby,³⁵⁹ donde nacieron los deportes modernos inmersos en las estrategias pedagógicas de entrenamiento de los futuros dirigentes a partir de la escisión entre el mundo afectivo y el universo de las decisiones, tratando que el primero no contaminase el segundo. Esta convicción excedía aquellas aplicaciones directas que tuvo la gimnasia

355. En esta asimilación y la búsqueda de aplicar las nuevas teorías de la arquitectura militar en edificios para la educación, se fundamenta el más influyente trabajo de Higiene Escolar producido a comienzos del siglo XX en la Argentina, sobre el que nos extenderemos más adelante: Francisco Súnico; *Nociones de Higiene Escolar*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1902.

356. Pierre Bourdieu; *Cuestiones de sociología* (1984); Ediciones Istmo, Madrid, 2000, pp. 177-178.

357. Norbert Elías; *Compromiso y distanciamiento*, *op. cit.*

358. Bourdieu reafirma la tesis eliana respecto al control de las pulsiones operado desde el “distanciamiento” ejemplificado en la puja deportiva: “el *fair play* es la manera de jugar el juego de los que no se dejan arrastrar por el juego hasta el punto de olvidar que es un juego, de los que saben mantener la distancia al rol, (...), que implican todos los roles destinados a los futuros dirigentes”. *Ibidem.*

359. El Colegio de Rugby dio el nombre a la práctica desarrollada con una pelota conocida como *football*. La forma de la pelota utilizada distinguió al juego que precisamente llevaría el nombre del Colegio, de otro que alcanzó un éxito mucho mayor para dar origen en 1863, a través de un “acuerdo de caballeros” entre representantes de 12 aristocráticos clubes, a la *Football Association*, denominación contraída en inglés como *soccer*, aunque finalmente reemplazada universalmente -excepto en los Estados Unidos- por *football* y los derivados de ella en los distintos idiomas.

en la educación para repeler el peligro representado en la ciudad por entidades externas, en el caso de Sarmiento identificando en el habitante del campo a la principal hipótesis de conflicto y en Mitre situándola a fines del siglo XIX en Chile cuando impulsó la formación de batallones escolares para la defensa de la patria.

El deporte moderno participaba en cambio de un programa formativo de más abstractas connotaciones, cuyo producto era ese *gentleman* que Francis Galton buscaba custodiar con sus teorías biológicas. Joven capaz de desempeñarse en las más altas esferas de la sociedad después de afirmar su carácter en el autocontrol y el distanciamiento del mundo de los sentimientos, para someterse a un sistema de represión de las emociones a través del acatamiento de reglas como las que establecía la puja deportiva.³⁶⁰ Para Thomas Arnold, rector de Rugby, la práctica deportiva era un instrumento de pedagogía social que permitía superar la turbulencia, la indocilidad, la impiedad, el escarnio, la débil moralidad de los estudiantes ingleses, y modelar la figura del *gentleman* en directa correspondencia con el *fair play*.³⁶¹ Arnold introdujo el gusto por la “lucha civilmente regulada”, que influiría decisivamente en la idea olímpica que comenzó a desarrollar Pierre Coubertin, tras familiarizarse con las teorías de Spencer, Darwin y las *public school* inglesas.

De la primera generación de egresados de las *public schools*, surgieron los líderes de otra corriente pedagógica que, aún con los nuevos matices introducidos, vino a prolongar aquellos arraigados objetivos en instituciones que adoptaron la denominación de *new-school*: primero la Escuela de Abbotsholme, creada en 1889 por Cecil Reddie a orillas del río Dove, en Derbyshire, y luego la Escuela de Bedales, creada por Badley en 1893 en el Condado de Sussex.³⁶² Con ellas, como antes con las *public schools*, quedó instituido un ineludible sistema preparatorio exigido para acceder a las muy exclusivas Universidades de Oxford y Cambridge.

Reddie explicaría los propósitos con los que fundó Abbotsholme, expresando sus ideales imbuidos de antiurbanas convicciones de resonancias ruskinianas, y de los deseos de contribuir a perpetuar el imperialismo inglés a través de una regeneración de la nación que provendría de élites educadas en valores aristocráticos. La disonancia social que percibía era resultado de clases inhabilitadas para el liderazgo por un egoísmo que estaba precipitando la desintegración del Imperio. Bedales, signada por las explícitas referencias a las ideas de William Morris que un adepto suyo llamado Luoton, volcó a la formalización de los espacios físicos; también compartía con Abbotsholme

360. Elías ha señalado la paralela emergencia de los términos *gentleman* y *sportman*, para denotar su convergencia a un programa educacional común. Norbert Elías; “La génesis del deporte como problema sociológico”, en Norbert Elías y Eric Dunning; *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1986), Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp.157-184.

361. Gaetano Bonetta; “Il `tempo storico` di Pierre Coubertin” (pp.IX-XXX), en Rosella Frasca (ed.); *De Coubertin. Memorie olimpiche*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano, 2003, p.XVIII.

362. Bedales fue ampliamente descrito en obras de su creador. Puede verse de Badley; *Education after the war*, Blackwell, Oxford, 1917 y *Bedales a pioneer school*, Methuen, London, 1923. Para una integración de las *new school* y sus antecedentes dentro de una perspectiva histórica de larga duración que aborda las transformaciones edilicias de la escuela inglesa, véase Malcom Seaborne; *The English School its architecture and organization 1370-1870*, Routledge & Kegan Paul, London, 1971.

su búsqueda por contribuir a “la misión civilizadora de la raza inglesa”.³⁶³ La búsqueda del superhombre emprendida por Nietzsche no resultaba ajena para un sistema que desestimó la educación de las masas, cuyo interés se reducía al de instrumentar en ellas una enseñanza para obedecer a la clase dirigente. Mientras un refrán indicaba que el Imperio Británico se ganó en los campos de deportes de Eton, tanto Reddie como Badley insistían en que se estaba perdiendo mediante la decadencia de las *public schools*, y la única manera de preservarlo era reforzando la formación aristocrática de los jóvenes en sus establecimientos.³⁶⁴

Las nuevas experiencias pedagógicas del Reino Unido, pronto convirtieron esa nación en el gran espejo hacia el cual muchas otras volvieron su mirada para encontrar respuestas a una necesidad común que era la de construir, a partir de la educación, dispositivos garantizadores de la gobernabilidad ante el advenimiento de la política de la democracia.

En Francia, Edmond Demolins, sociólogo formado en torno a Frédéric Le Play y sus ideas de reforma social de corte católico, se ocupó de estudiar los Internados ingleses en el campo, tratando de encontrar allí la respuesta a una pregunta que constituía el centro de sus preocupaciones y con la que tituló una influyente obra que publicó en 1899: *À quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons?* Ese mismo año, tras visitar Abbotsholme y confiar a Reddie la educación de su hijo, Demolins inauguró la *École des Roches* fuera de París, en la región de Normadía, remarcando el propósito de que a través del nuevo establecimiento fuera extendido el influjo de la educación inglesa en Francia. Para Demolins, la guerra franco-prusiana había puesto “en primer plano el problema de la educación”, donde la tragedia demostraba “las debilidades físicas y morales de Francia”, que sólo podía corregirse a través de una educación favorecedora de la aptitud para bastarse por sí mismo, el *self government*, preparatoria del ingreso al biológico estado de guerra permanente que tenía lugar en la ciudad moderna. La fortaleza individual buscada en la enseñanza en medio del campo, fue crecientemente apreciada tras identificarse en ella a un factor capaz de contrarrestar las invasiones que, en las civilizadas relaciones internacionales de la *belle époque*, ya no provenían de ejércitos armados. En ese sentido, los Estados Unidos y sus *College* diseminados en una vasta pradera, generaban individuos autosuficientes que eran otro motivo de preocupación: “el gran peligro, la amenaza, el adversario, no está, como creemos, del otro lado del Rhin; el militarismo y el socialismo se encargarán de desembarazarnos de ese enemigo (...). El gran peligro, la gran amenaza, el gran adversario, están al otro lado del Atlántico; se halla donde quiera que se encuentre un trabajador, un *setter*, un *squatter* anglosajón. Me asusta este hombre, porque no llega, como el alemán, con nutridos batallones y armas perfeccionadas; me asusta porque llega sólo y con un arado”.³⁶⁵ Otro francés, Paul De Roussiers, alimentó esa doble lectura del mundo anglosajón, cargada de paroxismo y a su vez de deseos de

363. Robert Skidelsky; *La escuela progresiva. Abbotsholme, Summerhill, Gordonstoun* (1969), Redondo, Barcelona, 1972, *op. cit.*, p.96.

364. *Ibidem*, p.35.

365. Edmond Demolins, Bertier y Nicoli; *La Escuela de las rocas y el influjo de la educación inglesa en Francia* (1901), Ediciones de la Lectura, Buenos Aires, s/f, p.21

aprehender sus sistemas educativos, cuando del viaje a los Estados Unidos dedujo que aquella lucha entablada en el *far west* contra las adversidades naturales sobre la que reposaban los mitos del pionerismo, preparaba ejemplarmente a hijos de colonos que adquirirían allí más imaginación e inteligencia que un pequeño campesino francés.³⁶⁶

Antes que De Roussiers, la educación norteamericana había sido analizada por Sarmiento, quien proyectó sobre los nuevos sistemas pedagógicos su clásica dicotomía entre el campo y la ciudad. Tras recorrer en 1868 distintos Colegios y las Universidades de Harvard, Yale y Michigan, Sarmiento descubrió entre otras novedades la educación física, a la que consideró una adecuada forma de compensar la desventaja en la que se encontraban las clases cultas urbanas ante la fortaleza que el hombre del campo esgrime para provocar constantes levantamientos populares. Desde esta perspectiva inmersa en el clásico par oposicional por el que naturalmente se filtra el de civilización y barbarie, la educación física era el medio para que la ciudad pudiera cooptar las ventajas de la vida en el campo. Si la instrucción y la cultura le daban al ciudadano una amplia supremacía sobre el paisano, superando la generalizada debilidad física ocasionada por las “horas de contracción mental que los estudios requieren”, se lograría contrarrestar también en ese terreno la presión del campo sobre las luces de la ciudad.

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, los nuevos métodos pedagógicos ingleses ya se habían amalgamado muy bien en los Estados Unidos con aquella obligada formación en el *self government* que remarcara De Roussiers y a su vez con la cooptación de las ventajas para el desarrollo físico que ofrecía la vida rural, advertida por Sarmiento. Eran éstas expresiones de un romanticismo que comprendió la fuerte tradición jeffersonniana, cultora de un sistema de pequeñas comunidades agrícolas autogobernadas, y que Henri George contribuyó a resituar a través de su sencilla pero hartamente difundida teoría que atribuía al impuesto único sobre la renta de la tierra la capacidad de corregir el desorden capitalista y armonizar las relaciones entre el campo y la ciudad. La influencia de pensamiento agrarista de George también llegó a las ideas pedagógicas, cuando, a partir de su integración a los postulados de las *new schools* inglesas el gran filósofo de la educación, John Dewey, realizó un primer experimento con “métodos activos” en la *University Elementary School* de Chicago y ya instalado en la Universidad de Columbia sentó las bases del pragmatismo filosófico.³⁶⁷

Aún con el atento seguimiento de lo que sucedía en los Estados Unidos, los educadores modernos hacia 1900 convirtieron a Abbotsholme y su Internado en la verdadera meca de la ciencia de la educación. Además de atraer a Demolins, también el alemán Lietz visitó el establecimiento convencido por una promesa de fortalecimiento de la raza a través de la educación inglesa, que lo llevó a crear, a partir de ese modelo pedagógico, la primera *Landerziehungsheime* o Comunidad

366. Paul De Roussiers; *La vida en la América del Norte*, T. 1 y 2, Montaner y Simón editores, Barcelona, 1899.

367. Sobre las interpretaciones urbanísticas de la teoría de Henry George, véase Paolo Sica; “Henry George y el reformismo americano”, en *Historia del Urbanismo. El siglo XIX*, T.2, IEAL, Madrid, 1981, pp.1131-1132. Sobre la recepción del georgismo en Argentina, véase Daniel De Lucía; “¿Ni capitalismo rentista ni socialismo! Los liberales georgistas” (pp.81-92), en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.); *op. cit.*

Campestre, en Pullvermühle. Con este centro educacional y los que le sucedieron bajo los mismos principios,³⁶⁸ quedó instituido informalmente un sistema de enseñanza secundaria que en su neto corte naturalista ofrecía una alternativa de mayor libertad a la rígida tradición educativa del *Gymnasium*. La apuesta de los alemanes a la pedagogía inglesa, acicateó en Francia el desarrollo de la *École des Roches* en la campiña, en tanto inicial aplicación de las ideas de las *new school* en el mundo latino. Sin embargo, el emprendimiento de neto corte anglosajón emprendido por Demolins en su país no era del todo ajeno a la realidad francesa: ni a la roussoniana exaltación del “hombre natural” volcada a la pedagogía en la influyente obra, *Emilio o de la educación* (1761), ni a las denuncias que, desde su reformismo conservador, Frédéric Le Play y sus seguidores hacían acerca de los vicios de la ciudad moderna, ni tampoco a las utopías saintsimonianas, formalizadas en los planteos de Fourier y Considérant hasta materializarse en el Familisterio de Godin, que contribuyeron a consolidar la generalizada fe en los beneficios morales e higiénicos que residían en la vida comunitaria en medio del campo. El establecimiento de Demolins, se valió de estos preceptos para iniciar una experiencia educativa “lejos de la vida ficticia de las ciudades, lejos de falsos placeres y de las tentaciones malsanas, lejos de los ejércitos de microbios y de los miasmas acumulados”. Inmerso en cambio en el campo, donde la profusión del “aire, la luz, el agua, el espacio, la limpieza y la belleza”; garantizaba por sí sola “la salud del alma y la salud del cuerpo”.³⁶⁹ Como Demolins, Francia también tuvo otra novedosa experiencia educativa aunque de mucha mayor radicalidad. Era la “enseñanza integral” de Paul Robin aplicada en el establecimiento de Cempius, un centro de instrucción organizado como una comunidad libertaria ausuficiente, con una granja, distintos talleres e inusuales métodos pedagógicos implementados hasta 1894, en que su creador fue destituido y ejecutado por montar el “sistema pornográfico” de la coeducación de los sexos.³⁷⁰ Un final similar tuvo en España Francisco Ferrer, que ubicó muchas de las ideas escolanovistas dentro de un programa de educación anarquista que pretendió universalizar a través de la “Liga Internacional de Educación Racional”.³⁷¹

Vale decir que los límites para innovar en los sistemas pedagógicos estaban claramente instituidos en el preciso punto en el que esos programas demostraban ser eficaces para reforzar la autoridad a través de la reproducción de elites dirigentes. Cuanto menos en la primera etapa de la “Escuela Nueva” es cuando esos rasgos se hicieron más visibles.

Sobre una precisa serie de establecimientos ingleses respondió la versión canónica de las teorías pedagógicas que con su ejemplo alcanzaron una impresionante difusión internacional. A ello contribuyó la muy favorable receptividad presentada por determinadas tradiciones políticas culturales, y las acciones de verdaderos “espías” que en el plano educacional parecían encarnar una función

368. Lietz creó Comunidades campestres en las tres regiones “más pintorescas de Alemania”: Hartz, Turingia y Ron.

369. Edmund Demolins, Bertier y Nicoli; *op. cit.*, p.50

370. Dora Barrancos; *Anarquismo, Educación y Costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1990, p.36-52.

371. *Ibidem*, pp.53-69.

análoga a la que llevó a cabo Hermann Muthesius, al indagar los sistemas de industrialización de la vivienda británica para favorecer con ese conocimiento el expansionismo capitalista alemán. La labor de enviados culturales encargados de estudiar las *new school* y sus métodos pedagógicos, contribuyó a que fuera delineándose una vasta red que permitió organizar en 1897 el *Bureau International des École Nouvelle* (B.I.E.N.) liderado por el suizo Adolphe Ferrière. Reconociendo variados antecedentes a la experiencia inglesa, en una difusa teleología articulada por la prevaleciente adscripción de las figuras involucradas al vitalismo biológico, quedaron unidos Rousseau, Fröebel, Ruskin, Pestalozzi, Tolstoi, Nietzsche y Giner de los Ríos. La progresiva incorporación de nuevos eslabones dentro de una cadena signada por sus plurisemánticas interpretaciones, también tuvo los límites establecidos por una codificación de 30 puntos, de los cuales algunos de ellos eran especialmente indicativos en términos espaciales y simbólicos de ideal promovido. “La ‘Escuela Nueva’ es un *Internado*”, decía un punto mientras otro precisaba que “*está situada en el campo*”, y seguía más adelante se indicaba que “*agrupa a sus alumnos en casas separadas, viviendo cada grupo de 10 a 15 alumnos bajo la dirección material y moral de un educador y su esposa*”.³⁷² Puntos posteriores enfatizaban la formación cívica de las futuras élites dirigentes, como aquel que requería que fuera “*una república escolar*”, un pequeño estado ideal que “*a falta de un sistema democrático integral*” implementara alternativas buscadas en “*monarquías constitucionales*”. Y para enfatizar ese carácter otro punto requería “*otorgar cargos sociales*” a los alumnos.³⁷³ Esta verdadera utopía educativa, signada por el diseño de formas ideales de gobierno y al uso de métodos “*activos*” de enseñanza, cuya inspiración vitalista instaba a sumergir al alumno en la naturaleza para que aprenda experimentalmente y por sus propios medios, constituyó toda una renovación en los postulados pedagógicos aún entrado el siglo XX.

372. Cfr. Lorenzo Luzuriaga; *Concepto y desarrollo de la nueva educación*, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, Madrid, 1932, pp.41-42.

373. *Ibidem*, p.46. Los 30 puntos codificados en 1897 por Ferrière pueden verse en Lorenzo Luzuriaga; *op. cit.*, pp.41-49. Luzuriaga cumplió un rol muy importante en la difusión de estas ideas, afianzando desde sus trabajos a la “Escuela Nueva” como un movimiento conformado por la sucesión lineal de diversos antecedentes. Luzuriaga era un pedagogo español reconocido internacionalmente que tuvo una influencia muy intensa en Argentina, sobre todo al arribar a la Universidad de Tucumán después de la guerra civil. Su llegada a las ideas de la “Escuela nueva” estaban mediatizadas por la influencia de su connocional Francisco Ferrer y la “Educación Racional”. Posteriormente, la adhesión de Luzuriaga a la filosofía orteguiana vino a enfatizar el carácter vitalista que le imprimió a su idea de la “Escuela Nueva” y acentuó la distancia que la separaba del positivismo. Luzuriaga asoció el término “activo”, que también denominó a esa corriente educativa, al influjo del vitalismo biológico ejercido por sus cultores. De Lorenzo Luzuriaga puede verse además de *Concepto y desarrollo...*, *op. cit.*; *La educación nueva*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1943; *La escuela nueva pública*, Losada, Buenos Aires, 1959. Otros trabajos que afirmaron en la Argentina la teleología de la “Escuela Nueva” son: M. B. Lourenço Filho; *Introducción a la escuela nueva*, Kapeluz, Buenos Aires, 1964 y Emile Planchard; *Orientaciones actuales de la Pedagogía* (1960), Troquel, Buenos Aires, 1966. Para aproximaciones actuales al tema puede verse Marcelo Caruso; “¿Una nave sin puerto definitivo? Antecedentes, tendencias e interpretaciones alrededor del movimiento de la Escuela Nueva”, en Pablo Pineau, Inés Dussel y Marcelo Caruso; *La Escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Paidós, Buenos Aires, 2000, pp.93-134; y dentro de la obra de Hugo Biagini y Arturo Roig; (comp.) *op. cit.*, los trabajos de Sara Alí Jafella; “Un ideario pedagógico en la formación superior”, pp.355-362 y Sandra Carli; “Escuela Nueva, cultura y política”, pp.363-372.

La interacción entre la naturaleza y la ciudad moderna, que pasaban por una relación de compromiso y distanciamiento con la cultura urbana, devenían en el intento de integrar los beneficios de las dos entidades antitéticas. Esto es, valerse del mayor grado de libertad e higiene que proporcionaba el campo y al mismo tiempo del progreso material y cultural de la ciudad. De allí que aquella prescripción del B.I.E.N. de localizar las “Escuelas Nuevas” en el campo a menudo fuera acatada a través de localizaciones a una reducida distancia de los grandes centros urbanos.

Además de norteamericanos, franceses, alemanes y suizos, visitaron los Internados ingleses los belgas Decroly y Faría Vasconcellos, creadores en las afueras de Bruselas de las Escuelas “L’Hermitage” y Bierges-les-Wauvre, respectivamente. También lo hizo el español Jiménez Fraud, discípulo de Giner de los Ríos y Director desde 1910 de la Residencia de Estudiantes dependiente de la Institución Libre de Enseñanza, en la que el hispanista inglés J. B. Trend pronto encontró reunidos a “Oxford y Cambridge en Madrid”.³⁷⁴

Pese a los esfuerzos de Ferrière por normalizar distintas aportaciones en materia educativa y construir con ellas un vago credo que continuó más allá de la segunda mitad del siglo XX al quedar afianzado por una segunda generación de publicistas de la “Escuela Nueva”, existieron orientaciones ideológicas bien disímiles como las que signaron tres etapas en el devenir de las *new school* inglesas: una primera ola signada desde sus inicios por su carácter preponderantemente conservador y elitista, una segunda que en torno a la guerra europea estimuló el desarrollo de tendencias libertarias y una tercera que hacia 1930 diluyó estas últimas tendencias y tendió a recuperar las ideas originarias de un modo más matizado.³⁷⁵

Los establecimientos que afirmaron el elitismo de la primera ola de las *new school*, como sus antecesoras *public school*, ejercieron una enorme influencia en intelectuales rioplatenses, que se sumaron a esa suerte de viaje procesional laico para estudiar en profundidad las teorías pedagógicas inglesas y volcar sus experiencias en detallados informes elevados a las autoridades públicas. Las heterodoxas experiencias libertarias de Paul Robin en Cempius hacia 1890, quedaban restringidas a una limitada difusión entre ámbitos anarquistas locales.

Y si entre los mencionados viajeros europeos podían formularse redefiniciones que alimentaron importantes aperturas ideológicas, en nuestros intelectuales en cambio prevaleció un afán por repetir aquellas experiencias modélicas, especialmente en sus aspectos más regresivos en material social. Las elucubraciones aristocratizantes de Rodó y Cané, resonarían con mayor fuerza al respaldarse en las aportaciones de quienes al regresar de su estancia inglesa publicitaban las bondades de las respuestas funcionales y físicas para la educación de las élites en ese país.

374. La “Residencia” de Madrid acrecentó su carácter de espacio receptor de los ideales pedagógicos ingleses hasta dar lugar en 1927 a la conformación del Comité hispano-inglés para promocionar relaciones intelectuales, artísticas y científicas por medio de becas que estimularon intercambios entre “residentes” madrileños y estudiantes de Oxford y Cambridge. Véase John Crospin; *Oxford y Cambridge en Madrid. La Residencia de Estudiantes (1910-1936) y su entorno cultural*, La Isla de los Ratones, Santander, 1981.

375. Robert Skidelsky; *op. cit.*, p.9.

El interés por los métodos pedagógicos de las *new school* más conservadoras, fluía en la propuesta de Carballido de situar en 1890 al Internado higiénico como precondition para conformar en Argentina una eficaz élite política. También motivó el viaje que Juan Agustín García realizó a Europa en 1886 y el emprendido en enero de 1899 por su discípulo, Carlos Octavio Bunge, cuando partió enviado por el gobierno nacional.³⁷⁶ Bunge desarrolló ampliamente la idea de distinguir los roles sociales, integrando los hijos de inmigrantes por medio de la educación técnica y especializando la formación de élites a través de los sistemas ingleses. En particular con el *home education*, que sumergía al joven especialmente seleccionado en una escenografía deliberadamente diseñada para recrear un área rural periurbana atendiendo un doble objetivo: por una parte, acelerar el proceso de “integración” de los iguales y “exclusión” de los diferentes y, por otra parte, incrementar el contacto de los futuros dirigentes con la naturaleza –aunque mas no sea con una naturaleza simulada- para estimular el *self government*. Bunge definió el *home education* como “el elemento de salud en la raza, de orden y de fuerza en la política, de riqueza en la economía social, de sensatez en la religión, de moralidad en la familia, de patriotismo en la colonización y la conquista”.³⁷⁷ Además de formar el carácter de quienes se ubicarían en la cabeza de la nación, el *gentleman* inglés y el súper-hombre nietzschiano, proyectaban sus atributos a la nación misma para que pueda participar con éxito en una competencia darwiniana por la supremacía internacional. En la institución del *Home* tenía Inglaterra “el punto de apoyo a todas sus victorias”, “la clave de su espíritu colonizador que tiende a conquistar el mundo. Ningún pueblo mas apto para colonizar, porque ningún pueblo sabe implantar mejor su casa en extranjera tierra, como una semilla estable de moral, de expansión, de nacionalidad; como un baluarte invulnerable de virtud y de fuerzas; como un refugio templado y confortable contra los rigores de las cosas y las venganzas de los hombres; como un pedazo de la Patria misma, a la cual se llega así a tener presente en la India, en el Canadá, en Australia, en el Cabo”.³⁷⁸ El colonialismo inglés era entonces el mejor ejemplar del triunfo en la lucha por la vida de una nación que desarrolló su aptitud “para gobernarse y gobernar”, ideas que de este modo demostraban su aplicabilidad a las relaciones internacionales o al comportamiento del ciudadano común inculcado por el sistema educativo. Los nuevos sistemas educativos exacerbaban una anglofilia que también emergía en Felipe Senillosa (hijo), quien en 1900, apoyándose en Demolins, infirió que existía una indudable superioridad de los anglosajones y ella se debía a la educación pragmática e integral que había permitido convertir a los Estados Unidos en el “faro luminoso de la Humanidad” al que debíamos

376. El viaje redundó en la publicación posterior de Carlos O. Bunge; *El Espíritu de la Educación. Informe para la Instrucción Pública Nacional*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1901. La obra se reeditó como Carlos O. Bunge; *La Educación (Tratado general de Pedagogía). Libro III Teoría de la Educación* (1903), Vaccaro, Buenos Aires, 1920. Entendido como un informe destinado a las autoridades nacionales, invertía un procedimiento que, antes de la crisis de 1890, generó trabajos como el que Zubiaur realizó para dar cuenta en Europa de los avances en la educación argentina. José Zubiaur; *Quelques mots sur l’instruction publique et privée dans la République Argentine*, Imprimerie Typographique P. Mouillot, Paris, 1889.

377. Carlos O. Bunge; “The home education” (pp.217-235), en *Revista Nacional*, Tomo XXXII, Volumen III, Buenos Aires, 1901, p.217.

378. *Ibidem*, p.231.

mirar para que nuestro país sean los Estados Unidos del Sud. Aún para relativizar su carácter innovador, Alfredo Ferreira, temprano impulsor de la Escuela de Artes y Oficios de La Plata, se refirió a los cambios operados en los Colegios ingleses, concluyendo que sus mayores aportes radicaban en la introducción de los ejercicios corporales al aire libre,³⁷⁹ en tanto que Agustín Álvarez se vio seducido por la formación del *gentleman*, que en 1901 iluminaba con su ejemplo la “educación moral” que faltaba en nuestro país. Y Si en 1897 la creación de la Universidad provincial de La Plata, había alimentado las expectativas de poder volcar en el mundo latino el modelo pedagógico anglosajón, por impulso de De Gubernatis, también ese año Víctor Mercante, anticipaba una inquietud que luego lo ligaría estrechamente a la “nueva Capital”: para alcanzar el ideal educativo debían crearse Internados pertenecientes al Estado que sustituyan toda influencia familiar, evitando que los niños sean “equivocadamente guiados por padres ignorantes”.³⁸⁰

Internado laico e Higiene escolar

Una figura proveniente del poder médico asumió la tarea de registrar minuciosamente muchos de los adelantos pedagógicos europeos y compararlos con el sistema educativo argentino. Nos estamos refiriendo al higienista Francisco P. Súnico, ratificador en las instituciones involucradas por su trayectoria personal del foucaultiano puente que la idea de dispositivo establecía entre educación, medicina y represión. Antiguo oficial del ejército, funcionario del Departamento de Higiene, fundador y primer Director de Inspección Médica de la Instrucción Pública dependiente del respectivo Ministerio nacional y Secretario de la Asistencia Pública, Súnico fue posteriormente Director de la Penitenciaría Nacional. En 1890 Súnico se había doctorado en Medicina con una Tesis titulada *Higiene militar. Cuarteles*, donde, tras dejar en claro su pertenencia al ejército y los “vínculos fraternales indisolubles” que lo unían a él, estudió los avances en la arquitectura militar europea, analizando el paso del sistema creado por el ingeniero Vauban -consistente en el tipo de cuartel cuadrangular del siglo XVII-, al sistema “lineal” de Tollet, que en el Reino Unido el Capitán Douglas Galton –primo de Francis Galton y Charles Darwin- reinterpretó con la tipología denominada *block system* o de pabellones separados, aplicada desde 1857 por el gobierno inglés para reducir la mortalidad de las tropas en los cuarteles.³⁸¹ Súnico advertía que el *block system* reunía las condiciones

379. Para Ferreira, los ejercicios corporales actualizaron “los viejos planes exclusivos, de matemáticas y lenguas muertas del Colegio Eton, por donde ha pasado toda la aristocracia y la política inglesa, que, salvo excepciones, ha gobernado al Estado con una mezcla de buen sentido del ‘football’, y de las altas inspiraciones de Prometeo o de las asambleas de los guerreros ante los muros de Troya”. Ponencia leída el 12 de diciembre de 1900 en el Congreso pedagógico popular de Buenos Aires, *cfr.* Ángel Bassi; *Dr. J. A. Ferreira. El pensamiento y la acción del gran educador y filósofo*, Claridad, Buenos Aires, 1943, p.144.

380. *Cfr.* Adriana Puigross; *op. cit.*, p.265.

381. Para Douglas Galton aquella tipología era la medida del ideal higiénico. La imposibilidad de aplicarla en el centro de Londres, donde la densidad edificada impedía el ingreso de corrientes de aire purificadoras como las que abundaban en las casas de campo, lo llevó a estudiar mecanismos encargados de filtrar el aire contaminado del exterior para la ventilación interior y de mantener el confort interno sin aumentar la contaminación exterior. Douglas Galton; *On ventilation, warming and lighting for domestic use*, William Clowes and Son, London, 1884. Las vinculaciones de Douglas Galton con los higienistas argentinos se acentuaron cuando en 1892 tuvo a su

ideales para el cuidado de la higiene de sus ocupantes, al igual que lo hacía el sistema de hospitales por pabellones aislados. Se trataba en definitiva, de un sistema de probados beneficios higiénicos que podían aplicarse para resolver distintos programas arquitectónicos, fundándose en la disposición de pabellones con sus cuatro caras libres y distanciados entre sí en proporción directa a la elevación que ellos tuvieran -principios que más tarde signarían el desarrollo de la arquitectura moderna, sobre todo a partir del campo de experimentación abierto en la reconstrucción de la Europa de posguerra-.

Y esas transformaciones edilicias propiciadas desde la higiene pública que habían llegado primero a los cuarteles, pronto tratarían de ser trasladadas por Súnico a las escuelas de nuestro país. Al especializarse en la higiene escolar, Súnico inició en 1900 un estudio relativo al estado de los ámbitos dedicados a la educación común y las posibilidades que encontraba para que sean aplicados los principales adelantos modernos experimentados por higienistas europeos. El estudio de Súnico recibió el impulso del Ministro, Osvaldo Magnasco, y en 1902, fue publicado con el nombre de *Nociones de Higiene Escolar*. El 9 de enero de 1903, la obra fue entregada a un nuevo Ministro de Educación y Justicia: se trataba de Joaquín V. González.

El trabajo de Súnico, consistía en un minucioso análisis del 90% de los edificios escolares de Argentina que conoció a través de viajes realizados en su rol de Inspector Médico. En cierta medida el Informe complementaba y profundizaba el diagnóstico crítico que el arquitecto Burgos hizo en 1886 en el seno de la Sociedad Científica Argentina para originar un primer intento de sistematizar y normalizar la arquitectura escolar bajo principios higiénicos. Pero lo más destacado del trabajo de Súnico era que avanzaba bastante más allá de Burgos en su estricta prescripción de principios sanitarios que debían ser contemplados, hasta llegar a sostener un preciso modelo ideal, cuya distancia con la realidad de los establecimientos existentes, marcaba el tono de una generalizada crítica fundada en preceptos de pedagogía moderna vistos desde el prisma del higienismo.

Súnico compartía la admiración de Bunge por el *home education*, manifestando una abierta preferencia por el “Internado laico”, de la que surgirán un conjunto de imágenes que remiten a las características físicas del establecimiento propugnado. Se trataba de un tipo edilicio conformado por pabellones aislados que sugerían el uso de amplios terrenos libres y localizaciones suburbanas. En la Argentina existían colegios con Internados, aunque en ningún caso se ajustaban a las características físicas del *block system* y la organización tutorial aplicada a estudios secundarios. El “Internado laico” de Súnico, consistía en “la reunión de algunos alumnos, cuatro, diez, quince a lo más, confiados a la tutela de una familia particular que los provea de habitación y de alimentos”.³⁸² Sistema que en Inglaterra y para regocijo de los higienistas, había “llevado más allá de sus populosas ciudades los establecimientos en que se ha instituido”.³⁸³ El “Internado laico” debía poseer una superficie libre ocho veces mayor a la construida, y en sus características descriptas quedan integrados los idealizados

cargo la organización del Congreso de Higiene de Londres, al que Emilio Coni envió una frondosa información acerca de los avances de la higiene en la República Argentina.

382. Francisco P. Súnico; *op. cit.*, p.11.

383. *Ibidem*, p.12.

jardines y galerías de la arquitectura para la formación del súper-hombre nietzschiano. Tendría “explanadas para la instalación de patios abrigados, espaciosos *halls* cubiertos por techos móviles de cristal (...); además de un gimnasio moderno, patios y *pelouses* al aire libre, bañados de sol y el aire circundante- y jardines de flora de mediana altura, hábilmente diseminada para que el alumno goce de la sombra necesaria entre la fragancia de un aire embalsamado y purificado por en intercambio de la vegetación (...). Los jardines han de ser alegres, vistosos, poblados de plantas florales y dispuestos con preferencia al estilo adoptado en los parques ingleses”.³⁸⁴ En lo que hace a las habitaciones en sí, Súnico dejaba planteada una tensión entre higiene y moral, que llevaba a teóricos franceses a rechazar el sistema inglés de *cubicles*, con habitaciones separadas para cada alumno y lavatorios dentro de cada cámara, por interferir la circulación de aire. En tanto que también se hallaban quienes cuestionaban “el abuso que se comete en algunos Liceos de París, cuyos dormitorios alojan hasta 60 alumnos”.³⁸⁵

Para llevar a cabo el “Internado laico”, Súnico recomendaba desplazarse a las zonas despobladas de los alrededores de Buenos Aires buscando allí el sitio acorde a las “magníficas construcciones modernas, de tipo salubre, que estarían llamadas a constituir los Internados florecientes, tanto por lo que podría esperarse del sentido práctico de los padres de familia, como porque la prensa en general y la misma voz del higienista se encargarían de preconizar recomendando sus benéficas influencias sobre la salud del pupilo y la legítima educación que este género de establecimientos implantaría”.³⁸⁶ Antes de Súnico, Cané ya había exaltado en 1882 las bondades de las tierras rurales que rodeaban Buenos Aires, en contraposición a las agobiantes condiciones que presentaba el establecimiento educacional al que asistía, el tradicional Internado del Colegio San Carlos. Las vacaciones que en su niñez gozaba en la “Chacarita de los Colegiales”, eran un desahogo para tantas rigideces del sistema educativo conventual, contraponiéndose por la profusión de aire, espacio libre y arbitrios del paisaje natural que quedaban resumidos en una inolvidable vida de campo “buena, sana, alegre y vibrante”.³⁸⁷ Allí, “la mañana inundada de sol, el aire lleno de emanaciones balsámicas, los árboles, frescos y contentos, el espacio abierto a todos rumbos”, animaba una permanente comparación con el “horror las negras madrugadas del Colegio, el frío mortal de los claustros sombríos”.³⁸⁸

384. *Ibidem*, pp.47-49

385. *Ibidem*, p.306.

386. *Ibidem*, p.95.

387. “Pocos puntos hay mas agradables en los alrededores de Buenos Aires (...), lleno de aire, domina un paisaje delicioso, al que las caprichosas ondulaciones del terreno dan carácter no común en las campiñas próximas a la ciudad. (...) Así, nuestros límites eran extensos y no nos faltaba, por cierto, espacio para llenar de aire puro los pulmones, organizar carreras y dar rienda suelta a la actividad juvenil que nos castigaba la sangre”. Miguel Cané; *Juvenilia* (1884), Buenos Aires, Editorial Tor, 1948, pp.126-127.

388. *Ibidem*, p.131-132.

Las tierras de Chacarita, recordadas con aprecio por Cané,³⁸⁹ encontraron también en Súnico a un gran admirador de sus cualidades. Ellas, sumadas a las de Vélez Sársfield, Liniers, Belgrano alto, Lomas de Zamora y Adrogué,³⁹⁰ integraron el listado de asentamientos deseables que Súnico incluyó en su Informe para llevar a la realidad la propuesta de “Internado laico”. Sólo unos pocos kilómetros más de distancia de Buenos Aires separaba a La Plata, ciudad que como vimos antes, el italiano De Gubernatis consideró en 1896 particularmente propicia para crear un Colegio con internado universitario siguiendo el sistema de Oxford y Cambridge. Y donde también el campo médico apreciaba en La Plata el ambiente favorable que había posibilitado la novedosa implementación en el cono sur del directo correlato médico al sistema educativo de “Internado laico” concebido por la cultura científica anglosajona finisecular con la Colonia *Open-Door*.

Capítulo 2. Universidad nueva y *tutorial system*

La Oxford argentina

Cuando Joaquín V. González recibió el Informe de Súnico, ya estaba en marcha su plan de crear una institución para la formación superior que trascendiera a las preexistentes Universidades, tanto en el prevaleciente lineamiento confesional que presidía inalterablemente a la de Córdoba, como en el exacerbado profesionalismo “doctoral” que perduraba en la de Buenos Aires, a pesar de los esfuerzos en contrario de Cané. Valorando igualmente las contribuciones de aquellas instituciones, González remarcaba la función que habían tenido y la que le auguraba a su nuevo establecimiento en la evolución nacional. Si de los Internados de las Universidades de Córdoba -Montserrat- y Buenos Aires -San Carlos-, habían salido figuras activas en la etapa post revolucionaria y del de Concepción del Uruguay creado por Urquiza, aquellas que intervinieron después de Caseros en la organización nacional, el nuevo Internado debía estar llamado a realizar un importante aporte en la democracia argentina que habría de nacer. Desde la preeminente posición política que ocupaba, González podía volcar esos anhelos a un innovador programa académico que veía allanado el camino para su efectiva materialización en condiciones poco menos que irrepetibles dentro de la historia de las instituciones educativas argentinas.

A comienzos del siglo XX González era uno de los intelectuales de mayor reconocimiento en Argentina a la vez que desarrollaba una intensa *praxis* política³⁹¹ fundada en inquietudes personales

389. Está claro que en Cané los recuerdos de la Chacarita de lo Colegiales iban mas atrás que 1871, cuando al desatarse la epidemia de fiebre amarilla en Buenos Aires, dejó de ser el destino del descanso temporario de familias acomodadas para pasar a serlo del descanso eterno en el más grande Cementerio del país.

390. Todas esas localidades cercanas al centro de Buenos Aires, pronto fueron alcanzadas por el proceso de expansión de la gran metrópolis. Chacarita, Flores, Vélez Sársfield, Liniers y Belgrano, perdieron su carácter semi rural convirtiéndose en barrios muy poblados dentro de la ciudad de Buenos Aires. En tanto que Adrogué y Lomas de Zamora, pasaron a ser localidades de alta densidad en el primer anillo que conforma el Gran Buenos Aires.

391. Si los 25 tomos de sus *Obras Completas* publicada por el Congreso de la Nación a instancias de Alfredo Palacios, que, sólo por mencionar algunos temas abordados, abarcan diversos géneros literarios, tratados de derecho laboral, civil, minero y constitucional; ensayos de carácter histórico y sociológico, propuestas de

presentes ya en su Tesis doctoral que, en 1885 y con el emblemático título de *Estudio sobre la Revolución*, introdujo en nuestro país un estudio normativo de los distintos medios “civilizados” de convivencia para de evitar trastornos en las sociedades modernas. Una vez instalada esta temática en el campo socio-político nacional, podrá encontrarse su complemento cuando tres años más tarde surja la Tesis referida a *La policía de Mendoza*, realizada por quien precisamente sería luego su más estrecho colaborador en la universidad: Agustín Álvarez.

Desde su función ministerial, González diseñó en 1902 la primera reforma electoral (antecedente directo de Ley Sáenz Peña de sufragio universal, secreto y obligatorio) y la Ley de Residencia que -recogiendo también anteriores ideas de Cané- le otorgó al Poder Ejecutivo la potestad inconstitucional de expulsar a extranjeros, en una elocuente síntesis de la voluntad de relegitimar el “orden conservador” a través de una apelación a la identidad nacional, que contenía ejemplarizadores premios y castigos en los derechos ampliados para quienes eran ciudadanos y drásticamente restringidos en quienes carecían de ese *status*. La educación, en tanto, completó el programa de reformas estableciendo el reaseguro del ejercicio de una ciudadanía consciente que no pondría en riesgo la gobernabilidad. La forma de superar el fraude sin que todo el sistema se desmadrara, residía entonces en la edificación de una utópica “República de sabios” que custodiara la cultura, con masas de inmigrantes nacionalizadas y educadas que elegirían y élites formadas meritocráticamente, de donde saldrían los elegidos. En este sentido, si la escolaridad y la educación en los valores patrios tenía el carácter de corrector de las deficiencias que presentaba la práctica democrática por la exigua capacidad de discernir lo conveniente para la Nación por parte de las masas populares que elegían, desde esta perspectiva, otra respuesta se requería para el extremo opuesto del sistema. De modo que, como decían los republicanos franceses que leía atentamente González, el sufragio universal suponía, abajo, hombres capaces de elegir, y sobre todo, arriba, hombres capaces de ser electos, lo cual exigía, para asegurar la racionalidad del sistema, una especial capacitación bajo las virtudes de la ciencia de los futuros cuadros dirigentes que debían reunir incuestionablemente el mejor aporte de la sociedad.

Al concebir la Nación como un organismo González avanzaba sobre los alcances que le dieron los higienistas de la década de 1880 a un organicismo derivado del auge de las teorías circulatorias y de la actualización de ideas saintsimonianas. González sobreimprimía a ese higienismo sugerencias inglesas que estaban regidas por la invocación a la teoría darwinista, recibida a través de las reinterpretaciones de Spencer.

reformas pedagógicas; bastarían para dar cuenta de una sistemática y prolífica labor intelectual, su actuación política, aún cuando no alcanzara a colocarlo en la presidencia de la Nación, tiene una notable relevancia: González nació en la modesta provincia de La Rioja en 1863 y en su representación fue Diputado Nacional (1886-1888), luego Gobernador de La Rioja (1888-1891) y nuevamente Diputado Nacional (1892-1901). Durante la presidencia de Julio A. Roca fue Ministro del Interior (1901-1904) y a la vez Ministro de Relaciones Exteriores y Ministro de Justicia e Instrucción Pública (este último cargo se prolongó durante la posterior presidencia de Manuel Quintana hasta 1907). Posteriormente fue Senador Nacional por La Rioja (desde 1907 hasta su fallecimiento en 1923). Para una buena exégesis biográfica véase Darío Roldán; *op. cit.*

A la hora de determinar cuál sería el sitio para llevar a cabo este cuerpo de ideas, fueron reconocidas en La Plata amplias ventajas sobre otros posibles destinos. Después de que lo hiciera De Gubernatis, ahora González encontraba en la “nueva Capital” provincial el ámbito propicio para implementar un programa educacional moderno, capaz de integrar las prescripciones higiénicas y las teorías anglosajonas a una idea orgánica de nación. Anteriores acuerdos entre la Provincia y la Nación, que dejaron en manos de esta última esferas importantes instituciones científicas ubicadas en el Bosque, allanaban el camino del programa gonzaliano, cuya verdadera novedad radicó en sobreimprimir a esas instituciones la “educación progresiva”, denominación que también recibió la “Escuela Nueva” y que era utilizada aquí para connotar la convergencia de todos los niveles educacionales en una misma institución.

Los bienes comprendidos en el convenio de 1902 se ampliaron con un acuerdo de 1904 y una nueva disposición para la cesión de tierras para el nuevo Colegio fue suscripto el 5 de enero de 1905 por la Nación y la Provincia, a las que representaban González y una de las personalidades más consustanciadas con los inicios de la educación en La Plata como era Juan Ortiz de Rozas. Finalmente la ley-convenio del 12 de agosto de 1905, ratificó los anteriores acuerdos y agregó todos los bienes que habían pertenecido a la Universidad provincial y el Museo de Ciencias Naturales.³⁹²

Disponiendo de numerosas instituciones, el plan gonzaliano vio facilitada una instrumentación que buscó crear una adecuada articulación entre establecimientos que hasta aquí sólo habían funcionado en forma autónoma. Y al hacerlo destacó el carácter “moderno y experimental” con el que buscaba revertir en el sistema científico y universitario “una doble esterilidad como es la de los museos y observatorios sin universidad, y las universidades sin museos y observatorios”. El propio Museo se adaptaría a ese carácter a través de su reorganización en base a cuatro Departamentos: el Instituto de Ciencias Naturales, el Instituto de Química y Farmacia, el Instituto de Geografía Física y la Academia de Dibujo y Bellas Artes. Otro tanto ocurrió con el Observatorio, del cual se desprendían la Escuela Superior de Ciencias Astronómicas y la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Por otra parte, la idea de “educación progresiva” iluminó la incorporación al plan de la enseñanza primaria a través de la Escuela Graduada Anexa y especialmente la secundaria por medio de un Colegio Nacional con su Internado que venía a reactualizar las ideas de Caraballido en relación a la necesidad de renovar al sistema político con ese tipo de dispositivo. Y precisamente el Colegio secundario fue la principal creación de la “Universidad nueva”, el eje de un sistema educativo orientado a exaltar a través del espacio físico y los nuevos contenidos curriculares, el reemplazo de los

392. Promulgada como ley 4699, estableció la cesión a la Nación de propiedades que ampliaron el patrimonio cedido por Máximo Paz en 1890 para la creación de la Universidad provincial y la Facultad de Agronomía y Veterinaria: a) El Museo de La Plata b) El uso del edificio del Banco Hipotecario, situado en calle 6, 7, 47 y 48 y la propiedad del mismo cuando pueda disponer de ella; c) La Universidad de La Plata con su patrimonio y dotación consistente en: Chacra número 101 del plano, Chacra número 102 del plano, Quinta número 22, 56, 21 y 55 del plano, Quinta número 90, 124, 89 y 123 del plano, un terreno en Avenida 7, 61 y diagonal 78. d) El terreno de 67,8 hectáreas señalado con las letras A, B, C, D, E, F, del plano para la Facultad de Agronomía y Veterinaria, e) La Biblioteca pública.

tradicionales mecanismos de represión por el autocontrol, en correspondencia con las formas “civilizadas” de gobernabilidad que comenzaban a diseñar los Estados modernos.

El Colegio permitiría concebir un verdadero “experimento controlado” afín a los que venían propugnando los ideólogos de las *new-schools* desde hacía algunos años, delineando la “arquitectura para los que buscan el conocimiento” anhelada por Nietzsche a través de la precisa definición tipológica dada por Súnico a establecimientos educacionales instados a situarse fuera de la gran metrópolis. Y encontrará su canalización efectiva cuando la idea de libertad y de un ambiente de virtuosa serenidad sean traducidos en las características de La Plata, por la mediación de un imaginario construido en íntima conexión con datos de la realidad que ratificaban los beneficios de desarrollar altos estudios en esta ciudad. Ya el plan escolarizador iniciado con Rocha, redundaba en los niveles más bajos de analfabetismo del país que poseía esa ciudad,³⁹³ agregando un dato no menor para hacer factible allí el *otium cum dignitate*.

Puede decirse que existía una notable coincidencia en sucesivas miradas metropolitanas que, en contraste con el escaso optimismo local, exaltaban las potencialidades educativas de La Plata e instaban a las autoridades nacionales a aprovecharlas. Ya hablamos de las sugerencias del Conde De Gubernatis en 1897, cuando estaba por ponerse en marcha la Universidad provincial. Pero en 1901, mientras se avizoraba el final de ese emprendimiento que nunca alcanzó el protagonismo en el orden nacional augurado por el italiano, *El País* de Buenos Aires volvía su mirada a esa “ciudad de los Palacios” que parecía “como construida *ex profeso*” para “contener los grandes institutos de enseñanza pública y aún los de instrucción privada de la nación. Las espaciosas construcciones, unidas a la placidez de aquellas avenidas pobladas de árboles y llenas de oxígeno” parecían “destinadas a universidades, liceos, institutos científicos, esto es, a morada de legiones de estudiantes al amparo de la higiene y del ambiente más propicio a la nutrición intelectual. Si La Plata por dificultades económicas, no puede ser el emporio comercial entrevisto al fundarla ¿por qué no ha de ser la ciudad de las universidades y los colegios argentinos?”.³⁹⁴ *El País* continuaba remarcando las ventajas comparativas que ofrecía La Plata ante una realidad metropolitana que no era “lo más apropiado para desarrollar vigorosamente las inteligencias jóvenes. Hay razones de ambiente, de atmósfera, que se oponen a que la Capital continúe siendo, como es hoy, el centro de la instrucción nacional”.³⁹⁵

En 1904, sobre una similar dialéctica urbana se fundaron las favorables reacciones suscitadas por el anuncio del proyecto gonzaliano entre intelectuales como Manuel Bernárdez, quien en las “Jornadas del progreso argentino” celebradas ese año, abonaba la decisión oficial volviendo su mirada a la conocida creación urbanística de Rocha para verla en su nuevo rol de “ciudad universitaria” del

393. El índice del 30% de analfabetismo en la Provincia de Buenos Aires que arrojaba el Censo escolar de 1907 se reducía al 7,3% en La Plata y al 1,3% al comprender en ésta ciudad sólo a individuos en edad escolar. Vale la pena tener presente la realidad de países como España, donde en 1900 el analfabetismo superaba el 60% y la situación más favorable la ofrecían las principales ciudades del país vasco y Madrid en las que rondaba el 30%.

394. El artículo fue reproducido en *El Día*, La Plata, 2 de marzo de 1901.

395. Continuación reproducida en *El Día*, La Plata, 5 de marzo de 1901.

país, y más aún de “metrópolis universitaria de Sud América”. La ciudad nacida para armonizar las tensiones políticas que permitieron a la Generación del '80 iniciar la organización nacional, despertaba un innegable aprecio por sus palacios y sus espacios verdes, dispuestos dentro de una singular matriz urbana que albergaba muy cómodamente a menos de la cuarta parte de los habitantes para los que había sido prefigurada. Como lo destacara *El País*, aún perduraba la valoración positiva por las virtudes higiénicas, las mismas que antes habían despertado insistentes comparaciones con la *Hygeia* de Ward Richardson (1875) y la *France Ville* de Julio Verne (1879) y llevaron a Emilio Coni a presentarla como un ejemplo de “ciudad higiénica” ideal en *Progres de l'Hygiene dans la République Argentina* (1887), obra preparada para el Congreso de Higiene de Viena y exhibida por el gobierno argentino en la Exposición Internacional de París de 1889. Y por sobre todas las cosas la quietud, que impregnada su vida cotidiana desde que la crisis de 1890 interrumpiera drásticamente el fastuoso plan de obras públicas de la etapa fundacional, era ahora el rasgo principal de un carácter que dejaba de tener connotaciones negativas para convertirse en el más importante motivo de atracción del pensamiento “desinteresado”. En efecto, el permanente plano de interacción con Buenos Aires en el se ubicó La Plata desde un origen signado por la premisa de hallarse lo suficientemente cerca para recibir de allí sus influjos “civilizadores” y a la vez tan distanciada como para poder irradiarlos sobre vastas regiones despobladas de la llanura pampeana, era revitalizado por la necesidad de apartarse del torbellino metropolitano que inquietaba a Cané. En la “grandiosidad silenciosa” y la “serenidad amable” que invadía con su “sosiego deliberado”, el espíritu “apacible de la lentas actividades” desarrolladas como si ellas participaran permanentemente del “silencio estudioso y mental del interior de una biblioteca”, La Plata ofrecía “estimulantes solicitaciones para la meditación”. A la “majestad tranquila del aspecto urbano” y “la monumentalidad de los palacios rodeados de fragancias” se agregaba el agasajo permanente que brindaba su bosque, “donde el espíritu se siente aplacado, impensadamente feliz, liviano, presto a nobles exaltaciones”.³⁹⁶ Cultura y naturaleza confluían así en una extraña conjunción de “selva urbana” que transmitía la sensación de “entrar en un baño fresco, oliente a resinas y perfumes de monte” a quien llegaba de la febril actividad de Buenos Aires. El clásico par oposicional establecido entre las nociones de negocio y ocio, devenía así en el carácter diferencial que Bernárdez atribuía a Buenos Aires y La Plata, llamando a aquella “la ciudad torrente” y a ésta “la ciudad remanso”.

La otra alternativa educativa del país llevaba el estigma del “Internado claustral”, que para Sarmiento representaba la opresión ejercida por la tradición monacal en la ciudad de Córdoba,³⁹⁷ y que años más tarde él mismo se empeñó en contrarrestar a través de la ciencia cuando desde la Presidencia

396. Manuel Bernárdez; “La ciudad universitaria” (pp. 131-158), en F. Escaris Méndez (editor); *Hacia las cumbres. Jornadas del progreso argentino*, Talleres Tipográficos e Ortega y Radaelli, Buenos Aires, 1905, p.137.

397. Córdoba simbolizaba con el Internado del Colegio Monserrat de su Universidad, la opresión que ejercía la tradición monacal en la vida moderna: la ciudad toda era “un claustro encerrado entre barrancas; el paseo es un claustro con verjas de hierro; cada manzana tiene un claustro de monjas o frailes; la universidad es un claustro en que todos llevan sotanas”. Domingo F. Sarmiento; “Juan Facundo Quiroga” (1845), *op. cit.*, p.89.

de la Nación instaló en ese sitio el primer Observatorio Astronómico del país. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, el “Internado claustral” también mantenía una renovada vigencia en Buenos Aires, a partir de la necesidad de sustraer a sus jóvenes de la agitada “ciudad torrente” con un Colegio del que Cané describió en *Juvenilia* sufridas vivencias afines a las recordadas también por Súnico en su Informe de 1902. Ante esos antecedentes, la Capital provincial devenida en una “ciudad remanso”, favorecía la implementación de otros dispositivos que reemplazaran los mecanismos imperativos basados en el encierro, por el desarrollo de formas más sutiles –aunque no menos autoritarias- de educación en la disciplina y el autocontrol. Un sistema “a pleno aire, en el ambiente propicio de los jardines y los tranquilos arbolados”, que “sin necesidad de recluir ni de enclaustrar”, haría de La Plata la “ciudad productora de las grandes energías morales y mentales que Buenos Aires consume, en su devorante función de crear fuerza y progreso”.³⁹⁸ “La cabeza política, financiera, comercial, social y artística, la Nueva York latinoamericana en Buenos Aires” se complementaría con “la sede mental, la capital de la cultura docente, la Boston, la Filadelfia del continente del sud, en las tranquilas frondas de La Plata”.³⁹⁹

Y dentro de la “ciudad remanso”, el Bosque vino inmediatamente a reforzar las representaciones construidas, ofreciendo un espacio signado por la convivencia establecida desde un principio entre el ocio urbano y las principales actividades científicas. Aunque Bernárdez no precisara en 1904 la localización de la futura que dentro de La Plata tendría la “ciudad universitaria”, todas sus referencias parecían fluir naturalmente hacia el ámbito que condensaba atributos higiénicos y paisajísticos y las principales instituciones científicas. Es decir hacia el Bosque, aquel *Jardín de Akademos* que poseía la “nueva Capital”.

En relación al Bosque, vale la pena recordar que era una creación cultural previa en muchos años a la fundación de La Plata, y que tenía fuertes significados dentro de un preciso ideario sarmientino. Había sido el propio Sarmiento quien, análogamente al programa educativo implementado durante su presidencia, proporcionó simiente anglosajona proveyendo las especies australianas con las que el paisajista belga, Carlos Vereecke, ideó el parque de la Estancia de Leonardo Iraola devenido más tarde en el Bosque de La Plata. Y si para el Parque Tres de Febrero, creado simbólicamente sobre el solar del demolido el caserón de Rosas en Palermo, tenía para Sarmiento un papel modélico de las funciones civilizatorias del verde urbano en la “ciudad nueva”, el Bosque de La Plata podía ser entendido como una directa prolongación de esos objetivos. No sólo porque su primer gestor, Carlos Vereecke, estuviera consustanciado de ello por desempeñar tareas precisamente en el Parque Tres de Febrero, sino también debido a que lo mismo sucedió con el responsable de darle al Bosque el diseño definitivo con el que en 1882 quedó incorporado al trazado de la “Nueva Capital”. Era el botánico francés Fernando Mauduit, Agrónomo Director de Palermo cuando intervino en el Bosque de La Plata, dotándolo de cualificaciones formales que tenían directas analogías con modelos

398. Manuel Bernárdez; *op. cit.*, p.138.

399. *Ibidem*, p.139.

clásicos difundidos en nuestro país por el francés Alphand. En el trabajo de Mauduit en La Plata, Sarmiento podía ver “un *Bois de Boulogne*” sobre el espacio forestado de 60.000 ejemplares que poseían más de 10 años de vida.

Cuando en 1885 visitó la nueva ciudad, Sarmiento se regocijó ante el panorama que ofrecía ese conjunto arbóreo compuesto principalmente por eucaliptus que, con su desarrollo inalterablemente vertical, rompían la “monotonía de la pampa” y contrarrestaban la incidencia cultural de formas orgánicas incapaces de adecuarse a una tutorial rectitud, como las que poseía la especie característica de la pampa: el “inútil ombú, con la ociosidad y barbarie que representa”.⁴⁰⁰ Allí Sarmiento construía su metáfora del ideal civilizatorio propugnado, valiéndose de la valoración de especies que connotaban aquello que esperaba ver convertido en “el museo del árbol”.⁴⁰¹

Dentro de un Bosque signado por esa rectitud de las especies vegetales que lo conformaban, y como un emblema de la moral propugnada, la “Universidad nueva” tendría el ambiente de tranquilidad y estímulo necesario para que la reflexión desinteresada encontrara el laboratorio fecundo de las experiencias que en otras universidades no era posible emprender. Un entorno capaz de canalizar adecuadamente el precepto escolanovista sostenido por Ferrière de situar la escuela en el campo, aunque sin alejarse de la ciudad, articulando los beneficios de aquellas dos entidades que confluían aquí en la forma del idílico paisaje natural que presentaba el Paseo del Bosque. En él se levantarían las instalaciones de aquello que González y Agustín Álvarez -vicepresidente de la Universidad de 1906 a 1912-, insistirían en llamar la “Oxford argentina”, anclando su Universidad y la ciudad toda en una tradición pedagógica anglosajona a través de una representación, a la que antes también habían acudido el italiano De Gubernatis, Francisco Moreno y Leopoldo Lugones, para cimentar una ya por demás verosímil identificación. Ello lo iba demostrando también la percepción externa que sorprendidos visitantes volcaron a relatos publicados entre 1906 y 1910. Las coincidentes apreciaciones incluyen, entre otros, al funcionario norteamericano, Samuel Baxter, el periodista centroamericano, Gómez Carrillo y el académico español, Adolfo Posada.

La “colaboración del ambiente” -en el sentido que le daba Taine a ese concepto- fue decisiva para delinear el programa político-académico de formación de elites, inaugurado parcialmente en 1905, con la puesta en marcha de los estudios universitarios. Esa “colaboración del ambiente”, no sólo residía en el plano físico, en la armonía del paisaje urbano y en los abundantes espacios verdes que tejían directos puentes con la tradición inglesa, sino que era portadora a su vez de la capacidad que la ciudad evidenciaba en la custodia del orden. En este sentido, aportaba un dato significativo a las cualidades de La Plata, el hecho de que poseyera “la policía más reputada de sudamérica”, calificativo ganado a raíz de la difusión internacional del “método Vucetich” y de una organización general que posibilitó que la revolución radical que estalló en el mismo año de 1905 en la Capital Federal y las

400. Domingo Sarmiento; “Carta a Francisco Moreno” (1886), *Epistolario íntimo*, Tomo II, Ediciones culturales argentinas, Buenos Aires, 1961, p.148.

401. *Ibidem*.

Provincias de Buenos Aires, Córdoba y Mendoza, fuera sofocada rápidamente merced a la intervención de 3.000 policías de La Plata en los cuatro distritos.⁴⁰² Además de Vucetich, la policía de La Plata había contado con los servicios de Ramón L. Falcón, ya convertido en el más emblemático referente que tenía la lucha contra el anarquismo en el país.⁴⁰³ Todos estos avances de la “policía científica” de la capital provincial, fueron integrados por Alberto Cortina y Juan Vucetich a un vasto Informe preparatorio de la contribución argentina al “Congreso Internacional de Policía” de Río de Janeiro, que contenía una suerte de aplicación práctica de las hipótesis centrales en materia racial expresadas por Bunge en *Nuestra América* (1903), inclusiva de la certeza de que las revoluciones no eran producto de malos gobiernos sino de las leyes fisiológicas de los *revolucionarios*, que, en tanto categoría de una patología psicosocial alimentada determinísticamente por el lugar geográfico, obligaba a la policía de Sud-américa ser “la mejor del mundo”.⁴⁰⁴ Y a su vez exaltaba factores civilizatorios que permitían atenuar la inferioridad atribuida a la región invocando acciones como la creación de La Plata, donde tenía lugar “la más grande obra que se ha realizado en instrucción pública sud-americana, dotándola además de numerosas escuelas comunes, elementales y superiores, de una gran universidad”, y notables establecimientos científicos. La Plata así podía ser considerada “la capital mental de Sud-América, ciudad única donde cualquier sudamericano hallará todos los medios reunidos y a la mano, para seguir la carrera científica más complicada y difícil que se quiera”.⁴⁰⁵

En la creación de la “Universidad nueva”, orientada por planteos recogidos de corrientes pedagógicas anglosajonas, resultaban tan importantes los materiales que proveía la ciudad higiénica, con su idealizado Bosque para albergar el cultivo de la ciencia, como la “policía científica” encargada de garantizar la tranquilidad de las elites que habrían de sumergirse en un reducto del orden.

Esas eran las óptimas preexistencias que posibilitaban inaugurar en 1910 un Internado “libre”, “de puertas abiertas”, junto al Colegio Nacional pensado a la manera de *college* con los que las universidades inglesas tendían a absorber el sistema preparatorio para su acceso, y a su vez atento a los principios que regían las *new schools* y codificara luego el B.I.E.N. de Ferrière.

El Internado del Colegio Nacional

Las “lecturas dominicales” que organizaba Fors en la Biblioteca Pública de La Plata, tuvieron el 28 de mayo de 1905 un inesperado invitado. Se trataba del Ministro, Joaquín V. González, que recurría a esa tribuna abierta a la ciudadanía platense para describir el plan educativo que estaba decidido a llevar a cabo en La Plata. Su “Universidad nueva”,⁴⁰⁶ vendría a sobreimprimir sus valores a los de una

402. Alberto Cortina y Juan Vucetich; *op. cit.*, p.286.

403. En esa clara identificación, Falcón encontró su muerte, a manos del joven anarquista ruso Simón Radowitzky, en un atentado perpetrado el 14 de noviembre de 1909 en venganza por la matanza de anarquistas que la policía llevó a cabo en la manifestación del día 1º de mayo de ese año.

404. Alberto Cortina y Juan Vucetich; *op. cit.*, p.85. La cursiva es de Cortina y Vucetich.

405. *Ibidem*, pp.88-94.

406. La perduración del concepto puede seguirse incluso en la evocación a Joaquín V. González en el centenario

declinante ciudad, la “nueva Capital”, que había perdido ambos designios al envejecer “sin haber conocido la juventud”,⁴⁰⁷ y consecuentemente al no poder “ser la capital real”.⁴⁰⁸ Sin embargo, las propias expectativas frustradas, que eran también el reflejo de las aporías de un iluminista experimento que por “fuerza artificial” se proponía configurar la ciudadanía deseada a partir de la función pedagógica de las formas -“acumulación urbana”, “bellos monumentos y espléndidas avenidas”-⁴⁰⁹ y de las instituciones educacionales y científicas que La Plata había generado en su primera década de existencia -escuelas, biblioteca, museo y observatorio-, no modificaron la potencialidad que seguía manteniendo para integrar esas instituciones dentro de un organismo superior. La “Universidad nueva” nacería al calor de la “ley de diferenciación” de Spencer, para constituirse en ese organismo para el que González buscaba funciones que acenturan su diferenciación de las anteriores Casas de Altos estudios. El plan llevaba el sello de la “Ley de la unidad por la diversidad”, atento al precepto que indicaba que “la uniformidad esteriliza y degenera y la diferenciación fortifica y levanta las cualidades de todo cuanto a ella se somete”.⁴¹⁰ Las aporías sufridas por la Universidad de La Plata bajo la dirección de Rocha, parecían encontrar González más justificadas aún estas afirmaciones.

Las principales diferencias estarían dadas, por un lado, por el aprovechamiento de los institutos preexistentes en La Plata para enfatizar el carácter científico del emprendimiento y por otro, por la incorporación de un “plan racional de estudios secundarios”, entendido como “la base más firme de la Universidad nueva”.⁴¹¹ La conjunción de esas dos novedades en el sistema universitario argentino, quedaría sellada en un sistema que permitiría al alumno secundario tener “acceso, como hijo de la misma casa a los museos, bibliotecas, laboratorios, observatorios y campos de experiencias de las Facultades, y así cuando llegue a sus aulas, irá familiarizado con ellas”.⁴¹² La Plata así sería la sede del “tipo más perfecto de colegio que sea posible idear en estos tiempos”, donde el Internado “abierto, social y libre” sería el complemento del sistema.⁴¹³

De esta manera y enfatizando las diferencias con las “universidades dogmáticas”, donde el núcleo se reduce al *quadrivium* del Derecho, la Medicina, las Ciencias Exactas y Físicomatemáticas, y

de su natalicio. En esa ocasión fue publicada una obra de AAVV; *Universidad “nueva” y ámbitos culturales platenses*, UNLP, La Plata, 1963.

407. Vicente Blasco Ibáñez; *Argentina y sus grandezas*, La editorial española americana, Madrid, 1910, p.531.

408. La Plata “es por la fuerza artificial de la constitución y de las leyes, la Capital de la Provincia de Buenos Aires. (...) No obstante, un sentimiento íntimo de todos sus moradores le advierte que algo le falta para ser la capital real; que ni la acumulación urbana, ni sus bellos monumentos y espléndidas avenidas, ni la serena quietud de su vida y el dulce ambiente que la envuelven tan sugestivo, no bastan para (...) poder llamarse con énfasis la capital real y efectiva. (...) La Plata será también, de hecho, una ciudad universitaria, como ya lo es acaso en la convicción popular”. Joaquín V. González, “La Universidad nueva” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, UNLP y Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1935, pp.169-195, p.183.

409. *Ibidem*.

410. *Ibidem*, p.187.

411. *Ibidem*, p.188.

412. *Ibidem*, p.192.

413. *Ibidem*.

la Filosofía, González presentaba su plan en el que incorporaba las instituciones científicas preexistentes y una verdadera novedad: el Internado del Colegio Nacional. De aquel *quadrivium* tradicional la Filosofía fue en parte absorbida por el Derecho y en parte reemplazada por las Ciencias de la Educación, las Ciencias Exactas y Físicomatemáticas perduraron como tal, mientras que la absoluta omisión de Medicina constituía un rasgo por demás llamativo.

La Plata era así objeto de un nuevo parto de la inteligencia, después del que le diera origen a la misma ciudad, en lo que fue entendido como una “segunda fundación”, un simbólico hito regenerador de su cultura urbana, a partir de una acción que tendía a singularizar su participación dentro del incipiente sistema científico argentino. En el plan de González el eje radicaba en los estudios secundarios que tendrían su desarrollo en una inédita experiencia pedagógica y social que tendría lugar dentro de un *campus* de 18 hectáreas situado en el Bosque, en un predio delimitado por la Avenida 1 y las vías del ferrocarril en dirección al Puerto, las calles 47 y 50. Ese *campus* quedaba así inscripto dentro de esa suerte de *Jardín de Akademos* que había absorbido antes a las principales instituciones científicas de la ciudad.⁴¹⁴ En efecto, incorporando primero al Museo y el Observatorio y después la Facultad de Agronomía y Veterinaria y la Escuela de Artes y Oficios, el Bosque afirmó su carácter de figura cultural englobante de instituciones académicas que en su interior funcionaban en forma autónoma. Pero mientras ese carácter dificultó el desarrollo de la Universidad de Rocha, imposibilitándole la incorporación de ámbitos científicos preexistentes a un proyecto englobante que quedó reducido a la integración buscada en una red laicista; en cambio ahora constituía el punto de partida para iniciar la construcción identitaria de la nueva institución. El Museo, el Observatorio y la Facultad de Agronomía y Veterinaria quedaron directamente incorporados a la “Universidad nueva”, aunque sin los *fellow* que antes preveía De Gubernatis ratificando el reconocimiento alcanzado en la ciudad de Rocha. Sin Beuf (fallecido en 1899), sin Moreno que nunca aceptó la condición inferiorizada de su institución al pasar a depender del plan de González y se alejó resarcido por el Estado provincial,⁴¹⁵ y con un Spegazzini que ya no comandaba la Facultad de Agronomía y

414. Sobre las características físicas del proyecto fundacional de la Universidad Nacional de La Plata, puede verse: Alejandro Crispiani; “La universidad nueva de Joaquín V. González”, en Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil*, UNLP, La Plata, 1999, pp.61-86. Gustavo Vallejo; “La ciudad universitaria”, en *Premio Bienal de Arquitectura 2003*, Colegio de Arquitectos de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 2004, pp.127-132.

415. Los donativos del Estado provincial a Moreno generaron críticas periodísticas especialmente dentro del Socialismo que sostenía que “Moreno es decididamente un hombre de suerte (...). El Gobernador Ugarte queriendo premiar la deuda de gratitud que debía la provincia al perillustre hombre, le acordó con el título de superintendente de obras públicas, la suma de 500.000 pesos. (...) A raíz de las denuncias de algunos diarios, se ha buscado el motivo o el pretexto que justificara tan exorbitante donativo” pero “no se ha encontrado. Entre tanto el ex perito -cuya estadía en Londres ha desperado en él un vivo amor a Bentham (el inventor del panóptico) y la escuela utilitaria- cobra religiosamente los emolumentos amparado por la ley... Estos ‘patriotas’ al revés de Saturno, ¡devoran a su propia madre!”. “Los 500.000 del perito”, en *La Vanguardia*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1906. Cabe destacar, asimismo, que precisamente de ese mismo momento data la donación que Francisco Moreno hizo al Estado nacional de tres leguas recibidas por sus expediciones científicas sobre el Lago Nahuel Huapí para que sean convertidas en el primer Parque Nacional.

Veterinaria, donde el nuevo *status* fue aceptado al elevado costo de insumir las mayores partidas presupuestarias durante años.

Para el otro establecimiento del Bosque, la Escuela de Artes y Oficios, se pensó en recuperar las funciones educacionales con las que había nacido para que fuera una rótula física y curricular dentro del plan gonzaliano. Tanto por su disposición en el límite entre el Bosque y el postergado sector sudeste de la ciudad, como por constituirse en una suerte de cuña entre el colegio secundario y la universidad de altos estudios para proporcionar una alternativa educativa que, fuera de la órbita católica, no había aún prosperado en nuestro país. Ella se cultivaba en el Reino Unido y los Estados Unidos bajo la forma de Institutos Politécnicos proveedores de personal a los oficios y artes, como lo hacía la Escuela de Battersea, con cursos de 1 a 3 años de los que podían salir un obrero industrial, un jefe de taller, un completo oficinista comercial o bancario, y en Alemania a través de las *Gewerbeschulen*, escuelas industriales que Otto Krause siguió con especial interés. Pero a pesar de estos anhelos, la “Universidad nueva” se vería imposibilitada de disponer de un establecimiento que en adelante no dejaría de albergar la cárcel de detenidos para volver a convertirse en Escuela de Artes y Oficios. Las expectativas de la cultura letrada debieron conformarse con complementar el establecimiento carcelario con la Dirección de Impresiones del Estado surgida de la originaria imprenta que poseía el Museo en su subsuelo.

Igualmente el Bosque, parcialmente colonizado por la ciencia y la educación, suscitó otras iniciativas que se situaron en sintonía con el desarrollo del naturalismo pedagógico anglosajón en España. Las “escuelas del bosque” que Leopoldo Palacios conoció en Charlottenburgo, Mulhouse y Leipzig e incorporó a la idea de “universidad popular” inspirada en Ruskin y parcialmente aplicada en la Universidad de Oviedo, tuvieron un firme difusor en Adolfo Posada quien las articuló con la Universidad de La Plata a la que llamó “mi universidad”, aquello que representaba el “ideal de universidad moderna”.⁴¹⁶ Con su ejemplo Posada pretendía que los bosques del Pardo situados a catorce kilómetros de Madrid albergaran alegres pabellones de una ciudad universitaria y unas cuantas escuelas para la “regeneración física y moral” del pueblo. En directa relación con esta corriente de pensamiento que se retroalimentaba con propio el ejemplo de la “Universidad nueva” dentro del Bosque, surgieron posteriores expansiones sobre las únicas tierras fiscales de La Plata que por entonces aún conservaba el Estado provincial, prolongando el *modus operandi* inaugurado antes por el Gobernador Paz. Con la inauguración del *campus* de la Universidad gonzaliana, la Legislatura provincial debatió en 1910 el proyecto de ceder mas tierras del Bosque para crear otros establecimientos educacionales: La Escuela Nacional del Centenario (Avenida 1 entre 53 y 55), frente suyo el equivalente genérico del Colegio Nacional de varones consistente en el Liceo de Señoritas

416. Véase Adolfo Posada; *Para América desde España*, Madrid, 1909. Especialmente “Mi Universidad” pp.99-110, “Un librito social” pp.125-135 y “Las Escuelas del Bosque”, pp.137-146. Posada también expresó su admiración por la universidad platense en una obra dedicada precisamente a la Universidad Nacional de La Plata: Adolfo Posada; *La República Argentina* (1912), Hyspamérica, Buenos Aires, 1986. Véase especialmente el Capítulo 8 “La Universidad Nacional de La Plata”, pp.260-284.

(Avenida 1 entre 50 y 51), y en un remanente de la Escuela-cárcel, la Escuela Normal Nacional (Avenida 1 entre 55 y 57).⁴¹⁷

El centro de La Plata también fue visto como un adecuado complemento del plan gonzaliano, al que podía ofrecerle áreas propensas a desarrollar las tareas directivas y de Extensión. Además de la Biblioteca Pública -con unos 40.000 volúmenes y una importancia institucional que sobrepasaba largamente el estrecho espacio ocupado-, se hallaba la antecesora Universidad creada por Rocha que proveería las instalaciones que habían pertenecido al Banco Hipotecario (Avenida 7 entre 47 y 48), donde funcionaría el Rectorado, como lo había hecho el de la anterior institución provincial. Para la Facultad de Derecho fue pensado un particular destino a partir de una solución que atendía además las necesidades edilicias irresueltas de la Biblioteca Pública. En efecto, se trataba de una propuesta integral basada en la reutilización del edificio de la vieja Estación del Ferrocarril (calle 50 entre 6 y diagonal 80), que trataba de ser reemplazada por la incomodidad que ocasionaba la llegada de trenes hasta el mismo corazón de la ciudad. El gran Palacio de los Ferrocarriles le permitiría a la nueva Universidad disponer de amplios espacios para la Biblioteca Pública y del gran hall ubicado en el punto de arribo de los trenes para realizar actividades de Extensión. Allí funcionaría el “más soberbio salón de conferencias, lecturas, actos de elevada y prestigiosa intelectualidad social”, con el que se sellaría la “comunidad simpática con el pueblo, realizando a su vez por un sistema de rotación de profesores conferenciantes, el plan de ‘intercomunicación de las ciencias’ establecido con tanto éxito en París en 1896”.⁴¹⁸ Y si bien la refuncionalización del Palacio de los Ferrocarriles no se realizó sino dos décadas más tarde, cuando, tras quedar en manos de la Municipalidad fue convertido en el Pasaje Dardo Rocha, la desactivación de la Estación que allí había funcionado y su reemplazo fue un tema resuelto en 1906 al habilitarse la nueva Estación de la ciudad (Avenida 1 y 44) que Chambert y Thomas concibieron con fuertes resonancias secesionistas. A pocos metros de allí se situaba el *campus* de la Universidad de La Plata, beneficiado por una accesibilidad ferroviaria que se complementaba a la que le proporcionaba el cercano Dique de Cabotaje del Puerto recientemente nacionalizado.

El *campus* en sí fue portador de importantes sugerencias proporcionadas por Súnico, las cuales no sólo derivaron en la adopción de muchos de los principios organizativos y físicos referidos en su Informe, sino también en su propia incorporación y la de su socio Antonio Restagnio dentro del *staff* de profesores de la nueva institución. Pero además, otro tanto ocurrió con Nelson, a quien González

417. Aunque sólo la Universidad se benefició de este proyecto, el Liceo nunca fue realizado, en tanto que la Escuela Graduada Anexa nacida del plan fundacional de González y comprendida también en el plan de cesión de tierras del Bosque prosiguió por varios años funcionando en instalaciones ajenas. La Escuela Nacional del Centenario no se realizó y la Escuela Normal Nacional, después de haber sido impulsada en el Bosque por Carranza -cuando en 1909 era nuevamente Ministro-, fue objeto en 1911 de una iniciativa de los Senadores Atencio y Ahumada que derivaría al finalizar la década siguiente en la construcción de un Palacio francés situado en el centro de la ciudad, frente mismo a la plaza principal (calle 14 entre 50 y 51). Por su parte el edificio de la Escuela de Artes y Oficios fue fraccionado y entre sus diversos destinos sólo un sector catalizó sus funciones originarias y la voluntad de urbanizar el frente del Bosque con Escuelas, cuando en la década de 1920, siguiendo el plan ideado por Otto Krause, se creó la Escuela Nacional de Enseñanza Técnica “Albert Thomas” en Avenida 1 entre 57 y 58.

418. Manuel Bernárdez; *op. cit.*, p.149.

convocó a instancias de su anglófilo compañero, Agustín Álvarez, tras conocer las cartas que escribiera sobre los Estados Unidos para el matutino *La Nación* durante su estadía de 1904, coincidente con el inicio del desempeño de John Dewey en la Universidad de Columbia.⁴¹⁹ Ya en la Argentina, Nelson se incorporó al Internado platense, y también ocupó el cargo de Inspector General de Enseñanza Secundaria y Especial,⁴²⁰ animado por el propósito de introducir una reforma educacional apoyada en dos principios interactuantes. El primero tenía que ver con la creación de mecanismos favorecedores de una más estrecha integración entre escuela y universidad, enmarcados en la idea de “educación progresiva” sostenida por Dewey. Y el segundo, se vinculaba con la transformación de la idea de “Escuela-templo” propugnada anteriormente por Roca, anteponiendo a lo que seguía siendo entendido como el “templo de la ciencia”, la norteamericana idea de “casa del niño”.⁴²¹ Esta última operación trascendía el plano semántico para situarse en la redefinición de los valores que sostenían la monumentalidad de la escuela, por medio del cultivo de la *home education*, aquella institución que Carlos O. Bunge descubrió en el Reino Unido. El ámbito educativo ideal para la “educación progresiva”, sería entonces aquel que conformaba un “hogar”, un refugio familiar al torbellino metropolitano instalado en plena naturaleza, y conformando a su vez una villa a la manera de las ciudades universitarias norteamericanas compuestas de “cuatro o cinco mil estudiantes y algunos centenares de profesores”.⁴²²

La importancia de Nelson en la universidad gonzaliana, fue acrecentada por el protagonismo que el propio fundador le asignó a los estudios secundarios dentro del nuevo engranaje académico. Con los aportes de la pedagogía anglosajona⁴²³ y la higiene escolar puestos al servicio de la formación de élites, González buscó crear, más que una Universidad, una ciudad del saber, una “República universitaria”, gobernada no por un Rector -como las demás Universidades argentinas- sino por un Presidente. Un centro intelectual regido por el “Internado laico” que perseguía fundamentalmente la formación del *gentleman*, futuro dirigente reproductor del orden liberal, a quien desde la adolescencia se lo hacía partícipe del gobierno de una institución representada como una “democracia en

419. Ernesto Nelson había llegado a los Estados Unidos en 1901, para participar de la Exposición Panamericana de Buffalo, en la cual su hermano, Enrique, fue el Comisionado Argentino. Clausurada la Exposición, Ernesto Nelson prolongó su estadía hasta 1908, abandonando los estudios de Medicina que había iniciado en Buenos Aires. En ese lapso conoció a quien sería su esposa, Ernestina López, en un evento al que concurrió como delegada del Consejo Nacional de Educación.

420. En 1913 Nelson fue Director General de Enseñanza Secundaria y Especial. Desempeñando ese cargo realizó un informe elevado al Ministro de Justicia e Instrucción Pública que fue publicado como, Ernesto Nelson; *Plan de reformas a la Enseñanza secundaria. En sus fines, su organización y su función social*, La casa de los maestros, Buenos Aires, 1915. Sin embargo en ese mismo año de 1915 Nelson fue reemplazado por otra figura central de la universidad gonzaliana: Víctor Mercante.

421. Ernesto Nelson; *Hacia la Universidad futura*, Sempere, Valencia, 1909, p.VII.

422. Ernesto Nelson; *Nuestros males universitarios*, El Ateneo, Buenos Aires, 1919, pp.266-267.

423. Nelson también contribuyó a acrecentar los vínculos con las universidades norteamericanas, que quedaron planteados prácticamente desde el inicio mismo de las actividades de la UNLP. En 1907 González inauguró el programa de “cooperación universitaria internacional” con la visita de Leo Rowe, en representación de la Universidad de Pennsylvania, y al año siguiente el propio Rowe presidió una delegación de universitarios provenientes de esa institución superior, y también de Harvard, California, Smithsonian, Wisconsin y Columbia.

miniatura”. También en este aspecto la UNLP atendía las recomendaciones del B.I.E.N., en especial las del punto 21 de su codificación que propendía al sistema de “república escolar”, aunque el 22 también apreciaba “a falta del sistema democrático integral”, una “monarquía constitucional” donde los alumnos participen en la elección de jefes o prefectos.

Después de que la *École des Roches* de Demolins representara la introducción en el mundo latino de las experiencias educacionales anglosajonas, la ambiciosa apuesta educacional de González a una universidad que privilegiaba el rol del ciclo secundario buscaba constituirse en la temprana aplicación de los postulados de las *new schools*, con sus reelaboraciones higienistas, en el contexto sudamericano. El programa gonzaliano encarnaba aquello que Posada también anhelaba aplicar en España: una “escuela de caballeros”, un establecimiento para la formación de “verdaderos gentlemen”.⁴²⁴

El Internado del Colegio Nacional fue, entonces, el eje de la “Universidad nueva”, a la que González situó en la confluencia desde una triple acción concurrente. En primer lugar se hallaba la integración del ciclo secundario con el primario y el superior para asegurar “cohesión y armonía” y modelar un tipo de alumno de “unidad indestructible”. En segundo lugar, la formación moral provista por la convivencia en “el hogar tutorial, de intensa elaboración afectiva en su propio núcleo y en relación con el de afuera, en corriente continua de influencias y reacciones, que crea el vínculo imperecedero de la solidaridad social, porque la ha fundido en el alma de toda una generación; y ese sentimiento es fuerza, es cemento, es impulso, que agrega cada día nuevas moléculas, las adhiere y solidifica y les imprime movimiento de vida, como un organismo autónomo”. Y por último las contribuciones a la vida física que provenían de “la habitación higiénica, del alimento sano y suficiente, del ejercicio, la contemplación al aire libre, en medio de los encantos de la naturaleza y en presencia de las líneas urgentes de una arquitectura interior, severa, sencilla y elegante”. Todo ello, “en discreta y racional combinación de la vida mental del estudio, realiza la definitiva integración de la personalidad, en su indivisible concepto de lo ideal y lo material, que es inevitable síntesis de la más amplia entidad de la Nación”.⁴²⁵

De modo que, aunque el Colegio Nacional recogiera su antecedente local, el Colegio Provincial -luego Nacional- que funcionaba en Avenida 51 y 17, lo hacía para producir sobre él una profunda transformación emblemática por los radicales cambios edilicios que trasuntaban en su

424. Adolfo Posada, uno de los intelectuales más destacados en la España del ‘900, tenía una fuerte vinculación con las teorías sociales inglesas. En 1904 participó del debate organizado por la *Sociological Society* de Londres acerca del papel en las sociedades modernas de la Eugenesia creada por Galton. La admiración de Posada por la educación inglesa cuya aplicación hispana encontraba en La Plata se proyectaba hacia el producto que generaba: el gentleman. “Un hombre comedido, pulcro, culto, que sabe conducirse, que siente de una cierta manera el bien público, y que, además, puede saber mucho griego o mucha química o mucha cirugía, o historia, sin perjuicio de ser sano, alegre y templado. Traducirá a Homero, remarará en el río, jugará al football y se bañará todos los días, vistiendo el frac o la blusa del taller, según las circunstancias y los momentos”. Adolfo Posada; “Mi universidad”, *op. cit.*, pp.108-109.

425. Joaquín V. González; “El Colegio de la Patria: Internado moderno” (1910), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp. 369-379, p.372-373.

implantación dentro de un ambiente natural. El edificio del viejo Colegio era desechado como también la Escuela Graduada de calle 8 entre 57 y 58 que lo suplantó hasta producirse la inauguración del establecimiento más anhelado por González. El nuevo Colegio enclavado en el bosque platense comenzó a construirse en 1908 y quedó habilitado en 1910, naciendo con él un modelo educativo basado en los ejemplos de Abbotsholme, Bedales y Roche y en los anhelos de la élite local de formar racionalmente a los “mejores ciudadanos”.

Uno de los ámbitos que recogió esos anhelos fue el Museo Social Argentino,⁴²⁶ institución creada por Tomás Amadeo, particularmente representativa de los intereses del liberalismo de este país y de la que Nelson y Vucetich fueron, entre otros, sus co-fundadores.⁴²⁷ Entre las inquietudes de liberales inmersos en el “orden conservador”, aunados en el afán de controlar la irresuelta “cuestión social” en las ciudades y a su vez armonizar las relaciones que lo urbano mantenía con el mundo rural,⁴²⁸ la educación tutorial fue seguida con marcado interés. Su principal propagador, el propio Nelson, sostenía que el “experimento trascendental de la educación argentina” que él mismo había contribuido a poner en marcha, era el camino para realizar “una *evolución* constante y consciente, perfeccionando así los procedimientos de mejoramiento social fundados en las *revoluciones*, que hasta hoy han sido, por desgracia, los principales”. Y en esta convicción, el énfasis que el propio Nelson pone en resaltar los términos oposicionales de *evolución* y *revolución* (la cursiva es suya), exaltaba una dialéctica que atravesó *tout court* los campos biológico, político e ideológico, al momento de posicionarse frente a la idea de cambio social. Hacia 1900, los conceptos de evolución y revolución se asociaron a interpretaciones de las teorías biológicas, sobre las que parecía recaer en última instancia toda capacidad de dirimir “científicamente” cual era el camino más adecuado para alcanzar el progreso social.⁴²⁹ Si la “Teoría de la mutaciones” de De Vries, al sostener que en la naturaleza podían existir cambios discontinuos o “saltos”, prohió propuestas revolucionarias, el evolucionismo “clásico” continuó siendo leído en clave social por el liberalismo, para legitimar procesos lentos y desprovistos

426. Ernesto Nelson; “Un experimento trascendental en la educación argentina” (209-269), *Boletín Mensual del Museo Social Argentino* N°1, Buenos Aires, 1912, pp.222-223.

427. Tras hacerse cargo del Internado N° 1 de la Universidad Nacional de La Plata, Nelson pasó a integrar el Consejo Superior del Museo Social Argentino desde su fundación en 1911. Allí proyectó las bases generales del reglamento y junto a su Presidente, Tomás Amadeo, organizó el *Boletín Mensual* que comenzó a publicarse en 1912.

428. El Museo Social Argentino nació para desarrollar estudios multidisciplinarios de la realidad socio-económica de este país. Estaba inspirado en la institución creada en 1894 con el mismo nombre en París, y a través de su *Boletín Mensual* contó con la colaboración de los intelectuales más influyentes en la toma de decisiones del Estado nacional. Véase Noemí Girbal De Blacha y M. Ospital; “Elite, cuestión social y apertura política en la Argentina (1910-1930): La propuesta del Museo Social Argentino”, *Revista de Indias* N°178, Madrid, CSIC, p. 609-625, 1986. Alicia Novick; “La ciudad de la reforma social bajo el prisma del Museo Social Argentino”, *Pensar Buenos Aires, X Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1994, p. 193-212. Hebe Pelosi; *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y proyección (1911-1978)*, Buenos Aires, UMSA, 2000.

429. Véase Gustavo Vallejo y Marisa Miranda; “Evolución y revolución: explicaciones biológicas de utopías sociales” (pp.403-417), en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.); *op. cit.*.

de cambios violentos.⁴³⁰ Precisamente Bunge, estrechamente vinculado a González desde su participación en el proyecto de Código de Trabajo hasta la posterior inserción en la Universidad platense,⁴³¹ exaltó esa orientación al estudiar la enfermedad que aquejaba a las sociedades americanas en un “tratado de clínica social” que contenía también un antídoto preciso. Recurrir a “todo, menos los cambios bruscos de sistemas, de instituciones, de gobiernos... El progreso lento por el esfuerzo continuo, y no los golpes de Estado y las corazonadas demagógicas... En una palabra ¡La Evolución y no la Revolución!”.⁴³² El mal nacía entonces cuando “se perora sobre el sufragio popular, la libertad, la igualdad... Esa maldita fiebre nos arrastra aun a absurdas revueltas, a utopías perniciosas, al funestísimo afán de innovarlo todo y reglamentarlo todo”.⁴³³ El remedio estaba en la acción de “hombres modestos y conservadores”, “que obren y no declamen que evolucionen y no revolucionen”.⁴³⁴

Esta era la convicción en la que se hallaban inmersos González y los responsables del Internado platense, participando así de las estrategias gradualistas desplegada por el liberalismo argentino sobre una inevitable ampliación de los derechos de ciudadanía. Y sobre esa convicción se canalizaba en última instancia el temor profundo a la democracia, asociado al fantasma de la revolución que seguía latente, en tanto continuara la crisis de legitimidad desatada tras el *crac* de 1890.

La concreción material del *campus* albergante del Colegio y su Internado estuvo a cargo de los ingenieros Massini y Olmos (profesionales del Ministerio de Obras Públicas de la Nación), quienes a su vez recibieron simultáneamente el encargo del Hotel de Inmigrantes modelo de Buenos Aires, en Retiro. Entre ambos emprendimientos vinculados a la presencia protagónica de Joaquín V. González en el gobierno nacional, comenzaba a ensayarse una estrategia en la construcción de la ciudadanía que terminaba de complementar los alcances de la amenazante “Ley de Residencia”. Mientras la nueva Universidad era concebida como el punto de partida de una red de instituciones formativas de la dirigencia política llamada a encabezar el proceso de ampliación de derechos políticos paralelamente impulsado, el Hotel de Inmigrantes apuntaba a naturalizar a los recién llegados, para que de ellos surjan ciudadanos argentinos, concientes de sus obligaciones. En la nueva democracia ideada por González con la ley electoral de 1902, una institución proporcionaría a quienes habrían de decidir,

430. Nos estamos refiriendo a los usos de lo que fue visto como “el primer Darwin” (el de *On the origin of species by means of natural selection, or the preservation of favoured races in the struggle for life*, 1859), que sirvió a los liberales más conservadores para una pretendida legitimación científica de sus propios intereses de clase, hasta confluir en la reinterpretación dada por su primo, Francis Galton.

431. Sobre la actividad de Bunge en la UNLP véase Marisa Miranda; “Evolución y educación: ‘Escuela Nueva’, Carlos O. Bunge y la UNLP”, en *Anuario de Historia Argentina* N° 4, UNLP, La Plata, 2004, pp.121-138.

432. Carlos O. Bunge; *Nuestra América. Ensayo de Psicología social* (1903), Moen y Hermano, Buenos Aires, 1911, p.6.

433. *Ibidem*, p.305.

434. *Ibidem*, p.308.

mientras la otra preparaba a aquellos que habrían de participar legitimando el sistema político.⁴³⁵ Y precisamente el Hotel de Inmigrantes modelo de Retiro, concentraba amplias facultades que reforzaban su función simbólica y efectiva también a expensas de la desaparición de establecimientos como el que en La Plata se cerraba para que su lugar lo ocupe la nueva Universidad con su emblemático Colegio Nacional modelo. En efecto, el Colegio en sí, se dispuso sobre el emblemático sitio en el que se hallaba el Chalet del Gobernador,⁴³⁶ y que desde 1887 fue Hotel de Inmigrantes y Dirección de Salubridad de la Provincia de Buenos Aires.⁴³⁷ La relación se extiende a los atributos semánticos proporcionados a las “fachadas telón” del cuerpo de dormitorios del Hotel de Inmigrantes modelo y del Colegio Nacional modelo, signadas por un común propósito de transmitir con su grandilocuencia la importancia de complementarias y centrales instituciones públicas de la Nación.

Similar dialéctica entablada en torno a la idea de ciudadanía, puede trazarse en el diferenciado y complementario rol que cumplía el sistema anglosajón de internado de puertas abiertas dentro y fuera de la ciudad: para aislar al universo de lo “anormal” en Melchor Romero, y para formar futuras élites dirigentes en el Bosque de La Plata.

En el complejo gonzaliano, Massini y Olmos volcaron las preferencias organizativas expresadas por Súnico en las *Nociones de Higiene Escolar*, a un énfasis puesto en concebir los edificios como figuras sobre un vasto fondo natural que diluía el impacto arquitectónico. Mientras en la Universidad de Virginia en Charlottesville, Tomás Jefferson con su proyecto de 1817 inauguró en gran cierta medida la tipología de *campus* norteamericano a partir de un conjunto edilicio regido por el vacío del antepatio longitudinal que precede a su edificio principal, la emblemática rotonda de la biblioteca, el *campus* de la universidad platense nacía invirtiendo aquella distribución. El edificio principal no estaba en el remate de un eje sino en su comienzo y al igual que en el eje del proyecto fundacional de La Plata, el del nuevo *campus* no definía un vacío recorrible sino una secuencia edilicia que sólo podía ser percibida desde el entorno. El Colegio, con sus 128 metros de frente sobre Avenida 1, indicaba entonces el inicio de una *enfilade* continuada por otros establecimientos que completaban

435. Sobre el surgimiento de la democracia en Argentina a partir de una relación entre Estado y sociedad en la prevaleció lo “concedido” sobre lo “conseguido”, véase Luis Alberto Romero; “Política democrática y sociedad democrática. Una perspectiva histórica”, en *Estudios Sociales* N°10, Santa Fe, 1996, pp.45-52. Sobre la construcción histórica de la ciudadanía y las formas de exclusión que sus reinterpretaciones intencionadas generaron en Argentina, véase Waldo Ansaldi; “Disculpe señor, se nos llenó de pobres el recibidor”, *Estudios Sociales* N°14, Santa Fe, 1998, pp.43-72

436. La demolición del edificio construido como Chalet del Gobernador para levantar el nuevo Colegio Nacional, originó reacciones adversas en quienes podían advertir la demostración material del definitivo ocaso de las figuras identificadas con el plan fundacional. Ese año una carta de salutación dirigida a Rocha por el nuevo aniversario de La Plata, aludía a los cambios suscitados en el bosque: “La indiferencia del gobierno en el día del nacimiento de su hija” impulsaba al envío de “una tarjeta postal con el fotografiado de un edificio que fue residencia de un gobernador, y que el pico atrevido del progreso ha hecho desaparecer!! Tucumán guarda entre cristales el edificio que cobijó a Laprida y otros Las Tullerías. Ah!! Pero nosotros derrumbamos lo que por 2 con vista de 50 años construimos para admiración de cuantos han venido aquí!!”. Carta de Federico Regazzoli a Dardo Rocha del 19 de noviembre de 1908. Documento N° 4271, MADR.

437. El edificio que había ocupado el Colegio Provincial en Avenida 51 y 17 fue cedido por la Nación a la Provincia, en contraparte de las instalaciones en el bosque que la Dirección de Salubridad dejó en manos de la nueva Universidad para que levante su Colegio Nacional.

la académica composición. El Laboratorio de Física, de claras reminiscencias helénicas que se hacían presente en el cuerpo hipóstilo central y el Gimnasio que en sus mayores pretensiones y el uso del orden dórico, adoptaba la forma de un Templo a la educación física para participar de una búsqueda de fundir a través de la estética, la aristocracia simbolizada por el estilo griego y los valores de la educación norteamericana e inglesa. Un tanto liberados de esa tensión se hallaba el Internado en sí compuesto de dos edificios autónomos -N°1 y N°2, junto a los cuales fueron proyectados otras dos unidades similares- ubicados al costado del eje donde encontraron la posibilidad de ser resueltos con una llamativa libertad proyectual.⁴³⁸

Tipológicamente las características del Colegio en sí, se aproximaron a los únicos tres ejemplos que eran rescatados del minucioso análisis de más de 60 establecimientos del país estudiados por Súnico. La Escuela Normal de Profesoras de calle Córdoba al 1951 en Buenos Aires, un edificio que antes Sarmiento consideró demasiado monumental para la simplicidad de su objeto, la Escuela Normal de Maestras de Rosario y la Escuela Normal de La Plata –ubicada en Diagonal 77 entre 5 y 47 y comprendida en la mencionada saga de obras de Carlos Altgelt-. Ellas eran las únicas que integraban ese reducido listado de buena arquitectura escolar argentina ajustada a preceptos higiénicos, compartiendo una tendencia a organizarse a partir de una planta lineal, de la que ahora se valía el nuevo Colegio Nacional de La Plata. En los restantes edificios del *campus* platense, la estética general volcada hacia una celebración del pasado griego, no impide reconocer en sus formas prismáticas la disposición de las funciones en directa comunicación con el exterior, eliminando o restringiendo al máximo el uso de patios interiores. Ellos sólo aparecen en los edificios para cada uno de los Internados, en los que prevaleció su consideración como villas, viviendas suburbanas rodeadas de galerías, atendiendo a aquel designio nietzchiano para la arquitectura del conocimiento que siguió Súnico y también Víctor Mercante, figura central de la universidad gonzaliana. Las galerías de los Internados favorecían la contemplación del paisaje circundante, afirmando la idea de *home-education* que Bunge conoció en el Reino Unido y Nelson en su experiencia estadounidense, para inducir la pintoresquista asimilación a una casa antes que a palacios o templos. La arquitectura lograba así traducir a las formas la idea de casa “en el sentido social de la palabra”, porque “la casa” era “la unidad institucional en este sistema de educación”,⁴³⁹ que “preparaba mejor que ningún otro para la vida de campo en el seno de la familia”.⁴⁴⁰ Los Internados, también poseían otras fuertes particularidades enfatizadoras de la idea de “casa” y de la *home education* que implementaban los matrimonios de tutores -de acuerdo a un precepto escolanovista- a cargo de los 25 a 30 niños que habitaban en cada uno de ellos. Segundo Tieghi –un egresado de la Universidad de Rocha- y el propio

438. Los Internados N°1 y N°2 se dispusieron hacia la esquina de Avenida 1 y 47. En ellos actualmente funcionan los Decanatos de las Facultades de Ingeniería y de Ciencias Exactas de la UNLP, respectivamente.

439. Ernesto Nelson, “Un experimento trascendental en la educación argentina”, *op. cit.*, p.211

440. Carlos O. Bunge; *op. cit.*, p.233.

Nelson con sus respectivas esposas, estaban a cargo de cada una de estas “máquinas de educar”,⁴⁴¹ compuestas en su interior de habitaciones que, dentro de la tensión planteada por Súnico entre la mayor importancia asignada a la moral o a la higiene, se organizaban siguiendo la primera tendencia para otorgarle a cada alumno su propio espacio. Quedaba así descartada la alternativa de la habitación común, utilizada en establecimientos franceses como el de Normandía, por ser considerada como “foco de abusos y vicios”,⁴⁴² adoptándose el cuarto independiente. Anteriores experiencias habían hecho notar la inconveniencia de utilizar la primera alternativa en Argentina “cuando se sabe que nuestra raza meridional se diferencia muy hondamente de la septentrional bajo múltiples aspectos y en particular, en hábitos y conceptos de la moralidad y los medios de sugerirla o defenderla”.⁴⁴³ Cada alumno poseía entonces su propia habitación de 3 por 3 metros en el Internado N°1 y de 2 por 2,50 metros en el Internado N°2, aunque a éstas últimas se agregaba un escritorio de 2 por 2 metros, mientras que al tutor le eran reservadas 5 piezas y con sus servicios correspondientes. Completaban las funciones de los Internados con el gran comedor común donde el tutor presidía la gran mesa que congregaba a todos los alumnos, la biblioteca, la sala de gimnasia, la sala de reuniones públicas, el taller de trabajo manual, la imprenta, la sala de fotografía, y los baños generales. Asimismo, un salón de música exaltaba la simbólica presencia central del piano, que era “uno de los muebles más indispensables de la casa”.⁴⁴⁴

Con la diversidad de actividades contempladas en el Internado, la idea de “casa” se afirmaba como el cobijo del joven ante las peligrosas tentaciones de la ciudad moderna, y a su vez como sustituto ideal de la familia. Si por un lado se buscaba evitar la existencia de inquilinatos, hospedajes y albergues que exponían al joven ante posibles “desviaciones”, por otro, el sistema propendía a separar cuanto fuera posible a los educandos de sus hogares biológicos, donde no podía saberse “científicamente” cuán benéfica o perjudicial era la influencia ejercida por su entorno inmediato porque no se podía “vigilarlo en sus horas de estudio o de recreo, ni ver en qué medida comparte los beneficios morales de la educación doméstica (...) ni verificar si la obra del día escolar es destruida por el mal ejemplo, la incuria, la incapacidad”.⁴⁴⁵ La radicalidad de estos planteos trascendía los propios postulados escolanovistas que Ferrière había volcado a la B.I.E.N., donde sostenía que el influjo natural de la familia debía preferirse al mejor de los internados, aunque siempre que aquel fuera “sano”.

De este modo el Internado, en tanto dispositivo imbuido de la obsesiva búsqueda del *logos* apolíneo, confería especial interés a un seguimiento ininterrumpido que tutores hacían de un pequeño

441. También colaboraron en la función tutorial Amaranto Abeledo, Ricardo Calatroni, Pedro Capdevila y Eduardo Szlagowski.

442. “Espíritu y tendencias de la Enseñanza” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.45-54, p.52.

443. Víctor Mercante; “El Internado el Colegio Nacional de La Plata” (pp.149-160), en *Archivos de Pedagogía*, T.3, La Plata, 1908, p.152.

444. Ernesto Nelson; “Un experimento trascendental en la educación argentina”, *op. cit.*, p.212.

445. Joaquín V. González, “El Internado moderno” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.299-309, p.303.

puñado de jóvenes desenvueltos en un ámbito de aparente libertad y variados estímulos,⁴⁴⁶ donde parecían quedar controladas todas las variables que mediaban en el proceso formativo requerido para hacer de un adolescente calificado un *gentleman*: esto es, un individuo disciplinado en el autocontrol de sus instintos. Sobre ese piso de responsabilidades individuales asumidas a partir del acatamiento a reglas por todos conocidas, podía imaginarse una democracia que connotaba los valores encarnados por el Internado en oposición al gobierno monárquico de una familia patriarcal. Libertad y autocontrol, interactuaban en una instrucción que buscaba contener dentro de una naturaleza domesticada, amansada, los extravíos anárquicos de la primitiva naturaleza humana, sustituyendo los arrebatos individuales por una adecuación a la correspondiente función social. En el Internado platense, como en las aristocráticas *public schools*, quedaba en claro que un *gentleman* no era producto de la imposición de “frenos exteriores” sino de instituciones que formaban y vigorizaban “el freno interior”.⁴⁴⁷ La arquitectura de espacios libres se convertía así en el gran alarde de un sistema en el cual los “frenos” del educando no eran colocados por el espacio sino que debían ser internalizados por cada individuo.

El Internado “de puertas abiertas” de González asumía en esos particulares términos la tarea represiva que anteriormente Agustín Álvarez reclamaba a las instituciones educativas del Estado para evitar la emergencia en el futuro de posibles agitadores, o lo que podríamos llamar intelectuales críticos. El autocontrol de las pulsiones en el Internado, era el reaseguro para evitar todo posible fermento de desorden individual que pudiera derivar colectivamente en la revolución, sin tener que recurrir al establecimiento del orden a través del uso de la violencia física. Esa era, para Nelson, la principal tarea a la que debía encomendarse nuestra nación, afectada por las consecuencias de una “revolución americana” que debilitó o suprimió “elementos de orden y de estabilidad social” sin sustituirlos por “otros correlativos, que obrasen sobre los resortes interiores de la voluntad individual”.⁴⁴⁸ Y ese era especialmente el desafío que para Nelson tenía por delante la democracia argentina, necesitada de imponer “factores de disciplina” sobre una excesiva libertad general que no reconocía límites como los establecidos en Europa, donde las clases sociales sólo se movían “dentro de órbitas marcadas y aceptadas por todos”. A diferencia de lo que sucedía allí, en Argentina Nelson advertía que “cualquier pobre diablo se expresa entre nosotros acerca de todo lo que hay arriba de él: gobierno, ley, distinción social, riqueza, inteligencia” y si ese individuo era extranjero, traía consigo “el estallido de protestas contenidas por la disciplina europea”.⁴⁴⁹ Mientras el hogar familiar en Europa no tenía que hacer esfuerzo alguno para disciplinar al joven, porque ese rol lo cumplían la tradición, el

446. Si la “Escuela Nueva” prescribía crear cada Internado para no más de 15 alumnos, González expresaba que su universidad seguía una “tendencia a disminuir el número de alumnos, porque es sabido que una enseñanza personal tiene que ser la influencia directa y continua, y esta no se puede realizar con centenares de alumnos en las clases”. Joaquín V. González; “Organización e ideales universitarios” (1910), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp.343-366, p.357.

447. Ernesto Nelson; “Un experimento trascendental en la educación argentina”, *op. cit.*, p.252. La cursiva es de Nelson.

448. *Ibidem*.

449. *Ibidem*, p.250.

ejército, la iglesia, la educación, etc., en nuestro país donde tales instituciones no estaban tan afianzadas, y donde la familia –como lo reconocía González- tampoco resultaba confiable, se hacía imprescindible “domeñar el individualismo subversivo” poniendo a raya las rebeliones individuales a través de otros mecanismos. De ahí entonces que la juventud argentina necesitara pues, “acaso más que la de país alguno, ser educada en Internados libres, abiertos, donde gradualmente reciban toda la suma de responsabilidad que comporta el gobierno de sí mismo”.⁴⁵⁰

Foot-ball, excursiones y estética

El disciplinamiento y la formación del carácter en el autocontrol, también fueron perseguidos a través del papel asignado al deporte y la recreación, acorde en la importancia que les dieran las *public schools* y las *new schools*. En la *École des Roches*, la práctica del *foot-ball* desplazó al “personal y antisocial” atletismo, por tratarse –según Demolins- de “un medio excelente de educación social” dado que enseña a “mandar y a obedecer” y a luchar por un equipo, por una casa, por una escuela. La competencia introducía a los jóvenes en la lógica misma del darwinismo social y a su vez contribuía a sedimentar una identidad reflejada en blasones de aristocrática resonancia. En el caso de los estudiantes platenses, ellos asumían la forma de constantes alusiones que su indumentaria y sus estandartes hacían a las siglas “U.L.P.I.”, provenientes de la frase Universidad La Plata Internado construida siguiendo la sintaxis del idioma inglés. Aquí los valores de la tradición, el honor y la nobleza, eran reactualizados permanentemente por medio de una insignia, de la que derivaba la connotación de un sentimiento general de pertenencia indicado por el neologismo “ulpiano” que llevaban quienes eran verdaderos “soldados de ese ideal”.⁴⁵¹ El deporte ocupó así un lugar primordial dentro de este sistema, como puede advertirse en el anuncio de su inauguración, insistentemente publicado en los periódicos locales a comienzos de 1910, donde se exaltaba con especial énfasis la amplia variedad de juegos ingleses que se integraban a la enseñanza tutorial, las grandes comodidades habitacionales y la diversidad de importantes estímulos científicos ofrecidos.⁴⁵²

450. *Ibidem*, p.252.

451. “El ideal es digno de ser incorporado en una divisa, en una insignia y eso lo han hecho espontáneamente los niños una vez que lo descubrieron: y así han creado su bandera, formada de dos colores, el violeta, símbolo del altruismo, y el blanco que lo es del candor y de la pureza de intención. Sobre el fondo violeta de la bandera, campear en blanco las letras U.L.P.I. (Universidad La Plata, Internado); pero estas letras, perdiendo su significación primera, constituyen ya una palabra que no significa nada... y, sin embargo, significa todo: “Ulpí” es la tradición de la casa, “Ulpí” es honor, “Ulpí” es propósito noble, “Ulpí” es gratitud, “Ulpí” es alegría... y, a su vez, los niños no son ya Fulano ni Zutano: son “ulpianos”, soldados de un ideal, camaradas en una labor, y son sobre todo coindicados de un espíritu de magnanimidad y de justicia”. *Ibidem*, pp.238-239.

452. El anuncio decía: “Internado del Colegio Nacional de La Plata. Se reciben pupilos estudiantes de 1° ó 2° año de enseñanza secundaria, no mayores de 16 años ni menores de 12. En un terreno propio, compuesto de 18 hectáreas, situadas en el Bosque de La Plata, el Colegio ha hecho las construcciones necesarias para implantar en este Internado el sistema tutorial inglés. Cada 20 estudiantes, bajo la dirección de un profesor, forman un Internado; y cada Internado dispone de una casa independiente, en la que todo alumno tiene una comfortable habitación. Los pupilos reciben la instrucción del plan general de estudios secundarios junto con los alumnos externos del Colegio Nacional, que tiene un plantel docente de 45 profesores y gabinetes, y laboratorios de física, química, e historia natural, perfectamente dotados e instalados. Un gran gimnasio cubierto, pileta de natación de 1200 m2, 7 canchas de pelota, y canchas de football, lawn tennis, basse ball, hockey, pista de carreras,

González introdujo espacios para la práctica de tiro, en los que podía verse una prolongación de los objetivos perseguidos por la gimnasia militar alemana que Falcón y Korn desarrollaron en el viejo Colegio Nacional; y también para la práctica del *lawn tennis* y el *croquet* instituidos por Mary O. Graham en la Escuela Normal. Pero a su vez agregó importantes novedades anglosajonas recogidas de recomendaciones escolanovistas y también de ideas de Pierre Coubertin, que confluyeron en la creación de una piscina y campos de juego para la práctica del *foot-ball*, dentro de un gran parque iluminado por la noche con luz eléctrica. Asimismo, la importancia asignada al tema permitió imaginar la realización de un estadio para completar las instalaciones dedicadas a “la educación física más completa que puedan apetecer los mejores institutos del mundo”. Se esperaba conformar así el mejor complejo deportivo sudamericano, para que en él pudieran llevarse a cabo Juegos Olímpicos y competencias internacionales. Las condiciones naturales contribuían a este propósito, proveyendo al Colegio de un contacto casi directo con el río, merced a los canales que prolongaban el puerto de cabotaje de La Plata hasta las inmediaciones del paseo del bosque. Y en esa relación entre el bosque colonizado por el Internado y el río, se alimentaban los deseos de ver a los “ulpianos” realizando “ejercicios de remo y regatas universitarias análogas a las de Cambridge y Oxford” que se celebraban una semana antes de Pascuas.⁴⁵³

Los muy ambiciosos objetivos olímpicos no prosperaron en el *campus* del Internado, pero de ese afán pedagógico y deportivo son deudores iniciativas desplazadas a sus inmediaciones, como la que favoreció la creación de las instalaciones del Club nacido en 1905 y precisamente llamado Estudiantes. Sobre el predio asignado al Club (Avenida 1 entre 55 y 57), un remanente de la gran Escuela de Artes y Oficios, el Estado provincial subsidió en 1911 la construcción del estadio de fútbol -proyecto del Director de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, Juan Waldorp (hijo)-. El impulsor de la medida fue el Senador Atencio, quien precisamente había conseguido imponer su postura desfavorable a la construcción en ese predio de la Escuela Normal Nacional. Ahora hacía lo propio convenciendo a sus pares de los amplios beneficios que reportaba el nuevo Club “al fortalecimiento de la raza y el desarrollo de las condiciones físicas e intelectuales”, al constituir en el Bosque de La Plata una natural prolongación de la Universidad que, como ella, adoptaba sus fundamentos de “Inglaterra que es el país civilizado que cultiva con mayor interés y con mayor intensidad el desarrollo de las condiciones físicas de los hombres”.⁴⁵⁴ En los argumentos vertidos eran remarcadas a su vez las preferencias que, en materia educacional, colocaban por sobre la decimonónica gimnasia militar alemana⁴⁵⁵ a “las grandes Universidades y Liceos que

etc., forman la sección de ejercicios y juegos físicos”. *El Día*, La Plata, 18 de febrero de 1910.

453. “Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Dirección General de Arquitectura. Colegio Nacional de La Plata”, en *La Ingeniería* N° 220 (pp. 199-204), Buenos Aires, 1907, p.202.

454. “Subsidio al Club Atlético Estudiantes de La Plata”, “Intervención del Senador Atencio” (pp. 103-105), *Diario de Sesiones, Senado de la Provincia de Buenos Aires*, Taller de Imprentas Oficiales, La Plata, 1911, p.103.

455. Gimnasia y Esgrima -a la postre su encarnizado rival- se dedicaría a este deporte luego de haber nacido 1887 como Club que sólo practicaba deportes de salón siguiendo una tendencia alemana. Ambos clubes dan

adquieren con frecuencia extensas superficies de terreno, para que los jóvenes que asistan a ellas tengan campos de sport”. Este último modelo educacional era el preferido por las autoridades que acompañaron la moción del Senador, exaltadora de las bondades “que nos enseñan con su sistema Inglaterra y los Estados Unidos”. Ese era el ejemplo que ofrecía Estudiantes “con 300 jóvenes”, hijos de “distinguidas familias” que formaban parte del Colegio Nacional,⁴⁵⁶ dando cuenta de una perduración de los objetivos con los que el fútbol había llegado al Río de la Plata hacia 1880 de la mano de profesores ingleses en colegios de élite.⁴⁵⁷

Además del deporte, otra forma de inculcar el distanciamiento del mundo afectivo en la toma de decisiones, lo constituyó el altruismo, entendido como un medio de ejercitación para afirmar la capacidad de transmitir buenas acciones hacia un objeto, cualquiera que fuere, sin que ello signifique comprometer los sentimientos. Esa noción, simbolizada con el color elegido para los estandartes identificatorios, el violeta -el mismo color que utilizará la Federación Universitaria de La Plata y por su influencia la Federación Universitaria Argentina-, era ejemplificada por Nelson con un curioso episodio. Cierta día “un negro cubierto de andrajos”, fue hallado en el *campus* e inmediatamente trasladado por los jóvenes al interior del Internado para ser alimentado, bañado y vestido. Ya limpio, reluciente y satisfecho, el “negro” llamado William, permaneció unos días con sus protectores en la “casa ulpiana”, hasta que “mordió la nostalgia de su alma primitiva” y se repatrió a su lugar de origen sin siquiera despedirse. Tras la decepción inicial los ulpianos, a falta de William, pasaron a expresar su altruismo en Fritz, “un fox-terrier que quien sabe que historia negra tenía cuando fue hallado”.⁴⁵⁸ El altruismo de Nelson quedaba así se asociado a una forma de entender la beneficencia que tuvieron liberales convencidos de que la asistencia no debía ser un medio de nivelación social, sino todo lo contrario, un mecanismo que necesitaba de la existencia de pobres para cumplir el fin de ejercitar el carácter de los sectores más meritorios de la sociedad.⁴⁵⁹

cuenta de la tensión entre las dos formas de entender el rol disciplinador del deporte en la sociedad, que básicamente quedaba planteada entre la gimnasia militar entendida como una necesaria preparación para la guerra, y el deporte inglés al aire libre que constituía un elaborado simulacro, que instalaba su civilizado reemplazo por una puja catártica.

456. “Subsidio al Club Atlético Estudiantes de La Plata”, “Intervención del Senador Atencio”, *op. cit.*, p.103.

457. Sobre el fútbol y su origen en colegios ingleses, véase Norbert Elías, “La génesis del deporte como problema sociológico”, en Norbert Elías y Eric Dunning; *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995, pp.157-184. Sobre el surgimiento del fútbol en el río de la plata y sus primeros grandes estadios, Gustavo Vallejo; “Calcio sudamericano e stati rioplatense, en *Casabella* N°694, Milano, 2001, pp. 42-45.

458. Ernesto Nelson; “Un experimento trascendental en la educación argentina”, *op. cit.*, pp.263-264.

459. El ultraliberalismo victoriano estableció fuertes puntos de contacto entre deporte y altruismo. Era tan imprescindible la existencia de pobres para que los sectores más altos desplieguen acciones altruistas sobre ellos, como la cría de zorros para que esos mismos sectores lleven a cabo la caza deportiva, entendida como una práctica que afirmaba la caballerosidad de los señores burgueses. Sin embargo Francis Galton cuestionaría los hábitos “caballerescos” altruistas debido a que “no parece ser razonable el preservar razas enfermizas con el solo propósito de cuidarlas, como se protege la cría de los zorros sólo para el ejercicio del deporte y sus concomitantes ventajas. No hay que temer que la miseria desaparezca alguna vez de la tierra”. Francis Galton; “*Inquiries into Human Faculty and its Development*”, 1883, *cfr.* Raquel Álvarez Peláez; “Investigaciones sobre las facultades humanas y su desarrollo” (pp.79-130), *Francis Galton. Herencia y eugenesia, op. cit.*, p.105.

En el Internado platense las excursiones también ocuparon un lugar importante, siguiendo una tendencia que ya estaba bastante arraigada en La Plata. Al igual que con otras novedades educativas de importancia, la responsable de instituir esas prácticas como método pedagógico había sido Mary O. Graham en la Escuela Normal. Desde allí habituó a sus discípulas a visitar con frecuencia, la costa de Ensenada, la Isla Santiago y el puerto, donde las recibía el Administrador, que en su apellido reportaba una garantía de respetabilidad: era Víctor Sarmiento. Este escolanovista programa de aprovechamiento de la naturaleza para el desarrollo de actividades físicas sería recordado en el Congreso Internacional del Niño en París por Raquel Camaña, una de las participantes de esa experiencia educativa.⁴⁶⁰ Además de los antecedentes provistos en La Plata por el accionar de Graham, ULPI también se valió de las aportaciones teóricas lanzadas por Bunge, tras familiarizarse con ese sistema complementario de los métodos pedagógicos en las primeras *New Schools* inglesas que conoció.⁴⁶¹ El tema ya estaba instalado al momento de producirse la fundación de la Universidad Nacional de La Plata, cuando la incorporación a la nueva institución universitaria de la preexistente Escuela de Santa Catalina, motivó la taxativa enunciación de funciones que sobreimpusieron a la enseñanza e investigación científica en materias agronómicas, su aprovechamiento como sitio de excursión veraniega de profesores y alumnos, y de reposo y de estudio, en todo tiempo.⁴⁶²

Desde la puesta en funcionamiento de ULPI se instituyeron excursiones semanales realizadas por grupos de 10 a 12 alumnos, entre los que distribuían las tareas de tesorero, narradores y fotógrafos, para dirigirse a destinos convenidos con el Tutor y transmitir a su regreso la experiencia vivida a través de las páginas de la revistas *Inter-nos* (del Internado N°1) y *Primeras Armas* (del Internado N°2), como también en una columna del periódico local *El Argentino*. El programa de excursiones incluyó el traslado a la Penitenciaría Nacional -donde se desempeñaba Súnico- a establecimientos agrícolas e industriales, a sitios de interés histórico, y en verano la implementación de “giras educacionales” que comprendieron la visita a Museos, Universidades, Colegios y centros históricos, en Europa y Estados Unidos.⁴⁶³ Las excursiones también contribuyeron a que ULPI entablara directas interacciones con las actividades que desarrollaba en Buenos Aires la Asociación Cristiana de Jóvenes (también conocida por sus siglas en inglés YMCA), donde las ideas pedagógicas de Nelson ejercieron una notable influencia.⁴⁶⁴ La YMCA tuvo en el carismático inversor uruguayo, Francisco Piria a un decidido

460. Camaña recordaría “lo que allí disfrutábamos corriendo, enterrándonos en la arena, descubriendo la isla, internándonos río adentro, en la playa baja, los pies descalzos, el cabellos en desorden, las manos protegiendo los ojos deslumbrados por el reflejo del sol poniente!”. Raquel Camaña; *Pedagogía Social*, La Plata, 1916, p.212.

461. Carlos O. Bunge; “Las excursiones de instrucción como sistema”, en *Revista Nacional*, Tomo XXVIII, Volumen II, Buenos Aires, 1900, pp.236-240.

462. Joaquín V’ González; “Espíritu y tendencias de la Enseñanza” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.45-54, p.51.

463. Al finalizar el ciclo de 1910, partieron con Nelson los ulpianos, Oscar Achinelly, Raúl Álvarez, Francisco Squirru, Emilio González y Oscar López Camelo. Ese fue el primer viaje instructivo al exterior del país organizado con estudiantes argentinos. “Jira (*sic*) educacional”, en *Caras y caretas* N° 637, Buenos Aires, 17 de diciembre de 1910.

464. El propio Nelson describió las actividades de la YMCA en “La Young Men’s Christian Association of

impulsor de sus objetivos en el Río de la Plata, y merced a sus colaboraciones y las de Nicolás Mihanovich que facilitaba el transporte en su empresa naviera, se instituyeron novedosos campamentos en predios forestados de Piriápolis, la ciudad balnearia que el mismo Piria fundara a 100 kilómetros de Montevideo. El interés de Piria por explotar un espacio económico integrado en el Río de la Plata, lo llevó a promover este tipo de acciones culturales que le permitieron preparar un posterior desembarco en La Plata.⁴⁶⁵ Los campamentos de Piriápolis, al pie del Cerro del Toro, concitaron desde 1910 la concurrencia de ulpianos en temporada estival, bajo la tutela de Nelson, y también de Alfredo Palacios, Profesor en la Facultad de Ciencias Jurídicas, luego Decano y años más tarde Presidente de la universidad.⁴⁶⁶ Para Nelson y Palacios, era ésta una invaluable forma de inscribir el tiempo libre de los jóvenes en las teorías pedagógicas que ambos impulsaban en la Universidad gonzaliana. Y además de la YMCA y los estudiantes platenses, los contingentes argentinos a Piriápolis se compusieron de jóvenes de la Asociación Nacional de Boy Scout Argentinos, institución nacida del impulso creador de Francisco Moreno y el General Ricchieri – creador en 1902 de la Ley del servicio militar obligatorio-, que tuvo en La Plata su sede en Avenida 1 y calle 57, en instalaciones que habían pertenecido a la citada Escuela de Artes y Oficios, mientras albergaba también al Regimiento 6 de Infantería.

El trabajo en la huerta y el taller de manualidades, eran otros complementos de importancia para la formación integral del joven, que remitía a precisos mandatos escolanovistas, impregnados de un cierto romanticismo cultor del trabajo artesanal.⁴⁶⁷ Igualmente el taller también contenía referencias modernistas cooptadas de experiencias pedagógicas alternativas a la enseñanza oficial, como aquellas que el anarquismo local venía impulsando como síntesis de la Ciencia y el Trabajo. Su fuente de inspiración era Prohudon, para quien la escuela-taller debía reemplazar a la “escuela dogmática”, que

Buenos Aires”, en *Boletín del Museo Social Argentino*, Tomo II, Buenos Aires, 1913, pp.11-16.

465. Piria fue el más importante rematador de Montevideo, donde llevó a cabo entre 1875 y 1930 una acción de singularidad universal por inaugurar en su periferia 60 barrios y 350 pueblos, que podrían comprender a unos 700.000 habitantes. También fundó Piriápolis y en 1925 adquirió un palacio y 5.000 hectáreas de tierra aledañas al casco urbano de la ciudad de La Plata, con 10 kilómetros de costa sobre el Río de La Plata con el fin de llevar a cabo un vasto emprendimiento industrial, comercial, habitacional, y fundamentalmente turístico. Del tema nos ocupamos en Gustavo Vallejo; “El hilo de Ariadna”, en *Sociohistórica* N° 11/12, La Plata, 2003, pp. 99-134.

466. En los campamentos en Piriápolis, organizados con jóvenes platenses, Nelson vio recreada su anterior experiencia en la Universidad de Verano dispuesta en la ladera de una pintoresca colina a orillas del Lago Chautauqua, en el Estado de Nueva York.

467. Con todas estas actividades se completaba un programa muy intenso que quedaba estrictamente planificado. Un día en ULPI comenzaba a las 7:00 horas -excepto domingos y feriados-, con el baño diario y el desayuno correspondiente, para llegar a las 8:00 a la hora de clase en el Colegio situado a 60 metros del Internado. Allí permanecían hasta las 11:30 horas en que finalizaba el turno y se dirigían a almorzar con sus tutores en el comedor de ULPI. Desde las 13:00 horas tenían una hora y media de libertad para el recreo dentro del *campus*, para organizar las tareas de su revista o para reunirse a pensar posibles destinos para las próximas excursiones que serían sugeridos al tutor. De 15:00 a 19:00 horas estaba instituido el tiempo de los ejercicios físicos y las actividades al aire libre, al cabo de los cuales los jóvenes retornaban al Internado para cenar. De 20:00 a 21:00 proseguían las conversaciones culturales con los tutores y el momento de eventuales conciertos y hasta las 22:00 seguía el tiempo para los estudios individuales. Los domingos y feriados era días para desarrollar excursiones, extender las habituales prácticas deportivas o bien sumergirse en otras prácticas de clara impronta escolanovista como eran los talleres de trabajo manual, o el trabajo en la huerta.

renuncia a vérselas con el mundo de la producción, y tratar de “hacer de un establecimiento político una institución económica”.⁴⁶⁸

La formación del *gentleman* dentro de una aristocracia del saber, requería también de la internalización de una ley de la armonía que instaba a colocar como principio de orden la indisoluble unión de la estética con la moral. De allí provino el énfasis en la educación estética, a tono con la particular significación del arte dentro del modernismo cultural,⁴⁶⁹ que tuvo en Nelson a un decidido impulsor. Según Nelson, excepto “aquellos hogares donde el refinamiento del ambiente ha constituido, a través de las generaciones, una verdadera educación estética”, la generalidad de nuestro pueblo carecía de ese tipo de educación, y era “presa de un mal gusto que deja su sello en la arquitectura, en el mobiliario y en sus preferencias musicales, pictóricas y decorativas”.⁴⁷⁰ Para contrarrestar aquella tendencia y alimentar la “ley bio-psicológica de que del perfecto niño nace el hombre perfecto”,⁴⁷¹ Nelson promovió ese tipo de enseñanza desde la “Liga de educación estética” que él mismo presidió. A su vez encontró un cauce fecundo en la universidad gonzaliana que desde su puesta en funcionamiento contó con la Escuela de Dibujo instituida dentro de la estructura del Museo. Su responsable fue durante dos décadas el arquitecto Emilio Coutaret, un refinado artista francés participante de las obras fundacionales de La Plata dentro del Departamento de Ingenieros al que se sumó en 1885, becado por la *École des Beaux Arts* de El Havre, expresándose así un infrecuente tránsito personal del plan fundacional de la ciudad a la Universidad nueva. Coutaret dio un particular estímulo al campo de las bellas artes en La Plata, el cual se vio reforzado además por figuras beneficiadas con el otorgamiento de becas de la Legislatura bonaerense para su perfeccionamiento en Europa. Entre ellos, Atilio Boveri becado en 1910, Pablo Curatella Manes en 1911 y Emilio Pettoruti en 1913.⁴⁷²

El cultivo las artes plásticas en la universidad fue inscripto a su vez dentro de un programa mayor que quedó ratificado en 1915, al crearse la Cátedra de Estética bajo la dirección de Leopoldo Lugones, a quien González presentó anunciando que desde ese momento la “estética de la UNLP pasaría a ser la estética de Lugones”.⁴⁷³ Esa estética concentrada en las grandes cosas del pasado greco

468. Cfr. Dora Barrancos; *Anarquismo, Educación...*, op. cit., p.34.

469. Sobre el modernismo cultural en el Río de la Plata puede verse Carlos Real de Azúa; “Modernismo e ideología”, Separata de *Punto de vista* N° 28, Buenos Aires, 1986, pp.i-xlii

470. Ernesto Nelson; “Educación estética” (pp.34-38), en *Revista de Filosofía* N°IV, Buenos Aires, 1917, p.35.

471. *Ibidem*, p.37.

472. Atilio Boveri regresó en 1915 para pasar a desempeñarse como Director de Parques y Jardines de la Municipalidad de La Plata. Emilio Pettoruti se integró al movimiento futurista italiano y regresó en 1924 asumiendo en la década siguiente la dirección del Museo Provincial de Bellas Artes. Curatella Manes también regresó en la década del '20 para posteriormente radicarse nuevamente en París, donde el arte se conjugó con una larga carrera diplomática.

473. *Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación*, La Plata, 25 de mayo de 1915, p.92.

latino -como el Palacio Ducal de Venecia, objeto de análisis en clases de 1915 y 1916-,⁴⁷⁴ efectivamente impregnó los contenidos que marcarían en la década siguiente la introducción del arte en la enseñanza universitaria, producida en La Plata cuando la confluencia de aquellas dos vertientes estéticas representadas por Coutaret y Lugones dio lugar a la conformación en 1921 de la Escuela de Artes y en 1923 de la primera Escuela Superior de Bellas Artes en una Universidad argentina.

Capítulo 3. Universidad nueva y sociedad

Educación y eugenesia

A las diversas actividades implementadas en ULPI bajo el propósito de formar futuros *gentleman*, se suman las articulaciones establecidas entre el panoptismo identificatorio cultivado en La Plata desde 1890 y los anhelos normalizadores irradiados del más duro positivismo pedagógico, haciéndose particularmente visibles en el diseño de mecanismos para la selección de ingresantes a la “Universidad nueva”. El candidato debía acreditar buenos antecedentes en cuanto a estudio y conducta para recién ser examinado por el médico del Internado, quien iniciaba la selección de acuerdo al estado de salud para evitar los “regímenes especiales que exigirían siempre los débiles, los dispépsicos, los artríticos, los que, desde luego, alterarían de un modo fundamental este plan”.⁴⁷⁵ Una vez ingresado, el joven era sometido a permanentes exámenes de aptitud física, intelectual y moral, para evaluar su evolución a través de un registro mensual que contenía datos como: peso, altura, tórax, cefalometría, dinamometría, atención, juicio, instintos, sentimientos, etc. Los cuidadosos estudios originados al respecto, confirieron un papel central a la Sección Pedagógica -convertida en 1914 en Facultad de Ciencias de la Educación, la primera en Sudamérica-, que dirigía el normalista Víctor Mercante e integraban Francisco Súnico, como también los positivistas Alfredo Ferreira, Leopoldo Herrera, Celso Latorre y Rodolfo Senet. Sus investigaciones organizaron un nuevo espacio para la formación de profesores de Colegios Nacionales y Escuelas Normales del país y originaron un inédito campo de experimentación científica creado para garantizar el éxito de una aceleración de la darwiniana selección de los más aptos. Luego de que la realidad pulverizara en 1890 la premisa sarmientina de crear escuelas para cerrar cárceles porque, como se decía, con aquellas se eliminaban las revoluciones, Agustín Álvarez ya había alertado a la élite dirigente acerca de las funciones de la educación masiva. “En 1900, tenemos escuelas y hemos difundido la instrucción hasta el punto de estar apestados de parásitos diplomados y de eruditos diplomados de profesión; tenemos escuelas y revoluciones como sin tales sabios y eruditos”.⁴⁷⁶ Para evitar las revoluciones se imponía ahora que la escuela pública realizara una estricta selección, dado que “la sociedad no debe emplear el dinero de los buenos en aumentar la capacidad de los malos”.⁴⁷⁷ En similares términos se refería Bunge al producto del *home*

474. Leopoldo Lugones; “El ambiente estético”, en *Revista de Arquitectura* N°31, Buenos Aires, 1922, pp.9-11.

475. Víctor Mercante; “El Internado...”, *op. cit.*, p.158.

476. Agustín Álvarez; *op. cit.*, p.42.

477. *Ibidem*, p.275.

education, aquel sistema inglés que idealizó vinculándolo a su obsesiva búsqueda de aplicar el darwinismo al campo social. Como directa aplicación de este cuerpo de ideas, fue planteada en La Plata la estrategia de formación del *gentleman*, que exigía llevar a cabo exclusiones afines a las propugnadas por Álvarez, y que ahora la pedagogía de Mercante elevaba a un inédito rango científico. El desarrollo de este verdadero campo experimental local se vio alimentado también por la presencia en La Plata de Juan Vucetich y su sistema de identificación dactiloscópica inspirado en las investigaciones de Francis Galton, favoreciendo con su ejemplo la puesta a punto de métodos biometristas aplicados a la educación. Los nuevos saberes identificatorios en La Plata, servían de sólido respaldo a un afán por detectar capacidades en la “Universidad nueva”, al que Mercante dotó de ribetes muy particulares. Como distinguía un grupo destinado a funciones superiores y otro dedicado a una vida social inferior, al primero le esperaba una educación profesional, mientras que al segundo reducidas enseñanzas acordes a la capacidad de las razas que se incorporaron a la civilización en épocas recientes y aún no realizaron su proceso de adaptación al ambiente. Las puertas de la escuela secundaria debían cerrarse para este último grupo, porque no podía exceder la educación primaria y el disciplinamiento en un oficio manual. Pero además existía un tercer grupo, el de inteligencia superior, poco frecuente entre los americanos, y que Mercante buscaba congregar en ULPI.⁴⁷⁸ Para Mercante existían en todos los pueblos “una masa de elementos inferiores” que no debían “contaminar los impulsos sanos de los capaces”. Detectarlos y separarlos a tiempo era “una misión santa del colegio y de la universidad” para “preparar a esta clase superior de inteligencias y caracteres” y así lograr que “vivamos nuestra buena sangre!”

Mercante ya había desplegado estas inquietudes en la segunda Reunión del Congreso Latinoamericano celebrada en 1901 en Montevideo, donde se desempeñó como Secretario de la Sección de Ciencias Antropológicas. Allí expuso su programa que propendía a realizar estudios psicofísicos de los niños a través de gabinetes de Biología montados en las escuelas, los cuales a su vez habrían de proporcionar los datos recabados a una Oficina de Antropometría que toda ciudad debía poseer para concentrar la información biológica de la población en edad escolar.⁴⁷⁹ Esas eran las ideas con las que Mercante en 1906 organizó la Sección Pedagógica de La Plata, sentando un precedente trascendental para el desarrollo de la psicología experimental y la antropología física en Argentina. Mercante implementó en La Plata sofisticadas prácticas biometristas en un ámbito científico que pasó a funcionar en directa interrelación con positivistas museos escolares, para la que también creó insólitos aparatos de medición física para calificar la inteligencia y la moral del individuo. Ellos incluyeron el intelectómetro y sus derivados: el craneocefalógrafo, el taquiantropómetro, el hafimicroestesiómetro, el osmómetro y el acúmetro electromagnético. Mercante y Senet, acompañados por su discípulo, Alfredo Calcagno, implementaron con ese instrumental experimentos regidos por un

478. Véase en Víctor Mercante; *La paidología. Estudio del alumno*, Gleizer, Buenos Aires, 1927.

479. *Segunda Reunión del Congreso Científico Latinoamericano. Organización y resultados generales del Congreso*, Al Libro Inglés, Montevideo, 1901.

inocultable afán de establecer la “científica” relación entre la morfología craneana y los rasgos psicológicos fundamentales del individuo. Era esa una relación que desde la Frenología de Franz Gall venía obsesionando a criminólogos positivistas y eugenistas, para quienes la antropometría contenía la respuesta incuestionable a la necesidad de descubrir la “peligrosidad” y anticiparse a la comisión del crimen detectando “científicamente” quienes eran en la sociedad los “candidatos al delito”.

A través de la antropometría Mercante creyó poder establecer estadísticamente paralelismos entre la talla general y la inteligencia, variaciones del índice cefálico según sexo y edad, la supremacía étnica del caucásico y la necesidad de realizar transplantes de ciertas razas. Estas investigaciones orientadas por la búsqueda del tipo eugénico ideal, excedieron al control de posibles aspirantes al sistema de Internado para prolongarse indefinidamente, como sucedió con las 3.000 mediciones realizadas en 1906 entre jóvenes de 7 a 20 años de edad que dieron como resultados la preocupante ausencia del doligocéfalo, tipo tranquilo según la “Escuela Positiva” de Lombroso, y la predominancia del tipo inquieto o impulsivo.⁴⁸⁰

Mercante y Senet seguían aquí aquellas investigaciones que realizó Nicéforo en Italia para determinar las “causas de la inferioridad psico-física en las clases inferiores”, estudiando en 4.000 alumnos la estatura, la capacidad craneana y la resistencia a la fatiga mental. Nicéforo concluía en que “los individuos de la clase elevada presentan menos número de caracteres inferiores, mientras que en la masa de los individuos que forman las clases bajas se halla mayor cantidad de hombres que presentan caracteres de inferioridad”. Años más tarde estas experimentaciones formaban parte de las contribuciones italianas al Primer Congreso de Eugenesia de 1912, comentadas con entusiasmo por la pedagoga Elvira López y el propio Joaquín V. González.⁴⁸¹

En una notable simultaneidad con la temprana eugenesia italiana, las indagaciones abordadas por Mercante desde la “psicología experimental”, integraron aquello que -homologando la “Escuela Positiva”- pasó a ser la “Escuela de La Plata”. Fue éste un campo nucleado también en torno a la adaptación local que Mercante hizo de la Paidología, ciencia que la Escuela Nueva difundió en Europa central, y que fue entendida aquí como un espacio científico de integración de la antropología física, la higiene escolar y la eugenesia. Era una suerte de “antropología infantil” que recogía también las hipótesis de Senet acerca de la “psicología anormal”, para articularlas con iniciativas como el Museo de Cerebrología, que fue puesto en funcionamiento con la colaboración del Hospital de Alienados de

480. Para conocer en profundidad la obra de Lombroso resulta indispensable ver a José Luis Peset y Mariano Peset; *Lombroso y la escuela positivista italiana*, CSIC, Madrid, 1975.

481. Véase de Elvira V. López; “Primer Congreso Internacional de Eugénica”, en *Revista de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, 1912, pp.64-74; y “Eugenismo”, en *Boletín del Museo Social Argentino*, Tomo II, Buenos Aires, 1913, pp.313-323; y Joaquín V. González; “Cooperación, mutualidad y eugénica social” (1912), en *Obras Completas*, T.XV, pp.431-433. Ante tan claros enunciados, suenan cuanto menos curiosas reinterpretaciones en clave progresista del Congreso de Eugenesia de 1912, que, efectivamente, también existieron. Una participante argentina del evento fue la médica Cecilia Grierson, quien ubicó la nueva disciplina en el marco de un programa de reforma social, buena educación y justicia redistributiva para mejorar la herencia humana. Véase Dora Barrancos; *Inclusión / exclusión. Historia con mujeres*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001; especialmente el Capítulo 3, pp. 35-46.

Melchor Romero que dirigía Alejandro Korn y atendía enfermedades mentales en su Pabellón “Lombroso”.

La “antropología infantil” de Mercante, que el propio Lombroso siguió con verdadero interés manifestando su “aprobación y estímulo”,⁴⁸² alcanzaba su verdadero esplendor para apuntalar la “eugénica práctica” propugnada por González desde un profundo conocimiento del avance de la eugenesia. En el campo pedagógico ya habían existido importantes avances de los estudios eugenésicos en esta clave, sobre todo desde que fueran introducidos por Badley en la *new school* de Bedales.⁴⁸³ Residiendo los fundamentos de la eugenesia en un sistema de identificación, clasificación y jerarquización, basado en ideales raciales establecidos para reproducir un orden social vigente, después de los aportes de Vucetich en La Plata que se dirigían a alcanzar la primera instancia, proseguían los estudios de Mercante en el sistema educativo que intentaban cubrir las dos siguientes.

La introducción de la eugenesia en la educación partía de establecer una previa distinción entre quienes desde la óptica galtoniana, podían o no “adaptarse” biológicamente -que equivalía a decir, intelectual, moral y físicamente, para el evolucionismo social de Spencer- al sistema vigente. Sobre el universo de los “adaptables”, la eugenesia desplegaba un programa entendido como imprescindible para que el Estado evite incurrir en desaconsejables acciones asistenciales. Acciones que, como cuestionara Galton, demandaban la inversión de grandes sumas de las arcas públicas en los “débiles”, en los “menos aptos”, en quienes por incapacidad física o moral no podían bastarse por sí mismos para la *struggle for life* y en su propia existencia encerraban una amenaza atávica para la evolución de la raza. En función del bien común que la eugenesia parecía asegurar, el experimento montado en ULPI como espacio para la selección de los más aptos, era también un ejemplo de la función social que debía cumplir el Estado. Así lo creía Joaquín V. González para quien la eugenesia hacía ver los problemas que ocasionaba la beneficencia al ocuparse de la víctima sin estudiar las enfermedades o causas permanentes que la originan. Antes que eso debía evitarse encubrir “los focos de infección o degeneración sociales, a través de una acción tutelar del Estado, sobre bases racionales y orientadas en un sentido netamente *eugénico*; no solamente para impedir la producción de individuos orgánica o degenerativamente ineptos para concurrir a la continua selección de la raza, o la propagación de aquellos focos de infección”. El Estado garantizaría de ese modo la salud del cuerpo social, en el marco de una evolución gradualista refractaria a todo peligro revolucionario, cumpliendo su función de “conducir y organizar el trabajo, como higiene preventiva, de la manera mejor

482. Ya en la citada Reunión Científica Latinoamericana celebrada en 1901 en Montevideo, Scalabrini hizo notar que Lombroso dirigió a Mercante una carta de aprobación y estímulo por su trabajo. Mercante afianzaría en adelante esa relación con la “Escuela Positiva”.

483. Otra alternativa eugenésica que en Argentina se asocia a nombres como el de Grieron, había sido cultivada siguiendo los programas de corte libertario de educación racionalista de Paul Robin y Francisco Ferrer, donde su apelación se articulaba con el impulso al *birth control*. Véase Dora Barrancos; *Anarquismo, educación..., op. cit.*, especialmente “Las ideas pedagógicas de Paul Robin” y “El proyecto pedagógico de Francisco Ferrer”, pp.36-69.

combinada, para estimular las fuerzas y alentarlas a producir más y mejor”.⁴⁸⁴ En la atracción de González por el antiasistencialismo de la eugenesia, considerándola como una promesa cierta de que la ciencia podría anticiparse a la enfermedad evitando su aparición, es posible también encontrar algunas motivaciones a la llamativa omisión de la carrera de Medicina dentro de su “República Universitaria”.⁴⁸⁵ Bunge nos ayuda a entender esta consideración de la eugenesia como alternativa superadora de la Medicina, cuando en su verdadero alegato en pos de la amplia propagación de la ciencia de Galton sobre *Nuestra América*, bendijo al alcoholismo, la viruela y la tuberculosis porque a través de esos medios se eliminarían la población indígena y africana en la Provincia de Buenos Aires. Antes que curar o asistir, la ciencia moderna que seguían González y sus allegados apuntaba a prevenir por medio de la educación y la selección, y siendo eso así, lo realmente importante de aquella disciplina podía quedar reducido a la psicología experimental y la biología, esferas del saber constitutivas de la Sección Pedagógica de Mercante y Senet o bien abordadas en profundidad dentro del Museo de Ciencias Naturales.

Entre la educación y la selección, la psicología y la biología, existía una línea divisoria que delimitaba las garantías de éxito que podía tener el Estado realizando una inversión en la sociedad. De la previa tarea clasificatoria para detectar sobre quiénes esa “educación eugénica” podía ser efectiva, surgía el universo de aquellos que estaban dotados hereditariamente de “aspirabilidad”, en el sentido que le daba Carlos Octavio Bunge, Profesor Sociología Argentina de la universidad gonzaliana desde su puesta en marcha en 1906. Para Bunge la “aspirabilidad” en la educación era aquel “impulso de perfeccionarse al infinito” del cual carecían las razas inferiores, “no muy distantes de los animales”.⁴⁸⁶

En este sentido, la básica oposición entre *nature* y *nurture*, o bien herencia y ambiente, que a comienzos del siglo XX distinguió a quienes propugnaron la mejora de la raza futura a través de soluciones genéticas de quienes lo hicieron por medio de la educación, se diluía en los positivistas

484. Joaquín V. González; “Cooperación, mutualidad...”, *op. cit.*, p.432. La cursiva es de González.

485. Después estar ausente del plan fundacional de la Universidad, la creación de una Escuela de Medicina fue planteada por primera vez en 1908. La inquietud no provino en ese momento de una figura ligada a González sino del investigador alemán Roberto Lehmann Nistche, que había sido contratado por Francisco Moreno para desempeñarse en el Museo platense. El proyecto de Lehmann Nistche fue objeto de postergaciones en su tratamiento, y recién después del alejamiento de González fue analizado y con modificaciones, implementado para dar origen a la Escuela de Medicina que comenzó a funcionar en 1919. Cabe destacar que la eugenesia era un saber abrazado desde distintas disciplinas (compartiendo el campo con criminólogos, biólogos, antropólogos, zoólogos, sociólogos, abogados, pedagogos, etc., los médicos eran inicialmente una minoría). La creciente asimilación de la eugenesia a la Medicina fue produciéndose en etapas posteriores a la primera dominada por la figura referencial de Francis Galton. De esa integración derivarían vertientes que podían admitir un sesgo más asistencial en la medida en que se ensamblaran con el higienismo finisecular, como también articulaciones con la pedagogía moderna que fueron iluminadas desde corrientes de educación alternativa inspiradas en el francés Robin y el español Ferrer, aunque estas últimas se diluyeron en la década de 1920.

486. Carlos Octavio Bunge; *La Educación (Tratado general de Pedagogía). Libro III “Teoría de la Educación”*, Editorial Vaccaro, Buenos Aires, 1920. Estas ideas remitían a Galton pero también a una faceta de Ernst Haeckel, contrastante con otras que lo ubicaban como un científico comprometido socialmente, que alimentará posteriores apropiaciones realizadas desde el nacionalismo alemán. Haeckel entendía que “los hombres salvajes, verbigracia, los indios vedas o los australianos de raza negra, presentaban una mayor proximidad psicológica con los vertebrados superiores (con los simios y los perros) que con los europeos altamente civilizados”. *Cfr.* Dora Barrancos; *op. cit.*, p. 73.

activos en la universidad platense bajo proposiciones que integraban los dos términos de esa dicotomía. Sin embargo desde la perspectiva histórica trató de encontrarse una radical oposición, que conlleva también una carga valorativa y disvalorativa, respectivamente, entre la eugenesia positiva, preocupada por la transformación del medio ambiente sobre el individuo y la eugenesia negativa que excluía de la reproducción a los “indeseables”,⁴⁸⁷ aunque a decir verdad esa disección es resulta poco apropiada para iluminar el caso argentino. Herencia y ambiente, perspectiva genista dura y educación, eran meras distinciones instrumentales dentro de la concepción racial de figuras nucleadas en el proyecto gonzaliano a través de ULPI y la Facultad de Ciencias de la Educación.

Los estudios de Mercante trataban de poner “científicamente” de manifiesto cuales eran los individuos que poseían la “apirabilidad” bungeana. Ellos convivieron con la biometría escolar que Súnico y Restagnio aplicaron en el Instituto de Higiene Pedagógica de la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata a través de fichas sanitarias fisiopsicométricas volcadas a la “libreta de escolarización” y difundidas a través de Ligas de higiene escolar. Además de la figura referencial de Mercante en este nuevo campo experimental, era notoria la impronta dejada por Súnico, responsable por años de higiene escolar. El carácter que las actividades de Súnico imprimieron a los establecimientos en los que se desempeñó protagónicamente, la Penitenciaría Nacional y la Universidad platense, habían contribuido a que el famoso positivista lombrosiano, Enrico Ferri, al llegar a La Plata contratado para dictar conferencias en 1908, asignara a ambas instituciones un rol complementario para ubicarlas como los principales espacios de disciplinamiento social que tuvo la Argentina a comienzos del siglo XX.

Si en Mercante puede identificarse a un destacado interlocutor de la “Escuela Positiva” en Argentina, que trazó un vínculo directo con la eugenesia italiana, las gestiones institucionales González también habilitaron interacciones de similar tenor con los Estados Unidos. En este sentido, otras motivaciones en la introducción de la eugenesia por la vía de la universidad gonzaliana, pueden deducirse de los importantes vínculos cultivados con Leo Rowe, rector de la Universidad de Pennsylvania y gran publicista de la tesis panamericana. Rowe fue el primer visitante ilustre que llegó en 1907 a La Plata y al año siguiente tuvo un rol central en la organización del Primer Congreso Científico Panamericano celebrado en Santiago de Chile y al que la universidad platense aportó numerosas contribuciones, entre las cuales una tenía particular significación: era el trabajo de Luis Reyna Almandos titulado “Dactiloscopia argentina” que pretendía difundir universalmente un método

487. Stepan esbozó una oposición entre un hereditarismo “blando” que atribuyó a países latinoamericanos y “el mendelismo duro” de la ansiedad extrema por la reproducción humana y el intervencionismo negativo. Nancy Leys Stepan; *The hour of eugenics. Race, gender, and nation in Latin America*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1991. Relecturas posteriores tendieron a reducir el trabajo de Stepan a esa oposición. Tratando de exaltar en el liberalismo argentino sus rasgos reformistas, Zimmermann fundamentó en Stepan su certeza de que en Latinoamérica la prevaleciente “concepción neolamarckiana de la herencia, con su énfasis en la transmisión de las características adquiridas, facilitó la fusión de los términos frecuentemente yuxtapuestos de ‘herencia’ y ‘ambiente’”, para dar preponderancia al higienismo y desplazar a la eugenesia que en Argentina “nunca alcanzó el impulso que adquirieron los movimientos eugenésicos europeos y norteamericanos”. Eduardo Zimmermann; *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995. Véase especialmente el capítulo 5 “Salud pública: Cuestión racial y cuestión social”, pp.101-125.

que, al igual que el origen hombre en la teoría de Moreno y Ameghino, era producto de estas tierras pampeanas.⁴⁸⁸ Rowe regresó a La Plata en 1914 para dictar conferencias y entabló una estrechísima relación con ULPI, que Abeledo -colaborador del sistema tutorial- recuerda como la más intensa dentro de larga lista de ilustres huéspedes de esa institución.⁴⁸⁹ Recientes investigaciones de Álvarez Peláez y García González, ayudan a interpretar mejor la insistente presencia del norteamericano en el Cono Sur y la difusión de la dactiloscopia a través de estas redes científicas. El panamericanismo de Rowe era portador de firmes intentos de homogeneizar mecanismos de control de la inmigración en todo el continente a través de una vertiente eugénica ideada por el propio Rowe junto a Charles Davenport, Harry Laughlin y destacados médicos cubanos.⁴⁹⁰ Se trataba de la Homicultura, expresión nacida en el '900 y a la que la dactiloscopia proveía la técnica para el inicio de la tarea identificatoria⁴⁹¹ que permitía llevar a cabo un registro racial unificado de toda la realidad panamericana.⁴⁹²

Por su parte, la tradición del Museo en la formación de naturalistas argentinos, también sirvió de cauce para una recepción de los principios que rigieron el Congreso Internacional de Eugenesia de 1912, donde el interés por el tema planteado dentro del área específica de los estudios biológicos, pronto quedó desbordado. En 1915, el zoólogo Miguel Fernández tuvo a su cargo el Curso libre sobre “Herencia experimental, eugenesia y biometría” que fue ofrecido en el Museo a docentes y estudiantes de las distintas Facultades de la Universidad platense,⁴⁹³ reforzando una orientación que se ensamblaba con los objetivos íntimos de la “Escuela de La Plata”.

488. Luis Reyna Almandos; *Dactiloscopia argentina. Su historia e influencia en la legislación*, Talleres Gráficos de Joaquín Sesé, La Plata, 1909.

489. Esa lista incluye a destacadas figuras políticas como los Generales Roca, José F. Urriburu y Agustín P. Justo (todos ellos Presidentes de la Argentina entre 1880-1886, 1898-1904, 1930-1932 y 1932-1938), Norberto Quirno Costa (vicepresidente del gobierno de Roca entre 1898-1904), Marcelo T. de Alvear (Presidente entre 1922-1928), y Theodore Roosevelt (Presidente de los Estados Unidos entre 1901 y 1908). A ellos se suman verdaderos referentes epocales del campo intelectual como Adolfo Posada, Enrico Ferri, Jean Jaurés, Leopoldo Mabileau y José Ortega y Gasset. Por su parte, Rowe se alojó en el Internado 2 durante su estadía académica, en la que confraternizó con los ulpianos -adquiriendo incluso el hábito de tomar mate con ellos- y señaló antes de partir que había pasado uno de los períodos más felices de su vida. Amaranto Abeledo; “ULPI y el pensamiento social educativo de Joaquín V. González”, en AAVV; *Universidad “nueva” y ámbitos culturales platenses*, UNLP, La Plata, 1963, pp.169-211.

490. Armando García González y Raquel Álvarez Peláez; “Eugenesia e imperialismo. Las relaciones Cuba-Estados Unidos, 1921-1940”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.*, pp.193-231.

491. Desde Cuba provinieron intensas apelaciones al método creado por Vucetich, formuladas por destacadas figuras del campo intelectual. Véase por ejemplo, Fernando Ortiz; *La identificación dactiloscópica*, Imprenta Universal, La Habana, 1913. Homicultura motivará posteriormente la organización de la Primera Conferencia Panamericana de 1927 en La Habana y la Segunda de 1934 en Buenos Aires.

492. La Conferencia Panamericana de Homicultura de 1927 concluyó con un Acta que propendía a la creación de un archivo unificado de datos eugénicos individuales recabados por cada país integrante de la órbita panamericana. Sólo los individuos clasificados como biológicamente sanos, poseerían migración libre. Los clasificados como biológicamente no sanos tendrían impedido el paso de un país a otro. Asimismo, toda nación dentro de este bloque, tendría el derecho a elegir que razas podían ingresar. Véase *Actas de la Primera Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura de las Repúblicas Americanas*, Publicadas por el Gobierno de la República de Cuba, La Habana, 1928, pp.167-173.

493. El Curso comprendió una introducción a los métodos de la estadística de la variación y una exposición de

Extensión universitaria y expansionismos científicos

La Universidad platense también dio lugar a la apertura ideológica aportada por la Extensión universitaria, otra institución nacida en el Reino Unido. González ya la había contemplado en su plan fundacional, situándola en una directa continuidad con las “lecturas dominicales” de la Biblioteca Pública. Era una reinterpretación de la *university extension* creada en el Reino Unido, para la cual llegó a imaginar un sitio óptimo para su desarrollo convirtiendo la antigua Estación de trenes en Palacio de la Extensión. Allí fue prevista la integración de las actividades de la “Universidad nueva” a través de “lecturas, conferencias o demostraciones experimentales” que transmitían conocimientos útiles para el bienestar de las clases laboriosas en salones públicos.⁴⁹⁴ En tanto que Mercante se interesó debido a la “inexcusable” democratización que “por mil causas complejas” haría que “todas las clases sociales entren en la vida pública”. Para eso aconsejaba que aún desde “el egoísmo más elemental” se colaborara en el “mejoramiento total de las condiciones propias de cuantos habrán de intervenir en las relaciones sociales”, propendiendo a su acceso a la cultura.⁴⁹⁵ Estas ideas lo llevaron a condicionar su adhesión al Congreso Internacional de Expansión de la cultura reunido en 1905 en Mons para abogar por la implementación de “conferencias populares”. Mercante creía necesario analizar las consecuencias del doble movimiento que implicaba llevar la Universidad al pueblo o el pueblo a la Universidad. Y de esas alternativas que para él remitían a la Extensión Universitaria sajona de Oxford o a la Universidad Popular latina que en Oviedo alcanzaba su esplendor, tomaba partido por la primera opción para afirmar el “sentido regenerador y tutelar” que debía poseer.⁴⁹⁶ Allí confluía también la idea originaria de González y los consejos de Carlos Octavio Bunge, quien destacaba de aquella corriente las ventajas de ilustrar al pueblo y a su vez de premiar a estudiantes distinguidos con el dictado de las cátedras populares.

En torno a este cuerpo de ideas compartido por González, Mercante y Bunge se sitúa la instrumentación de la Extensión a través de la delegación en los ulpianos del dictado de “Cursos nocturnos para obreros” en la universidad, complementado su propia formación en el distanciamiento de otros sectores sociales por medio de un paternalismo aristocratizante con el que era investida una élite de adolescentes encargada de instruir y tutelar a individuos de clase baja en un gran salón del edificio del Rectorado. Complementariamente se implementaron “Cursos de vacaciones” para que ese

las investigaciones más importantes sobre la herencia experimental. Sus alumnos lo difundieron considerando la eugenesia como parte del campo de aplicación de la herencia, destacando la necesidad de crear un Instituto de Investigaciones de biología experimental y genética para cuestiones teóricas y prácticas. Véase Susana García; “Herencia biológica en el discurso de naturalistas argentinos de principios del siglo XX” (pp.535-562), en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.*, pp.553-554.

494. Joaquín V. González; “La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.35-43.

495. Víctor Mercante; “Extensión universitaria” (pp. 10-33), *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, Tomo 6, La Plata, 1909, p.13.

496. *Ibidem*, p.30.

mismo sector social se beneficie con un acceso a la cultura restringido al tiempo que duraba el receso estival.

La Extensión podía asimismo ser entendida como una institución capaz de prolongar los alcances que tenían en La Plata las muy arraigadas actividades desarrolladas por el Museo, la Biblioteca y la Dirección General de Escuelas. El feriado había proporcionado una oportunidad para que todas esas instituciones extendieran su influencia social, haciéndose un lugar dentro del rígido positivismo imperante al asociarse a un preciso programa educativo. El domingo era el día del feriado instructivo, del que participaba aquel “pueblo inculto” que Moreno pretendía educar a través de la visita a su Museo, y quienes concurrían a las “lecturas dominicales” que Fors instituyó en directa competencia con la misa. El feriado podía sólo así era aceptado, disipando las abiertas objeciones hacia él que formulara el propio González, luego de que el *crac* de 1890 hiciera ver que era injustificable por su asimilación a un tiempo de ocio que significaba literalmente la interrupción del negocio provocada por la religión. A ello se refirió en 1904 al presentar el proyecto de Código del Trabajo al Congreso Nacional, en el que se instituía oficialmente el “descanso dominical” para que el obrero se vincule “con el mundo, con su propio hogar, con la vida cívica y para consagrarse en unión con sus compañeros, a las recreaciones instructivas”.⁴⁹⁷ Sin embargo, los intereses de la industria instaban a evitar que, además de ese descanso y la reducción de la jornada laboral, “el aumento excesivo de los días festivos significara un nuevo recargo”, sobre todo cuando “los hábitos novísimos” de la vida real en las ciudades modernas habían “reducido el tiempo que el hombre consagra a las prácticas religiosas”.⁴⁹⁸ En una antinomia entre el tiempo dedicado al trabajo o a la religión, la progresiva secularización de los hábitos debía redundar en un aumento de la actividad industrial, pero a su vez en acciones del Estado dirigidas a ocuparse del tiempo en el que el obrero se liberaba brevemente de la disciplina del patrón, para que allí sean afirmados sus valores ciudadanos por “la ciencia y la patria”. Para eso debía contrarrestarse el tiempo de la religión, que tendía “a desligar al hombre de la patria, arrancarlo del seno del Estado, a despojarlo de sus sentimientos de libertad cívica para arrastrarlo a la única patria creyente que es la Iglesia”.⁴⁹⁹

Además del feriado instructivo del domingo, con el Museo y la Biblioteca como sus principales destinos, La Plata también tuvo la “Fiesta del árbol”, celebración instrumentada por el pedagogo uruguayo Francisco Berra, quien era un continuador de la escuela reformista creada por Pedro Varela tras seguir el mismo itinerario que Sarmiento en los Estados Unidos. Berra la instituyó en 1901 desde la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires que estaba a su cargo, para que los alumnos de los colegios de La Plata dediquen un día -el 27 de julio- a un fin

497. Si bien el Código de Trabajo de González no fue aprobado, el descanso dominical que estaba contemplado en él no tardaría en ser incorporado en normativas nacionales y provinciales. En el caso de la Provincia de Buenos Aires, dicha ley fue promulgada el 7 de enero de 1907.

498. Joaquín V. González; “Proyecto de Ley Nacional del Trabajo” (1904), *Obras Completas*, Tomo VI, pp.311-578, pp.361-362.

499. *Ibidem*.

educativo que era el honrar el árbol forestando plazas de la ciudad. Ese mismo año la iniciativa llegó al Consejo Nacional de Educación, por impulso de Estanislao Zeballos, quien extendía a su vez la aplicación que también Mary O. Graham le había dado en su Escuela Normal, dependiente de la órbita nacional, para irradiar la cultura científica a través de una práctica que recogía el legado de la sensibilidad naturalista anglosajona⁵⁰⁰ y su introducción en el mundo hispano con las celebraciones en la madrileña Ciudad Lineal de Arturo Soria y Mata.⁵⁰¹ A través de la forestación llevada a cabo en La Plata durante el “día del árbol” se remozaron dos plazas ubicadas significativamente sobre el eje cívico de las Avenidas 51 y 53. En la primera de ellas dispuesta entre el Paseo del Bosque y el Departamento de Policía (a la altura de Avenida 1 y calle 2), para enfatizar el inicio la *enfilade* monumental de palacios públicos sucedidos sobre dicho eje. Mientras que en la segunda, para reforzar el centro geográfico de la ciudad en el que se encontraba (en el cruce con la Avenida 13). La puesta en valor de ambas plazas incluyó en la fiesta de 1901 la definitiva denominación que se les dio de Rivadavia y Moreno, respectivamente, para inscribir este verdadero precedente de la idea Extensión Universitaria dentro del marco referencial de un preciso ideario iluminista que sostenía el positivismo pedagógico argentino y el pensamiento de quienes habían llegado a pensar en esos nombres para denominar la “nueva Capital”.⁵⁰² La intensiva forestación estimulada a partir de prácticas instructivas, fue también el primer signo de revitalización que exhibió La Plata después de la crisis, y el medio con el que la ciudad vio atemperada la aridez geométrica de sus calles desiertas.

La “universidad nueva” buscaría prolongar los propósitos de los feriado instructivos de La Plata, aunque la “fiesta del árbol” no pudo sobreponerse a los prejuicios de Mercante,⁵⁰³ quien la

500. El principal propagandista había sido el norteamericano George Marsh, quien pugnaba por proteger los bosques a los que consideraba fuente de embellecimiento y riqueza de los pueblos. Luego Sterling Morton logró que Nebraska instituyera en 1872 “El día del árbol” para realizar forestaciones masivas (más de 375.000.000 de ejemplares serían plantados hasta el final de ese siglo). En 1875, la fecha fue observada y en 1885 se instituyó el 22 de abril la “Fiesta del árbol” en ese y otros estados norteamericanos. El fin de la fiesta, que era el de crear bosques y arboledas, pronto se vio articulado también con propósitos educativos, sobre todo después de que en 1882, en Cincinnati, se iniciara una práctica protagonizada por alumnos de las escuelas comunes.

501. Desde 1897 la “fiesta del árbol” se instituyó como un estímulo para solemnizar en todos los inviernos las plantaciones sobre los campos áridos de los alrededores de Madrid, en los que se desarrollaba aquella nueva intervención urbana. La continuidad de esta práctica contribuyó a incentivar la instalación de viveros que terminaron convirtiéndose en uno de los negocios auxiliares de la Compañía de Urbanización de Soria y Mata. La “fiesta del árbol” en la Ciudad Lineal se debió a una iniciativa de Mariano Belmás, socio fundador del emprendimiento junto al propio Soria y Mata. A partir de este ejemplo surgido de la iniciativa privada fue sancionado un Real Decreto por el que el Estado instituyó la fiesta en Madrid en 1915. Miguel Ángel Maure Rubio; *La ciudad lineal de Arturo Soria*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1991, pp. 118-120.

502. Con la celebración de La Plata, Berra pretendía demostrar que plantando un solo árbol podía realizarse un acto educativo de “centenares de niños”. El árbol representaba la esfera de lo público, de aquello que encerraba “una propiedad común” por la que todos debían interesarse y tratar de proteger. Los concurrentes a esta fiesta urbana debían retirarse “satisfechos y deseosos de que el acto se repita”, para que lleven a sus casas “la idea de que han hecho o presenciado una obra eminentemente moral, humanista, altruista, noble”. Francisco Berra; “La fiesta del árbol”, en *Boletín de Enseñanza y de Administración Escolar Pública Oficial*, Tomo VI, Sesé y Remoralés, La Plata, 1901, pp. 211-218.

503. La iniciativa no logró proyectarse hacia un programa más vasto como el que, en 1902, dio comienzo en Buenos Aires a partir de una similar “fiesta del árbol” que signó la inauguración del Parque Patricios y con él de

denostaría remarcando los riesgos que entrañaba su condición masiva y urbana. Escapaba al estricto control tutorial que sólo podía ejercerse sobre un número reducido de participantes e introducía en la ciudad la “barbarie” rural plantando “mil o dos mil árboles en una avenida en la que luego pastarán caballos y vacas”.⁵⁰⁴

El feriado instructivo cultivado en La Plata, igualmente pudo perdurar a través de las instituciones que pasaban a integrarse a la “universidad nueva”, alimentando una idea de extensión de la cultura científica en la que seguían resonando aquellas inquietudes dirigidas a reemplazar el tiempo de la religión y a la vez evitar que el obrero caiga en “la taberna”.⁵⁰⁵ En ese punto La Plata podía concitar el interés del socialismo, en su afán de producir el “esclarecimiento” del obrero a través de las actividades culturales -incluidas conferencias sobre alcoholismo- desarrolladas durante los días feriados. Desde allí podía tramarse un vínculo sólido con los fines de democratizadores de la cultura perseguidos por la socialista Sociedad Luz de Buenos Aires -que integraban Del Valle Iberlucea y Moreau-, tras adoptar los principios del *Ruskin College* surgido de la misma Universidad de Oxford en conexión con el *Central Labour College*. Estos vínculos a su vez remitían a la misma esencia de la “política científica” con la que Juan B. Justo estructuró al Socialismo argentino uniendo a Spencer con Marx, donde la difusión de la ciencia era el fundamento de una tarea formativa del ciudadano que debía anteceder a cualquier demanda reivindicativa. A través de esa línea de pensamiento el evolucionismo podía deslizarse hacia los más vastos alcances que le daba la noción del transformismo y ser utilizado para que los socialistas invoquen la función de la ciencia en la idea de cambio social.⁵⁰⁶

La *Revista Socialista Internacional* destacó en 1908 el valor de conferencias públicas dictadas sobre diversos temas y que estuvieron a cargo de “Luis María Torres, que disertó sobre Geografía de la República; Dr. Delfino, sobre Higiene; Víctor Mercante sobre ‘la mujer moderna’; Dr. Rodolfo Senet, sobre ‘concepto moderno del Derecho’; Dr. Rodolfo Rivarola, sobre ‘la moral en las profesiones’; y Ricardo Rojas, sobre ‘la renovación intelectual de España’”.⁵⁰⁷ El carácter netamente científico de la universidad gonzaliana alimentaba una invocación desde ese cuerpo de pensamiento, y más aún de integración al programa de actividades de la Sociedad Luz o del también socialista Ateneo Popular, a través de la frecuente visita a sus principales institutos. El viaje podía ser como el narrado por Adolfo Macchi, uno de los 100 obreros que integraban el contingente que a fines de 1911 salió de la estación Constitución de Buenos Aires. Ya en el tren exclamaban: “¡Vamos a La Plata!”. Si alguien

un sistema de Parques en los bordes urbanos de la ciudad. Véase Adrián Gorelik; “Por un sistema de parques: centro y frontera”, *op. cit.*, pp.149-174.

504. Víctor Mercante; *Charlas pedagógicas (1890-1920)*, Gleizer, Buenos Aires, 1920, p.92.

505. El riesgo de que el obrero cayera en el alcoholismo no sólo desvelaba a liberales como González. También aunó las preocupaciones de reformadores sociales católicos y socialistas. Véase Dora Barrancos; *La escena iluminada*, *op. cit.*, pp.201-207.

506. *Ibidem*. Véase especialmente “Bajo la advocación del transformismo”, pp.61-97.

507. *Cfr.* Daniel De Lucía; “La tradición laica...”, *op. cit.*, p.19.

interpelaba '¿a qué?', se le contestaba: 'A ver el Museo, el Observatorio, la Universidad'''.⁵⁰⁸ Al llegar a La Plata, el contingente visitó el Colegio Nacional, donde los recibió Nelson, y luego, conducidos por Del Valle Iberlucea, recorrió los Internados y los gabinetes de Geografía, Física y Química. Las siguientes escalas científicas comprendieron el Museo, que ofrecía a los ojos de los obreros socialistas la ruta de su más venerada figura, Florentino Ameghino. Luego siguió el Observatorio astronómico, la Escuela de Química y Farmacia y la Facultad de Ciencias Sociales, hasta culminar en el salón de clases de Extensión Universitaria. Macchi enfatizaba el orgullo de participar de una experiencia que ponía de manifiesto que los obreros podían adquirir conocimientos científicos y que el domingo era el momento para que muchos se desengañen y comprendan que “nosotros, aunque obreros, amamos el Arte y la Ciencia, venerándola como se debe”.⁵⁰⁹

Pero si los objetivos iluministas de la Sociedad Luz podían involucrar entre sus conferencistas a liberales como Mercante, la Extensión como punto de articulación de la ciencia con el socialismo, también encontró cierto espacio al interior mismo de la universidad platense. La presencia de Enrique Del Valle Iberlucea, quien era Director de la *Revista Socialista Internacional* y al mismo tiempo Secretario General de la Universidad platense, favoreció el establecimiento de puentes que reforzaron los que de por sí el anticlericalismo del Librepensamiento podía tender entre socialismo y liberalismo. Precisamente la apertura de la Universidad gonzaliana figuras tan revulsivas al orden establecido como podía serlo la joven Alicia Moreau, estuvo mediatizada por la común adscripción al Librepensamiento, movimiento que organizó en 1906 un Congreso Internacional cuyo cierre estuvo a cargo del Comité local presidido por Jorge Susini y se celebró en el Teatro Argentino de La Plata con palabras del vicepresidente de la Universidad, Agustín Álvarez, y de los socialistas Del Valle Iberlucea y Alicia Moreau. Feminista y educadora que abogaba por introducir la “coeducación de los sexos”, Moreau en 1907 también formuló la más temprana crítica que se conociera en nuestro país al credo degeneracionista y eugenista cultivado por las elites dirigentes. Y lo hizo precisamente en el primer cursos de Extensión de la universidad gonzaliana, para poner en crisis el fundamento teórico sostenido por buena parte de las figuras activas en ese mismo espacio académico.⁵¹⁰

Otro motivo para cultivar la Extensión Universitaria estaba vinculado al deseo del entorno gonzaliano de dar un cauce oficial a experiencias pedagógicas alternativas de acercamiento a sectores obreros protagonizadas por grupos socialistas y anarquistas en La Plata. En 1902 había sido creada la Escuela del Pueblo por Camila Burgos y Carlos Mayer en calle 49 entre 3 y 4, desde 1909 funcionaba la “Escuela Moderna” en calle 54 entre 10 y 11,⁵¹¹ y en 1913 el Ateneo Popular inauguró su filial en La Plata en calle 43 entre 4 y 5. Y esa inquietud de grupos libertarios que podían identificarse con la

508. Adolfo Macchi *cfr.* Dora Barrancos, *op. cit.*, p.215.

509. *Ibidem*, pp.215-217.

510. Alicia Moreau; “La pretendida regeneración de las razas”, en AAVV, *Extensión Universitaria. Conferencias de 1907 y 1908*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1909, pp.207-229.

511. Dora Barrancos; *Anarquismo, Educación...*, p.131.

enseñanza “racionalista” de Robin y Ferrer, interesados en acercar la cultura al mundo del trabajo, tuvo también importantes manifestaciones en el interior mismo de los enclaves que rodeaban al casco urbano de La Plata. En Tolosa, donde sus grandes Talleres ferroviarios habían sido en 1896 epicentro de una huelga sin precedentes en el país,⁵¹² tras la cual sobrevino su posterior desmantelamiento y un desplazamiento de obreros que terminaron concentrándose en el puerto, repartidos entre Ensenada y Berisso. Especialmente en ésta última localidad, donde sus primitivos Saladeros, instalados en 1871 tras ser expulsados de Buenos Aires a raíz de la epidemia de fiebre amarilla, dieron lugar a una profunda transformación industrial iniciada en 1905 con la nacionalización del puerto de La Plata. En 1907 nació el frigorífico inglés *The La Plata Cold Storage Limited*, que más tarde quedó en manos de grandes empresas norteamericanas: en 1916 fue convertido en la Compañía *Swift* de La Plata ocupando una superficie de 91.000 m² y muy cerca suyo, en 1915 comenzó a funcionar el frigorífico *Armour* en instalaciones de 125.000 m² de superficie.⁵¹³ En ese verdadero enclave obrero se inauguró en 1915 la Sociedad Cultural de Obreros Rusos, con una Escuela para adultos, que completaba su labor con conferencias de ilustración general y difusión de pensamientos libertarios y otras actividades.⁵¹⁴

Pero además, la idea de Extensión también permitía entablar intensísimos intercambios internacionales que precisamente posibilitaron la llegada a La Plata a los principales protagonistas de la muy singular “Universidad popular” de Oviedo, Rafael Altamira en 1909 y Adolfo Posada en 1910.

A esos intercambios se sumaban aquellos que el Museo y el Observatorio proveían, junto al Instituto de Física montado por el inventor uruguayo Tebaldo Ricaldoni.⁵¹⁵ Y si la muerte de Beuf interrumpió una muy fluía vinculación con la ciencia francesa, las gestiones que Francisco Moreno emprendió convocando de Europa investigadores como Roberto Lehmann Nitsche, prosiguieron tras la incorporación del Museo a la Universidad nacionalizada y se intensificaron al articularse con una clara política de expansión científica. Ella comenzó a ser particularmente visible luego de que en 1909 el Instituto de Física fuera objeto de una reestructuración que lo hizo partícipe del “imperialismo

512. Concitando adhesiones en todo el país, los obreros de los Talleres ferroviarios de Tolosa -cerca de 800- iniciaron el 10 de agosto de 1896 una huelga que Adrián Patroni consideró la “más importante de cuanto se ha producido en Sud América”. A raíz de esos episodios Patroni escribió un texto que buscó contextualizarlos dentro de un amplio análisis de la situación de los obreros en Argentina, en lo que fue en uno de los primeros trabajos de su tipo en el país. Véase Víctor García Costa; *Adrián Patroni y “Los trabajadores en la Argentina”*, 2 Tomos, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990.

513. Para profundizar el conocimiento de la realidad social originada por la actividad de los frigoríficos en Berisso, es indispensable ver la muy rigurosa tesis de Mirta Zaida Lobato; *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Prometeo / Entrepasados, Buenos Aires, 2001.

514. Dora Barrancos; *Anarquismo, Educación...*, p.146.

515. Las invenciones para gantizar el control panorámico y la defensa social que Ricaldoni venía desarrollando desde 1890, prosiguieron tras asumir la dirección del Instituto de Física de la Universidad platense. A su proyecto de Submarino se agregó la creación en 1907 del “Panoramoscopio”, un aparato que reemplazaría ventajosamente al Periscopio de los Submarinos, y por el cual se interesó el gobierno francés que le otorgó una importante distinción. Ricaldoni también impulsó la telegrafía sin hilos y de 1907 data otra creación que desarrolló en el Instituto de Física platense, consistente en una “máquina de volar imitando el vuelo batido de los pájaros”.

cultural” alemán en Argentina,⁵¹⁶ iniciado un lustro antes con el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires creado por Joaquín V. González a partir de la colaboración del *Kulturministerium* prusiano que proveyó del modelo educativo y el cuerpo docente para entablar una abierta competencia con los intereses norteamericanos en nuestro país.⁵¹⁷ Científicos alemanes reemplazaron en 1909 a Ricaldoni en la dirección del Instituto de Física -donde el igualmente permanenció como Profesor-, para convertirlo en un centro de reconocimiento internacional, afianzando investigaciones en ciencias básicas que reforzaron en la Universidad una matriz humboldtiana, con claros rasgos culturales que sobreimprimían a la prevaleciente anglofilia del modelo gonzaliano. El originario Instituto se transformó en Escuela Superior de Ciencias Físicas bajo la égida de la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas, quedando en 1909 a cargo del prestigioso científico alemán, Emile Bose, discípulo de Walter Nerst (Premio Nobel de Química en 1920). Bose inició sus trabajos con su esposa, Margrete Heiberg, también física como él, y poco después, ese naciente campo del conocimiento en Argentina se nutría en La Plata con la incorporación de otras notables figuras como Johann Laub, quien había sido el primer colaborador científico de Albert Einstein, y Konrad Simons, autoridad internacional en estudios de ingeniería eléctrica. Pero si la política de irradiación cultural que emprendió Guillermo II, redundó en la llegada a La Plata de notables físicos alemanes, a la vez que acicateó a las intensas gestiones panamericanistas que Leo Rowe desplegó en la universidad platense, constituyéndose en otra forma de expansionismo científico que dio lugar a la implementación de Becas de la Universidad de Pensylvania para jóvenes platenses. Y si las visitas a ULPI de Samuel Baxter, Root y Theodore Roosevelt, reforzaron esta política que permitió también colocar en la dirección del Observatorio astronómico al norteamericano William Hussey, procedente de la Universidad de Michigan, otro episodio vendría emblematizar la ubicación en la Universidad de La Plata en el eje expansionismo norteamericano. En 1912 llegó a La Plata William Holland, Director del Museo de Pittsburg, en una misión científica que comprendió la instalación en el Museo platense del séptimo calco del *Diplodocus Carnegie*, el dinosaurio de mayor longitud de la cabeza a la cola que con su hallazgo conmocionó el mundo de la paleontología del '900. El nombre del ejemplar obedecía a Andrew Carnegie, el magnate que financió las investigaciones científicas que posibilitaron su hallazgo desde el Museo Carnegie, mientras sostenía igualmente otra institución científica: el Instituto Carnegie en el que el eugenista Charles Davenport -interlocutor

516. Lewis Pyenson; en Norman F. Cantor (ed.); *Cultural Imperialism and Exact Sciences. German Expansion Overseas (1900-1930)*, Peter Lang, New York-Berna-Franckfort, 1985.

517. La avanzada alemana en Argentina comprendió la incursión efectiva en importantes esferas estratégicas. La reorganización de Estado Mayor del ejército de nuestro país fue llevada a cabo por oficiales prusianos en 1909, mientras la Marina argentina pasaba a depender de la tecnología sin cables de Alemania y al mismo tiempo quedaban en manos de firmas alemanas las empresas eléctricas de la Capital Federal. Véase Hebe Vessuri; “La ciencia académica en América Latina en el siglo XX”, en *Redes* N°2, 1994, pp.41-76. En La Plata fue el Museo el primer ámbito receptor de científicos alemanes a través de contactos personales realizados por Francisco Moreno en Europa. Después de creada la Universidad de La Plata la colonia científica alemana se nutrió por impulso del Estado germano, poblando los espacios de formación en Ciencias Naturales y en Ciencias Físico-matemáticas.

directo de Rowe- dirigía la *Eugenics Record Office*. Los vínculos con La Plata se extendían a través de acciones como la subvención a Ernesto Nelson para la realización de *Las bibliotecas de los Estados Unidos*, obra encomendada por la Dotación Carnegie para la paz internacional.

Por su parte, la prematura y paradójica muerte de Bose en 1911, víctima del tifus en medio de un ámbito natural metonímicamente asociado a la salubridad y la higiene como era el bosque, no alteró el desenvolvimiento de la colonia científica alemana en La Plata. A ella se sumaría Johan Hartmann, antiguo Director del Observatorio de Göttingen que desde 1921 pasó a serlo del de La Plata. El esplendor de la Escuela reorganizada por Bose prosiguió, ubicándose en la cima de la existentes en Latinoamérica y a la altura de las mejores de Alemania. Le sucedió a Bose su connacional, Richard Gans, quien llegó acreditando una brillante carrera en Tübingen y Estrasburgo después de trabajar con el Premio Nobel, Ferdinand Braun. Gans afianzó un ciclo brillante de las ciencias exactas en La Plata que se prolongó hasta la década siguiente,⁵¹⁸ funcionando dentro de un Instituto que pronto resultó exiguo y debió incorporar nuevas instalaciones que proveyeron de un muy modesto ámbito de trabajo.

La capacidad de González para gestionar ventajosamente la inserción de su universidad en políticas de expansionismo científico, fue paralela a su propio desplazamiento del campo del poder nacional. Ello explica el llamativo contraste entre la llegada de científicos del más alto nivel internacional para desarrollar investigaciones en el marco físico de una casilla de madera de tres cuerpos organizados en forma de “U” que, en 1911 y para complementar al originario Instituto de Física, se levantó dentro del *campus* -en calle 50 entre 116 y 117- merced a una excepción al cumplimiento de la Ordenanza que por razones de estética urbana impedía la construcción con ese material en el centro de la ciudad.

El momento de mayor prestigio académico de la Universidad, cuando su población llegaba a los 2.000 alumnos, se correspondía con la falta de disponibilidad de recursos como los que poseía al producirse su fundación. La imposibilidad de completar el Internado del Colegio Nacional con los restantes edificios previstos para duplicar sus vacantes, era, por caso, demostrativo de esas limitaciones fácticas que vinieron a reforzar el sentido elitista de la institución gonzaliana. También lo era la imposibilidad de crear los edificios para el Liceo de Señoritas y para la Escuela Graduada Anexa, dependiente de la Sección pedagógica de Mercante, que finalmente debió conformarse en la década de 1920 con ocupar la casilla que había utilizado la Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas. El experimento inicial nunca pudo completarse con un programa de vastas proyecciones, que, en la mente de su impulsor, debía integrar efectivamente a todos los niveles y a ambos géneros, aunque a decir verdad lo que más interesaba era mantener la armonía del modelo

518. En su etapa fundacional extendida entre 1906 y 1909, el Instituto de Física fue dirigido por el científico uruguayo Tebaldo Ricaldoni. Sobre el devenir histórico del Instituto de Física hasta 1930 puede verse Cecilia von Reichenbach, Leandro Andrini, Raquel Coscarelli y Ana Dumrauf, “El Instituto de Física de la Universidad Nacional de La Plata: sujetos y contextos del mito fundacional”, en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.); *op. cit.*, pp.419-431.

funcionando para el nivel secundario de varones y lograr una controlada expansión del mismo hasta comprender también a Internados para alumnos universitarios.

Cuarta Parte: La ciudad universitaria como espejo del orden

Capítulo 1. *Tutorial system* y tutela política de la sociedad: anticiparse a la democracia

Universidad y organicismo socio-darwinista

Los fines tutelares de la educación no terminaban en la experiencia de la universidad platense sino que, precisamente, ésta iluminaba los propósitos mayores de idear dispositivos nacionales donde el medio y la arquitectura prefiguraran una organización racional de alcance territorial, que podía entenderse como un reaseguro ante los riesgos que entrañaba la condición federal de la Constitución argentina.

Como una verdadera utopía que era, el sistema ideal de la ciudad universitaria platense preveía su repetitividad, aunque no del modo que lo hiciera Tomás Moro en *Utopía* (1516) describiendo en una ciudad el principio organizativo y formal que permitía conocer todas las demás ciudades iguales a ella que había inspirado. El fundamento gonzaliano estaba en cambio regido por la spenceriana “ley de la diferenciación” que rechazaba la igualdad en todas sus formas para articular las dos derivaciones aparentemente antagónicas a las que podía dar lugar el darwinismo, el organicismo social y la *struggle for life*. Ambas proposiciones confluían en un programa pensado en la forma totalizadora de un organismo regido por “la desigualdad natural y su ideal, la selección del más capaz”.

La “Universidad nueva” nacida para ofrecer a la Patria “una generación de hombres de honor, saber y probidad acrisolados e indiscutibles, capaces de asumir la representación de su raza y de su nacionalidad”,⁵¹⁹ era el modelo ideal fundado en las funciones del Colegio Nacional que contenían “la fórmula perfecta del sistema que el Estado necesita para formar el círculo superior”.⁵²⁰ De ahí que universidades como la de La Plata, adaptadas a los diversos puntos del país en los que se distribuirían, fueran pensadas para proveer de la élite intelectual y política a la futura democracia, seleccionando las capacidades a través de un “federalismo natural o social” que llevaría a la realidad “lo escrito en las constituciones”.⁵²¹ Cada universidad se convertiría en “la metrópoli intelectual de una región”, aún de aquellas encerradas por “baluartes” naturales en los que González a través de *Mis montañas* (1893) fue también el primero en atribuirle desde la literatura valores positivos. El dominio de cada “metrópoli intelectual” sería “más extenso cuanto mayor fuera la legítima influencia del prestigio científico”.⁵²² Desde la perspectiva racional y positivista que guiaba al impulsor de este plan, no podía dudarse del natural reconocimiento de la supremacía que estas ciudades habrían de ejercer en la zona de influencia, por razones científicas antes que económicas o productivas. El resultado sería la

519. Joaquín V. González; “El Colegio de la Patria: Internado moderno” (1910), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp. 369-379, pp.378-379.

520. Joaquín V. González; “El Internado moderno” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.299-309, p.300.

521. Joaquín V. González, “La Universidad nueva” (1905), en *Obras Completas*, Tomo XIV, pp.165-195, p.180.

522. *Ibidem*

adquisición dentro del sistema republicano y por la permanencia de tales estudios superiores, de una representación política distinta, llamada a ejercer una influencia unificadora por efecto de la ciencia.

Esta situación vendría a revertir un sistema que presidió la historia de las ciudades en Argentina, que comenzaba por la acumulación urbana para difundirse en las campañas que producen, la alimentan y enriquecen. Así lo creía González quien, volviendo sobre aspectos de un viejo esquema sarmientino, recordaba el fundamento que había presidido el origen de las ciudades coloniales como “fuertes militares, para convertirse después, en lenta evolución, en centros de vida económica y política”. A consecuencia de ello, eran las “campañas hijas de las ciudades, y no las ciudades un resultado, una condensación o un foco representativo de una riqueza orgánica”.⁵²³ El sistema de González tendería a subsanar esas deficiencias por medio de una armonía geográfica que sería el verdadero producto de una natural ley de la condensación, para hacer de la universidad un efectivo factor unificador sobre las sociedades y los espacios. La “metrópolis intelectual” desplegaría así su influencia superadora sobre “los efectos disolventes del desarrollo económico y social” de vastas regiones de la provincia de Buenos Aires.

González pensó a La Plata como la “guía intelectual, en su luz conductora, en su foco central de cultura” alcanzado por una centralización de los estudios universitarios, que le daban “la hegemonía intelectual y la dirección política” sobre aquellas ciudades de las que recibía las inteligencias “seleccionadas de todos sus núcleos sociales”.⁵²⁴ Bahía Blanca, Dolores, Chivilcoy, Mercedes y San Nicolás, aquellas ciudades que antes habían competido por convertirse en sede de los poderes públicos provinciales, y que darwinianamente fueron vencidas en esa competencia, ahora aceptaban su subalternidad dentro del sistema, al verse “compelidas por fuerzas superiores a las suyas” que “sólo residen en los altos dominios de la inteligencia, que la universidad mantiene y dirige”.⁵²⁵ Igualmente, y por la singularidad que poseía dentro del contexto sudamericano, la universidad platense con su Internado también estimuló en su creador los deseos de ver pobladas sus aulas con “los alumnos selectos de las escuelas de la populosa campaña bonaerense”, pero también con los de toda la República y de las naciones vecinas. Pero si esta situación podía suscitar descancejables concentraciones de jóvenes, González previó asimismo la solución a través de un cuidado plan orgánico, donde el modelo concebido para La Plata iluminaba la creación de otras universidades del Estado. Con ellas debía conformarse una extensa red de instituciones proveedoras de una nueva elite intelectual educada bajo las virtudes de la ciencia, que serían la “síntesis de la nación misma”. Estos heterónomos fines de las “universidades nuevas”, también tendieron a ser integrados con una idea de autonomía *stricto sensu*, según la cual la obtención de los recursos necesarios para su funcionamiento,

523. *Ibidem*, p.181.

524. *Ibidem*, p.182.

525. *Ibidem*, pp.182-183.

provendrían de la explotación económica que cada establecimiento haría de cien leguas de tierra asignadas por el Estado.⁵²⁶

Las permanentes alusiones a Spencer, se extienden en González a la *Sociological Society* de Londres de donde recoge fuertes sugerencias ligadas a una tradición romántica inglesa que, además de alcanzar a las teorías pedagógicas, había permeado decisivamente a las ciencias del territorio, aflorando en aspectos de la matriz biologista posdarwiniana contenidos en el planeamiento descentralizador del escocés Patrick Geddes, un interlocutor de Spencer y temprano adherente a la tesis galtoniana.⁵²⁷ Las fuentes sociobiológicas en común permiten advertir cómo las “metrópolis intelectuales” impulsadas por González y el impacto regional previsto en su progresión utópica se ajustan bastante a la “eutopía”, neologismo que Geddes construyó uniendo eugenesia y utopía. Geddes aplicó ese concepto a una búsqueda de relacionar ciudad y región, a través de una federación de ciudades que debían impedir el sometimiento de cada una de ellas a la metrópolis industrial. Ya en 1903 Geddes había desarrollado este cuerpo de ideas cuando el magnate Andrew Carnegie (el mismo que en 1911 envió la réplica del *Diplodocus* a La Plata) le encargó el proyecto para un parque de Dunfermline (Escocia) y con él acentuó las interacciones que su teoría sociología y urbanística debía mantener con la educación. Geddes en esa ocasión ideó un Museo al que consideró el edificio más importante por ser el instituto instructivo por excelencia, por reunir una visión sinóptica del conocimiento, y ser capaz de dar cuenta de su idea de ciudad como organismo en evolución que se integra al ambiente y se renueva a condición de que la educación afirme una conciencia cívica en los ciudadanos.⁵²⁸ La “Exhibición Cívica” y el “Museo Cívico”, serán así espacios vitales para el desarrollo orgánico de la ciudad dentro de un cuerpo de ideas atravesado por el papel central atribuido a la educación.⁵²⁹

526. El proyecto fue tratado en 1907 por el Senado de la Nación, donde González fundamentó la propuesta señalando las vicisitudes por las que pasaban las Universidades dependiendo para su funcionamiento de su azarosa inclusión cada año en el Presupuesto Nacional. En contrapartida el Estado poseía 35.000 leguas ociosas, de las cuales una pequeña porción podía ayudar a resolver ese y otros problemas anexos. La medida llegó a impulsarse con una ampliación de la cifra a trescientas leguas, y se establecía un régimen de autonomía condicionada para su explotación: debían atenderse las preferencias hacia la explotación forestal, pastoreo y agricultura, y los Consejos de las Universidades tendrían que informar periódicamente al Congreso por intermedio del Poder Ejecutivo del uso dado a las tierras concedidas. Joaquín V. González; “Por la autonomía universitaria” (1907), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp.171-180.

527. En 1905 Galton presentó su teoría eugénica ante la importante Sociological Society de Londres, en el mismo momento que Geddes hizo lo propio con su pensamiento sociológico aplicado al territorio a través del concepto de lo Cívico. Ambos aportes fueron publicados en *Sociological Papers*, Volume II, Macmillan, London, 1906, pp.1-111. Geddes terminaba preguntándose en su ponencia: “¿No es el tiempo de construir juntos movimientos Cívicos y Eugénicos ahora aquí y donde sea que estén claramente surgiendo, y fijar esa posición en el público de este país en algunos de los tan largos y concretos caminos que en el último tema han sido fuertemente estudiados por Mr. Galton?”. Patrick Geddes; “Civics, as applied sociology” (pp.55-111), en *Sociological Papers*, Volume II, *op. cit.*, p.109. La traducción es nuestra.

528. Alessandra Ponte; “Arte cívica o sociología applicata? P.Geddes e T.H.Mawson: due progetti per Dunferlme”, en *Lotus* N°30, Milano, 1981, pp.91-98.

529. Patrick Geddes; “A suggested plan for a Civic Museum or (Civic Exhibition) and its associated studies”, en *Sociological Papers*, Volume III, Macmillan, London, 1907, pp197-236.

El organicismo de González parece aproximarse aún más a aquel que, vía Spencer, llegaría a Geddes, cuando en plena guerra europea éste oriente su preocupación por la educación hacia la búsqueda de articular *world civilisation* y *genius loci* por la mediación de la universidad. La “eutopía” sería ahora la de una sociedad universal integrada a partir de los valores particulares -que hoy llamaríamos “aldea global”- para que la idea del “Museo Cívico” derive en verdaderas ciudades del saber que ejerzan la autoridad real sin coacción, bajo coordenadas organicistas, afines a las que nutrían la spenceriana “ley de la diferenciación” invocada por González: para los botánicos del mundo entero Borgoña sería su capital, para los arqueólogos lo sería Atenas, para los químicos Cambridge, para los ópticos Jena.

Espacios tutelares y plutocracia agrícola

La “metrópolis intelectual” de González podría ser vista entonces como una “eutopía” que a su vez condensaba los singulares matices aportados por Nelson en la instrumentación de ideas de corte georgista que fueron acompañadas por figuras relevantes del Museo Social Argentino como el ingeniero Nicolás Besio Moreno, vicepresidente de la UNLP entre 1917 y 1918. En la convicción de Nelson, para poder conformar la élite dirigente por medio de la educación, como era el deseo de González, el Estado debía atender plenamente las necesidades de las familias más acomodadas en el contexto de un país que afirmaba su carácter esencialmente agro-exportador. Asimilando clase social a capacidad, Nelson sostenía que con los Internados quedarían resueltos los principales problemas de los sectores más encumbrados en su desplazamiento físico de la ciudad al campo, que habría de producirse cuando la aplicación del impuesto único sobre la renta de la tierra propugnado por Henry George, premiara la transformación de los antiguos latifundios en “centros para el trabajo inteligente”. Dentro de ese proceso, familias ricas de instrucción refinada y habituadas al confort y la cultura urbana, podrían educar a sus hijos más pequeños a través de institutrices y maestras privadas, pero en cambio los adolescentes exigían otro tipo de respuestas. Ellas las proporcionarían Internados que siguieran el modelo platense para situarse en medio de la naturaleza, evitando por su localización el desplazamiento de jóvenes hacia la metrópolis con los peligros y tentaciones que para ellos entrañaba. El campo había dejado de poseer las connotaciones negativas que le había atribuido el pensamiento ilustrado argentino del siglo XIX cuando la gran ciudad operaba como su contracara ejemplar, en una clara reversión de valores provocada por el impacto de la modernización. Ya no era el vacío hostil, que como Sarmiento alertaba, sólo cabía transformar por efecto de las luces de la ciudad, sino un espacio al cual el alambrado daba cuenta del modo en que las élites lo habían hecho suyo. En contrapartida, la gran ciudad receptora de inmigrantes, era ahora vista como un centro de degeneración cosmopolita, que decaía precisamente por contener una población cuya desproporción la colocaba frente a inmanentes conflictos, mientras los nuevos dueños del campo ya disciplinado esperaban su concurso. La ciudad entonces encarnaba la representación opuesta de los beneficios higiénicos y morales que, en sintonía con la prédica escolanovista, comenzaban a atribuirse al campo. Zona de

propiedad de la clase terrateniente que por su intermedio se transformaba ahora en el espacio simbólico de invocación, el campo era el sitio del patriotismo regenerador, el repositorio de una sagrada nacionalidad real.⁵³⁰ Pero si el campo era el espacio de regeneración, la efectividad de sus beneficios sobre la ciudad sólo podía obtenerse a partir de una interacción que no afectara el carácter esencial de aquella entidad, y para eso debían entonces sumergirse dosificadamente y después de una precisa organización tutelar, fragmentos de la ciudad en el mundo rural.

La “plutocracia agrícola” que Nelson veía en ciernes, obligaba a pensar en la selección de capacidades que haría el Estado a través de la educación, yendo al campo detrás del sector social que la compondría con universidades esparcidas por todo el territorio nacional, hasta abarcar incluso puntos a los que aún no habían llegado Colegios secundarios.⁵³¹ La largas prevenciones antiurbanas de Cané y Rodó, articuladas con el agrarismo georgista de Nelson, redundaban en esta adaptación de la “Escuela Nueva”, bien diferenciada de la que por ejemplo Vaz Ferreira le daría en Uruguay con un sistema de parques escolares extraurbanos -materializados por el arquitecto Juan Scasso en la década de 1920- que quedaban integrados a la ciudad a través de un medio de transporte moderno, el tranvía, cuyo viaje era entendido como parte importante de un proceso educativo que comenzaba en los hogares montevideanos, y a través del traslado garantizaba el *continuum* de la cultura urbana en un medio natural.

Una temprana reverberancia de la Universidad gonzaliana que se integraba a la puesta en discurso del mundo rural, puede hallarse en el Plan General de Instrucción Agraria aprobado en 1907, que instituyó el régimen tutorial y el régimen de Internado en todas las Escuelas Agrícolas del país.⁵³² Y si el propio González esgrimió en el Senado el modelo de su universidad para impulsar a partir de él, similares establecimientos elitistas en Córdoba y Rosario, que bajo la ley de la diferenciación -anatematizadora de la igualdad democrática- completaran en otras regiones del país la selección de las capacidades requeridas para conformar racionalmente la cabeza de la nación;⁵³³ también en la Cámara Alta las más precisas instrumentaciones impulsadas por Nelson, encontraron un interlucutor válido en

530. Tales representaciones del campo y la ciudad fueron ubicadas por Salessi en la directa correspondencia que el discurso literario estableció en Argentina a comienzos de 1900 con el degeneracionismo y las teorías criminológicas positivistas. Jorge Salessi; *Médicos, maleantes y maricas*, *op. cit.*

531. Ernesto Nelson; “Un experimento trascendental en la educación argentina”, *op. cit.*, p.213.

532. Los autores del proyecto fueron Ramón Cárcano, Julio Méndez y Ángel Gallardo. En tanto que Exequiel Ramos Mejía era el Ministro de Agricultura cuando se aprobó el Decreto que puso el plan en vigencia. Véase Marisa Miranda; “La ‘Escuela Nueva’ en la educación rural argentina de comienzos del siglo XX”, Ponencia presentada en las Jornadas Interescuelas 2001, *mimeo*.

533. Argumentando la necesidad de crear una Universidad en Rosario, González remarcaba que eran datos suficientes la población de 300.000 habitantes que poseía y la tendencia que iba imponiéndose de crear muchas universidades organizadas “diferencialmente”. Si bien compartirían todas el mismo fin de crear la cabeza de la nación, no debían hacerse todas las universidades bajo “un tipo uniforme, confundidas en el mismo molde” como sucedía con “las antiguas universidades coloniales españolas, pues es sabido que las de México y Córdoba, eran exactamente iguales: el mismo espíritu, la misma tendencia”. Tampoco le conformaba el plan de Napoleón III “que tenía por lujo decir, mirando su reloj, que a la misma hora se explicaba tal lección de geografía o historia, en todas las universidades de Francia”. La instancia superadora la marcaba en cambio el spenceriano aforismo de la ciencia consistente, “en reconocer que la diferenciación es una ley de progreso; la uniformidad es ley de atraso y degeneración”. *Diario de Sesiones del Honorable Senado de la Nación*, Buenos Aires, 1913.

Manuel Láinez. Autor en 1884 del primer proyecto de Colegio Nacional de La Plata, Láinez ahora en 1912 siendo Senador Nacional, promovía un sistema de “Casas Tutoriales” anexas a todos los Colegios Nacionales siguiendo el modelo platense. Se trató de un intento por avanzar más allá de la ley que antes el propio Láinez impulsó y consiguió que se promulgara en 1905, para extender el poder del gobierno central sobre las provincias en materia de educación, haciendo a éstas partícipes de la homogénea irradiación de los valores nacionales en la escuela pública. En los argumentos esgrimidos en 1912, Láinez volvía sobre la insistente mirada de la gran ciudad como entidad generadora de vicios, para presentar con su plan el resguardo que necesitaba la élite de jóvenes a los que la Capital Federal les ofrecía demasiados riesgos como para “que puedan escapar indemnes a todas sus tentaciones”. Las “Casas Tutoriales” de las pequeñas localidades del interior del país, harían que el adolescente proveniente de familias acomodadas, al entrar en un período en el cual “las pasiones empiezan a desenvolverse”, fuera alejado “lo mas posible” de los “falsos halagos” de Buenos Aires. Láinez buscaba así dar respuesta a la tautológica pregunta que por ejemplo Bernárdez había dejado abierta cuando era inminente la fundación de la Universidad Nacional de La Plata: “¿a dónde irá el joven a parar en Buenos Aires? Quién lo vigilará y guiará su encandilada moral en la urbe fascinadora y deslumbrante?”.⁵³⁴ Del mismo modo que el Internado de La Plata y los establecimientos escolanovistas europeos y norteamericanos, la respuesta para Láinez la habría de proporcionar una educación que recaiga en “pequeñas ciudades donde la población entera se convirtiera en controlador”, donde “la pequeña villa es la familia misma del estudiante” y éste se haría “mejor hombre”, formándose “a la distancia del hogar paterno”.⁵³⁵

La misma pregunta que pasó a resonar con mayor insistencia en la medida en que más cercana se hacía la efectiva apertura democrática, orientó simultáneas acciones lanzadas hacia el extremo opuesto de la escala social, animada bajo la certeza de que el Internado como dispositivo tutelar del Estado, podía afirmar en “grupos peligrosos” imprescindibles hábitos de fijación.⁵³⁶ Había que contener la tendencia a desplazarse del campo a la ciudad propendiendo a producir un movimiento inverso de individuos, aunque sólo después de que sobre ellos recayera la influencia instructiva del Estado a través de dispositivos tutelares.

En el Museo Social estas inquietudes ocuparon un lugar preponderante, como puede apreciarse en la casi simultánea difusión que su *Boletín* hizo del Internado de la Universidad de La Plata y de la “Tutela del inmigrante” a través de la descripción del Hotel de Inmigrantes modelo inaugurado en 1912 en Retiro para que el recién llegados reciban en pocos días de alojamiento una instrucción aleccionadora de los beneficios del traslado de la ciudad al campo. El Museo Social

534. Manuel Bernárdez; *op. cit.*, p.147.

535. *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*, Tomo I, Buenos Aires, 1912, pp.73-74.

536. Un antecedente significativo puede hallarse en el Congreso Pedagógico Sudamericano de 1882, donde Santa Olalla propuso difundir la educación común en la campaña a través de Internados para niños de 7 a 12 años, y de escuelas ambulantes que impartirían cursos de 6 meses de duración. Santa Olalla; “Proyecto de resoluciones sobre el tema siguiente: ¿cuál sería el medio más eficaz de difundir la educación común en las campañas?”, en *Primer Congreso Pedagógico*; *op. cit.*, pp.13-14.

contribuyó a difundir el agrarismo que Nelson compartía estrechamente con el director de esa institución, Tomás Amadeo, responsable a su vez de otras articulaciones complementarias entre las ideas tutelares del Internado y el disciplinamiento de las poblaciones rurales. Amadeo desde 1909 impulsó un programa de formación de la mujer en el hogar agrícola, en la convicción de que a través de él podían educarse en Internados modernos, maestras capacitadas en todos aquellos conocimientos que debían transmitir a sus congéneres afincadas en la campiña. En 1912 fue puesto a disposición de este plan el Palacio San José que perteneció al General Urquiza, aunque la iniciativa no prosperó y Amadeo encontró otro destino en el “Hogar Agrícola” que abrió sus puertas en Tandil, en un edificio levantado sobre 100 hectáreas de tierra donadas por la viuda del terrateniente bonaerense, Ramón Santamarina. Amadeo confiaba en el papel multiplicador que tenía formar maestras de la acción femenina dentro del hogar, algo que seguiría sosteniendo en las décadas siguientes para ensamblarlas luego con proposiciones de Gina Lombroso (hija de Cesare) en *El alma de la mujer* (1925). El programa en sí comprendía “instrucción general, economía doméstica, elementos prácticos de agricultura e industria casera, conceptos morales y de economía social”, para “divulgar entre las mujeres del campo en una forma instructiva y sobre todo educativa un puñado de cosas útiles, en el orden material y moral, tendiente siempre a robustecer el sentimiento del hogar, la sencillez, la dignidad y el amor por la vida y los trabajos del campo”.⁵³⁷ Las actividades combinaron esta inquietud que era moralizadora y práctica a la vez, estableciendo condiciones para asegurar la fijación de una familia “decente” en el campo, que pasaban por una acción del Estado empeñada en establecer una rigurosa instrucción, antes que garantizar facilidades para el efectivo acceso a la tierra.⁵³⁸

Otro dispositivo concebido desde las mismas coordenadas agraristas nació de la Ley de Tutela de niños abandonados, que en 1910 proponía su erradicación de la ciudad y concentración en la Isla Martín García, perfeccionando así un procedimiento habitual de jueces que consideraban al campo como el sitio más saludable para la regeneración, y enviaban los menores errantes de las calles de Buenos Aires a Territorios Nacionales.⁵³⁹ El paso de la reclusión en una isla al Internado en el campo quedó matizado cuando esa misma franja social fue objeto de las acciones del Instituto Tutelar de Menores y del Patronato de Menores. Entre los principales impulsores de la creación de este

537. Tomás Amadeo; “La mujer en el Hogar Agrícola” (pp.3-12), en *Boletín del Museo Social Argentino*, Año XXVIII N°211-212, Buenos Aires, 1940, p.8.

538. Entre las actividades implementadas: “se estableció una huerta y un jardín, apiario, porqueriza y demás industrias de la granja, incluso un tambo y una pequeña instalación de productos de lechería; las señoritas de la Escuela de Tandil eran sus propias amas de casa, sus propios sirvientes, cocineras, lavanderas, planchadoras, costureras, reservándose horas del día para el trato social y el empleo útil e inteligente de los momentos de ocio, cosa que también es indispensable enseñar para la vida de campo. El programa de la Escuela comprendía nociones de primeros auxilios para seres humanos y también para animales, elementos de puericultura y demás nociones útiles. El ambiente de la escuela estaba saturado del más alto espíritu social y cívico y era confortante comprobar el entusiasmo que todas las alumnas ponían en el cumplimiento de sus deberes y la fe casi religiosa que tenían en el éxito del apostolado a que su profesión las había de destinar”. *Ibidem*, pp.8-9.

539. Los menores quedaban a cargo de estancieros que les asignaban trabajos que por su rudeza provocaba frecuentes huidas en barcos o en tren. Donna Guy; “Mujer, familia y niñez: las imágenes de lo oculto” (pp.83-95), en Margarita Gutman y Thomas Reese (comp.); *Buenos Aires 1910...*, *op. cit.*, p.88.

organismo se encuentra el propio Ernesto Nelson, verdadero puente entre la utopía gonzaliana y el problema de la minoridad plasmado en respuestas como el conjunto edilicio impulsado en 1911 en Abasto, en el mismo sector del sudoeste de la zona de quintas de La Plata en el que se hallaba el Hospital de Melchor Romero. El complejo que en 1920 comenzó a construirse, atendió al propósito de separar de la ciudad a aquellos “niños abandonados o incorregibles” para sumergirlos en el campo dentro de una adaptación de la *home education* ulpiana con muy explícitas referencias inglesas en el pintoresquismo de las 15 “villas-hogares”, cada una de ellas para 30 pupilos, que quedaron diseminadas entre huertas educativas.⁵⁴⁰ El modelo no difería demasiado de otra figura anglosajona situada en sus inmediaciones, como era la Colonia *Open-Door* para alienados mentales, que Alejandro Korn implementó en el Hospital de Melchor Romero desde que en 1896 pasó a ocupar la dirección de ese establecimiento. Y si Domingo Cabred hizo del experimento de Korn un sistema de vastos alcances, con la *home education* adaptada a niños “abandonados o incorregibles”, el gobierno provincial también imaginó un modelo ejemplar de institución que debía implantarse en cada región para extender los alcances tutelares de la acción del Patronato de Menores.⁵⁴¹

Ya en la intervención sobre grupos claramente identificados de la sociedad iban buscándose respuestas a la situación suscitada en torno a la sanción de la Ley Sáenz Peña, que ensanchaba interminablemente la franja depositaria de la acción disciplinadora del Estado a través del Internado. El Congreso Nacional del Niño fue una caja de resonancia de estos problemas que confluían en un propósito compartido de tutelar la “niñez peligrosa”, pudiendo hallarse la propuesta de crear Internados para “reunir a todas las niñas huérfanas de nuestro país” desde los 4 a los 21 años. Serían verdaderas “colonias protectoras” para absorber a todas las niñas errantes de las grandes ciudades, y generar con ellas una suerte de complemento genérico y social de las “Casas Tutoriales” impulsadas por Láinez y las “metrópolis intelectuales” de González. Cada provincia tendría sus dispositivos formadores de élites, pero también aquellos que erradicaban el mal ciudadano residente en la prostitución, instruyendo a las jóvenes pasibles de “desviarse” para transformarlas en personal adecuado para el “servicio doméstico”.⁵⁴²

540. Una figura estrechamente ligada a Nelson quedará a cargo en 1920 del Instituto Tutelar de Menores. Era Víctor Delfino, quien después de pasar por el Observatorio platense orientó sus inquietudes hacia la medicina social. En 1912 fue el representante argentino al Primer Congreso de Eugenesia y desde entonces y hasta 1930 se convirtió en el principal publicista de la ciencia de Galton en este país.

541. Paralelamente Nelson, llevó el modelo de ULPI a la atención del problema de la minoridad a través de la Asociación “La Casa del Niño” que tuvo un Hogar en Banfield, con características ya conocidas en La Plata: era un Internado de niños, en una gran villa rodeada de verde, con una plaza de Educación Física, y en su interior dormitorios y espacios de reunión con una sala en torno a un piano, un gran comedor y la biblioteca. Los asilados eran ciudadanos de una república en la que el autocontrol evitaba que existan medidas de policía para garantizar el ambiente moral. Se les inculcaba del hábito del ahorro a través de libretas personales, y se instituían tareas manuales, y las “labores nobles” de su propia autosubsistencia dentro de esa república: el cuidado de los jardines, de la granja, del gallinero y de la huerta.

542. Beatriz Cacace Hunter; “Niños huérfanos en el servicio doméstico”, *Primer Congreso Nacional del Niño. Trabajos Presentados*, Escoffier, Caracciolo y Cía., Buenos Aires, 1913, pp.8-10.

Pero la anglofilia que irradiaba la universidad platense, no se tradujo sólo en una romántica veneración del campo, sino que también instó a pensar en inversas acciones de concentración metropolitana, a sabiendas de que ella podía producirse tras haberse consolidado sobre precisos fragmentos de la sociedad la influencia de los propios refugios tutelares extraurbanos. Con la explícita alusión al ejemplo que ofrecía la formación norteamericana de Nelson, y valiéndose de los vínculos afirmados que La Plata mantenía con Leo Rowe, la Legislatura provincial en 1911 otorgó becas para que jóvenes completen sus estudios en los Estados Unidos. Ese fue el destino seguido por Alejandro Jascavevich, uno de los primeros egresados de ULPI, que desde 1916 pasó a trabajar en New York junto al gran filósofo de la educación John Dewey,⁵⁴³ repitiendo la trayectoria norteamericana del propio Nelson.⁵⁴⁴

Entre los fines perseguidos por las autoridades provinciales con las becas implementadas en 1911, estaban los de formar jóvenes platenses en tres ramas: instrucción normal, comercio y arquitectura. Alimentaba esta última opción la audacia y grandiosidad de los edificios neoyorquinos y los anhelos de reproducir en La Plata una arquitectura similar, siendo para eso indispensable ver “cómo se construyen los grandes edificios, cómo se salvan las dificultades que para nosotros parecen insalvables”. Y en lugar de conformarse con la Avenida de Mayo de Buenos Aires compuesta de edificios que “no se elevan sino a 30 metros sobre el nivel de suelo” mirar a los que en New York y en San Francisco “se elevan a 170 y 180 metros”.⁵⁴⁵ El desmedido optimismo desatado por la inauguración de ese “experimento trascendental” que era ULPI, permitía avisorar un futuro que minimizaba las previsiones para La Plata en el próximo cuarto de siglo, contenidas en la utopía titulada “1932” que Benito Lynch escribió en 1907, inspirándose en la que tres años antes había publicado el español Enrique Vera y González como anticipo de la Buenos Aires del 2010.

“Frenos” a la política de la democracia

Todas éstas articulaciones establecidas en Argentina desde fines del siglo XIX entre cultura científica y poder, con las particulares lecturas formuladas sobre los beneficios que reportaba el entorno físico para la clasificación y la tutela de grupos homogéneos, dejaban en claro el peso que tenían distintas estrategias formuladas para contener el avance de lo social sobre lo político. Aún entrado el siglo XX perduraba el esquema trazado por Cané, según el cual la Argentina debía ser “una república aristocrática donde los que mandan tutelen a la sociedad hasta la emergencia de la república real, cuya

543. Durante su estadía en Columbia, Alejandro Jascavevich describió distintos aspectos de la vida universitaria norteamericana. Véase “Columbia University. La Universidad y la ciudad”, en *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, Año V, Tomo 5, Buenos Aires, 1916, pp.31-49.

544. Tras colaborar con John Dewey en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Columbia, Nelson fue calificado por éste como “un distinguido educacionista y publicista argentino” cuya labor era seguida en ámbitos norteamericanos “con interés y admiración”. Cfr. Hugo Biagini; *Filosofía americana e identidad*, EUDEBA, Buenos Aires, 1989, pp.236-237.

545. Discurso del Senador Atencio; en *Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1911, pp.697-698.

llegada estaría indicada por el preciso momento en que las masas hubiesen internalizado aquellos principios”.⁵⁴⁶ Ese era el horizonte de ideas compartido con González, Nelson, Láinez y liberales del Museo Social que trasladaban su obsesión tutelar a las amplias expectativas depositadas en emprendimientos modélicos para la formación de las futuras elites dirigentes y para la regeneración de entidades peligrosas. La universidad gonzaliana participó así de los esfuerzos desplegados por el liberalismo argentino para controlar desde la educación el proceso de democratización del país, conformando un “cuerpo social” ordenado que tuviera su cabeza meritocráticamente legitimada, para poder reunir las dos exigencias fundamentales y contradictorias entre sí, de las que -como dice Bobbio- nacieron los Estados liberales contemporáneos: limitar el poder y distribuirlo.

La salida democrática diseñada en 1912 con la sanción de la Ley de sufragio universal, secreto y obligatorio -comúnmente llamada Ley Sáenz Peña-, tuvo entonces complementarios espacios tutelares entre los cuales la “ciudad universitaria” apareció como referencia explícita de la forma del orden que debía acompañar ese proceso. No sólo porque de esa ciudad emanaban mecanismos de control social sistematizados en la “ciencia de la identificación” de Vucetich que servía como fáctica precondition para encarar el inminente proceso democratizador tras adoptarse como sistema oficial de la nación,⁵⁴⁷ aplicable a leyes de admisión de funcionarios públicos y creación de registros de inmigrantes, de mendigos, de vagabundos, de vecindad y de prostitutas.⁵⁴⁸ Sino también porque además, la Ley Sáenz Peña fue acompañada de la propuesta de trasladar la Capital de la nación a La Plata para matricular también en el espacio físico el miedo a la democracia. Por esta propuesta, la Capital Federal se extendería hasta comprender primero Avellaneda, luego el territorio que Rivadavia le había dado a su jurisdicción en 1826, para finalmente abarcar un anillo de 60 kilómetros de radio desde el centro de Buenos Aires cuyo límite jurisdiccional quedaría configurado con el trazado de un canal navegable. Dentro del nuevo territorio fue imaginada La Plata como la sede de gobierno nacional, conjugando para ello regularidad formal, palacios acordes a las nuevas necesidades representacionales y funcionales, y un clima de tranquilidad general ajeno a los peligrosos disturbios de las grandes concentraciones urbanas, que había permitido asimilar rápidamente el rol de ciudad universitaria para la formación de futuras élites dirigentes.⁵⁴⁹

546. Oscar Terán; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, pp.60-61.

547. La directa relación de la Dactiloscopia con la Ley Sáenz Peña fue remarcada en textos periodísticos. “Nadie hubiese creído hace 5 años, por no decir menos, en la importancia del desarrollo que en las diferentes fases de su aplicación tienen hoy las impresiones digitales y principalmente en los actos electorales”. *El Día*, La Plata, 8 de abril de 1912.

548 Los textos periodísticos también destacan la inusitada expansión del campo de aplicación del método Vucetich. “El sistema dactiloscópico argentino fue muy combatido (...) porque se decía que era sólo aplicable a los delincuentes. Cuán equivocados estaban los que esto afirmaban; nunca hubieran soñado que hoy tendríamos una ley de enrolamiento (como tendrá que venir el registro de vecindad) que obliga a todos, desde el más encumbrado al más humilde, a pintarse los dedos”. *El Día*, La Plata, 7 de abril de 1912.

549. Después de una visita a La Plata, el Presidente Sáenz Peña se vio muy seducido por las comodidades que ésta ciudad ofrecía para situar la sede de gobierno en un punto cercano a Buenos Aires pero alejado de las presiones de la masividad. El Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, José Inocencio Arias (1910-1912)

En esa coyuntura, La Plata recibió al tradicional Regimiento 7º de Infantería que llevaba una vasta actuación imponiendo el orden sobre focos internos de insurrección.⁵⁵⁰ Para su radicación fue decidida una estratégica localización dentro del casco sobre su eje principal a la altura de la Avenida 19, en el punto en el que las tierras bajas del sudoeste determinaban el fin de la ocupación urbana. Allí estaba el vacío que el plan fundacional había previsto destinar a una plaza y que en 1912 se ocupó con el destacamento que vino a acentuar los propósitos panópticos de una ciudad cuyo eje cívico quedó así custodiado en su inicio por el Palacio de la Policía y en el final por el Cuartel militar.⁵⁵¹

Desde la sanción de la Ley Sáenz Peña hasta producirse la efectiva salida democrática con las elecciones presidenciales de 1916, forma urbana y educación siguieron sugiriendo modos de sostener una idea de orden frente a los riesgos que se avecinaban. Incluso la imagen de severa serenidad que connotaba al Templo griego en medio de un parque, podía signar una reapropiación que las elites volcaban al Museo Social al concebir su sede en 1916, en sintonía con el *locus* idílico de Museo de La Plata. Por su parte, en el plano estrictamente educacional, los cambios socio-políticos también indujeron a Mercante a preparar ese mismo año una reforma educativa que impulsó el Ministro Carlos Saavedra Lamas, valiéndose del ejemplo de la universidad gonzaliana para instaurar en la órbita nacional la “Escuela intermedia”, una reinterpretación de la “educación progresiva” dirigida a articular distintos niveles de enseñanza. La iniciativa destilaba inocultables afanes de custodiar el orden social vigente, que podían apreciarse en los fundamentos dados por Mercante a una ley que redujo el primario a cuatro grados, estableciendo un ciclo “intermedio” de tres años de estudio: el motivo de la nueva organización escolar era facilitar la clasificación de los niños para agruparlos de manera más homogénea, a efectos de distinguir capacidades y brindar de acuerdo a ellas distintos tipos de educación.

Pero el proceso democratizador excedería las contenciones y los límites buscados en la influencia regeneradora del campo, en el orden de una forma urbana aún no afectada por el “virus” de la masividad y custodiada por el poder policial y militar, o en la disciplina pedagógica. La Ley de sufragio universal, secreto y obligatorio, más que venir -como sus impulsores creían- a distribuir el poder que se hallaba por debajo de la cabeza de un sistema que preparaba su recambio a través de la educación tutorial, terminó trastocando todo el cuerpo político y social. La precisa disección

acompañó el proyecto proponiendo, complementariamente, designar a Bahía Blanca como capital provincial. También Mar del Plata apareció entonces como otra posible capital provincial. Con la muerte de Arias en setiembre de 1912 se interrumpieron abruptamente las discusiones por este tema.

550. El Regimiento 7º de Infantería había sido creado en 1812 y formó parte del ejército libertador a las órdenes del General San Martín. Sin embargo sus funciones se reorientaron luego hacia la preponderante actuación en conflictos internos. En 1867, durante la Guerra del Paraguay, sofocó a las órdenes del General Julio A. Roca distintos alzamientos protagonizados por caudillos del interior del país. En 1876, comenzó su actuación en la ocupación militar del “desierto” bajo el mando de Adolfo Alsina, y cuatro años más tarde participó de los últimos enfrentamientos contra la población indígena dirigidos por Roca.

551. Recién en la década de 1990 pudo ser implementado el designio fundacional con la erradicación del Regimiento y la habilitación de la Plaza que entonces recibió el nombre de “Islas Malvinas”.

imaginada por González en el diseño de una ciudadanía que frente al componente externo debía recibir la modernidad francesa y anglosajona, y sucedáneamente contraponer a la sobreabundante presencia de italianos y españoles no naturalizados una fuerte identidad nacional, aunque evitando con ella reinstalar demasiadas tradiciones coloniales y excesivos fervores americanistas, no pudo sostenerse por mucho tiempo. Igualmente esas ideas, inscriptas en la “máscara liberal” que Rama vio en la modernización de la que fueron objeto las ciudades latinoamericanas entre fines del siglo XIX y comienzos del XX,⁵⁵² para desplegarse sobre las restricciones a la ciudadanía ideadas a través del experimento controlado que tenía lugar en esa “ciudad letrada” que era La Plata, siguieron sirviendo de referencia a un preciso sector social. Como queda en claro, La Plata no reemplazó a la Capital Federal pero sí concitó nuevos anhelos regresivos de conservadores que creyeron reencontrar en ella a la palmaria manifestación de los logros materiales y culturales alcanzados por una organización nacional cuya continuidad parecía hallarse en serio riesgo. En su estricto orden geométrico e institucional del que derivaban también formas de exclusión acordes a las grandes restricciones que las elites colocaban a través del fraude, fueron identificados los valores de la tradición liberal que debían custodiarse de la gran amenaza que representaba la democracia. Eso es lo que en 1916, ante la irrupción del yrigoyenismo y con él de la “mediocridad democrática” que amenazaba con aplastar la preeminencia de las capacidades conferida por la educación expone Juan Alsina -máximo responsable del área de inmigración durante años- en su carta de salutación a Dardo Rocha. La felicitación por un nuevo aniversario de la ciudad “creada como prueba de la potencia del alma argentina; para regularización de nuestra política; consagración de la normalidad de la vida nacional y principio de una era de perfección institucional”,⁵⁵³ rápidamente deja paso a la dramática exposición de la incertidumbre por el futuro que ambos compartían: “nuestros contemporáneos y sucesores, parecen no querer aceptar la transmisión que aceptamos nosotros, y pretenden hacer del mismo pueblo inexperto e ineducado, los directores de la vida nacional, improvisando doctrinas y procedimientos. (...) La ignorancia de los individuos de la masa votante, que produjo los nuevos hombres que ocupan el Gobierno, estos sucesores nuestros, nos pueden causar un retroceso”. Alsina cerraba su epístola insistiendo en ejemplarizar con el origen de La Plata y el control ejercido sobre más de dos millones y medio de inmigrantes, un proceso cuya evolución parecía entrar en un sentido inverso, motivando su lacónica pregunta final: “¿Retrocederán nuestras obras?”.⁵⁵⁴

El temor de los últimos sobrevivientes de la Generación del '80, se sumaba al de continuadores de la tradición liberal como Octavio Amadeo quien, en el Museo Social, colocó a Yrigoyen “en la mesa de autopsias” para examinar en ese organismo “antecedentes hereditarios, su fisiología y sus morbos”, deduciendo que se trataba de una muy peligrosa “monstruosidad política”.

552. Ángel Rama; *op. cit.*, p.76.

553. Carta de Juan A. Alsina a Dardo Rocha, 19 de noviembre de 1916. Museo y Archivo Dardo Rocha, Documento N°5283.

554. *Ibidem*.

Todos ellos advertían cómo en las grandes concentraciones urbanas se construían nuevas formas de acumulación de poder que legitimaban a un Presidente de extracción popular, mientras los grandes latifundios permanecían sin ser transformarse en sede de aquella “plutocracia agrícola” que esperaban ver conduciendo el país en la salida democrática.

La misma fuerza de la reacción oligárquica de grupos que ni siquiera aceptaban los cambios graduales en materia educacional promovidos por González y Nelson, irá moderando la capacidad de transformación de la nueva democracia, a la que acometía además con la reinstalación de la Iglesia como factor de presión ante la “ciudad universitaria” de La Plata. En 1918 sectores católicos sostenían que “ya estamos cansados de oír citar como autoridad en materia educacional al doctor Joaquín V. González, cuyo mérito principal ha consistido en inventar ese organismo sin funciones que se llama Universidad de La Plata, y rodeándose allí, para que le den bombo, de todos los corifeos liberales del país. Allí fue vicepresidente Agustín Alvarez, el jefe de la masonería, y secretario Del Valle Iberlucea, el Senador socialista. Allí han sido decanos Piñero, Rivarola, Matienzo, Mercante, Besio Moreno, todos liberales; allí han sido profesores Holmberg, Lugones, Ferreira, Senet, Rojas, Nelson, Ingenieros, Herrero Ducloux, Herrera Chiabra y tantos otros enemigos declarados de la Iglesia, científicos los unos, teósofos los otros y normalistas los demás. Esa es una institución peligrosa para la moral y el orden”.⁵⁵⁵

A pesar de todas estas prevenciones, inevitablemente se iría produciendo el arribo de nuevos sectores a la vida política y social argentina, con su directo correlato en los cambios sobreimpresos al funcionamiento de la Universidad platense, obligada a redefinir los objetivos elitistas con los que había nacido tras recibir los cuestionamientos del movimiento reformista.⁵⁵⁶ La consecuente manifestación del surgimiento de una nueva generación en el ámbito universitario, tendría una expresión palpable en La Plata: en 1920 fue clausurado el régimen de Internado creado por Joaquín V. González y en el que se había formado su hijo Julio V. González,⁵⁵⁷ el mismo que participando de un clima de ideas imbuido de la teoría generacional orteguiana buscó salirse de las formas de sociabilidad previstas por la educación de las futuras elites dirigentes. Con Julio V. González y su *Revolución universitaria* (1922), llegaba a un inesperado final el ciclo que su padre contribuyera a abrir con

555. Juan Díaz Salazar; “La escuela y la religión” (pp.141-144), en *Revista de Filosofía* N°4, Buenos Aires, julio de 1918, p.143.

556. Un detallado análisis de los episodios que precedieron a la reforma de los estatutos de la Universidad Nacional de La Plata puede hallarse en Hugo Biagini (comp.); *op. cit.*, especialmente en su capítulo “El movimiento reformista-estudiantil y sus mentores” y en María Caldelari y Patricia Funes; *op. cit.*

557. En ULPI se formaron además, figuras de un derrotero posterior tan disímil como el seguido por Arnaldo Orfila Reynal, Carlos Sánchez Viamonte y los hijos de Alejandro Korn y Joaquín V. González (Guillermo Korn, y Julio V. González), todos ellos reformistas. También participó de la experiencia ulpiana el naturalista Max Birabén, el arquitecto Raúl Álvarez (hijo del vicepresidente de la Universidad, Agustín Álvarez) y Leopoldo Lugones hijo. Éste último fue Jefe policial en la década de 1930 y se comprometió directamente con grupos ultraderechistas que fueron el brazo armado de las ideas de su padre, de quien, asimismo organizó sus *Obras Completas*. Leopoldo Lugones hijo trascendió por los interrogatorios y torturas implementados durante la dictadura de Uriburu, atribuyéndosele la autoría de la “picana”, instrumento aplicado con particular intensidad durante todos los siguientes períodos de interrupción de la vida democrática.

Estudio sobre la revolución (1885), aquel texto que tempranamente anticipaba la necesidad de construir los medios que permitieran evitar la irrupción de prácticas transgresoras del orden liberal en la Argentina.

El “grito de Córdoba” que en 1918 dio origen a la Reforma Universitaria como movimiento de propagación continental, llegaba a La Plata a través de una “Huelga grande” que producía inéditas conmociones en 1920. Dentro de las diversas vertientes que tuvo el levantamiento, signado por la emergencia en la región de la figura del intelectual con una inédita vocación de actuar independientemente del poder, un punto de convergencia se hallaba en la recuperación de aspectos de la tradición colonial como vía de reconstrucción de una unidad latinoamericana perdida tras cortarse los vínculos de dominación de España. A ello se agrega en el plano estrictamente académico, el reclamo por el ingreso irrestricto y la ampliación de la participación estudiantil a través del cogobierno, para dar efectiva concreción a la escolanovista idea de República Universitaria declamada por Joaquín V. González. Más allá de estos principios básicos, el movimiento de trascendencia latinoamericana se vio en La Plata sumido en un clima de confusión al que sólo parecía escapar el marcado carácter antipositivista adoptado. Nelson fue obligado a abandonar la Universidad de La Plata y lo mismo ocurrió con Mercante, para quien la convulsión reformista era la demostración de lo acertado que habían sido sus mediciones creaneanas realizadas según rigurosos patrones de la frenología que arrojaban como resultado la predominancia del “tipo inquieto e impulsivo”. Ya había sido derogada su reforma educativa llevada a cabo en el orden nacional junto a Saavedra Lamas, cuando los episodios de la “Semana Trágica” de enero de 1919, con una brutal represión a obreros en huelga con la que se creyó interrumpir a tiempo el plan de crear un soviét en Argentina, agregaron otro motivo importante para extender sus hipótesis a toda la sociedad a efectos de instalar integralmente el “problema de la depuración”, de la atención a “la acción disolvente del hogar” y “del ambiente urbano”.⁵⁵⁸ Era una actualización del miedo urbano de los higienistas decimonónicos, que también irrumpía a través de otras formas de imponer “frenos” a la democracia, donde incluso aquella fórmula del naturalismo pedagógico consistente en llevar el campo a la ciudad ya resultaba mucho menos conveniente que la alternativa inversa: la naturalización de la vida urbana a través de forestaciones que tenían lugar con la “fiesta del árbol”, debía eliminarse y dar lugar al disciplinamiento del campo para custodiar el orden de la ciudad.⁵⁵⁹ Tantas manifestaciones públicas de Mercante, ahora enrolado con Calatroni en la georgista Liga del Impuesto Único de La Plata, no pasarían desapercibidas para el levantamiento estudiantil que identificó en aquel pedagogo normalista aficionado a la frenología, a la más emblemática referencia del sistema universitario que era puesto en crisis. Los reformistas

558. Víctor Mercante; *Charlas pedagógicas, 1890-1920*; op. cit., p.185.

559. Mercante denostó la “fiesta del árbol en la ciudad” y propuso en cambio disciplinar la “pampa argentina” para “corrección de la desidia indigna de sus criollos, ladrones consuetudinarios”, llevándole allí el árbol que podía a su vez disimular el “solar suburbano sin sombra y cubierto de yuyos que es el andrajo de las ciudades”. *Ibidem*, p.92.

platenses dedicaron a Mercante una pieza teatral que representaron en la plaza principal bajo el elocuente título de “Frenos”.

Sin embargo, los experimentos biometristas vinculados a un estricto positivismo cultor de la “antropología infantil” no terminaron en La Plata con el alejamiento de Mercante. Ellos continuaron dentro del área de higiene escolar que Restagnio siguió dirigiendo con algunas innovaciones. A la confección de fichas sanitarias se agregó la creación del Museo de higiene escolar en los años '20 para exhibir, entre otras cosas, antecedentes sobre la edificación escolar en la argentina, cartografía sanitaria escolar, muestrario de mobiliario escolar, cuadros ilustrativos de la etiología, patología y profilaxis de las enfermedades del alumno, regímenes de vida física, intelectual, moral y social de los niños, y tipos higiénicos y morales de establecimientos de enseñanza y de vivienda del alumno, con planos y maquetas de sus edificios. Las convulsiones reformistas también apartaron al creador de la Escuela de Medicina, Pedro Belou, pero no a Eugenio Galli, enfervorizado defensor de la función eugénica del ejército en la mejora de la raza argentina.

Las operaciones de continuidad o de ruptura, originaban curiosos intentos de legitimación a través de teorías científicas, donde las nociones de evolución y revolución tratarían de ser integradas a la intensidad del cambio propugnado. A través de la lectura social del mutacionismo biológico de De Vries llevada a cabo a través del vitalismo de Ortega y Gasset, reformistas activos en La Plata como Alberto Palcos y Rodolfo Semich, veían demostrado que podía sostenerse una evolución ajustada a “un ritmo mucho más acelerado del que sospechaban” Darwin y Lamarck, sin apartarse del evolucionismo clásico legitimador del liberalismo.⁵⁶⁰ Palcos, un adherente al “materialismo histórico” como Del Valle Iberlucea, ubicó sus apropiaciones de las mutaciones de De Vries dentro de tempranos cuestionamientos a las teorías antropomórficas lombrosianas desde la búsqueda integrar la Biología a la Psicología para indagar el papel de la voluntad por encima de las tendencias congénitas y oponerse a la pervivencia de ideas “regeneracionistas”.⁵⁶¹ Mientras anarquistas buscaban que los “saltos bruscos” tengan un intérprete social que se constituya en el “Spencer de De Vries”,⁵⁶² los reformistas platenses privilegiaron una orientación que tendió hacia una vía media entre evolución y revolución: después de todo, De Vries no era un antagonista de Darwin, “sino discípulo y continuador de los maestros del evolucionismo”.⁵⁶³ Las controversias suscitadas por De Vries iluminan la forma en que los reformistas buscaron ubicar sus propuestas de cambio dentro de una vía que el liberalismo pretendía encauzar a través de la salida democrática, confiando en la progresión gradual de un proceso que incorporaba a la ciudadanía los derechos políticos.

560. Rodolfo Semich; “Nuevas interpretaciones biológicas” (pp.195-204), en *Sagitario* N°8, La Plata, 1927, p.196.

561. Sobre Palcos puede verse a Dora Barrancos; *La escena iluminada...*, *op. cit.*, pp.171-176.

562. Gustavo Vallejo y Marisa Miranda; “Evolución y revolución...”, *op. cit.*, p.413.

563. Alberto Palcos; “Comentario bibliográfico al texto de Jacob Von Uexküll, Ideas para una concepción biológica del mundo” (pp.97-101), *Sagitario* N°1, La Plata, 1925, p.98.

Y precisamente en la ambigua voluntad de reemplazar a las élites y a su vez integrarse armónicamente a la tradición política que aquellas habían cultivado radicarón las mayores dificultades con las que el movimiento se encontró al pretender trascender el espacio del saber. La radicalidad de la tesis de González (hijo) desbordaba esos intentos desde mismo del nuevo movimiento estudiantil, al entender al concepto de reforma como un molde estrecho para cumplir los fines del movimiento. Debía ser una “revolución espiritual” que inunde al país con la “brusquedad de los cambios”,⁵⁶⁴ algo que, situado en un plano infame, motivaría el lamento posterior de Ezequiel Martínez Estrada - Profesor en el Colegio Nacional desde 1921-, que llegó a ubicar entre los principales males que aquejaban a Argentina, a la imposibilidad de dar los necesarios “saltos bruscos” de los que hablaba la teoría de las mutaciones.

En el orden nacional, el encauzamiento de la idea de ciudadanía dentro de los límites que establecía el evolucionismo gradualista había producido dos hechos ejemplarizadores. Por un lado y en el plano social la respuesta a los episodios de la “Semana Trágica”, y otro, en el plano político, el desafuero del Senado del ex Secretario de la Universidad platense, Enrique Del Valle Iberlucea, por haberse manifestado a favor de la III Internacional Socialista en el Congreso partidario celebrado en Bahía Blanca. La conmoción afectó al propio socialismo que, conducido por Juan B. Justo, se desprendió de los “terceristas”, entre quienes se hallaba Alberto Palcos, para afianzar un anclaje con la tradición liberal y un perfil netamente parlamentarista y acuerdista.

En una misma sintonía, la orientación prevaleciente en el movimiento estudiantil surgido en La Plata quedó matizada con el nombre de “Renovación”, utilizado por su principal grupo activo bajo la paternal conducción de Alejandro Korn. El vocablo buscaba dar cuenta del programa genuinamente reformista que se impulsaba, donde “más que arrasar y reconstruir por la revolución”, se pretendía “reformular por el método de la renovación” consagrando la fórmula de la reforma sobre la revolución.⁵⁶⁵ La común adscripción al idealismo filosófico moderaba las disidencias por esas disímiles interpretaciones del destino reformista o reformista revolucionario que convenía dar al movimiento, las cuales igualmente signaron en La Plata los matices diferenciales de dos revistas culturales situadas entre las más importantes de la Argentina de los años `20: *Sagitario* y *Valoraciones*.⁵⁶⁶ Ambos espacios de reflexión intelectual situaron a reformistas platenses en el mismo plano de discusión que los grupos conformados en Buenos Aires por Jorge Luis Borges, Brandán Caraffa y Ricardo Güiraldes en torno a las revistas *Proa*, *Inicial* y *Martín Fierro*.

564. Julio V. González; “La revolución universitaria de Córdoba en 1918”, en *Revista de Filosofía* N°1, Buenos Aires, 1922, *cf.* Gustavo Vallejo y Marisa Miranda; “Evolución y revolución...”, *op. cit.*, p.413.

565. Guillermo Korn; “El teatro del grupo `Renovación” (pp.275-290), en AAVV; *Universidad “nueva”...*, *op. cit.*, p.275.

566. *Valoraciones* surgió a instancias de Héctor Ripa Alberdi y fue financiada por Alejandro Korn. Apareció en 1923 y tuvo en los primeros cinco números a Carlos Amaya como director. En 1925 Carlos Amaya dejó *Valoraciones* y junto a Carlos Sánchez Viamonte y Julio V. González crearon *Sagitario*. En 1928 ambas revistas dejaron de editarse.

Sin embargo y por encima de estos desacuerdos, una cosa quedaba en claro: el programa originariamente concebido desde el gradualismo de grupos liberales interesados en llegar, ordenadamente y por medio de una tutelar educación aristocrática, a ilustrar una plutocracia que en el estadio evolutivo superador esperado vendría a suceder a la larga etapa de dominación oligárquica, no podría superar sin cambios el avance democratizador. La Plata ya no era la figura cultural que, como lo hiciera Alsina, identificaba al inicio de una era de evolución y progreso indefinido que treinta y cuatro años después seres “incultos” ponían en riesgo; sino la que le permitiría a Martínez Estrada ver las reacciones culturales de una naturaleza -geográfica y humana- que se resistía a aceptar el estricto control de sus propios impulsos. La Plata era la imagen de “máscaras liberales” que como escenarios de “Hollywood” se caían para que “el campo entrase otra vez por sus calles”.⁵⁶⁷

Capítulo 2. Cultura general y control social: el reformismo encauzado

La Reforma Universitaria en La Plata

Luego de las largas prevenciones que condicionaron la apertura democrática, su llegada tuvo un fuerte impacto en la ciudad universitaria de La Plata, obligándola a definir nuevas estrategias para adaptarse a esa nueva situación sin renunciar por completo al carácter tutelar con el que había nacido.

Si la Universidad gonzaliana buscó iluminar con el ejemplo de su propia organización la instalación de diversos dispositivos control social para contener el avance democratizador, instando a que el Estado pueda con ellos llevar a cabo la tutela de la sociedad en su conjunto, los resultados de la aplicación de la Ley Sáenz Peña pronto demostraron la escasa eficacia de aquellos objetivos. La consecuente crisis desatada con la irrupción de nuevos sectores a la esfera pública, quedó matizada en el Bosque, otra vez situado en el eje de la cultura urbana platense, a raíz de un problema que ahora quedaba planteado dentro de una dialéctica de difícil superación. Los cambios sociopolíticos parecían preanunciar una pretensión de dar uso masivo a los espacios, a la que las élites de la ciudad responderían estableciendo límites que, a falta de definiciones físicas, serían impuestos desde la impronta educativa de la Universidad. En el centro de esta dialéctica estaba el Internado, núcleo de la institución gonzaliana y principal factor de disputas al producirse la llegada a La Plata de la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba. Como quedaba en claro, aquel programa fundado en el estricto control de los impulsos desplegado para domesticar futuras élites dirigentes ya no podía contener el avance democratizador con las consecuentes demandas de ampliar la base social de los destinatarios. El reducto virtuoso para la formación de un muy selecto grupo de jóvenes, devenía entonces en sitio alcanzado por la expansión de las demandas de instrucción de una amplia clase media urbana, donde aquel escenario ejemplarizador de la domesticación de las pulsiones, era objeto ahora de los intentos por sobreponerse a su disciplinamiento apelando a una identificación con entidades excluidas. De la Reforma, que vehiculizó en La Plata nuevos reclamos por la ampliación de derechos estudiantiles, emergía la oposición dicotómica entre un ideal civilizatorio imperialista y la naturaleza americana

567. Ezequiel Martínez Estrada; *op. cit.*, p.224.

sojuzgada, que podía ser reinterpretada en clave local a través de la recuperación de la libertad del bosque natural para su aprovechamiento por sectores ajenos a los artificios elitistas de ULPI.

Aunque la Reforma Universitaria llegó a La Plata dos años más tarde de estallar en 1918 en Córdoba, la tensión entre los deseos de una nueva generación de trasladar al interior de la universidad el espíritu de la apertura democrática que por primera vez conocía el país y la resistencia a modificar el orden establecido ya estaba planteada en el final de la gestión de Joaquín V. González. En efecto, cuando el fundador de la Universidad Nacional de La Plata dejaba su presidencia el 1º de junio de 1918, tras cuatro mandatos sucesivos, emitió un mensaje en el que aludió a los conflictos que veía en ciernes a consecuencia de los cuales la Universidad se encontraba divorciada de la “masa” estudiantil que era un grupo adventicio que debe limitarse a obedecer y aprender frente a quienes gobiernan enseñando”. La juventud escolar platense media era de una heterogénea extracción social y estaba preparada insuficientemente, además de hallarse contaminada por prejuicios y pasiones callejeras, por venenosos y agresivos sentimientos contra “la natural superioridad” de los docentes que ejercían “sus virtudes domesticantes o catequistas sobre el alma del neófito”.⁵⁶⁸ En ese mismo acto, su sucesor, Rodolfo Rivarola, reforzó el mismo enfoque cívico-pedagógico expresado por su antecesor y calificó al sufragio universal como “una elección a ciegas”, que contenía los mismos riesgos que el joven que llegaba a la universidad con su “alma virgen de experiencia”.⁵⁶⁹ Vale decir que esas afinidades estaban preanunciando la voluntad de prolongar el sistema tutelar de enseñanza por sobre los crecientes reclamos dirigidos a modificarlo radicalmente.

Las ideas de cambio comenzaron a canalizarse a través de un proyecto presentado por José N. Matienzo, Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, que intentaba trasladar los resultados de su anterior gestión como Interventor de la Universidad de Córdoba cuando se modificaran los estatutos. Como consecuencia de ello, en 1919 se aprobaron tres ordenanzas: por la del 15 de marzo, el Consejo Superior permitió la concurrencia a sus sesiones a las de los Consejos de las Facultades de dos estudiantes; por la del 26 de abril fueron derogadas las ordenanzas que establecían la asistencia obligatoria a las clases teóricas y por la del 3 de mayo se instituyó la docencia libre. Sin embargo esas medidas, situadas al límite de lo que Rivarola estuvo dispuesto a conceder, no colmaron al movimiento estudiantil que prosiguió con sus reclamos iniciando una larga huelga que el Presidente de la Universidad pretendió interrumpir clausurando la institución y solicitando la intervención del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública para recomponer el orden alterado por “subversivos y ácratas”. La respuesta de los estudiantes fue la ocupación del Museo, el establecimiento allí de la Federación Universitaria de La Plata y la organización del gobierno de una institución que su Presidente había clausurado. Los reformistas también se encargaron de poner al tanto de lo que ocurría al Presidente, Yrigoyen y finalmente, luego de mediar el gobierno nacional, los

568. Joaquín V. González, *cfr.* Hugo Biagini; “El movimiento estudiantil reformista y sus mentores” (pp.153-210), en Hugo Biagini (comp.); *La Universidad de La Plata..., op. cit.*, p.157.

569. *Ibidem*, p.157.

estudiantes entregaron el edificio a los profesores Korn, Spegazzini y Calvo, aduciendo que habían tomado el más alto centro de la cultura perteneciente a la universidad para afirmar públicamente el derecho a hacerse cargo de un ente ilegalmente cerrado y abandonado por su rector. Alejandro Korn describió los acontecimientos en el diario *El Argentino* expresando que como ya había anticipado “algún estrépito había de ocasionar el crujir de los viejos moldes (...). Algunos vidrios estrellados y una venerable poltrona perniquebrada nos tienen sin cuidado. Están en juego prendas más valiosas”.⁵⁷⁰

La huelga estudiantil se prolongó hasta que en junio de 1920 Rivarola renunció a la presidencia de la Universidad. Además del cuestionamiento a la permanencia de figuras como Mercante, dos focos centrales animaban la protesta estudiantil. El primero claro está, identificado en el elitismo del régimen de Internado del Colegio Nacional, y el segundo en el funcionamiento irregular de la Facultad de Agronomía y Veterinaria, que en 1905 se había integrado a la estructura universitaria a expensas de grandes prerrogativas presupuestarias y el mantenimiento inmovible de la misma cúpula que poseía en su etapa provincial encabezada por Clodomiro Griffin, uno de los primeros egresados de Santa Catalina.⁵⁷¹ Con la salida de Rivarola se inició en la Universidad una instancia deliberativa sobre el funcionamiento de las instituciones cuestionadas y sobre la introducción de reformas a los estatutos para modificar la relación tutelar entre educador y educando. Durante la presidencia provisional de Félix Aguilar, uno de los primeros científicos argentinos formados en la humboldtiana Facultad de Ciencias Físicomatemáticas y astronómicas del bosque, las autoridades nacionales aprobaron los nuevos estatutos el 28 de junio de 1920. En ese acontecimiento tuvo un papel destacado Matienzo, quien después del proyecto realizado en 1918, y ejerciendo ahora el cargo de Procurador General de la Nación, elevó el 15 de abril un informe al Ministro de Instrucción Pública donde sostenía que de todas las universidades de la República era la de La Plata “la que ha vivido hasta ahora un régimen más oligárquico. Se dio en ésta una influencia desmedida al cargo de rector, o de presidente, exagerándose desde el principio la tendencia a centralizar en pocas manos el gobierno de tan importante establecimiento”.⁵⁷²

Otras dos presidencias provisorias condujeron a la Universidad hacia su normalización, que culminó con la asunción de Carlos Melo, en agosto de 1920. Bajo su mandato recrudecieron los reclamos reformistas que, después de la “huelga grande” con su impacto en la salida de Rivarola, prosiguieron con las denuncias de irregularidades en Agronomía y Veterinaria, y fundamentalmente con la exigencia de reorganizar el Colegio Nacional. Un vocero de los planteos estudiantiles dentro del Consejo Superior de la Universidad fue Alejandro Korn, quien fundamentó la propuesta finalmente

570. Alejandro Korn; “La Reforma Universitaria”, en *El Argentino*, La Plata, 23 de diciembre de 1919

571. Estos factores desembocaron en graves hechos de corrupción atribuidos al Decano de la institución, Clodomiro Griffin, quien se había perpetuado desde hacía dos décadas cobrando por una cátedra que nunca llegó a dictar. Los reformistas también le adjudicaban a Griffin el uso indebido de pasajes oficiales, la adulteración de cuentas y facturas y hasta la venta de certificados y calificaciones. Hugo Biagini; “El movimiento estudiantil...”, p.163.

572. *Cfr.* Julio Castiñeiras; Castiñeiras, Julio; *Historia de la Universidad de La Plata* (1938), Tomo 2, UNLP, La Plata, 1985, p.95.

adoptada de eliminar el régimen de Internado por haber sido “uno de los más grandes fracasos de la Universidad, desde el punto de vista económico y pedagógico”, creando “situaciones de privilegio y fomentando el aristocraticismo de crónica social”.⁵⁷³ Korn también impulsó la reestructuración de Agronomía y Veterinaria, que comenzó con la separación en Facultades independientes. Y si para Víctor Mercante, la aprobación de estos cambios eran el lamentable producto de la experiencia reformista que constituía “una involución fatídica de la humanidad que, hastiada por los grandes avances que había protagonizado en los siglos XVIII y XIX, volvía a refugiarse en las sombras medievales”,⁵⁷⁴ para Melo las medidas impulsadas el nuevo Rector del Colegio Nacional, el reformista Saúl Taborda -sobre las que nos detendremos al tratar la Casa del Estudiante-, colmaron el límite de su tolerancia. Los episodios determinaron el fin de la presencia protagónica de Mercante en La Plata y una obstinada persecución de Melo a Taborda le dará al Presidente de la Universidad una victoria pírrica: el Colegio Nacional cambiaba su conducción, pero lo mismo sucedió con la presidencia de la Universidad luego de ser aceptada su renuncia. Con sucesivas gestiones provisionales se completó una etapa signada por conflictos que repercutían con particular intensidad en una institución que no lograba reemplazar la figura de Joaquín V. González, su creador y hasta entonces su único conductor. La nueva figura referencial de la Universidad llegaría tras dos años de intensa agitación en los que la institución estuvo gobernada por ocho presidentes. En diciembre de 1921 y con el apoyo de los estudiantes asumía Benito Nazar Anchorena para convertirse en el primer presidente surgido de los estatutos reformados que completaría su gestión de gobierno.

Las aventuras de Ariel

La agitación estudiantil también se inscribió dentro de la reacción cultural suscitada por la “guerra europea” que sepultó temporariamente los tradicionales paradigmas civilizatorios del mundo occidental. En ese contexto adquirió una inusitada trascendencia *Ariel* (1900), obra del uruguayo José Enrique Rodó, que se constituyó hacia 1920 en el principal esquema explicativo de la realidad internacional que había dado origen a la tragedia, a partir de una distinción racial, cultural y geopolítica, establecida con una altamente idealizada descripción del intelectual y de su misión en las sociedades Latinoamericanas.⁵⁷⁵ Ella quedaba inscripta en la lucha desplegada por las figuras retóricas de Ariel y Calibán, el buen y el mal esclavo de Próspero en *La Tempestad* de Shakespeare: mientras el

573. Cfr. Julio Castiñeiras; *ibidem*, p.114. Recordemos que su hijo, Guillermo Korn, había sido ulpiano y después del '18 se constituyó en uno de los líderes del movimiento estudiantil en La Plata.

574. Cfr. Hugo Biagini; “El movimiento estudiantil...”, *op. cit.*, p.163.

575. Véase Françoise Bourricaud; “The adventures of Ariel”, en *Daedalus. Journal of the American Academy of art and sciences. Intellectuals and Change*, Boston, Summer 1972, pp.109-135. Sobre arielismo e intelectuales platenses puede verse Gustavo Vallejo; “La belleza en la universidad. Arielismo y reforma en la década del '20”, en *Block* N°1, Buenos Aires, 1997, pp.43-53 y en Gustavo Vallejo; “El culto de lo bello”, en Hugo Biagini (comp.), *La Universidad de La Plata y el movimiento estudiantil*, *op. cit.*, pp.113-152. El arielismo en la conformación del pensamiento latinoamericano ha tenido numerosos abordajes entre los que puede destacarse el de Eduardo Devés Valdés; *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Biblos, Buenos Aires, 2000. Asimismo, aunque no sea tratada específicamente, la dialéctica arielista sobrevuela el clásico trabajo de Richard Morse; *El espejo de Próspero*; *op. cit.*

primero representaba “el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad en la cultura”, en fin la belleza y el arte de la raza latina; el segundo era el “símbolo de la sensualidad y la torpeza”, ligado al cultivo de una verdad científica sin bases éticas que provenía del “utilitarismo anglosajón”.⁵⁷⁶ Se trataba de una singular apropiación y resignificación de la obra que Shakespeare creó en el inicio de la expansión colonial del mundo europeo para dar cuenta de la modernidad, donde precisamente Próspero era quien la conducía y sus designios se veían favorecidos o interferidos por Ariel o Caliban. La obra suscitó innumerables reinvocaciones, especialmente de parte de un modernismo literario que a fines del siglo XIX y comienzos del XX irradió su esteticismo a diferentes campos, entre ellos el arquitectónico, en el que Louis Sullivan llegó a utilizarla para proyectar su dicotomía sobre Nueva York y Chicago. Las cualidades de aquella metrópolis contrastaban con ésta última ciudad que veía de una “inhumanidad norteamericana! ¡Esto no es civilización, esto es Calibán!”.⁵⁷⁷

En el resto del continente americano la dialéctica arielista quedó indisolublemente asociada a la afirmación de una creación cultural que no tendría su correlato europeo: Latinoamérica. Mucho tuvo que ver la difusión de aquella rodoniana reinterpretación de los personajes de *La Tempestad*. La obra canalizó un sentimiento antiimperialista instalado en intelectuales de la región a raíz de la invasión militar de Estados Unidos a Cuba en 1898, constituyéndose en una exitosísima operación cultural de articulación de intereses de los países más desprotegidos que, además de gestar una solidaridad empática con la derrotada España, cimentaba lo latinoamericano como una entidad suficientemente sólida para contrarrestar la tesis panamericana, surgida en 1889 y promovida con especial énfasis desde la década de 1910 a través de gestiones culturales como las que cumplía Leo Rowe en la región.

Fue entonces la reaparición de ese “utilitarismo anglosajón” que antes había invadido Cuba, aquello que desde la perspectiva arielista y latinoamericanista explicaba el origen la devastadora guerra europea, y a partir de la amplia aceptación de este cuerpo de ideas, el progreso material y científico que aquella raza representaba fue desplazado por la búsqueda de una nueva sensibilización de los sentidos que podían proporcionar las manifestaciones del arte y la cultura general residentes en la raza latina. Subyacía aquí un esquema que permitía valerse del racismo cultivado por el positivismo socio-darwiniano para construir un sistema de valores fundado en la reversión de las tradicionales clasificaciones y jerarquizaciones que aquella ideología había establecido. Bajo esta mirada, la catástrofe europea sólo dejaba en pie los valores del pasado, ya sea del clasicismo greco-latino o de los aportes de la España colonial, en tanto que su caótico presente manifestaba, como contrapartida, una oportunidad para crear *ex novo* “nuestra” propia cultura.

Uno de los cultores de esta nueva sensibilidad⁵⁷⁸ afirmada a partir de la constante advocación de la figura mítica de Ariel, fue Pedro Henríquez Ureña, ilustre dominicano que acompañó a José

576. José Enrique Rodó; *op. cit.*, p.3.

577. Louis Sullivan; *Charlas con un Arquitecto* (1901), Infinito, Buenos Aires, 1959, p.103.

578. Oscar Terán; “La reforma universitaria en el clima de ideas de ‘la nueva sensibilidad’”, *Espacios* N°24,

Vasconcelos en la creación del sistema educativo del México post revolucionario, y con él del más ambicioso programa de democratización de la cultura llevado a cabo en Latinoamérica. Una carta de Henríquez Ureña enviada en 1923 al reformista platense Rafael Arrieta, expresa con elocuencia tópicos centrales de un clima de época que en su proyección futura alimentará aquello que en adelante se conocerá como el pensamiento latinoamericano.⁵⁷⁹ “La crisis de la civilización moderna, que se inicia en 1914 y se agrava día por día, ha dejado huérfana, espiritualmente a nuestra América. La está obligando a buscar en sí misma sus normas. Hasta ayer, Europa había sido la maestra; a ella le pedíamos la doctrina y la moda, el método y la máquina. Los Estados Unidos se iban convirtiendo en la maestra auxiliar (...). Nuestra pueril sumisión, no sólo nos hacía dudar de nuestra energía propia y cerrar los ojos para las cosas que tenemos de precio y vigor, sino que a veces nos dejaba desconcertados, sin discernimiento, ante Europa: (...) estábamos prontos a olvidarnos de la tragedia ática y de los frescos florentinos en el ambiente trivial del ‘Bulevard’ (...); en nuestros edificios abandonábamos la solidez y el decoro de la arquitectura española (...) por la mala imitación de Versalles, o hasta de Chicago (...). Europa ha fracasado; ante los ojos de la discípula crédula, la maestra ha perdido autoridad porque ha perdido el decoro. De Europa sólo permanecen intactas, para nosotros, las grandes cosas del pasado; el presente es error y mal, vanidad y tiranía (...). Todavía aprenderemos mucho de la labor ‘objetiva’ de los investigadores europeos, de los hombres de ciencia; pero en las normas de la perfección espiritual y de la justicia social, Europa apenas nos ofrece ya otra cosa que confusión y desconcierto (...). Y fracasada Europa, hemos descubierto que los Estados Unidos tienen muy poco de suyo que enseñar (...). Sólo concordamos con los rebeldes de las nuevas generaciones, cuya prédica se encontraba, en síntesis, en el *Ariel* de Rodó”.⁵⁸⁰

Henríquez Ureña podía coincidir con Sullivan en identificar a Chicago como Calibán, aunque su contracara ideal no había que buscarla en Nueva York sino en la ciudad colonial hispanoamericana, aquella que tanto denostara Sarmiento atribuyéndole la más profunda interferencia para la introducción de la civilización moderna. El marco interpretativo de la cultura letrada se había revertido y España dejaba de ser entendida como un estigma en cuya mayor o menor perduración podía verse el grado de atraso de las sociedades latinoamericanas, para convertirse en la sede de valores humanísticos que trascendían a la crisis civilizatoria de la guerra. Ese diagnóstico asociado a un fuerte fervor platónico capaz de recrear imaginarios Jardines de *Akademos* permanentemente, aunaba a Henríquez Ureña y los reformistas platenses, como se puso particularmente de manifiesto en el Congreso de Estudiantes de 1921 celebrado en México. Allí el dominicano al recibir a la delegación

Buenos Aires, 1999, pp.3-7.

579. El pensamiento latinoamericano ha motivado múltiples interpretaciones. El intento más interesante de definir sus alcances, creemos que lo aportan los estudios dirigidos a reconstruir redes que, sobre todo en forma epistolar, pusieron en contacto a intelectuales animados por diferentes búsquedas de integración cultural hispanoamericana. Véase Eduardo Devés Valdés; *op. cit.*

580. Carta de Henríquez Ureña a Rafael Arrieta publicada en *El Hogar*, *cfr.* Pedro Barcia; *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1994, pp.82-84.

argentina compuesta por los platenses Héctor Ripa Alberdi, Rafael Arrieta y Arnaldo Orfila Reynal, dio con jóvenes que para su regocijo se expresaban en español diáfano e invocaban a Platón. Con ellos inició una relación que resultó decisiva para radicarse en 1923 en La Plata, donde pasó a desempeñarse como Profesor del Colegio Nacional.

La llegada de Henríquez Ureña afianzó la particular preponderancia que alcanzó el arielismo dentro de la cultura universitaria platense, iluminando en los '20 una perspectiva signada por la constante apelación a pares dialécticos oposicionales que proseguían a la básica distinción de Ariel como referente del mundo latino y Calibán del anglosajón: era el pensamiento desinteresado frente al utilitarismo materialista, el arte frente a la ciencia, el idealismo frente al imperialismo. Y era también la reinterpretación local de Spengler que permitía rechazar la “decadencia” del viejo mundo desde la vitalidad de las nuevas realidades políticas latinoamericanas, y fundamentalmente la aplicación de la teoría generacional de Ortega y Gasset, diferenciadora de etapas “cumulativas” -en las que los “viejos” dirigen y “los jóvenes se supeditan a ellos”- y “eliminadoras” -donde los “viejos” son “barridos por los jóvenes”.

La imagen que en forma más elocuente representó la aplicación de la teoría generacional, es seguramente la que construyeron los reformistas platenses para identificar la irrupción, ante la mesa de los prohombres que encarnaban los valores de la tradición política y universitaria, de Sagitario, un efebo munido de su carcax y a punto de lanzar un dardo desde su arco, que pasó a ilustrar la portada de la revista a la que precisamente dio su nombre. “Era el hombre de la nueva generación que aparecía en el escenario de América Latina. En actitud resuelta, se allegó a la a la mesa donde producían su interminable debate los prohombres y dijo con fuerte voz: -vosotros ya no tenéis nada que decir. Ya habéis hablado bastante”. “El científico exigió hechos; el filósofo ensayó un `por qué´; el profesor balbuceó una vieja máxima; el poeta reconoció a `El Esperado´; el político aplaudió sin comprender. Pero todos concluyeron por desvanecerse como una ronda de espectros. El efebo despejó la mesa de infolios y pergaminos, saltó sobre ella, y quebrando hacia atrás el cuerpo para vencer la pesantez del arco, hubo de lanzar su primer dardo contra las estrellas”.⁵⁸¹ Este altisonante editorial con el que se presentaba públicamente la revista *Sagitario*, exaltaba la lucha generacional y el “heroísmo” del que se valían jóvenes autoconvencidos de la tarea misional que debían cumplir en el contexto de una crisis civilizatoria de la que, como creían, sólo se saldría con más humanismo que positivismo y con más arte y cultura general que ciencia. Allí quedaba también expresada toda una definición para un tipo de intelectual cuyo carácter se afirma en Latinoamérica en los '20, al calor de la prédica arielista, y prolonga su impronta a través de distintas articulaciones que derivaciones suyas, como el antiimperialismo y cierto populismo regionalista, establecieron desde mediados del siglo XX con las

581. Carlos Amaya, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte; “La flechas del carcax” (pp.5-9), en *Sagitario* N°1, La Plata, 1925, pp.5-6.

variadas formas en las que fueron recepcionadas vertientes marxistas para reavivar en la sociedad la función del “intelectual crítico” frente a la del “intelectual específico”.⁵⁸²

La Plata era un importante escenario cultural de estos “intensos años `20”, donde una verdadera cruzada antipositivista primó para alentar un idealismo que podía admitir el socialismo pero no el materialismo histórico, reuniendo a jóvenes iconoclastas embarcados en una lucha generacional que igualmente dejó en pie su relación con socráticos maestros. Uno de ellos fue Henríquez Ureña, de quien el grupo Estudiantina del Colegio Nacional de La Plata publicó en 1925 la primera edición de *La utopía de América*, obra con claras referencias al papel que debía cumplir el maestro guiando a la juventud. También Martínez Estrada asumió ese rol, aunque indudablemente fue Alejandro Korn su mejor intérprete. Korn, el filósofo de la “libertad creadora”, construyó un medio de vinculación muy intensa con sus discípulos a través de la mayéutica, para constituirse en una verdadera encarnación de la paternal autoridad que tenía la figura de Próspero en *Ariel*. Uno de esos discípulos, Juan José Arévalo, lo recordó como “el maestro, el mentor”, aquel que siempre “practicaba la vida filosófica y como Sócrates, se rodeaba de jóvenes en su casa, en los parques platenses, en los cafés de calle 7. Gracias a Korn La Plata fue durante años la cabeza filosófica del país”.⁵⁸³

La enseñanza socrática, propia de un modernismo cultural que multiplicó los espacios de discusión y formación del conocimiento a través de la bohemia,⁵⁸⁴ irradió a su vez una particular inquietud por la formación integral del individuo, incorporando en ella la dimensión artística y la cultura general. Al mismo tiempo se fue extendiendo la idea de proyectar este pensamiento al interior de la universidad para redefinir su misión, sobre todo desde que la muy influyente voz de Ortega y Gasset se alzara para asociar la catastrófica situación de una Europa devastada por la guerra a la regresión “bárbara” producida por la enseñanza sólo científica, que volvía a los universitarios áridos e incapaces de comprender las principales demandas sociales, provocando “la peculiarísima brutalidad y agresiva estupidez con que se comporta un hombre cuando sabe mucho de una cosa e ignora de raíz todas las demás”.⁵⁸⁵

582. Tradicionalmente se ha buscado en el caso Dreyfus y en el papel asumido por Emile Zóla al arquetipo de intelectual, aquel que no duda en poner en riesgo todo su prestigio social en función de defender una causa justa. El desprendimiento, el cuestionamiento al orden instituido, el compromiso social, el desinterés material, estarían encuadrados en este arquetipo que coincide con el que, durante la década del `20, se identifican los reformistas latinoamericanos. Pero esa no puede ser la única definición del intelectual, o lo es sólo de quien llamamos “intelectual crítico”. Ya vimos antes el papel que tuvieron en afirmar un orden político otros intelectuales que, aplicando la denominación utilizada por Foucault llamamos “intelectual específico”: Francisco Moreno y por supuesto por Joaquín V. González. Un reciente aporte que reúne muy valiosas contribuciones, tiende a recortar en el trabajo que sirve de presentación, a la figura del intelectual, identificándola sólo con su función cuestionadora, contraponiéndole la del experto, carente de esas inquietudes. Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comp.); *Intelectuales y expertos. La constitución social del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004. Véase de los compiladores “Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en Argentina”, pp.15-30.

583. Juan José Arévalo; *La Argentina que yo viví*, B. Costa-Amic Editor, México, 1974, pp.153-154.

584. Alcides Degiuseppe; “Bohemia literaria platense”, en AAVV; *Universidad “nueva”...*, op. cit., pp.421-440.

585. Ortega y Gasset; *Misión de la Universidad* (1930), Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1965, p.34.

No era difícil asociar la “Oxford argentina” de González a la crítica orteguiana, y de hecho eso sucedió cuando una nueva generación, liderada por egresados de ULPI y guiada intelectualmente por idealistas como Korn, la hizo blanco de las dicotomías arielistas. La primacía de la ciencia sobre el arte era palpable en el programa general con el que había nacido la Universidad y en figuras como su primer vicepresidente, Agustín Álvarez, de quien su hijo reconocería que justamente tenía “una laguna, una zona poco cultivada en su espíritu: la referente al arte general”.⁵⁸⁶ Y también lo era en la figura de Mercante, principal blanco de críticas por su absurdo sistema de medición eugénica de las capacidades llevadas a cabo con su discípulo Alfredo Calcagno. La crítica a esa corriente de pensamiento provenía del humanismo de Korn, quien no dudó rechazar por representar la perduración del positivismo filosófico y también de las inquietudes biológicas y psicológicas de Palcos, en abierta oposición al inductivismo antropométrico lombrosiano. Mercante fue obligado a abandonar la Facultad de Ciencias de la Educación que él mismo había creado y en 1920 se le antepuso la denominación de Humanidades. Ricardo Levene, el nuevo Decano de esa Facultad, fue el mentor de los cambios operados a partir de una orientación inspirada en la efímera Facultad de Humanidades que en 1881 dirigió en Buenos Aires Matías Calandrelli.

Por encima de estas tensiones prevalecía en la cultura letrada platense una firme inquietud por acrecentar el papel de la cultura general y el arte, a los que consideró factores claves para llegar a una estructura “humanista”, unificadora y ordenadora de la totalidad que debía prevalecer sobre el tecnicismo. Artistas como Boveri se embarcaron en iniciativas bien ilustrativas del clima de ideas imperantes, como aquellas que desde el idealismo recogieron los importantes antecedentes locales en el campo de las bellas artes, para procurar a su vez establecer articulaciones transdisciplinarias que proseguían las búsquedas iniciadas por Coutaret en el Taller Libre. Genuina expresión de ello fue la “Universidad Popular Integralista”, institución nacida en 1918 con el propósito de fomentar la educación integral del pueblo por el arte, el pensamiento y la cultura física.⁵⁸⁷ El *locus* de esta institución fue el Paseo del Bosque, al que antes Boveri frecuentó con su discípulo Emilio Pettoruti para tomar “imágenes al natural”. Las inmediaciones del plácido lago y las amplias escalinatas del Museo fueron así el escenario académico de un emprendimiento idealista que institucionalizó el dictado de sus cursos al aire libre como lo hacía Sócrates en la plaza ateniense.

El bosque propició el pensamiento atemporal de jóvenes idealistas, que hallaron en sus connotaciones simbólicas atribuidas un refuerzo del helenismo cultivado. Incluso el ambiente en el que se desenvolvía la Universidad con edificios de explícita ascendencia griega como su Museo de

586. “Nunca le vi dibujar o hacer algún pequeño croquis para ahorrar tiempo a una descripción o a una explicación. Las artes plásticas no tenían gran atracción para él. Carecía totalmente de oído musical: jamás recuerdo haberle oído cantar o silbar algo. No sabía bailar, ni le gustaba el baile. No creo que la poesía despertara en él gran emoción, ni sé que jamás escribiera dos líneas en verso. Sólo concebía al teatro como motivo de solaz o distracción, como medida de higiene mental”. Agustín Álvarez (hijo); “Mi padre” (pp.137-140), en *Revista de la Universidad* N°1, La Plata, pp.139-140.

587. Noel Sbarra; “La Plata tuvo una Universidad al aire libre” (pp.311-317), en AAVV; *Universidad “nueva”...*, *op. cit.*, p.314.

Ciencias Naturales y en el *campus* del Colegio Nacional, el Laboratorio de Física y el Gimnasio - modesto émulo del Partenón-, diseminados en un frondoso bosque de eucaliptus y robles, parecía constituir el mejor estímulo al “ocio sagrado”. El bosque favorecía estos encuentros culturales al no verse “contaminado” por la “irreflexiva” vida moderna, generadora de las metrópolis enormes y opresivas en las que Ripa Alberdi no advertía más que “el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres”.⁵⁸⁸ Nuevamente La Plata volvía en los años `20 a ser pensada en contraposición a Buenos Aires donde “lo mercantil aplastaba los espíritus sensibles”,⁵⁸⁹ para representarse como un refugio de la filosofía, la poesía y el teatro.

En consecuencia, la necesidad de encontrar en el pasado los valores “integrales” socavados por la “brutalidad” del presente europeo, el “idealismo juvenilista” impulsor de la reforma universitaria, y las características del ambiente local, constituyeron factores concurrentes que, sumados a la presencia de notables estudiosos de la cultura greco-latina, propiciaron la revaloración de un ideal clásico de belleza que impregnó la cultura urbana platense de los años `20.

La oportunidad latinoamericana que podía leerse en la operativizada recepción del decadentismo spengleriano producida desde la teoría generacional ortegiana, la misma que favorecía la irrupción de espíritus y naciones “jóvenes”, también dejó lugar en el reformismo a la proyección vanguardista. De ello da cuenta la intensa participación de Emilio Pettoruti en el campo cultural local al regresar en 1924 tras participar intensamente dentro de los movimientos futurista y cubista en Europa. Por invitación de Alfredo Palacios, Pettoruti ese año realizó una polémica exposición en la universidad platense que fue presentada por Henríquez Ureña, quien destacaba en el artista platense que después de convivir con las vanguardias del viejo continente, a diferencia de la actitud pasiva de otros artistas de la región que emprendían el mismo camino, regresaba munido de nuevas formas de representación para volcarlas a una interpretación de la realidad americana que veía sólo comparable a las experimentaciones de Diego Rivera en México.⁵⁹⁰ Pettoruti también colaboró en *Valoraciones*, como lo hizo además el escultor futurista platense, Pablo Curatella Manes, quien compartía con aquel su íter formativo en Italia y Francia. Y entre otras significativas colaboraciones de las vanguardias artísticas cabe destacar la publicación en esa revista de “El tamaño de mi esperanza” de Jorge Luis Borges, en 1926.

Los diversos tópicos involucrados en el clima de ideas imperante quedaban destilados por un fervor arielista inscripto a su vez en la muy difundida reinstalación del idealismo kantiano.⁵⁹¹ A esto

588. Héctor Ripa Alberdi; “Por la unión moral de América” (pp.111-115), en *Valoraciones* N°2, La Plata, 1924, p.113.

589. Juan José Arévalo; *op. cit.* p.117.

590. Igualmente el clima cultural reinante en La Plata también ofrecía importantes resistencias al arte moderno que presentaba Pettoruti, demostrativas de desacuerdos existentes dentro del reformismo universitario. El filósofo kantiano José Gabriel aprovechó el momento de la presentación de la muestra para tomar la palabra después de Henríquez Ureña y expresar con virulencia su profundo rechazo hacia la exposición organizada en La Plata. Emilio Pettorutti; *Un pintor frente al espejo*, Solar / Hachette, Buenos Aires, 1968, pp.193-194.

591. Los reformistas del grupo “Renovación” que publicaban la revista *Valoraciones*, dedicaron el número de

último había contribuido decisivamente la visita al país de Ortega y Gasset en 1916, cuando estuvo en ULPI y en Buenos Aires donde un ciclo de conferencias dedicadas a comentar “trozos inmortales” de la *Crítica de la razón pura* que produjo un inusitado impacto en los intelectuales argentinos. Ortega y Gasset mantuvo luego fluidos vínculos con los reformistas platenses donde halló los mejores intérpretes de su doctrina, aquellos que a diferencia de los “vanos y oblicuos” comentarios aparecidos en publicaciones españolas, podían desde *Valoraciones* demostrar comprender su *España invertebrada*.⁵⁹²

El nuevo idealismo imperante podía alcanzar a grupos de intereses políticos y sociales contrapuestos, disolviendo sus diferencias a partir de la común exaltación del arte latino sobre el “utilitarismo anglosajón” y el positivismo en general. Bajo esta dialéctica se desplegó una nueva “máscara”, que reemplazaba a la liberal o más bien la reactualizaba, para ocultar cuestiones inherentes al nuevo proceso de democratización iniciado en 1916 e introducido en la Universidad en 1918 con el “grito de Córdoba”. Eran tan arielistas e idealistas quienes daban a sus fundamentos una interpretación social crítica desde la revista *Valoraciones* (Carlos Amaya, Alejandro y Guillermo Korn) y más aún antiimperialista desde *Sagitario* (Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte), como el Presidente de la Universidad ungido por los estatutos reformados, Benito Nazar Anchorena, que en el salto del orden conservador al radicalismo ilustraba puentes tendidos por la mas rancia oligarquía argentina para adaptarse a la nueva realidad democrática sin que se conmuevan sus tradicionales privilegios.⁵⁹³

La Residencia de Madrid en La Plata: la Casa del Estudiante

Durante los años `20, La Plata se convirtió en un gran centro receptor de estudiantes del interior del país y de países limítrofes. “Aquella invasión juvenil”, como la denominó Arrieta, “reanimó todos los barrios, todos los centros sociales, todos los *ambientes*” de la “*citta morta*”.⁵⁹⁴ Del Mazo recordaría a ese momento como el que afianzó en La Plata su condición de ciudad universitaria del país, que estaba “en sus casas, en sus calles, en sus Facultades e Institutos, en sus cafés”. La Universidad “estaba en las conversaciones, en los periódicos, en las políticas de los comités y en los mitines; en las Fiestas de la Primavera, en los grandes actos del Colegio Nacional, en el perfumado pase de verano bajo los

julio de 1924 de esa revista a Immanuel Kant en el segundo centenario de su nacimiento.

592. Un comentario de la revista platense *Valoraciones* financiada por Korn y dirigida por sus discípulos, afianzó estos vínculos. Ortega se refirió en los siguientes términos: “En *Valoraciones* veo una nota sobre mi libro *España invertebrada*. En esa nota de Carlos Américo Amaya no hay enorme palabras de elogio para el autor pero hay algo mejor que eso, más sabroso, más halagüeño: comprensión. Es la nota más exacta que se ha hecho sobre aquel libro mío. (...) En España se han consumido en poco tiempo dos ediciones de la obra (...) y no se han escrito más que dos artículos (...) y ellos son vanos y oblicuos”. Cfr. Tzivi Medin; *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, p.94.

593. La conciencia de esta situación podía advertirse en los propios reformistas platenses cuando ellos se referían a los Profesores emergentes de los cambios que trajo el “grito de Córdoba”. En 1923 Amaya hablaba de un “puro mimetismo intelectual. Ahora está de moda ser idealista, de ahí que cualquier espíritu flotante cite a Croce y a Gentile, los más difundidos corifeos del idealismo contemporáneo. Sin embargo, sabemos perfectamente que los citan para la galería; no los sienten ni los entienden, pero hay que citarlos; eso viste”. Carlos Amaya; *op. cit.*, p.55.

594. Rafael Arrieta, *op. cit.*, p.67. La cursiva es de Arrieta.

tilos”.⁵⁹⁵ Pero esa expansión de la vida universitaria a toda la ciudad, tuvo además otro rasgo particular como era el marcado carácter latinoamericanista que signaba la orientación general y también la nueva composición de la población estudiantil. Para Del Mazo ese carácter estaba en la conciencia progresiva de que la universidad platense “era un órgano de la República para crear con la juventud americana los lazos de nuestra común fraternidad” y en la representación de las más diversas naciones del continente: “al comienzo la comunidad más numerosa fue la venezolana, luego fue la peruana, más adelante entraron a tallar con altas cifras los bolivianos, colombianos, paraguayos”.⁵⁹⁶

Con la fuerte presencia latinoamericana en la Universidad de los años `20, también se vería luego concretada la originaria aspiración de González de formar cuadros dirigentes, en las figuras de egresados como Juan José Arévalo -primer Presidente democrático de Guatemala- o Luis Heyssen - Senador Nacional del Perú- aunque bajo otras coordenadas ideológicas y un contexto que ya no era el nacional sino el de la “patria grande” ugartiana.

Los cambios sociales estuvieron acompañados de la primacía absoluta en el plano cultural de un idealismo que, ambiguamente, era capaz de encauzar la participación de nuevos sectores en la vida pública y al mismo tiempo definir estrategias destinadas a condicionar su avance. Inmersas en esta tensión se hallaron las acciones desplegadas por Saúl Taborda, el nuevo Rector reformista del Colegio Nacional, que asumía esas funciones después de los episodios que habían culminado con el cierre del Internado platense.

Taborda era un abogado egresado de La Plata que tuvo participación protagónica en el “grito de Córdoba”. En 1920 se solidarizó con la “huelga grande” que llevaban a cabo los estudiantes platenses y dos meses antes de finalizar el conflicto disertó en el Teatro Argentino sobre la “docencia emancipadora”, donde los exhortó a liberarse de la enseñanza para ricos y para pobres, para niños y para niñas, para gobernantes y gobernados, para doctores y para obreros y de institutos superiores concebidos como máximo muro de contención de las ideas transformadoras. Sus cuestionamientos que llegaban hasta la democracia liberal, por predicar la soberanía popular mientras se guía por un capitalismo feroz, provenían de diversas tendencias anticientificistas en las que el punto de confluencia estará dado por el vitalismo que compartían Ortega, Natorp, D’Ors y Lunatcharski.⁵⁹⁷

La llegada de Taborda al Rectorado del Colegio Nacional fue acompañada de un programa fundado en la pretensión de conciliar masividad y formación del gusto estético en un mismo ámbito, el ex Internado, que sería reabierto luego de ser transformado profundamente. La consigna era aprovechar lo mejor que había dado aquella institución en lo concerniente a la incorporación del modernismo pedagógico de la Escuela Nueva -por entonces con 6 establecimientos europeos reconocidos por el B.I.E.N.-, con el que Taborda iniciaba un compromiso acentuado tras su posterior

595. Gabriel Del Mazo; *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976, pp.142-143.

596. *Ibidem*.

597. Saúl Taborda; “Docencia emancipadora”, en Gabriel Del Mazo; *La Reforma Universitaria, Tomo III, Ensayos críticos (1918-1949)*, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941, pp.22-27.

traslado a Alemania. El Internado devendría en la Casa del Estudiante, una institución que el movimiento reformista situó en el eje de sus reclamos, y que Joaquín V. González ya había contemplado crear por considerarla expresión de un supremo ideal educativo y hogar colectivo “en el cual, maestros y alumnos en amistosa y frecuente convivencia y comunidad de ideas y aspiraciones crearan entre ellos la corriente afectiva”.⁵⁹⁸ Tabora singularizaría el establecimiento concibiéndolo como un “Hogar popular” sin restricciones de ingreso, que fundiría a través de la Extensión los ideales naturalistas de William Morris, la “Universidad Obrera” europea, la experiencia ovetense y fundamentalmente la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde encontró el más completo ejemplo a seguir. Ésta última había sido creada por Alberto Jiménez Fraud -discípulo del krausista Giner de los Ríos- en una innovadora acción dentro de la historia de la educación y la ciencia españolas, articulada a partir de los esfuerzos de la Institución Libre de Enseñanza y de la Junta para la Ampliación de Estudios que venía impulsando intercambios científicos con el mundo americano. Sería la contraparte española de becas como aquellas que fueron otorgadas para promocionar las visitas a la Universidad gonzaliana de Posada, Altamira, Boscá Casanovés y Boscá Seytre.

Hacia 1920, el establecimiento madrileño ya jugaba un papel central en la consolidación y difusión de las vanguardias españolas, a través de acciones que afianzaron las particularidades. Ellas comenzaban por el propio conjunto arquitectónico albergante, en el que confluían la herencia hispano-árabe medieval y la sobriedad modernista impresa por su proyectista, Antonio Flórez, quien retornaba de una intensa experiencia formativa vienesa junto a Otto Wagner.⁵⁹⁹ El establecimiento se componía de bloques austeros de ladrillo visto que Florez dispuso entre jardines diseñados por uno de sus más destacados residentes: Juan Ramón Jiménez. Habilitado en 1915, su momento de esplendor lo alcanzó en la década siguiente cuando la idea de Extensión involucró la crítica a la dictadura de Primo de Rivera y sus ideales se entroncaron con la más radical vanguardia artística europea. A los residentes Juan Gris, Pablo Picasso, Salvador Dalí, se sumarían visitantes como Le Corbusier, Walter Gropius, Eric Mendhelson y Teo Van Doesburg.

El ejemplo español iluminó entonces los deseos de Tabora de llevar a cabo una recreación basada en la profunda transformación del elitismo de ULPI, para hacer de esta institución un ámbito inclusivo de nuevas demandas sociales y manifestaciones artísticas vanguardistas. La Casa del

598. El 10 de julio de 1909 González presentó al Senado de la Nación un proyecto para la creación de la Casa del Estudiante en Capital Federal, que contaría con locales para Centros de estudiantes, audiencias, congresos, asambleas, bibliotecas y sala de lectura, gimnasio, impresión y administración de revistas. El proyecto proponía expropiar una manzana próxima a la Facultad de Medicina. Pero también se pensaba en promover la realización de institutos similares en otras localidades, estableciendo una permanente correlación. Entre ellas La Plata, donde se pensó construir un edificio similar aunque más reducido. Joaquín V. González, “La Casa de los Estudiantes” (1909), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp.189-201.

599. Antonio Flórez, fue uno de los arquitectos más representativos de la transición de la tradición clásica a la modernidad en España. A través suyo y de la influencia que ejercida por Otto Wagner, también es posible detectar una línea de la arquitectura española abierta a la sezzesion vienesa que en Argentina tendrá su correlato en las obras de Julián García Núñez. Sobre Flórez puede verse AAVV, *Antonio Flórez, arquitecto (1877-1941)*, catálogo de la exposición organizada por la Residencia de Estudiantes (CSIC) de Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2002.

Estudiante de La Plata, sería como la Residencia de Madrid, un “hogar espiritual de puertas abiertas” para todos, sin distinción alguna, buscando desde su perspectiva idealista, que “la cultura en sus múltiples manifestaciones se vuelque en el alma de nuestro pueblo”.⁶⁰⁰ Recibiría a “todos en cada momento, en las horas desocupadas, de mañana, de tarde y de noche”, y procuraría “crear con el trato diario, íntimo y familiar y sin estiramientos, el acercamiento anhelado para la recíproca penetración individual”.⁶⁰¹ Sería un espacio para que “el contenido cultural de la labor universitaria esté al servicio de la conciencia social”.⁶⁰² Y como el establecimiento madrileño, estaría abierto a las vanguardias que se hacían un lugar entre el arte hispanoamericano y la cultura clásica imperantes, a partir del impulso de reformistas radicalizados que en La Plata respaldaban a Taborda mientras en Córdoba buscaban al mismo tiempo colocar al alemán Bruno Taut al frente del Instituto de arquitectura.

Las ideas de Taborda podían ser entendidas como una efectiva concreción de la Extensión Universitaria, para que sea atendida desde los claustros “la condición intelectual y moral” de la clase obrera. Pero esos loables fines que perseguía habían fracasado según Taborda debido a que en su organización “faltó siempre la participación de la clase trabajadora”, derivando de ello un habitual *modus operandi*: “la Universidad arrojó al pueblo una migaja de su tesoro en lugar de entregarle todo el tesoro”. “El sistema de limosna es una creación del adinerado egoísta; y paralelamente, el sistema de la ‘extensión’, del reflejo, del brillo lejano de la sabiduría, sólo puede caber en las concepciones de minorías mezquinas que creen que la ciencia es un privilegio de los signados por el dinero, la suerte o el nacimiento”.⁶⁰³

Frente a ese diagnóstico, la Casa del Estudiante se ubicaría en La Plata dentro de coordenadas tendientes a dar con la esencia de la idea de Extensión, concibiéndola como un hogar que responda al “íntimo y grande anhelo social de que la cultura en sus múltiples manifestaciones se vuelque al alma del pueblo”.⁶⁰⁴ Los objetivos se afirmarían en socráticas rondas de disertaciones, lectura de libros, conversaciones públicas y la puesta en funcionamiento de una Biblioteca popular y una Imprenta que editaría libros de miembros y visitantes de la institución, como lo hacía la Residencia madrileña. De su ejemplo podía tomarse la idea de rehabilitar los dormitorios del Internado platense para alojar numerosas figuras del campo intelectual nacional e internacional, adaptando a esas loables funciones un espacio que había sido objeto de hábitos y costumbres cuestionadas.

El Internado recuperaría las instancias educativas gestadas previamente por Nelson, incluso aquellas vinculadas a la práctica deportiva a la que le era atribuida una capacidad de fermentación espiritual de los educandos. Sin embargo todas ellas eran sometidas a una decisiva transformación signada por la introducción de la masividad como un elemento constitutivo de su funcionamiento. Allí

600. Saúl Taborda, “Casa del estudiante en La Plata” (pp.123-126), en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero de 1921, p.126.

601. *Ibidem*, p.123.

602. *Ibidem*, p.124.

603. *Ibidem*.

604. *Ibidem*, p.125.

tendría lugar la sede permanente de la Federación Universitaria y de los Centros estudiantiles reconocidos y junto a ellos aparecerían espacios destinados a contener el incremento del número de participantes de la nueva experiencia educativa por medio de la formación del gusto estético. Para cumplir ese propósito se implementaría un Taller de educación Estética que en sus alcances debía trascender las incipientes inquietudes de Nelson en ese aspecto. El Taller se ubicaría de lleno en una ponderación del valor social del arte inspirada en Guyau, que requería de la correlativa creación de una nueva institución permanente: “la Exposición del mal gusto”.

Taborda buscaba afirmar la cultura estética del pueblo a través de la exhibición de manifestaciones artísticas de todos los tiempos por un lado, y como contraste, del montaje de muestras de fotografías, grabados, maquetas, que ilustraban en el presente “todas las obras de mal gusto que llenan La Plata”. De este último ejercicio provendría una “apreciación crítica de tales obras” de la que habría de nacer “el juicio que las corregirá alguna vez en beneficio de la ciudad”. En este sentido la idealizada interpretación de La Plata como una obra de arte era el soporte de la formación del gusto estético: “una ciudad hermosa es una permanente lección de cosas”.⁶⁰⁵

Aquella “Oxford argentina” en crisis, podía ser resemantizada por medio de un ejemplo español, adunado al fermento del pensamiento latinoamericanista que asignaba al arte un rol tutelar en la sociedad de masas. Así lo creía Taborda, cuyo programa platense también cabría situarlo como anticipo de la formulación de lo “facúndido”, aquella temática regionalista dirigida a buscar en la realidad continental valores capaces de resistir la domesticación civilizatoria. Los cambios eran representativos de una tendencia que, al interior del idealismo, más revulsiva podía resultar a las élites universitarias pre y post reformistas por emprender el peligroso camino de la vinculación de la cultura universitaria con el campo social, comenzando a desandararlo a partir de la “destrucción de los valores del orden”.⁶⁰⁶ Para Taborda el liberalismo nos había acostumbrado a invocar a Rousseau para sentirnos libres mientras terminábamos sometidos voluntaria y deliberadamente a Maquiavelo. Frente a esa evidencia de lo que la idea liberal producía en la Argentina debía darse un “salto brusco”, una aceleración en la evolución que ni aún sus propios compañeros de senda parecieron dispuestos a respaldar. Las opciones disponibles parecían inscribirse en aquellas que Foucault vio en el humanismo, consistente en “querer cambiar el sistema ideológico sin tocar la institución” y el reformismo “en cambiar la institución sin tocar el sistema ideológico”.⁶⁰⁷ Una simultánea conmoción de la conciencia y la institución no sería tolerada.

Tras la acusación de “traidor a la patria” por exponer supuestas simpatías con la revolución rusa y propagar ideas “libertarias y maximalistas”, Taborda fue exonerado.⁶⁰⁸ Su final, coincidente en

605. *Ibidem*, p.126.

606. La reflexión se halla en la respuesta de Saúl Taborda a la encuesta de un periódico reformista en 1936. “Encuesta sobre la Reforma de la Revista Flecha (Córdoba 1936)” (pp.528-562); en Gabriel del Mazo (comp.); *La Reforma Universitaria, Tomo III, op. cit.*, p.581.

607. Michael Foucault; *Microfísica del poder, op. cit.*, p.42.

608. Una detallada descripción de estos episodios puede encontrarse en Hugo Biagini; “El movimiento

el orden nacional con el desafuero de Del Valle Iberlucea, evidenció ribetes tan curiosos como los que tuvieron lugar en relación a la Comisión especialmente creada por la Universidad. Ella consideró infundadas las denuncias contra Taborda vertidas por el Presidente, Carlos Melo, quien al verse desautorizado renunció. Sin embargo el nuevo Presidente de la Universidad, Nazar Anchorena, tras haber tenido una participación protagónica en aquella Comisión, ratificó lo actuado por su antecesor y Taborda también debió dejar la Universidad de La Plata. Luego Taborda recordaría que frente a la idea de la Reforma como un cambio profundo habían sido “pocos muy pocos (¿se puede hablar lícitamente en plural?) los que quisieron hacerse cargo de esa problemática. En el mayor número de los reformistas quedó vacilante el pulso rebelde y, a favor de esa vacilación suicida, cobró la reacción una fácil victoria”.⁶⁰⁹ La soledad de Taborda y las vacilaciones del reformismo, no impidieron que, sin embargo, aquellos episodios alimentaran tendencias libertarias como las impulsadas en el plano educativo por José María Lunazzi, que comenzó a cultivarlas tras comprometerse activamente con las transformaciones impulsadas en el Colegio Nacional y la Casa del Estudiante.

Los edificios comprendidos en el plan de Taborda, integrantes del viejo Internado, fueron objeto de disputas por algunos años, hasta finalmente desestimarse otras propuestas que revitalizaban la idea de destinarlos a Casa del Estudiante y decidirse en 1923 iniciar su reparto entre Facultades favorecidas por el incremento en la inscripción de alumnos en saberes científicos con salida profesional.⁶¹⁰ A partir de estas pujas, comenzaba una acción dirigida hacia una creciente fragmentación del *campus*. Su forma total quedó subordinada a circunstanciales presiones de grupos de poder para instalar algo que en adelante será un habitual *modus operandi* de la Universidad y también de otras instituciones en el bosque, en sintonía con el anterior pragmatismo con el que el Gobernador Paz utilizó las tierras de reserva que contenía. La masividad en la que pensaba Taborda se desentendía ahora de la función social y la estética desaparecía como condicionante en la organización del espacio. Taborda sin proponérselo había calificado el destino que le depararía a buena parte del bosque tras su frustrada intervención en la Universidad, cuando la fragmentación del *campus* anticipó un franco proceso de deterioro de ese sector de la ciudad. El bosque nacido al calor de un ideario sarmientino que pretendió hacer de él un “museo del árbol”, devenía en una sostenida pérdida de cualidades que se prolongó en el tiempo hasta habilitar una posible identificación de las manifestaciones más extemporáneas con aquella “Exposición del mal gusto de La Plata”.

Igualmente la Casa del Estudiante ideada en la universidad platense fue un modelo que perduró a través de propuestas de implantación en otros ámbitos académicos del país, aunque la única concreción que pudo aproximarse a ella (con otro encuadre ideológico) no se produjo en Argentina

reformista y sus mentores”, *op. cit.*, especialmente en “El Colegio Nacional: del affaire Taborda a Martínez Estrada”, pp.184-194.

609. Saúl Taborda; “Encuesta sobre la Reforma...”, *op. cit.*, p.881.

610. Química y Farmacia fueron las principales beneficiarias, mientras que Medicina, ausente en la universidad gonzaliana, sólo pudo hacerse un lugar en otro sector del bosque, junto a Agronomía y Veterinaria, a partir de austeras instalaciones que constituían sólo dos alas de un importante edificio academicista proyectado por el ingeniero platense Antonio U. Vilar.

sino en Francia. Allí nació en 1928 la Casa del Estudiante Argentino en la Ciudad Universitaria de París, surgida a partir de una donación hecha al Estado argentino por Otto Bemberg, creador de la Cervecería Quilmes y socio fundador de la Caja de Crédito Hipotecario vinculada a la *Caisse Hypothecaire Argentine de Paris*.

En La Plata, tras desactivarse la Casa del Estudiante, surgieron dos iniciativas complementarias entre sí, que compartieron el espíritu de la reacción que terminó con la gestión de Taborda. Ellas eran, el Hogar Estudiantil localizado en un sector del *campus* y el Hogar agrícola situado en las adyacencias de la Facultad de Agronomía. A cargo de la formulación de ambas propuestas estuvieron en 1923 el propio presidente de la Universidad, Benito Nazar Anchorena y Tomás Amadeo, creador del Museo Social y Decano de la Facultad de Agronomía de La Plata.

El Hogar estudiantil sería una residencia para 400 alumnos levantada en terrenos destinados a la práctica deportiva, consistiendo en una solución estrictamente habitacional, de neto corte paternalista, dirigida a que “estudiantes pobres que acuden a esta ciudad desde distintos puntos del país” encuentren “una vivienda barata, cómoda e higiénica”. Animaban a estas ideas, planteos que desde la higiene pública venía formulando el muy influyente médico, Gregorio Aráoz Alfaro, quien, frente a la apertura de las casas de altos estudios a nuevos sectores sociales provenientes de otras regiones del país y del extranjero a raíz de la Reforma, alertaba acerca de la necesidad de crear espacios que permitan vigilarlos en su arribo a la vida universitaria. Preceptos de orden sanitario y moral, se conjugaban en una residencia colectiva con tutores encargados de controlar los hábitos de los estudiantes, para así evitar la propagación de enfermedades que podrían traer desde sus desconocidas procedencias.

Por su parte, el Hogar Agrícola complementaba a aquella institución, a través de un programa que Amadeo creó en 1909 y tras ser brevemente aplicado en Tandil, ahora implementaba en la Facultad que conducía como Decano. Una clara predestinación de roles sociales buscaría afirmar la idea que su impulsor tenía de la necesaria armonía social que debía vincularse a precisas localizaciones espaciales. Sería un Internado para preparar a la mujer en los fines específicos de su género, que debían volcarse al progreso agrícola a través del buen manejo de la casa rural. Una nueva propuesta sobre los mismos fundamentos con los que antes otras figuras vinculadas al Museo Social, como Nelson y Láinez, pretendieron concebir a partir de la Universidad de La Plata instrumentos tutelares para una plutocracia agrícola. Mientras el Hogar Estudiantil era pensado como control higiénico y moral de quienes provenía del exterior de la ciudad universitaria, el Hogar Agrícola buscaba señalar ejemplarizadamente el camino inverso de la metrópolis hacia el poblamiento de la campaña. El disciplinamiento del joven errante, iba así en paralelo con el programa de formación de la mujer rural.

Posteriores iniciativas, volvieron sobre la Casa del Estudiante a partir de un desdoblamiento de las funciones involucradas en el programa de Taborda. Los aspectos recreativos y deportivos, fueron retomados por Ricardo Levene cuando, desde la presidencia de la Universidad, impulsó en 1932 la fundación del Club Universitario, mientras que los aspectos estrictamente habitacionales que

motivaron el proyecto de Hogar Estudiantil, reaparecerán en la propuesta del Diputado Ataúlfo Pérez Aznar de 1947.⁶¹¹ Aunaron a todas estas iniciativas la unívoca identificación del bosque como soporte físico de ideas que mantendrán su inmanencia en un campo de discusión que prosiguió tras el advenimiento del peronismo.

Fulgores clasicistas

El fervor arielista alimentó constantes evocaciones a un pasado grecolatino que buscó ser actualizado a través de distintas propuestas. Una temprana expresión de esta tendencia surgió de Atilio Boveri, uno de los creadores de la “Universidad Popular Integralista”, que impulsó distintas acciones signadas por el protagonismo atribuido al arte y su proyección social. Boveri regresó de Europa en 1915 y luego de asumir en setiembre de 1917 como Director de Paseos y Jardines de La Plata, realizó un significativo proyecto dirigido a crear un jardín clásico en el Parque de ocho manzanas que contenía el eje perpendicular de la ciudad (Avenida 13 a la altura de las calles 64 a 68). Boveri buscaba la confluencia de bótánica, arte y estética, dentro de un fuerte halo idealista que prevalecía para hacer de ese espacio “el punto culminante de esta ciudad; algo así como una *acrópolisjardín*”.⁶¹² Sería un lugar de deleite para la sociedad y un templo de veneración para el espíritu, resumiendo, sintetizando y compendiando “dentro de determinados límites, la belleza que por doquier presenta y nos brinda el universo”.⁶¹³ En la “acrópolisjardín” la tradición greco-latina dominada por el Renacimiento italiano, iluminaba un ordenamiento integral realizado sobre componentes de distintas civilizaciones, que operaba como una idealizada interpretación de la armonía que debía presidir el proceso de fusión de razas en la Argentina aluvional.⁶¹⁴ Además de la importancia conferida por su ubicación jerarquizada dentro del trazado urbano, el Parque elegido por Boveri poseía dos viveros municipales y una usina de provisión de agua corriente que hacían por demás verosímil la realización de jardín signado por la omnipresente confluencia de agua, vegetación y monumentos. Un estanque de treinta metros de diámetros presidía en centro de la composición, al que a su vez refuerzan la densidad simbólica un anfiteatro y a ambos lados, los monumentos a dos emblemas de la cultura local que exaltan la impronta latinoamericanista en boga: el del naturalista Florentino Ameghino situado en un templete griego y el del poeta Pedro B. Palacios (Almafuerte) en otro con reminiscencias medievales.

611. *Ibidem*.

612. “El Parque Saavedra. Su transformación en jardín clásico I”, *El Día*, La Plata, 6 de marzo de 1918. La cursiva es de Boveri.

613. Pedro Blake; “El arte en la naturaleza”, en *Augusta* N°11, Buenos Aires, 1919.

614. Allí ubicaría Boveri la huerta andaluza, el Patio de los Arrayanes, los Jardines de Lindaraja, el Generalife y Aranjuez. La expresión mahometana en las costas bizantinas y los *giardini* de Rivera y Nápoles. El paisaje levantino y las grandes villas cadernalicias seiscientescas. También aquello que veía como “la culminación del Renacimiento en Italia con Boboli, Villa D’Este y la real Caveta” y los campos de flores del sur de Francia que tenían “la más alta expresión de su decadencia con Versalles”. El Schombrum vienés, el Unter den Linden prusiano, el jardín de Nimphemburg bávaro y los jardincillos de Schwabing. Los aéreos babilonios y los lacustres aztecas. “El Parque Saavedra...”, *op. cit.*

Ameghino y Almagro eran figuras por las que Boveri tuvo similar sentimiento de admiración y afecto desde que en 1904 las conoció al iniciar en La Plata su formación artística junto al pintor andaluz Antonio Del Nido. Pero a su regreso, encontraba en 1915 un motivo especial para volver sobre Ameghino y el mito que lo unió indisolublemente a la teoría que postulaba a la Argentina como cuna de la humanidad, donde su evocación dentro el jardín clásico, no era sino una inicial expresión de inquietudes personales orientadas hacia una exaltación de los valores nacionales que Boveri prolongará e intensificará durante sus tres décadas siguientes de actuación. Un gran lago artificial, treinta fuentes menores y un oratorio, se integran a un complejo cuyo carácter instructivo era enfatizado a través de un Museo y una Escuela de Jardinería complementados con la referencia autóctona de un Tambo.⁶¹⁵ En la inclusión de la enseñanza práctica, Boveri también dejaba entrever un rasgo que lo singularizará dentro del generalizado idealismo imperante: de su estadía europea regresaba influenciado por el clasicismo de su maestro italiano Francesco Parisi pero también por el *noucentisme* catalán y una breve estadía en Munich donde debió conocer la *Deutsche Werkbund* y las *Arbeits Schulen* de George Kerchensteiner, que incentivaron su romántica celebración del trabajo artesanal. En 1921 estas ideas lo llevaron a impulsar un Instituto de Artes Aplicadas que podía representar cierta versión alternativa al más puro platonismo idealista, que prevalecía postulando en los círculos intelectuales platenses un arte que debía ser expresión de la acción desinteresada.

La “acrópolisjardín” quedó reducida a la aplicación de muy pequeños rasgos organizativos del plan general del parque, mientras el punto neurálgico de la ciudad que absorbía las principales inquietudes artísticas se afirmaba en los años `20 en el Paseo del Bosque. Allí, el *campus* universitario iniciaba una progresiva fragmentación mientras el idealismo iba volcándose hacia la realización de monumentos connotados de una lógica parlante. Iluminando estas acciones se hallaba la búsqueda de materializar un ideal, o al decir de Arrieta de dar con *Ariel corpóreo*, donde el título mismo expresaba su deseo de alcanzar ese mítico personaje rodoniano -imposible de retratar por ser “demasiado bello”-, y al que se pretendió immortalizar realizando su estatua en la Universidad de La Plata.

Si el arielismo inducía a crear precisas representaciones que reforzaran las valencias helénicas atribuidas al bosque, el Teatro Griego nacido en 1923 fue la más clara expresión de ese afán. Era un centro de estudios de arte escénico dedicado a la docencia y la investigación de temas relacionados con la historia de aquella institución heládica.

La propuesta de crear un Teatro Griego se remontaba a una inquietud traída al país por Juan Naso Prado con el respaldo académico de un prestigioso helenista, el poeta italiano Ettore Romagnoli. Después de entusiasmar a autoridades nacionales y de la ciudad de Buenos Aires, Naso Prado junto a Leopoldo Longhi lograron conformar un comité ejecutivo del Teatro Griego que presidió Carlos Melo -último Presidente de la Universidad platense antes de producirse la reforma de sus estatutos-. La propuesta motivó la cesión del teatro situado frente al Balneario municipal de Costanera Sur donde el Ministerio de Obras Públicas realizó el correspondiente proyecto. Sin embargo, la resolución del tema

615. “El Parque Saavedra. Su transformación en jardín clásico II”, *El Día*, La Plata, 7 de marzo de 1918.

dividió a sus principales impulsores y Naso Prado, tras cuestionar la ubicación del Teatro Griego frente a un Balneario, por no ajustarse a las características históricas de esa institución ese entorno lúdico de masiva concurrencia, solicitó al Intendente Carlos Noel un predio en Palermo.

Mientras las desavenencias diluían la materialización de la obra en Buenos Aires, Leopoldo Longhi, con el apoyo de Enrique Mouchet -Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la universidad platense- trasladó la propuesta a La Plata, encontrando una inmediata respuesta favorable. El Teatro Griego quedó institucionalizado en la Universidad platense y Longhi fue puesto al frente de sus actividades, mientras comenzaba la búsqueda de una rápida materialización para su emblemática sede. Sería un edificio trascendente al estudio académico a través del rol didáctico que asumiría la arquitectura misma: el edificio participaría así del carácter formativo del concepto de belleza, constituyéndose en un punto importante dentro de la idea que se tenía de lo que debía ser la extensión universitaria. La fuerte impronta renaniana que también poseía el arielismo, instaba a adecuar a esas necesidades la tradicional mirada estética de Quatremère de Quincy, que exaltaba la interacción que debían mantener las artes con la moral, para ejercer una función instructiva y educativa central a través de expresiones materiales que tuvieran una rápida comprensión en el público.

En noviembre de 1923 el Presidente de la Universidad platense, Benito Nazar Anchorena, anunció la construcción del Teatro Griego en el Bosque platense. Aportaría enormes beneficios a un reducido costo, por ser más económico que un teatro “moderno” y permitir además crear una ambientación general clásica que redundaba en la formación del gusto de las masas populares. Al tener “por complemento de su arquitectura la naturaleza, el cielo reemplaza en él los techos artesonados y costosos; la piedra en su pureza y severidad de líneas se sustituye a los otros adornos de mucho más precio que son indispensables en el teatro moderno”.⁶¹⁶ En el Bosque de La Plata, la Universidad poseía “el terreno adecuado” para realizar el teatro “en su reconstrucción más pura” aunque también pudiera estar sujeto a cambios de materiales.⁶¹⁷

La obra formaría parte de iniciativas tendientes a caracterizar a La Plata “como el centro de más alta cultura del país, en las ciencias y en las artes”,⁶¹⁸ dando motivos para pensar que podía disputarle a Buenos Aires el mote identitario de “La Atenas del Plata”. Para su concreción prevaleció la decisión de dirigirlo hacia las proximidades de las Facultades de Veterinaria y Agronomía, para que ejerza su rol formativo sobre el sector del bosque más alejado del centro de la ciudad y donde más evidente podían considerar las autoridades universitarias que se hacía la falta de una cultura general y artística.⁶¹⁹ En efecto, el Teatro Griego de la UNLP se hallaría cerca de “los salvajes del Bosque”

616. *El Día*, La Plata, 30 de noviembre de 1923, p.3.

617. “Podría hacerse en cemento armado, lo que permitiría construirlo en brevísimo plazo y por costo muy reducido. Mas tarde se irá adornando el hemicírculo, la orquesta y los escenarios con símbolos y estatuas de verdadero valor artístico, y revistiendo con mármoles sus columnas y graderías”. *Ibidem*.

618. *Ibidem*.

619. Una Comisión fue conformada por Longhi, los ingenieros René Villeminot y Carlos Gueneau y el ingeniero

aquellos alumnos que -al decir de Arrieta- eran así entendidos por diferenciarse de los “mundanos” estudiantes del centro y al preferir vivir en las inmediaciones de sus distanciadas Facultades se emancipaban de la civilización urbana para habitar en el “Barrio de las Colonias”.⁶²⁰ Frente a ellos estaba, sobre la Avenida 60, el Estadio de Gimnasia, que a los mismos ojos no podía sino causar similar estupor a raíz de una práctica popular, el fútbol, acorde al “salvajismo” de quienes eran sus vecinos y más asiduos concurrentes. Pero la Avenida 60 además de poner en interrelación al Estadio con aquel asentamiento popular, lo hacía con Berisso, localidad inescindible de la principal actividad productiva de la región que se concentraba en los frigoríficos norteamericanos Swift y Armour. Así, entonces, entre los movimientos articulados a través de esa arteria, que integró el fútbol, el barrio postergado del casco urbano y la industria, nacieron precisas denominaciones identitarias: los seguidores de Gimnasia fueron los “triperos” y el barrio que habitaban trocó el rótulo de “las Colonias” por el de “Mondongo”.

Para las autoridades de la Universidad quedaba en claro que en un enclave signado por las peligrosas mezclas sociales que estimulaba el fútbol, debía comenzar, antes que en cualquier otro de la ciudad, la verdadera tarea de extensión cultural consistente en modelar el gusto de las masas populares. El Teatro era un medio para alcanzar ese fin, como también la Educación Física impulsada por Romero Brest que constituía la contracara culta a expresiones tan “bajas” como el fútbol, con el “sensualismo intenso que produce en las multitudes las manifestaciones biológicas inferiores”.⁶²¹

La Universidad tenía una tarea extensional, debía educar fuera de ella a sectores sociales que carecían de su influjo benéfico y permanecían en la ignorancia, exhibiendo a través de las prácticas que cultivaba una “corrupción de las costumbres”. Cerca del estadio de fútbol debía comenzar una función formativa que comenzaba con la didáctica parlante de un monumento arquitectónico. La cercana cárcel de Avenida 1 y 60 no era suficiente para garantizar con su sólo presencia un disciplinamiento social que, como se creía, debía conseguirse también con la colaboración del nuevo artefacto cultural que vendría a transmitir un rol instructivo a través de la representación de un canon artístico y un ideal de belleza. Su ubicación podía ser un complemento de las funciones didácticas que cumplía en ese sector del bosque el notable *Arboretum* creado por Carlos Spegazzini junto a la Facultad de Agronomía y Veterinaria.

El Teatro Griego de La Plata intentaría reproducir el espíritu de la tragedia esquiliana, ajustándose con la mayor fidelidad posible a la tradición escénica heládica de los siglos III-V a.C. El diseño en sí, realizado Alberto Belgrano Blanco, era considerado como un ejercicio de reconstrucción arqueológica libre: el gran hemiciclo semiexcavado, abierto oblicuamente sobre el sol de oriente, evocaba a la Venus naciente, pudiendo albergar entre tres mil y cuatro mil espectadores dentro de sus

agrónomo de la Municipalidad de La Plata, Enrique Dreyzin, que recomendó la zona adyacente al Observatorio. *El Día*, La Plata, 29 de diciembre de 1923.

620. Rafael Arrieta; *op. cit.*, p.70.

621. Enrique Romero Brest; “La Educación Física en la Universidad”, en *Humanidades*, Tomo XIII (pp.253-267), La Plata, 1926, p.255.

90 metros de diámetro. Al igual que éste, el espacio para la orquesta, “núcleo germinal de la tragedia que irradia luz y armonía al público y a los actores” y el cuadrado de la Timeles, fueron deducidos del teatro de Dionisios en Atenas donde aquel género era representado. En tanto que el escenario reproducía, con ciertos aditamentos escultóricos, el de Telmesos en Licia.⁶²² El agregado de un cuerpo absidial con 36 columnas jónicas precediendo el acceso exterior, particularizaba a este trabajo sin apartarlo de los ejemplos clásicos, ni distanciarlo demasiado de otro ejercicio de reconstrucción libre como el que Antonio Flórez llevó a cabo en 1907 en Roma para reconstruir el Teatro Griego de Taormina, en Sicilia.⁶²³

Sobre un interior cargado de alegorías Belgrano Blanco destacaba a la ciencia naciente de la concha marina que tenía su analogía en la hoya excavada del Teatro en sí. Y allí era exaltada la figura de Atenea, convertida en un símbolo obligado de las representaciones que en la década del veinte se hacían de la Universidad platense, como una permanente alusión a la imagen contenida en su sello mayor. La Plata conoció otras iniciativas relacionadas con Atenea, como el “Jardín de *Akademos*” consagrado a ella, y para completar sus símbolos, “el altar de la Diosa con los doce olivos sagrados que los circundan, y el templete meseión que Platón agregó, y donde Seusippo colocó las estatuas de las tres gracias”.⁶²⁴ Esta relación analógica, se manifestó también en la propuesta de embellecimiento del Bosque de La Plata realizada por Guillermo Ruótolo en 1926, que vino a prolongar ciertas inquietudes de la “acrópolisjardín” de Boveri. En este caso el trabajo se basó en una división del paseo público en sectores que estaban consagrados a distintas divinidades de la mitología griega, del mismo modo que lo había hecho Platón en la utópica “ciudad de los magnates” descrita en *Las Leyes*. Precisamente el sector que correspondía al Museo de Ciencias Naturales estaría consagrado a Atenea, diosa que representaba a la Universidad platense a través de un monumento que Ruótolo proyectó para ser levantado frente a aquel Templo de la ciencia. Imbuido del mismo aura platónica, el Teatro Griego cumpliría entonces el papel de señalar el camino hacia la elevación de la cultura de los estudiantes y de la sociedad toda, al constituirse en una corporización de la idea de belleza que se constituiría en “el mejor reactivo contra la propagación de géneros inferiores que importan la corrupción definitiva del buen gusto en las esferas sociales sobre todo en las masas populares”.⁶²⁵

Además de los propósitos didácticos que tenía el edificio en sí, también eran importantes otras ideas atribuidas al espectáculo mismo. En este sentido, la representación teatral venía a reafirmar los argumentos idealistas, colocando la belleza de la idea representada por encima de la realidad, y desde allí era rechazado el “realismo ingenuo” del pensamiento positivista, concentrado en el reconocimiento tan sólo de la verdad experiencial. Desde esta perspectiva, también los reformistas en

622. Benito Nazar Anchorena; *La Universidad Nacional de La Plata en 1926*, Buenos Aires, Editorial Peuser, 1927, p.172.

623. AAVV, *Antonio Flórez, arquitecto (1877-1941)*, op. cit.

624. Fragmento del discurso pronunciado por Nazar Anchorena en el acto de apertura de los cursos de 1925, *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, Tomo IX, op. cit., 1926, p.27.

625. Benito Nazar Anchorena; op. cit., pp.173-174.

su cruzada antipositivista asignaron una gran importancia a la representación teatral, al punto que en el fragor de las luchas por la modificación de los estatutos, crearon en 1919 la Compañía de Arte con una *troupe* de teatro convertida en 1922 en el grupo Renovación. La inclinación de los reformistas hacia el teatro como práctica social, recogía antecedentes que iban desde su propia experiencia unos años antes en representaciones creadas en ULPI, a su aplicación en terapias manicomiales que remitían a la labor de Alejandro Korn en Melchor Romero, pasando por la influencia de los trabajos sobre el teatro de Romain Rolland y especialmente de Bernard Shaw.

Los reformistas también hallaron en el ideal de belleza perseguido a través del teatro, una forma de llevar sus iluministas acciones por fuera de las aulas, hacia todo el cuerpo social, para evitar que el movimiento iniciado en 1918 dentro de los claustros muriera por asfixia. Si bien La Plata poseía dos grandes Teatros, el Argentino y el Politeama Olimpo, los alcances de su funcionamiento no se proyectaban más allá de un reducido sector de la sociedad. Los reformistas en cambio, buscaron dotar a esa institución de nuevos sentidos instructivos y sociales, para que sea “el medio insuperable de educación colectiva”, el instrumento con el que la función docente llegue a su máxima eficacia. Encauzaba pasiones, cultivaba los sentimientos, moderaba y dirigía las costumbres, y servía de síntesis de las bellas artes: al tener como fin la representación de la existencia en sus aspectos más culminantes, todas las formas artísticas podían encontrar allí su aplicación posible. En definitiva, era para ellos un instrumento eficaz “para edificar un pueblo y forjar una civilización”, por lo que a pesar de sus grandes distanciamientos políticos con Nazar Anchorena, coincidían con éste en considerar que a través de ese medio se podría realizar “la depuración del gusto estético”.⁶²⁶

Aunque el edificio no fue construido, el Teatro Griego como institución se mantuvo activo hasta 1928, ofreciendo en el Teatro Colón de Buenos Aires ciclos de representaciones basadas en tragedias griegas traducidas por Longhi. Estos episodios completaron los cuestionamientos de Naso Prado a la interpretación dada a la institución y al género, cuando, para su materialización se buscaba el entorno popular de un Balneario o el lago del bosque platense, y para su representación se privilegiaba el *status* que daba un gran teatro cerrado y no a cielo abierto como correspondía a su historia.⁶²⁷ Al mismo tiempo, el grupo Renovación continuó montando obras de Bernard Shaw en el Colegio Nacional, en el Teatro Argentino, y con mayor frecuencia en los altos del Politeama Olimpo. El Teatro Griego afirmó una rica tradición cultural en La Plata, que perduró a través de sucesivas iniciativas de grupos reformistas que le dieron al teatro, como institución, un contenido social que a menudo resultó particularmente irritante al poder público.

626. Alfredo Palacios; “El Teatro Universitario en La Plata”, en *Libertad creadora* N°2, Buenos Aires, 1943, p.294.

627. Juan Naso Prado; *Teatro Griego en la Argentina. Aclaración y documentación*, Est. Gráfico Biffignandi, Córdoba, 1926.

Imágenes de España

La “invasión juvenil” de la que habló Arrieta al referirse a la nueva composición social de la ciudad universitaria después de la Reforma, tuvo un efecto revitalizador de la cultura urbana platense, sin por ello alterar sustancialmente aquel ritmo tranquilo en el que González creyó encontrar el sitio ideal para las especulaciones desinteresadas que requería la producción científica. La irrupción juvenil en una ciudad que llegaría a su cincuentenario con menos de 200.000 habitantes -en una planta apta para albergar el doble de esa cantidad sin ver resentidas sus cualidades-, no produjo cambios de significación en su paisaje urbano. De ahí que por ejemplo en 1925 Albert Einstein pudiera en su visita a La Plata elogiar la regularidad geométrica y la Universidad que se levantaba en lo que para él no era sino la “Brujas del Plata”, una recreación de la letárgica “ciudad dormida” belga.

Ese era el contexto en el que la universidad también vio surgir nuevas iniciativas dirigidas a complementar la cultura científica que había prevalecido durante los años en los que González estuvo al frente de la institución platense. Y ya no se reducía al bosque el plano de intervención de algo que había quedado inescindiblemente unido a la identidad de la ciudad toda. La ciudad universitaria que no podía controlar estética y organizativamente un proceso de ampliación de sus funciones dentro del *campus*, buscaba ahora afirmar su expansión física hacia el resto de la ciudad.

En 1922 surgieron los Cursos de cultura artística y al año siguiente la Universidad platense creó el Congreso Universitario Anual, ámbito que reunió a los organismos de enseñanza superior del país para la discusión de temas de repercusión nacional. En el tercero de estos encuentros, fue propuesta la creación de Cursos de cultura artística en todas las escuelas del país, del mismo modo que lo acababa de hacer la Universidad de La Plata, revirtiendo la preponderancia de su anterior tendencia a realizar investigaciones científicas en gabinetes y laboratorios e infundir “una enseñanza práctica, experimental”.⁶²⁸ Esa era “la cultura de los sabios con anteojeras (...) para quienes no existe más mundo que el encerrado en su propia vitrina; y que, consagrados exclusivamente al estudio de su especialidad, (...) permanecen impermeables a las sugerencias de la vida e insensibles a toda emoción de belleza”.⁶²⁹

La prevaleciente orientación cultural que buscó afirmar la universidad en los años `20, fue también el producto de fermentos idealistas surgidos en la década anterior, con iniciativas del tenor de la “Universidad Popular Integralista”. Y aunque esta reorientación no significara la inclusión de figuras como Boveri, gran parte de los contenidos propugnados serán recogidos con la creación en 1924 de la Escuela Superior de Bellas Artes, la primera institución de su tipo incluida dentro del sistema universitario argentino. Junto a ella surgieron otras iniciativas de importancia como el Salón Universitario Anual, que congregó a numerosos artistas y permitió a la Universidad platense en 1926 organizó un “crucero artístico”, a cargo de Besio Moreno, montando exposiciones en Madrid, París, Venecia y Roma.

628. Benito Nazar Anchorena; *op. cit.*, p.459.

629. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo IX, *op. cit.*, 1926, p.392.

La Escuela Superior de Bellas Artes también recogió aspectos de la institución que en 1921 creó Ernesto De la Cárcova en Capital Federal, funcionando primero en el Jardín Botánico, después en el Parque Lezama y finalmente desde 1923 en un pabellón en desuso de lo que había sido el antiguo Lazareto ubicado en calle Brasil y Florencio Sánchez. Integrando una especie de “enclave de las bellas artes”, este instituto se hallaba a metros de donde fue proyectado el citado Teatro Griego de Buenos Aires y próximo también a la “fuente de las Nereidas” de Lola Mora trasladada a Avenida Achával por una sugerencia formulada por el francés Forestier mientras realizaba el proyecto de urbanización de la Costanera Sur. Como aquel enclave artístico, la institución platense nació con un amplio conjunto de disciplinas estéticas que complementaban la originaria Escuela de Dibujo que creó González en el Museo bajo la dirección de Emilio Coutaret.

El acto de inauguración de la Escuela Superior de Bellas Artes de La Plata fue protagonizado por Leopoldo Lugones, quien vinculó sus objetivos a la arielista distinción entre “dos clases de gente: la que conforma su conducta sobre el criterio de la belleza (el arte) y la que lo hace sobre el de verdad (la ciencia)”. “La civilización grecolatina, la nuestra está fundada en la belleza” y a diferencia de la anglosajona, fundada en la verdad, es “la mejor sin duda; y por su finalidad dichosa la única que tal vez merece este nombre”.⁶³⁰ El discurso leído por Lugones, volvía sobre los temas centrales que había expuesto doce días antes en el Congreso de la Liga Patriótica Argentina,⁶³¹ para profundizar esa diferenciación entre civilizaciones y desplazar al plano racial sus asociaciones a la idea de belleza y verdad, o bien de arte y ciencia. A través de sus planteos quedaba en claro el intento de redefinir la misión de la universidad, la cual ya no era sólo crear ciencia y formar cuadros profesionales y dirigentes, sino principalmente defender la raza por medio de una enseñanza fundada en la belleza de “nuestro” arte.

El directo antecedente que tenían esos propósitos en la educación superior, se hallaba en la Universidad de Tucumán, provincia de la que precisamente el Presidente de la Universidad platense, Nazar Anchorena, fue Interventor en 1921 siguiendo de cerca la actividad de Juan B. Terán, fundador de esa universidad en 1914 y por entonces nuevamente Rector, mientras que Ricardo Rojas ocupaba la Cátedra de Extensión Universitaria. Rojas buscó desde allí dar forma a un nuevo tipo de universidad. Córdoba era la “Universidad-convento”, Buenos Aires la “Universidad-bufete” y La Plata la “Universidad-laboratorio”. Frente a este panorama que presentaban estas tres universidades nacionales, la de Tucumán buscaba diferenciarse y a su vez influir sobre lo que aquellas representaban, esto es “sobre el dogmatismo autoritario” de la primera, sobre la “vanalidad intelectual” de la segunda y sobre el “experimentalismo pedante” de la última, “al formar por la

630. Fragmento del discurso pronunciado por Lugones el día 5 de junio de 1924 en el acto de inauguración de la Escuela Superior de Bellas Artes. *Boletín de la Universidad Nacional de La Plata*, tomo VIII, *op. cit.*, 1925, p.159.

631. Leopoldo Lugones; “Hablemos de estética”, *Quinto Congreso Nacionalista de Trabajadores organizado por la Liga Patriótica Argentina. Sesiones del 22, 23 y 24 de mayo de 1924*, Imprenta Baiocco y cía., Buenos Aires, 1924, pp.353-362.

libertad, el desinterés y la intuición una verdadera cultura nacional”.⁶³² Lejos de la metrópolis devoradora de tradiciones locales, Rojas estaba definiendo un nuevo rol universitario para que la enseñanza del arte autóctono opere de contención frente a las desintegradoras influencias que el cosmopolitismo ejercía sobre la “cultura nacional”. Alimentando este discurso, Emilio Wagner ya había iniciado las investigaciones -alentadas entre otros por Juan B. Terán y la Universidad de Tucumán-, que le permitieron dar con la “civilización chaco-santiagueña” y sus vinculaciones con el arte diaguito-calchaquí, a través de arduos trabajos de arqueología comparada. El auge de estas expresiones llegó a *Sagitario* que en 1927 elogió una escuela proyectada por Gelly Cantilo precisamente en “arquitectura diaguito-calchaquí”, a través de un artículo realizado por el ex ulpiano Julio V. González debido a la “feliz coincidencia” de que el edificio llevara el nombre de su padre – creador de la Universidad Nacional de La Plata- y “respondiera a la búsqueda de un estilo autóctono”,⁶³³ como el que ese dirigente reformista propiciaba desde una revista que por sobre todas las cosas pretendía “provocar la emancipación de la cultura latino-americana”. González (hijo) ponderaba el estilo utilizado en el proyecto por ser “genuinamente nuestro”, a diferencia del “absurdo estilo gótico que nos han metido con la manía de lo extranjero, desde ese monumento de aberración y anacronismo que es el edificio de la Facultad de Derecho” de Buenos Aires.⁶³⁴

Era un momento de descubrimiento de la cultura indígena, al que también contribuían decisivamente en La Plata las investigaciones antropológicas que Lehmann Nitsche desarrollaba desde el Museo de La Plata, donde la otredad encerrada en las vitrinas también podía cambiar de signo. Las colecciones indígenas dejaban de ser aquellas razas prehistóricas, a las que la *struggle for life* retiró del tiempo histórico, para constituirse en un factor identitario de “nuestra historia”. La impronta de esta profunda reversión cultural, podía apreciarse en el rostro indígena utilizado como emblema que identificó en Europa al Salón Universitario de Arte de La Plata de 1925.

Y junto a estas consideraciones, también fueron situadas las crecientes valoraciones de la cultura hispana que, por ejemplo, podían deducirse de la reorientación en los estudios históricos impulsada por Ricardo Levene. Un alumno suyo muy particular, Juan José Arévalo, recordaría que Levene cuestionaba todo cuanto se había escrito sobre historia argentina por carecer de fundamentos sólidos, los cuales, según él, debían buscarse, como no se había hecho antes, en la Colonia y en España.⁶³⁵ Justamente una de las consignas de la “nueva escuela histórica argentina” que Levene creó con Rómulo Carbia y Emilio Ravignani, era “no despreciar los aportes coloniales para el estudio y la

632. Ricardo Rojas; *La Universidad de Tucumán*, Librería Argentina de Enrique García, Buenos Aires, 1915, p.93.

633. Julio V. González; “Arquitectura diaguito-calchaquí”, en *Sagitario* N°9, La Plata, 1927, p.341.

634. *Ibidem*. En el edificio levantado en Avenida Las Heras para albergar a la Facultad de Derecho actualmente funciona la Facultad de Ingeniería.

635. Juan José Arévalo; *op. cit.*, p.147.

comprensión de lo argentino (y de lo americano)”, para lo cual propugnaban “volver con simpatía los ojos a España, en vez de seguir maldiciéndola por sus errores”.⁶³⁶

Levene desde la nueva Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación enfatizó el eje puesto en la cultura general, dando una clara señal del sitio al que se recurriría primordialmente para afirmar esa tendencia en el mismo momento en el que presentó la reestructuración del ámbito académico que dirigía. En agosto de 1921 la nueva Facultad se ponía en marcha tras un ciclo de conferencias dictado por el filósofo español Eugenio D’Ors, en el que abordó la “Teoría de la cultura”, y alzó la bandera de la “totalidad”, estos es de la “cultura integral”.⁶³⁷

También a España se dirigían las evocaciones de un ex ulpiano, Arturo Capdevila, aunque teñidas de un exacerbado anacronismo en quien fuera un adorador del orden monárquico, que llegó a rendir homenaje a Alfonso XIII, “soberano y señor en la totalidad del Imperio espiritual hispánico” en el que se sentía comprendido junto con la Argentina.

Las imágenes que podían evocarse desde este cuerpo de pensamiento aunaban a La Plata con la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, donde en 1924, Ricardo Rojas sucedía en su Decanato a Alejandro Korn. Y al hacerlo se empeñaba en ratificar el propósito de buscar “el ideal de una Escuela Humanista” para que “fuera un lugar donde se redimiese el excluyente profesionalismo” que caracterizaba a las demás facultades de la Universidad de Buenos Aires. Rojas pretendía convertir a Filosofía y Letras en “una casa de tradición y patriotismo” y para eso encargó a Martín Noel el proyecto de su nueva sede en una manzana de la Recoleta, ubicada en Agüero y Guido. El espíritu hispanoamericano del edificio de Filosofía y Letras sería el mejor complemento del clasicismo simultáneamente impulsado por Rojas: la neocolonial Facultad proyectada por Noel, estaba llamada a ser “la Acrópolis de Buenos Aires”,⁶³⁸ en una arielista articulación de ideas que puede verse en el sustrato de tematizaciones estéticas como las llevadas a cabo por Alejandro Bustillo en su intención de crear un “estilo clásico nacional argentino”, cuyo paradigma era la sobriedad griega del Partenón, vista en clave pampeana como un rancho monumental y exquisito.

En esa misma sintonía ubicó la ciudad universitaria platense su proyecto para la materialización de la Escuela Superior de Bellas Artes, que con dificultades venía funcionando en la planta alta del Teatro Argentino. El nuevo emprendimiento buscaba afirmar la significación social de la institución a través de un monumento que llevaría la lógica parlante que connotaba al Teatro Griego, del bosque al centro de la ciudad. Y en ese desplazamiento el helenismo asociado al ámbito natural, dejó su lugar al neocolonial como expresión estética que satisfacía los deseos de quienes como Henríquez Ureña admiraban “la solidez y el decoro de la arquitectura española”. Al igual que en el caso del Teatro Griego, fue encargado a Belgrano Blanco, y para su localización se dispuso de una

636. *Ibidem*, p.146.

637. Andrés Allende; “Ricardo Levene y los estudios humanísticos en la Universidad Nacional de La Plata” (pp.9-29), en *Trabajos y Comunicaciones* N°14, La Plata, 1965, p.16.

638. Patricia Funes; “100 Años de Filosofía y Letras” (pp.22-32), en *Todo es Historia* N°347, Buenos Aires, 1996, p.31.

manzana situada frente a la Plaza Rocha (Avenida 7 y 60).⁶³⁹ Allí Belgrano Blanco ideó un Palacio de tres niveles a partir de un ejercicio proyectual pensado con bastante autonomía de las condicionantes urbanas. Su planta inscrita en un pentágono alargado que recuerda ciertos ejercicios proyectuales manieristas de Vignola, se retiraba de los bordes que daban a las calles 7 y 8, pero no de Plaza Rocha, Diagonal 78 y calle 61, en un criterio de ocupación que contrastaba con el previsto en la fundación de La Plata, tanto para sus edificios públicos -monumentos retirados de la línea municipal y rodeados de jardines- como para la arquitectura doméstica -edificios sucedidos sin solución de continuidad sobre línea municipal-. Era el complemento neocolonial de las celebraciones helénicas que fluían a través de un recargado escenario hispano para una ciudad que no conocería intervenciones en ese estilo de semejante magnitud. Al igual que la “Acrópolis de Buenos Aires” impulsada por Rojas, tampoco el emblemático edificio para la institución creada en La Plata pudo alcanzar su materialización. Lo hará sí, en la década siguiente aunque bajo otros condicionantes y para canalizar la representación de otras inquietudes.

Sin embargo el culto a lo hispano redundó en la creación de la Casa de España, inaugurada frente a la plaza San Martín (en calle 6 y 54), durante las celebraciones del Día de la Raza de 1925. Los festejos en esa ocasión también estuvieron acompañados por un evento científico derivado de la afirmación de esos mismos vínculos culturales: allí fue anunciada la incorporación a la Universidad platense de Ángel Cabrera, eminente naturalista español de reconocimiento internacional que provenía de dar un Curso sobre la fauna cuaternaria y pinturas prehistóricas de España en la Universidad de Londres y llegaba para hacerse cargo del Departamento de Paleontología del Museo de Ciencias Naturales de La Plata.

El gabinete del Dr. Calcagno: Laboratorios de Psicología Experimental⁶⁴⁰

Los aires idealistas que soplaron con particular intensidad tras producirse el alejamiento de Joaquín V. González de la universidad y quedar reorganizada la institución por medio de la reforma de sus estatutos, no impidieron igualmente que el positivismo pedagógico prosiga controlando importantes espacios académicos de La Plata. Luego de ser reestructurada la Facultad creada por Mercante, su nuevo Decano, Ricardo Levene, garantizó la prolongación de las investigaciones en Psicopedagogía bajo la dirección de Alfredo Calcagno. Dentro de esta área estaban comprendidos los tres laboratorios creados en 1906 por Mercante que funcionaban en el edificio del Rectorado de la Universidad: el de

639. Esa manzana había pertenecido al Consejo de Higiene de la Provincia de Buenos Aires, organismo integrado a la esfera del Ministerio de Salud. En 1905 esa manzana se agregó a los bienes de la Universidad Nacional de La Plata, tras la firma de convenios que permitieron al *campus* del Colegio Nacional establecerse en el bosque, en terrenos que ocupaba la Dirección de Salubridad. A cambio de ellos, la Nación cedió a la Provincia el edificio del viejo Colegio Nacional, situado en Avenida 51 entre 17 y 18 para la instalación del Ministerio de Salud, y recibió en compensación el predio que ahora era objeto de la nueva intervención. Alberto De Paula; *La ciudad de La Plata...*, *op. cit.*, p.176.

640. Nos valemos de la alusión que Luis Maristany en su libro *El gabinete del doctor Lombroso* (1973) hizo a la famosa película del expresionismo alemán de la primera posguerra. *Cfr.* José Luis Peset y Mariano Peset; *op. cit.*

Micografía nerviosa, a cargo de Nicolás Roveda, el de Antropología pedagógica, cuyo responsable era Rodolfo Senet y el de Psicología experimental aplicada a la Educación, a cargo del propio Calcagno.

El laboratorio de Micrografía nerviosa poseía un museo de neurología, compuesto por piezas anatómicas extraídas del Hospicio de las Mercedes de Buenos Aires, del Hospital de Melchor Romero y del Jardín Zoológico de La Plata. Los otros dos laboratorios se instalaron en forma anexa, El laboratorio de Psicología experimental contenía a su vez al de Antropometría que fue dotado de una notable prioridad. Contaba con el instrumental necesario para realizar estudios craneográficos y cefalográficos iniciados por Mercante y continuados por Calcagno sobre cráneos de homínidos fósiles encontrados por Ameghino en Argentina. Test, fichas y cuestionarios se agregaron al trabajo de laboratorio, complementado a su vez con los cursos de Anatomía y Fisiología del sistema nervioso, Antropología pedagógica, Psicología general y anormal, Higiene escolar y Metodología. Con todas estas aportaciones Calcagno pretendía dar un fundamento científico a los métodos y procedimientos de educación, proveyendo al docente de “una base indispensable para la determinación de sus normas y reglas” para constituir “una pedagogía fundada sobre la observación y la experiencia, para hacer de ella una ciencia ante todo experimental, elaborada por la investigación y no fraguada con artificios dialécticos o disquisiciones metafísicas”.⁶⁴¹

Pero ¿en qué consistía esa Psicología experimental aplicada a la pedagogía? Las respuestas pueden hallarse en los grandes íconos de su saber que construyó Calcagno, para difundir la confianza en que la antropometría y los datos hereditarios podía determinar “científicamente” la aptitud de cada educando. Eran las formas con las que el control del azar buscado a través de la eugenesia, venían a ratificar las presunciones que se tenían acerca de la delimitación de lo normal y lo anormal. Los primeros instrumentos utilizados por Mercante para realizar estudios de psicología experimental que contenían importantes deudas con la antropometría craneana de Paul Broca y la antropología criminal de Cesare Lombroso, fueron perfeccionados por Calcagno y derivaron en una interminable galería de aparatos de medición y cuestionarios que canalizaron la voluntad de acceder al reconocimiento de la inteligencia de los individuos a través de un simple examen. Calcagno para eso utilizó múltiples aparatos, muchos de ellos diseñados por él mismo y fabricados por Lutz-Ferrando. Entre ellos el termoestesiómetro, el mioestesiómetro, el gueusiestesiómetro, el cromastesiómetro, el estereoestesiómetro táctil y visual, consistentes en instrumentos de medición de las sensaciones térmicas, musculares, gustativas, etc. Asimismo se hallaban el acusiestesiómetro, el acúmetro y el audímetro, para medir sensaciones auditivas; el algoestesiómetro, el algómetro y el algesímetro, para el examen de la sensibilidad dolorífica; el osmiestesiómetro, el osmómetro y el olfatómetro, para conocer la sensación olfativa; y el hafiestesiómetro, exploraba las sensaciones táctiles.

Las creaciones de Calcagno tuvieron gran difusión y despertaron interés en diversos ámbitos académicos en los que seguía reinando la antropología lombrosiana. El Doctor Aguayo de la

641. Alfredo Calcagno; “Laboratorios de la Facultad de Ciencias de la Educación” (pp.580-596), en *Humanidades*, Tomo I, UNLP, La Plata, 1921, p.589

Universidad de Cuba llegó a ubicar a los laboratorios platenses entre los cinco más importantes de su tipo, junto a los que existían en Leipzig, Amberes, Bruselas y París, y distintos centros científicos solicitaron emular su equipamiento. Ya lo había hecho Enrique Mouchet en el Laboratorio que montó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, antes de acceder en 1923 al Decanato de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata. También requirieron los aparatos creados por Calcagno, el uruguayo José Carlos Montaner y el costarricense Luis Felipe González, en tanto que una firma de Leipzig con su autorización realizaba allí el compás hafiesthesiométrico. A esta última realización, Calcagno atribuyó gran utilidad puesto que permitía detectar variaciones de sensibilidad por sexo, edad y razas y con ellas hacía posible “determinar las relaciones entre la inteligencia y la agudeza táctil”.⁶⁴² Similares funciones cumplía su osmiesthesiómetro, que creó para medir la sensibilidad olfativa y obtener un registro indicativo de niveles de capacidad mental.

Complementariamente a los estudios antropométricos, Calcagno desarrolló exámenes anamnésicos, que buscaban reunir datos hereditarios del sujeto, recabando a través de fichas biográficas diversa información acerca de los antecedentes familiares. Era un método que Calcagno adoptaba recogiendo aplicaciones que él había tenido en la Psiquiatría y en diferentes ramas de la medicina. De los hospicios y clínicas pasó a los establecimientos educacionales de “anormales” cuyo referente era Sèguin –colaborador de Esquirol-, quien creó un tipo de cartilla biográfica en su *Tratamiento pedagógico para la educación de los idiotas* (1846). Calcagno recogía ese antecedente al que sometía a una reelaboración: aquellos estudios que buscaban “la etiología de la idiotez”, indagando “la génesis del sujeto y sus antecedentes hereditarios morbosos”, situaban a los “anormales” como objeto de investigación, mientras que ahora en La Plata el objeto de análisis era el universo de la “normalidad”.

Calcagno expresó esta idea en *La Paidología y la Psicología experimental en la escuela normal y en la escuela primaria* (1920), y la puso en práctica introduciendo el estudio anamnésico del educando, para poner a prueba ese estado de normalidad aparente, para determinar “cuáles son los niños *normales* y cómo sabe el maestro que sus alumnos -esos niños buenos, sanos y robustos que, a su entender, como los pueblos felices no tienen *historia*- son normales”.⁶⁴³

Para Calcagno, la historia biográfica de los alumnos era el equivalente a la historia clínica de los enfermos. Su aplicación en las escuelas de La Plata arrojó una primera conclusión respecto a la relación que existía entre inteligencia y clase social: las respuestas más completas provenían de los “hogares más cultos: pertenecen por lo general a médicos, profesores universitarios, farmacéuticos, publicistas, abogados, industriales, etc.”, mientras que fuera de esa franja social existía la “rémora de los prejuicios y la indolencia de los padres” que mandaban sus hijos a la escuela “obligados por la

642. Alfredo Calcagno; “Contribuciones al estudio de la Hafiesthesiometría” (pp.159-234), en *Humanidades*, Tomo XI, UNLP, La Plata, 1925, p.234.

643. Alfredo Calcagno; “Estudio anamnésico del educando. Ficha biográfica escolar” (pp.452-459), en *Humanidades*, Tomo I, UNLP, La Plata, 1921, p.453. La cursiva es de Calcagno.

ley”, y para los cuales “el esfuerzo mental y el tiempo que requiere la respuesta al cuestionario les parece una exigencia intolerable”.⁶⁴⁴

Alberto Palcos, Alejandro Korn y los reformistas del grupo “Renovación” fueron los más vehementes cuestionadores de la Psicología Experimental de Calcagno. Si la figura de Mercante había representado uno de los factores de conflicto al desatarse la reforma en La Plata, la prolongación y profundización de la línea de investigación que inauguró a través de discípulo más aventajado, no podía sino representar una frustrante constatación de que los limitados cambios introducidos no se correspondían con las expectativas alimentadas.

Los reformistas sin éxito se prodigaron en desterrar el instrumental que componía el “Laboratorio de psico-pedagogía ultra-metodológica” de la Universidad, al que llamaron burlonamente la “herrería de Calcagno”, donde reinaba el “intelectómetro”, artefacto que despertó en Alejandro Korn una inusual combinación de ira y con fina ironía.⁶⁴⁵ Palcos, por su parte, hacía notar lo antojadizo de creer que “sólo hay ciencia en lo susceptible de ser reducido a fórmulas matemáticas, en lo que puede pesarse y medirse”.⁶⁴⁶ Para aludir a Calcagno, Palcos con agudeza oponía los experimentos del eugenista turinés, Ángelo Mosso, quien enamoró a una mujer para medirle la presión arterial, sin que ella lo advirtiera, al estudio del amor que podía hallarse en Shakespeare, para concluir en que lo sensitivo no puede ser medido en laboratorios y mucho menos constituir un dato que determine estados de normalidad o anormalidad. No era el uso de determinados aparatos lo daba científicidad a la psicología.

Igualmente Calcagno prosiguió desarrollando sus investigaciones y con un fuerte respaldo institucional llevó a la realidad nuevos aparatos inventados para determinar “científicamente” la inteligencia de los individuos. Los experimentos de Calcagno también hallaron otros ámbitos de aplicación en la Universidad platense, cuando Alfredo Palacios accedió al Decanato de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en 1922 y creó inmediatamente un Laboratorio de Psicofisiología. Palacios se interesó particularmente por el Congreso Internacional de Eugenesia de 1912, participó de grupos que buscaron trasladar sus conclusiones a la organización en la Argentina de un ámbito científico y político y también fue un adherente a postulados de la “Escuela positiva” italiana. Por esa vía y basándose explícitamente en positivistas como Mosso, llegó a la Psicología Experimental a la que recurrió al realizar su Tesis, *La fatiga y sus proyecciones sociales* (1922), en la que se respaldó en exámenes antropométricos realizados a obreros de la Boca para probar la necesidad de reducir la jornada laboral.⁶⁴⁷ Palacios, que también pretendía elevar a Vucetich hasta que su figura alcance una

644. *Ibidem*, p.459.

645. Carlos Amaya; “Vida anecdótica. El Cripto-pedagogismo y las `Memorias del Intelectómetro””, en *Valoraciones* N°1, La Plata, 1923, pp.53-64 y Alejandro Korn; “El Intelectómetro”, en *Valoraciones* N°6, La Plata, 1925, pp.308-311.

646. Alberto Palcos; “Breves consideraciones sobre la Psicología como ciencia estrictamente experimental” (pp.327-337), en *Humanidades*, Tomo II, UNLP, La Plata, 1921, p.328.

647. Alfredo Palacios; *La fatiga y sus proyecciones sociales*, Claridad, Buenos Aires, 1944. El directo

verdadera “consagración universitaria” creando un Museo para exponer el descubrimiento de la dactiloscopia y un laboratorio de identificación personal,⁶⁴⁸ buscaba trasladar las anteriores aplicaciones que de la antropometría en la Boca, a la formación de abogados en las áreas laboral y penal, con la colaboración del propio Calcagno y otras figuras ancladas en el positivismo lombrosiano: Frank Soler, Enrique Mouchet y José Alberti. Por invitación de Palacios, Mariano Patrizzi (sucesor de la cátedra de Antropología Criminal de la Universidad de Turín) llegó a La Plata para dejar inaugurado el museo Vucetich y también disertó acerca de la importancia que tenían los Laboratorios de Psicología Experimental en la Criminología para detectar las causas psicológicas del delito.

Ya en Palacios, Calcagno había encontrado un importante aliado para su causa psico-experimental, que le proveyó de nuevos ámbitos de intervención. Además de los escolares, ahora los detenidos en la Cárcel de Encauzados de La Plata también comenzaban a ser sometidos a estudios médicos y legales amparados en la certeza científica de los aparatos y fichas que creaba Calcagno.

La continuidad de esta área de conocimiento, revelará la fuerte impregnación del más duro positivismo lombrosiano dentro de la tradición científica de la universidad platense que no se vio alterada por los cuestionamientos reformistas.

Capítulo 3. La ciudad universitaria y el orden sin democracia

Por la razón o por la fuerza

El proceso de ampliación de derechos en Argentina estuvo acompañado por la insistente invocación a un evolucionismo gradualista que, en clave ultradarwiniana, tomaba de la naturaleza el ejemplo de la ausencia de “saltos bruscos” para naturalizar un estado de cosas en el que cualquier fermento de discontinuidad era un signo de anomalía. Esta certeza perduró sin que conmovieran su validez “científica” la drástica discontinuidad constitucional de setiembre de 1930, producida luego del sublevamiento militar que culminó con el traslado de Yrigoyen al Regimiento 7 de Infantería situado en el casco urbano de La Plata, donde redactó su renuncia. Más aún, esa situación fue el corolario de la apropiación del evolucionismo que hizo el liberalismo argentino para legitimar sus “frenos” a un avance democratizador que ponía en riesgo la continuidad de hegemonías ya constituidas. Con la asonada militar de 1930 sobrevino una nueva metáfora de la ciencia utilizada para legitimar el ejercicio del control social. Del evolucionismo gradualista, cultivado para impedir cambios, se llegaba a la “biología política”, formulación concebida en la Italia mussoliniana y ampliamente difundida entre las élites letradas que pasaron a ejercer un particular protagonismo en la Argentina, sobre todo a partir del espacio hallado en las fisuras de una democracia sacudida por las repercusiones del *crac* de 1929.⁶⁴⁹ De la antropología lombrosiana se pasaba a un organicismo social de inspiración aristotélico-

antecedente de la tesis de Palacios es la obra de Ángelo Mosso; *La fatica*, Treves, Milano, 1890.

648. Alfredo Palacios; *Consagración universitaria de Vucetich*, Tall. Gráficos Olivieri y Domínguez, La Plata, 1925.

649. La “biología política” fue un recurrente latiguillo que acompañó a la vertiente eugénica italiana que Nicola Pende bautizó como biotipología, con notable influencia en las élites políticas argentinas, especialmente desde

tomista que encontraba ahora su legitimidad científica en las metáforas de la biología post-darwiniana: las células y los tejidos podían asimilarse a un sistema político compuesto por individuos y grupos sociales sujetos a funciones inmodificables.

Entre la apertura democrática y el quiebre institucional que le daba su fin para instaurar un sistema de gobierno corporativo, se trama el desplazamiento de ese evolucionismo gradualista que iba de inquietudes dirigidas a controlar los riesgos de modificación del *status quo* formando élites dirigentes, hacia el refuerzo de un imaginario sostenido en un “poblacionismo selectivo”⁶⁵⁰ que, después de la experiencia democrática, debía restituir el “orden” integrando cantidad y calidad para arribar a la verdadera raza argentina.

Si La Plata, en tanto ciudad universitaria, era para González y otros liberales activos en torno al debate por la Ley Sáenz Peña, el punto de partida en la creación de una red federal de instituciones para la selección de las capacidades, sobre sus fundamentos podían asentarse posteriores anhelos de llevar esos propósitos a límites insospechados. Iluminando el programa de la filofascista Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social (AABEMS), muchos protagonistas de la universidad gonzaliana intentaron darle materialidad a aquello que devendría en un programa vitalista fundado en la organización territorial de una red científica de ordenamiento y clasificación de las poblaciones. La “metrópolis intelectual” de González podía ser el sustrato para alimentar en los años `30 la idea de crear los Institutos Biotipológicos como puede deducirse de quienes en su trayectoria personal se empeñaron en fundir ambos programas.⁶⁵¹ Nada más claro que esta derivación para percibir la prolongación de sombríos designios dentro de los ideales íntimos del liberalismo argentino.⁶⁵²

1930 cuando Pende visitó al país. Sobre la biotipología véase Gustavo Vallejo; “Las formas del organicismo social en la eugenesia latina”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.*, pp.231-272.

650. El concepto de “poblacionismo selectivo” ha sido utilizado por Marisa Miranda para caracterizar las preocupaciones de las élites de gobierno argentinas que, sobre todo desde 1930, se empeñaron en integrar la inquietud por fomentar el aumento de la población, como lo hacían los totalitarismos europeos, con una rígida convicción eugénica que instaba a colocar límites a ese fomento para que no decaiga la calidad de la raza. Véase Marisa Miranda; “La antorcha de cupido. Eugenesia, Biotipología y Eugamia en la Argentina (1930-1970)”, en *Asclepio*, Vol.LV, N°2, Madrid, 2003, pp.231-255.

651. Con el antecedente de la Liga de Profilaxis Social fundada por Nelson y González, entre otros, fue conformada la Asociación de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social a partir de un programa bio-político que se inspiró en el más destacado intérprete de Galton en el mundo latino, el médico fascista Nicola Pende. A él se debe la formulación de un proyecto utópico para el control social a través de un sistema taylorista de reproducción de instituciones para la evaluación física y moral de todos los individuos, especialmente de los “aparentemente sanos”. Sobre el tema nos hemos ocupado en Gustavo Vallejo; “El ojo del poder en el espacio del saber. Los Institutos de Biotipología”, en *Asclepio* Volumen LVI Fascículo 1, Madrid, 2004, pp.219-244; Gustavo Vallejo y Marisa Miranda; “Los saberes del poder: Eugenesia y Biotipología en la Argentina del siglo XX”, en *Revista de Indias*, Vol. LXIV N°231, Madrid, 2004, pp.425-444.

652. Víctor Mercante es quizás la figura más emblemática de una intelectualidad científica que tendió a situar al liberalismo argentino en directa correspondencia con la realidad italiana de entreguerras. Su importancia en el campo intelectual la revela el hecho de haber sido el primer argentino que se entrevistó con Sigmund Freud. Falleció en 1934 y hasta el final de su carrera -signada por la búsqueda del “cráneo estético argentino”- fue uno de los más encendidos impulsores que tuvo la “Escuela Positiva” lombrosiana en Argentina. Su deceso motivó los mayores homenajes dispensados por la AABEMS a figura argentina alguna.

Durante los años `30, los anhelos tutelares de la ciudad universitaria se reactualizaron a través de la sustitución de su anterior élite por otra que logró rápidamente apaciguar el avance reformista y acentuar el franco declive en el que ya había entrado al promediar los años `20. El golpe militar reforzó esa tendencia a partir de acciones que se valieron también de los “éxitos” de un viejo conocido, Nazar Anchorena, quien con su temprana cruzada antirreformista en La Plata instaló un modo de operar trasladado con mayor vehemencia a la órbita nacional.⁶⁵³

Ya los fermentos totalitarios de la Europa de entreguerras traían los peores augurios de “la tormenta del mundo” que se avecinaba, mientras del empeño en unir ese destino al de la Argentina surgía una nueva “máscara liberal”. Aquella que se construyó desde la instauración de “un orden que para sobrevivir, se veía obligado a violar sistemáticamente los principios invocados como fuente de legitimación”.⁶⁵⁴ La democracia representativa pasaba a ser un simulacro y bajo el signo del cuidado de las formas, nuevas élites podían cultivar estrechos vínculos con los lineamientos políticos que eran seguidos en Italia y Alemania sin por ello dejar de apelar a la raíz liberal que el conservadorismo en el poder compartía con las principales fuerzas de la oposición. Puede decirse que en torno a este principio construido a base de falsedades y también de no pocas omisiones a denunciarlas, la nueva “máscara liberal” fue la expresión de toda una cultura política nacida al calor del *crac* y la consecuente crisis que puso de manifiesto el agotamiento del modelo agroexportador de “crecimiento hacia fuera”. En la búsqueda de mantener la vieja alianza política con Inglaterra que sostuvo aquel modelo y avanzar hacia un proceso de sustitución de importaciones y fuerte intervención del Estado en la economía siguiendo lineamientos que permitían construir otras alianzas políticas, especialmente con Italia en lo ideológico, surgían las más notables paradojas. El orden conservador que se prolongó hasta 1943 durante una etapa comúnmente conocida como la “década infame”, dio lugar a una política de contrastes que tenían lugar dentro del mismo sistema instaurado bajo el signo de una fuerte restricción a las libertades. Gorelik y Ballent señalan las oscilaciones básicas de un período que se mueve entre la restauración agropecuaria y el impulso industrializador; el liberalismo doctrinario y la novedosa injerencia estatal; la defensa de intereses británicos y el nacionalismo. Oscilaciones que encuentran una clave de interpretación del período en Ezequiel Martínez Estrada y su proyección de la paradoja a verdadero motor explicativo de los “males” argentinos, para mostrar que el progreso puede traer atraso, el enriquecimiento, miseria, y la civilización, barbarie.⁶⁵⁵

653. Véase Tulio Halperín Donghi; *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, EUDEBA, Buenos Aires, 1962. Especialmente el capítulo IV “Crisis en la Nación, crisis en la Universidad”, pp.147-196.

654. Tulio Halperín Donghi; *Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003, p.14.

655. Anahí Ballent y Adrián Gorelik; “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis” (pp.143-200), en Alejandro Cattaruzza (director); *Nueva Historia Argentina. Tomo VII. Crisis Económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001, p.147.

Eran las paradojas que tenían lugar en aquello que después del golpe devino en una democracia fraudulenta,⁶⁵⁶ a la que ciertas acciones modernizadoras permitían disimular las arraigadas convicciones culturales regresivas que poseían quienes la conducían. El liberalismo en el poder cabía verlo desde aquella forma en que Taborda lo identificó en Argentina como una engañosa manera de hacernos soñar con Rousseau para que nos despertemos con Maquiavelo. Sobre esas paradojas va a asentarse una nueva relación dialógica entre Estado e intelectuales reformistas que requirió exaltar los fuertes rasgos heterónomos que poseía la ciudad universitaria. Era un diálogo de consonancias y disonancias organizadas en torno a reglas de juego impuestas desde arriba y en las que parecía resonar el viejo adagio que los conservadores chilenos mantuvieron inalterablemente desde su independencia: “Por la razón o por la fuerza”. Un adagio que en La Plata podía seguirse a través de evocaciones culturales que oscilaban entre el pasado francés y el presente italiano.

Bajo esta coyuntura histórica, el cincuentenario de la fundación de La Plata fue bastante más que un dato anecdótico, volviéndose recurrente su evocación como la de toda la llamada Generación del '80 en la que quedó inscripta la creación de la “nueva Capital” y la organización institucional del país. Orden y educación eran ahora las consignas conjugadas por el poder que se valía de la alusión al simbolismo del origen de La Plata para sobreimprimirle también la evocación a la sanción de la Ley 1420 “de educación pública, gratuita, laica y obligatoria y dada conforme a los preceptos de la higiene”.⁶⁵⁷ Ello aún cuando se reestableciera la enseñanza religiosa en las escuelas de la Provincia de Buenos Aires, suprimida cincuenta años antes por aquella ley que instituyó la separación de la Iglesia y el Estado. Es que violentar el mismo principio liberal que era invocado, fue un procedimiento habitual dentro de una dialéctica que condicionaba el mantenimiento del orden al establecimiento de un “estado de excepción” permanente.⁶⁵⁸ Celebrar la Ley 1420 y consagrar la enseñanza de religión no era motivo de fractura entre liberales y católicos, aunados desde los '30 por intereses superiores situados el deseo común de custodiar el orden establecido y conjurar tendencias radicalizadas que pudieran poner en riesgo los valores tradicionales que lo sostenían.

656. Un reciente aporte que permite comprender la lógica política que el conservadorismo aplicó durante la “década infame” en la provincia de Buenos Aires, es el de María Dolores Béjar, *El régimen fraudulento. La política en la Provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

657. El Consejo Nacional de Educación llevó a cabo una voluminosa obra retrospectiva en la que trataron de ser reunidas las principales realizaciones en materia de educación pública en Argentina desde la aplicación de la Ley 1420 hasta el momento de la edición. Bajo la insistente reivindicación de aquel origen, prosigue la exaltación de una inalterable continuidad en la política educativa que queda incluso afirmada por el lapso de ejecución de la obra titulada *Consejo Nacional de Educación. Ley 1420*: dividida en cuatro tomos, el primero apareció en 1934 y el último en 1941 (Tomo 1, *Debate parlamentario*, Buenos Aires, 1934; Tomo 2, Memoria sobre el desarrollo de las escuelas primarias de 1884 a 1934, Buenos Aires, 1938; Tomo 3, *Primera parte: Edificación escolar. Reseña gráfica e histórica de su evolución a través de 50 años*, Buenos Aires, 1941; *Segunda parte: Edificios escolares y administrativos de propiedad del Consejo Nacional de Educación*, Buenos Aires, 1941).

658. Agamben dirá que el “estado de excepción” es la forma legal de lo que no puede tener forma legal. Aquello que aparece provisoriamente en un momento del derecho para garantizar su continuidad desde la suspensión del orden jurídico y termina entroncándose con formas paradigmáticas de gobiernos de hecho. Giorgio Agamben; *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004. Podemos ver allí un rasgo característico de la cultura política argentina que fue cultivado con particular intensidad durante la “década infame”.

Dentro de esta orientación general, La Plata podía aparecer como una metáfora del orden propugnado a los ojos de quienes conducían el Estado provincial, pero también de otros sectores vinculados a la vida universitaria. Alberto Palcos, ahora Director de la Biblioteca Pública, encontraba cincuenta años después del acto fundacional celebrado por Rocha, un modelo de ciudad “por el alto propósito de unidad nacional a que respondió su fundación, por los excelsos frutos intelectuales que lleva ofrendados a la cultura, por el caudal de ensueño y de idealismo que contiene y hasta por su trazado moderno y el aire sano que se respira en sus calles”. Una ciudad que destilaba tanta armonía en sus espacios, que parecía lograr subsumir en ella a las terribles conmociones institucionales que aquejaban al país.

La ciudad establecía un espacio compartido de celebraciones, ajeno a las fuertes disputas ideológicas que signaban la aceptación o la resistencia a mandatos ideológicos que contenían tendencias fuertemente regresivas. Ellas podían orientarse hacia la búsqueda de recrear un orden social fundado en jerarquías y autoridades no racionales e iluminado por no pocas idealizaciones medievalistas invocadas para conjurar el “peligro rojo” que se cernía sobre la nacionalidad por la “demagogia” cultivada en las universidades. Eso creía el General Uriburu, quien tras largos años de formación en el ejército prusiano asumía la presidencia de la nación con un particular empeño por poner en orden al país y las universidades. En uno de sus primeros comunicados oficiales expresaba que “las casas de estudio dejan de ser establecimientos destinados exclusivamente al cultivo de las disciplinas científicas, cuando se da cabida en ellas a doctrinas filosóficas, ya sean el materialismo histórico, el romanticismo rossonianiano o el comunismo ruso, que las apartan de la actividad intelectual en el sereno y ordenado examen de los fenómenos de la vida que constituyen la ciencia, para convertirlas en focos de proselitismo interesado y de pasiones violentas o bien para servir intereses electoralistas de un partido en contra de los generales de la cultura y del orden de la Nación”.⁶⁵⁹

La represión era una inevitable consecuencia de la taxativa aplicación que fuerzas cívicas y militares hacían del programa corporativo que Leopoldo Lugones divulgó intensamente tras anunciar el advenimiento de “la hora de la espada”. Y si en la universidad platense la nueva realidad política podía ser celebrada por su Presidente, el físico Ramón Loyarte, Alfredo Palacios encabezó una resistencia que finalmente culminó con masivas cesantías, exoneraciones y encarcelamientos de quienes insinuaban algún sesgo opositor. Y claro está, se eliminaron experiencias de renovación pedagógica como las llevadas a cabo por el propio Alfredo Palacios y Enrique Mouchet que introdujeron la enseñanza del marxismo, de la cuestión obrera y de la revolución bolchevique. Una protesta estudiantil que recreaba la “gran huelga” producida una década atrás, terminó con el cierre de los centros de estudiantes, la persecución de jóvenes militantes y el encarcelamiento del Presidente de la Federación Universitaria, José María Lunazzi, y la prohibición de los actos políticos, en el marco de la implantación del estado de sitio y la ley marcial.

659. José F. Uriburu; *La obra de gobierno y de administración, del 6 de septiembre de 1930 al 6 de septiembre de 1931*, Imprenta de la Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 1931.

Por entonces, la Escuela de Ciencias Médicas, tras un fallido inicio en la Universidad provincial en 1901 bajo la conducción de Korn, y una apertura en 1919 en un clima de agitación reformista que terminó con la gestión de su organizador, Pedro Belou, ya había logrado estabilizarse y consolidar el liderazgo en la misma del Doctor Eugenio Galli. Con el ostracismo de Korn en Melchor Romero y su posterior regreso a la vida universitaria que traía consigo un definitivo desplazamiento de la medicina a la filosofía, del positivismo al humanismo, había quedado vacante un espacio para la conducción del campo médico local que Galli supo capitalizar al promediar la década de 1920. Galli atesoraba una larga trayectoria en el ejército argentino⁶⁶⁰ y hacia 1930 era un fervoroso publicista de las funciones eugénicas que cumplían las Fuerzas Armadas. La preeminente posición alcanzada dentro de la Universidad platense por Galli, podían verse en sintonía con episodios tan curiosos como la celebración del 49º aniversario de la ciudad con los consejos eugénicos brindados por Alfredo Fernández Verano, Presidente vitalicio de la premoderna Liga Argentina de Profilaxis Social, para más de tres mil personas que colmaron el gran Teatro Argentino de La Plata.

En ese contexto de aceptación de ideologías fuertemente regresivas, el poder público podía encontrar otras formas de interactuar con los espacios universitarios para garantizar el control absoluto de la situación, sin que ello dependa sólo del ejercicio de la violencia explícita. Los rápidos consensos que podían cultivar figuras como Galli en el ámbito universitario, tenían una evidencia palpable en Walter Elena, protagonista de la “huelga grande” en 1920 y tras el golpe militar, uno de los interventores que tuvo la Municipalidad de La Plata antes de ser “normalizada” en 1932, en coincidencia con los fastos del cincuentenario de la ciudad. En esa ocasión y enmarcado con la presencia del nuevo Presidente de la Nación, Agustín P. Justo y desfiles militares en la Plaza Moreno, el hecho saliente fue la inauguración de la más grande Catedral de la Argentina -que llevaba en obras los mismos años que la ciudad y fue habilitada con carencias que la singularizaron como un templo gótico de ladrillo descubierto y sin torres-, con la que quedaba emblemática la integración de la Iglesia con el Estado.

Al igual que la Municipalidad también la universidad fue normalizada cuando dio comienzo el gobierno del General Justo, a partir de acciones que llevaron el sello de todo un estilo político epocal. Una cierta flexibilidad ante la situación imperante en los claustros permitía la reincorporación de los profesores cesanteados, a la vez que se afirmaba la vigencia de los lineamientos ideológicos trazados por su antecesor.

Después del reacomodamiento del campo político y cultural llegaba un orden legitimado entonces por otras formas de construcción de consenso. Especialmente aquellas que provenían de la aceptación de reglas de juego instituidas para que participen dentro del campo político sólo quienes compartían la tradición liberal invocada. Los conservadores -liberales y nacionalistas- sumaban para esta estrategia la legitimidad provista por socialistas comprometidos explícitamente -la fracción de los

660. La incorporación de Galli al ejército databa de 1902, cuando junto a Pedro Belou se integró a la órbita de Sanidad Militar instituida al crearse el Servicio Militar Obligatorio.

“independientes” que participó del golpe de Estado y formaba parte del gobierno- y la que proveía tácitamente el socialismo tradicional con una acción parlamentaria que alcanzó también al radicalismo, cuando abandonó la “abstención patriótica” y algún conato revolucionario tras percibir la pérdida de protagonismo a manos de conservadores y socialistas. Al calor de estos acuerdos se afirmó un simulacro de democracia con la aceptación del corporativo establecimiento de espacios delimitados, como los que le permitían mantener al conservadorismo el control de las principales esferas del poder público, compartir ámbitos parlamentarios con socialistas y desde 1935 con radicales, y admitir las actividades culturales que desplegaban los primeros y cierta supremacía de los segundos en la universidad. Afuera de este sistema quedaba el comunismo y el anarquismo, que tanta incidencia cultural habían tenido en La Plata a través de emprendimientos de educación alternativa como los desplegados en la zona portuaria. Ambas expresiones quedaron tipificadas legalmente como delictivas en 1936,⁶⁶¹ y al mismo tiempo fue virtualmente proscrita toda intervención política que el socialismo desplegara más allá del centro de la ciudad, donde la visibilidad generalizada y el orden urbano reforzaban los mecanismos de autocoacción que impedían posibles desbordes.

Aunque efectivamente existieron desde grupos vinculados a la vida universitaria importantes expresiones de oposición a la política imperante identificándose a sí mismos como “antifascistas”, ello no hacía sino transparentar las profundas divisiones ideológicas que efectivamente existían.⁶⁶² Sin embargo, lo más curioso eran los consensos tácitos que en cierto modo socavaban esa oposición. En un contexto de fuerte restricción a las libertades, Graciano ha señalado cómo en sectores de izquierda fue produciéndose un corrimiento hacia el liberalismo, en el afán de acceder al menos a una conquista de las libertades políticas e individuales, esto es de la “libertad a secas”. La realidad europea y la española en particular, podían en tanto constituirse en una válvula de escape para tantas autocoacciones de la izquierda local. Orfila Reynal viajó a España en 1936 para conocer la obra educativa que llevaba adelante el gobierno de la República, y Lunazzi en 1937 se alistó con las milicias anarquistas de los frentes de guerra de Barcelona, Valencia y Madrid.

En un llamativo contraste, autoridades provinciales que no ocultaban su adhesión a la falange española y participaban de una revisión de la historia nacional que llegó a convertir en objeto de homenaje a la dictadura de Juan Manuel Rosas, sostenían en La Plata un orden en el que las evocaciones al proceso de organización nacional iniciado hacia 1880 fue un preciso punto de articulación con otras fuerzas políticas. Y precisamente buscaban amalgamar esos acuerdos con emblemas de la tradición liberal que aparecían en los '30 para legitimar las nuevas formas adoptadas

661. Aunque desde 1930 el comunismo y el anarquismo fueron el blanco de abundantes acciones represivas del Estado, ellas cobraron una inédita visibilidad legal en el gobierno provincial de Manuel Fresco. Véase “Decreto dictado por el Gobierno del Dr. Manuel Fresco con fecha 20 de mayo de 1936, prohibiendo la propaganda comunista en el territorio de la Provincia”, en Manuel Fresco; *Un Gobierno, un Gobernador, un Obispo. Palabras claras y actos concretos*, Publicación Oficial, La Plata, 1936, pp.19-21.

662. Otro ex ulpiano, Julio Sánchez Viamonte tuvo a su cargo la presentación ante la Corte Suprema de Justicia provincial de una denuncia de inconstitucionalidad de la norma que prohibió al comunismo. También hizo lo propio en la Legislatura, en su condición de diputado.

por el evolucionismo gradualista en el sostenimiento del orden vigente. Allí confluía una recreación del mito de origen que en La Plata quedó plasmada en textos que lograban construir consensos políticos desde una compartida celebración de la figura de Rocha, el fundador de la ciudad y la de González por protagonizar la “segunda fundación” que tuvo lugar al producirse la nacionalización de la universidad.⁶⁶³

Imágenes del pasado francés

La ciudad universitaria se vio inmersa en los años `30 en un marco que destilaba la imagen de armonía general y orden formal sugerida por las evocaciones conjuntas al cincuentenario de La Plata y de la Ley 1420. Después del letargo provocado por las crisis, La Plata exhibía un momento de esplendor, signado por el encanto que le daba el verde urbano en espacios públicos, tras acciones que recogían la herencia del higienismo finisecular y propósitos de embellecimiento urbano que propagaron el refinamiento francés en el ordenamiento de plazas y jardines. Tilos y plátanos en las calles y avenidas ofrecían ya una clara fisionomía vegetal que comenzaba a confundirse con el bosque preexistente, mientras precisas intervenciones lograban disciplinar el avance natural a través de insistentes reinvocaciones al jardín francés volcadas en estatuas, fuentes, y setos, distribuidos simétricamente en cada espacio que permitía situar una nota de amenidad culta. El bosque y las plazas fueron objeto de transformaciones dirigidas en este sentido, pero además cada uno de los palacios del poder público dieron lugar a refinados ensayos paisajísticos en los jardines que los rodeaban, mientras eran eliminadas sus verjas perimetrales como un signo de que la modernidad también tenía su lugar en el afianzamiento de la ciudad como un espacio ordenado. Los edificios pertenecientes a la Universidad estuvieron dentro de las pocas excepciones a la “piqueta” modernizadora que en los años `30 se empeñó en asociar el orden en los espacios públicos con la desaparición de las interferencias físicas.

El armonioso complemento de esta imagen fue buscado en a través de la transformación del frente en la mayoría de las escuelas inauguradas por D´amico y Paz en La Plata. A la impronta nórdica con la que Altgelt las dotó para darles una particular singularidad dentro del neoclasicismo cultivado en el Río de la Plata, se sobrepusieron respuestas que oscilaron entre la sobriedad clásica de los estilos franceses y la disciplinada novedad de un *Art Decó*, muy contenido, que representaba eficazmente la pulcritud requerida desde el discurso higienista.

663. Luego de distintas publicaciones aparecidas en torno al cincuentenario de la ciudad, fue realizada una cuidada obra colectiva por la Municipalidad de La Plata e intelectuales socialistas en 1939 para conmemorar el centenario del nacimiento de Rocha. Titulada *La Plata a su fundador*, fue dirigida por Guillermo Korn y contiene textos del Intendente, Luis M. Berro y Anibal Sánchez Reulet. Completan la obra retratos de las más destacadas figuras públicas, empezando, claro está, por Dardo Rocha y prosiguiendo con Manuel Fresco. A ello se suma una muy rica galería de fotos de la ciudad que comprenden la notable saga provista por Horacio Cópola. Por su parte, en el centenario del nacimiento de Joaquín V. González, el presidente de la Universidad, el liberal Ricardo Levene impulsó la compilación de las *Obras Completas de Joaquín V. González*, y por un proyecto que el socialista Alfredo Palacios elevó al parlamento, los veinticinco volúmenes que comprendió fueron publicados a partir de 1935 por el Honorable Congreso de la Nación.

El paisaje urbano buscado principalmente a partir de la transformación de las escuelas de La Plata, tuvo el significativo refuerzo de la impronta de Palacios para la cultura y la educación que compartieron en su ubicación una tendencia a ocupar el corazón de la ciudad con iniciativas complementarias a las que habían dotado de una identidad educacional y científica al bosque, atento a un anhelo que desde hacía tiempo permanecía en estado latente. El camino que iba de la localización de la cultura científica en el bosque hacia el centro, fue desde la segunda mitad de la década del '20 crecientemente demandado para matricular los deseos de afirmar la idea de que toda La Plata era la ciudad universitaria.

Uno de los Palacios del cincuentenario encontró su anclaje material en una obra ya existente. Nos referimos al Pasaje Dardo Rocha, surgido de una importante transformación llevada a cabo en la vieja Estación del Ferrocarril, por la que ésta fue reacondicionada con fines culturales. La idea comenzó a poco de inaugurada la Estación cuando las interferencias que ocasionaba su localización en el corazón de la ciudad, hicieron ver la escasa conveniencia de reemplazar el destino de teatro previsto por el plan fundacional para el sitio que ocupó. Desde aquel designio cultural podía en 1885 idearse el albergue para la aún inexistente Universidad, algo que veinte años más tarde ante la inminencia de la construcción de la nueva Estación y la inauguración de la Universidad Nacional sería retomado para precisar la voluntad de convertirlo en una suerte de Palacio de la Extensión Universitaria. Tampoco esta idea prosperó, aunque el obligado desuso provocado por la puesta en funcionamiento de la nueva Estación en 1908, reabrió la posibilidad de repensar su destino. La vieja Estación quedó bajo la órbita de distintas dependencias de la burocracia provincial,⁶⁶⁴ hasta que en 1922 comenzó a ser utilizada para la Exposición Feria Anual de Muestras. La óptima adecuación a estas nuevas funciones culturales que se prolongaron por tres años, fue un anticipo del reciclaje decidido en 1928 por el Gobernador, Luis Monteverde, un sobreviviente del equipo de técnicos que acompañó a Rocha en el plan fundacional de la “nueva Capital” y también a la Sociedad Científica cuando en 1886 instaló una Sección suya en La Plata. Monteverde pretendía que ese edificio sea “un sobrio palacio francés”, para destinarlo a sala de concierto, pequeños teatros y un gran vestíbulo central para exposiciones. Las obras de remodelación estuvieron a cargo de Enrique Quinke y Darío Cooke, Arquitectos del Ministerio de Obras Públicas de la Nación, consistiendo en tres operaciones fundamentales. La primera tuvo que ver con el cierre de la antigua embocadura que servía de acceso a los ferrocarriles por calle 49, a través de la construcción de un cuerpo que hizo simétrica la planta cuadrangular del hall principal. La segunda, con la introducción de una mansarda aventanada, de muy importantes proporciones en su casi vertical desarrollo que permitió introducir un nivel de uso más y diluir los rasgos italianizantes que caracterizaban al edificio desde que sus originarias mansardas fueran consumidas por un incendio en 1888. Y la tercera, con el reemplazo de la tradicional bóveda de hierro

664. Allí funcionó el Telégrafo de la Provincia, el Boletín Oficial, la Caja Popular de Ahorros, la Dirección General de Registro Civil, reparticiones del Distrito Militar y la Secretaría del tiro Federal.

de las Estaciones ferroviarias por una estructura reticulada de hormigón, que se adecuaba a los lineamientos estilísticos del edificio sin renunciar a la iluminación cenital.

La inauguración del Pasaje Dardo Rocha coincidió con la designación de Emilio Pettoruti al frente del Museo Provincial de Bellas Artes que encontró en el nuevo edificio un adecuado ámbito para el funcionamiento. Había sido el propio Pettoruti quien, aún desde su modernismo militante, realizó las gestiones para asentarse en ese palacio y tener “el Museo en el centro mismo de la ciudad, puesto bajo las narices del público, de los intelectuales, de los estudiantes universitarios y de los estudiantes de Bellas Artes”.⁶⁶⁵

El clasicismo francés del Pasaje situado frente a la Plaza San Martín, encontró un directo correlato en la Plaza Moreno cuando, casi simultáneamente, la misma oficina de proyectos de la nación (el Ministerio de Obras Públicas) se hacía cargo de las obras de la Escuela Normal de Señoritas en calle 14 entre 50 y 51. Sus dimensiones sobrepasaron con holgura las Escuelas anteriormente habilitadas en La Plata, quedando sólo a la zaga del proyecto de la Escuela de Artes y Oficios que nunca llegó a completarse tras la drástica reasignación de sus funciones para servir de Cárcel. La iniciativa condensaba a su vez una nueva evocación al fundador, que permitía exaltar la pertenencia anterior de la manzana donde quedaba inaugurado el nuevo Palacio de la educación -aunque no su tenaz resistencia a desprenderse de ese bien para que quede en manos del Estado-.

Mediatizada por estas experiencias educativas y culturales del centro de La Plata, la universidad retomó la iniciativa de extender sus alcances a la manzana que también estaba situada frente un espacio verde. En este caso era la Plaza que afianzó su denominación de Rocha merced al monumento levantado por el escultor César Sforza, consistente en una obra de planta romboidal, con vértices anulados por las secciones de cuatro pilares. Un friso escultórico de 15 metros de desarrollo contiene figuras esculpidas dentro de una generalizada estética *Art Decó*, cuyos motivos centrales son “El despertar de la creación” situado sobre la escultura del fundador y a ambos lados “El crecimiento poblador” y “La armonía y la sabiduría”, como simbolización plena de la ciudad universitaria. Frente suyo Ricardo Levene, quien reasumió en 1932 como Presidente de la Universidad, logró impulsar un nuevo edificio universitario con cambios significativos operados sobre la anterior propuesta de Belgrano Blanco para ese sitio. Conjugando el repertorio que simultáneamente era utilizado para transformar los frentes de las escuelas, el monumento *Art Decó* se complementó con un atemperado estilo francés que denotaba el descenso del fervor arielista, al que se sobreponía la impronta imperecedera dejada por la cultura francesa en las élites locales. Esa situación podía verse favorecida a su vez por el papel activo que en los años `30 ejercía la Alianza Francesa, que había fundado dos décadas antes en La Plata Emilio Coutaret. En ese sentido, la notable intensidad que cobró el arielismo en el campo cultural local, podía prolongarse en la universidad platense en prácticas que incluían la eliminación del pago de aranceles a estudiantes provenientes de países limítrofes, pero no en el carácter de las obras públicas netamente urbanas. Las denuncias de Henríquez Ureña por la

665. Emilio Pettoruti; *op. cit.*, p.226.

fascinación que despertaba el “ambiente trivial del Bulevar” y “la mala imitación de Versalles”, anteponiéndose al “decoro de la arquitectura española”, no modificaron una situación que pareció poner en evidencia en La Plata la inadecuación de lo hispano a las necesidades de representación que tenía la arquitectura del poder en el centro de la ciudad. El edificio comprendía, efectivamente, a la Escuela Superior de Bellas Artes, pero no se limitaban a ella. Es más, quedaba desplazada su prioridad hasta ser sólo un complemento del sitio que prácticamente desde la fundación de La Plata venía buscando la Biblioteca Pública para poder instalarse definitivamente. Era un edificio francés que permitiría a Levene jactarse de inaugurar con él a la primera Biblioteca del país levantada en un ámbito concebido especialmente para albergar esa actividad. Y era también el lógico complemento de anteriores gestiones de Levene que condujeron a la fundación del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, sobre la base de la documentación reunida de ministerios y cámaras legislativas, para que funcione en relación con la Dirección General de Escuela y la Universidad platense, contribuyendo a la formación histórica de los maestros y al desarrollo de investigaciones originales.⁶⁶⁶

El paso de los años `20 había moderado las valencias atribuidas al arte, tanto como instrumento de moralización o bien de independencia cultural, originando una crisis señalada por quienes como Pettoruti pretendían renovar los moldes americanistas e hispanistas que seguían siendo sostenidos en la Escuela Superior de Bellas Artes y sólo podían hacerlo en La Plata fuera de la Universidad. El declive de un arte derivado de las directas sugerencias arielistas en esa institución coincidía con la creciente importancia del Museo de Pettoruti que, podía articular su modernismo radical con el marco clasicista del edificio que lo contenía, como expresión de ciertos anhelos culturales de las élites liberales de los años `30. Levene reconduciría el hispanoamericanismo de la búsqueda de un arte propio hacia la profundización de los intensos vínculos académicos iniciados en la primera década del siglo XX, con la llegada a La Plata de investigadores beneficiados por las becas de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. De allí provenía la propuesta que, en 1934, le hizo a Levene Manuel García Morente, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad madrileña, de asumir la representación oficial para construir un pabellón argentino en la ciudad universitaria de Madrid que habría de sumarse a los ya existentes de Francia y Alemania. Levene se inspiró también en García Morente al proponer crear en La Plata Comedores estudiantiles similares a los que existían en Madrid.⁶⁶⁷

Mientras tanto, el cincuentenario del nacimiento de La Plata, instaba a producir en la propia Universidad importantes redefiniciones que desplazaron las anteriores prioridades artísticas e hispanistas, para dar prioridad a complementar la búsqueda de saldar asignaturas pendientes que provenían del plan fundacional de la ciudad. Si con el edificio para la Biblioteca se consumaba una vieja aspiración de completar en esta ciudad los pilares de la ciencia positiva, con la Escuela Normal,

666. Andrés Allende; *op. cit.*, p.22.

667. Andrés Allende; “Ricardo Levene, Presidente de la Universidad Nacional de La Plata” (pp.15-34), en *Trabajos y Comunicaciones* N°20, La Plata, p.24.

la nación reemplazaba mediante una obra de mayor significación a aquel establecimiento proyectado por Altgelt que puso en marcha Mary O'Graham y que pasaría a manos de la Universidad, para quedar a salvo del generalizado cambio de fachada y convertirse en el "Liceo Víctor Mercante".

El Pasaje con su Museo de Bellas Artes, la Biblioteca, y el Palacio de la educación, eran los nuevos emblemas de un diálogo con el pasado que los fastos del cincuentenario de La Plata instaban a entablar. La insistente alusión a los orígenes permitía disimular las confrontaciones políticas del presente motivadas por divergentes formas de entender la integración de lo social a la cultura política y sobreponer acuerdos catalizados por la función unificadora que ejercía el mito fundacional.

El liberalismo finisecular reinvocado enmarcaba la emergencia de nuevos Palacios laicos, a la vez que ofrecía una vía integradora de la tendencia que también el idealismo había alimentado en los '20 con su cruzada antipositivista y por la cual la Iglesia pudo ver acrecentada una inserción social matizada en la ocupación física del centro mismo de la ciudad. La expansión de las instituciones educativas católicas en La Plata había comenzado en la década de 1910 y se intensificó en la década siguiente para volverse particularmente visible en la configuración del entorno inmediato de la Plaza Moreno, donde las obras de la Catedral avanzaban a la par de Colegios católicos (San José y María Auxiliadora) que mantenían sus espacios de clausura con tradicionales Internados, carentes de la interacción externa que poseía ULPI. Allí podía identificarse nuevamente al objeto de la vieja crítica sarmientina preocupada obsesivamente por la perduración en el centro urbano de rasgos culturales de la ciudad colonial española. Sin embargo las evocaciones se habían desprendido de aquellas antinomias y el objetivo ahora era fundir armónicamente ambas tradiciones hegemónicas, especialmente después de 1930, cuando aquel objetivo de formar la élite dirigente a través de ULPI, había sido cooptado por sectores católicos con claros resultados: un egresado del Colegio San José ocupaba la vicegubernación, mientras que otros poseían bancas en la Legislatura e importantes cargos en las Fuerzas Armadas y en la universidad platense.

Con los nuevos Palacios laicos del cincuentenario de La Plata en el eje cívico -Pasaje Dardo Rocha-, en el centro geográfico -Escuela Normal- y en la Plaza Rocha -Biblioteca Pública-, la ciudad universitaria parecía arribar a un ilusorio reencuentro con sus orígenes, para representarse a sí misma como la consumación de un programa iluminado por las imágenes de un republicanismo francés que enmarcaban las constantes invocaciones a la tradición liberal.

Imágenes del presente italiano

Mientras la ciudad universitaria afianzaba en los años '30 su identidad proyectándose hacia el centro urbano con nuevas realizaciones, en el bosque el Observatorio Astronómico y el Museo de Ciencias Naturales mantenían su reconocimiento científico internacional, con el prestigio que podían darle Félix Aguilar -Presidente provisional de la Universidad platense cuando se reformaron sus Estatutos- y el naturalista español Ángel Cabrera. En el orden nacional, la importancia de esas instituciones estaba directamente asociada a las utilidades advertidas por el Estado, poniéndose particularmente de

manifiesto cuando razones geopolíticas inscriptas en la antesala de la Segunda Guerra Mundial, derivaron en un impensado estímulo del Estado a la ciencia argentina y particularmente a las inquietudes de Aguilar y del Observatorio platense que dirigía. En ese contexto Aguilar revitalizó el anhelo de Dardo Rocha de llevar a cabo en La Plata la medición de un arco meridiano argentino para realizar la carta del territorio y sus acciones convertidas en “razón de Estado” encontraron el respaldo de una ley nacional de 1936.⁶⁶⁸

En el sector oeste del bosque, entre las Facultades de Agronomía y Veterinaria, la Escuela de Ciencias Médicas acrecentaba su protagonismo convirtiéndose en Facultad e impulsando la transformación de las modestas instalaciones con las que había empezado a funcionar bajo la dirección de Belou recién en 1918, tras largos debates que prosiguieron a la originaria propuesta de crear un “Liceo de Medicina”, surgida en 1908 de una figura del Museo, el alemán Roberto Lehmann Nitsche.⁶⁶⁹ En tanto que sobre el originario *campus*, el Colegio Nacional, la Escuela Graduada Anexa y nuevas Facultades vinculadas a saberes profesionales, completaban la planta edilicia de la universidad en un sector de la ciudad que fue objeto de nuevos fines sobreimpresos por el Estado provincial. En efecto, promediando la década del '30, el bosque platense ya había sido convertido en el espacio predilecto para la afirmación del ideario antidemocrático de figuras centrales del conservadorismo argentino. Aunque ese ideario no se desentendiera demasiado del pensamiento de quienes habían puesto en marcha la universidad gonzaliana y de hecho ofrecía notables líneas de continuidad, su aplicación en La Plata ahora generaba cierta redefinición de los sentidos asignados al bosque. La incorporación a ese espacio de símbolos de la cultura política comenzó cuando un viejo proyecto de 1906 de levantar un monumento a Mitre “en su condición de civil” en la Plaza Moreno, fue desempolvado por la intervención federal de 1930 para llevarlo al bosque (frente al estadio de Gimnasia), donde Alfredo Bigatti inmortalizaría a Mitre en su condición de civil, pero ahora también de militar.

Ya aquella asimilación del bosque con una suerte de recreación moderna del mítico Jardín de *Akademos*, originada en el mismo plan fundacional de la ciudad, comenzaba a desplazarse hacia otros sentidos que confluirán en la construcción de una gran metáfora de la idea de Nación proclamada por Manuel Fresco, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1936 y 1940.

668. La ley 12.334 estableció en 1936 fondos durante un plazo de doce años para la medición del arco argentino y al año siguiente el gobierno nombró una Comisión honoraria integrada por el Coronel Baldomero de Biedma por el Instituto Geográfico Militar; el Teniente de Navío Melchor Escola por el Servicio Hidrográfico de la Armada; el ingeniero Eduardo Baglietto por la Universidad de Buenos Aires; Monseñor Fortunato Devoto por la Universidad Nacional de La Plata; ingeniero Julio Tezanos Pinto por la Universidad de Córdoba; el Dr. Joaquín Frenguelli por el Museo de La Plata; y Aguilar que presidía la Comisión. Aguilar también prestó sus servicios científicos al Estado como miembro de Comisiones de límites argentino-bolivianas (1939) y argentino-chilena (1941), recreando un rol cumplido desde el Museo platense por Francisco Moreno. Sobre Aguilar y sus principales inquietudes desplegadas en el Observatorio platense puede verse José Babini; “La medición del arco”, en *Todo es Historia* N°116, Buenos Aires, 1977, pp.29-39.

669. La Escuela de Medicina fue organizada en 1918 por el uruguayo Pedro Belou quien encargó la realización de sus primeras instalaciones al ingeniero Antonio U. Vilar.

Médico higienista e impulsor de la eugenesia, Fresco había sido Director de Salubridad de la Provincia de Buenos Aires y representaba el fiel reflejo de las paradojas de la cultura política gestada en la “década infame”. Ser nacionalista católico no implicaba que dejara de invocar la tradición liberal de la Nación, del mismo modo que proceder de la “vieja oligarquía” y formar parte de los fuertes intereses ferroviarios británicos, no le impedían auto representarse como un interlocutor directo de Benito Mussolini y más aún, como el principal ejecutor de sus ideas en Argentina.

Durante la gobernación de Fresco tuvo lugar un amplio plan de obras públicas que priorizó la creación de íconos futuristas para albergar las principales instituciones de pueblos agrícolas de la Provincia (Municipalidad, Mataderos, Cementerios, etc.), construyendo desde esos contrastes con el medio rural la imagen de la promesa de modernización que llegaría de la ciudad al campo. Si como vimos, liberales argentinos nucleados en torno al Museo Social y a la universidad gonzaliana, tematizaron una interacción entre la ciudad y el campo desde la custodia de valores tradicionales de una economía esencialmente agrícola, el problema ahora se complejizaba y cobraba otros sentidos. La gestión de Fresco preocupada por moralizar la ciudad a través de contenidos culturales fuertemente regresivos, introdujo en el campo aspectos altamente modernizadores a través de un vasto plan de obra pública dirigido principalmente a urbanizar lo rural para potenciar su productividad y crear espacios para el ocio capaces de absorber a nuevas franjas sociales de las poblaciones urbanas. Y si desde la definición de esas prioridades se explica la virtual ausencia de La Plata dentro del plan de obra pública, también radica el motivo de su presencia como la contraparte necesaria: lo hacía a través de su bosque que era la presencia ejemplar del campo en la ciudad, representación del afán moralizador y también de los valores inculcados por la medicina social en las poblaciones urbanas.

Fresco, situó su programa de gobierno dentro de una cruzada de regeneración política y física a la vez, para conjurar el estado degenerativo al que había conducido la democracia, afectando la salud de las instituciones y de la raza. A la democracia se debía que la Argentina tuviera “una raza débil e incapaz” después de haber poseído una “juventud siempre viril, apta para la lucha en campo abierto” que “no necesitó nunca de la protección de las sombras”.⁶⁷⁰ Y si el razonamiento reinstalaba cierta vocación antiurbana también aludía al factor disgénico atribuido al cuarto oscuro, puesto que votar en secreto iba en contra de la libertad y la virilidad, significaba un “aberrante” “acto furtivo” ejecutado “bajo el manto de las sombras” por el cual se trasladaba “al ámbito de la conciencia pública el sigilo de la conciencia privada”.⁶⁷¹ En definitiva, el voto secreto instalaba el hábito degenerativo de evitar que cada uno se haga responsable de sus ideas, o más bien evitaba la publicidad de las ideas, motivando por otra parte la necesidad del Estado de valerse de otros instrumentos para detectarlas y así poder evaluar la conveniencia “patriótica” de tolerarlas o no de acuerdo a la menor o mayor proximidad que tenían al comunismo y al anarquismo.⁶⁷² En la invocación a la trilogía “Dios, Patria,

670. Manuel Fresco; *op. cit.*, p.12.

671. *Ibidem*, p.29.

672. Fresco se adelantó a otras jurisdicciones en promulgar un “Decreto contra el comunismo”, bajo los

Hogar”, recaía la fuente de legitimidad de toda acción regenerativa que, como Fresco alertaba, urgía aplicar para recobrar en la raza argentina “la fibra y el temple de los varones que fundaron la República e hicieron grande la Nación”.⁶⁷³ De eso debían percatarse los estudiosos, “los maestros en las universidades, en los parlamentos, en los ministerios”, vale decir todos aquellos que desde su esfera de actuación debían acompañar esta “gesta patriótica”.

Fresco encontró en el bosque platense las condiciones ideales para que el contraste de sus intervenciones con la obra pública en el medio rural se complementara con la configuración de una gran metáfora de los contenidos culturales de su gestión de gobierno. El bosque sería una verdadera representación de la política de fomento del vigor racial a través de la educación física y el uso de desfiles cívico-militares para afirmar el tipo eugénico ideal. Estas acciones, avaladas por el tránsito del evolucionismo gradualista a la “biología política” experimentado en liberales argentinos, contaron con la estrecha colaboración de la AABEMS, de la cual fueron miembros fundadores en 1932 importantes figuras de la universidad platense como Nelson, Mercante, Abeledo, Besio Moreno, Galli y tuvo en Palacios a un estrecho colaborador.⁶⁷⁴

A poco de asumir su gestión de gobierno, Fresco tomó el modelo italiano de la *Opera Nazionale Balilla* para crear la Dirección de Educación Física y Cultura de la Provincia de Buenos Aires (DEFyC), primer organismo de su tipo instituido en la esfera del Estado en Argentina. Desde allí, Fresco promovió la introducción en las escuelas del “gabinete de antropometría como elemento clasificador de aptitudes”, valiéndose del desarrollo que tenían estos estudios desde hacía tres décadas en la universidad platense por impulsos de Mercante, Senet y Calcagno, que éste último prosiguió dentro del mismo ámbito académico dirigiendo el Laboratorio de Psicología Experimental.⁶⁷⁵ Con la

siguientes fundamentos: “El gobierno de la pcia de Bs As tiene el honor de advertirle al país que ha sido el único, hasta el momento, que ha tenido la decisión de suscribir un decreto persiguiendo al comunismo”, reprimiendo “esta orientación social, cuya bandera de odio, de sangre y de destrucción hace enrolar en sus filas a los desesperados, a los fracasados, a todos los que quieren la conquista rápida de la felicidad en la vida sin esfuerzos, a aquellos que desean la descomposición progresiva y aguda de esta democracia argentina, a todos aquellos que maquinan la destrucción de la familia y el hogar, a todos los que son partidarios del amor libre y a los que pretenden canjear la bandera azul y blanca -que como dijo un ilustre pensador nuestro, no ha sido nunca atada al carro triunfal de ningún vencedor extranjero- por la roja de la Estepa, traición que no hemos de consentir jamás como gobernantes, como ciudadanos ni como hombres, aunque tengamos que proceder con toda energía”. Manuel Fresco; *200 días de gobierno*, La Plata, 1939, p.14.

673. Manuel Fresco; *Un Gobierno...*, *op. cit.*, p.12.

674. Nelson fue uno de los pilares de ULPI que también contó con el desempeño de Abeledo. Mercante fue el creador de la Sección Pedagógica, luego Facultad de Ciencias de la Educación. Besio Moreno fue Decano de Ingeniería y vicepresidente de la Universidad, y finalmente Eugenio Galli sería Decano de Medicina. Sobre la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, véase Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.* Especialmente “La eugenesia y sus espacios institucionales en la Argentina del siglo XX”, pp.145-192.

675. Fresco se apoyaba aquí en los antecedentes de la universidad platense y también en la simultánea acción que venía desplegando la AABEMS impulsando la aplicación de la Ficha biotipológica en las escuelas. De inspiración italiana, la Ficha constituía en un tema central de la corriente eugénica impulsada por Nicola Pende, basada en una integración de diversas teorías biológicas utilizadas para instaurar fuertes dispositivos de control social. Para los eugenistas argentinos la Ficha era el medio para recabar informaciones hereditarias y ambientales que llegaron a ser integradas en la escuela de una forma muy particular. Como los datos hereditarios tenían una “base científica indiscutible del proceso ulterior de clasificación y gradación de los alumnos”, éstos debían

DEFyC se venía a institucionalizar en la burocracia estatal materiales fuertemente ligados a la “Escuela de La Plata”, que contenían también la inquietud gonzaliana por integrar el deporte a los contenidos educacionales.

A esos antecedentes locales se agregaba la verdadera devoción por la acción de gobierno italiano que derivaba en inmoderados deseos de emular sus resultados. Aún estaba fresca en la memoria de muchos la visita de las *balillas* mussolinianas, aquel equivalente italiano de las juventudes hitlerianas, que desembarcó en el puerto de Ensenada a fines de julio de 1935. En ese momento arribaron a La Plata 150 *marineritti* que eran la “expresión de los nuevos métodos pedagógicos que bajo influencia del fascismo se implementaron en la península”. *El Argentino* los presentaba como aquellos jóvenes que aparecían en las estampas más conocidas de Benito Mussolini, “chiquilines arrogantes que adelantan los pechos y levantan el brazo haciendo el saludo a la romana”.⁶⁷⁶ Siendo *El Argentino*, el diario más afín a los intereses de intelectuales independientes vinculados a la vida universitaria local, su opinión ante tal evento cobraba especial significación. Se trataba para ese medio informativo de “una magnífica oportunidad para decir de qué calidad es la obra que realiza el fascismo italiano en los sectores de la juventud y la niñez (...). La organización, perfectamente militarizada, por otra parte, no es exclusiva para varones y en su aspecto femenino adquiere una importancia específicamente italiana y mayor (...). Representan, pues, nuestros pequeños visitantes el espíritu educacional de un pueblo amigo, cuyas ideas políticas pueden o no coincidir con las que tienen mayor difusión entre nosotros, pero cuya decisión para enfrentar el porvenir es admirable desde todo punto de vista”.⁶⁷⁷

Tras ser recibidos con todos los honores en grandes actos públicos por el Intendente, autoridades provinciales y universitarias e importantes figuras de las fuerzas armadas, estos jóvenes formados bajo la égida de la *Opera Nazionale Balilla*, llevaron a cabo un itinerario con tres destinos muy significativos: la Plaza San Martín, en la que dejaron una ofrenda al prócer, el Museo y el frigorífico Swift de Berisso. Las ideas de patria, ciencia y trabajo, quebaban matizadas en el culto a lo nacional, la admiración de los logros científicos y el aprecio por la tarea perfectamente organizada en el principal enclave obrero de la región.

Con la visita de las *balillas* se sondeó un clima general que demostraba aceptar las reglas del establecimiento de un orden duradero sin que a éste debiera condicionarlo el respeto a principios democráticos. Si en 1923, la primera demostración pública de adhesión al fascismo que Lugones formuló en el Teatro Argentino de La Plata, motivó en los reformistas del grupo Renovación una vehemente reacción desde las páginas de *Valoraciones*,⁶⁷⁸ una década más tarde, las ostensibles

complementarse con los exámenes de promoción durante el curso escolar. La calificación final ya no sería sólo el resultado de un quizás “engañoso” desempeño, sino del promedio de los datos que proporcionaba esa evidencia con los más “científicos” aportes surgidos del conocimiento de la herencia.

676. *El Argentino*, La Plata, 30 de julio de 1935.

677. *Ibidem*.

678. Lugones en ese acto demostraba defender “lo que fustigara durante toda su vida por considerarlo una

demostraciones de mimetización con la política italiana ya no parecían escandalizar en igual medida. El tema fue motivo de ambigüedades, como puede advertirse cuando el 14 de julio de 1935, en una fecha tan simbólica como lo era el lugar escogido, el Salón *La Gauloise* de La Plata, se reunió el Ateneo Radical para pronunciarse frente al momento político. Mientras el joven dirigente reformista, Ricardo Balbín, instaba a que su partido, tras abandonar la política abstencionista, actúe en la ciudad universitaria “combatiendo al fascismo en la Cátedra y derrotándolo en la calle”, otro Profesor de Derecho, Leónidas Anastasi no estaba tan seguro de esa sentencia, distinguiendo aquella doctrina de una circunstancial mala aplicación local. Aquellos son movimientos conducidos por “dirigentes salidos del pueblo, que saben ser conductores de masas, mientras que los fascistas criollos sólo conocen los recintos aristocráticos del Jockey Club”.⁶⁷⁹

Sólo un año después de la visita de las *balillas*, actos similares comenzaron a tener lugar en el bosque con la casi imperceptible diferencia que establecía el reemplazo de aquellos *marineritti* por escolares platenses. El bosque pasó a ser el principal escenario de estas actividades, verdadero *locus* para la representación del deporte militarizado como expresión de una cultura científica puesta al servicio de la necesidad del Estado de disponer de una importante dotación de “cuerpos sanos”. Era un instrumento de educación popular, un eficaz medio de propaganda, un dispositivo de control del tiempo libre de los jóvenes y a la vez un importante factor de disciplinamiento individual y colectivo. El deporte, entendido desde una perspectiva italiana, también buscaba preparar con los niños en la escuela “fuerzas organizadas, jerarquizadas y disciplinadas, útiles al ejército nacional”, en sintonía con las ideas centrales propugnadas por Eugenio Galli, quien ya había dejado el Decanato de Ciencias Médicas de La Plata para hacerse cargo de la Dirección General de Sanidad del Ejército.⁶⁸⁰ Fresco también retomaba el antecedente de los batallones escolares creados por inspiración de Mitre ante la eventualidad de un conflicto armado con Chile. Después de que el tema se desligara de las escuelas para derivar en 1902 en una institución autónoma, el Servicio Militar Obligatorio, Fresco se empeñaba en reunir la esfera educacional y la militar bajo el factor cohesivo atribuido a la Educación Física.⁶⁸¹

rémora en la conciencia de los pueblos. El hombre avanzado de ayer, aparece de antuvién levantando una bandera reaccionaria y ridícula, como pudo hacerlo cualquier ganadero elemental del Jockey Club o cualquier pintoresco militar de tierra adentro”. Carlos Amaya; “Leopoldo Lugones”, en *Valoraciones* N°1, pp.50-51.

679. *El Argentino*, La Plata, 15 de julio de 1935.

680. El eugenismo argentino de entreguerras tematizó ampliamente la función ejemplarizadora de los desfiles militares en la mejora de la raza. Eugenio Galli, figura de destacada actuación en la universidad platense, volcó esta inquietud en diversos trabajos. Véase de este autor “Ejército y Eugenesia”, en *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social* (en adelante ABEMS) N°3, Buenos Aires, 1933, p.9; y “Contribuciones del ejército en la Higiene Social”, en *ABEMS* N°9, Buenos Aires, 1933, p.2. Polemizaron con él otros dos eugenistas: Enrique Romero Brest y Carlos Bernardo de Quirós. El primero, desde una perspectiva anclada en las *public school*, reclamaba para la Educación Física una autonomía de aquellos objetivos que la asociaban con las prácticas militares, mientras que el segundo pensaba que para el mejoramiento de la raza era inconveniente reclutar a los mejores exponentes, sacrificando su etapa más propicia para reproducirse. Estos eran sólo matices de un cuerpo de ideas compartido por todos ellos, incluso por Fresco en quien podía hallarme mayores afinidades con la postura de Galli.

681. En 1913 existieron intentos de reestablecer los Batallones Escolares asociados al cultivo de la Homicultura, en referencia a la vertiente eugénica creada en Cuba. Ese año la Sociedad Sportiva Argentina los impulsó en el Congreso del Niño celebrado en Buenos Aires. José Moreno; “Batallones Escolares, la Educación

Para Fresco era necesario “modelar el verdadero carácter del niño y del joven” contrarrestando la “marcada tendencia a ser indisciplinado, rebelde a todo principio de autoridad, ya se manifieste en el hogar paterno o en la sociedad. El deporte es disciplina, es sujeción, es obediencia”.⁶⁸² Ya Mercante había detectado “científicamente” la preeminencia de la indisciplina en La Plata, con los datos arrojados por la medición cefálica de miles de escolares. Para contrarrestarla, la Educación Física venía ahora a proporcionar “la base de la defensa civil contra el comunismo”, siguiendo el ejemplo que Fresco veía en Italia y Alemania, donde la enseñanza deportiva lograba hacer de los “niños elegidos, pequeños soldados”. Siendo la disciplina un atributo del orden militar, su aplicación debía reforzar una subsidiariedad de la escuela para hacer de “los varones preconscripción que en su hora, han de simplificar, sin duda, la instrucción preliminar que recibirán en los cuarteles cuando la Nación los llame a servir en las filas del Ejército”.⁶⁸³

Las actividades de la DEFyC fueron enfatizadas también a través de las exhibiciones deportivas y gimnásticas de jóvenes platenses en otro punto del bosque, el campo de juego del Club Estudiantes, convertido en un escenario permanente de prácticas que recreaban las desarrolladas por las *Balillas* mussolinianas. En los primeros años de la década de 1930, el fascismo ya había creado ocho grandes Estadios para albergar esas prácticas: el “Mussolini” en Turín, el “Litorale” de Bolonia, el “Estadio de la Victoria” en Bari, el “Berta” en Florencia, el “Edda Ciano Mussolini” en Livorno, el “XXVIII de Octubre” en Aquilia y la Ciudad deportiva en el “Forum Itálico de Roma”. Y si Fresco podía advertir la distancia que separaba a esos escenarios del modesto Estadio de Estudiantes, realizado en 1912 por Waldorp (hijo), también se valió de las funciones asignadas a la DEFyC de “financiar la construcción de campos de deportes” y “hacer del Estadio un centro de educación social”, para impulsar en el mismo sitio la construcción de un nuevo Estadio para 50.000 espectadores.⁶⁸⁴ Dentro de esta particular concepción educacional, el Club Estudiantes volvía a ocupar un lugar central en la cultura letrada, como antes lo había hecho al momento de nacer junto al *campus* de la universidad gonzaliana. Subyacía también una voluntad tutelar ante el inquietante fenómeno de la popularización del fútbol en la sociedad, donde las acciones desplegadas sobre Estudiantes pueden verse en cierta correspondencia con el Teatro Griego impulsado una década antes frente a Gimnasia para “formar el gusto de las clases populares”.

Física y su importancia en la Hominicultura y la Higiene”, en *Primer Congreso Nacional del Niño. Trabajos presentados*, Escoffier, Caracciolo y Cía, Buenos Aires, 1913, pp.26-27. Similares preocupaciones perdurarían, aunque sin la invocación a los conflictivos “Batallones Escolares”, como da cuenta la Universidad Popular Integralista creada en La Plata en 1918 al instituir los cursos de Hominicultura y Educación Física dictados por Ismael Guerrero Cárpena.

682. “Dirección General de Educación Física”, en *ABEMS* N°73, Buenos Aires, 1937, p.2.

683. Manuel Fresco *cfr.* *Cuatro años de gobierno, 1936-1949, Volumen VII, Escuelas, Colonias de vacaciones, Educación Física y Cultura*, La Plata, 1940, p.185.

684. El gobierno provincial firmó un convenio con el Club Estudiantes por el que en noviembre de 1938 se comprometió a pagar \$100.000, para la construcción del Estadio y la Sede Social. Al año siguiente se realizó un Concurso en que se impuso la propuesta del ingeniero Bonilla. El fin del mandato de Fresco trastocó estos planes, limitándose el Subsidio original comprometido a solventar finalmente sólo la construcción de la Sede Social.

Simultáneamente, en el bosque platense también fue cultivada una cultura física vinculada a otra matriz. Aquella que remitía a una directa recreación de los postulados de la Escuela Nueva con los que había nacido la universidad gonzaliana. Aunque ULPI ya había sido desactivado en 1920 y sus Internados convertidos en sedes de Facultades, los amplios espacios verdes que contenía -aunque reducidos por la creación de edificios para la enseñanza de saberes profesionales- permitieron que algunos de sus propósitos fueran mantenidos a través del Departamento de Cultura Física creado en 1929. Y especialmente a través de la Escuela Graduada Anexa a la universidad, escenario en los años '30 de una experiencia bien diferenciada de la cultura física militarizada de Fresco y también del deporte competitivo. Se trataba de un programa que retomó una temprana dialéctica planteada entre las *new school* y las *public school*, por la cual los escolanovistas buscaron diferenciarse de sus antecesoras oponiendo al culto a la competencia la invención de juegos cooperativos y actividades al aire libre asociadas al trabajo manual en la escuela y en la granja. Dos razones explicaban esta invención pedagógica. Una era el hecho de que los primeros establecimientos ingleses se instalaran en casas campestres en desuso y ante la falta de fondos los alumnos participaban de las mejoras edilicias; y la otra era el odio de muchos escolanovistas por la sociedad industrial que los llevaba a exaltar las bondades de vivir en una comunidad rural y agrícola en la que los alumnos podían producir los propios alimentos.⁶⁸⁵ En el caso de la Escuela Graduada Anexa, la experiencia del trabajo manual se había volcado en el proyecto de aula-taller y en la construcción en 1920 del taller de manualidades. En la década siguiente, el funcionamiento de la Escuela en una casilla de madera mientras se preparaba la construcción del nuevo edificio, favoreció aquella inquietud escolanovista por vincular la transformación del establecimiento en sí con el trabajo manual de los alumnos, mientras se integraba también al programa pedagógico el cultivo de una huerta en terrenos aledaños. Al aula-taller, el taller de manualidades y la huerta, se agregó la colonia de vacaciones con sus juegos cooperativos y la cultura física concebida desde la implementación de una suerte de nueva *home education*, llegó a identificarse la principal alternativa a la militarización de maestros y alumnos llevada a cabo por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires.⁶⁸⁶

Otros motivos de enfrentamiento fueron la insuficiente celebración de fiestas patrias que en 1936 Fresco atribuyó a la Universidad y la organización de una convención de estudiantes universitarios en la que el gobernador vio “militantes políticos empeñados en una acción social disolvente” que constituían “un peligrosísimo foco de subversión”. En ambos casos Fresco obtuvo del Presidente de la Universidad, Julio Castiñeiras las respuestas esperadas: por un lado con una declaración que exaltaba la voluntad de celebrar efusivamente los aniversarios patrios, y por otro con

685. Robert Skidelsky, *op. cit.*, 34-35.

686. La revista *Cultura sexual y física*, dirigida por el socialista Antonio Zamora y editada por Claridad, destacó en esa Escuela su diferenciación de la demás que en la Provincia implementaban el deporte militarizado impuesto por Fresco. “Un ejemplo de la Escuela que cumple íntegramente su misión. La Colonia de vacaciones de la Escuela Graduada Joaquín V. González, anexa a la Universidad Nacional de La Plata”, en *Cultura sexual y física* N°19, vol.2, año II, Buenos Aires, 1939, pp.416-421.

la clausura de la convención de estudiantes que se desarrollaba en el Colegio Nacional y el inicio de una investigación para determinar si habían sido vertidas declaraciones al margen de temas exclusivamente universitarios.

Pero además de obedecer a las presiones del gobernador, otras razones vincularon la política de Estado a la Universidad. La tradición de la institución creada por González y la vertiente educacional impulsada por Fresco estaban animadas por un común componente vitalista,⁶⁸⁷ a tono con las interacciones establecidas en el plano internacional entre la “Escuela Nueva” y la aplicación de la “biología política” en la *Opera Nazionale Balilla*.⁶⁸⁸ Siendo Alfredo Calcagno Rector del Colegio Nacional fue reorganizado el Departamento de Cultura Física que quedó bajo su órbita y por una propuesta del médico Orestes Adorni, en 1936 fueron implementadas cuatro tipos de fichas biotipológicas que seguían el modelo creado por Nicola Pende. Ellas permitieron “examinar a los alumnos de cualquier dependencia de la universidad que practicaban deportes en el Departamento, a los efectos de clasificarlos en aptos e ineptos”.⁶⁸⁹ Las interacciones entre las actividades de la Universidad y la “biología política” tuvieron una particular demostración en el Acto público celebrado en el corazón del bosque el 6 de julio de 1937. En esa ocasión Fresco se valió del desfile de numerosos alumnos de la Escuela Graduada Anexa provistos por la Universidad, para exhibir los logros de su acción de gobierno a un invitado muy especial: Luigi Federzoni, nacionalista monárquico y figura que seguía al Duce en la línea sucesoria del Régimen, acreditando un *Cursus honorum* “ejemplar” desde la “Marcha de Roma”: Ministro del Interior, Ministro de las Colonias, Gobernador de Roma, desde 1929 Presidente del Senado italiano, y figura protagónica en el armado de la E42, Exposición que en ese mismo año de 1937 comenzó a gestarse con vistas a la celebración del veinteno del ascenso del fascismo, que tendría lugar en 1942.

La llegada de Federzoni también puede ser vista desde el deseo de expresar un inequívoco gesto de acercamiento a Italia ante el avance del expansionismo norteamericano con la organización de la Segunda Conferencia de Homicultura en Buenos Aires, y la nueva visita a La Plata del Director

687. El vitalismo estableció en Argentina un marco de recepción de corrientes naturalistas inglesas, especialmente cuando Von Uexkull y la introducción al campo social de sus ideas que Ortega y Gasset se encargó de difundir, alimentaron tendencias antidarwinianas que llegaron a tener fuertes sesgos regresivos. Ellas pernearon a corrientes de las ciencias del territorio como aquellas que produjeron particulares reapropiaciones de la tradición romántica inglesa y particularmente del organicismo de Patrick Geddes para articularla con un vitalismo revulsivo a la modernidad. José María Pastor introducirá en el planeamiento argentino el precepto vitalista de que nada es azaroso sino que todo sigue “conforme a un plan”, articulándolo con una demonización de la trilogía darwinismo-urbanismo-capitalismo para llegar, por otros medios, al punto de partida de Fresco y enunciar en reemplazo de aquella la consigna de Dios-patria-hogar en su Curso de Planeamiento brindado en La Plata en 1947.

688. En 1929, en el Congreso Internacional de la “Escuela Nueva” que Adolphe Ferrière organizó en Helsingor (Dinamarca), Italia estuvo representada oficialmente por Nicola Pende que llevó al evento la aplicación que hacía esa nación de su “biología política” en la preparación física y espiritual de los niños.

689. Si bien la introducción de los fichaje biotipológicos en la Universidad eran toda una novedad, esta medida que obedecía explícitas directivas de la eugenesia pendeana, seguía una tendencia que en Argentina había alcanzado a las fichas biotipológicas implementadas en el Patronato de Menores y dentro del área de educación, en escuelas primarias por una norma de 1933 de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires que luego adoptó también el Consejo Nacional de Educación.

General de la Unión Panamericana e impulsor de la Homicultura en la región, Leo Rowe, quien en 1935 recibió en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales el título de Doctor *Honoris Causa*.

Por su parte, el bosque también tuvo en ese momento un nuevo emblema de la cultura científica surgido dentro del programa de obra pública del gobierno provincial. El que vino a albergar aplicaciones prácticas que tenía la Dactiloscopia en el Estado, para que, a tono con la generalizada ostentación del poder, aquel pequeño gabinete de Juan Vucetich en el Departamento de Policía que condensaba la técnica capaz de controlar a toda la población sin ponerse en evidencia, ahora también se haga visible convirtiéndose en el Registro de las personas.⁶⁹⁰ La nueva institución pasaba a funcionar dentro de una verdadera torre de control de 10 niveles levantada en Avenida 1 y 60, cuando pudieron liberarse espacios en el complejo policial que antes había pertenecido a la Escuela de Artes y Oficios, merced al nuevo establecimiento carcelario habilitado en la localidad Lisandro Olmos, próximo al Hospital de Melchor Romero y al Patronato de Menores de Abasto con los que afianzó una asimilación del sector sudoeste de chacras y quintas de la periferia de La Plata con el aislamiento de lo “anormal”. Una zonificación *avant la lettre* instaba a aglutinar en un mismo enclave delincuentes, locos y menores abandonados.

La selva marginal como escenario científico

Mientras la universidad y el Estado enfatizaban su acción desplegada sobre precisos focos de irradiación cultural de la ciudad, como eran el centro y el bosque, fuera de esos espacios controlados por el poder fue hallada la oportunidad para impulsar otras alternativas para el desarrollo científico de la región.

En efecto, sobre la ribera del Río de la Plata, desde el suco abierto por los dos canales artificiales del puerto de La Plata y a lo largo de más de 12 kilómetros en dirección hacia Buenos Aires, se extienden las playas de Punta Lara enmarcadas por la presencia de la selva marginal más austral del continente. Ese contexto geográfico, que precedía a los casi 10 kilómetros de tierras bajas que lo separaban del casco urbano de La Plata, fue el epicentro de nuevas propuestas acompañadas por una modesta Agrupación cultural denominada “Bases”.⁶⁹¹ Su responsable fue Atilio Boveri, quien, desde 1915 era una destacada figura artística del ámbito local, aunque progresivamente su disociación de la universidad platense iba acrecentando un apartamiento del campo intelectual, redundante en el paralelo desplazamiento físico de sus iniciativas del centro de la ciudad a puntos cada vez más representativos de una idealizada naturaleza virginal.

690. El registro de las personas emblemizó el auge del fichaje en organismos del Estado que vinculaba el “método Vucetich” con la biotipología italiana. Así a la ficha biotipológica implementada en las escuelas para detectar “anormalidades”, le sucedió la creación en 1936 del Departamento del Trabajo con “una Sección destinada a intervenir en los conflictos obreros” creando “un fichero” que debía contener el registro de los responsables de esos conflictos.

691. La Agrupación Bases, a la que perteneció Boveri, nació en 1928 con el propósito de “acentuar, dentro de las grandes directivas nacionalistas, una tarea de cultura popular”. Su sede fue la casa en la que vivió Almafuerte (Avenida 66 entre 5 y 6).

Si la otra gran apuesta cultural nacida por fuera de la universidad e impulsada por Pettoruti con el Museo de Bellas Artes, consistía en llevar el arte moderno y cosmopolita al centro de La Plata, nada podía situarse en una oposición más radical que las románticas inquietudes de Boveri que trasladaban a la selva marginal una particular expresión de arte que llegaba a la ciencia por medio de objetivos nacionalistas. Boveri fue ideando estos propósitos al calor de su admiración por Ameghino, que lo marcarían hasta al punto de dedicar buena parte de las energías de la última etapa de su vida a tributar los grandes descubrimientos alcanzados por el naturalista. Como podía apreciarse también en el reformismo universitario, el modernismo cultural en su versión arielista había tenido un impacto tan fuerte que aún podían seguirse algunos de sus rasgos en las inquietudes de un Boveri ya maduro hacia 1940. Un acendrado nacionalismo que bien podía empalmar con cierto antiimperialismo emergente en los años `20, instaba a celebrar la importancia de Argentina puesta de manifiesto a través de lo que evidenciaban los hallazgos de Ameghino, y llegó a embarcar a Boveri en profundas elucubraciones paleontológicas, integradas a un activismo militante propio de los protagonistas del “grito de Córdoba”. Las aplicaciones socioculturales de los descubrimientos de grandes naturalistas argentinos podían desplazarse de las más directas alusiones a la *struggle for life*, hacia una exacerbada búsqueda de afirmar la nacionalidad a partir del “lazo biológico”, que como señala Mónica Quijada, permitía establecer vínculos orgánicos que aunaban pasado y futuro dentro del territorio. Los restos de animales prehistóricos eran la prueba de la “grandeza” presente de la nación, tanto mayor como el tamaño mismo de los ejemplares hallados.

Dos fémures de 2,40 metros que había descubierto Ameghino en Neuquén, daban cuenta por sus dimensiones de poseer una importancia que Boveri no podía dejar pasar por alto: el *Diplodocus Carnegie*, cuyo calco llegó al Museo platense en 1911 tras conmocionar al mundo de la paleontología por ser el más grande ejemplar prehistórico encontrado, no era en realidad sino muy inferior lo que debió medir el animal que habitó en tierra neuquina. Ante la convicción de que ese era un tema de fundamental gravitación para cimentar la densidad histórica nacional, frente a aquel hallazgo que alimentó estrategias expansionistas norteamericanas, Boveri se empeñó en oponer las inferencias científicas que podían hacerse del descubrimiento de Ameghino.

En 1936 Boveri comenzó a trabajar en el Museo de La Plata con dichos fémures y la réplica del *Diplodocus* para demostrar la inconsistencia de afirmar que éste último había sido el animal más grande que pisó la tierra, como lo hicieran paleontólogos norteamericanos. Allí comenzaron las averiguaciones que Boveri inició por diversos museos del país con el asesoramiento del eminente naturalista español, Ángel Cabrera, para determinar las características del ejemplar al que habían pertenecido los enigmáticos fémures patagónicos. Boveri llegó a una conclusión que creyó incuestionable, había dado con “una verdad sensacional: el ‘génesis’ es imperfecto”.⁶⁹² Boveri había deducido que el animal en cuestión era un reptil, semejante al *Diplodocus*, llamado *Antarctosaurio* y

692. Atilio Boveri; *El temperamento argentino a través de la historia de América. Contribución a las grandezas platenses*, Edición de la Agrupación Bases, La Plata, 1943, p.47.

del que muy poco se conocía. En base a estudios, deducciones y comparaciones, Boveri emprendió la reconstrucción del ejemplar patagónico, del que sólo poseía la certeza de los dos enormes fémures. Una vez ejecutado ese trabajo el resultado parecía concluyente: si el *Dipliodocus* medía veinticuatro metros el saurio argentino sobrepasaba los sesenta. Nuevas reconstrucciones que se sucedieron hasta 1939 confirmaron la validez de esa dimensión asignada. Para Boveri, el suelo argentino podía “gloriarse” de “afirmar sus grandezas presentes y del porvenir en los antecedentes que en la vida animal se encarnan en el ser más extraordinario que pisó sobre la faz de la tierra”. “Pues estamos ante la verdad de que Dios puso a tales gigantes sobre la Patagonia, como símbolos de grandezas insuperables”.⁶⁹³ Y siendo esto así Boveri creyó hallarse en el deber de impulsar un vasto emprendimiento que sirviera para poner de manifiesto estos descubrimientos a la par de otras “grandezas platenses”. Aquello que empezó con la tarea de reconstruir el más grande animal prehistórico, derivó luego en la idea de crear también un escenario natural que contuviera su réplica en tamaño real junto a las de otros ejemplares representativos de la fauna prehistórica de la región, como el megaterio “que pisó el suelo platense”, y del cual un ejemplar llegó a Europa a fines del siglo XVIII y otro a fines del siglo XIX enviado por Rodrigo Botet a Valencia.

Una suerte de parque jurásico fue configurándose así en la imaginación de Boveri, que ya no tendría el marco culturizado del Paseo del Bosque donde se situaba el Museo de Ciencias Naturales - con su *Diplodocus Carnegie*- sino el exótico contexto de la selva marginal de Punta Lara. Además de imaginar numerosos saurios distribuidos en parejas, Boveri también buscaba hacer presente al “hombre que aparece al pie de los monstruos antediluvianos”, aquel que no sería sino “una corporación del sabio Ameghino, que de esta manera estaría representado junto a sus propias deducciones teóricas, sintetizadas en el gigantesco antartosaurio”.⁶⁹⁴

Estas primeras prefiguraciones manifestadas en 1939, fueron situadas por Boveri dentro del área científica de un vasto plan dotado de componentes históricos y artísticos, e instalaciones que llegaron a entrar en abierta competencia con las que impulsaba simultáneamente el Museo para ampliar sus colecciones en el bosque.

El resultado fue el proyecto del “Jardín Científico para urbanizar las selvas de Punta Lara” que expuso públicamente en 1944, y donde fuertes contenidos simbólicos y las particulares características paisajísticas de la zona quedaban integrados dentro de un dispositivo didáctico organizado desde la articulación entre Historia y Naturaleza. Sería un ámbito de instrucción científica y artística concebido dentro de aquello que veía como “un santuario en la naturaleza americana”.

En su plan integral, el jardín clásico del Parque Saavedra devenía ahora en una cuidada distribución de sendas peatonales y caminos para automotores a efectos de ingresar a la espesura de la selva sin perder de vista la referencia cultural expresada en monumentos a “próceres de la ciencia y de

693. *Ibidem*, p.49.

694. Atilio Boveri *cfr.* Francesc Miralles, “Atilio Boveri, entre el Renacimiento y el Noucentisme” (pp.179-189), en AAVV; *Atilio Boveri, un artista singular*, Museo de Mallorca, Palma de Mallorca, 2000, p.188.

la historia que cimentaron esos lugares”.⁶⁹⁵ Algunos de esos monumentos se plantearon repitiendo formas naturales -nidos de hornero, caparazones de gliptodonte, etc.-, y con grandes dimensiones que permitían en su interior alojar actividades e instalar servicios del jardín.

El área científica también se compondría del Acuario y el Instituto biológico. El primero de planta circular desarrollada en dos niveles tendría peceras en todo su perímetro y exteriormente se exhibiría como dos cilindros superpuestos rematados por una cúpula esférica. Su finalidad también sería la “exhibición instructiva” de lo que provee el río situado frente al jardín: un museo de pesca para exponer aparejos utilizados en mares, lagos y ríos argentinos, la industria del pescado y la información sobre la calidad de la producción nacional. Por su parte, el Instituto biológico se compondría de un Insectario, Herbario y Laboratorios de investigación sobre plagas y análisis de la selva milenaria de Punta Lara, a la que Boveri atribuía el motivo de los estudios que dieron origen a las ciencias naturales en la región. En este caso el edificio sería de planta cuadrangular con laboratorios distribuidos en torno a un patio central cubierto, destinado a sala de conferencias, y un nivel superior que repetía la organización aunque su frente se retranqueara para generar una amplia terraza perimetral. Finalmente, para otra área del complejo quedaría inscripta dentro del edificio para la “Casa de los artistas”, consagrado a las artes plásticas y sus cultores. Sería un instituto especializado en el registro de todas las expresiones paisajísticas que permitan formar artistas capaces de exaltar imágenes identificatorias de las riquezas naturales del país. Lo compondrían veinticinco talleres destinados a artistas jóvenes de la Provincia de cuya labor se iría alimentando la conformación de un museo. En este caso el edificio ofrecía otro tipo de combinación de formas elementales que daban primacía a una gran cúpula, posada sobre un prisma superpuesto a otro mayor que incluía diversos motivos eclécticos.

En el “Jardín Científico” de Boveri es posible proyectar cincuenta años después ciertos propósitos que animaron la “Exposición retrospectiva argentina” de Francisco Moreno para dar cuenta de la historia misma de la humanidad integrando el significado de la ciudad más nueva con los grandes hallazgos prehistóricos contenidos en su Museo. La Plata volvía a ser reinvocada pero ahora como “la última fundación latinoamericana”, surgida en las Lomas de Ensenada porque según Boveri ese era uno de los lugares que poseía más profunda tradición histórica para el pueblo argentino. Vale decir que aquello que en Moreno era sólo novedad, en Boveri encerraba un presente que podía resignificarse a través de la historia profunda de la Nación que contenía y que constituía su verdadera “grandeza”. Y si en Moreno la crisis de 1890 había operado como una definitiva interrupción para la realización de su “Exposición Retrospectiva Argentina” que a su vez obligaba a reconsiderar las amplias expectativas despertadas por La Plata, cada vez más lejana del destino previsto por sus fundadores, en Boveri sus efectos ahora cobraban otros sentidos. La crisis era un factor importante en las “grandezas” platenses,

695. Los monumentos estarían dedicados a Pedro Duval, mensajero que llevó a Buenos Aires la noticia de la invasión inglesa a las playas de Ensenada el 28 de junio de 1807; Guillermo Brown, Almirante que en 1827 defendió de la armada brasileña la costa de Ensenada; Félix de Azara y Guillermo Hudson, naturalistas que estudiaron las aves de la zona; Francisco Cestino, Médico de Ensenada que en 1881 se anticipó con su propuesta a la elección de las tierras de Ensenada para fundar la capital provincial; Carlos Spegazzini, naturalista eminente y Domingo Sarmiento, homenajeados por ser el creador de la Sociedad Protectora de Animales.

debido a que sus efectos sobre La Plata alimentaban una representación en la que también cabía encontrar resumido el producto de la darwiniana supervivencia. Ante el desastre sólo resistieron “los más fuertes, los más obcecados y también los más humildes”. Así explica Boveri cómo de La Plata surgieron y se proyectaron en la escena de la cultura nacional, Almafuerte, Ameghino, Vucetich y Spegazzini, figuras que serían debidamente homenajeadas también que el “Jardín Científico”.

El “Jardín Científico” no prosperó pero el aprecio de Boveri por las connotaciones históricas de la costa donde habría de levantarse, se deslizó hacia otra propuesta que buscó la definitiva puesta en valor a través de otra esencialista invocación a la historia. Las tierras bajas que separaban la costa del casco de La Plata, aquellas que Francisco Piria pretendió sin éxito urbanizar en 1925 para crear un gran Balneario como el que ya había inaugurado en la costa uruguaya, afirmaban en su condición indómita un factor identificario de las grandezas de la región. Su extensión en el tiempo a un pasado previo a la propia fundación de La Plata permitía dar cuenta de episodios que iluminaban la independencia argentina y la uruguaya. Difundir esta certeza constituyó la nueva apuesta de Boveri que lo llevó a impulsar la colocación del más grande monolito de Argentina para que, a modo de Piedra Miliar clásica, ilustre en el camino a Punta Lara sobre la entrada del Fuerte Barragán situado junto al punto de desembarco de las fuerzas inglesas, su importancia en las “grandezas de La Plata”. Las treinta toneladas de granito serían así el homenaje brindado a tierras inundables que antes de volverse contra todo intento de urbanización, constituyeron la mejor defensa ofrecida por la naturaleza a la invasión dirigida por Whitelocke en 1807 y el marco para el combate final contra el Brasil en 1827 que permitió ratificar la independencia del Uruguay. Ya no la selva marginal sino los siempre denostados pantanos inhabitables de las proximidades de La Plata, encontraban un reconocimiento científico que le daba un insospechado blasón. Era el sitio en el que “se definió la libertad de las repúblicas hispanoamericanas”.⁶⁹⁶

Capítulo 4. Universidad y salida democrática

De la Universidad a los suburbios: el Teatro del Pueblo

La dialéctica entablada entre la voluntad de control evidenciada por el poder público y la autonomía universitaria reclamada por los reformistas, originó constantes tensiones durante la década de 1930. En ese marco desfavorable los reformistas también hallaron la oportunidad de reanudar anteriores prácticas culturales. En 1932 Luis Aznar, Aníbal Sánchez Reulet y Guillermo Korn, lograron refundar la Compañía de Arte Renovación para que desarrolle nuevamente sus actividades teatrales, pero incorporando una modificación de importancia: ya no sería un espacio cultural orientado sólo por la adhesión al idealismo filosófico sino también un ámbito de integración del arte con la política a través de su directa filiación al Partido Socialista. El nombre también cambió para enfatizar con él la nueva

696. El monolito llevaría la siguiente inscripción: “28 de junio de 1807. En estos lugares se defendió la libertad de las Repúblicas Hispanoamericanas“. El complementario homenaje que Boveri pretendía tributar al Almirante Brown por su combate de Monte Santiago, en la costa de Ensenada, el 8 de abril de 1827, se producirá luego con el monumento erigido en la entrada del bosque, en Avenida 1 y 52.

identidad partidaria: nacía así el Teatro del Pueblo. El manifiesto refundacional expresaba que debía ser “una auténtica y completa institución de cultura popular”. Un medio para “utilizar el teatro como el mejor vehículo para llevar al pueblo las mejores manifestaciones de arte, reservadas hasta ahora a las minorías y difundir en las masas obreras las nuevas ideas, despertándoles la conciencia de su misión”.⁶⁹⁷

Con el Teatro, los reformistas hallaron una forma de extensión cultural que trasladaba a las barriadas obreras su afán de inserción social. En ella era retomada la experiencia del Teatro del Pueblo de Buenos Aires creado por Leónidas Barletta, para converger en el que los reformistas platenses montaron en Berisso, localidad obrera por antonomasia. Berisso había experimentado un vertiginoso crecimiento iniciado cuando las demandas de carne originadas en Europa por el estallido de la guerra de 1914, fueron satisfechas con un aumento en la producción de los frigoríficos norteamericanos Swift y Armour que redundó en un paralelo crecimiento de la planta de trabajadores. Las nuevas formas de producción introducidas por los frigoríficos norteamericanos, celebradas por Joaquín V. González que vio allí a “la industria científica”,⁶⁹⁸ favorecieron esa expansión trasladada a una localidad que durante la contienda europea creció más de tres veces hasta llegar a los 15.000 habitantes y pasados los tres lustros siguientes duplicó esa población. Promediando la década de 1930, cerca de 8.000 personas que trabajaban en frigoríficos situados entre los más importantes de sudamérica, hacían de Berisso uno de los principales enclaves obreros del país. Si al sur de Buenos Aires los frigoríficos representaron la presencia del “campo en la ciudad”,⁶⁹⁹ en Berisso esa impronta se articularía a su vez con la capacidad de alentar el desarrollo urbano sobre lo que no hacía mucho tiempo era un muy modesto caserío diseminado en una llanura cegada por la costa pantanosa. Pero lo hacía bajo una unívoca relación entre habitación y trabajo, que trasuntaba en un tejido espontáneamente organizado en torno a dos arterias principales: la calle Montevideo, extendida en forma paralela a la costa hasta rematar en el Swift, y la calle Nueva York, que, perpendicular a aquella, se iniciaba en ese punto para prolongarse hasta culminar en el Armour. Berisso era un conglomerado cultural de aventureros, jornaleros atraídos por el trabajo y exiliados de la guerra, y donde una importante presencia ácrata trató de ser enfáticamente controlada tras desatarse la revolución rusa. Era una especie de *company town* habitada en su mayor parte por los trabajadores de los frigoríficos, que componían casi un tercio de la población, y por quienes se desempeñaban en la Hilandería de capitales ingleses, *The Patten Knitting* –compuesta por unos 600 obreros-, o cruzaban a diario el canal del puerto para dirigirse en Ensenada a la más grande refinería del país montada por la empresa de Yacimientos Petrolíferos Fiscales que contaba con más de 1.000 obreros.

El enclave obrero portuario, se recortaba nítidamente del orden urbano de La Plata y sólo apareció en discurso para introducir un rasgo de particularidad ante tanta racionalidad calculada. Era el

697. Guillermo Korn, *op. cit.*, p.287.

698. Joaquín V. González; “La industria científica” (1910), en *Obras Completas*, Tomo XV, pp.529-534.

699. Graciela Silvestri; *op. cit.* Véase el capítulo “Frigoríficos: el campo en la ciudad”, pp.237-247.

dato anecdótico de lo pintoresco, de aquellas imágenes de casas con frentes de chapa y la vegetación de la costa que las fotos de Coppola podrían integrar en 1939 a un vasto muestrario de episodios del centro de la ciudad sólo tensionados en el plano estético por la perduración de la arquitectura academicista del plan fundacional y la irrupción ciertas notas de modernidad en los primeros edificios en altura.

Desde comienzos de siglo XX, el puerto de La Plata ya había motivado la inquietud de librepensadores que llevaban desde el centro su inquietud por involucrar a los sectores populares dentro de un vasto programa educativo que afirmaba la primacía del laicismo en la sociedad. Luego surgieron experiencias de extensión cultural gestadas dentro mismo de esos sectores, como el Ateneo Obrero de Estudios “Eliseo Reclús” creado por anarquistas de Ensenada (funcionó primero en calle 25 de mayo N°121 y luego en calle Colón y Comercio) que introdujeron representaciones teatrales con notables repercusiones. En Berisso, la Sociedad Cultural de los Obreros Rusos expandió sus alcances para sumar a su Biblioteca y sus Escuelas para adultos y niños, actividades como el coro de voces mixtas que llegó a actuar en el Teatro Argentino de La Plata y una quinta comunitaria para los obreros.⁷⁰⁰ Frente a esas iniciativas, y tras producirse en Buenos Aires el estallido de la “Semana Trágica” de enero de 1919, la Iglesia también buscó posicionarse a través de la “Colecta Anual”, organizada por la Unión Popular Católica Argentina y miembros de la Liga Patriótica que tuvieron a su cargo la represión de aquellos episodios.⁷⁰¹ Habiendo sido el objetivo de esa colecta reunir fondos para la realización de viviendas obreras que morigeren el clima de descontento social,⁷⁰² la ubicación de uno de ellos en Berisso contenía una inequívoca señal de identificación de un peligro que sus impulsores vieron acrecentado por la agitación de los reformistas universitarios. El complejo habilitado parcialmente en 1920 llevó el nombre emblemático de “Mansión de Obreros” y se levantó en la calle Nueva York entre Concordia y Cádiz, en una manzana donada por una dama de la alta sociedad que organizaba acciones caritativas: era Guillermina Oliveira César, esposa del médico higienista Eduardo Wilde, el mismo que participó protagónicamente de un proceso de organización nacional iniciado en 1880 sobre bases liberales y laicas que instituyeron la separación del Estado y la religión. Y precisamente era una elocuente demostración de la tendencia a reconstituir aquella unidad,

700. Dora Barrancos; *Anarquismo, Educación..., op. cit.*, pp.145-148, y pp.167-168.

701. La Liga Patriótica era una facción ultranacionalista capaz de movilizar grupos paramilitares. Condensaba muy tardías expresiones de la Generación del '80 como las que en 1919 emanaban del ex Gobernador Dardo Rocha y de Juan Alsina. Pero también contaba con la presencia de José Camilo Crotto, el Gobernador de Buenos Aires que 35 años después de finalizado el mandato de Rocha ocupaba su lugar para convertirse en un hombre de confianza de Yrigoyen. Para Crotto, un *gentleman farmer* de la Sociedad Rural y la “Semana Trágica” daba cuenta de la irrupción de fenómenos sociales nuevos, “ajenos a nuestro ser”, que obligaban a pensar en “robustecer el sentimiento nacional por medio de una educación adecuada, de tal forma, que ella sea el valladar insalvable para las agitaciones exóticas”. Bajo esa misma perspectiva impulsó las primeras represiones al alzamiento estudiantil de 1920 en La Plata que finalizaron al interceder el propio Yrigoyen. Sobre la Liga Patriótica puede verse Sandra Mc Gree Deutsch; *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina* (1986), UNQ, Buenos Aires, 2003.

702. Anahí Ballent; “La iglesia y la vivienda popular”, en Diego Armus (comp.); *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, 1990, p. 200.

iniciada cuando en la crisis de 1890 la religión absorbió la débil ingerencia que tenía el Estado en materia asistencial y sanitaria, para profundizarse tres décadas más tarde cuando otra crisis instaba a la Iglesia a emprender junto al Estado provincial encabezado por el latifundista bonaerense José Camilo Crotto, una acción social que comprendía el propósito de moralizar al obrero a través de la vivienda. El objetivo fue destacado el día de su inauguración por Monseñor De Andrea, y consistía en inculcarle al obrero que la “desigualdad es ley de la naturaleza” demostrándole a su vez que puede esperarse “que los favorecidos por la fortuna se sientan solidarios con los que no la tienen”.⁷⁰³ El hecho ejemplarizador *per se*, fue recibido con un fuerte hostigamiento por los reformistas universitarios platenses que orgánicamente se pronunciaron con la misma dureza con la que sus pares de Córdoba derribaron la Universidad monástica. Nadie puede permitir “que se le otorgue por conmiseración lo que le corresponde (al pueblo) por derecho. La Federación Universitaria de La Plata ve en esta actitud de la Iglesia Católica un profundo desconocimiento del concepto básico de la realidad social; considera temerario para la paz pública resucitar un ideal de Estado teocrático, en un país donde la reacción religiosa fue definitivamente abatida”.⁷⁰⁴ Igualmente esas tensiones que hacían vacilar al propio reformismo universitario,⁷⁰⁵ pronto se disolvieron ante una evidente situación fáctica: tras la pomposa inauguración parcial, la “Mansión para Obreros” careció de las complementarias funciones tutelares inicialmente previstas por los grupos católicos. El repliegue de los católicos fue aprovechado por libertarios de Ensenada y la Sociedad de Obreros Rusos que prosiguieron con una intensa labor social y cultural hasta 1930, cuando el golpe militar determinó la interrupción definitiva de esas y otras experiencias educación alternativa en el puerto de La Plata.

En 1933 los reformistas platenses se hallaban entonces ante la posibilidad de reavivar importantes acciones de extensión cultural que no estaban tan lejanas en la memoria de obreros de Ensenada y Berisso, y a la vez podían reencontrarse con acciones situadas en los mismos orígenes del movimiento estudiantil y a través de ellas con sus propios fundamentos doctrinarios. Korn y sus camaradas políticos eran socialistas fabianos, que atribuían a la tarea de trasladar la cultura a los

703. *El Día*, La Plata, 30 de abril de 1920

704. *Cfr.* Hugo Biagini; “El movimiento estudiantil...”, *op. cit.*, p.164.

705. El reformismo en La Plata, al acentuar su impronta idealista fue progresivamente abandonando el fuerte anticlericalismo que impregnó el estallido en Córdoba. Esa situación, sumada a una desmovilización que favorecía el reacomodamiento de sectores desplazados y el ejemplo de la acción social emprendida por los católicos, podían quedar comprendidas en la crítica que al promediar la década del '20 sectores de izquierda formulaban a la Reforma Universitaria. Al no acelerar biológicamente la evolución, la tendencia progresista surgida del '18 podía rápidamente volverse atávica o bien retrógrada. Desde esa perspectiva, el gradualismo terminaría haciendo que “las designaciones de personal docente del Jockey Club fuera sustituido por las camarillas que creó el electoralismo universitario, o por las altas esferas del Partido Radical”. A su vez, aquellos propósitos de los dirigentes reformistas de “transformarse en directores del movimiento revolucionario americano”, constituían el mayor peligro para el proletariado, cuando sus cantos de sirena los desviaban de la Revolución que dejaban de hacer para ir “a remolque de un movimiento pequeño burgués”. Así, para González Alberdi, lo que empezó siendo evolución dejaba de serlo en una lentitud que terminaba haciendo consustanciar a los movimientos gradualistas que participaron de la Reforma con “el vocabulario de la Liga Patriótica y de la Asociación Nacional del Trabajo”, para asimilar su accionar a “la política de la paz social, que inspiró en su hora la Gran Colecta Nacional que realizó el catolicismo argentino”. Véase Gustavo Vallejo y Marisa Miranda; “Evolución y revolución...”, *op. cit.*, p.415.

sectores populares un rol preponderante en la lucha por la ampliación de derechos de ciudadanía. Sus ideas seguían al sistema filosófico construido por Alejandro Korn, que abrazó al socialismo aunque desechando de él los fundamentos positivistas del materialismo histórico. Y en esa operación, la lucha de clases en la dialéctica del marxismo ortodoxo quedó desplazada por la acción cultural que propendía a formar en los sectores populares una conciencia cívica que debía posibilitarles por medio de la instrucción ingresar en la esfera pública.

Con la imposibilidad de implementar este programa en la Universidad, los reformistas iniciaron la creación de sus propios ámbitos para la propagación cultural cuya primera expresión institucional era el Teatro del Pueblo.

El emprendimiento pronto alcanzó un notable crecimiento, reflejado en el número de integrantes de la compañía que sobrepasó los noventa y en una composición social que dejó de ser sólo de estudiantes universitarios para sumar obreros del puerto convertidos en nuevos afiliados socialistas. Su montaje no dejó de conllevar controversias culturales motivadas por la disímil apreciación que había suscitado entre sus impulsores el elitista Teatro Griego de la década anterior. Ya no se trataba aquí de instalar con el arte un faro moralizador para contener la “corrupción del gusto estético” en el borde de la ciudad que se integraba “peligrosamente” al enclave industrial, como había sucedido con el emprendimiento de la Universidad de 1924. Sino que, lanzados hacia una tarea extensional buscaban llegar hasta esa entidad “peligrosa” para ilustrarla por medio del Teatro. Y en esa estrategia, el uso de una estética clásica o una moderna motivó discrepancias de difícil resolución, que igualmente no ocluyeron la enunciación de un “arte proletario socialista” promovido a través de las escenografías que realizaba Francisco De Santo.⁷⁰⁶

El Teatro del Pueblo tuvo su sede en una barraca de madera del puerto y también dispuso de otros locales provisoriamente cedidos con los que pudo iniciar una labor itinerante por distintas barriadas obreras de la periferia de La Plata. Ese accionar perduró con éxito hasta 1936, cuando una actuación organizada por la compañía en Los Hornos, con el propósito de recolectar fondos para la República Española, tuvo un inesperado final: la Policía bonaerense interrumpió la función y encarceló a los actores y a su director.

La definitiva clausura del Teatro del Pueblo también fue una respuesta del gobierno conservador a los intentos del socialismo de afianzar su presencia en Berisso por medio de una fuerte persecución.⁷⁰⁷ El propio líder de la compañía, Guillermo Korn, había asumido un particular protagonismo en el orden nacional, denunciando las condiciones de trabajo en los frigoríficos de esa

706. Un detallado análisis del devenir del Teatro del Pueblo en Berisso puede hallarse en Osvaldo Graciano; “Entre cultura y política: la Universidad Popular Alejandro Korn. 1937-1950”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°25, La Plata, 1999, pp.71-119; y especialmente en la tesis de este autor: *Intelectuales, Universidad y política en la Argentina, 1918-1950*, UNLP, 2004, mimeo.

707. El responsable de instrumentar la clausura del Teatro del pueblo fue el Ministro de Gobierno de Fresco, Roberto Noble, un socialista que al producirse la escisión del partido en 1927, tuvo un rol protagónico entre los socialistas independientes que en 1930 estrecharon filas con militares y conservadores para derrocar al gobierno de Yrigoyen para luego ocupar importantes espacios de poder durante la “década infame”.

localidad, a los que llamó las “catedrales del imperialismo colonizador”. Korn elevó sus denuncias sobre la explotación de los obreros de Berisso al Congreso Nacional, a través de un proyecto de resolución para crear una comisión que estudie el cumplimiento de la legislación obrera, sistemas de trabajo y condiciones generales de vida de los obreros y empleados de la industria de la carne. Korn allí propiciaba “un nuevo orden social” en el que “la organización científica de la producción” se realice “en función de principios de justicia” para servir “conscientemente a una elevada concepción de la moral social, cuya principal virtud es la solidaridad”.⁷⁰⁸ En contrapartida a la escalada de actividades socialistas en Berisso, Fresco daba una respuesta represiva que también contenía la búsqueda de inclusión de los obreros a un orden político y social que debía alejarlos de la democracia liberal y el comunismo. Dos iniciativas surgidas en 1937 marcaron el tono de la reacción: por un lado fue realizada una escuela provincial para “normalizar” los fines de la instrucción y situarlos dentro de los parámetros oficiales, y por otro fue inaugurado el Hogar-Cuna, que quedó a cargo de Walter Elena, para que el Estado direccione el funcionamiento de una institución que los socialistas también habían empezado a difundir creando los primeros jardines de infantes para hijos de obreros.⁷⁰⁹

A estas respuestas surgidas de la órbita provincial, cabe sumar la ampliación de las instalaciones militares situadas en torno a una Base naval que, después de nacer para proteger el estuario, adquiriría funciones más precisas de custodiar la principal refinería de petróleo del país. La expansión de sus actividades comprendieron la exaltación de una estrategia pedagógica bien diferenciada del iluminismo irradiado por los socialistas en el puerto y que consistió en la creación de una gran sede para el Liceo Naval que en 1881 había dirigido Beuf y desde 1909 se hallaba en el puerto de La Plata, frente al Río Santiago. El establecimiento bien podía asociarse al academicismo del *campus* del Colegio Nacional, donde una nueva versión arquitectónica del naturalismo pedagógico reemplazaba la celebración de la inserción de las instituciones educativas en el bosque por el contacto directo con río y la liturgia laica de la “Escuela nueva” por la defensa nacional. Junto al Liceo Naval también el Estado creó en forma simultánea la empresa de Astilleros Río Santiago que pasó a emplear a 900 personas.

La Universidad reformista como alternativa política

La inesperada culminación de la experiencia de extensión cultural de los socialistas en las barriadas obreras, también coincidió con otro hecho significativo, como era la muerte del filósofo Alejandro Korn, el patriarcal referente intelectual que tuvieron los universitarios reformistas de La Plata. Ambas circunstancias confluyeron para reavivar los anhelos de poner en funcionamiento un nuevo espacio cultural autónomo y crítico de la orientación asumida por el Estado. El mismo surgiría de un homenaje póstumo a Alejandro Korn, tributado por sus discípulos, aquellos que desde hacía dos décadas recibían de Korn una notable influencia artística, filosófica y política, que el indiscutido maestro les transmitió

708. Guillermo Korn *cfr.* Mirta Zaida Lobato; *ibidem*, p.227.

709. *Ibidem*, p.234.

a través de su idealismo de raigambre socrática aún en el lecho de muerte: un pintor retrató la escena del desenlace, que encontró al maestro rodeado de sus discípulos vestidos con togas griegas y copas levantadas para celebrar el último brindis.

El homenaje a Korn condujo directamente a la creación de la Universidad Popular Alejandro Korn (UPAK), a instancias de figuras que eran ex ulpianos, militantes de la causa reformista y difusores del idealismo filosófico a través del grupo “Renovación” que los nucleaba.⁷¹⁰ Entre ellos Guillermo Korn, Arnaldo Orfila Reynal, Julio V. González y Julio Sánchez Viamonte, quienes completaban en su trayectoria personal todas aquellas instancias que vinculan a ULPI con la reacción al sistema que lo había creado. A ellos se suma la figura siempre próxima de Alfredo Palacios, ex Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Senador Nacional y principal referente de la acción parlamentaria que desempeñaba el socialismo argentino en la “década infame”. En Palacios también cabe situar al reemplazante de aquel anterior líder patriarcal de la causa reformista que había sido Korn en La Plata.

La UPAK nació como un verdadero ateneo de reflexión de los principales problemas nacionales e internacionales del momento, que eran abordados por un notable cuerpo de conferencistas comprendidos en un horizonte político bastante más vasto que el socialista de sus impulsores. Él llegaba fundamentalmente hasta quienes compartían un compromiso con la modernidad, representaban ideales democráticos y denostaban al fascismo internacional.⁷¹¹ Su actividad se desplegó en la Casa del Pueblo, una casona señorial de la etapa fundacional de la ciudad situada a menos de 400 metros del Rectorado de la Universidad platense (calle 49 entre 9 y 10), que la Federación Socialista Bonaerense adquirió en 1935 cuando Alejandro Korn todavía era su Secretario General. El rasgo distintivo lo constituyen los murales de su amplio hall central, realizados por Francisco De Santo y vistos por Guillermo Korn como clara expresión del “realismo socialista”. Allí se recreaban escenas del trabajo en los puertos, en el campo y en la fábrica, que resaltaban el papel de los trabajadores como productores a través de una representación impactante que reconoce la influencia de los muralistas

710. Sobre la UPAK en sus orígenes pueden verse trabajos surgidos de sus protagonistas: Alfredo Galletti; “La Universidad Popular Alejandro Korn”, en AAVV; *Universidad “nueva”...*, *op. cit.*, pp.319-330; Arnaldo Orfila Reynal; “A un cuarto de siglo de una experiencia social en La Plata”, *Ibidem*, pp.331-348; y Carlos Rocca; *Alejandro Korn y su entorno*, UPAK, La Plata, 2001. Desde una sólida perspectiva histórica puede seguirse el fenómeno político y cultural de la UPAK en la tesis de Osvaldo Graciano; *Intelectuales, Universidad y política ...*, *op. cit.*

711. Algunos de los participantes de la experiencia que se suman a los antes mencionados como organizadores son: Américo Ghioldi, Dardo Cúneo, Mario Bravo, Nicolás Repetto, Francisco Romero, José Luis Romero, Rodolfo Mondolfo, Francisco Vecchioli, Carlos Aragón y Francisco De Santo, Jorge Romero Brest, Horacio Cópola, Raúl Oseguera, Wladimimo Acosta, Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert, Julio Payró, Roberto Giusti, Ezequiel Martínez Estrada, Alberto Guerchunoff, Alicia Moreau, Bernardo Canal Feijóo, Silvina Ocampo, María Rosa Oliver, Jorge Cossío Villegas, Adolfo Holmberg, Alberto Ginastera, José Babini, Rafael Grinfeld, Oliverio Gironde y el exiliado español Angel Osorio y Gallardo. También llegó a visitar la institución para brindar charlas y participar de actos el poeta español Rafael Alberti, durante su exilio.

mexicanos, Diego Rivera y especialmente David Alfaro Siqueiros, quien estuvo en Argentina en 1933.⁷¹²

En abril de 1938 la UPAK abrió sus puertas, tras un acto protagonizado por Luis Aznar y el Secretario General de la institución, Arnaldo Orfila Reynal. En una inequívoca señal del compromiso con el arte el inicio de las actividades estuvo enmarcado por la inauguración de una muestra de destacados artistas plásticos argentinos.⁷¹³ Las conferencias de la Casa del Pueblo fueron sólo una parte de un vasto programa de extensión cultural organizado a través de distintos Departamentos.⁷¹⁴ Precisamente los Departamentos puestos en funciones, también revelaron cierta apropiación que la UPAK hizo de un modelo diseñado antes por Julio V. González para una estructura formativa de cuadros políticos del Partido Socialista.⁷¹⁵ Era una reelaboración de aquella idea originaria que el hijo del fundador de la Universidad Nacional de La Plata había concebido en la década anterior, consistente en dar forma a un partido político que canalice fuera de los claustros la movilización estudiantil. Si el experimento lanzado a través de distintas publicaciones pronto se desvaneció, aunque encontrara una importante reverberancia en la creación del APRA peruano, sobre sus fundamentos podían reestablecerse el vitalista mandato que animó a la Reforma Universitaria de producir un biológico “salto” sobre una generación anterior, para ahora emprender la sustitución de élites políticas y académicas sostenidas por un “Estado de excepción”.

Además de la UPAK, también el radicalismo buscó reinstalar el clima de agitación intelectual vivido en los años `20 cuando Gabriel Del Mazo, Profesor en la Facultad de Ingeniería de La Plata, biógrafo de Yrigoyen y uno de los protagonistas del “grito de Córdoba”, llevó a cabo la más importante compilación de documentos relativos a la Reforma Universitaria. Lo que se pensó inicialmente como una reedición ampliada de *La Reforma Universitaria*, publicada por Del Mazo entre 1926 y 1927, terminó siendo, tres lustros más tarde, la obra de mayor significación del movimiento en América y más aún la que en gran medida contribuyó a afirmar la elevación de la Reforma a la categoría de mito constantemente reapropiable. Eran tres tomos, el primero titulado *El movimiento argentino (1918-1940)*, el segundo, *Propagación Americana (1918-1940)* y el tercero, *Ensayos críticos (1918-1940)*, que editó en La Plata el Centro de Estudiantes de la Facultad de Ingeniería en la que actuaba Del Mazo. La obra buscaba enfatizar la trayectoria histórica del

712. Alfaro Siqueiros estuvo en Buenos Aires en 1929 y en 1933. Sobre esta segunda visita se ha referido Josefina Delgado; “David A. Siqueiros en Argentina. La trama del mural”, en *Revista Ñ*, Buenos Aires, 2 de agosto de 2003.

713. Raquel Forner, Aquiles Baldi, Héctor Basaldúa, Antonio Berni, Alfredo Bigatti, Horacio Butter, Francisco De Santo, Ramón Gómez Cornet, Lino Spilimbergo y Francisco Vecchioli.

714. Los Estatutos de la UPAK indicaban que propendía “a) mediante una amplia labor cultural dirigida fundamentalmente a obreros, estudiantes y empleados, afianzar el sentido de su responsabilidad social; b) promover la investigación alrededor de los problemas sociales y especialmente de los problemas argentinos, c) estructurar la educación integral de la mujer; d) fomentar el arte popular y la cultura física como medio de vinculación social”. Para la realización de dichos fines, la UPAK quedó dividida en los Departamentos de Enseñanza; Conferencias; Arte Popular que comprendió la reorganización del Teatro del Pueblo, Educación Física; y Vida Femenina. *El Día*, La Plata, 26 de abril de 1938.

715. Osvaldo Graciano; *Intelectuales, Universidad y política ...*, op. cit.

movimiento, colocando los acontecimientos iniciados en Córdoba dentro de una homogénea sucesión de acciones desarrolladas en 22 años de lucha. Lo saliente entonces radicaba en una suerte de redescubrimiento de la actualidad que tenía el '18 y la posibilidad de organizar una secuencia histórica recopilando discursos que permitían alimentar a un movimiento que, como era notorio, desde fines de 1920 había entrado en un franco declive. Y en esa articulación entre pasado y presente que podía hacer revivir una gesta y a la vez trazar un balance crítico de la misma, también quedaron expuestos los materiales apropiables de los que se disponía en 1941 para lanzarse hacia la construcción de un proyecto político para afirmar desde la Universidad aquello que era entendido como la “cultura nacional”. Allí radicaba también una actualización del arielismo con sus vectores humanistas y latinoamericanistas que podían quedar expuestos en un mapa de las “Ciudades capitales de la Reforma Universitaria”, constituido en el sello gráfico de la obra de Del Mazo, o alcanzar a su específico campo profesional cuando el idealismo impregne el proyecto de “Canal Sudamericano” que imaginó para unir Argentina con las naciones “hermanas” del cono sur.⁷¹⁶ El arielismo en Del Mazo, podía así adquirir idealistas reactualizaciones saintsimonianas, que también se expandían para acompañar el importante ascenso que el campo de la ingeniería experimentaba a partir del creciente desarrollo de la industria de la construcción en el país, iluminando la emergencia del ingeniero comprometido, aquel que buscaba asumir un mayor protagonismo en la conducción de la sociedad.

En 1941, cuando ya socialistas de la UPAK y radicales reformistas habían generado importantes espacios de reflexión sobre la realidad nacional, pareció llegado el momento de trasladar esa experiencia a la Universidad, convertirla en objeto de un programa orgánico capaz de gestar las alternativas políticas que demandaba la realidad nacional. Ese año las autoridades de la Universidad platense eran renovadas por libre decisión de su Asamblea de Profesores, siendo Alfredo Palacios electo como Presidente y Gabriel Del Mazo como Vicepresidente.

Las nuevas autoridades de la Universidad colocaban a La Plata en una situación muy especial, tan favorable a la aplicación de aquello por lo que hacía tres lustros que preguntaban como quizás nunca lo había sido en ninguna otra casa de altos estudios argentina. Podía ser entendido como el capítulo final que faltaba agregar a la compilación de Del Mazo, el momento en el que los protagonistas de tantas gestas impulsadas para modificar la Universidad y la sociedad se encontraban ahora con una institución que quedaba a merced de sus ideales.

Las vertientes reformistas de mayor base social confluían así en la gestión de Palacios para alimentar un firme intento de posicionar al reformismo en la política nacional desarrollando desde la Universidad un proyecto para el momento de reestablecimiento de una democracia plena. La Universidad debía ser el motor del cambio cultural propugnado y a la vez el sólido repositorio de recursos humanos y de conocimientos de esferas estratégicas del Estado argentino. Por medio de una integración de la ciencia a precisos lineamientos políticos, la Universidad podría posicionarse

716. Graciela Silvestri; *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, UNQ / Prometeo, Buenos Aires, 2003, p.126.

legítimamente como un espacio central de producción de conocimiento para impulsar la definitiva transformación de un país agrícola en una nación industrial.

Palacios podía alimentar su ambicioso programa también a partir de otras contribuciones como las que se provenían de la sección “La Plata” de la Sociedad Científica Argentina, creada en 1938 en base a la iniciativa surgida hacía medio siglo a partir del factor aglutinante identificado en aquello que en tiempos fundacionales era visto como “la ciudad de los ingenieros”. Y aunque en esa entidad el eje se había complejizado notablemente, la sentencia recobraba su sentido originario por la intensa movilización de ingenieros platenses que extendían su esfera de actuación hacia la interpretación de las variables técnicas de mayor incidencia en la realidad socioeconómica. Uno de los protagonistas de esta tendencia era el ingeniero Juan Sábato, miembros de la Sociedad Científica, sección La Plata, junto a figuras de un amplio campo profesional: el médico Federico Christmann, el estudiante de Física -devenido en hombre de letras- Ernesto Sábato, el pedagogo Alfredo Calcagno, el ingeniero y astrónomo Simón Gerschanik y Danilo Carlos Vucetich, entre otros. La estrecha vinculación del nuevo organismo con la vida universitaria local, a partir de la propia actividad de cada uno de los miembros, favoreció una natural confluencia en el programa diseñado para la Universidad platense.

Palacios retomó aspectos de su anterior desempeño como Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (1922-1925), cuando introdujo Seminarios extracurriculares a cargo profesores como Emilio Ravignani, Raúl Prebisch, Molinari y Leónidas Anastasi para abordar problemas relacionados con la realidad concreta. La adaptación de aquella idea a la nueva situación política, devenía dos décadas más tarde en la organización de Comisiones especiales que buscaban acentuar la integración efectiva del sistema universitario al medio productivo. Dentro de esta problemática cobró particular protagonismo el diseño de políticas en el área de energía apoyadas en los estudios que llevaba a cabo Juan Sábato, y se dirigieron hacia un decidido impulso a la nacionalización de las fuentes de producción de combustibles y el establecimiento de mecanismos de explotación, comercialización y distribución de los mismos a cargo del Estado. Estos lineamientos quedaron plasmados en precisos proyectos que el socialista Julio V. González elevó al Congreso de la Nación.

La preocupación por estimular la industrialización del país también dio origen a un programa que buscó integrar universidad y producción a través de Institutos Tecnológicos, pensados como medios de renovación del sistema científico. El plan general tuvo su comienzo con el Instituto Tecnológico del Sur, proyectado para ser situado experimentalmente en el extremo sur de la Provincia de Buenos Aires.

En el plano cultural, se hizo notoria la voluntad de resituar en el centro de las preocupaciones a aquel fervor arielista que tan intensamente había sido vivido en los años '20, a partir de iniciativas como el Instituto Iberoamericano creado bajo la dirección del radical, Pérez Aznar, para favorecer los vínculos con los países comprendidos por la colonización española. También surgieron los Cursos de Cultura Universitaria, que retomaban los que había creado Nazar Anchorena y fundamentalmente reaparecía el Teatro, a través de la organización de un Instituto integrado por figuras que habían

participado de la puesta en marcha del Teatro del Pueblo de Berisso, e intelectuales tan prestigiosos como Rafael Arrieta y Pedro Henríquez Ureña. Asimismo, Orfila Reynal desde la UPAK podía sumar las experiencias recogidas de la España republicana donde conoció el Consejo Nacional del Teatro y su obra de formación del gusto estético de las masas y la capacitación de los equipos teatrales denominados “Guerrillas de teatro”. Y de hecho de España provendría quien quedó a cargo de la dirección del Instituto del Teatro de la universidad: el catalán Antonio Cunill Cabanillas.

Todas estas propuestas tuvieron ambiciosas proyecciones, propias de un momento en el que la Universidad presidida por el Senador Palacios, podía iluminar los anhelos de volver a dotar a la institución del protagonismo en la órbita nacional que tuvo cuando Joaquín V. González la dirigió. Con más de 12.000 estudiantes, la presencia de notables figuras del campo intelectual y proyectos de muy vastos alcances, la Universidad podía repositionarse como verdadero espacio proveedor del conocimiento que necesitaba el país para emprender una intensiva industrialización. El optimismo general permitía trascender en La Plata el anclaje conmemorativo del mito de origen, o en todo caso expandir el campo de referencias más allá del universo cerrado del fundador y del responsable de la “segunda fundación”. La Plata era la ciudad en la que, al decir de Alberto Palcos, “cantó Almafuerte, investigó Ameghino y meditó Korn”. Alfredo Palacios, sumará las figuras de Vucetich y Spegazzini para construir con las cinco una representación de la cultura y la ciencia platenses, que equivalía a la de la tradición misma de la ciudad universitaria.

La alternativa socavada: eugenesia y militarismo

El fin del gobierno de Fresco en 1940 y la revitalización del reformismo universitario en La Plata, introdujeron cambios que, empero, no significaron la interrupción del elitismo del programa de González, *aggiornado* desde 1930 en clave nacionalista. Una cierta continuidad de propósitos afirmada por la injerencia del conservadorismo en la Universidad, afianzó una tradición que tuvo como dato saliente la reactualización de ideas instaladas desde los tiempos de Mercante para preservar el orden social. Eran las mismas que establecían un suelo sobre el cual podían entablarse fuertes vínculos entre la cultura letrada local y la realidad italiana que, como queda claro, Fresco aprovechó en pos de su propio programa de gobierno. Pero finalizado el mandato de Fresco los mecanismos para preservar el orden en la Universidad mantenían su inmanencia, proyectándose al interior de la gestión del socialista Palacios para constituirse en el principal rasgo de permeabilidad ofrecido por La Plata a las grandes paradojas culturales de la “década infame”. La perduración de la influencia ejercida por los sucesores “científicos” de la “Escuela positiva”, puede seguirse en el Laboratorio de Psicología Experimental que continuó dirigiendo Alfredo Calcagno en la misma Facultad creada por Mercante. Junto a él pasaron a desempeñarse Lunazzi, que tras la experiencia española regresaba a la universidad platense y se insertaba en un ámbito en el que podía poner particularmente de manifiesto el carácter disciplinado de su anarquismo, y Enrique Mouchet, quien retornaba tras haber abandonado Las Plata por los fuertes hostigamientos que recibió en 1929 de reformistas del grupo Renovación. Como

Calcagno, Mouchet nunca dejó de cultivar una psicología teñida de una fuerte influencia lombrosiana y bajo esas coordenadas ideológicas había intervenido como diputado nacional en el debate de leyes sociales y sanitarias y en 1933 elevó al Congreso la propuesta de crear Consejos Nacionales de Educación Física. Precisamente ésta temática, en la Fresco creyó encontrar afinidades con la universidad que trascendían su generalizada desconfianza hacia ella, quedó inscripta dentro de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Además de las inquietudes de Mouchet, que en 1941 pasó a dirigir el Instituto de Psicología de la Universidad platense, existía el directo antecedente platense de la Cultura Física reorganizada en el Colegio Nacional durante el rectorado de Calcagno a efectos de introducir el fichaje biotipológico pendeano. La Cultura Física finalmente se incorporó a la currícula de la universidad platense a modo de ensayo durante la presidencia de Palacios para luego convertirse en la primera del país que abordaba esta esfera del conocimiento.⁷¹⁷

Pero aquella aplicación de la “biología política” tendría expresiones menos neutras o desideologizadas dentro de la universidad platense especialmente cuando, también bajo la égida de Palacios, fue convocado al principal publicista de la eugenesia argentina después de 1930. Nos referimos al abogado Carlos Bernaldo de Quirós, discípulo de Carlos O. Bunge y ex diputado radical, quien desde 1942 estuvo a cargo de la novedosa Cátedra Libre de Derecho Eugénico Argentino, una prueba piloto para volcar un programa cultural profundamente revulsivo de la modernidad a aquello que tres lustros más tarde sería la primera Facultad de Eugenesia del mundo.⁷¹⁸ La experiencia de Quirós coincidió con la actividad en La Plata del prestigioso eugenista español Jiménez de Asúa, que dirigió el Instituto de Criminología.⁷¹⁹ Y si entre ambas figuras podían reconocerse importantes matices asociados a una muy dispar concepción política y social, la eugenesia era el factor de cohesión que los unía, a su vez, a los intereses particulares de Palacios expuestos en una larga militancia en favor de la ciencia creada por Galton. En efecto, Palacios con su preocupación por difundir en la sociedad los mismos mecanismos de control social de los que se valían los sectores que encontraban “científicamente” legitimadas las desigualdades que avalaban su posición encumbrada; es quizás la figura que mejor expresa el modo en que las paradojas de la cultura política argentina permearon a fuerzas impulsoras de reformas sociales. Palacios había integrado en 1914, en carácter de Vicepresidente, el Comité Consultivo argentino del Segundo Congreso Internacional de Eugenesia impulsado por el Museo de Historia Natural de New York -finalmente postergado debido al estallido

717. En 1946 Ángel Albina organizó la Dirección General de Educación Física de la UNLP y en 1953 fue creado el Profesorado Universitario de Educación Física por impulso de Alejandro Amavet, miembro de la Sociedad Argentina de Eugenesia creada por Bernardo de Quirós en 1945.

718. La Facultad de Eugenesia de Quirós funcionó en el Museo Social Argentino. Sobre las actividades eugenésicas de Quirós nos hemos referido en Miranda, Marisa y Vallejo, Gustavo; “Las huellas de Galton: eugenesia y control social en la Argentina del siglo XX”, *Taller* N° 21, Buenos Aires, 2004, pp.142-178.

719. Sobre la participación de Jiménez de Asúa en el movimiento eugénico argentino véase María Miranda; “La antorcha de Cupido: eugenesia, biotipología y eugamia en Argentina, 1930-1970”, *Asclepio* Vol. LV, Fasc.2, Madrid, 2003, pp.231-255.

de la guerra-.⁷²⁰ Más tarde hizo valer su importante posicionamiento dentro del movimiento eugénico argentino para obtener audibilidad entre élites que impedían el tratamiento de leyes laborales en el Congreso de la Nación. Así, pudo hacer realidad el mandato socialista de instituir las ocho horas laborales aunque bastante tardíamente en relación a otros países -recién en 1929-, y cuando luego de varios intentos frustrados, su reclamo empezó a encontrar legitimidad tras publicar *La fatiga y sus proyecciones sociales* (1922), donde se respaldó en exámenes antropométricos a obreros -como los que realizaba Mercante a los alumnos en La Plata- inspirados en la criminología lombrosiana y particularmente en la biotipología de Nicola Pende.⁷²¹ Y también tras honrar permanentemente en La Plata a otro emblema de la criminología como era Juan Vucetich, cuyos homenajes iniciados en el Decanato de Ciencias Jurídicas y Sociales (1922-1925) fueron acrecentados durante su Presidencia en la Universidad, por proyectar universalmente un sistema que permitía afirmar la nacionalidad a través del control individualizado de las personas. Asimismo la mayor parte de las leyes laborales impulsadas en su labor parlamentaria llevaron el sello de la eugenesia italiana con invocaciones implícitas o explícitas a las aplicaciones que de ellas realizaba el fascismo.

Y si en esto puede verse una estrategia de subsistencia que tuvieron corrientes impulsoras de reformas sociales en la Argentina para adaptarse a una cultura política poco propensa a admitir sus requerimientos, ello también entrañaba los riesgos de naturalizar como propios aquellos rasgos que se pretendían modificar. Con esto quiero decir que en la interacción política con fuerzas abiertamente revulsivas al ideario democrático, podían obtenerse logros como los que exhibía Palacios con sus leyes laborales, aunque al muy alto costo de volver cada vez más aceptables y compartidas prácticas inspiradas en ideologías que él mismo denunciaba en la tribuna política.

La universidad platense fue un escenario de esta dialéctica que terminaría socavando desde el interior mismo la alternativa política que buscaba construir. Tan significativa como la Cátedra de Derecho Eugénico resultaría el proyecto de ley que buscó llevar sus ideas abiertamente premodernas de la ciudad universitaria al Congreso Nacional merced a las gestiones de dos de sus principales figuras, como eran Alfredo Calcagno y Ricardo Balbín,⁷²² para subsidiar a la Sociedad de Eugenesia

720. También integraba ese Comité Ricardo Calatroni, quien por entonces se desempeñaba en ULPI junto a Nelson.

721. Palacios se jactó de anticiparse en 1922 a los Institutos Biotipológicos que Pende creó en Italia. Y curiosamente lo va seguir haciendo al prologar las sucesivas reediciones de su tesis aún después de conocidos los objetivos racistas perseguidos por esos Institutos y después de que Pende se expusiera públicamente como el mentor del “Manifiesto de la raza” con el que en 1938 se inició la mayor persecución de judíos en Italia. Palacios al inaugurar en 1960 el Primer Congreso Nacional de Derecho del Trabajo exponía con “honra” el haberse anticipado a los “laboratorios que el endocrinólogo Dr. Pende llamó ocho años después Dispensarios biotipológicos”. Palacios, Alfredo, “Proyecciones del Nuevo Derecho del Trabajo”, *Revista de la Universidad*, N° 10, UNLP, La Plata, 1960, pp.79-92, p.85. Sobre los Institutos de Pende véase de Gustavo Vallejo; “El ojo del poder en el espacio del saber. Los Institutos de Biotipología”, en *Asclepio* Volumen LVI Fascículo 1, Madrid, 2004, pp.219-244; y “Las formas del organicismo social en la eugenesia latina”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.*

722. El proyecto fue presentado en 1947 por el bloque radical, que integraba además Arturo Frondizi, Presidente de la Nación entre 1958 y 1962.

creada por Bernardo de Quirós e implantar la enseñanza de la eugenesia integral obligatoria en todas las esferas de la escuela pública.

Otro espacio académico nacido de la presidencia de Palacios vino a su vez a afirmar la naturalización en la cultura letrada de un irrefrenable avance de la militarización favorecido desde dentro de la universidad. Si en torno a 1910 el liberalismo argentino afirmó la idea de “Defensa social”, devenida en el instrumento legal con el que el Estado acentuó su búsqueda policial de la “peligrosidad” social en determinados caracteres fenotípicos, hábitos e ideologías políticas; hacia el fin de la segunda guerra mundial aquellos “avances” se integraban a una convicción geopolítica que instaba a proyectarlos militarmente hacia la “Defensa nacional”. Este último concepto dio el nombre a la propuesta del profesor Ricardo de Labougle, de crear una Cátedra que la gestión de Palacios aprobó en 1943. Labougle era un nacionalista enrolado en el integrismo católico y adherente al sector militar más afín a las fuerzas del Eje que en junio de ese año protagonizó un nuevo golpe de estado en Argentina. Con su iniciativa, Labougle buscaba transmitir “los deberes para con la Patria” a aquellos que debían salir de los claustros universitarios convertidos en la “élite” de la sociedad, para lo cual remarcaba en los fundamentos del proyecto tratado por el Consejo Superior dos ideas centrales concurrentes: por un lado que debían aprovecharse “las enseñanzas de la guerra actual” para inculcar en la población civil una defensa de la Nación que implicaba “preparar en la paz el frente interior”; y por otro que para lograr ese fin debían estrecharse “los lazos entre la Universidad y el Ejército”.⁷²³

La aprobación del proyecto, fue precedida de un dictamen de las Comisiones internas de Enseñanza y de Interpretación y Reglamento que integraban Gabriel Del Mazo y Alfredo Calcagno, en el que se celebraba la iniciativa⁷²⁴ a la vez que se aconsejaba crear una nueva comisión para la elaboración del plan de estudios. De la nueva instancia, surgieron más precisos fundamentos dados a conocer al Consejo Superior, que aprobó la iniciativa por unanimidad el 9 de setiembre de 1943. Labougle señalaba en esa ocasión que se inspiraba en la Cátedra de Defensa Nacional del Mariscal Petàin, Jefe del Estado instalado en Vichy y principal referente en Francia de las fuerzas colaboracionistas con el nazismo.⁷²⁵

La Cátedra de Defensa Nacional de la Universidad tendría que ocuparse a su vez de las falencias que su impulsor advertía en la política inmigratoria argentina, favorecida por “códigos y leyes tan pródigos” que conspiraron contra la creación de ese “sentimiento cerrado, específicamente

723. Ricardo de Labougle; “Fundamentos expuestos en la sesión del 3 de mayo de 1943 del Consejo Superior de la Universidad Nacional de La Plata”, en *Curso de Cultura Superior Universitaria. Cátedra de Defensa Nacional*, UNLP, La Plata, 1945, pp.13-18.

724. “Tiende a facilitar el perfeccionamiento cultural de los estudiantes universitarios, partiendo de la idea de que la cultura general no es completa, si no existe una vinculación en todos los órdenes, y en este caso por tratarse de la Defensa Nacional especialmente con las instituciones de enseñanza militar. Su contenido aborda la vida misma de la Nación y es en sus consecuencias o aspira serlo de formación ética”, “Dictamen conjunto de las Comisiones de Enseñanza y de Interpretación y Reglamento” (pp.21-22), en *Curso de Cultura...*, *op. cit.*, pp.21-22.

725. “Puesto a consideración el proyecto en la Sesión del Consejo Superior de 9 de setiembre de 1943”, en *Curso de Cultura...*, pp.25-40.

argentino, que exige nuestra Defensa Nacional”. Para subsanar ello, debía reforzarse la función que le cabía al Estado a través de la Escuela, la conscripción y la Universidad, de contribuir a instalar ese sentimiento. Lo mismo que hacía la Iglesia -“que para bien de los argentinos está oficialmente ligada” al Estado-, el libro y el hogar.⁷²⁶

La iniciativa de Labougle también era el corolario de crecientes colaboraciones científicas que la Universidad de La Plata venía manteniendo con las Fuerzas Armadas. Las Facultades de Química y Farmacia y de Ciencias Físicomatemáticas establecieron convenios con el ejército, mientras en el Observatorio y Bellas Artes eran confeccionadas cartas siderales para la Fuerza Aérea.⁷²⁷

Asimismo, Palacios también puso en marcha en la Universidad dos importantes instituciones en conexión con la esfera militar. Es el caso del Departamento de Investigaciones Aplicadas, nacido con la expresa misión de coordinar estudios que les fueran encomendados por los Ministerios de Guerra, Marina y Agricultura, y abordar problemas de defensa militar. Dentro de la misma sintonía, también se encuentra el otro significativo emprendimiento: el Instituto de Aeronáutica de la Universidad, creado para formar ingenieros en esa especialidad y estudiar prototipos para el desarrollo de la aviación civil y militar nacional. El Instituto de Aeronáutica había sido impulsado por un anterior Presidente de la Universidad, el ingeniero Julio Castiñeiras, quien realizó el proyecto que fue aprobado por el Congreso Nacional en 1940. Tres años después el Instituto de Aeronáutica comenzaba a funcionar dentro de la égida de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas, y bajo la dirección del italiano Clodoveo Pasqualini, un profesor de larga trayectoria en las Reales Escuelas de Ingeniería de Turín y Génova que había llegado a la Argentina para desempeñarse en la Fábrica Militar de Aviones de Córdoba. Y si la implementación de la nueva carrera se resolvió con un edificio provisorio (calle 116 entre 47 y 48), de similares características al que precisamente desde 1912 dispuso la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas, también motivó un ambicioso proyecto arquitectónico. El encargo recayó en Hilario Zalba, un profesor en La Plata que compartió su elaboración con el catalán Antonio Bonet, con quien había integrado el vanguardista grupo “Austral”, para el cual la “ciudad universitaria” había sido un importante tema de reflexión trasladado a ideas para Buenos Aires concebidas complementariamente al plan urbano preparado por Le Corbusier. El Instituto de Aeronáutica era una prueba de los sólidos vínculos que el militarismo en boga lograba suscitar entre ideologías fuertemente reaccionarias y un proceso de modernización técnica que, si por un lado era indispensable para sostener cualquier estrategia geopolítica, por otro también podía brindar una oportunidad a las vanguardias para abordar nuevos programas arquitectónicos.⁷²⁸ Este tipo de interacción, que desde 1946 será frecuente hallar en obras públicas de un Estado que para abordar novedad técnica y masividad admitirá soluciones tanto progresivas como regresivas, quedaba destilado por las fuertes

726. *Ibidem*, pp.31-32.

727. Osvaldo Graciano; *Intelectuales, Universidad y política...*, op. cit.

728. El proyecto de Zalba y Bonet fue detalladamente expuesto por la *Revista de Arquitectura*. Véase “Instituto de Aeronáutica de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas de la Universidad Nacional de La Plata”, en *Revista de Arquitectura* N°289, Buenos Aires, 1945, pp.6-19.

singularidades de toda una poética de la renovación arquitectónica. Y nuevamente el bosque platense aparecía aquí como el escenario de lo que estaría llamado a convertirse en un nuevo emblema de la cultura científica.

No es un dato menor que la universidad reformista, en el momento en el que con mayor énfasis podía expresar el culto a su autonomía, apelara a exaltar los vínculos con las fuerzas armadas, inaugurando el Instituto de Aeronáutica para recibir la aprobación del gobierno nacional del General Ramírez y un presupuesto especial destinado a su organización.⁷²⁹ Como tampoco lo era impulsar la Cátedra de Defensa Nacional a expensas de someter a la Universidad a un riesgoso proceso de creciente militarización de sus planes de estudios que no parecía traer consigo buenos augurios para las huestes reformistas.

Defensa Nacional y conflictos universitarios

Después de que la propuesta de Labougle fuera aprobada por el Consejo Superior de la universidad platense por unanimidad, la puesta en funcionamiento de la Cátedra de Defensa Nacional trajo aparejadas algunas sorpresas. El 10 de junio de 1944 abrió sus puertas con el responsable de la misma, Ricardo de Labougle, ahora Rector de la Universidad platense por imposiciones del gobierno militar. La inauguración también contó con la palabra de un invitado muy especial: se trataba del Coronel Juan Domingo Perón, responsable desde 1943 de la Secretaría de Trabajo y Previsión, Ministro de Guerra desde febrero de 1944 y desde junio de ese año, Vicepresidente de la Nación.

La Cátedra de Defensa Nacional era ahora el eje de la orientación impresa a la universidad platense, donde los lineamientos generales de toda la institución quedaban sujetos al rumbo de la asignatura de Labougle y los epígonos de Perón. La UNLP que a comienzos del siglo XX había sido caja de resonancia del fallido proyecto político nacional de Joaquín V. González, lo era ahora del nacimiento del peronismo.⁷³⁰

Si algo quedaba en claro era que las reglas de juego establecidas durante la “década infame” y aceptadas por todas las fuerzas políticas con representación nacional habían sido modificadas. Los nuevos militares en el poder ya no debían valerse de la legitimidad buscada en principios liberales, como en determinados momentos lo habían hecho sus antecesores, y en consecuencia no necesitaban interactuar con figuras de la cultura letrada que representaran esos principios para seguir encubriendo

729. Osvaldo Graciano; *Intelectuales, Universidad y política...*, op. cit.

730. Pese a situarse en las antípodas ideológicas, González y Perón compartieron la preocupación por organizar desde el Estado las relaciones laborales. De hecho en su origen la UNLP se valió de muchos colaboradores del Código de Trabajo preparado por Joaquín V. González en 1904 -entre ellos Palacios- y que sirvió para el nacimiento en 1907 del Departamento Nacional del Trabajo. Ese mismo organismo convertido en 1943 en la Secretaría de Trabajo y Previsión de Perón, era el punto de partida de la proyección política futura de Perón. Soprano en una sugerente hipótesis ha hecho notar en ese organismo las continuidades que presenta desde la intervención de González hasta la llegada de Perón cuatro décadas más tarde. Germán Soprano; “El Departamento Nacional del Trabajo y su Proyecto de Regulación Estatal de las Relaciones Capital-Trabajo en Argentina. 1907-1943”, en José Panettieri (comp.); *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, EUDEBA, Buenos Aires, 2000, pp.31-54.

formas de gobierno visceralmente anidemocráticas. No es que esta última convicción se hubiera modificado después del golpe de 1943, sino por el contrario, se había profundizado junto a la certeza de que ya no hacía falta disimularla con gestos de convivencia democrática.

Si el escritor nacionalista, Gustavo Martínez Zuviría (conocido también por su seudónimo de Hugo Wast), podía haber sido uno de los interlocutores del conservadurismo con los que Palacios compartía ámbitos de actuación como la AABEMS, ahora en su rol de Ministro de Instrucción Pública y Justicia del nuevo gobierno militar ponía de manifiesto el fin de la política de acuerdos: ante la exigencia de dejar cesantes a un grupo de profesores platenses que adhirieron a una solicitada publicada en distintos medios de prensa en la que se reclamaba el reestablecimiento de la democracia, Palacios renunció.⁷³¹ También lo hizo el vicepresidente de la Universidad, Gabriel Del Mazo y buena parte del Consejo Superior de la Universidad.

Martínez Zuviría ya se había encargado de trasladar a la órbita nacional la norma por la que el gobierno de Fresco instituyó la obligatoriedad de la enseñanza de la religión en todas las escuelas de la provincia de Buenos Aires, dentro de una particular interpretación orgánica del tomismo que se adaptaba estratégicamente a construir poder yendo de la parte al todo.⁷³² Su plan educativo también avanzó hacia las demás instancias y puso especial énfasis en depurar las universidades de toda posible infiltración comunista. La salida del socialista Palacios y el radical Del Mazo de la universidad de La Plata fueron toda una señal de lo inasible que podían resultar el universo de lo depurable y tras ese paso dado quedó allanado el camino para el ascenso de grupos nacionalistas que llegaban a la conducción de las universidades por la intervención directa o indirecta del Poder Ejecutivo Nacional.

En La Plata, las figuras afines a los lineamientos políticos instrumentados por el gobierno militar eran una minoría dentro del cuerpo de profesores. Ese grupo ya no contaba con Eugenio Galli, quien después del golpe de 1943 dejaba la Universidad para abocarse a su nueva función de organizar el sistema sanitario nacional en su carácter de Secretario de Salud. Frente a los pocos acólitos del gobierno nacional existía en la Universidad un mayoritario sector reformista, que era ahora objeto de persecuciones que fueron el signo del avance de nuevas formas de construcción de hegemonías en la política argentina. Planteada la fractura, los reformistas respondieron desde una directa confrontación, que podían sostener a través de una posición fortalecida por el desenlace que comenzaba a vislumbrarse en la guerra. En este sentido, el problema del avasallamiento a la autonomía universitaria, pronto se articuló con el reclamo por la inmediata democratización del país y la ruptura de relaciones diplomáticas con Alemania. Para los reformistas era prioritario recobrar el control de la

731. Osvaldo Graciano; *op. cit.*

732. La Iglesia podía seguir esta estrategia invocando al organicismo de Santo Tomás. Si las contradicciones evidenciadas en la introducción de la enseñanza religiosa en las escuelas provinciales ante la perduración de la enseñanza laica a nivel nacional se saldaba invocando al organicismo para diferenciar los derechos de las provincias que eran como “repúblicas naturales”, ahora al redoblarse la apuesta también en Santo Tomás estaba la explicación: todo bien propio, incluso los de cada provincia, deben contribuir al bien común de toda la Nación.

universidad para que ante esas circunstancias se constituya en la institución representativa de la lucha por la defensa y custodia de los valores democráticos del país.⁷³³

Y ratificaba esta convicción la certeza de que precisamente quienes habían tomado la universidad la habían convertido en aquello que Korn veía como el epicentro del “diseño de un plan totalitario que pretendía instaurar una nueva dictadura”. No es que fuera la primera vez que se invocaba la política italiana y/o la alemana para llevar a cabo una acción de gobierno en la Argentina, algo que como vimos desde 1930 era moneda corriente. Lo nuevo sí era que en este programa no tenían cabida las anteriores interacciones a las que se habían habituado los grupos reformistas en su modo de hacer política. Y más aún sólo persecuciones podían depararle a los más radicalizados opositores a la conformación del nuevo escenario político. Alfredo Palacios y Guillermo Korn debieron exiliarse en Montevideo, lo que significó también el fin de *Libertad Creadora*, la más importante apuesta cultural que conocería La Plata desde 1930 en adelante. Los tiempos ahora exigían otro tipo de respuesta editorial y Korn lanzó nuevos emprendimientos en los que el eje no era la cultura sino la política y en especial la “resistencia civil” al avance del nazifascismo en el Río de la Plata. Korn, tempranamente identificó en La Plata a los cambios nacionales que se avecinaban, deteniéndose en remarcar el significado de la conferencia con la que Perón inauguró la Cátedra de Defensa Nacional: era “la sistematización doctrinaria de una ideología nazista”.⁷³⁴

Perón en esa ocasión había destacado la importancia de la guerra para construir con su aprendizaje un nuevo proyecto político focalizado en la atención del “frente interior”. Y esa intervención implicaba poder alcanzar una homogeneidad racial definida sobre estrictos patrones militares para obtener una buena dotación de posibles combatientes en defensa de la patria ante un enemigo que podía estar en cualquier parte. Para Perón, la Argentina se había engrandecido abriendo sus puertas a todos los individuos, razas, ideologías, culturas, idiomas y religiones, aunque a expensas de absorber el “problema del cosmopolitismo con el agravante de que se mantienen dentro de la Nación, núcleos poco o nada asimilados”. Las consecuencias más negativas de este proceso se verificaban en la estadística militar: “todos los años, un porcentaje de ciudadanos, al presentarse a cumplir con su obligación de aprender a defender a su patria, deben ser rechazados por no reunir las condiciones físicas indispensables”.⁷³⁵ Esa era la prueba de los vastos problemas que, como Perón, también los demás conferencistas que se sucedieron en las Cátedra de Defensa Nacional creían que se debían atacar interviniendo en el “frente interior”. Eduardo López explicaba su significado enfatizando que el Estado debía defender su salud “contra los factores que tratan de desintegrarlo desde el interior del país”. Principalmente debía hacerlo frente al “extremismo”, a través de una respuesta que podía

733. Osvaldo Graciano; *op. cit.*

734. *Cfr.* Osvaldo Graciano; *Ibidem.*

735. Juan Domingo Perón; “Significado de la Defensa Nacional desde el punto de vista militar” (pp.50-79), en *Curso de Cultura...*, *op. cit.*, pp.68-69.

“oscilar entre el exterminio por la fuerza o la persuasión”.⁷³⁶ Otro factor de desintegración era la baja política o politiquería, y para contrarrestar sus consecuencias, aparecía un rubro central que era el de la salud pública para superar al Estado, elevando “la capacidad y resistencia físicas de los habitantes”, de aquellos que en cualquier momento debía ser llamados a su defensa.⁷³⁷ La “vivienda sana y alegre, la maternidad feliz y bien atendida” eran otras “defensas del organismo de la nación”, como también lo era “la vigilancia de la inmigración, a fin de seleccionar el aporte humano que ha de incorporarse a su sangre y moldear su tipo racial futuro”.⁷³⁸ Aprendiendo la lección que daba la guerra, debía tomarse conciencia de que el Estado era “un organismo viviente y palpitante” y que “la lucha contra los enemigos ocultos de este organismo” debía ser “permanente y enconada”.⁷³⁹

Y al igual que en otros contextos, la agudización de la voluntad de ejercer un estricto control social sobre los estudiantes o bien sobre la sociedad toda, conducía a abrazar una teoría eugénica. El vicealmirante Bustamante, aportó definiciones de raza que se desplazaban de la habitual invocación a la “biología política” italiana hacia el eugenismo del francés Alexis Carrel y *La incógnita del hombre*, sin dejar de recurrir a la actualización de las viejas teorías de Le Bon, Ratzel y Ramos Mejía. Una interminable apología de los determinismos raciales, anclada en la invocación a inmodificables factores históricos y geográficos, conducía a la autocomplaciente certeza de la cualitativamente buena dotación poblacional del país que debía ser custodiada de riesgosas infiltraciones. La insistente referencia al frente militar para aludir a los problemas que debía abordar la salud pública para preservar la buena dotación racial será un anticipo de las inquietudes que fluirían a través del programa sanitario que Ramón Carrillo montó en el Estado nacional en 1946.⁷⁴⁰

Pero más allá de la sucesión de prédicas militaristas que el sector más nacionalista de las fuerzas armadas volcaba durante todo el ciclo de 1944 a la Universidad platense dentro del encuadre dado por la Cátedra de Labougle, la participación inaugural de Perón había permitido a reformistas como Korn, por sobre todas las cosas, identificar al verdadero ideólogo que estaba detrás de aquello que, a sus ojos, no podía ser otra cosa que el diseño de un plan que conducía al surgimiento de un régimen totalitario.

En ese contexto la liberación de París fue vivida con intensidad en La Plata, donde la Alianza Francesa, fundada en 1915 por el arquitecto Emilio Coutaret, nucleaba una sólida colonia gala,

736. Eduardo López; “La estrategia como ciencia política y ciencia militar. La Defensa Nacional” (pp.99-125), en *Curso de Cultura...*, *op. cit.*, p.106.

737. *Ibidem*; p.107.

738. *Ibidem*.

739. *Ibidem*, p.108.

740. Sobre las ideas eugénicas de Alexis Carrel, véase Andrés Reggiani; “Alexis Carrel, the Unknown: Engenics and Population Research under Vichy”, *French Historical Studies*, vol. 25, Nº 2, Durham, 2002, pp.331-356. Sobre la eugenesis en el peronismo y especialmente en Ramón Carrillo, véase Karina Ramacciotti, Adriana Valobra; *Generando el peronismo*, Proyecto Editorial, Buenos Aires, 2002, especialmente el capítulo de Karina Ramacciotti; “...Plasmar la raza fuerte...” Relaciones de género en la campaña sanitaria de la Salud Pública de Argentina (1946-1949)”. Y de la primera autora “Las huellas eugénicas en la política sanitaria argentina (1946-1955)”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); *op. cit.*, pp.311-347.

vinculada principalmente a los grupos intelectuales congregados por la UPAK. La oposición a la República de Vichy se canalizó también a través de la “Comisión de Jóvenes Amigos de Francia” y el “Comité De Gaulle”, alcanzando una suficiente densidad como para promover actos públicos que fueron declarados ilegales por las autoridades y derivaron en enfrentamientos que involucraron a toda la Universidad platense. Y si bien algunas iniciativas creadas por Palacios fueron continuadas, como es el caso del Instituto Tecnológico del Sur de Bahía Blanca que comenzó a funcionar en 1946 como una dependencia de la Universidad platense -en la década siguiente se autonomizaría para convertirse en la séptima Universidad Nacional-,⁷⁴¹ y el Laboratorio de Psicología Experimental que continuó aunque trasladado a la Facultad de Medicina, muchas otras fueron desmontadas. Cuando la política de Labougle se ensañó especialmente con el Teatro de la Universidad instalado en 1942 sobre la base de una larga tradición cultural vinculada a sectores reformistas y socialistas de La Plata, una huelga estudiantil derivó en el intento de recrear aquella institución en un local provisto por la Sociedad Francesa de Socorros Mutuos. El teatro logró funcionar hasta que el Estado provincial ordenó la clausura y el arresto de los integrantes, mientras el local, expropiado fue ejemplarizadamente destinado a las más útiles necesidades que imponían los tiempos, con la instalación en ese mismo sitio de la sede de la Confederación General del Trabajo de La Plata con la que Perón comenzaba a construir su poder político a través de favores a la clase obrera que buscaban alejarla de la influencia revolucionaria.

Sin embargo, los cambios experimentados en la coyuntura internacional iban contribuyendo a modificar en la Argentina cierta relación de fuerzas establecida entre adherentes y opositores a las fuerzas del eje. Desde comienzos de 1945 se hizo notoria la resistencia de sectores del estudiantado a aceptar la nueva situación imperante en la Universidad bajo la conducción de Labougle. Luego de que el Interventor de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Muñoz Drake, disolviera el Centro de Estudiantes y cambiara el nombre del aula en la que funcionaba (de Mariano Moreno pasó a llamarse Monseñor Alberti), a fines de abril se organizaron distintos actos en protesta contra el Rector que derivaron en refriegas callejeras con fuerzas policiales. Asimismo, dentro del propio gobierno militar las tensiones internas entre tendencias algo más liberales o esencialmente nacionalistas, se dirimió a través de una limitada apertura política que, entre otras cosas, derivó en el levantamiento del Estado de sitio y en la eliminación en agosto de 1945 de las restricciones a la libertad de prensa que regían desde diciembre de 1941, cuando un decreto presidencial las estableció para garantizar el “orden” y la “tranquilidad pública”.⁷⁴²

741. En 1956 cuando el Instituto Tecnológico del Sur en Bahía Blanca se convirtió en Universidad Nacional, además de las Universidades de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, existían las de Tucumán, Litoral (Santa Fe) y Cuyo (Mendoza).

742. El decreto planteaba la necesidad de “extremar las medidas conducentes a vigorizar la unidad moral de la Nación para poder mantener íntegra y eficazmente la posición adoptada frente al conflicto bélico”. La censura a la prensa, era parte de una necesidad de “reprimir toda actividad tendiente a exacerbar las pasiones despertadas por la guerra, que, perturbando el orden, comprometen la tranquilidad pública con incitaciones subversivas o medios inconvenientes de expresión”.

En ese contexto político, las universidades nacionales fueron normalizadas a través de la libre elección de sus autoridades. En el caso de La Plata, la institución quedaba en manos de Alfredo Calcagno, el viejo discípulo de Mercante que sin abdicar de su lombrosiana psicología experimental sobrevivió al huracán reformista de los años '20 y también en 1943 a la generalizada diáspora de profesores que se solidarizaron con la renuncia de Palacios y Del Mazo. Calcagno permaneció dentro de la Universidad como Guardasellos de la gestión de Labougle.

Calcagno en 1945 fue ungido Presidente de la Universidad y en ese rol se constituía ahora en la nueva referencia del reformismo -que tanto lo había hostigado antes-, la cara visible que esa corriente ahora invocaba para encolumnar las fuerzas democráticas que pugnaban desde la cultura letrada por detener el avance del fascismo.

La apertura política permitió que Palacios y Korn retornaran al país y pugnaran por construir nuevos espacios para enfrentar al gobierno nacional desde las mismas consignas: reclamo por la ruptura de relaciones con Alemania y por el inmediato llamado a elecciones nacionales. Ambos, junto a Sánchez Viamonte, participaron en la organización de una multitudinaria “marcha de la Constitución y la libertad” y también lo hicieron en la dirección de una fallida rebelión en Córdoba.

La respuesta dada desde el gobierno militar a estos episodios, no fue precisamente la esperada por los reformistas universitarios, sino en cambio la vuelta atrás con la apertura que desató una fuerte escalada de represión. Se implantó el Estado de Sitio y fueron encarcelados profesores y dirigentes estudiantiles. En La Plata la situación derivó en graves enfrentamientos entre universitarios apostados en el interior del Rectorado y policías que pugnaban por desalojarlos, enmarcando una imagen del desorden que constituía toda una novedad en la breve historia de la ciudad ideal. Por primera vez el centro de La Plata, ese sector que desde tiempos fundacionales había sido custodiado con particular esmero por normativas que velaban por la belleza, la higiene y la moral, y en torno a los fastos del cincuentenario de su fundación vio emerger palacios públicos que tendían a acentuar la imagen de armonía general, era el escenario de la violenta confrontación entre poderes localizados dentro del mismo reducto armonioso. Aquel en el que fue insistentemente sostenida la idea de “normalidad” desde tiempos fundacionales en que se convirtió en el primer sector iluminado con luz eléctrica del cono sur americano y a la vez pasó a regir la prohibición de instalar casillas de madera, casas de tolerancia, y conventillos.⁷⁴³

Y si la mayoría de los palacios del poder público y la educación de La Plata habían sido despojados de las verjas perimetrales que cercaban sus jardines exteriores, ello no había sucedido en la Universidad donde su pervivencia no constituía ahora una cuestión de índole estética o de higiene

743. Las Casas de Tolerancia, sólo podían instalarse fuera del centro en el perímetro comprendido por las avenidas de 1, 60, 72, 31 y calle 120, y avenidas 44, 31, 32 y calle 120, y no podían establecerse a menos de 4 cuadras de hospicios, escuelas, teatros y templos. Para las casillas de madera y los conventillos rigieron similares impedimentos que derivaron en un procedimiento habitual: las construcciones efímeras del centro de La Plata comenzaron a ser trasladadas a la zona portuaria -empresas de carros agilizaron la técnica del traslado de casas sobre rodados- y Berisso y Ensenada configuraron su imagen identitaria a partir de ese tipo de edificación, singularizada por el revestimiento en las paredes con chapas abandonadas por barcos que las usaban como lastre.

urbana. Las verjas delimitaban un universo jurisdiccional autónomo, que las fuerzas policiales provinciales no podían traspasar sin que al hacerlo fuera avasallado un territorio ajeno al suyo. La resistencia universitaria fue apoyada por dirigentes del radicalismo, socialismo, comunismo, los diarios locales *El Día* y *El Argentino* y distintas sociedades civiles de La Plata,⁷⁴⁴ y duró hasta que el 4 de octubre de 1945 el Gobierno nacional decretó la clausura de la Universidad de La Plata y con esa decisión autorizó a las fuerzas policiales de la Provincia a traspasar las verjas perimetrales del edificio de la Universidad y desalojar violentamente a sus ocupantes. La medida se repitió en otras universidades y dejó a las claras que con la protagónica presencia de Perón en el poder, sólo cabía esperar una unívoca atención de sectores obreros a través de prebendas oficiales y como contrapartida la represión de capas medias que pretendía permanecer en la Universidad dentro de las pautas de funcionamiento general instituidas por el reformismo. Un amplio arco político que integraba, desde la derecha a la izquierda, las principales fuerzas vinculadas a la vida universitaria, se manifestaron exigiendo la renuncia de Perón y el traspaso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia para que convoque a elecciones en el menor tiempo posible.

Dentro de una desfavorable relación de fuerzas, los reformistas universitarios pudieron encontrar viabilidad en su reclamo, cuando éste se conjugó con las crecientes manifestaciones de preocupación por la política pro-obrera de Perón existente entre sus propios camaradas militares. Ante las nuevas reacciones desatadas, los reformistas se encontraron, casi inesperadamente, con lo que parecía ser su triunfo definitivo: el gobierno nacional daba una inequívoca señal de cambio de rumbo destituyendo a Perón de sus cargos el 9 de octubre de ese año, y ordenando cuatro días más tarde el arresto en su domicilio y el traslado a la prisión de la isla Martín García.

744. Osvaldo Graciano; *Intelectuales, Universidad y política ...*, *op. cit.*

Quinta Parte: El orden en cuestión

Capítulo 1. La otredad entra en escena

Escenarios antitéticos: la Universidad y el puerto

La inesperada victoria que el 9 de octubre de 1945 los reformistas creyeron ya definitiva, derivó en La Plata en la inmediata organización de actos para celebrar la reapertura de la Universidad normalizada y la caída de Perón. Y mientras se iniciaba una investigación judicial sobre la brutal represión desplegada durante la ocupación estudiantil, el clima de euforia también derivaba en los preparativos de una marcha de oposición ciudadana que tendría lugar el 18 de octubre y culminaría en el Rectorado platense.

Sin embargo, dentro de la ciudad universitaria nadie calculó la muy disímil recepción que los mismos acontecimientos políticos tenían muy cerca de allí, en la ciudad de Berisso que poseía ya una de las más grandes concentraciones de obreros de la Argentina. Eran dos realidades con una común pertenencia jurisdiccional a La Plata, y separadas entre sí por la franja de tierras bajas deshabitadas que introducían una cuña geográfica entre el puerto y el bosque, acentuando la autonomía de ambos escenarios, ya constituidos universos culturales abiertamente antitéticos y propensos por eso a catalizar las antinomias políticas.

Desde un origen casi insignificante, Berisso había crecido en el puerto de La Plata al calor de la actividad de los frigoríficos norteamericanos. Con esas “catedrales del capitalismo” denunciadas por Korn y sus vías de acceso sobre las que se consolidó un tejido lineal por agregación de casas y conventillos en un hábitat obrero preponderantemente compuesto de edificaciones de madera y chapa - muchas expulsadas desde el centro de La Plata-, se desarrolló una ciudad carente del espacio público de la plaza. El exiguo tiempo libre del trabajador, en medio de este sórdido ámbito de explotación capitalista y vida portuaria, lo fueron ocupando las Sociedades de Socorro Mutuo de cada una las numerosas colectividades extranjeras, entre las que la rusa tenía una relevante presencia. También fueron importantes las asociaciones culturales que permitieron a muchos acceder a una educación y conocer las ventajas del cooperativismo, y las cantinas en las que la bohemia y la aventura sirvieron para crear los verdaderos lazos de integración interétnicos para experiencias culturales que en su densidad aunaron a figuras como el dramaturgo norteamericano O’Neill, el griego Onassis, e hicieron verosímil la fábula de la presencia del Mariscal Tito.⁷⁴⁵

Y si en esa diversidad radicaba la principal amenaza de Berisso, hacia 1938 el Intendente de La Plata, Luis Berro, podía inaugurar la Delegación Municipal remarcando los logros de un proceso de

745. Eugene O’Neill (1888-1953), obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1936. El armador y financiero griego, Aristóteles Onassis (1906-1975), trascendió internacionalmente por su fortuna que comenzó a amasar con buques adquiridos a precios irrisorios tras el crac de 1929. Y Josip Broz, también llamado Tito (1892-1980), condujo los destinos de Yugoslavia desde 1943. O’Neill se desempeñó en los frigoríficos de Berisso en la década de 1910, Onassis actuó en el Puerto de La Plata durante la década de 1920. A diferencia de aquellos, Tito nunca estuvo en Berisso, aunque en la tradición oral se haya cimentado esa fábula.

asimilación racial que había logrado revertir el predominio del elemento extranjero de hacía dos décadas -cuando se produjo la “Semana Trágica” y se levantó la Mansión de Obreros- hasta llegar a un momento en el que los trabajadores de esa localidad eran “bien argentinos en un 90 por ciento”. Entre la disciplina de la fábrica y la progresiva argentinización se construía la autocomplaciente certeza de que aquel era un enclave obrero racialmente homogéneo y socialmente controlado. Sin embargo, las repercusiones de la caída de Perón en Berisso, pondrán de manifiesto los equívocos de aquella mirada que desde La Plata, instaba a creer que esos trabajadores disciplinados y argentinizados no podían producir nada inesperado.

El peronismo en la ciudad universitaria

La confianza en que las tácticas de control social podían contener la realidad sociocultural de Berisso manteniéndola silenciada, apaciguada, en definitiva, disimulada, se desvaneció cuando el 17 de octubre de 1945 esa localidad irrumpía en la escena pública para hacerse particularmente visible adquiriendo un protagonismo que nunca antes había tenido. Aquel paraje pintoresco de las fotos de Coppola, hacía ahora volver los ojos de un país azorado por acontecimientos en los que el peronismo encontrará luego afirmado su mito de origen, integrando esa fecha y esa localidad a su propia liturgia autolegitimadora que requirió ritualizar permanentemente aquel mito a través de la celebración de lo que pasó a ser el “día de la Lealtad”.⁷⁴⁶ El relato incansablemente repetido, situó en Berisso el surgimiento del levantamiento de obreros que iniciaron su marcha en reclamo por la libertad de Perón, y en la Plaza de Mayo el destino de una movilización que durante ese trayecto iba a su paso engrosando ordenadamente la columna de manifestantes.

Sin embargo, Daniel James ha hecho notar que no fue una única manifestación que confluyó en Plaza de Mayo la que tuvo lugar el 17 de octubre, sino que se trató de múltiples focos, y no fueron los 60 kilómetros que separan a Berisso de Buenos Aires los recorridos por los trabajadores de los frigoríficos norteamericanos, sino los casi 10 que median entre ellos y el centro de La Plata.⁷⁴⁷

Vale decir que la explosión social que dio origen a lo que luego sería el movimiento político más influyente en la política argentina, tuvo su clara expresión en el microcosmos de un espacio urbano “ordenado” que era escenario de la confrontación sociocultural de las dos realidades que había generado. Aunque hasta entonces sólo una de ellas tenía entidad discursiva, la ciudad ideal a la que Martínez Estrada describió pocos meses antes como un símbolo de la moderación, un sitio en el que “los ásperos gestos de la vida urbana se atemperan y apaciguan”. Un espacio cultural en el que la presión de “dos fuerzas tectónicas”, Buenos Aires y la llanura, tenían su resultante en “el equilibrio y

746. Recientemente el Presidente de la Nación, Nestor Kirchner, buscó activar la memoria por la “gesta” de octubre de 1945 en Berisso, declarando Sitio Histórico Nacional a la calle Nueva York de esa localidad.

747. Daniel James destaca que en sus entrevistas realizadas a obreros de Berisso que participaron de los sucesos del 17 de octubre, se encontró con precisas descripciones de los sucesos tal como ellos los habían vivenciado en Plaza de Mayo. Sin embargo los entrevistados no habían estado allí sino en La Plata. Daniel James; “17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina” (pp.83-147), en Juan Carlos Torre (comp.); *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995, p.103.

la medida”.⁷⁴⁸ La Plata estaba hecha “de prisas de urbe comercial y de sosiego geórgico” que se combinaban en una vida armoniosa, “sin estridores ni atropellos”, dentro de “un juego fácil y gentil, como si un director de tráfico que conociera música hubiera dispuesto y vigilara desde dentro del mecanismo el cruce de las calles, la marcha de los transeúntes, la entrada y salida en las casas y los colegios, las rutas de los tranvías y los peatones, la longitud de los viajes, la velocidad de las piernas y los motores.” La Plata era una “ciudad para quien gusta del orden, del aseo y del espacio dentro de las cosas más bien que de las cosas dentro del espacio”.⁷⁴⁹

La mirada de Martínez Estrada podía prolongarse en un arraigado sentido común que identificaba a La Plata como una verdadera metáfora del orden, dando lugar a ideas dirigidas a reforzarlo permanentemente. Una de ellas fue formulada por Boveri en agosto de 1945, cuando tras sus indagaciones acerca de la selva rioplatense se ocupó del centro de la ciudad, retomando una idea que algunos años atrás había impulsado José María Rey, consistente en convertir las calles 51 y 53 en una única gran “Avenida de los Palacios”. Se trataba de una reactualización del ejemplo haussmaniano que instaba a demoler las manzanas que mediaban entre los principales edificios públicos (Departamento de Policía, Casa de Gobierno, Legislatura, Teatro Argentino, Municipalidad y Catedral) para dejar a éstos diseminados dentro de un extenso espacio verde desarrollado en un bulevar de 120 metros de ancho. Y de esa operación podía surgir entre el Teatro y la Legislatura un nuevo Palacio, el de las Bellas Artes.⁷⁵⁰

Sin embargo la discusión por estos temas que apuntaban enfatizar las virtudes del orden urbano de la ciudad, se vio abruptamente desplazada por el inédito protagonismo que asumiría en La Plata lo social sobre el espacio. La armonía general de La Plata no podría encontrar un contraste más flagrante que los episodios que tuvieron lugar el día 17 y también el 18 de octubre de 1945. Durante esos dos días y como un anticipo y reflejo especular de los profundos cambios que se avecinaban en la realidad política nacional, la ciudad universitaria, aquella que por poseer los más altos índices de alfabetización e instituciones científicas de reconocimiento internacional podía verse a sí misma como la consumación de un programa civilizatorio iniciado bajo la idea de conjugar ciudad modernidad y educación, descubría que llegaba a sus puertas la contracara sarmientina: de los frigoríficos, que expresaban la presencia del campo en un espacio de producción industrial, surgían los manifestantes que producían el más visceral cuestionamiento al orden urbano. Silvestri remarcó esa perduración cultural del mundo rural en el obrero del frigorífico que “nunca abandonó del todo las características de jinete indómito que los autores del siglo XIX, estudiando las industrias vinculadas a la faena animal, señalaban como presencia ineludible, que se resistía a ser reemplazada por pacíficos inmigrantes o máquinas neutras”.⁷⁵¹ El campo regenerador que buscaban los seguidores de la *New*

748. Ezequiel Martínez Estrada; “Imagen de La Plata”, *El Día*, La Plata, 19 de noviembre de 1944.

749. *Ibidem*.

750. Atilio Boveri ; “Un sueño de José María Rey”, en *El Día*, La Plata, 20 de agosto de 1945.

751. Graciela Silvestri; *op. cit.*, p.237.

School en Argentina, ahora devolvía a la ciudad una “barbarie” que parecía reactualizar las advertencias sarmientinas a través del protagonismo que, en el lugar antes ocupado por indígenas y gauchos, ahora asumían los trabajadores de Berisso.

Puede decirse que Perón ya había advertido aquella dualidad al momento de delinear su estrategia política desplegada sobre ambas entidades culturales. Pero mientras su ostensible desembarco en la cabeza intelectual de la ciudad no prosperó, ante fuerzas reformistas que lograron recuperar tempranamente el control de esa institución, la intensa acción que volcó en los trabajadores de los frigoríficos, le rendiría notables frutos.

Mientras en la ciudad universitaria se celebraba la destitución y encarcelamiento de Perón, en Berisso comenzaron las primeras manifestaciones de protesta el día 15, con una marcha al término de la jornada laboral por la calle Montevideo y al día siguiente el episodio se repitió en la calle Nueva York, frente a la “Mansión de Obreros”. En la noche del 16 se ultimaron los preparativos de la huelga decidida para el día siguiente y llegaron noticias de similares paros decididos en otros puntos del país como Avellaneda y los ingenios azucareros de Tucumán. El día 17 amaneció con piquetes formados frente a los frigoríficos y la fábrica textil, como también en todos los puntos de acceso a Berisso, donde camiones y tranvías procedentes de La Plata fueron volcados. Los vehículos de reparto de los diarios platenses fueron interceptados y todos sus ejemplares quemados ritualmente. La ciudad obrera estaba aislada, las escuelas suspendieron sus actividades debido a que los maestros procedentes de La Plata no pudieron trasladarse, y prácticamente todos los comercios cerraron. Todo estaba preparado para iniciar la marcha hacia la ciudad universitaria.

Los manifestantes se trasladaron, mayoritariamente a pie, por la Avenida 60 hasta llegar, atravesando el bosque, a su intersección con la Avenida 1 (donde se halla el Registro de las Personas). Allí los aguardaba un nutrido grupo que se congregó cerca del mediodía. Los primeros en arribar marcharon por diagonal 79 y regresaron al punto de partida a la espera de un nuevo contingente de Berisso, el cual llegó a las 4 de la tarde. En ese momento todos comenzaron a marchar por la Avenida 1 hasta 44, donde se halla la Estación del Ferrocarril, para encaminarse por diagonal 80 hacia el centro de la ciudad. A su paso, atacaron el Diario *El Día* y distintos negocios, y al llegar a la plaza San Martín se desviaron por la Avenida 7 para manifestarse en primer lugar ante un destino emblemático. Era el Rectorado de la Universidad donde se concentraron para cantar el Himno Nacional y luego entre silbatinas y burlas, repetir a coro “¡Alpargatas sí, libros no!”⁷⁵²

Recién después de este acto, la manifestación regresó a la Plaza San Martín, donde dirigentes obreros pronunciaron sus discursos y luego una delegación se entrevistó en la Casa de Gobierno con el General Sáenz, Interventor federal, para expresarle su preocupación por el arresto de Perón. Desde la perspectiva de los organizadores, la marcha había concluido con éxito. Pero, como señala James, para la mayoría de los protagonistas nada había terminado allí. Grupos de obreros deambularon por el centro de La Plata atacando correspondencias de periódicos de Buenos Aires, grandes negocios, el

752. Daniel James; *op. cit.*, p.96.

Jockey Club, y las sedes de los Clubes Estudiantes y Gimnasia y Esgrima. Una columna volvió a provocar destrozos en *El Día*, y luego también hizo lo propio con el otro periódico local, *El Argentino*. Por su parte, un nutrido grupo de manifestantes eligió otro significativo destino para cerrar esa noche de violencia callejera: la casa particular de Alfredo Calcagno, Presidente de la Universidad, ubicada en calle 45 entre 5 y 6. Era una residencia señorial urbana con los rasgos afrancesados a los que habitualmente recurría un sector acomodado de la ciudad para transmitir su *status*, especialmente en el centro de la ciudad, y a la que los manifestantes pudieron identificar rápidamente y después de arrojarle piedras, ingresar a su interior para provocarle destrozos más graves aún.

El 18 de octubre las calles de La Plata ofrecían un panorama desolador. Instituciones públicas, residencias privadas y comercios exhibían en sus frentes las huellas de la marcha del día anterior. Los periódicos no se editaron, la empresa telefónica interrumpió su servicio, no hubo ferias francas, tampoco negocios abiertos, y las escuelas y la Universidad entraron en obligado asueto. Pero habría más: para ese día la CGT proclamó una huelga general en respaldó a la que de hecho habían efectuado el 17 grandes sectores de la clase obrera. Advertidos de esta situación, muchos de los manifestantes llegados a La Plata pasaron la noche en plazas y parques y al amanecer iniciaron otro día de furia en el que se reiteraron los ataques sobre los mismos destinos que el día anterior.

James calificó los hechos como expresión de “iconoclasia laica” en la que tenía lugar “la destrucción pública y deliberada de los símbolos sagrados con el propósito de suprimir toda lealtad a la institución que utiliza tales símbolos, y, además, de anular todo el respeto que se guardaba hacia la ideología difundida por dicha institución”.⁷⁵³ Más que tratarse de una manifestación en reclamo por la ampliación de sus derechos, como muchas veces se ha señalado, los obreros irrumpían en la ciudad universitaria para poner en cuestión un *status quo* en el que identificaban el motivo de su propia exclusión sociocultural. Y al hacerlo se empeñaban en violar “instituciones, símbolos y normas que cumplen la función de transmitir y legitimar la riqueza y el prestigio social. Es dable suponer que al transgredir esas instituciones, blasfemar contra esos símbolos y escarnecer las normas del decoro y la buena conducta, las multitudes de octubre estaban poniendo en evidencia la impotencia de dichas instituciones y negándoles autoridad y poder simbólico”.⁷⁵⁴ Estaban, en definitiva, participando de una lógica según la cual destruir las “imágenes representativas” equivalía “a destruir una jerarquía que ya no se admite, a eliminar las distancias válidas generalmente establecidas y universalmente visibles”.⁷⁵⁵

Es decir que los episodios de octubre vinieron, por sobre todas las cosas, a negar el poder simbólico de la Universidad en La Plata, las jerarquías y distancias sobre las que se asentaba su poder. La muchedumbre que atacaba la casa de Calcagno para demostrarse a sí misma y a los demás que podían avanzar sobre una figura simbólica de las jerarquías sociales que dejaban de ser reconocidas como tales, también descargó su ira contra pensiones estudiantiles que fueron asaltadas, en tanto que

753. Bruce Lincoln; *cfr.* Daniel James; *op. cit.*, p.112.

754. *Ibidem*; *op. cit.*, p.113.

755. Elías Canetti; *cfr.* Daniel James; *op. cit.*, p.114.

los cánticos establecían el blanco de ataques en los hijos de la “gente bien”, a quienes identificaban por su manera de vestir y de peinarse (los “jóvenes engominados”). Frente a la Universidad, tan elocuente como el espontáneo grito de “¡Alpargatas sí, libros no!” que rápidamente se propagó entre toda la manifestación, era el mensaje que desde los altoparlantes se transmitía destacando que “los obreros no necesitan ir a la universidad para tener educación y demostrar que la tenían”.⁷⁵⁶ Era todo un símbolo de una absoluta reversión de los valores que habían sostenido antes la confianza en la ciencia para favorecer el progreso social, cuando La Plata a comienzos del siglo XX era considerada una meca a la que los obreros socialistas se dirigían para expresar su veneración.

El hecho de que en los episodios de octubre de 1945 las fuerzas militares y policiales del Estado hayan estado llamativamente ausentes permitió, según James, que “la contienda por la dominación simbólica y el poder cultural” se manifestara “con singular transparencia”.⁷⁵⁷ Era una contienda por el acceso a la esfera pública, en la que la ciudad universitaria recordaba en forma particularmente intensa a los obreros la desigual distribución del poder cultural que existía en el centro y el bosque de La Plata frente al postergado enclave portuario.

Desde la cultura letrada sólo cabía identificar el inédito episodio como producto de “lúmpenes” -como los llamó Korn- que se dejaban manipular por el fascismo y menos complacientemente de “cabecitas negras” o de “aluvión zoológico”. Ellos irrumpían en el centro de la ciudad, un espacio que no era suyo y al que llegaban -como señalaba el periódico *Crítica*- para “agraviar el buen gusto y la estética” de la ciudad. Es curioso ver cómo la situación se prestó para integrar con facilidad dentro de esta línea de pensamiento a muchos de los que una década atrás habían celebrado la llegada a la ciudad de las *ballillas* mussolinianas, poniendo de manifiesto que, a pesar de lo que indicaban los discursos públicos, no era el fascismo el principal enemigo de la cultura letrada sino el desorden. Recordemos que en aquella oportunidad los *marineritti* motivaron ostensibles muestras de admiración por el orden con el que se desplazaban, absolutamente opuesto a la anárquica marcha iniciada el 17 de octubre, cuyo componente central era la más absoluta imprevisibilidad de los comportamientos. Incluso coincidiendo en los destinos, *ballillas* y obreros de Berisso, invertían el recorrido y los propósitos: mientras los primeros iniciaron sus actividades con una ofrenda dejada en la Plaza San Martín, junto a las autoridades para internarse en el bosque a visitar el Museo y concluir en los “ejemplares” frigoríficos del puerto; los segundos partían de esos mismos frigoríficos contra los que se alzaban para atravesar el bosque, donde hicieron pic nics y jugaron al fútbol, hasta llegar a la Plaza San Martín, no para rendir culto a un poder simbólico sino para cuestionar el de las autoridades de la ciudad universitaria.

Como es sabido, los episodios determinaron que Perón recobrarla la libertad y comenzara a organizar junto a los sindicatos aliados una estructura partidaria que le permitiría concurrir a los comicios de febrero de 1946 e imponerse a una coalición de fuerzas democráticas y antifascistas. Pero

756. *Ibidem*, p.120.

757. *Ibidem*; p.119.

hubo además hubo otro importante factor en la carrera política de Perón, que nuevamente avivó la contienda desatada el 17 de octubre en La Plata. Sólo veinticinco días después se casaba con la joven actriz Eva Duarte y decidía hacerlo precisamente en un templo católico de La Plata (San Francisco, ubicado frente al Parque Saavedra). Luego de que muchedumbres obreras irrumpieran por dos días en el escenario incólume de la ciudad universitaria, Perón exhibía un particular énfasis en remarcar su propia presencia en ese espacio “ordenado”. El de una ciudad que será objeto del intento de fijar sus características mientras cambiaba su denominación: la Ordenanza N°1943 del año 1949 declaró el trazado “histórico en la forma en que lo inspiró su fundador Dardo Rocha y lo proyectó su creador el Ingeniero Benoit”, impidiendo “bajo ningún concepto” su alteración o modificación, en una ciudad que poco después llevaría el nombre de Eva Perón.

Y si en adelante, el 17 de octubre fue motivo de celebración nacional por ser el “Día de la Lealtad”, en la ciudad universitaria esa fecha también adquirió una significación especial. En 1948 ese día se conmemoró derribando las verjas perimetrales que cercaban los jardines del edificio principal de la Universidad -aquellas que tres años antes evitaron que fuera mayor la feroz represión desatada-, en una nueva expresión de “iconoclasia laica” dirigida a simbolizar lo que era visto como el fin de la tradición elitista, aquella que había generado una institución para el aprovechamiento de unos pocos. Era el fin de la autonomía, que ya se había producido de hecho pero que ahora encontraba su correlato en las formas y en los espacios. En adelante, no habría interferencias que mediaran entre una decisión del Estado, entendido como era la representación soberana del pueblo y la Universidad. En consecuencia, con la caída de las verjas se celebraba, por sobre todas las cosas, la declamada apertura de la Universidad al pueblo.

Capítulo 2. Últimas utopías de la cultura científica

Escenarios desplazados

Los cambios en la Universidad platense dieron protagonismo a un sector muy preciso del campo intelectual, aquel que aunaba a fervorosos nacionalistas y católicos integristas y dentro de la corporación médica contaba con Orestes Adorni, quien condujo la Universidad bajo lineamientos que prolongaron el fervor militarista de su colega, Eugenio Galli. Al tiempo que dejaban su lugar profesores expulsados por poseer ideas poco afines a la orientación impuesta, la Universidad fue objeto de gestiones que la depositaron en un franco declive del que recién saldrá momentáneamente durante el interregno democrático que sucedió a la caída de Perón. La decadencia también obedecerá al claro propósito que tuvo el peronismo de llevar a cabo su propia ciudad universitaria, creando otro espacio simbólico que podía identificar más eficazmente una gestión de gobierno que buscaba afirmar el surgimiento de un nuevo sistema político.

Los mayores recursos y la voluntad de llevar a cabo innovadoras acciones a través de la Universidad se dirigían a Tucumán, donde nacía una institución que tendía desplazar a La Plata del protagonismo que poseía desde su nacionalización. Allí, el Instituto de Arquitectura, compuesto por

figuras entre las que descollaban arquitectos de relevancia internacional (Horacio Caminos, Eduardo Catalano, José Le Pera, Rafael Onetto, Eduardo Sacriste, Enrico Tedeschi, Hilario Zalba y Jorge Vivanco), gestaba un proyecto de descomunales dimensiones en 18.000 hectáreas extendidas sobre el Cerro San Javier. El desplazamiento de la Ciudad Universitaria de La Plata a Tucumán, se afirmó en la lógica del peronismo para suscitar trayectorias como las seguida por Zalba y Le Pera, quienes llegaban a la ciudad del norte argentino tras dejar sus proyectos frustrados en La Plata, que iban desde el edificio para la Escuela de Aeronáutica, a un ambicioso plan de urbanización de la costa dirigido a crear, muy cerca de los enclaves obreros de Berisso y Ensenada, un espacio a la escala de las nuevas demandas para el tiempo de ocio de los sectores populares en la región. En la aletargada ciudad norteña ubicada a más de 1.100 kilómetros de Buenos Aires, el Cerro San Javier era ahora el escenario de búsquedas que parecían anclarse en los orígenes míticos de la ciudad universitaria en el mundo occidental, con el camino ascendente indicado por la simbólica localización elevada de las primeras “ciudades del saber”, y a la vez iluminaban el surgimiento de las “megaestructuras”, que el crítico inglés, Reyner Banham, dio amplia difusión internacional tras verlas nacer en esa enigmática montaña tucumana. Las sensaciones encontradas de la naturaleza virginal de un Cerro colonizado para la ciencia por un inédito alarde de modernidad, se hacía palpable en obras del tenor del acueducto de 26 kilómetros, el ferrocarril funicular que conducía a la montaña a través de 2,5 kilómetros y el pabellón de residencia de medio kilómetro de extensión y capacidad para 4.000 estudiantes.

Y así como Tucumán reemplazaba en el imaginario peronista al papel de ciudad universitaria por antonomasia que había tenido La Plata, la idea de Internado también será objeto de un desplazamiento del sitio que le había dado la más significativa formulación. La protagonista de esta acción será Eva Perón, mentora de una acción dirigida hacia un grupo bien diferenciado del que integró ULPI, y con la que se exaltaba la radical oposición buscada a través de lo que será otro verdadero emblema del gobierno peronista. Nos referimos al “Hogar Escuela”, idea que tenía su antecedente directo en un proyecto presentado en 1938 por Alfredo Palacios al Congreso Nacional que dejaba entrever influencias ciertas de Ernesto Nelson, aunque su aplicación efectiva provendría en la década siguiente de la articulación con otros tópicos que le daría la Fundación Eva Perón en un complejo educativo desarrollado en cuatro manzanas del aristocrático barrio de Belgrano de Buenos Aires. Se trataba de la “Ciudad Infantil” para hijos de trabajadores, de 2 a 6 años, concebida como un modelo miniaturizado de Estado y sociedad, donde Iglesia, comisaría, municipio y residencias californianas configuraban una ciudad de casas individuales, habitadas a razón de una familia por casa, bajo la tutela del estado (el municipio) y las fuerzas del orden (la comisaría). El amparo de la Iglesia católica que dominaba “la ciudad desde lo alto de una colina” marcaba, en la diferencia de altura, también una distancia entre la jerarquía y los fieles.⁷⁵⁸ Amplios jardines, parques, juegos, fuentes, piletas, teatro, cine, comedor y banco, estación de servicio, mercado, farmacia, tienda, verdulería y

758. Rosa Aboy; “La vivienda social en Buenos Aires en la segunda posguerra (1945-1955)”, *Scripta Nova*, Vol.VII, N°146, Barcelona, 2003.

almacén, se agregaban al equipamiento comunitario de un liliputiense complejo que educaba a los niños en los valores católicos y burgueses, sintetizados en la morada individual, la familia y en el orden jerárquico irradiado por la capilla que fundían los valores del trabajo y la oración.⁷⁵⁹ Todo ello dentro de un marco de formas convencionales que explotaban la imagen de felicidad popular, que como señala Ballent, reunía los símbolos de la buena vida de los sectores medios y altos en una redistribución que permitía a los pobres considerarse parte de la clase media. Era el chalet californiano puesto al alcance de quienes estaban más distanciados de él y a la vez más lo anhelaban, exaltando una estética que no podía ser más contrastante a la del otro ícono de la educación que el peronismo levantaba en Tucumán.⁷⁶⁰ La “Ciudad Infantil” se complementó con la “Ciudad Estudiantil”, levantada a su lado, y que fue organizada a partir de un Internado para adolescentes pobres que llegaban a Buenos Aires desde el interior del país a efectos de cursar los estudios secundarios. A La Plata, en tanto, recepcionará un correlato lúdico de estas acciones con la “República de los niños” inaugurada en 1951.

Por entonces la UPAK comenzó a experimentar un inexorable declive, debido a una escasa representatividad parlamentaria con la que el socialismo se encontró a partir de 1946, que restringía drásticamente la principal fuente de financiamiento de sus actividades. Las persecuciones políticas del peronismo dieron el golpe de gracia y aquel notable emprendimiento cultural de los socialistas platenses cerró sus puertas en 1950. Su Secretario General, Arnaldo Orfila Reynal, ya había dejado el país para participar protagónicamente en la reorganización del Fondo de Cultura Económica en México, creada y dirigida por Jorge Cossío Villegas y posteriormente encarar la fundación de la editorial Siglo XXI. Otro cofundador de la UPAK, Guillermo Korn, también dejó el país para radicarse en Venezuela y desarrollar una intensa labor en torno a aquello que desde los tiempos de la “huelga grande” se constituyó en su verdadera obsesión: el Teatro del Pueblo.⁷⁶¹

La diáspora reformista revertía el movimiento iniciado en la década de 1920 por quienes se contagiaron del emblemático traslado de Henríquez Ureña de México a La Plata. El propio dominicano murió en 1946 mientras preparaba su salida de Argentina y Juan José Arévalo regresaba a Guatemala, donde se convirtió en el primer presidente democrático de ese país.

Con estos desplazamientos, el reemplazo de los espacios simbólicos que los reformistas habían ocupado en el campo cultural, también estuvo signado por la emergencia de expresiones materiales que manifestaron estos cambios, siendo el Teatro, precisamente, una elocuente demostración. Aquella institución con la que reformistas afirmaron en La Plata una tradición vinculada a la extensión cultural, después de las clausuras infringidas por Fresco y por Perón, reaparecía como tema en la Universidad, planteado desde la Escuela Superior de Bellas Artes a cargo ahora de César

759. *Ibidem*.

760. Anahí Ballent ha analizado desde el significado de la estética “kitsch” la “Ciudad Estudiantil” junto a otros emblemas del peronismo. Anahí Ballent; “El kitsch inolvidable: imágenes en torno a Eva Perón”, en *Block* N°1, Buenos Aires, 1997, pp. 54-60.

761. Véase de Guillermo Korn; *Mis pasos por el Teatro. Un teatro, dos países*, Caracas, 1978.

Sforza, aunque desligado de los ribetes ideológicos que pretendió darle la izquierda reformista. Pero su respuesta material, que finalmente provino de la esfera provincial, lo desligó también de su carácter universitario pese a que buscó actualizar el clasicismo del Teatro Griego, a través del Teatro “Martín Fierro” que adoptó de aquel que impulsara Nazar Anchorena su localización y también su marco de referencias historicistas cuando ellas ya contenían una alta dosis de anacronismo. Simultáneamente nacía en el bosque el Comedor Universitario, retomando una vieja aspiración de Levene, al que acentuaba su contraste con aquella obra cercana, la radical modernidad que adoptó para su realización el organismo ejecutor: la Fundación Eva Perón.

Otra importante muestra de la reorientación cultural, estuvo centrada en el Museo Provincial de Bellas Artes. Allí Emilio Pettoruti debió dejar su Dirección, en la que había desplegado durante 17 años una sostenida política de renovación de las artes, y en su reemplazo era designado un maestro de su juventud, Atilio Boveri, embarcado desde hacía tiempo en opuestas coordenadas políticas y estéticas. El arte moderno, aquel que el propio Pettoruti pretendió publicitar en La Plata aún con su propia casa -para la que el futurista italiano Alberto Sartoris realizó un innovador proyecto en 1933-, dejaba su lugar a tendencias signadas por un marcado sesgo folklórico. El Museo de Bellas Artes era ahora el ámbito que le permitía a Boveri retomar su anterior programa de creación masiva de escuelas de artes aplicadas y sumar iniciativas como el Departamento de difusión de las riquezas argentinas, materiales y espirituales, impulsado para “democratizar las artes nacionales” y promover “los valores esenciales del suelo patrio ante los países del mundo”, a través de curiosos objetos de difusión: desde el churrasco a la parrillada de carne, desde mapas orográficos para mostrar la rica variedad del paisaje hasta las costumbres populares y las artes plásticas.⁷⁶² El arte debía tener una utilidad práctica y a la vez servir como factor de afirmación de la “cultura popular”, cumpliendo así las exigencias identitarias que Boveri le atribuía de exaltar el paisaje, la historia y las tradiciones en las que se afirma toda población humana. Dentro de esta sintonía impulsó la difusión en las Escuelas Normales de representaciones de la vida argentina situadas dentro de un preciso marco temático: “bosques, mares, montañas, lagos, pampas, ríos, ganados, agricultura, petróleo, ejército, marina, culto, urbanismo, razas, industria”.⁷⁶³ La muerte de Boveri en 1949 no alteró la orientación general que inspiraba esas iniciativas, aunque sí afectó su taxativa concreción y las articulaciones que pensó con la Dirección de Urbanismo de La Plata, de la que había asumido su conducción en 1948. La “Avenida de los Palacios” no volvió a ser planteada y el Palacio de las Bellas Artes fue otro de los deseos incumplidos de Boveri.

Le Corbusier en la ciudad universitaria

Fuera de la Universidad y de la órbita del Estado, y ya sin el gran reducto cultural que los socialistas platenses montaron con la UPAK, se restringieron en La Plata las posibilidades de expresar una cultura científica representativa de anhelos compartidos por sectores afines al reformismo

762. Francesc Miralles; *op. cit.*, p.183.

763. *Ibidem*, p.184.

universitario. Aún así, surgió una notable iniciativa individual motorizada por Pedro Curutchet, hijo de franceses, formado en el Internado del Colegio San José y médico egresado de la Universidad platense, que pronto vio frustrado su deseo de acceder a una Cátedra de su especialidad, Cirugía, cuando ésta quedó en manos de Federico Christmann, miembro de la Sociedad Científica y figura muy influyente en los círculos sociales locales. Si la reacción inmediata de Curutchet consistió en abandonar la ciudad e iniciar una experiencia casi misional como médico rural en la lejana ciudad de Lobería, en sintonía con los primeros pasos dados por figuras emblemáticas de la medicina argentina como el platense René Favalaro, pasado un tiempo de evasión de la realidad urbana el regreso a La Plata venía acompañado de notables paradojas. Desde el campo, Curutchet había entablado intensísimos vínculos epistolares con grandes centros científicos de Francia y Estados Unidos, donde encontró interés por sus novedosas técnicas de operación, a las que singularizaba aún mucho más el instrumental que utilizaba y que él mismo había inventado evidenciando en ello una particular vocación por el diseño funcional. No era desconocida la fama adquirida por Curutchet cuando, en su vuelta a La Plata, recibió crecientes demandas de profesionales y estudiantes de Medicina para asistir a sus prácticas quirúrgicas. Curutchet allí comenzó a imaginar una singular respuesta a sus decepciones universitarias y al posterior desagrado con el que recibió el ascenso del peronismo. Trataría de idear un escenario propio de la cultura científica, al que imaginó como un espacio de identificación con aquellos sectores con los que en la Alianza Francesa y en la UPAK adhirió a lucha por la liberación de París, pero también como un directo mensaje a grupos entronizados en la Universidad a los que atribuía su impedimento para desempeñarse en una Cátedra. Sería su residencia particular y a la vez su consultorio con la sala de operaciones dispuesta para que puedan acceder a su ciencia jóvenes estudiantes insatisfechos con la enseñanza que recibían. Sería una clara señal, a la que vendría a amplificar la condición de obra de arte colocada frente al mismo *campus* universitario que adquirió en su materialización. Y lo fue sobre todo desde el momento en el que Curutchet recibió la aceptación al pedido de realizar el proyecto de su casa-consultorio nada menos que de Le Corbusier, el gran arquitecto suizo-francés.

Le Corbusier encaraba entonces una nueva etapa tras desarrollar en Vichy sus exploraciones acerca de la “Vivienda del hombre” en directa vinculación con el “Instituto del Hombre” de Alexis Carrrel,⁷⁶⁴ y logrando desligarse de toda connotación política regresiva, sumaba a sus extraordinarias cualidades profesionales la capacidad de auto representarse en la posguerra como un emblema de la inescindible fusión entablada entre vanguardia artística y progresismo social. Le Corbusier ya era el arquitecto que aquilataba mayor fama mundial cuando, sorprendentemente, decidió atender el modesto requerimiento de Curutchet en La Plata y realizar en 1949 el proyecto de la que a la postre sería su única vivienda en el continente americano.⁷⁶⁵ Aquello que en Curutchet debía ser un mensaje lanzado

764. Fraçoise de Pierrefeu y La Corbusier; *La vivienda del hombre*, Espasa-Calpe, Madrid, 1945. Ésta primera traducción al español contiene un prólogo escrito por el famoso médico eugenista, Gregorio Marañón.

765. Entre las indagaciones sobre la actividad de Le Corbusier en Argentina la “Casa Curutchet”, merecen

a las puertas de la Universidad, en Le Corbusier asumió similar función dirigida a las autoridades públicas para las que había realizado el plan regulador de Buenos Aires en 1938. Sería la tipología doméstica de la nueva ciudad que esperaba llevar a cabo en Argentina,⁷⁶⁶ el equivalente a la célula del organismo y también a la hoja del árbol, metáfora que en *La vivienda del hombre* (1941), construyó exponiendo las similitudes que se presentan entre la parte y el todo en el tilo. Precisamente esa pasó a ser desde la década de 1920 la especie vegetal más representativa de La Plata, ciudad que conoció en su visita al país de 1929, y de la que analizó su vivienda característica para descubrir en ella las cualidades ocultas tras un frente que custodiaba la estética urbana, que ilustraban la dialéctica básica de la arquitectura moderna fundada en la oposición entre la verdad de la forma-función y la falsedad de la decoración aplicada. Por esa dicotomía también emerge una situación por demás representativa de las formas en que la ciudad ideal sostenía el orden urbano. La vivienda que espontáneamente era autoconstruida por los sectores populares, esa misma que Le Corbusier veía como expresión de la verdad, estaba obligada por el Estado quedar oculta tras un frente que debía custodiar la dignidad y la estética urbana. La armonía general quedaba así sostenida en gran medida por ilusorias manifestaciones de orden, “falsas fachadas” o bien “pasteles sudamericanos”, detrás de los cuales comenzaba la verdadera vivienda, la vivienda “decente”, aquella que con su molino de viento quedaba al margen de convenciones culturales y de toda intervención del Estado. Esas viviendas enmascaradas eran las mismas que ahora Le Corbusier venía a reemplazar con una tipología de casa-consultorio inscrita en una precisa idea de ciudad moderna.⁷⁶⁷ El singular episodio que dio origen a un magistral proyecto elaborado a distancia y merced a planos de agrimensura y fotos del entorno enviadas por Curutchet, involucró, por sugerencia del propio Le Corbusier -que no volvió a visitar Argentina-, a Amancio Williams en carácter de director de obra hasta producirse su retiro de la misma en 1951. Y cuando entonces fue buscado el reemplazante dentro de Austral, las dificultades provocadas por el traslado de Zalba y otros miembros de ese grupo a Tucumán, pudieron ser subsanadas con la eficaz labor de Simón Ungar, quien en 1937 había realizado con Zalba la primera casa lecorbuseriana de La Plata en calle 43 entre 12 y 13. Otro “austral”, en este caso Le Pera, acompañó a Ungar en una curiosa

destacarse los trabajos de Jorge Liernur y Pablo Pchepiurca; “Presiciones sobre los proyectos de Le Corbusier en la Argentina”, en *Summa* N°243, Buenos Aires, 1987, pp.40-55 y “Le Corbusier en Argentina. Significado de algunos proyectos”, en AAVV; *Hommage à Le Corbusier. Buenos Aires 60 ans après, Ecole polytechnique fédérale de Lausanne*, Lausanne, 1989, pp.28-35. En esta última compilación también se halla el interesante aporte de Álvaro Arrese; “La Plata / Le Corbusier”, pp.36-40, en el que se detiene especialmente en la metáfora corbuseriana de la hoja y el árbol para asociar la Casa Curutchet con La Plata. Últimamente el tema ha sido abordado por Alejandro Lapunzina; *Le Corbusier's Maison Curutchet*, Princeton Architectural Press, New York, 1997. Asimismo, una investigación de Jorge Liernur y Pablo Pchepiurca en vías de ser publicada, indaga las relaciones de Le Corbusier con las vanguardias argentinas y en ese marco es analizada en profundidad la Casa Curutchet.

766. Ya ha sido señalado que, precisamente, en la expectativa de Le Corbusier por realizar una obra que reinstalara el tema de llevar a cabo el plan para Buenos Aires realizado en 1939, radicó el movíl de su aceptación al encargo de Curutchet. Véase Jorge Liernur y Pablo Pchepiurca; *op. cit.*

767. Durante su visita a la Argentina, en 1929, Le Corbusier llegó a La Plata acompañado por González Garaño. La “ciudad de los Palacios” era objeto de un análisis provocativamente dirigido hacia la prevaeciente tipología de vivienda. Le Corbusier, *Precisiones respecto al estado actual de la arquitectura y del urbanismo*, Poseidón, Barcelona, 1978, p.252.

experiencia desatada por el ímpetu de Curutchet, en la que además intervino el escultor platense Pablo Curatella Manes, radicado desde hacía varios años en París, donde conjugaba funciones diplomáticas que lo llegaron a tener como Embajador y una estrecha relación con las vanguardias artísticas que comprendía la amistad con el propio Le Corbusier. Y si en esto último puede verse un puente entre los grupos francófilos de La Plata y el maestro suizo-francés, en el desempeño oficial en Francia de una figura comprometida afectivamente con la realización de la obra en La Plata, también cabe atribuir una vía capaz de gestionar la exención de ciertos requisitos. Especialmente los que se vinculaban al cumplimiento de la altura para locales en la edificación de La Plata, cuya omisión que permitió aplicar las proporciones del *Modulor* –incluida la altura de locales de 2,23 metros– en una casa de cuatro niveles desarrollados en el mismo espacio en el que reglamentariamente no cabían tres.

Cultura científica y ocupación de los vacíos

La utopía de Curutchet y Le Corbusier,⁷⁶⁸ de incidir orgánicamente en la renovación del cuerpo social a través de la creación de una célula modélica, podrá articularse más tarde con la propuesta de Guillermo Korn de hacerlo por medio de una intervención en el corazón de la ciudad. En efecto, Korn desde Venezuela desarrolló una idea urbana que contiene toda una reflexión acerca de los fenómenos desatados a partir de 1945, formulada desde la recreación de la iluminista confianza en el papel educador de la realidad urbana. El corazón de la ciudad, ese lugar de disputa por el control del poder simbólico, como pasó a serlo desde que las muchedumbres extraurbanas arribaron para expresarse sin disimulo tal como eran, debía ofrecer una respuesta desde la cultura letrada.

Mientras algunos, tras la caída de Perón, imaginaron que aquellos trastornos provocados por la invasión de obreros del frigorífico al elegante marco urbano, podían evitarse autonomizando jurisdiccionalmente a los partidos de Berisso y Ensenada del de La Plata,⁷⁶⁹ Korn en cambio enfatizó el papel ejemplarizador que debía tener el centro. El hecho de que la Catedral, la obra de mayor magnitud del plan fundacional de La Plata, quedara inconclusa, supuso una oportunidad para instalar el tema. Korn analizó sus características para concluir que ese gran monumento religioso y comunal a la vez, fue un problema resuelto equivocadamente dentro del trazado y la imagen urbana de La Plata. A diferencia de la concentración de la ciudad medieval, esa catedral gótica levantada sobre la pampa tenía un entorno de casas de un piso, y frente suyo una Plaza Mayor de proporciones barrocas.⁷⁷⁰ Debía subsanarse la “equivocación de Benoit” y para ello Korn proporcionaba una respuesta que

768. Si el origen de la Casa realizada por Le Corbusier estuvo precedido por las controversias mantenidas por su propietario con figuras muy arraigadas dentro del ámbito universitario local como Federico Christmann, una rara paradoja tuvo lugar tras la muerte de Curutchet, cuando la casa fue acondicionada por la Fundación Christmann, creada por los descendientes de Federico. Debo estas observaciones al Ingeniero Hugo Sarrailet, uno de los responsables técnicos de la última etapa de la construcción de la Casa Curutchet.

769. Desde 1958, La Plata, Berisso y Ensenada constituyen partidos autónomos con la misma jerarquía municipal.

770. Guillermo Korn; “Una equivocación de Benoit”, en *Tercer Cuaderno de La Plata*, La Plata, 1970, pp.101-110.

permitía resituarse su vieja preocupación por la extensión cultural. No se trataba ahora de impulsar el desplazamiento de la cultura letrada hacia el puerto con el Teatro del Pueblo, como lo hiciera en 1933. Los obreros ya habían llegado a la ciudad ideal, y su centro geográfico debía ser ahora el *locus* de formas para contener y elevar culturalmente esa misma franja social. Atendiendo a ello Korn proyectó un gran complejo educativo, con bibliotecas, salas de conferencias, exposiciones, cines teatros, cafés y galerías, que se distribuirían en la Plaza Moreno para reducir sus vastas dimensiones y hacer de su inquietante amplitud un espacio de amena instrucción popular. Asimismo, un amplio subsuelo podría completar la infraestructura necesaria para una ciudad que había cambiado su escala, proporcionándole el sitio para realizar una terminal de ómnibus y el estacionamiento vehicular.

La idea de controlar el orden urbano, haciendo que amplios espacios abiertos de uso masivo incorporen las funciones educativas provistas por centros culturales, invertía la lógica del anterior proyecto de crear la gran “Avenida de los Palacios”, donde el uso y la contemplación, las dos formas de recepcionar la arquitectura que identificó Benjamin, ahora sugería una trayectoria antitética: los espacios para la contemplación devendría en lugares de uso. La cuestión había sido tematizada durante el breve interregno democrático que sobrevino tras la caída de Perón, situándose el primer objeto de intervención en el Parque Saavedra, aquel que Boveri pretendió antes convertir en una “acrópolisjardín”.⁷⁷¹ La Universidad, por su parte, intervenida desde 1966 por un nuevo gobierno militar, volcaba bajo otras coordenadas ideológicas su inquietud por ocupar espacios de fuerte valor simbólico en la ciudad, con una megaestructura levantada sobre los jardines perimetrales del Rectorado y con proyectos aún más ambiciosos para el bosque. De estos últimos, surgió el Instituto de Investigaciones Científicas de la Facultad de Ciencias Exactas, situado en el extremo sudeste del paseo (Calle 64 y diagonal 113), lindante con una zona poco formalizada de la ciudad, desde donde se proponía orientar el desarrollo edilicio de las más modernas áreas de investigación ocupando amplios espacios verdes hasta llegar con un alarde de innovación arquitectónica a la Avenida 60.⁷⁷² Eran las paradojas de una institución a la que cierta perduración del optimismo desarrollista iniciado a fines de los '50, combinado con una inocultable repulsión hacia los espacios abiertos de la ciudad, la instaba a promover descomunales crecimientos para su planta edilicia dentro del casco urbano, sobre jardines y

771. El Parque Saavedra en 1965 fue objeto de un concurso para su puesta en valor a través de la creación de un gran centro cultural, en el que se impusieron las tendencias arquitectónicas más radicales del país (Manteola, Sánchez Gómez, Santos Solsona y Salaberry).

772. En 1967 Mario Roberto Álvarez se impuso en un concurso para ocupar el *campus* del Colegio Nacional con instalaciones para la Facultad de Ingeniería -el proyecto no fue realizado-. En 1968, proyectistas de la UNLP realizaban el edificio para las Facultades de Humanidades, Ciencias Jurídicas y Sociales y Ciencias Económicas en los jardines que rodeaban el Rectorado -que asimismo subsistió azarosamente a la propuesta de reemplazar al propio palacio por una torre-. Y en 1968, Baudizzone-Erbin-Lestard-Trainé-Varas-Ballester Paña realizaron el proyecto de una megaestructura en el bosque para albergar la Facultad de Ciencias Exactas, con dimensiones propias de los ensayos iniciados dos décadas antes en Tucumán, de la que sólo se realizó el Instituto de Investigaciones Científicas. El plan general que integró a todas estas propuestas fue descrito por la revista *Summa* N°83, Buenos Aires, 1974, dedicada al ámbito físico de las universidades argentinas. Véase en ese número especialmente las pp.30-35 y pp.76-86.

el bosque, mientras paralelamente veía reducir drásticamente su planta docente y estudiantil a raíz de persecuciones fundadas en razones ideológicas.

Korn, mientras tanto, podía desde el exilio venezolano reflotar su socialismo fabiano, impregnado de las inflexiones idealistas que prolongaban el sistema filosófico creado por su padre, para imaginar formas de revitalizar una idea de orden conjugando inclusión social e instrucción popular en el corazón de la ciudad. Y al hacerlo, equipando con las luces de la ciencia la gran plaza barroca, también dejaba entrever una necesidad de ocupar los espacios con la cultura letrada, transparentando ideas que parecían resituar las que acompañaban representaciones que comenzaron en ese mismo sitio con el nacimiento de la ciudad.

El vacío seguía estimulando una inquietante relación analógica con los factores que amenazaban el orden urbano. Abría peligrosas cisuras en aquella situación extremadamente controlada que Martínez Estrada llegó a ver en una ciudad en la que primaba “el espacio dentro de las cosas más bien que de las cosas dentro del espacio”.

Era el mismo vacío en el centro de la ciudad que Rocha trató de disimular a través de un sofisticado fotomontaje y eran los mismos temores que las élites letradas vieron reavivado en una jornada de 1945.

Fuentes y Bibliografía

1. Fuentes

Diarios, Boletines y Documentos de Archivos

El Argentino, La Plata, 1935.

El Día; La Plata, 1889-1945.

El Diario, Buenos Aires, 1882-1885.

El Mercurio, La Plata, 27 de mayo de 1897.

El Nacional, Buenos Aires, 1884.

La Ilustración Nacional, La Plata, 1889.

La Liga Liberal, La Plata, 1897.

La Plata; La Plata, 1885.

La Prensa, Buenos Aires, 1887.

La Vanguardia, Buenos Aires, 1906.

Boletín de la Universidad Nacional de La Plata, La Plata, Tomo VIII, 1925 y Tomo IX, 1926.

Archivo General Militar de Segovia (AGMS), Legajo R 1543.

Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires (AHPBA), Ministerio de Obras Públicas (MOP):

Expedientes, Letra C N°383 Arch.4069, Año 1890 y Letra M, Exp.78, Año 1887, Arch.2824.

Museo y Archivo Dardo Rocha (MADR):

Documentos N° 4271, N°5283, N°514 y “Carta de la Asociación de Ex-alumnos de la Escuela de Artes y Oficios a Dardo Rocha”, La Plata, 3 de octubre de 1901, s/cat.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 1881.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, Buenos Aires, 1881.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, Tomo I, Buenos Aires, 1912.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Nación, Buenos Aires, 1913.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1883.

Diario de Sesiones de la Honorable Cámara de Senadores de la Provincia de Buenos Aires, La Plata, 1911.

Textos referidos a ciencia y educación

AAVV; *Universidad “nueva” y ámbitos culturales platenses*, UNLP, La Plata, 1963.

Abeledo, Amaranto; “ULPI y el pensamiento social educativo de Joaquín V. González”, en AAVV; *Universidad “nueva”...*, 1963, pp.169-211.

Achával, Nicolás; *Memoria del estado de la Educación Común durante el año de 1882 en la Provincia de Buenos Aires*, Imprenta La República, Buenos Aires, 1883.

Actas de la Primera Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura de las Repúblicas Americanas, Publicadas por el Gobierno de la República de Cuba, La Habana, 1928.

Álvarez, Agustín; “Educación Moral” (1901), en *La cultura argentina*, Talleres Gráficos L. J. Rosso y cía, Buenos Aires, 1917.

Álvarez, Agustín (hijo); “Mi padre”, en *Revista de la Universidad* N°1, La Plata, 1957, pp.137-140.

Amaya, Carlos; “Vida anecdótica. El Cripto-pedagogismo y las ‘Memorias del Intelectómetro’”, en *Valoraciones* N°1, La Plata, 1923, pp.53-64.

Antecedentes sobre enseñanza secundaria y moral en la República Argentina, Buenos Aires, 1903.

- Azzarini, Emilio; "En torno a la ciudad universitaria. La Universidad provincial (1897-1904)", en *Revista de la Universidad* N°20-21, La Plata, pp.434-450.
- Bassi, Ángel; *Dr. J. A. Ferreira. El pensamiento y la acción del gran educador y filósofo*, Claridad, Buenos Aires, 1943.
- Bernárdez, Manuel; "La ciudad universitaria", en Escaris Méndez, F. (editor); *Hacia las cumbres. Jornadas del progreso argentino*, Talleres Tipográficos e Ortega y Radaelli, Buenos Aires, 1905, pp. 131-158.
- Berra, Francisco; *La salud y la Escuela*, Jacobo Peuser, Buenos Aires y La Plata, 1886.
- Berretta, Sebastián, "Sesión de instalación de la Sección de la Sociedad Científica Argentina en la Ciudad de La Plata", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.21, Buenos Aires, 1886, pp.193-201.
- Boscá y Casanovés, Eduardo y Boscá y Seytre, Antimo; *Los Museos Nacionales de Buenos Aires y La Plata*, Anales de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Tomo VIII, Memoria 1°, Madrid, 1911.
- Bunge, Carlos O.; "Las excursiones de instrucción como sistema", en *Revista Nacional*, Tomo XXVIII, Volumen II, Buenos Aires, 1900, pp.236-240.
- Bunge, Carlos O.; "The home education", en *Revista Nacional*, Tomo XXXII, Volumen III, Buenos Aires, 1901, pp.217-235.
- Bunge, Carlos O.; *El Espíritu de la Educación. Informe para la Instrucción Pública Nacional*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1901. Reeditada como *La Educación (Tratado general de Pedagogía). Libro III Teoría de la Educación* (1903), Vaccaro, Buenos Aires, 1920.
- Burgos, Juan Martín; "Higiene escolar", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.XXI, Buenos Aires, 1886, pp.7-32.
- Calandrelli, Matías; *Memoria del Rectorado del Colegio Provincial de La Plata correspondiente al año escolar de 1885*, Imprenta Biedma, Buenos Aires, 1886.
- Calcagno, Alfredo; "Estudio anamnésico del educando. Ficha biográfica escolar", en *Humanidades*, Tomo I, La Plata, 1921, pp.452-459.
- Calcagno, Alfredo; "Laboratorios de la Facultad de Ciencias de la Educación", en *Humanidades*, Tomo I, La Plata, 1921, pp.580-596.
- Calcagno, Alfredo; "Contribuciones al estudio de la Hafiestesimetría", en *Humanidades*, Tomo XI, La Plata, 1925, pp.159-234.
- Camaña, Raquel; *Pedagogía Social*, La Plata, 1916.
- Cané, Miguel; *Juvenilia* (1884), Buenos Aires, Editorial Tor, 1948.
- Castiñeiras, Julio; *Historia de la Universidad de La Plata* (1938), 2 Tomos, Editorial UNLP, La Plata, 1985.
- Ciudad Universitaria*, Universidad de Tucumán, Tucumán, 1950
- Coni, Emilio; *Progrès de la Higiene dans la République Argentine*, Librairie J. B. Baillièrre et fils, Paris, 1887.
- Coni, Emilio; *Memorias de un médico higienista*, Talleres gráficos Flaiban, Buenos Aires, 1918.
- Consejo Nacional de Educación. Ley 1420, Tomo 1. Debate parlamentario*, Buenos Aires, 1934; *Tomo 2. Memoria sobre el desarrollo de las escuelas primarias de 1884 a 1934*, Buenos Aires, 1938; *Tomo 3. Primera parte: Edificación escolar. Reseña gráfica e histórica de su evolución a través de 50 años*, Buenos Aires, 1941; *Segunda parte: Edificios escolares y administrativos de propiedad del Consejo Nacional de Educación*, Buenos Aires, 1941.
- Curso de Cultura Superior Universitaria. Cátedra de Defensa Nacional*, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1945.
- Demolins, Edmond, Bertier y Nicoli; *La Escuela de las rocas y el influjo de la educación inglesa en Francia* (1901), Ediciones de la Lectura, Buenos Aires, s/f.
- Díaz Salazar, Juan; "La escuela y la religión", en *Revista de Filosofía* N°4, Buenos Aires, julio de 1918, pp.141-144.
- "Dirección General de Educación Física", en *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social* N°73, Buenos Aires, 1937, p.2.

- “Discurso pronunciado por el Presidente de la Comisión Escolar de Belgrano, Carlos Altgelt, al inaugurar la Escuela graduada mixta Casto Munita”, *Revista de Educación* N° XXIII, San José de Flores, mayo de 1883, pp. 448-450.
- “El Museo de La Plata”, en *Revista de La Plata*, La Plata, 22 de abril de 1887, p.378.
- “Ferri y Vucetich”, en *Archivos de pedagogía*, T.4, La Plata, 1908, p.486.
- Galli, Eugenio; “Ejército y Eugenesia”, en *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social* N°3, Buenos Aires, 1933, p.9.
- Galli, Eugenio; “Contribuciones del ejército en la Higiene Social”, en *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social* N°9, Buenos Aires, 1933, p.2.
- Galletti, Alfredo; “La Universidad Popular Alejandro Korn”, en AAVV; *Universidad “nueva”...*, 1963, pp.319-330.
- Galton, Douglas; *On ventilation, warning and lighting for domestic use*, William Clowes and Son, London, 1884.
- Fresco, Manuel; *Cuatro años de gobierno, 1936-1949, Volumen VII, Escuelas, Colonias de vacaciones, Educación Física y Cultura*, La Plata, 1940.
- Grau, Carlos; *La sanidad en las ciudades y pueblos de la Provincia de Buenos Aires*, Dirección de Impresiones Oficiales de la Provincia de Buenos Aires, Eva Perón, 1954.
- Heras, Carlos; *Sarmiento y sus recuerdos sobre los comienzos de la ciudad*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1939.
- “Inauguración de las Escuelas de La Plata”, en *Revista de Educación* N°105, Tomo XVIII, La Plata, Abril de 1890, pp.396-405.
- “Jira (*sic*) educacional”, en *Caras y caretas* N° 637, Buenos Aires, 17 de diciembre de 1910.
- Korn, Alejandro; “La Reforma Universitaria”, en *El Argentino*, La Plata, 23 de diciembre de 1919.
- Korn, Alejandro; “El Intelectómetro”, en *Valoraciones* N°6, La Plata, 1925, pp.308-311.
- Latorre, Celso; “La familia y la escuela”, en *Revista de Educación* N°109, La Plata, 1890, pp.143-148.
- López, Elvira; “Eugenismo”, en *Boletín del Museo Social Argentino*, Tomo II, Buenos Aires, 1913, pp.313-323
- López, Elvira; “Primer Congreso Internacional de Eugénica”, en *Revista de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, 1912, pp.64-74
- Lourenço Filho, M. B.; *Introducción a la escuela nueva*, Kapeluz, Buenos Aires, 1964
- Luzuriaga, Lorenzo; *Concepto y desarrollo de la nueva educación*, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, Madrid, 1932.
- Luzuriaga, Lorenzo; *La educación nueva*, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán, 1943
- Luzuriaga, Lorenzo; *La escuela nueva pública*, Losada, Buenos Aires, 1959.
- Mercante, Víctor; “El Internado el Colegio Nacional de La Plata”, en *Archivos de Pedagogía*, Tomo 3, La Plata, 1908, pp.149-160.
- Mercante, Víctor; “Extensión universitaria”, *Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, Tomo 6, La Plata, 1909, pp. 10-33.
- Mercante, Víctor; *Charlas pedagógicas (1890-1920)*, Gleizer, Buenos Aires, 1920.
- Mercante, Víctor; *La paidología. Estudio del alumno*, Gleizer, Buenos Aires, 1927.
- Moreno, Francisco; “El Museo de La Plata. Rápida ojeada sobre su fundación y desarrollo”, en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I, La Plata, 1891, pp.27-55.
- Moreno, Francisco; “Proyecto de una Exposición retrospectiva Argentina con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América”, en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo 1, La Plata, 1891, pp.152-159.
- Moreno, José; “Batallones Escolares, la Educación Física y su importancia en la Homicultura y la Higiene”, en *Primer Congreso Nacional del Niño. Trabajos presentados*, Escoffier, Caracciolo y Cía, Buenos Aires, 1913, pp.26-27.
- Nazar Anchorena, Benito; *La Universidad Nacional de La Plata en 1926*, Buenos Aires, Editorial Peuser, 1927.

- Nelson, Ernesto; "Educación estética", en *Revista de Filosofía* N°IV, Buenos Aires, 1917, pp.34-38.
- Nelson, Ernesto; "Un experimento trascendental en la educación argentina", *Boletín Mensual del Museo Social Argentino* N°1, Buenos Aires, 1912, pp.209-269.
- Nelson, Ernesto; *Hacia la Universidad futura*, Sempere, Valencia, 1909.
- Nelson, Ernesto; *Nuestros males universitarios*, El Ateneo, Buenos Aires, 1919.
- Nelson, Ernesto; *Plan de reformas a la Enseñanza secundaria. En sus fines, su organización y su función social*, La casa de los maestros, Buenos Aires, 1915.
- Orfila Reynal, Arnaldo; "A un cuarto de siglo de una experiencia social en La Plata", en AAVV; *Universidad "nueva"...*, 1963, pp.331-348.
- Ortega y Gasset, José; *Misión de la Universidad*, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1965.
- Ortiz de Rozas, Juan; "Educación secundaria en La Plata", en *Revista de Educación* N° XL y XLI, San José de Flores, 1884, pp.271-274.
- Palacios, Alfredo; *Consagración universitaria de Vucetich*, Tall. Gráficos Olivieri y Domínguez, La Plata, 1925.
- Palcos, Alberto; "Breves consideraciones sobre la Psicología como ciencia estrictamente experimental", en *Humanidades*, Tomo II, La Plata, 1921, pp.327-337.
- Palcos, Alberto; "Comentario bibliográfico al texto de Jacob Von Uexküll, Ideas para una concepción biológica del mundo", *Sagitario* N°1, La Plata, 1925, pp.97-101.
- Planchard, Emile; *Orientaciones actuales de la Pedagogía* (1960), Troquel, Buenos Aires, 1966.
- Primer Congreso Pedagógico en Buenos Aires (abril de 1882)*, Imprenta de J.A. Alsina, Buenos Aires, 1882.
- Revue Scientifique*, París, 1891.
- Reyna Almandos, Luis; *Dactiloscopia argentina. Su historia e influencia en la legislación*, Talleres Gráficos de Joaquín Sesé, La Plata, 1909.
- Revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Ciencias de la Educación*, La Plata, 25 de mayo de 1915.
- Rojas, Ricardo; *La Universidad de Tucumán*, Librería Argentina de Enrique García, Buenos Aires, 1915.
- Romero Brest, Enrique; "La Educación Física en la Universidad", en *Humanidades*, Tomo XIII, La Plata, 1926, pp.253-267.
- Sbarra, Noel; "La Plata tuvo una Universidad al aire libre", en AAVV, 1963, pp.311-317.
- Segunda Reunión del Congreso Científico Latino americano. Organización y resultados generales del Congreso*, Al Libro Inglés, Montevideo, 1901.
- Semich, Rodolfo; "Nuevas interpretaciones biológicas", en *Sagitario* N°8, La Plata, 1927, pp.195-204.
- Spencer, Herbert; *La educación* (1860), D. Appleton y cía., Nueva York, 1889.
- Súnico, Francisco; *Nociones de Higiene Escolar*, Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1902.
- Taborda, Saúl; "Docencia emancipadora", en Gabriel Del Mazo; Tomo III, 1941, pp.22-27.
- "Un día en La Plata"; *Revista de Educación* N°XXV, San José de Flores, 1883, pp.623-626.
- "Un ejemplo de la Escuela que cumple íntegramente su misión. La Colonia de vacaciones de la Escuela Graduada Joaquín V. González, anexa a la Universidad Nacional de La Plata", en *Cultura sexual y física* N°19, vol.2, año II, Buenos Aires, 1939, pp.416-421.
- Ward, Henry; "Los Museos argentinos", en *Revista del Museo de La Plata*, Tomo I, La Plata, 1891, pp.146-151.
- Zubiaur, José; *Quelques mots sur l'instruction publique et privée dans la République Argentine*, Imprimerie Typographique P. Mouillot, Paris, 1889.

Textos referidos a cultura urbana

- Aberg, Enrique; "La Casa particular en Pompeya y la de Buenos Aires", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Coni, Buenos Aires, 1878.

- Altgelt, Carlos; "Cloacas domiciliarias", en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, T.XXVIII, 1889, pp.241-255.
- Arrieta, Rafael; *La ciudad del bosque*, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación UNLP, La Plata, 1935.
- Berra, Francisco; "La fiesta del árbol", en *Boletín de Enseñanza y de Administración Escolar Pública Oficial*, Tomo VI, Sesé y Remoralés, La Plata, 1901, pp. 211-218.
- Blake, Pedro; "El arte en la naturaleza", en *Augusta* N°11, Buenos Aires, 1919.
- Burgos, Juan Martín; *La Nueva Capital de la Provincia*, Imprenta Coni, Buenos Aires, 1882.
- Coni, Emilio; *Reseña estadística y descriptiva de La Plata*, Establecimiento Tipográfico de la República, Buenos Aires, 1885.
- Degiuseppe, Alcides; "Bohemia literaria platense", en AAVV; *Universidad "nueva"...*, 1963, pp.421-440.
- "Discurso del Excelentísimo señor Gobernador de la Provincia Don Federico Martínez de Hoz en la conmemoración oficial del cincuentenario", en *La Plata a través de cincuenta años, 1882-1932*, La Plata, 1932.
- Franco, Rodolfo; "Sobre el teatro universitario", en *Imagen* N°6, Escuela Superior de Bellas Artes de la UNLP, La Plata, 1949, pp.53-60.
- Geddes, Patrick; "Civics, as applied sociology", en *Sociological Papers*, Volume II, Macmillan, London, 1906, pp.55-111.
- Geddes, Patrick; "A suggested plan for a Civic Museum or (Civic Exhibition) and its associated studies", en *Sociological Papers*, Volume III, Macmillan, London, 1907, pp.197-236.
- González Garaño, Alfredo; *Pellegrini, su obra, su vida, su tiempo*, Amigos del Arte, Buenos Aires, 1946.
- González, Julio V.; "Arquitectura diaguito-calchaquí", en *Sagitario* N°9, La Plata, 1927, p.341.
- Guzmán, Carlos, *Fundamentación de la Ordenanza 1943*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1949.
- "Instituto de Aeronáutica de la Facultad de Ciencias Físicomatemáticas de la Universidad Nacional de La Plata", en *Revista de Arquitectura* N°289, Buenos Aires, 1945, pp.6-19.
- Jascalevich, Alejandro; "Columbia University. La Universidad y la ciudad", en *Boletín Mensual del Museo Social Argentino*, Año V, Tomo 5, Buenos Aires, 1916, pp.31-49.
- Korn, Guillermo; "Una equivocación de Benoit", en *Tercer Cuaderno de La Plata*, La Plata, 1970, pp.101-110.
- Korn, Guillermo; "El teatro del grupo `Renovación`", en AAVV; *Universidad "nueva"...*, 1963, pp.275-290.
- Korn, Guillermo; "Un lavoro imponente", *Libertad Creadora* N°1, La Plata, 1943, pp.93-96
- La República Argentina en la Exposición Universal de París de 1889. Colección e informes reunidos por el Delegado del Gobierno don Santiago Alcorta*, Buenos Aires, 1889.
- Le Corbusier, *Precisiones respecto al estado actual de la arquitectura y del urbanismo* (1960), Poseidón, Barcelona, 1978.
- Lugones, Leopoldo; "El ambiente estético", en *Revista de Arquitectura* N°31, Buenos Aires, 1922, pp.9-11.
- Lugones, Leopoldo; "Hablemos de estética", *Quinto Congreso Nacionalista de Trabajadores organizado por la Liga Patriótica Argentina. Sesiones del 22, 23 y 24 de mayo de 1924*, Imprenta Baiocco y cía., Buenos Aires, 1924, pp.353-362.
- "Ministerio de Obras Públicas de la Nación. Dirección General de Arquitectura. Colegio Nacional de La Plata", en *La Ingeniería* N° 220, Buenos Aires, 1907, pp. 199-204.
- Naso Prado, Juan; *Teatro Griego en la Argentina. Aclaración y documentación*, Est. Gráfico Biffignandi, Córdoba, 1926.
- Palacios, Alfredo; "El Teatro Universitario en La Plata", en *Libertad creadora* N°2, Buenos Aires, 1943.
- Pettorutti, Emilio; *Un pintor frente al espejo*, Solar / Hachette, Buenos Aires, 1968.
- Pierrefeu, Fraçoise y Le Corbusier; *La vivienda del hombre*, Espasa-Calpe, Madrid, 1945.
- Rey, José María; *La nueva Capital*, La Plata, 1932

- Rey, José María; *Tiempos y fama de La Plata*, UNLP, La Plata, 1957.
- Salvadores, Antonino; *Fundación de La Plata (documentos éditos e inéditos)*, AHPBA, La Plata, 1932.
- Sarmiento, Domingo F.; “Carta a Francisco Moreno” (1886), *Epistolario íntimo*, Tomo II, Ediciones culturales argentinas, Buenos Aires, 1961, p.148.
- Sioen, Aquiles; *Buenos Aires en el 2080. Historia verosímil*, Igon Editores, Buenos Aires, 1879.
- Sullivan, Louis; *Charlas con un Arquitecto* (1901), Infinito, Buenos Aires, 1959.
- Summa* N°83, Buenos Aires, 1974.
- Susini, Jorge; “Edificación escolar en La Plata”, en *Revista de Educación*, Tomo XVI, La Plata, 1889, pp.8-14.
- Taborda, Saúl; “Casa del estudiante en La Plata”, en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, enero de 1921, p.123-126.

Textos referidos a cultura política y sociedad

- Amadeo, Tomás; “La mujer en el Hogar Agrícola”, en *Boletín del Museo Social Argentino*, Año XXVIII N°211-212, Buenos Aires, 1940, (pp.3-12).
- Amaya, Carlos, González, Julio V. y Sánchez Viamonte, Carlos; “La flechas del carcax”, en *Sagitario* N°1, La Plata, 1925, pp.5-6.
- Amaya, Carlos; “Leopoldo Lugones”, en *Valoraciones* N°1, pp.50-51.
- Arata, Pedro; *El puente del Inca y sus termas*, Lajouane Editor, Buenos Aires, 1897.
- Arévalo, Juan José; *La Argentina que yo viví*, B. Costa-Amic Editor, México, 1974
- Blasco Ibáñez, Vicente; *Argentina y sus grandezas*, La editorial española americana, Madrid, 1910.
- Boveri, Atilio; *El temperamento argentino a través de la historia de América. Contribución a las grandezas platenses*, Edición de la Agrupación Bases, La Plata, 1943.
- Bunge, Carlos O.; *Nuestra América. Ensayo de Psicología social* (1903), Moen y Hermano, Buenos Aires, 1911.
- Cacace Hunter, Beatriz; “Niños huérfanos en el servicio doméstico”, *Primer Congreso Nacional del Niño. Trabajos Presentados*, Escoffier, Caracciolo y Cía., Buenos Aires, 1913, pp.8-10.
- Cortina, Alberto y Vucetich, Juan; *La Policía en Sud-América. Primer estudio general realizado por iniciativa del señor Luis Doyhenard*, Talleres Gráficos “La Popular”, La Plata, 1905.
- D’amico, Carlos; *Buenos Aires, sus hombres y su política (1860-1890)*, CEAL, Buenos Aires, 1977.
- De Gubernatis, Angelo; *L’Argentina, ricordi e letture*, Firenze, Bernardo Seeber, 1898.
- De Roussiérs, Paul; *La vida en la América del Norte*, 2 Tomos Montaner y Simón editores, Barcelona, 1899.
- Del Mazo, Gabriel; *La Reforma Universitaria, Tomo I, El Movimiento Argentino (1918-1940), Tomo II, Propagación Americana (1918-1940) y Tomo III, Ensayos críticos (1918-1940)*, Edición del Centro de Estudiantes de Ingeniería, La Plata, 1941.
- Del Mazo, Gabriel; *Vida de un político argentino. Convocatoria de recuerdos*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1976.
- Fresco, Manuel; *200 días de gobierno*, La Plata, 1939.
- Fresco, Manuel; *Un Gobierno, un Gobernador, un Obispo. Palabras claras y actos concretos*, Publicación Oficial, La Plata, 1936.
- Informe de la Comisión Investigadora de la Cámara de Diputados sobre la existencia de cuerpos con organización militar en La Plata*, El Día, La Plata, 1892.
- Martínez Estrada, Ezequiel; *Radiografía de la pampa*, Colección Archivos, México, 1993.
- Moreau, Alicia; “La pretendida regeneración de las razas”, en AAVV, *Extensión Universitaria. Conferencias de 1907 y 1908*, UNLP, La Plata, 1909, pp.207-229.
- Mosso, Ángel; *La fatica*, Treves, Milano, 1890.

- Newton, Ricardo y Llerena, Juan; *Viajes y estudios de la Comisión Argentina sobre Agricultura, Ganadería, organización y economía rural en Inglaterra, Estados Unidos y Australia*, 10 tomos, Imprenta La República, Buenos Aires, 1882.
- Nelson, Ernesto; “La Young Men’s Christian Association of Buenos Aires”, en *Boletín del Museo Social Argentino*, Tomo II, Buenos Aires, 1913, pp.11-16.
- Palacios, Alfredo; *La fatiga y sus proyecciones sociales* (1922), Claridad, Buenos Aires, 1944.
- Palacios, Alfredo, “Proyecciones del Nuevo Derecho del Trabajo”, *Revista de la Universidad*, N°10, La Plata, 1960, pp.79-92.
- Paunero Usher; “La Mecánica. La cárcel de mujeres y menores de La Plata”, en *Caras y Caretas* N°747, Buenos Aires, 25 de enero de 1913.
- Posada, Adolfo; *Para América desde España*, 1909.
- Posada, Adolfo; *La República Argentina* (1912), Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.
- Ripa Alberdi, Héctor; “Por la unión moral de América”, en *Valoraciones* N°2, La Plata, 1924, p.111-115. *Sociedad Patriótica*, La Plata, 1890.
- Rodó, José; “Ariel” (1900), en *Ariel, Liberalismo y Jacobinismo*, Colección de Clásicos Uruguayos, V. 44, Biblioteca Artigas, Montevideo, 1964, pp.1-91.
- Uriburu, José; *La obra de gobierno y de administración, del 6 de septiembre de 1930 al 6 de septiembre de 1931*, Imprenta de la Cámara de Diputados de la Nación, Buenos Aires, 1931.

Obras Completas

- Joaquín V. González; *Obras Completas*, Universidad Nacional de La Plata y Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires, 1935.
- “Proyecto de Ley Nacional del Trabajo” (1904), Tomo VI, pp.311-578.
- “La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación” (1905), Tomo XIV, pp.35-43.
- “Espíritu y tendencias de la Enseñanza” (1905), Tomo XIV, pp.45-54.
- “La Universidad nueva” (1905), Tomo XIV, pp.169-195.
- “El Internado moderno” (1905), Tomo XIV, pp.299-309.
- “Por la autonomía universitaria” (1907), Tomo XV, pp.171-180.
- “La Casa de los Estudiantes” (1909), Tomo XV, pp.189-201.
- “Organización e ideales universitarios” (1910), Tomo XV, pp.343-366.
- “El Colegio de la Patria: Internado moderno” (1910), Tomo XV, pp. 369-379.
- “Cooperación, mutualidad y eugénica social” (1912), Tomo XV, pp.431-433.
- “La industria científica” (1910), Tomo XV, pp.529-534.
- Domingo Faustino Sarmiento, *Obras Completas*, Universidad Nacional de La Matanza, Buenos Aires, 2001.
- “Juan Facundo Quiroga” (1845), Tomo VII, pp.11-207.
- “Aptitudes industriales” (1885), Tomo XXII, pp.225-238.
- “El Museo de La Plata” (1885), Tomo XXII, pp.239-241.
- “Una aldea norteamericana” (1865), Tomo XXIX, pp.59-63.
- “Una carta a Mrs. Mann (1882)”, Tomo XXXVII, pp.225-228.
- “Fundación de La Plata” (1882), Tomo XLII, pp.75-76.
- “La Plata” (1886), Tomo XLII, pp.163-169.

“Edificios de escuelas” (1878), Tomo XLIV, pp.166-169.

“Fiesta de inauguración de 44 edificios nuevos de escuelas en la ciudad de Buenos Aires” (1882), Tomo XLVII, *op. cit.*, pp.279-282.

2. Bibliografía

Textos vinculados a la historia de la ciencia y la educación

- Alí Jafella, Sara; “Un ideario pedagógico en la formación superior”, en Biagini, Hugo y Roig, Andrés (Comp.); 2004, pp.355-362.
- Allende, Andrés; “Levene y los estudios humanísticos en la Universidad Nacional de La Plata”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°14, UNLP, La Plata, 1965, pp.9-29.
- Allende, Andrés; “Levene y los estudios humanísticos en la Universidad Nacional de La Plata”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°20, UNLP, La Plata, 1965, pp.15-34.
- Álvarez Peláez, Raquel; *Sir Francis Galton, padre de la eugenesia*, CSIC, Madrid, 1985.
- Álvarez Peláez, Raquel; *Francis Galton. Herencia y Eugenesia*, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- Armus, Diego; “La ciudad higiénica, entre Europa y latinoamérica”, en Lafuente, Elena y Ortega (comp.); Madrid, 1993, pp.587-596.
- Babini, José; “La medición del arco”, en *Todo es Historia* N°116, Buenos Aires, 1977, pp.29-39.
- Barba, Fernando; “Nota sobre los orígenes de la Universidad de La Plata”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°21, UNLP, La Plata, 1972, pp.11-27.
- Barba, Fernando (comp.); *La Universidad de La Plata en el aniversario de su nacionalización, 1905-2005*, UNLP, La Plata, 2005.
- Barrán, José Pedro; *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos*, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo. *Tomo 1: El poder de curar*, 1994; *Tomo 2: La ortopedia de los pobres*, 1995; *Tomo 3: La invención del cuerpo*, 1995.
- Barrancos, Dora; *Anarquismo, Educación y Costumbres en la Argentina de principios de siglo*, Contrapunto, Buenos Aires, 1990.
- Barrancos, Dora; *La escena iluminada. Ciencias para los trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1996.
- Bertoni, Lilia Ana; “Soldados, gimnastas y escolres. La escuela y la formación de la nacionalidad a fines del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* N°13, Buenos Aires, 1996, pp.35-57.
- Biagini, Hugo (comp.); *La Universidad de La Plata y el Movimiento Estudiantil. Desde sus orígenes hasta 1930*, UNLP, La Plata, 1999.
- Blanco, Marcos; “Historia del Colegio Nacional de La Plata”, en AAVV; *Labor del Centro de Estudios Históricos*, UNLP, La Plata, 1942, pp.110-127.
- Bongiorno, Raúl; “Acerca del escudo y sello mayor de la Universidad Nacional de La Plata”, en *Revista de la Universidad* N°9, UNLP, La Plata, 1959, pp.161-166.
- Carli, Sandra; “Escuela Nueva, cultura y política”, en Biagini, Hugo y Roig, Andrés (Comp.), 2004, pp.363-372.
- Crispiani, Alejandro; “La universidad nueva de Joaquín V. González”, en Hugo Biagini (comp.); 1999, pp.61-86.
- Crosin, Jhon; *Oxford y Cambridge en Madrid. La Residencia de Estudiantes (1910-1936) y su entorno cultural*, La Isla de los Ratones, Santander, 1981.
- De Lucía, Daniel; “La tradición laica en la ‘ciudad universitaria’. El movimiento librepensador en La Plata (1896-1919)”, en Biagini, Hugo (comp.), 1999, pp.13-26.
- Funes, Patricia; “100 Años de Filosofía y Letras”, en *Todo es Historia* N°347, Buenos Aires, 1996, pp.22-32.
- García González, Armando y Álvarez Peláez, Raquel; “Eugenesia e imperialismo. Las relaciones Cuba-Estados Unidos, 1921-1940”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.), 2005, pp.193-231.

- García, Susana; “Herencia biológica en el discurso de naturalistas argentinos de principios del siglo XX” (pp.535-562), en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.), 2005, pp.553-554.
- Gershanik, Simón; “El Observatorio Astronómico, su fundación y desarrollo”, en *Revista de la Universidad* N°27, La Plata, 1980, pp.279-297.
- Graciano, Osvaldo; “Estado, universidad y economía agroexportadora en Argentina”, en Sonia Mendonca y Marta Valencia (org.); *Brasil e Argentina. Estado, Agricultura e Empresarios*, Vício de Leitura y UNLP, Rio de Janeiro y La Plata, 2001, pp.233-265.
- Graciano, Osvaldo; “Entre cultura y política: la Universidad Popular Alejandro Korn. 1937-1950”, en *Trabajos y Comunicaciones* N°25, UNLP, La Plata, 1999, pp.70-119.
- Graciano, Osvaldo; *Intelectuales, Universidad y política en la Argentina, 1918-1950*, Tesis doctoral defendida en la UNLP, 2004, *mimeo*.
- Halperín Donghi, Tulio; *Historia de la Universidad de Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 1962.
- Lafuente, A, Elena A. y Ortega, M. L.; *Mundialización de la ciencia y cultura nacional*, Doce Calles, Madrid, 1993.
- López Piñero, José y Glick, Thomas; *El megaterio Bru y el Presidente Jefferson. Una relación insospechada en los albores de la Paleontología*, Universitat de València-CSIC, Valencia, 1993.
- Miranda, Marisa; “La ‘Escuela Nueva’ en la educación rural argentina de comienzos del siglo XX”, Ponencia presentada en las Jornadas Interescuelas 2001, *mimeo*.
- Miranda, Marisa; “La antorcha de cupido. Eugenesia, Biotipología y Eugamia en la Argentina (1930-1970)”, en *Asclepio*, Vol.LV, N°2, Madrid, 2003, pp.231-255.
- Miranda, Marisa; “Evolución y educación: ‘Escuela Nueva’, Carlos O. Bunge y la UNLP”, en *Anuario de Historia Argentina* N° 4, UNLP, La Plata, 2004, pp.121-138.
- Miranda, Marisa y Vallejo, Gustavo (comp.); *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- Navarro Floria, Pedro, Salgado, Leonardo y Azar, Pablo; “La invención de los ancestros: el ‘Patagón antiguo’ y la construcción discursiva de un pasado remoto para la Argentina (1870-1915)”, en *Revista de Indias* Vol.LXIV N°231, Madrid, 2004, pp.405-424.
- Palma, Héctor; *Metáforas en la evolución de las ciencias*, Jorge Baudino, Buenos Aires, 2004.
- Pelayo, Francisco; *Del diluvio al megaterio. Los orígenes de la Paleontología en España*, CSIC, Madrid, 1996.
- Peset, José Luis y Peset, Mariano; *Lombroso y la escuela positivista italiana*, CSIC, Madrid, 1975.
- Pimentel, Juan; *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- Pineau, Pablo, Dussel, Inés y Carusso, Marcelo; *La Escuela como máquina de educar. Tres escritos sobre un proyecto de la modernidad*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Podgorny, Irina; “El acervo histórico de la Facultad y Museo de La Plata: huesos y flechas para la nación”, en *Entre pasados* N°3, Buenos Aires, 1992, pp.157-168.
- Podgorny, Irina; “De razón a Facultad: ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el período 1890-1918”, en *RUNA* Volumen XXII, Buenos Aires, 1995, pp.89-104.
- Podgorny, Irina; *El argentino despertar de las faunas y las gentes prehistóricas*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.
- Puigróss, Adriana; *Sujetos, disciplina y currículo en los orígenes del sistema educativo argentino (1885-1916)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1990, p.106.
- Pyenson, Lewis; en Norman F. Cantor (ed.); *Cultural Imperialism and Exact Sciences. German Expansion Overseas (1900-1930)*, Peter Lang, New York-Berna-Franckfort, 1985.
- Quijada, Mónica; “Ancestros, ciudadanos, piezas de museo. Francisco P. Moreno y la articulación del indígena en la construcción nacional argentina”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* Volumen 9 N° 2, Tel Aviv, 1998, pp.21-46.
- Ramacciotti, Karina; “Las huellas eugénicas en la política sanitaria argentina (1946-1955)”, en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); 2005, pp.311-347.
- Ramírez, Fernando y Podgorny, Irina; “La metamorfosis del megaterio” en *Ciencia Hoy* N°61 Volumen 11, Buenos Aires, 2001, pp.12-19.

- Reggiani, Andrés; “Alexis Carrel, the Unknown: Engenics and Population Research under Vichy”, *French Historical Studies*, vol. 25, Nº 2, Durham, 2002, pp.331-356.
- Salessi, Jorge; *Médicos, maleantes y maricas*, Beatriz Viterbo, Rosario, 1995.
- Seaborne, Malcom; *The English School its architecture and organization 1370-1870*, Routledge & Kegan Paul, London, 1971.
- Skidelsky, Robert, *La escuela progresiva. Abbotsholme, Summerhill, Gordonstoun* (1969), Redondo, Barcelona, 1972.
- Stepan, Nancy Leys; *The hour of eugenics. Race, gender, and nation in Latin America*, Cornell University Press, Ithaca and London, 1991.
- Tedesco, Juan Carlos; *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*, Solar, Buenos Aires, 1986.
- Terán, Oscar; “La reforma universitaria en el clima de ideas de ‘la nueva sensibilidad’”, *Espacios* Nº24, Buenos Aires, 1999, pp.3-7.
- Terán, Oscar; *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la cultura científica*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- Teruggi, Mario; *Museo de La Plata. 1888-1988. Una centuria de honra*, Fundación Museo de La Plata, La Plata, 1998.
- Vallejo, Gustavo; “El culto de lo bello”, en Hugo Biagini (comp.), 1999, pp. 113-152
- Vallejo, Gustavo; “Teorías educacionales anglosajonas y élites argentinas”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina* Nº3, UNLP, La Plata, 2003, pp.253-278.
- Vallejo, Gustavo; “Máquinas de educar para la nueva Capital (1882-1890)”, en *Anuario del Instituto de Historia Argentina* Nº4, UNLP, La Plata, 2004, pp.273-304
- Vallejo, Gustavo; “La ciudad universitaria”, en *Premio Bienal de Arquitectura 2003*, CAPBA, La Plata, 2004, pp.127-132.
- Vessuri, Hebe; “La ciencia académica en América Latina en el siglo XX”, en *Redes* Nº2, 1994, pp.41-76.
- Vezzetti, Hugo; *La locura en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 1985.
- Von Reichenbach, Cecilia, Andrini, Coscarelli, Raquel y Dumrauf, Ana; “El Instituto de Física de la Universidad Nacional de La Plata: sujetos y contextos del mito fundacional”, en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.), 2004, pp.419-431.
- Vugman, Laura; “Conmemorando: del pasado del territorio a la historia de la nación argentina en las Ferias y Exposiciones internacionales del Cuarto Centenario”, en *RUNA Volumen XXII*, Buenos Aires, 1995, pp.69-83.

Trabajos vinculados a la historia cultural, de la arquitectura y del territorio

- AAVV, *Antonio Flórez, arquitecto (1877-1941)*, catálogo de la exposición organizada por la Residencia de Estudiantes (CSIC) de Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 2002.
- AAVV; *Hommage à Le Corbusier. Buenos Aires 60 ans après, Ecole polytechnique fédérale de Lausanne*, Lausanne, 1989, pp.28-35.
- AAVV; *La ciudad del saber. Ciudad, Universidad y Utopía, 1293-1993*, COAM, Madrid, 1995.
- AAVV; *La Plata. Sueños y realidades*, Municipalidad de La Plata, La Plata, 1996.
- Aboy, Rosa; “La vivienda social en Buenos Aires en la segunda posguerra (1945-1955)”, *Scripta Nova*, Vol.VII, Nº146, Barcelona, 2003.
- Aliata, Fernando; “Cultura urbana y organización del territorio”, en Goldman, Noemí (comp.); 1998, pp.199-254.
- Armus, Diego (comp.); *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, 1990.
- Ballent, Anahí; “La iglesia y la vivienda popular”, en Diego Armus (comp.); 1990, pp.195-218.
- Ballent, Anahí; “El kitsch inolvidable: imágenes en torno a Eva Perón”, en *Block* Nº1, Buenos Aires, 1997, pp. 54-60.

- Ballent, Anahí y Gorelik, Adrián; “País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis”, en Alejandro Cattaruzza (director); 2001, pp.143-200.
- Barcia, Pedro; *La Plata vista por los viajeros. 1882-1912*, La Plata, Ediciones Juvenilia y Librería La Campana, La Plata, 1982.
- Bonet Correa, Antonio; *Arquitectura y Universidad. Del palacio de las musas a la Ciudad del saber*, Instituto de España, Madrid, 2002.
- Brandáriz, Gustavo; *La arquitectura escolar de inspiración sarmientina*, Eudeba; Buenos Aires, 1998.
- Brandáriz, Gustavo; “Escenario y representación: la arquitectura para la ciencia en la Argentina entre 1915 y 1945”, en *Saber y Tiempo* N°15, Buenos Aires, 2003, pp.19-52.
- Cacciari, Massimo; *El dios que baila*, Paidós, Buenos Aires, 2000.
- Caldelari, María y Funes, Patricia; *Escenas reformistas. La Reforma Universitaria, 1918-1930*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.
- Capel Sáez, Horacio, López Piñero, José M^a y Pardo Tomás, José (Coords.); *Ciencia e Ideología en la Ciudad*, Generalitat Valenciana, Valencia, 1991, 2 tomos.
- Choay, Françoise; *El urbanismo. Utopías y realidades* (1962), Lumen, Barcelona, 1970.
- Corbain, Alain; *El perfume o el miasma. El olfato y el imaginario social*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- De Paula, Alberto; “El plan La Plata (1881-1884)”, en *Summa* N°181, Buenos Aires, 1982, pp.22-28.
- De Paula, Alberto; *La ciudad de La Plata. Sus tierras y su arquitectura*, Edición del Banco de la provincia de Buenos Aires, Buenos Aires, 1987.
- De Paula, Alberto; “La Plata. El proyecto fundacional”, en Liernur, Jorge y Aliata, Fernando (comp.); *Tomo I-N*, 2004.
- Delgado, Josefina; “David A. Sequeiros en argentina. La trama del mural”, en *Revista Ñ*, Buenos Aires, 2 de agosto de 2003.
- Evans, Robin; *The fabrication of virtue. English prison architecture.1750-1840*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982.
- Fernández, Roberto; “Metáforas del Universo. Modelos de Universidad: institución y espacio”, en *Astrágalo* N°1, Madrid, 1994, pp.XXXIX-LIII.
- Fontana, José; “A treinta años de Caseros”, *Libertad Creadora* N°1, La Plata, 1943, pp.97-99.
- Frailé, Pedro; *Un espacio para castigar. La cárcel y la ciencia penitenciaria en España (siglos XVIII-XIX)*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1987.
- Frasca, Rosella (ed.); *De Coubertin. Memorie olimpiche*, Arnoldo Mondadori Editore, Milano, 2003.
- Gandolfi, Fernando y Gentile, Eduardo; “La Plata. De la euforia al desencanto”, en Liernur, Jorge y Aliata, Fernando (comp.), *Tomo I-N*, 2004.
- Garnier, Alain; *El cuadrado roto*, CIC, La Plata, 1994.
- Gorelik, Adrián y Ballent, Anahí; “El príncipe”, en *Block* N°5, Buenos Aires, 2000, pp.6-11.
- Gorelik, Adrián; *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, UNQ, Buenos Aires, 1998.
- Gorelik, Adrián; “Ciudad”, en Carlos Altamirano (director); *Términos críticos de Sociología de la Cultura*, Paidós, Buenos Aires, 2002, pp.12-21.
- Gruner, Eduardo; “La rama dorada y la hermandad de las hormigas”, en *Punto de Vista* N°42, Buenos Aires, 1992, pp.1-4.
- Gutman, Margarita y Reese, Thomas (comp.); *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran Capital*, Eudeba, Buenos Aires, 1999.
- Korn, Guillermo; *Mis pasos por el Teatro. Un teatro, dos países*, Caracas, 1978.

- Liernur, Jorge y Pchepiuca, Pablo; "Presiciones sobre los proyectos de Le Corbusier en la Argentina", en *Summa* N°243, Buenos Aires, 1987, pp.40-55.
- Liernur, Jorge; *La Arquitectura en la Argentina del siglo XX. La construcción de la modernidad*, Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, 2001.
- Liernur, Jorge y Aliata, Fernando (comp.); *Diccionario de la Arquitectura en Argentina*, 6 Tomos, Clarín, 2004.
- Lapunzina, Alejandro; *Le Corbusier's Maison Curutchet*, Princeton Architectural Press, New York, 1997.
- Maure Rubio, Miguel Ángel; *La ciudad lineal de Arturo Soria*, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, Madrid, 1991.
- Medin, Tzivi; *Ortega y Gasset en la cultura hispanoamericana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Miralles, Francesc; "Atilio Boveri, entre el Renacimiento y el Noucentisme", en AAVV; *Atilio Boveri, un artista singular*, Museo de Mallorca, Palma de Mallorca, 2000, pp.179-189.
- Moleon, Pedro; "Arquitectos para un Museo", en *AyV. Monografías de Arquitectura y vivienda* N°62, Madrid, 1996, pp.12-21.
- Morachiello y Teysott, Georges; *Le macchine imperfette*, Officina Edizioni, Roma, 1980.
- Moreno Royo, José; *José Rodrigo Botet*, Manises, Ajuntament de Manises, 1994.
- Morosi, Julio y De Terán, Fernando (comp.); *La Plata. Ciudad nueva, ciudad antigua*, UNLP-IEAL, Madrid, 1983.
- Morosi, Julio y Vitalone, Cristina; "Perduración de las normas indianas en el urbanismo argentino", en *Anales LINTA '93*, CIC, La Plata, 1994, pp.9-24.
- Morosi, Julio; "Repercusiones, resonancias y resplandores de La Plata", en *Anales LINTA '99*, La Plata, 2000, pp.11-26.
- Morosi, Julio; *Ciudad de La Plata. Tres décadas de reflexión acerca de un singular espacio urbano*, LINTA CIC, La Plata, 1999.
- Morse, Richard; "Introducción a la historia urbana de hispanoamérica", en Solano, Francisco (coord.); *Estudios sobre la ciudad iberoamericana*, CSIC, Madrid, 1983, pp.9-53.
- Morse, Richard; *El espejo de Próspero. Un estudio de la dialéctica del Nuevo Mundo*, Siglo XXI, México, 1982.
- Novick, Alicia; "La ciudad de la reforma social bajo el prisma del Museo Social Argentino", *Pensar Buenos Aires, X Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1994, p. 193-212.
- Novick, Alicia y Piccioni, Raúl; "Avenida", en Jorge Liernur y Fernando Aliata (comp.), *Tomo A-B*, 2004.
- Ortiz Crespo, Alfonso; "El plano radial de Riobamba", en *Anales del Instituto de Arte Americano* N°27/28, Buenos Aires, 1991, pp.25-30.
- Pesci, Rubén; *La Plata. Ciudad Patrimonio*, CEPA, La Plata, 2003.
- Pevsner, Nikolaus; *Historia de las tipologías arquitectónicas*, Gustavo Gili, Barcelona, 1979.
- Ponte, Alessandra; "Arte civica o sociología applicata? P.Geddes e T.H.Mawson: due progetti per Dunferlime", en *Lotus* N°30, Milano, 1981, pp.91-98.
- Radovanovic, Elisa; "Luis Ángel Viglione. Un aficionado a la egiptología", en *Todo es Historia* N°298, Buenos Aires, 1992, pp.46-49.
- Rama, Ángel; *Las máscaras democráticas del modernismo*, Arca, Montevideo, 1985.
- Rama, Ángel; *La ciudad letrada* (1984), Arca, Montevideo, 1998.
- Romero, José Luis; *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1986.
- Salabert, Miguel; *Julio Verne. Ese desconocido*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Schmidt, Claudia; "De la 'escuela-palacio' al 'templo del saber'. Edificios para la educación moderna en Buenos Aires, 1884-1902", en *Entrepasados* N°18/19, Buenos Aires, 2000, pp.65-88.
- Schmidt, Claudia; "El efecto de la arquitectura. Carácter público y estilo nacional en el Museo de Historia Natural de La Plata. 1884-1888", en *IV Jornadas de Estudios e Investigaciones. Imágenes, palabras, sonidos, prácticas y reflexiones*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001, pp.27-43.

- Schorske, Carl; "La idea de ciudad en el pensamiento europeo: de Voltaire a Spengler", en *Punto de Vista* N° 30, Buenos Aires, 1987, Separata, pp. i-xx.
- Sennett, Richard; *Carne y piedra*, Alianza, Madrid, 1997.
- Sica, Paolo; *Historia del Urbanismo*, Tomo 2, IAEL, Madrid, 1981.
- Silvestri, Graciela; *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, UNQ / Prometeo, Buenos Aires, 2003.
- Tafuri, Manfredo, Cacciari, Massimo y Dal Co, Francesco; *De la vanguardia a la metrópoli. Crítica radical a la arquitectura*, Gustavo Gili, Barcelona, 1972.
- Tartarini, Jorge; "Santa Catalina. Dos soluciones de arquitectura académica en un medio rural", en *DANA* N°12, Resistencia, 1980, pp.49-58.
- Teysot, Georges; "Per une genealogia dei tipi: la casa per tutti" (pp.IX-CIII), en Roger Guerrand, *Le origini della questioni delle abitazioni in Francia Officina Edizioni*, Roma, 1981, p.XI.
- Trousseau, Raymond; *Historia de la literatura utópica Viaje a países inexistentes* (1979), Península, 1995.
- Vallejo, Gustavo; Una ciudad yankee en la llanura pampeana. La Plata y la construcción de su primera imagen urbana", en *Premio Anual de Arquitectura 1996*, CAPBA, La Plata, 1997, pp.51-54.
- Vallejo, Gustavo; "La belleza en la universidad. Arielismo y reforma en la década del '20", en *Block* N°1, Buenos Aires, 1997, pp.43-53.
- Vallejo, Gustavo; "Calcio sudamericano e stati rioplatense", en *Casabella* N°694, Milano, 2001, pp. 42-45.
- Vallejo, Gustavo; "El hilo de Ariadna", en *Sociohistórica* N° 11/12, La Plata, 2003, pp. 99-134.
- Vallejo, Gustavo; "La Plata. De la ciudad ideal a la ciudad real", en Liernur, Jorge y Aliata, Fernando (comp.), *Tomo I-N*, 2004.
- Vidler, Anthony; *El espacio de la ilustración*, Alianza Forma, Madrid, 1997.
- Vitalone, Cristina; "Cuadrículas bonaerenses", *Anales LINTA* '93, CIC, La Plata, 1994, pp.39-45.
- Vigarello, Georges; *Lo limpio y lo sucio. La higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza, Madrid, 1991.

Trabajos vinculados con la idea de poder, ideología y el rol del Estado moderno

- Agamben, Giorgio; *Estado de excepción*, Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.
- Bobbio, Norberto, Mateucci, N. y Pasquino, Gianfranco; *Diccionario de Política*, Siglo XXI, México, 1994.
- Bourdieu, Pierre; *Cuestiones de sociología* (1984); Ediciones Istmo, Madrid, 2000.
- Elías, Norbert; *Compromiso y distanciamiento* (1983), Península, Barcelona, 2002.
- Elías, Norbert y Dunning, Eric; *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1986), Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- Foucault, Michel; "El ojo del poder" en Bentham, Jeremías, *El panóptico*, Ediciones de la Piqueta, 1979, pp.9-28.
- Foucault, Michel; *Microfísica del poder*, Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1992.
- Foucault, Michel; *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión* (1975), Siglo XXI, Buenos Aires, 1989.
- Habermas, Jürgen; *Historia y crítica de la opinión pública* (1962), Gustavo Gili, Barcelona.
- Halperín Donghi, Tulio; *Una nación para el desierto argentino*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1995.
- Halperín Donghi, Tulio; *Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.
- Huysen, Andreas; *En busca del futuro perdido*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Kolakowski; *La filosofía positivista*, Cátedra, Madrid, 1988.
- Miranda, Marisa y Vallejo, Gustavo; "Las huellas de Galton: eugenesia y control social en la Argentina del siglo XX", *Taller* N° 21, Buenos Aires, 2004, pp.142-178.

- Nietzsche, Friedrich; *Así habló Zaratustra* (1883-91), Planeta-Agostini, Barcelona, 1992.
- Nietzsche, Friedrich; *La Gaya Ciencia* (1882), Sarpe, Madrid, 1984.
- Oszlak, Oscar; *La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional*, Planeta, 1999.
- Rama, Ángel; *Las máscaras democráticas del modernismo*, Arca, Montevideo, 1985.
- Real de Azúa, Carlos; “Modernismo e ideología”, Separata de *Punto de vista* N° 28, Buenos Aires, 1986, pp.i-xlii.
- Rosanvallon, Pierre; *La nueva cuestión social. Repensar el estado de providencia*, Manantial, Buenos Aires, 1995.
- Terán, Oscar; “La tradición liberal”, en *Punto de Vista* N° 50, Buenos Aires, 1994, pp.28-31.
- Vallejo, Gustavo; “El ojo del poder en el espacio del saber. Los Institutos de Biotipología”, en *Asclepio* Volumen LVI Fascículo 1, Madrid, 2004, pp.219-244
- Vallejo, Gustavo y Miranda, Marisa; “Los saberes del poder: Eugenesia y Biotipología en la Argentina del siglo XX”, en *Revista de Indias*, Vol. LXIV N°231, Madrid, 2004, pp.425-444.
- Zimmermann, Eduardo; *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995.

Trabajos vinculados con la historia de las ideas políticas y sociales

- Ansaldi, Waldo; “Disculpe señor, se nos llenó de pobres el recibidor”, *Estudios Sociales* N°14, Santa Fe, 1998, pp.43-72
- Barba, Fernando; “El momento histórico de la fundación de La Plata”, en Julio Morosi y Fernando de Terán (comp.); 1983, pp.17-26.
- Barba, Fernando; *La Plata. Orígenes y fundación. La cuestión capital de la República y la fundación de la Capital de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata, 1995.
- Barcia, Pedro; *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, 1994.
- Dora Barrancos; *Inclusión / exclusión. Historia con mujeres*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001; especialmente el Capítulo 3, pp. 35-46.
- Béjar, María Dolores Béjar; *El régimen fraudulento. La política en la Provincia de Buenos Aires, 1930-1943*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.
- Bertoni, Lilia Ana; *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001.
- Biagini, Hugo; *Filosofía americana e identidad*, Eudeba, Buenos Aires, 1989.
- Biagini, Hugo y Roig, Andrés; *El pensamiento alternativo en la Argentina contemporánea*, Tomo 1. *Identidad, utopía e integración*, Biblos, Buenos Aires, 2004.
- Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel; *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Ariel Historia, Buenos Aires, 1997.
- Bourricaud, Françoise; “The adventures of Ariel”, en *Daedalus. Journal of the American Academy of art and sciences. Intellectuals and Change*, Boston, Summer 1972, pp.109-135.
- Cattaruzza, Alejandro (director); *Nueva Historia Argentina. Tomo VII. Crisis Económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Sudamericana, Buenos Aires, 2001.
- De Lucía, Daniel; “¡Ni capitalismo rentista ni socialismo! Los liberales georgistas”, en Hugo Biagini y Arturo Roig (comp.); 2004, pp.81-92.
- Devés Valdés, Eduardo; *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950)*, Biblos, Buenos Aires, 2000.
- Girbal de Blacha, Noemí y Hospital, M.; “Elite, cuestión social y apertura política en la Argentina (1910-1930): La propuesta del Museo Social Argentino”, *Revista de Indias* N°178, Madrid, 1986, pp. 609-625.
- Goldman, Noemí (comp.); *Nueva Historia Argentina, Tomo 3. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

- García Costa, Víctor; *Adrián Patroni y "Los trabajadores en la Argentina"*, 2 Tomos, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1990.
- Guy, Donna; "Mujer, familia y niñez: las imágenes de lo oculto", en Gutman, Margarita y Reese, Thomas (comp.); *op. cit.*, 1999, pp.83-95.
- Huertas García-Alejo, Rafael; *El delincuente y su patología. Medicina, crimen y sociedad en el positivismo argentino*, CSIC, Madrid, 1991.
- James, Daniel; "17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina", en Torre, Juan Carlos (comp.); 1995, pp.83-147.
- Luna, Félix; *Dardo Rocha*, Planeta, Buenos Aires, 1999.
- Mc Gree Deutsch, Sandra; *Contrarrevolución en la Argentina. 1900-1932. La Liga Patriótica Argentina* (1986), UNQ, Buenos Aires, 2003.
- Moreno, José Luis; "El viaje del Conde De Gubernatis: una perspectiva italiana", en Gutman, Margarita Gutman y Reese, Thomas (comp.); *op. cit.*, 1999, pp.157-169.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comp.); *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en Argentina*, Paidós, Buenos Aires, 2004.
- Panettieri, José (comp.); *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Eudeba, Buenos Aires, 2000.
- Pelosi, Hebe; *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y proyección (1911-1978)*, Buenos Aires, UMSA, 2000.
- Quijada, Mónica, Bernard, Carmen y Schneider, Arnd; *Homogeneidad y Nación con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, CSIC, Madrid, 2001.
- Ramacciotti, Karina y Valobra, Adriana; *Generando el peronismo*, Proyecto Editorial, Buenos Aires, 2004
- Roldán, Darío; *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, CEAL, Buenos Aires, 1993.
- Romero, Luis Alberto; "Política democrática y sociedad democrática. Una perspectiva histórica", en *Estudios Sociales* N°10, Santa Fe, 1996, pp.45-52.
- Soprano, Germán; "El Departamento Nacional del Trabajo y su Proyecto de Regulación Estatal de las Relaciones Capital-Trabajo en Argentina. 1907-1943", en Panettieri, José (comp.); 2000, pp.31-54.
- Rocca, Carlos; *Alejandro Korn y su entorno*, UPAK, La Plata, 2001.
- Rocca, Carlos; *La actividad política de Alejandro Korn*, UPAK, La Plata, 2003.
- Terán, Oscar; *Positivismo y nación en la Argentina*, Puntosur, Buenos Aires, 1987.
- Torchia Estrada, Juan Carlos; "Alejandro Korn: la primera profesión", en *Revista de la Universidad* N°26, La Plata, 1980, pp.73-94.
- Torre, Juan Carlos (comp.); *El 17 de octubre de 1945*, Ariel, Buenos Aires, 1995.
- Vallejo, Gustavo y Miranda, Marisa; "Evolución y revolución: explicaciones biológicas de utopías sociales", en Biagini, Hugo y Roig, Arturo (comp.), 2004, pp.403-417.
- Vallejo, Gustavo; "Las formas del organicismo social en la eugenesia latina", en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo (comp.); 2005, pp.231-272.
- Zaida Lobato, Mirta; *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Prometeo / Entrepasados, Buenos Aires, 2001.
- Zea, Leopoldo; *Pensamiento Positivista Latinoamericano*, Biblioteca Ayacucho Caracas, 1980.